

**UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID**  
**FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIOLOGÍA**



**TESIS DOCTORAL**

**Recambio, continuidad y cambio: alineamientos electorales en  
España 2011-2015**

**MEMORIA PARA OPTAR AL GRADO DE DOCTOR**

**PRESENTADA POR**

**José Pablo Ferrándiz Magaña**

**Director**

**José Juan Toharia Cortés**

**Madrid, 2018**



UNIVERSIDAD COMPLUTENSE  
MADRID



FUNDACIÓN  
INSTITUTO UNIVERSITARIO DE INVESTIGACIÓN  
JOSÉ ORTEGA Y GASSET

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID  
FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIOLOGÍA  
INSTITUTO UNIVERSITARIO DE INVESTIGACIÓN  
ORTEGA Y GASSET

Programa de Doctorado

GOBIERNO Y ADMINISTRACIÓN PÚBLICA

Título de la Tesis Doctoral

**RECAMBIO, CONTINUIDAD Y CAMBIO: ALINEAMIENTOS  
ELECTORALES EN ESPAÑA 2011-2015**

Doctorando

**JOSÉ PABLO FERRÁNDIZ MAGAÑA**

Director de la Tesis

**DR. JOSÉ JUAN TOHARIA CORTÉS**  
**UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MADRID**

Madrid, 2016



A Celia y Arrieta por su paciencia y amor.



## Agradecimientos

Los agradecimientos deben comenzar por el director de mi tesis, José Juan Toharia: sin él, este trabajo no hubiera existido. No solo porque fue él quien me animó a abordarlo sino porque prácticamente todo lo que sé y sigo aprendido sobre opinión pública se lo debo a José Juan. El agradecimiento debe hacerse extensible a Metroscopia, instituto de investigación en el que llevo trabajando y disfrutando desde sus inicios, allá por el 2004 —tuve la suerte de poder participar en su fundación—. Cuando me refiero a Metroscopia lo hago pensando en todos los que allí nos congregamos diariamente: desde los entrevistadores sin cuyo trabajo —pocas veces reconocido— nada de lo que hacemos sería posible (son la voz y los oídos de Metroscopia), pasando por los supervisores del trabajo de campo (Gema, Carmen, Cristina, Santi, Laia), por el departamento de administración (Alberto y María), por quienes se encargan de la programación (José Juan y Alonso) y de que todo esté en orden (Raquel y María Eugenia). Y, por supuesto, mi agradecimiento a los analistas de Metroscopia. Gran parte de lo expuesto en este trabajo se debe a las tertulias, análisis compartidos y cambio de impresiones que todos los días llevamos a cabo: Silvia, Susana, Antonio, Marcos Jr., Paco, Sindo, Violeta, Ignacio y Marcos Sr. A este último le debo, además de su amable insistencia para llevar esta tesis a buen puerto, una increíble multitud de sugerencias, de ideas y de conceptos que, sin duda, constituyen el andamiaje necesario para este trabajo. A todos, muchas gracias.



## Índice general

Resumen en inglés: Substitution, continuity and change: electoral alignments in Spain 2011-2015 .....	11
Resumen en español: Recambio, continuidad y cambio: alineamientos electorales en España 2011-2015 .....	17
I. INTRODUCCIÓN .....	23
1. MARCO TEÓRICO.....	24
2. OBJETO DE ESTUDIO .....	35
3. MARCO EMPÍRICO .....	44
4. ESTRUCTURA DE LA TESIS .....	47
II. CAPÍTULO I. SISTEMAS DE PARTIDOS: ESTADO DE LA CUESTIÓN.....	53
1. DEFINICIONES DEL CONCEPTO “SISTEMA DE PARTIDOS” .....	53
2. CLASIFICACIONES DE LOS SISTEMAS DE PARTIDOS.....	55
A) Clasificación de los sistemas de partidos en función del número de partidos .....	55
B) Clasificación de los sistemas de partidos en función de la estructura de los conflictos sociales canalizados políticamente .....	59
C) Otra forma de clasificación de los sistemas de partidos en función de la estabilidad de la estructura de la competencia.....	61
III. CAPÍTULO II. SISTEMA DE PARTIDOS EN ESPAÑA: 1977-2008 .....	67
1. PRIMER PERÍODO: ELECCIONES DE 1977 Y 1979.....	69
2. SEGUNDO PERÍODO: ELECCIONES DE 1982, 1986 Y 1989.....	71
3. TERCER PERÍODO: ELECCIONES DE 1993 Y 1996.....	77
4. CUARTO PERÍODO: ELECCIONES DE 2000 .....	82
5. QUINTO PERÍODO: ELECCIONES DE 2004 Y 2008.....	85
6. CLASIFICACIÓN EN CICLOS ELECTORALES DE LAS ELECCIONES GENERALES CELEBRADAS EN ESPAÑA ENTRE 1977 Y 2011.....	90
IV. CAPÍTULO III. LA IX LEGISLATURA (2008-2011): CUANDO EL PSOE DEJA DE SER PERCIBIDO COMO RECAMBIO .....	95
1. ANTECEDENTES DE LAS ELECCIONES DE 2008 .....	98
2. PRIMERA FASE DE LA IX LEGISLATURA: NEGACIÓN DE LA CRISIS Y PÉRDIDA DEL VOTANTE PRAGMÁTICO DEL PSOE (ABRIL 2008-ABRIL 2010) ...	100
A) Primeros meses: la negación de la crisis económica .....	100
B) Segundo semestre de 2009: la crisis económica se agudiza .....	103
C) Primer cuatrimestre de 2010: el final de la primera fase .....	114
3. SEGUNDA FASE DE LA IX LEGISLATURA: MEDIDAS ANTICRISIS Y PÉRDIDA DEL ELECTORADO MÁS IDEOLOGIZADO DEL PSOE.....	127
A) El año 2011: el cambio del liderazgo en el PSOE no produce cambios en los electores	148
B) El Movimiento 15M y la cartelización de los partidos políticos en España .....	162



a)	La cartelización de los partidos políticos .....	168
C)	Análisis de las elecciones municipales del 22 de mayo de 2011 en España .....	174
D)	Último semestre de la IX Legislatura: el PSOE no logra remontar .....	186
a)	Inicio del nuevo curso político y cuenta atrás para las elecciones .....	197
b)	La reforma de la Constitución. ....	201
c)	ETA anuncia el cese definitivo de la violencia .....	203
E)	El contexto en el que se celebran las elecciones del 20N de 2011 .....	206
a)	La coyuntura económica.....	206
b)	La coyuntura social.....	207
c)	La coyuntura política .....	211
V.	CAPÍTULO IV. LAS ELECCIONES DEL 20N: EL SISTEMA FUNCIONA Y EL PP SE CONSTITUYE EN RECAMBIO. ....	217
1.	LA PARTICIPACIÓN ELECTORAL EL 20N .....	218
A)	Análisis de la participación electoral por Comunidades Autónomas.....	221
B)	Participación / abstención estructural ligada a factores sociológicos y actitudinales y participación / abstención coyuntural .....	222
2.	FIDELIDAD Y FUGA: DE DÓNDE VINIERON Y ADÓNDE FUERON LOS VOTOS .....	224
3.	PERFIL DE LOS NUEVOS VOTANTES DEL PP EN LAS ELECCIONES DE 2011 235	
4.	PERFIL DEL VOTANTE SOCIALISTA.....	240
VI.	CAPÍTULO V. LOS PRIMEROS AÑOS DE LA X LEGISLATURA (2011-2015): CUANDO EL RECAMBIO SE CONSTITUYE EN CONTINUIDAD .....	245
1.	PRIMERA PARTE DE LA LEGISLATURA: CUANDO EL PP PIERDE A LOS VOTANTES PRAGMÁTICOS .....	248
A)	La luna de miel continúa. ....	248
B)	Finaliza la luna de miel .....	256
2.	2013: EL AÑO DEL ALEJAMIENTO DEL ELECTORADO DEL PP .....	277
A)	La corrupción política entra en escena: Los “papeles” de Bárcenas.....	279
B)	Las encuestas detectan un primer síntoma del proceso de colapso del sistema .....	281
3.	2014: EL INICIO DEL CAMBIO.....	296
A)	El primer cuatrimestre del año: la fe del PP en el retorno de sus votantes .....	296
B)	Elecciones Europeas del 25 de mayo: Podemos hace acto de presencia .....	305
C)	Elecciones primarias en el PSOE para elegir a su nuevo secretario general.....	314
VII.	CAPÍTULO VI. 2015: EL AÑO DEL CAMBIO.....	323
1.	EL CUATRIPARTIDISMO SE COMPLETA: CIUDADANOS EQUILIBRA LA BALANZA IDEOLÓGICA .....	325
2.	LA DESCONFIANZA CIUDADANA EN LAS INSTITUCIONES POLÍTICAS.....	336

3.	ELECCIONES AL PARLAMENTO ANDALUZ DE MARZO DE 2015. PODEMOS Y CIUDADANOS DE PROMESA A REALIDAD .....	346
4.	ELECCIONES MUNICIPALES Y AUTONÓMICAS DE MAYO DE 2015. EL CAMBIO EMPIEZA POR LO LOCAL: LA PRIMERA EVIDENCIA EMPÍRICA DEL DESMORONAMIENTO PARTIDISTA.....	358
5.	ELECCIONES AL PARLAMENTO DE CATALUÑA DE SEPTIEMBRE DE 2015: PP Y PSC-PSOE DEJAN DE SER LA REFERENCIA NO NACIONALISTA.....	376
	A) Ciudadanos sustituye a Podemos como referente de la “nueva política” .....	381
6.	EL PERFIL DE LOS POTENCIALES VOTANTES DE PODEMOS Y CIUDADANOS A DOS MESES DEL 20D.....	394
7.	LOS DEBATES ELECTORALES DE LAS ELECCIONES DEL 20D: PODEMOS RECUPERA EL PULSO; CIUDADANOS DESAPROVECHA SU VENTAJA .....	404
8.	LAS ELECCIONES GENERALES DE 2015: LA MATERIALIZACIÓN DEL CAMBIO.....	416
9.	LA REAFIRMACIÓN CIUDADANA EN EL CAMBIO.....	440
VIII.	CONCLUSIONES .....	457
IX.	BIBLIOGRAFÍA.....	469



## Resumen en inglés: Substitution, continuity and change: electoral alignments in Spain 2011-2015

The Spanish Political Party System has gone through different variations in the period encompassing twelve general elections from 1977 —when democracy was restored after 40 years under Franco's dictatorship— to 2015. In a first stage, including the first two electoral contests —the Constituent Assembly elections and the 1979 general election— the party system has been depicted either as moderately polarized limited multipartism (fragmented because of the co-existence national and regional parties), or alternatively, as a two-party system where two large parties alternate in office. Under any of these definitions, electoral competition centered around two main parties endowed with governing capacity: UCD (Democratic Center Union) and PSOE (Spanish Socialist Workers Party). In a second stage —starting with the 1982 elections until the 1989 vote— the party system becomes hegemonic under the electoral and parliamentary dominance of PSOE. In this period the Socialist party won three consecutive elections by a landslide, without any real chances of victory for contenders. The third stage encompasses the general elections of 1993 and 1996, where a return to majority minorities, similar to political agreements forged during the 70's, takes place supported by a legislation pact between PSOE and CiU (Convergence and Union). The Spanish Party System returns to a non-polarized limited multi-party system or, in other words, an imperfect two-party system where PSOE and PP (Popular Party) stand out as main players. Both parties were the most voted in 1993 (PSOE) and in 1996 (PP) but each needed to govern in coalition with the moderate nationalist political parties from Cataluña and the Basque country. The 2000 elections brought about for the first time an absolute majority in seats for PP after their incomplete 1996 victory. Competition remained bipolar with centripetal dynamics as the effective number of parties reached the lowest levels since the restoration of democracy. In this context, the Partido Popular's absolute majority victory was interpreted by some authors as evidence of a party system in transit to a dominant party system. This prediction, however, did not materialize: in 2004 and 2008 minority majorities returned with PSOE as the governing party, thus, reestablishing a non-polarised limited multi-party system. The political landscape changed with the 2011 elections: the PP achieved its best historical electoral performance at the same time that the PSOE suffered its worst results. The huge electoral gap between both main parties seemed to suggest that the two-party system would eventually become a political party

system with one main player —even hegemonic due to the magnitude of PSOE's defeat. PSOE's result was, in fact, an early indication of the impending collapse of the Spanish Party System, which materialized in the December 2015 elections.

Political scientist Jana Morgan writes that a party system collapses when two simultaneous circumstances coincide in a short period of time: partisan breakdown (individual parties collapse) and system transformation (a change in system's main traits). Morgan shows that a party system collapses when it fails to link up with the citizenry as a whole. There are three important types of linkage between citizens and the party system: programmatic representation; group interest incorporation and clientelist exchanges. When the systems fail to capture the support of citizens via any of these three linkage modes —they all fail at the same time— voters desert the traditional parties *en masse* and become available for political socialization. In consequence, the system collapses, as occurred in the period between the IX (April 2008- December 2011) and X (December 2011 - October 2015) elections in Spain. In the December 2015 general elections, four political parties surpassed 10 percent of valid votes, but none reached 30 percent. As a result, the Spanish Party System became de facto a veritable multi-party system characterized by competitive multi-partism and high fragmentation. This new party system encompasses not two, but four main parties (PP, PSOE, Podemos and Ciudadanos) and substitutes the two-tier party system in any of its former definitions.

After the overwhelming PSOE victory in 1982 nation-wide governments have been led either by the PP or PSOE. The dynamics of the Spanish political system was characterized by a predictable turnover in power between PP and PSOE, that is, the governing formula exhibited remarkable continuity. The collapse of the Spanish party system was averted because discontent with ruling party performance translated into larger support for the main opposition party, and the result was healthy alternation in office. Citizen trust in the traditional parties did not erode noticeably. The 2008 elections showed that PSOE had lost the trust from a large section of its supporters; moreover, the PSOE had ceased to qualify as an electoral equal to the PP.

On the other hand, PP quickly lost voters' trust after winning a decisive electoral mandate in 2011 election. Without continuity and substitution, the party system collapsed as disaffected voters demanded a change that the old parties PP and PSOE were not able to meet. New political actors emerged seeking to represent citizens' demands and give voice to disaffected voters. New parties representing change surged, —Podemos and

Ciudadanos— becoming protagonists in the transformation of the party system.

The objective of this research project is to analyse through public opinion survey data the process of party system-citizen linkage decay, which underlies the collapse of the Spanish Party system. Objective data are highly relevant for the analysis and evaluation of the political upheavals that characterize this period. The survey data will capture both the dismantling of the party system (analysis of electoral trends) as well as socioeconomic transformations (economic and social data analysis). This type of information is, nevertheless, insufficient to explain electoral behavior in Spain or the voting realignments which led to party system transformation. Public opinion data allows to empirically illustrate changes in the political-attitudinal configurations characterizing Spanish Society intertemporally--in particular, in the post-crisis period. The objective is to use data to translate the state of public opinion into an explanation for electoral behavior in the transformative 2011 and 2015 elections. The underlying methodological assumption is that public opinion surveys (i.e surveys on public affairs agendas) constitute a predictor of electoral results.

Survey data collected in this period includes political, electoral and public opinion polls from Metroscopia and CIS —a private and a public opinion institute— to describe the loss of support for PSOE, one that begins during the ninth legislative session. During the first part of Zapatero's Socialist-led presidential tenure—mainly due to a denial of the economic crisis-, Socialists lost some of their more pragmatic voters (those who had hitherto supported PSOE for strategic reasons, eschewing sincere voting). During the second part of that presidential term —as a direct consequence of austerity economic measures implemented by the Zapatero government-, PSOE witnessed the loss of an important part of their more ideological voters, those who had always embraced social-democratic ideals (constituting PSOE's core traditional base). Some of these voters returned their vote to their reference parties in the 2011 elections (mainly IU but also nationalist parties) or became strategic voters, and supported the Partido Popular. This time, however, an important part of the electorate found itself orphaned, as it defected from the established parties. PP's voting base followed a very similar path in the X legislative term. When PP won power, the party approved a series of economic measures that were very similar to those implemented by the former socialist government. The result, nevertheless, seemed as economically unsatisfying in terms of the public opinion which had a strong perception of the looming consequences of the economic crisis. A

few months after their victory, electoral support for PP started fading. Important corruption cases linked to PP leaders erupted and disaffection grew amongst its popular base. Notably, a decreasing voting intention for PP was not capitalized by the traditional alternative party: PSOE had ceased to be perceived as the reliable substitute of the PP. The now floating voters that had hitherto supported the traditional parties did not find a suitable alternative in any of the existing political choices (including Izquierda Unida and UPyD, two nation-wide parties). Opinion polls show that by the time the X Legislative term had started, the three linkage types which bind the political system to voters had broken down, bringing the collapse of the Spanish Party System.

The first linkage mechanism, programmatic representation, broke as citizens could not meaningfully differentiate the public policies applied by PSOE and PP (particularly their economic policies). These policies were deemed socially unfair in terms of the burden they imposed on different social groups, and they were also deemed to be exogenously imposed by foreign institutions devoid of democratic legitimacy. The agreement between both traditional parties in August 2011 to modify the Constitution without popular consultation or support from other parties in the Parliament constituted a key breaking point from the standpoint of programmatic representation.

Possibly, the most evident sign of rupture in terms of corporatist linkage was the 15M social movement known as the INDIGNADOS (the outraged) whose main motto became: “They do not represent us,” pointing at the two main political parties. In a context of wrenching social transformations —not least, socioeconomic impoverishment, the increase of income inequality, and net population losses due to out-migration of Spaniards in search of jobs abroad and better working prospects—, voters blamed political parties viewed as rigid, corrupt, self-serving, and insensitive towards the demands and needs of citizens. The surging number of floating voters in the electorate finally opted to cast their lot with new emerging parties.

The last linkage strategy, clientelism, vanishes when political corruption starts to be perceived as a negative factor directly affecting the nation’s general welfare. Corruption during the 2001-2015 period was not a new feature in our democratic history; however, the consolidation of the crisis into a Great Recession followed by a deep social crisis, politicized corruption to a degree it had never reached, as citizens put the issue forefront in their list of concerns, as revealed by public opinion polls. The crisis reduced the prevalence of political corruption, because it diminished fiscal resources available to

politicians. The incentives for voters to keep on voting for parties involved in corruption scandals was dramatically reduced.

The research project analyses public opinion data for the period 2001-2015 to explain the electoral realignment of Spanish voters. It analyzes how each of the three linkage mechanisms that sustain a party system broke down, thereby spawning the collapse of the party system in the 2015 elections.





## Resumen en español: Recambio, continuidad y cambio: alineamientos electorales en España 2011-2015

El sistema de partidos español ha experimentado diferentes variaciones en el periodo de tiempo comprendido entre las doce elecciones generales celebradas en nuestro país desde las de 1977 —llevadas a cabo tras la restauración de la democracia después de la larga dictadura franquista— a las de 2015. Así, en una primera etapa, en la que se incluyen las dos primeras elecciones — las constituyentes de 1977 y las celebradas dos años después, en 1979—, el sistema de partidos emergente ha sido caracterizado bien como un pluripartidismo limitado y moderadamente polarizado y fragmentado por la presencia tanto de otros dos partidos de ámbito nacional como de diferentes minorías nacionalistas, mientras otros autores lo incluyeron dentro del modelo bipartidista por la presencia de dos grandes partidos con posibilidades de alternancia en el poder. En todo caso, en ambas definiciones, la competición electoral quedaba circunscrita a solo dos partidos con capacidad de formar gobierno: UCD (Unión de Centro Democrático) y PSOE (Partido Socialista Obrero Español). En la segunda fase —que se inicia con las elecciones de 1982 y perdura hasta las elecciones de 1989— el sistema de partidos se transforma en hegemónico teniendo al PSOE como protagonista: los socialistas encadenan tres mayorías absolutas consecutivas sin ningún partido con posibilidades políticas reales de disputarle el Gobierno. La tercera fase comprende los comicios generales de 1993 y 1996. En estas elecciones, se vuelve a las mayorías minoritarias de las dos elecciones de finales de los setenta pero esta vez de la mano de un pacto de legislatura entre el PSOE y CiU (Convergència i Unió). El sistema de partidos español vuelve al pluripartidismo limitado y no polarizado o, si se prefiere, a un bipartidismo imperfecto que tiene como protagonistas al PSOE y al PP: el primero fue el partido más votado en las elecciones de 1993 y el segundo en las de 1996, logrando, ambos, formar Gobierno apoyándose en las fuerzas políticas de carácter nacionalista (catalanas en un caso y catalanas y vascas en el otro). En las elecciones de 2000 el PP no solo revalida su victoria de 1996 sino que, además, consigue por primera vez en su historia ganar por mayoría absoluta. La competición seguía siendo bipolar y de tendencias centrípetas y tanto la fragmentación del sistema de partidos estatal como el número efectivo de partidos alcanzaban los niveles más bajos desde la reinstauración democrática pero, para algunos autores, el triunfo por mayoría absoluta del PP mostraba trazas de convertir el sistema de partidos en uno de partido predominante. Algo que no llegó a materializarse porque el PP perdió no solo la

mayoría absoluta sino, también, el poder en las siguientes elecciones generales de 2004. En aquellas elecciones y en las siguientes de 2008 se regresa a las mayorías minoritarias, esta vez, con el PSOE como partido de Gobierno: vuelve, de nuevo, el pluripartidismo limitado y no polarizado. El ciclo se rompe con las elecciones de 2011, cuando el PP logra su mejor resultado histórico y el PSOE el peor. Parecía abrirse, otra vez, un período en el que el sistema de partidos español mostraba visos de transformarse en uno de partido predominante —o, por qué no, y teniendo en cuenta el resultado del PSOE, en uno de partido hegemónico— protagonizado, en esta ocasión, por el partido conservador. En realidad, el resultado obtenido por el Partido Socialista en esas elecciones de 2011 estaba reflejando el colapso del sistema de partidos español que estaba en proceso y que culminó en las elecciones generales celebradas el 20 de diciembre de 2015.

La teoría del colapso sostenida por la politóloga Jana Morgan mantiene que un sistema de partidos colapsa cuando se producen de manera simultánea y en un corto período de tiempo dos circunstancias: el desmoronamiento partidista y la transformación del sistema. Un sistema de partidos acaba colapsando, según ella, cuando en su conjunto falla a la hora de conectar con la mayoría de los ciudadanos. La vinculación entre el sistema y los ciudadanos puede lograrse a través de tres estrategias principales: mediante lo que llama la representación programática, mediante la incorporación de intereses de grupo y mediante intercambios clientelares. Lo que sostiene la referida autora es que cuando los sistemas pierden la capacidad para conseguir el apoyo de los ciudadanos a través de cada uno de estos mecanismos —es decir, cuando las tres estrategias de conexión fracasan simultáneamente— la vinculación entre el sistema y los electores falla y se produce el colapso tal y como ocurrió en España en el período que abarcan la IX (1 de abril de 2008 - 13 de diciembre de 2011) y la X Legislatura (13 de diciembre de 2011 - 27 de octubre de 2015). En las elecciones del 20 de diciembre de 2015, y por primera vez en la reciente historia democrática española, cuatro partidos políticos lograban superar el 10 % de los votos válidos emitidos sin que ninguno de ellos alcanzara el 30 % de los votos. Tras esos comicios, el sistema de partidos español pasaba a estar caracterizado por un pluripartidismo competitivo que abarcaba, ahora, no solo a dos fuerzas políticas como tradicionalmente había venidos sucediendo, sino a cuatro: PP, PSOE, Podemos y Ciudadanos. Los Gobiernos nacionales que se han constituido en España tras cada uno de los procesos electorales anteriores a los comicios de 2015 —y, en concreto, desde el cataclismo electoral que supuso la aplastante victoria socialista en 1982— han estado siempre formados únicamente por dos partidos: PP y PSOE. Se han caracterizado, por

tanto, bien por la continuidad —cuando el partido que estaba en el Gobierno revalidaba su victoria en unas nuevas elecciones generales— bien por el recambio —cuando el otro partido le sustituía en el poder—. No se había producido nunca antes con anterioridad un colapso del sistema de partidos en España porque cuando fallaba la continuidad —cuando los electores dejaban de confiar en el partido que estaba en el Gobierno— los ciudadanos elegían el recambio. Sin embargo, durante la IX Legislatura que se inició tras las elecciones de 2008, el PSOE perdió la confianza de la mayoría de ciudadanos para continuar al frente del Gobierno, pero, al mismo tiempo, perdió, también, la condición de recambio del PP en un futuro. Por su parte, los populares perdieron rápidamente, a los pocos meses de su apabullante victoria en las elecciones de 2011, la confianza de la mayoría de los electores. El colapso del sistema de partidos ocurre porque sin continuidad y sin recambio los ciudadanos demandan un cambio que no representan ni el PP ni el PSOE. Tienen que aparecer nuevos actores políticos para recoger las demandas ciudadanas y dar voz a los electores. Surgen nuevos partidos que representan el cambio —Podemos y Ciudadanos— y se convierten en protagonistas de la transformación del sistema de partidos.

El objeto de estudio de este trabajo es, así, describir, mediante el análisis de datos de opinión recogidos a través de encuestas, cómo se ha ido produciendo la ruptura de los vínculos entre el sistema y los ciudadanos que acabaron provocando el colapso del sistema de partidos español. Los datos objetivos aportan una información, sin duda, necesaria para la construcción y evaluación del período de tiempo que se pretende analizar: permiten claramente visualizar tanto el desmoronamiento partidista (mediante los resultados electorales de los principales partidos) como la transformación del sistema (básicamente mediante datos económicos y sociales). Pero son insuficientes para explicar el comportamiento electoral de los españoles, el realineamiento electoral que culminó con la transformación del sistema de partidos. Mediante datos de opinión se pretende ilustrar empíricamente la configuración políticoactitudinal de la sociedad española desde las elecciones generales de 2008 y la traslación de estos estados de opinión al comportamiento electoral en las elecciones primero de 2011 y, posteriormente, de 2015 cuando se produce la transformación del sistema de partidos. Bajo esta intención descriptiva subyace la hipótesis metodológica de que las encuestas de opinión pública (las realizadas sobre temas de la agenda de asuntos públicos) reflejan razonablemente bien la dinámica política y de que ayudan a estimar y explicar los resultados electorales.

Los datos de opinión recogidos en este período de tiempo en los sondeos políticos, electorales y de opinión pública llevados a cabo por Metroscopia y el Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS) —que son los dos institutos de opinión pública, uno privado y otro público, cuyos datos se utilizan en este trabajo— describen cómo a lo largo de la IX Legislatura el PSOE fue perdiendo el apoyo de una parte sustancial de sus votantes. Durante la primera parte de esta Legislatura —y como consecuencia principal de la negación de la crisis económica— los socialistas perdieron a una parte de sus votantes que mostraban un perfil más pragmático que ideológico (votantes que en las elecciones de 2008 ejercieron el voto útil y que, por tanto, votaron a los socialistas a pesar de que el PSOE no era su partido de referencia). Durante la segunda parte de la legislatura —y como consecuencia fundamental de las medidas anticrisis aprobadas por el Gobierno de Zapatero— el PSOE perdió, además, a una parte importante de sus votantes más ideológicos, más apegados a los planteamientos socialdemócratas y que siempre habían votado por el PSOE. Una parte de esos votantes que en la IX Legislatura se alejaron electoralmente del PSOE volvieron a apoyar a sus partidos de referencia en las elecciones de 2011 (principalmente IU, pero también a partidos nacionalistas) o ejercieron el voto útil apoyando en esa ocasión al PP. En esas elecciones, por tanto, volvía a funcionar el recambio electoral que mantenía al sistema de partidos español. No obstante, otra parte importante del electorado español se quedó electoralmente huérfano: sin un partido de referencia al que votar. Una evolución parecida sufrió el electorado del PP en la X Legislatura. Al llegar al Gobierno, los populares aprobaron una serie de medidas económicas que diferían muy poco de las llevadas a cabo por el anterior Gobierno socialista y con un resultado similar (o, al menos, así era percibido): la crisis económica seguía sin remitir. Esto provocó que los apoyos electorales del PP empezaran a descender rápidamente en los sondeos a los pocos meses de su victoria electoral. Un alejamiento que se hizo más extensivo cuando se hicieron públicos una serie de importantes casos de corrupción vinculados a dirigentes populares. No obstante, ya no ocurría lo que tradicionalmente había venido pasando en años anteriores: el descenso en la intención de voto al PP no era capitalizado por el otro partido que había protagonizado las alternancias en el poder: el PSOE ya no era percibido por la ciudadanía como el recambio del PP. Y los huérfanos electorales, ahora de ambos partidos, no encontraban a un referente político en ninguna de las otras formaciones políticas existentes (ni siquiera en IU y UPyD, los otros dos partidos de ámbito nacional que, en esas circunstancias, podían haber jugado el papel de recambio). Los datos de opinión muestran, así, como a mitad de la X Legislatura

ya se habían roto los tres vínculos entre el sistema y los ciudadanos (mencionados por Morgan en su tesis) y que acabaron provocando el colapso del sistema de partidos español.

La ruptura del primer vínculo, la caída de la representación programática, se produjo cuando los ciudadanos se manifestaron incapaces de diferenciar las políticas (principalmente las económicas) aplicadas por PSOE y por PP. Unas políticas percibidas como injustas y, sobre todo, como impuestas desde fuera (los “constreñimientos políticos internacionales” que define Morgan en su tesis). El acuerdo entre los dos principales partidos —PSOE y PP— en agosto de 2011 para cambiar la Constitución sin consultar a la ciudadanía y sin el apoyo del resto de fuerzas políticas con representación parlamentaria fue el otro punto que propició la ruptura de la representación programática. La manifestación, quizá, más evidente de que el segundo vínculo, el de la incorporación de intereses y grupos sociales, se había quebrado, fue el movimiento 15M o de los indignados que surgió a mediados de 2011 y cuyo coreado lema principal fue “No nos representan” en referencia a los principales partidos políticos españoles. En un momento de fuerte transformación social (en los diferentes datos existentes en este sentido, cabe destacar que era la primera vez en la historia reciente que España perdía población como consecuencia de la emigración), los españoles culpabilizaban de la mala situación de conjunto del país a los partidos políticos a los que veían rígidos en su funcionamiento, endogámicos y alejados de las necesidades y de las demandas de sus conciudadanos. Los huérfanos políticos que se fueron quedando por el camino optaron, en su mayoría, finalmente, por votar a los nuevos partidos emergentes.

Y la ruptura del tercer vínculo, el clientelismo, ocurre cuando la corrupción política empieza a ser percibida como un mal que afecta directamente a los ciudadanos. La corrupción (el clientelismo) presente en el periodo temporal que abarca este estudio, no supuso, por supuesto, una novedad en nuestra historia democrática, pero con el avance y profundización de la crisis económica y la consecuente crisis social, la corrupción emergió como un problema que afectaba a los ciudadanos directamente y de manera personal. La crisis económica redujo, sin duda, las redes de corrupción política debido a la disminución de los recursos disponibles. Pero también, y quizá sea lo más relevante en el caso español, redujo los incentivos que los electores podían tener para votar a los partidos salpicados por casos de corrupción.

El trabajo que aquí se presenta analiza los datos de opinión recogidos a lo largo del período que abarca el estudio y que permiten observar cómo se fueron realineando

electoralmente los españoles y cómo se fueron rompiendo los vínculos entre ellos y el sistema hasta producirse el colapso del sistema de partidos en las elecciones generales de 2015.

*Toda realidad desconocida prepara su venganza*

José Ortega y Gasset<sup>1</sup>.

*Todo en la vida social, incluso la propia ciencia, reposa sobre la opinión. Sin duda, se puede tomar a la opinión como objeto de estudio y hacer de ello una ciencia: en eso consiste principalmente la sociología. Pero la ciencia de la opinión no hace la opinión: solo puede esclarecerla, contribuir a que sea más consciente de sí.*

Emile Durkheim<sup>2</sup>

## I. INTRODUCCIÓN

Las elecciones generales celebradas en España el 20 de diciembre de 2015 —las duodécimas desde la restauración de la democracia— arrojaron unos resultados inéditos hasta ese momento en la historia electoral de nuestro país. Por primera vez desde las elecciones constituyentes de 1977 cuatro partidos políticos lograban superar el 10 % de los votos válidos emitidos sin que ninguno de ellos consiguiera alcanzar el 30 %. El PP obtuvo el 28.7 %, el PSOE el 22 %, Podemos el 20.7 % y Ciudadanos el 13.9 %. Además, nunca antes la diferencia entre el primer y el cuarto partido, tanto en número de votos como en número de escaños, había sido tan estrecha: 15.8 puntos porcentuales y 83 diputados. Asimismo, el número de escaños logrado por la formación política que consiguió más votos (en este caso, el Partido Popular) fue el más bajo de todos los procesos electorales anteriores (123). Y fue, también, la primera vez que el segundo partido se quedaba por debajo de los 100 diputados (el PSOE logró 90). Por otro lado, nunca antes la suma de porcentajes de votos y la suma de escaños de los dos partidos principales habían sido tan reducidas: 50.7 % y 213 diputados (un 60.9 % del total de los 350 escaños que componen el Congreso de los Diputados). Y otra novedad: fue la primera vez que dos partidos nuevos, debutantes en unas elecciones generales, obtenían tantos votos y escaños como los logrados por Podemos y por Ciudadanos: entre los dos sumaron

---

<sup>1</sup> ORTEGA Y GASSET, J. (1998): *La Rebelión de las masas*, Espasa-Calpe, Madrid. La cita pertenece al Epílogo para ingleses.

<sup>2</sup> DURKHEIM, E. (2003): *Las formas elementales de la vida religiosa*, Alianza. Madrid. La cita aparece en el original (1912) en las Conclusiones al final del apartado III.



casi nueve millones de votos (5.189.333 votos los primeros y 3.500.446 los segundos) y casi un tercio de los diputados del Congreso (109: 69 y 40, respectivamente). También fue la primera vez que los españoles se fueron a la cama la noche electoral sin saber quién iba a ser su próximo presidente del Gobierno<sup>3</sup>. De hecho, por primera vez en la historia de España, hubo que repetir las elecciones generales por la falta de acuerdo entre los diferentes partidos políticos con representación parlamentaria para elegir a un Presidente. Tras las elecciones de 2015, el 13 de enero de 2016 se iniciaba la XI Legislatura que finalizó el 3 de mayo de este mismo año pasando a ser —otra novedad— la más corta de la democracia española: solo duró 111 días<sup>4</sup>.

Con que solo se hubiera producido uno de estos acontecimientos habría sido suficiente, probablemente, para calificar como excepcionales las elecciones del 20 de diciembre de 2015. Pero, sin duda, lo fueron al haber concurrido simultáneamente todos estos resultados descritos. Estos comicios lograron, además, un plus de unicidad al haberse celebrado en un contexto económico de crisis económica —la peor del periodo democrático— y de crisis social —también la peor de, al menos, los últimos 30 años—.

## 1. MARCO TEÓRICO

En este sentido, los resultados de las elecciones del 20 de diciembre de 2015 permiten afirmar, siguiendo la tesis de Morgan (2011), que el sistema de partidos español colapsó. En su libro *Bankrupt of representation and party system collapse*, la autora mantiene la teoría de que para que un sistema de partidos<sup>5</sup> colapse tienen que producirse de manera simultánea y en un corto período de tiempo dos circunstancias: el desmoronamiento partidista y la transformación del sistema. Estos dos acontecimientos se han producido en el caso español en apenas cuatro años: los que abarca la X Legislatura (transcurrida desde el 13 de diciembre de 2011 al 27 de octubre de 2015).

---

<sup>3</sup> En las elecciones generales de 1996, las primeras ganadas por el PP, se tardaron dos meses desde su celebración en investir presidente a José María Aznar (las elecciones se celebraron el 3 de marzo y la investidura se produjo el 4 de mayo). En todo caso, en aquella ocasión existían pocas dudas de que el candidato popular fuera a ser investido Presidente. Solo parecían existir dudas acerca de dónde provendrían sus apoyos. Finalmente, Aznar consiguió el voto a favor de, además de sus 156 diputados, los 16 de CiU, los 5 del PNV y los 4 de CC.

<sup>4</sup> El 26 de junio de 2016 se celebraron unas nuevas elecciones generales en nuestro país.

<sup>5</sup> Se utiliza la definición de sistema de partidos de Sartori (1980): “el sistema de interacciones que es resultado de la competencia entre partidos”.

### Desmoronamiento partidista

El desmoronamiento partidista afectó a los cuatro principales partidos de ámbito nacional: PP, PSOE, IU y UPyD. Los dos primeros son los denominados en este estudio principales partidos tradicionales y son los que a lo largo del periodo de tiempo analizado perdieron mayor número de votos y escaños. Los otros dos partidos eran los que estaban llamados a cumplir la función de recambio de los dos partidos tradicionales, sin embargo, sufrieron también un fuerte castigo electoral que les impidió ejercer ese papel sustitutivo. Por un lado, el PP perdió en 2015 con respecto a las elecciones de 2011 más de tres millones y medio de votos: en este periodo de tiempo, los populares pasaron de lograr su mejor resultado histórico con 10.866.566 votantes a 7.236.965. El PSOE, por su parte, se dejó en ese tiempo casi un millón y medio de electores: de 7.003.511 votos a 5.545.315, su peor resultado histórico hasta la fecha<sup>6</sup>. En realidad, el retroceso electoral del PSOE se produjo ya de manera abrupta en las elecciones de 2011 cuando perdió con respecto a los comicios precedentes de 2008 más de cuatro millones. Su suelo electoral hasta ese momento. Es decir, en solo dos legislaturas (la IX y la X) el PSOE perdió casi seis millones de votos: de los 11.289.335 conseguidos en 2008 a los 5.545.315 en 2015. Por su parte, IU (Izquierda Unida) pasó de tener 1.686.040 votos en 2011 a 926.783 en 2015 cuando se presentó en la coalición Unidad Popular<sup>7</sup>: una pérdida de casi ochocientos mil votos y nueve escaños (pasó de 11 a 2). Finalmente, UPyD (Unión, Progreso y Democracia) pasó a la irrelevancia política al perder casi un millón de votos (de 1.143.225 a tan solo 155.153) y quedarse sin representación en el Parlamento. En definitiva, a pesar de que entre 2011 y 2015 el censo electoral aumentó en más de setecientos mil votantes<sup>8</sup>, y de que la participación total se incrementó entre una elección y otra en ocho décimas<sup>9</sup>, los cuatro principales partidos políticos de ámbito nacional perdieron conjuntamente en

---

<sup>6</sup> En las posteriores elecciones del 26 de junio de 2016 el PSOE empeoró su resultado en número de votos y de escaños.

<sup>7</sup> Unidad Popular es una coalición que parte de la confluencia de la plataforma ciudadana Ahora en Común (surgida tras las elecciones municipales y autonómicas de mayo de 2015 y concebida con la idea de presentar una candidatura en las elecciones generales de ese año) y el grupo parlamentario del Congreso de los Diputados La Izquierda Plural (una coalición de Izquierda Unida y Los Verdes). El candidato a la presidencia del Gobierno fue Alberto Garzón, elegido tras un proceso de elecciones primarias.

<sup>8</sup> De un Censo electoral total en 2011 de 35.779.491 votantes se pasó a uno de 36.511.848, un aumento de 732.357 electores.

<sup>9</sup> La participación total en 2011 (teniendo en cuenta, también, el voto de los residentes ausentes) fue de 68.9 % y la de 2015 de 69.7 %

esos cuatro años casi siete millones de votos (6.835.126) y 97 escaños (de 312 diputados pasaron a sumar 215).

### Transformación del sistema

Por otro lado, la transformación del sistema se ha producido tanto el plano económico como en el social y en el político.

En el **plano económico**, la crisis mundial iniciada en 2007 tuvo en España un carácter dual: además de la crisis externa de carácter internacional nuestro país tuvo que hacer frente a una serie de desequilibrios económicos propios que, tal y como señaló el director general del Servicio de Estudios del Banco de España, “otorgó a la crisis en España un componente de mayor complejidad y determinó un cierto retraso en la capacidad de salida de la misma”<sup>10</sup>. Los desequilibrios a los que se hacía mención eran, primero, un exceso de concentración de recursos reales y financieros en el sector inmobiliario; segundo, una tendencia al endeudamiento excesivo de empresas y familias y, en tercer lugar, el desarrollo y expansión de ciertos problemas de competitividad.

Entre 2007 (el año justo anterior al del inicio de la crisis económica) y el 2014 (año en el que Podemos aparece en la escena política española) el PIB a precios de mercado español se redujo pasando de 1.080.807 millones de euros a 1.041.160 millones de euros. También se produjo un descenso del PIB por habitante pasando de 23.111 € a 22.261 €. Y decreció el número de empresas tanto las menores de 20 empleados (de 3.246.329 a 3.059.140) como las de más de 20 empleados (de 90.328 a 60.170). El coste por hora trabajada se incrementó de 12.7 € a 14.6 €<sup>11</sup>.

En el **plano social**, año tras año desde el inicio de la crisis económica la desigualdad se fue incrementando en nuestro país<sup>12</sup>, en gran parte, como consecuencia del aumento del

---

<sup>10</sup> Así lo afirmó en una conferencia titulada “La economía española en la crisis mundial” que dio el 1 de febrero de 2010 en Zaragoza dentro del Programa “Economía de la crisis y de la reactivación/Caja de Ahorros de la Inmaculada de Aragón. (<http://www.bde.es/f/webbde/GAP/prensa/intervenpub/diregen/estudios/ficheros/es/estu010210.pdf>).

<sup>11</sup> Estos datos pertenecen a un estudio del Consejo Económico y Social que ofrecen una panorámica cuantitativa de la evolución de los principales fenómenos económicos, laborales y sociales de España desde el año 2007 hasta el 2015. ([http://www.ces.es/documentos/10180/3318071/Cauces\\_30\\_pp106-119.pdf](http://www.ces.es/documentos/10180/3318071/Cauces_30_pp106-119.pdf))

<sup>12</sup> Puede leerse el artículo de opinión que escribió Guillermo de la Dehesa, presidente del *Centre for Economic Policy Research* en EL PAÍS el 29 de junio de 2014. ([http://economia.elpais.com/economia/2014/06/26/actualidad/1403806469\\_557818.html](http://economia.elpais.com/economia/2014/06/26/actualidad/1403806469_557818.html)).

desempleo. Se pasó de una tasa de paro del 9.6 % en el primer trimestre de 2008 (el 9 de marzo de ese año se celebraron elecciones generales) a una del 22.6 % en el cuarto trimestre de 2011 (coincidiendo con las elecciones generales de ese año)<sup>13</sup>. Desde ese momento y hasta el cuarto trimestre de 2015 (coincidiendo con las elecciones generales del 20 de diciembre) ese porcentaje permaneció por encima del 20 %<sup>14</sup>. En el caso de los más jóvenes (los menores de 25 años), la tasa de desempleo se mantuvo próxima o por encima del 50 % en este período de tiempo. A pesar de las duras medidas adoptadas — primero por el Gobierno socialista de Zapatero y posteriormente por el Gobierno popular de Rajoy— el número de parados continuó alcanzando cifras estratosféricas y atípicas en comparación con los países europeos de nuestro entorno<sup>15</sup>. España es el país de la OCDE (Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico) donde más empleo juvenil se destruyó entre 2007 y 2015. El porcentaje de jóvenes españoles menores de 30 años que ni estudian ni trabajan llegó a su máximo en 2013: 26 %. Y quienes entraron en el mercado laboral en 2009 han sufrido un recorte salarial de 56 puntos porcentuales respecto a quienes lo hicieron en 2003. Como ejemplo comparativo, ese porcentaje por sólo es de un 2% en el caso de Holanda (OECD, 2016).

Una de las consecuencias de la mala situación económica nacional fue el incremento de jóvenes españoles que emigraron al extranjero: según el Instituto Nacional de Estadística, entre los años 2012 y 2014 se han producido 525.3858 emigraciones de españoles entre los 18 y los 35 años<sup>16</sup>. Entre otras cuestiones, esta migración afectó al Censo Electoral: en el de 2011 los menores de 35 años suponían el 24.8% y en el 2015 tres puntos menos: el 21.8%. Una diferencia que, como se verá más adelante, tuvo implicaciones directas en el resultado de las elecciones generales celebradas ese año.

---

<sup>13</sup> A este respecto es interesante la lectura del artículo “El gran saqueo” de Joaquín Estefanía publicado en EL PAÍS el 9 de mayo de 2011 ([http://elpais.com/diario/2011/05/09/opinion/1304892012\\_850215.html](http://elpais.com/diario/2011/05/09/opinion/1304892012_850215.html))

<sup>14</sup> Puede consultarse la evolución de la tasa de paro en: (<http://www.elmundo.es/grafico/economia/2014/10/24/544a3a98268e3ece028b456d.html>).

<sup>15</sup> Alemania, por ejemplo, pasó de un desempleo del 11.3 % en 2005 —cuando llevó a cabo un duro programa de ajustes— a uno por debajo del 6% en 2011, en plena crisis económica.

<sup>16</sup> Por emigrado el INE entiende a quien, habiendo sido residente habitual en el territorio que se toma en consideración (España, en este caso) deja de ser residente habitual por un periodo de al menos 12 meses.

GRÁFICO 1



GRÁFICO 2

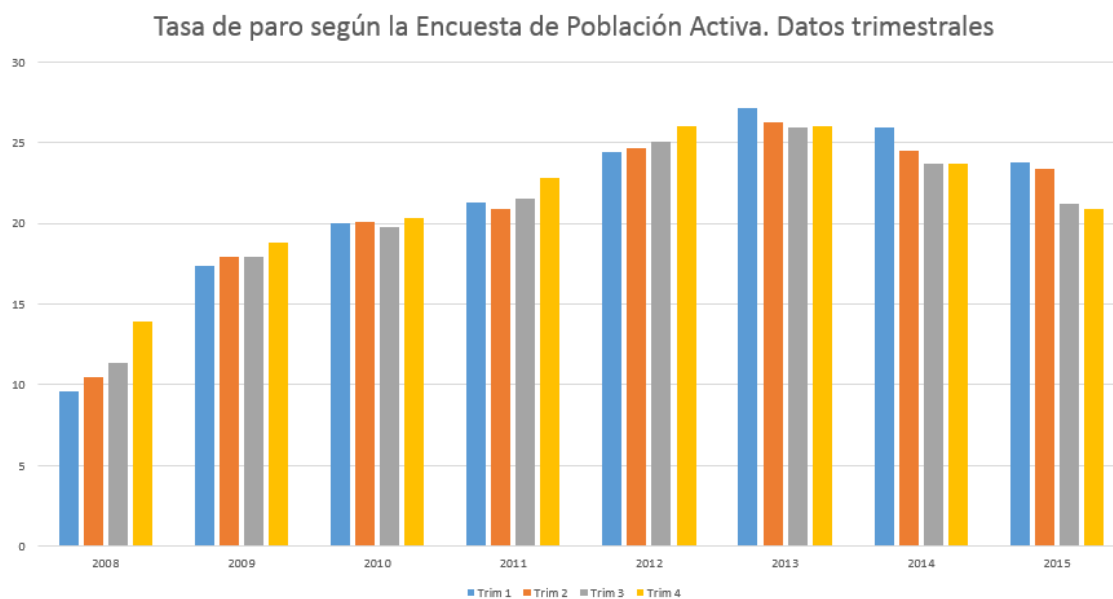


GRÁFICO 3

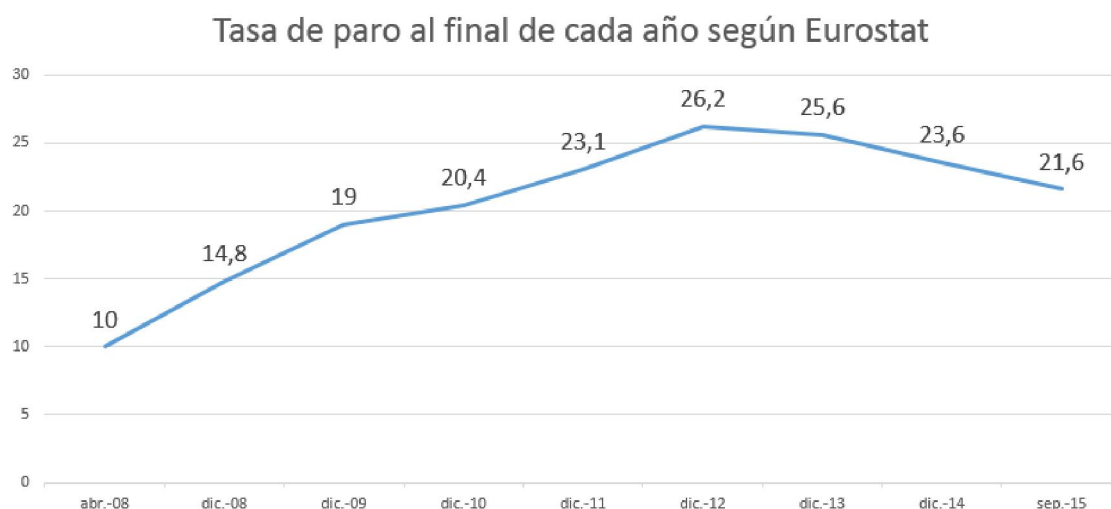
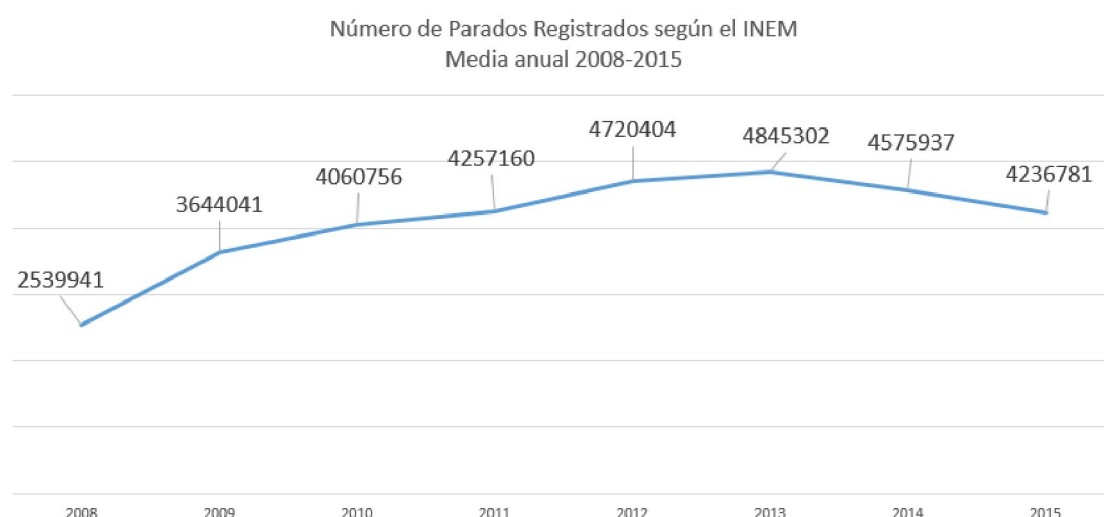


GRÁFICO 4



Por otro lado, la variación de las rentas también incidió en el incremento de la desigualdad. En el periodo comprendido entre 2007 y 2015, el 30 % con menos renta perdió alrededor de un 20 % de sus ingresos, el 30 % con rentas medias —las clases medias— perdieron entre un 6 % y un 7 % (las medias-altas algo menos) y, sin embargo, las rentas muy altas subieron desde 2007. Las personas que en 2004 vivían en hogares con un nivel de renta medio llegaban al 59 %. Tres años más tarde, el porcentaje creció hasta un 60,6 %, el máximo histórico. A partir de ahí no dejó de caer y en 2013, bajó al 52 %. En total, en esos nueve años la clase media perdió cerca de 3,5 millones de

personas. La crisis económica trajo un descenso de la renta disponible de las familias. Hasta 2007 crecía, llegó a acercarse a una media de 28.000 euros. Ese año alcanzó su máximo y desde entonces no paró de caer. En 2013, quedó en poco más de 22.000 euros, un 20 % menos que seis años antes. Pero esta reducción no fue uniforme. La distribución de personas según el nivel de renta de los hogares en que residen lo mostraba con claridad. En 2007, el 60.6% de la población española, formaba parte de familias que se podían considerar de clase media, el 26.6 % en la clase baja y el 12.8 % en la alta. Seis años después la parte de abajo de la pirámide había crecido significativamente. Las personas que se podían considerar clase baja habían pasado a 38.5 %. Los integrantes de hogares con rentas medias bajaron en más de ocho puntos porcentuales, hasta el 52.3 % y cayeron hasta poco más de 24 millones. En seis años, este colectivo menguó en unos 3.5 millones de personas. Estos son algunos de los datos que analizaba con detalle un estudio sobre la evolución en la distribución de la renta a comienzos del siglo XXI en el que su autor principal (Goerlich, 2016) ofrece algunas importantes conclusiones. La primera es que el nivel de vida de los hogares españoles se fue deteriorando de forma importante desde 2007. Los datos recopilados hasta el año 2013 indicaban que la renta per cápita y por hogar al inicio de la segunda década del siglo XXI había retrocedido a niveles de finales del siglo pasado. En segundo lugar, se observaba que la distribución de la renta también había empeorado de forma sustancial desde 2007. No solo la renta cayó, sino que el reparto de la misma, su distribución, había empeorado notablemente desde el inicio de la crisis. Según el autor, 2007 marca claramente un punto de inflexión en lo que se refiere a la situación de las economías domésticas. Los niveles de desigualdad se situaban en 2013 en máximos históricos desde que había registros de encuestas de hogares. En tercer lugar, concluye que el reparto de la crisis económica fue muy desigual afectando en mayor medida a los estratos inferiores que vieron cómo sus niveles de vida disminuían de forma drástica generando situaciones de pobreza y exclusión social desconocidos en nuestro país desde décadas atrás. Como algunos estudios<sup>17</sup> han puesto de manifiesto, España es el país en que más aumentó el paro desde el inicio de la crisis y el país en el que la distribución de la renta mostró una evolución más negativa desde el punto de vista de la igualdad.

---

<sup>17</sup> Entre otros: AA.VV (2014) : Informe sobre la democracia en España 2014, Fundación Alternativas, Madrid. AA.VV. (2014): VII Informe sobre exclusión y desarrollo social en España, Fundación Fomento de Estudios Sociales y de Sociología Aplicada (FOESSA), Madrid.

Por otro lado, los resultados de la Encuesta de Condiciones de Vida (ECV) correspondiente al año 2014 publicados por el Instituto Nacional de Estadística (INE) en mayo de 2015<sup>18</sup> ponían de manifiesto, entre otras cuestiones, la evolución descendente desde 2009 y hasta 2013 de los ingresos medios por hogar, el aumento del porcentaje de españoles en riesgo de pobreza, el aumento del porcentaje de hogares que no tenían capacidad para afrontar gastos imprevistos, el aumento de hogares que no se podían permitir ir de vacaciones fuera de casa al menos una semana al año y el de hogares que tenían retrasos en los pagos de gastos relacionados con la vivienda principal.

En el **plano político**, la transformación fue evidente. Como señala Vallés (2016), tanto los efectos objetivos<sup>19</sup> como los subjetivos (la percepción por parte de los ciudadanos) de la crisis económica jugaron a favor de la desafección hacia el sistema político. El realineamiento electoral de los ciudadanos en los años anteriores a las elecciones de 2015 provocó que el sistema de partidos español pasara —utilizando la clasificación clásica de Sartori<sup>20</sup>— del bipartidismo vigente en las últimas dos décadas (al que se le puede añadir la expresión “imperfecto” que acuñó Giorgio Galli (1966) para definir el sistema político italiano de la década de los sesenta), a un sistema de pluralismo limitado y moderado inédito en nuestro país. Inédito porque si bien es verdad que hay cierto consenso académico en definir también como pluripartidista limitado el sistema de partidos emanado de las urnas en las dos primeras elecciones democráticas tras la dictadura franquista (las de 1977 y 1979), este de los años setenta fue un multipartidismo que cabría definir como no competitivo. Sin embargo, el multipartidismo presente en la política nacional tras los comicios de 2015 era claramente competitivo, con cuatro fuerzas políticas —PP, PSOE, Podemos y Ciudadanos— orientadas hacia el gobierno, es decir, con disponibilidad para coaliciones gubernamentales.

¿Pero cuáles son las causas que están detrás del colapso? ¿Qué motivos inciden en la transformación del sistema y en el desmoronamiento de los partidos que acaban provocando el colapso del sistema de partidos?

---

<sup>18</sup> Así consta en la Nota de Prensa del INE del 28 de mayo de 2015. (<http://www.ine.es/prensa/np908.pdf>).

<sup>19</sup> Entre estos efectos se encuentran aumento del paro y su cronificación para determinados colectivos, el porcentaje de desocupados sin subsidios de ningún tipo, la precarización laboral, la devaluación de los salarios, el aumento de la pobreza y la posibilidad de caer en ella, etc.

<sup>20</sup> En este trabajo se utiliza la clasificación de Sartori —que se desarrolla en el capítulo de este trabajo referido al estado de la cuestión en el estudio de los sistemas de partidos— en lugar de la de Morgan.



En su libro —y tras comparar varios países en los que el sistema de partidos ha colapsado en diferentes momentos: Italia, Colombia, Venezuela o Bolivia— Morgan plantea la hipótesis según la cual un sistema de partidos acaba colapsando cuando el sistema en su conjunto falla a la hora de conectar con la mayoría de los ciudadanos. La vinculación entre el sistema y los ciudadanos puede lograrse a través de tres estrategias principales: mediante lo que llama la representación programática, mediante la incorporación de intereses de grupo y mediante intercambios clientelares. Lo que sostiene la autora es que cuando los sistemas pierden la capacidad para conseguir el apoyo de los ciudadanos a través de cada uno de estos mecanismos —es decir, cuando las tres estrategias de conexión fracasan simultáneamente— la vinculación entre el sistema y los electores falla y el sistema de partidos acaba colapsando. Morgan explica por qué pueden frustrarse cada una de esas estrategias.

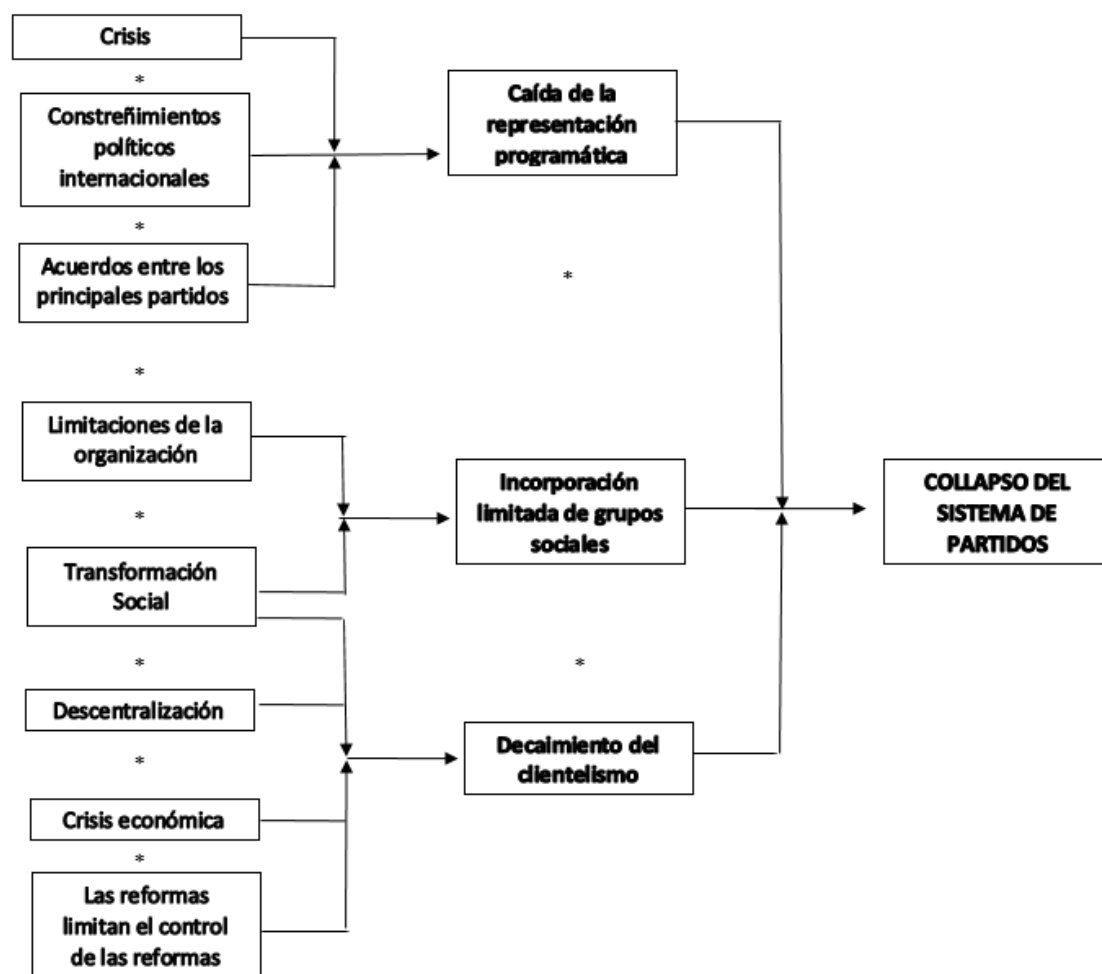
La **representación programática** se deteriora cuando coinciden, al mismo tiempo, tres acontecimientos. En primer lugar, la existencia de una situación de crisis política —debida, específicamente, al agotamiento de los modelos de política establecidos— que da lugar a una serie de retos, de problemas urgentes, que exigen respuestas innovadoras por parte de los principales partidos políticos. En segundo lugar, la presencia de una serie de restricciones internacionales que limitan las opciones políticas de los partidos para hacer frente a la crisis. Y, en tercer lugar, los acuerdos entre los principales partidos que impide a los ciudadanos percibir diferencias programáticas significativas entre ellos. Ante esta situación —la gente rechaza la política del *status quo* y los acuerdos entre partidos no permiten distinguir entre las políticas del gobierno y las de la oposición— los ciudadanos no perciben alternativas programáticas en el sistema de partidos vigente y se ven en la necesidad de buscar fuera del sistema otras opciones políticas o ideológicas que les resulten creíbles.

La **incorporación de intereses** —el ingreso de los ciudadanos al sistema político — se ve limitada por dos motivos: a) cuando se producen una serie de transformaciones sociales que hacen que algunos grupos sociales puedan sentirse excluidos del sistema; y b) porque las estructuras organizativas de los partidos políticos impide participar en ellos a estos mismos grupos.

Finalmente, el **deterioro del clientelismo** se produce cuando debido al impacto de una crisis económica, empiezan a decaer amplias redes de corrupción (el clientelismo colapsa). En consecuencia se produce una reducción de las rentas a repartir (se socava la capacidad de los partidos para satisfacer la demanda) y hace que los electores se vuelvan más críticos y exigentes. En otras palabras, la demanda ciudadana de cambios sociales aumenta al tiempo que la crisis económica provoca una reducción del suministro de recursos por parte de los partidos. Esta circunstancia se agrava si en el transcurso de los acontecimientos tienen lugar otro tipo de elecciones de un orden diferente al nacional (locales, regionales, europeas...), porque obliga a los partidos políticos tradicionales a multiplicar los incentivos para intentar volver a atraer a sus electores a las urnas.

En la Figura 1 se esquematiza el modelo completo del colapso del sistema de partidos tal cual lo define Morgan en su libro.

Figura 1



El \* representa la condición "Y". Los factores en negrita son parte del modelo teórico básico; los factores que no van en negrita son parte del modelo secundario. Las flechas indican una conjunción de causas necesarias.

## 2. OBJETO DE ESTUDIO

La principal hipótesis que se mantiene en este trabajo es que este proceso descrito que deviene en el colapso del sistema de partidos es el que, con algunas particularidades, se ha producido en España en el período que se analiza en este trabajo. El objeto de estudio es describir, mediante el análisis de datos de opinión recogidos a través de encuestas, cómo se ha ido produciendo la ruptura de los vínculos entre el sistema y los ciudadanos que acabaron provocando el colapso del sistema de partidos español.

### La caída de la representación programática

¿Cómo se produce el deterioro de la estrategia de representación programática en el caso español? En primer lugar, desde las elecciones generales de 2008 —las últimas ganadas por el PSOE con Zapatero al frente— y hasta las de 2011 —cuando se produjo un recambio en el Gobierno nacional y el PP sustituyó al PSOE tras dos legislaturas consecutivas de gobierno socialista— la insatisfacción ciudadana tanto con el Gobierno como con la oposición alcanzó porcentajes nunca antes conocidos. Por primera vez en nuestra historia democrática, la desconfianza hacia los dos principales candidatos a presidir el Gobierno de la nación era un sentimiento compartido por la amplia mayoría de la población. A solo un día para la celebración de las elecciones generales de 2011, el candidato socialista Alfredo Pérez Rubalcaba, inspiraba poca o ninguna confianza a tres de cada cuatro electores (75%), y lo mismo le ocurría al candidato popular Mariano Rajoy (dos de cada tres ciudadanos: 66 %) <sup>21</sup>. Unos porcentajes que se mantuvieron prácticamente inalterables a lo largo del mes previo a los comicios (Gráfico 5). Y se llegaba a la cita electoral con una percepción ciudadana de la política, de los políticos y de los partidos abrumadoramente negativa. De hecho, para la mayoría de la ciudadanía estos últimos pasan a ser una parte del problema y no de la solución. En el Barómetro de octubre de 2011 de CIS (un mes antes de las elecciones), “los políticos en general, los partidos políticos y la política” pasaban a ocupar para los ciudadanos el tercer puesto del ranking de problemas que sufría España en esos momentos, solo por detrás del paro y los

---

<sup>21</sup> Los datos corresponden a la última oleada de un tracking preelectoral llevado a cabo por Metroscopia entre los días 15 y 19 de noviembre de 2011. Se realizaron 2.012 entrevistas a razón de unas 400 entrevistas diarias afijadas mediante muestreo estratificado por región y tamaño de hábitat proporcional a la distribución de la población electoral y con aplicación de cuotas de sexo y edad para la selección de la unidad última.

problemas de índole económica<sup>22</sup>.

En este mismo sentido apuntaban los datos del Barómetro de Confianza Institucional de Metroscopia iniciado en 2011. La confianza institucional forma parte de lo que, desde la ya clásica obra de Putnam (2000) se conoce como capital social (“los rasgos de la organización social tales como las redes, las normas y la confianza interpersonal que promueven la coordinación y la cooperación para el mutuo beneficio”). Desde hace más de medio siglo, sociólogos y politólogos consideran que constituye un elemento esencial para la plena consolidación de una cultura democrática: no es, en efecto, irrelevante para el funcionamiento de una sociedad que los principales grupos e instituciones sociales que la vertebran inspiren a la ciudadanía un mayor o menor grado de confianza (y, por tanto, de credibilidad y respetabilidad). La profunda y prolongada crisis económica causó en el caso concreto, pero no único, de nuestro país una paralela, clara y profunda crisis de confianza ciudadana en las instituciones más estrechamente relacionadas con el ámbito político. Durante los años que abarca el estudio (2011-2015) los españoles han venido reprochando de forma masiva (sin diferencias en función de la edad o de la ideología) a los partidos políticos y a sus líderes su incapacidad para alcanzar los grandes acuerdos que los ciudadanos entendían que demandaba la crisis. Año tras año, los españoles constataban la carencia de liderazgos políticos confiables y eficientes cuando más necesarios resultaban y, en cada oleada del Barómetro, han situado en los últimos puestos del ranking de confianza institucional a los políticos, a los partidos políticos, al Gobierno, al Parlamento, a los Ayuntamientos y a las Comunidades Autónomas.

Al mismo tiempo, la sensación mayoritaria de que quienes marcaban la agenda económica española no eran los partidos políticos nacionales sino organismos internacionales (los mercados, la troika<sup>23</sup>, Europa...) fue socavando la confianza ciudadana en el sistema: los principales partidos políticos no tenían margen de maniobra —o así se percibía— para aplicar políticas diferentes a las marcadas por esos agentes externos (Cuadro 1). A este argumento contribuyó que a falta de tan solo tres meses para la celebración de las elecciones de 2011, el 23 de agosto, el entonces presidente del Gobierno, el socialista

---

<sup>22</sup> Barómetro de octubre de 2011 del CIS. ([http://www.cis.es/cis/export/sites/default/-Archivos/Marginales/2900\\_2919/2914/Es2914.pdf](http://www.cis.es/cis/export/sites/default/-Archivos/Marginales/2900_2919/2914/Es2914.pdf)).

<sup>23</sup> Grupo de decisión formado por la Comisión Europea (CE), el Banco Central Europeo (BCE) y el Fondo Monetario Internacional (FMI)

Rodríguez Zapatero, propusiera la reforma del artículo 135 de la Constitución<sup>24</sup> para incluir en el texto el concepto de “estabilidad presupuestaria” por el que se daba prioridad al pago de la deuda pública. La reforma fue apoyada por los dos partidos mayoritarios, PSOE y PP (a los que se unió Unión del Pueblo Navarro), sin contar con las opiniones de los diputados del resto de los partidos políticos con representación parlamentaria<sup>25</sup>.

La situación de crisis política estaba, por tanto, claramente presente en la sociedad española antes, incluso, de las elecciones de 2011 pero se agudizó a partir de ese año. A lo largo de la IX legislatura, las políticas llevadas a cabo por el Gobierno del PSOE presidido por Zapatero alejaron —por diferentes motivos, unos pragmáticos y otros ideológicos— del proyecto político socialista a una sustancial parte del electorado español que se sentía identificado con el PSOE. Los socialistas no lograron recuperar a estos votantes —los denominados en este estudio “huérfanos” políticos del PSOE— ni captar a otros nuevos en procesos electorales posteriores. Durante el periodo en el que el bipartidismo fue el sistema de partidos representativo de España, los dos principales partidos se fueron alternando en el Gobierno de la nación. La única duda parecía estribar en cuanto tiempo iba a tardar cada partido en ocupar el puesto del otro. Sin embargo, a lo largo de esta IX Legislatura el PSOE simplemente dejó de ser percibido por la mayoría de los ciudadanos como una opción futura de recambio gubernamental al PP. Pero tras las elecciones de 2011 y el triunfo del PP por mayoría absoluta, las políticas adoptadas por el Gobierno de los populares para intentar combatir a la crisis económica —que lejos de remitir, aumentaba en profundidad y extensión — no se diferenciaron sustancialmente —o así lo percibía la mayoría de ciudadanos— de las aplicadas por el último Gobierno socialista. El PP implementaba una serie de medidas económicas que diferían muy poco de las llevadas a cabo por el anterior Gobierno socialista y con un resultado similar (o, al menos, así era percibido): la crisis seguía sin remitir. Las medidas adoptadas por el Gobierno del PP volvían a ser —como ya así habían sido percibidas por la mayoría de los ciudadanos las medidas anticrisis de Zapatero— ineficaces e impuestas desde fuera. De hecho, las decisiones de política económica, fiscal y financiera que poderes y organismos supraestatales como los denominados “mercados”, el FMI y el BCE impusieron a ciertos

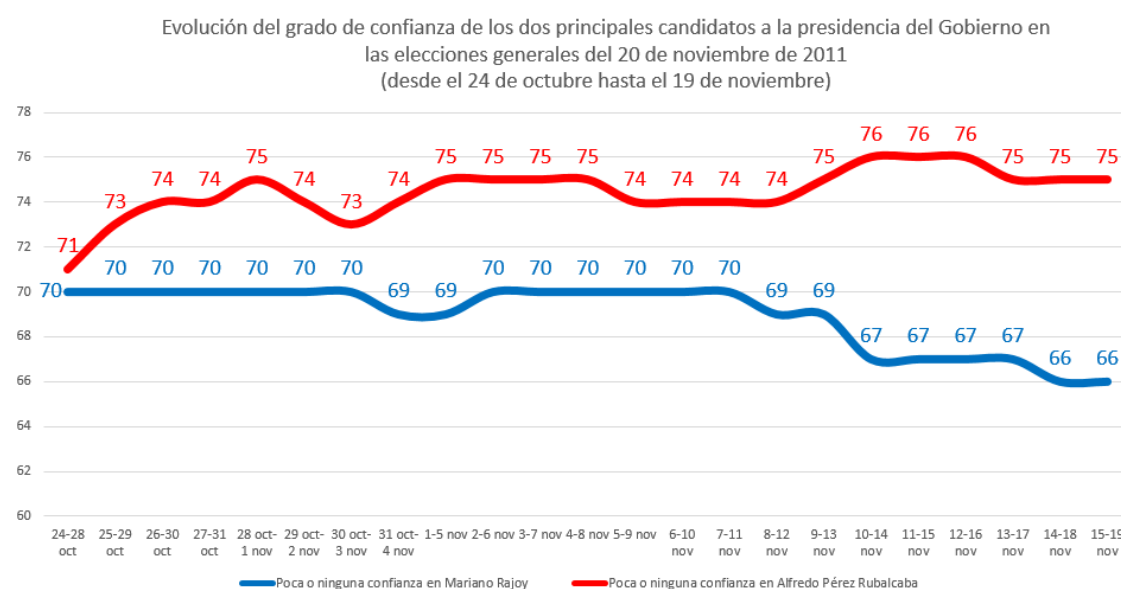
---

<sup>24</sup> Una sinopsis del artículo 135 puede leerse en la Web del Congreso de los Diputados. (<http://www.congreso.es/consti/constitucion/indice/sinopsis/sinopsis.jsp?art=135&tipo=2>).

<sup>25</sup> En la legislatura en la que se promulgó esta segunda reforma constitucional en la reciente historia democrática de nuestro país, el PSOE y el PP contaban con más del 90 % de los diputados y senadores de ambas Cámaras (Congreso y Senado) y al tratarse de una reforma por proceso ordinario, no fue necesario un referéndum. Además, ningún partido tenía el 10 % de los representantes de una de ambas Cámaras necesario para poder solicitar un referéndum dentro del plazo previsto.

estados (entre ellos, España) con el fin de estabilizar la tasa de beneficio del capital, lejos de corregir los desequilibrios y desigualdades socioeconómicos, los consolidaron y, en algún caso, los incrementaron (Vallés, op. cit.). La percepción predominante entre gran parte de la ciudadanía volvía a ser que la acción política estaba secuestrada por entes como la troika, los representantes del sistema financiero internacional o determinadas élites político económicas (Vallespín, 2015). Los populares, que en las elecciones de 2011 habían asumido el papel asignado por los electores de ser el partido de recambio en el Gobierno, perdieron a lo largo de la X Legislatura su condición de fuerza política de continuidad: la mayoría de los ciudadanos no percibieron que la solución a los problemas que atravesaba España en esos momentos fuera un nuevo gobierno del PP. Pero tampoco lo era un gobierno de recambio del PSOE. Sin continuidad y sin recambio los españoles consideraron que lo necesario era un cambio. Un cambio que, como señala Morgan, los ciudadanos tuvieron que buscar fuera del sistema vigente porque dentro de él no encontraron ninguna opción política o ideológica que les resultara creíble. Los otros dos partidos de ámbito nacional —IU y UPyD— no cumplieron con su potencial función ni de recambio ni de cambio: mejoraron sus expectativas electorales porque lograron atraer a una parte de los huérfanos políticos que fueron dejando por el camino tanto PSOE como, posteriormente, el PP, pero no se constituyeron como fuerzas políticas de Gobierno alternativas a las representadas por los dos principales partidos. La vinculación basada en la representación programática quedaba, así, deteriorada.

## GRÁFICO 5



Fuente: Banco de Datos de Metroscopia

<b>CUADRO 1</b> <i>¿Está de acuerdo o en desacuerdo con la afirmación de que las medidas de ajuste económico para recortar el gasto público que ha decidido llevar a cabo el Gobierno de España son impuestas desde fuera de España?</i> (En porcentajes)			
	Total entrevistados	Entrevistados que en las Elecciones Generales de 2008 votaron al...	
		PSOE	PP
De acuerdo	64	63	65
En desacuerdo	22	28	21
No sabe/No contesta	14	9	14

Fuente: Clima Social de diciembre de 2010 de Metroscopia para EL PAÍS. Ficha técnica: 1000 entrevistas estratificadas por la intersección hábitat/Comunidad Autónoma y distribuidas de manera proporcional al total de la región. Cuotas de sexo y edad a la unidad última (individuo). Fecha de campo: Entre el 1 y el 2 de diciembre de 2010. Margen de error:  $\pm 3.2$  puntos.

### Incorporación limitada de grupos sociales

¿Cómo se produce el deterioro de la estrategia de incorporación de intereses? La crisis económica iniciada a mediados de 2007<sup>26</sup> provocó una importante crisis social caracterizada, principalmente, por un aumento de las tasas de paro y un incremento de las desigualdades sociales hasta niveles prácticamente desconocidos en, al menos, los anteriores cuarenta años. Estas transformaciones sociales provocaron la expulsión del sistema de importantes grupos sociales (especialmente los jóvenes) que dejaron de sentirse representados por el sistema y por los partidos políticos existentes. Lejos de autoexcluirse, lo que estos grupos reclamaban era participar activamente en las soluciones políticas. Eran críticos pero no desinteresados (Vallés, op. cit.). Pero enfrente se encontraron unos partidos *cartelizados* (Katz y Mair, 2004): rígidos en su funcionamiento, endogámicos y alejados de las necesidades y de las demandas de sus conciudadanos. Probablemente la materialización más evidente de esta percibida exclusión de la vida política de una parte sustancial de la ciudadanía fuera el movimiento 15M (también llamado el movimiento de los indignados). Su presentación en público tuvo

<sup>26</sup> George Soros— inversor, filántropo y especulador financiero que se hizo famoso al hacerse multimillonario especulando con divisas, llegando a quebrar el Banco de Inglaterra— considera que: “el golpe de la crisis financiera de 2008 puede fijarse oficialmente en agosto de 2007. Fue cuando los bancos centrales tuvieron que intervenir para proporcionar liquidez” (Soros, 2008).



lugar una semana antes de las elecciones municipales y autonómicas de mayo de 2011 y su lema más conocido y coreado explica, por sí solo, el deterioro de la estrategia de incorporación de intereses: “No nos representan”.

Un dato relevante que también ayuda a explicar la incorporación limitada de grupos sociales y que no puede pasar inadvertido es que en el mes de julio de 2011 se hizo público que por primera vez en la historia reciente de España se perdía población: las emigraciones superaban a las inmigraciones<sup>27</sup>. Muchos españoles y, sobre todo, muchos jóvenes tuvieron que emigrar fuera de España en busca de trabajo. La vinculación ligada a la incorporación de intereses fue cercenada.

### Decaimiento del clientelismo

Y en tercer lugar, para cerrar el modelo que define el colapso del sistema de partidos, hay que tener en cuenta los casos de corrupción política que han salpicado la política nacional desde el inicio de la crisis económica. Los estudios europeos comparados sobre corrupción de los últimos años sitúan a España en una posición intermedia entre aquellos países en los que apenas existe esta —básicamente los países del norte de Europa— y aquellos en los que la corrupción es mayor —principalmente los países del Este europeo, aunque aquí también se engloba a otros más cercanos geográficamente a nuestro país como Grecia e Italia—. Tres grupos de países pertenecientes a la Unión Europea en donde España, situada en el grupo intermedio, compartiría niveles de corrupción similares a Francia, Portugal, Bélgica, Estonia o Eslovenia (Charron, Lapuente y Rothstein, 2010). Parece no haber duda de que la corrupción afecta negativamente a la confianza que los ciudadanos tienen tanto en las instituciones públicas como en el resto de ciudadanos —lo que se ha denominado la “confianza interpersonal” o “confianza social— (Lapuente 2011). En España, desde el inicio de la crisis económica, ha ido aumentando la percepción de que tanto la corrupción como el fraude son problemas graves que afectan a nuestro país (AA.VV., 2014). Pero la pregunta que se plantea es por qué una sociedad se muestra tolerante con la corrupción. Por qué siendo la corrupción política algo socialmente dañino e impopular no tiene, en muchos casos, efectos electorales —lo que se ha denominado la “paradoja de la corrupción (Kurer, 2001)—. En el caso concreto de España, Lapuente (op. cit.) establece tres motivos fundamentales: la falta de “pluralidad interna” de los medios

---

<sup>27</sup> Puede leerse el reportaje de Charo Nogueira publicado el 25 de julio de 2011 en EL PAÍS. ([http://elpais.com/diario/2011/07/25/sociedad/1311544803\\_850215.html](http://elpais.com/diario/2011/07/25/sociedad/1311544803_850215.html)).

de comunicación, la colonización por parte de los partidos políticos de las estructuras administrativas y los efectos perniciosos a la hora de castigar a los políticos corruptos nuestro sistema electoral.

Con respecto a los medios de comunicación, España cuenta con una gran cantidad de ellos que, siendo libres<sup>28</sup>, pueden ser ubicados, sin dificultad, dentro de un espacio ideológico. En otras palabras, existiendo una “pluralidad externa”, los medios de comunicación de nuestro país suelen transmitir la información desde una determinada perspectiva ideológica sin transmitir, por tanto, visiones plurales. Este hecho lastra la percepción de credibilidad porque los medios son percibidos como partidistas: solo informan de aquellos casos de corrupción que afectan a políticos o partidos que no guardan afinidad con la línea ideológica del medio. La ciudadanía interpreta que son campañas dirigidas y “descuentan” esta información a la hora de votar.

El segundo factor es el vinculado al clientelismo que se produce en algunas estructuras administrativas en España —sobre todo en los ámbitos autonómico y municipal—, esto es, el vinculado a la capacidad que tienen los políticos para designar, promocionar o cesar a personas para trabajar en estas estructuras y que les acaba reportando beneficios electorales.

En tercer lugar, nuestro actual sistema electoral genera efectos perniciosos que impiden, o al menos dificultan, el castigo a los políticos corruptos. Por un lado, porque en España se vota a partidos, no a candidatos<sup>29</sup>. Los españoles solo pueden castigar a un político corrupto que vaya dentro de la lista de un partido no votando a ese partido. No es posible la sanción individual. Por otro lado, el tamaño de las circunscripciones electorales (Penadés y Pavía, 2016) —unido a las barreras electorales que existen para poder entrar en el reparto de escaños<sup>30</sup>— ha propiciado, hasta ahora, el bipartidismo (representado por el PP y el PSOE) dificultando la entrada de otras formaciones políticas. En otras palabras, no había alternativa sino alternancia: si ambos partidos son percibidos como corruptos (o con miembros corruptos en sus listas) el ciudadano carecía de incentivos para no votar a otro que no fuera el suyo.

La corrupción (el clientelismo) presente en el periodo temporal que abarca este estudio,

---

<sup>28</sup> La definición de libre es la que le otorga el indicador *Freedom of the Press* construido por *Freedom House*.

<sup>29</sup> Solo en las elecciones al Senado se vota a candidatos.

<sup>30</sup> Solo en las elecciones Europeas, donde la circunscripción electoral es, además, nacional, no existe barrera mínima. En el caso de las elecciones generales la barrera establecida es el 5% en cada circunscripción y el 3% en las elecciones municipales. En las elecciones autonómicas esa barrera —depende de cada Estatuto de Autonomía— oscila entre el 3% y el 5% con algunas singularidades específicas.

no supuso, por supuesto, una novedad en nuestra historia democrática, pero con el avance y profundización de la crisis económica y la consecuente crisis social, la corrupción emergió como un problema que afectaba a los ciudadanos directamente y de manera personal. La crisis económica redujo, sin duda, las redes de corrupción política debido a la disminución de los recursos disponibles. Pero también, y quizá sea lo más relevante en el caso español, redujo los incentivos que los electores podían tener para votar a los partidos salpicados por casos de corrupción. Como señaló Ignacio Sánchez Cuenca en un artículo publicado en EL PAÍS en abril del 2010<sup>31</sup>, los efectos colaterales de la corrupción “no se materializan inmediatamente: operan más bien como un óxido que va corroyendo poco a poco la confianza en el partido y en sus cuadros”. La combinación de crisis económica y corrupción llevó a muchos electores, que se sentían traicionados, a dejar de identificarse con aquellos partidos vinculados a esas prácticas socialmente reprobables y, por tanto, a no votarlos. El sistema político clientelar y la corrupción conllevaron que los españoles percibieran que ni el Estado ni el mercado (la economía) estaban al servicio de los ciudadanos. Decaía, así, el vínculo asociado al clientelismo.

No obstante, el tercer factor descrito por el que los electores no habían castigado electoralmente la corrupción, cambió en las elecciones de 2015 con la aparición de dos nuevas opciones políticas —Podemos y Ciudadanos— que según la mayoría de encuestas preelectorales, tenían la posibilidad de romper las costuras bipartidistas que parecía imponer el sistema (y a la que los ciudadanos acusaban de ser responsables directas de la corrupción política) y provocar —con un discurso, además, de regeneración política— que la corrupción empezara a tener coste electoral.

### **¿Por qué el sistema de partidos español no colapsa con anterioridad?**

El sistema de partidos español no colapsó con anterioridad a 2015 porque en ningún momento se había producido una desvinculación entre el sistema y los ciudadanos en los términos que plantea Morgan en su tesis. Y no se había producido porque cuando dejaba de haber continuidad en el plano político siempre había recambio. En otras palabras, cuando los ciudadanos dejaban de confiar en el partido en el Gobierno (fuera este PP o fuera PSOE), siempre visualizaban al otro como alternancia política y depositaban en él

---

<sup>31</sup> Artículo publicado en EL PAÍS el 16 de abril de 2010. ([http://elpais.com/diario/2010/04/16/opinion/1271368804\\_850215.html](http://elpais.com/diario/2010/04/16/opinion/1271368804_850215.html)).

su confianza electoral como solución a los problemas. El sistema colapsa a lo largo de la X Legislatura porque deja de haber continuidad —los ciudadanos dejan de confiar en el Gobierno del PP— y no se visualiza el recambio —la alternancia del PSOE había dejado de ser para los ciudadanos una alternativa: habían dejado de confiar en él a mitad de la última legislatura de Zapatero y seguían sin hacerlo a mitad de la legislatura de Rajoy, cuando los apoyos electorales al PP se estaban desplomando—. Al mismo tiempo, el colapso se produce porque los otros dos partidos de ámbito nacional, —Izquierda Unida (IU) y Unión Progreso y Democracia (UPyD)— no son capaces de capitalizar plenamente el desgaste de populares y socialistas y no llegan a cumplir, por tanto, con su potencial función de cambio. A esto hay que añadir el incremento de las tensiones nacionalistas —sobre todo, y de manera especial, en Cataluña con motivo del debate sobre su independencia del resto de España— que dificultó (si no impidió) que a los partidos nacionalistas se les volviera a atribuir el papel que tradicionalmente habían solido jugar de socios determinantes en la estabilidad de los gobiernos nacionales minoritarios tanto del PP como del PSOE<sup>32</sup>. Sin continuidad y sin recambio, hacía falta cambio. Tuvieron que aparecer nuevos partidos que no existían —Podemos y Ciudadanos<sup>33</sup>— para cubrir las expectativas y necesidades de ese demandado cambio. En las elecciones del 20 de diciembre de 2015 en torno a nueve millones de electores variaron su comportamiento electoral con respecto a los anteriores comicios de 2011. Junto a las de 1982<sup>34</sup>, las de 2015 fueron las elecciones en las que la volatilidad electoral fue más elevada de toda la historia electoral española. Y, como se verá a lo largo del presente trabajo, esta elevada volatilidad afectó a unos grupos sociodemográficos más que a otros y a unos partidos por encima de otros.

---

<sup>32</sup> Además de que, en esta ocasión, los diputados obtenidos por los partidos nacionalistas vascos y catalanes no eran, por sí solos, suficientes para facilitar mayorías gubernamentales del PP o del PSOE.

<sup>33</sup> En realidad, la creación de Ciudadanos se remonta a 2006, pero su ámbito de actuación política queda circunscrito fundamentalmente a Cataluña. Aunque ya se había presentado a las elecciones Europeas de 2009 y 2014, no es hasta 2015 cuando se produce su expansión nacional.

<sup>34</sup> López Pintor y Justel (op. cit) hablan de una volatilidad de casi el 40 % (unos diez millones de votos) entre las elecciones de 1979 y 1982. Otros autores elevan esa cifra hasta “entre seis y ocho electores de cada 10” (Santamaría, 1984).

### 3. MARCO EMPÍRICO

El trabajo se abordará, desde un doble enfoque: por un lado, desde la perspectiva que proporcionan los datos objetivos procedentes de fuentes secundarias— básicamente estadísticas oficiales y los resultados electorales—, y, por otro lado, y sobre todo, desde la perspectiva de los estudios de opinión pública— principalmente a través de los sondeos y encuestas realizados por el Metroscopia<sup>35</sup> aunque también se tendrán en cuenta los Barómetros llevados a cabo por el CIS<sup>36</sup> y encuestas publicadas por otras instituciones (públicas o privadas) y medios de comunicación<sup>37</sup> relacionadas con el objeto de análisis de este estudio—.

Los datos objetivos aportan una información, sin duda, necesaria para la construcción y evaluación del período de tiempo que se pretende analizar, pero insuficiente para explicar el comportamiento electoral de los españoles. Mediante datos de opinión se pretende ilustrar empíricamente la configuración políticoactitudinal de la sociedad española desde las elecciones generales de 2008 y la traslación de estos estados de opinión al comportamiento electoral en las elecciones de 2011, primero, y de 2015, después, cuando

---

<sup>35</sup> Metroscopia es un Instituto de Opinión Pública independiente. Cuenta con un importante Banco de Datos con información recogida desde 1986 hasta la actualidad. Desde 2008 colabora con el diario El País, en la realización de un barómetro de Clima Social de periodicidad mensual, en estudios preelectorales y en sondeos de urgencia sobre cuestiones coyunturales. Metroscopia, además, elabora un balance anual de situación del clima de opinión general predominante en la sociedad española, denominado “Pulso de España”. Todos los datos de Metroscopia a los que se haga mención en el presente trabajo, serán debidamente documentados mediante cuadros de datos y/o tablas estadísticas.

<sup>36</sup> En España, se crea en 1963 el Instituto de Opinión Pública (IOP), institución pionera que se convertirá más tarde, ya en la democracia, en el Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS). La finalidad del Instituto era investigar los estados de la opinión pública española mediante el empleo de las más avanzadas técnicas de investigación social que garantizaran la objetividad de sus resultados, así como detectar las actitudes y motivaciones de los españoles ante los hechos y situaciones que se producen. Un objetivo que con la llegada de la democracia ha seguido manteniendo y desarrollando el CIS. El Centro de Investigaciones Sociológicas realiza con una periodicidad mensual (excepto los meses de agosto) unos barómetros que tienen como principal objetivo medir el estado de la opinión pública española del momento. Con este objetivo, se entrevista en torno a 2.500 personas elegidas al azar dentro del territorio nacional, de las que, además de sus opiniones, se recoge una amplia información social y demográfica para el análisis. Estos estudios contienen un bloque de preguntas fijas a partir de las cuales se elaboran los “indicadores del barómetro”. Además de estas, cada barómetro contiene otro bloque coyuntural de preguntas variable, que en cada ocasión se dedica a un tema de interés político o social. El CIS cuenta, sin duda, con uno de los mejores Bancos de Datos de acceso público de Europa. Su catálogo reúne la información de todas las encuestas y estudios cualitativos y cuantitativos que el Centro ha llevado a cabo desde su creación. El acceso online al Banco de Datos permite consultar los más de 2000 estudios que almacena, con más de 100.000 preguntas que corresponden a los más de 5.000.000 de cuestionarios respondidos por los ciudadanos españoles desde 1963.

<sup>37</sup> En el caso de los resultados de encuestas realizadas por otros institutos de investigación diferentes al CIS y a Metroscopia, solo serán mencionados en el texto si en su difusión se publicaron con la correspondiente ficha técnica y se cita el texto íntegro del enunciado de las preguntas llevadas a cabo. En el caso de las encuestas preelectorales solo se mencionarán aquellas que cumplieron con el Artículo 69 de la Sección VIII del Capítulo VI del Título I de la Ley Electoral (Ley Orgánica 5/1985, de 19 de junio)

se produce finalmente la transformación del sistema de partidos. Bajo esta intención descriptiva subyace la hipótesis metodológica de que las encuestas de opinión pública (las realizadas sobre temas de la agenda de asuntos públicos) reflejan razonablemente bien la dinámica política y de que ayudan a estimar y explicar los resultados electorales<sup>38</sup>. Parafraseando a Alex Inkeles (1964) cuando afirmaba que sociología es lo que hacen los sociólogos— “Sociology is what sociologists do”— vamos a definir la Opinión Pública en este trabajo como aquello que opina el público y lo hace, además, a través de las encuestas. Algo, por otro lado, nada novedoso si tenemos en cuenta que —como afirma Elisabeth Noelle-Neumann (1995)— tanto ahora como hace 80 años abundan los investigadores que identifican la opinión pública con los resultados de las encuestas. Para Verba (1996) la participación ciudadana es la vía principal a través de la cual la opinión pública puede comunicar al gobierno sus necesidades y preferencias, y hacer que este responda. Sin embargo, para Verba, la participación depende de los recursos (no solo económicos, también culturales, educativos, etc.), y dado que estos están distribuidos en la sociedad de manera desigual, ocurre que la representación o la interlocución de la opinión pública acaba siendo una representación sesgada (es decir, no representativa), un hecho que altera el ideal democrático de ser considerados todos iguales. Por eso, dice Verba, las encuestas son el instrumento más cercano para lograr la máxima participación posible de los ciudadanos en las decisiones políticas: por un lado, no requieren recursos— al contrario que otras formas de participación y, por otro lado, los entrevistados son seleccionados por el entrevistador —es decir, no se autoseleccionan— y por tanto no pueden automarginarse<sup>39</sup>.

En todo caso, no son pocas las críticas que se han hecho, y se siguen haciendo, a las encuestas y sondeos de opinión como herramienta válida y fiable de análisis de la opinión

---

<sup>38</sup> Algo que puso de relieve Rafael López Pintor (1982) en su ya clásico estudio de la opinión pública que abarca desde finales del franquismo hasta los primeros años de la democracia.

<sup>39</sup> Otros autores no coinciden con Verba: La propia teoría de la espiral del silencio enunciada por Noelle-Neumann serviría de contraargumento porque si no todo el mundo se siente libre para contestar debido a la existencia de una presión pública, podrían automarginarse no revelando sus opiniones (Noelle-Neumann, op.cit.) Por su parte, Zaller y Feldman (1992), por ejemplo, no piensan que la mayoría de las personas tengan opiniones al nivel de especificidad acerca de las cuestiones que se plantean en un cuestionario típico y que, por tanto, la mayoría de las personas tienen conflictos internos sobre la mayoría de los temas políticos por lo que responden lo primero que en ese momento tienen en mente en el momento de la encuesta. Y Berinsky (2002) ha concluido en función de sus estudios que hay una relación directamente proporcional entre el nivel educativo de los ciudadanos y la probabilidad de que respondan a las preguntas. A mayor educación mayor probabilidad de respuesta o, lo que es lo mismo, quienes tienen un nivel educativo inferior se estarían marginando.

pública<sup>40</sup> (Bourdieu, 2000). En efecto, las encuestas tienen sus limitaciones<sup>41</sup>: conocerlas es, de hecho, fundamental para llevar a cabo una investigación que cumpla con los criterios de validez y fiabilidad exigibles. No obstante, las encuestas son, probablemente y con todas sus limitaciones, la mejor alternativa que existe en la actualidad para medir y estudiar a la opinión pública. Hace más de 40 años, Stoetzel y Girard (1973) daban ya por indiscutible el valor de las encuestas de opinión pública como instrumento para una mejor organización de los resortes de las sociedades modernas. Sin duda en este tiempo se han mejorado y perfeccionado tanto los procedimientos de recogida de datos, como las herramientas de análisis, confiriendo a las encuestas de opinión pública mayor eficacia y validez. Y no solo eso, también la sociedad española ha evolucionado (en lo económico, en lo cultural, en lo educativo, en lo social, etc.) y no se muestra ni reacia ni extraña a las encuestas, se ha acostumbrado a ellas: a participar en encuestas<sup>42</sup> pero también a “consumirlas”. Los principales medios de comunicación suelen publicar encuestas de opinión sobre diferentes temas relacionados con la actualidad política, económica y social de manera más o menos periódica; los partidos políticos las han acogido como una herramienta casi imprescindible para su actividad<sup>43</sup>, las Administraciones Públicas y los Organismos Públicos las tienen en cuenta de cara a sus planes de actuación, las empresas hacen uso de ellas antes de tomar cualquier decisión. En definitiva, en todos los ámbitos económicos, políticos y sociales se llevan a cabo encuestas para conocer la opinión de los ciudadanos en cualquiera de sus roles (ciudadanos, usuarios, electores, consumidores, etc.).

---

<sup>40</sup> Quizá la crítica que mayor repercusión ha tenido fue la del sociólogo francés Pierre Bourdieu (1980), para quien lo que ocurre con el público en un cierto momento es resultado “de un sistema de fuerzas, de tensiones, y no hay nada más inadecuado para representar el estado de la opinión que un porcentaje”. En su conferencia titulada “La opinión pública no existe”, argumentaba en contra de las encuestas porque presuponen que todo el mundo puede tener una opinión, que todas las opiniones tienen el mismo peso y que, al plantar la misma pregunta a todo el mundo, se da por hecho que existe un consenso sobre los problemas. Conferencia impartida en Noroît (Arras), en enero de 1972, y publicada en *Les temps modernes*, no.318, enero de 1973, pp. 1292-1309. Ver, también: BOURDIEU, P. (2000): *Cuestiones de Sociología*, Istmo, Madrid, págs. 220-232.

<sup>41</sup> Alvira (2004) señala algunas de las limitaciones que han motivado las críticas hacia las encuestas.

<sup>42</sup> Con todo, en febrero de 2007 el CIS llevó a cabo un estudio denominado “La percepción social de las encuestas” (estudio 2676) en el que solo un 52% de los entrevistados por teléfono declaraba que no era la primera vez que contestaba a una encuesta. Los resultados de este estudio se pueden consultar en: <http://xurl.es/aloda>

<sup>43</sup> En el libro que relata sus años en la Casa Blanca como asesor de Bill Clinton, presidente de los Estados Unidos desde 1993 hasta 2001, Dick Morris (1997), uno de los asesores del Presidente estadounidense, Dick Morris, cuenta como Clinton le encargó la realización de una encuesta semanal con el fin de conocer detalladamente cuál era la opinión y la actitud de los ciudadanos sobre una enorme variedad de temas. Para Morris se trataba de “una oportunidad para mantener una charla permanente con el país”. Tras más de 100 encuestas Clinton conocía a la sociedad norteamericana como a un viejo amigo al que uno sabe cómo hay que contarle las cosas, al contrario que ocurre con un desconocido.

La ventaja de contar con los sondeos y encuestas de Metroscopia —y también del CIS— radica en la posibilidad de hacer un análisis longitudinal de los datos de opinión en el período de referencia algo que como ya señalaba López Pintor (op. Cit.) “constituye una estrategia fundamental para desentrañar los aspectos más importantes de la estructura y dinámica de las actitudes, a saber: la estabilidad y el cambio de opiniones e ideas, la relación entre opinión y comportamiento y el impacto de los estados de opinión sobre las instancias decisorias, políticas o no políticas”<sup>44</sup>. Lo que una encuesta puede reflejar en un momento puntual no es más que una fotografía de la realidad social. Con los estudios longitudinales es posible convertir esa fotografía en un fotograma de una película en movimiento. Y eso es lo que en el presente estudio va a mostrar: la película contada por los ciudadanos de los acontecimientos de los últimos años que han desembocado en el colapso del sistema de partidos español.

#### 4. ESTRUCTURA DE LA TESIS

La tesis se estructura en seis capítulos. El primero versa sobre el estado de la cuestión de los estudios sobre los sistemas de partidos: las definiciones, sus propiedades, las clasificaciones y las explicaciones a la diversidad de sistemas de partidos existentes. El segundo capítulo se centrará en los sistemas de partidos que ha habido en España desde las primeras elecciones generales del último periodo democrático —las constituyentes, celebradas en 1977— y las celebradas el 9 de marzo de 2008. Dentro de este capítulo se dedica un apartado a la clasificación en ciclos electorales de las elecciones generales celebradas entre 1977 y 2011.

El tercer capítulo está dedicado a la IX Legislatura, la transcurrida entre el 1 de abril de 2008 y el 13 de diciembre de 2011. Fue la legislatura marcada por la crisis económica. A lo largo de los aproximadamente tres años y siete meses que duró ese, su segundo, mandato, el PSOE fue perdiendo apoyos electorales como consecuencia, principalmente, de su gestión política de la crisis que llevó a los socialistas a obtener su peor resultado histórico hasta esos momentos en las elecciones de 2011. Y eso, a pesar, de que el principal partido de la oposición, el PP, no se encontraba en sus mejores momentos:

---

<sup>44</sup> Otros autores como Berelson y Janowitz (1953) también consideran que la gran aportación de las encuestas para el estudio de la formación de las opiniones estriba en la acumulación de datos a lo largo del tiempo.



inmerso en casos de corrupción que afectaban a políticos populares en sus más importantes baluartes electorales (Comunidad Valenciana y Comunidad de Madrid), con enfrentamientos internos entre la dirección nacional y la dirección del partido de algunas Comunidades, el descubrimiento de la aparición de una red de espías que operaban sobre los propios militantes del PP (compañeros espionando a compañeros) y con una imagen de la labor opositora del partido y de su líder bajo mínimos. La percepción sobre la situación económica (y la gestión de la misma) se antepuso a la percepción sobre la corrupción, que seguía sin ser castigada electoralmente. Las elecciones de 2011 —excepcionales, según se verá más adelante— fueron percibidas por los ciudadanos como las elecciones del recambio. No parecía haber más alternativa que la alternancia: a pesar de las circunstancias que rodeaban al PP, los populares debían sustituir a los socialistas para sacar a España de la crisis. Atrás, el PSOE dejaba a un electorado huérfano, sin un referente político al que apoyar.

El cuarto capítulo analiza las elecciones generales celebradas el 20 de noviembre de 2011. Unos comicios excepcionales por el contexto, económico, político y social en el que se celebraron. Y excepcionales también fueron sus resultados: el PP logró su mejor resultado en unas elecciones generales celebradas en nuestro país y el PSOE su peor resultado histórico. El recambio había tenido lugar. No obstante, a los pocos meses de iniciarse la legislatura a la que dieron paso esos comicios, —y este es el tema central del capítulo cinco— los ciudadanos percibieron que el pretendido recambio era, en realidad, continuidad. La crisis económica, lejos de remitir, se extendía socialmente y se hacía más profunda. Y las medidas adoptadas por el nuevo Gobierno para hacerle frente, no diferían sustancialmente de las aplicadas —y criticadas duramente por los ciudadanos— por el anterior gobierno socialista. Para el mismo problema (pero agudizado) se estaban aplicando las mismas medidas: las impuestas desde fuera por organismos internacionales. La capacidad de decisión de los gobiernos nacionales parecía quedar en entredicho. Este hecho —unido a que seguían saliendo a la luz pública nuevos casos de corrupción política vinculados a cargos del PP— provocó que a mitad de la legislatura los populares sufrieran una sustancial pérdida de apoyos electorales: la fidelidad de voto del PP se situaba en mínimos históricos por debajo del 50% según ponían de manifiesto las encuestas. Un desgaste que, sin embargo, no era capitalizado, como hasta entonces había ocurrido en los años precedentes, por el PSOE. Los españoles no percibían ninguna alternativa y habían dejado de confiar en la alternancia —el electorado seguía considerando al PSOE causante de la mala situación económica en la que se encontraba España—. En el ecuador

de la legislatura, solo la mitad de los españoles manifestaba su intención de acudir a votar en el hipotético caso de que unas inminentes elecciones generales tuvieran lugar en ese momento. La desafección política afectaba a los dos principales partidos prácticamente por igual y tampoco los otros dos partidos de ámbito nacional situados a la vera de PSOE y de PP —Izquierda Unida (IU) y Unión Progreso y Democracia (UPyD)— lograban capitalizar ese desgaste (crecían sus expectativas electorales pero sin hacer peligrar el bipartidismo). A los electores huérfanos del PSOE, los que se habían desenganchado del proyecto socialista en la legislatura anterior, se les unían, ahora, los huérfanos del PP. Los dos partidos tenían puestas sus esperanzas electorales futuras en la economía. Los socialistas porque pensaban que si esta no mejoraba lo suficiente en el tiempo que quedaba para las siguientes elecciones generales o que, en todo caso, si los ciudadanos no llegaban a percibir esa mejora, a la hora de votar tendrían más en cuenta el perjuicio social y el aumento de las desigualdades provocado por la gestión económica del PP. Y eso haría retornar a sus votantes, a aquellos que el PSOE había perdido en esta larga travesía en el desierto (a su electorado huérfano). El PP, por su parte, confiaba en que, al contrario, a finales de 2015 —cuando deberían celebrarse las elecciones— la recuperación económica fuera tan evidente y percibida por los ciudadanos que les hiciera olvidar tanto las duras medidas adoptadas para combatir la crisis como los numerosos e importantes casos de corrupción política vinculados al partido. Pero a mitad de la legislatura, y según los datos de opinión, ya se había producido las tres desvinculaciones que llevan a un colapso del sistema de partidos: la de la representación programática (los dos partidos coincidían en sus soluciones si ser capaces de plantear alternativas diferentes y, sobre todo, que fueran diferenciadas por los ciudadanos) , la de incorporación de intereses (a pesar de que los ciudadanos estaban, probablemente, más politizados que en épocas anteriores, se sentían excluidos de las decisiones y tenían que canalizar sus demandas a través de las protestas y de los movimientos sociales) y la del clientelismo (la corrupción había dejado de ser socialmente rentable). La primera constatación de que la desconexión entre el sistema y la mayoría de los ciudadanos ya se había producido fueron los resultados de las elecciones al Parlamento Europeo del 25 de mayo de 2014. La participación electoral en esos comicios fue la menor, históricamente, de todos los procesos electorales llevados a cabo hasta la fecha en el conjunto de España (con independencia del tipo de comicios). Y un partido que por primera vez se presentaba a unas elecciones en España (Podemos) lograba el 8% de los votos válidos emitidos (más de un millón de votos) y 5 eurodiputados. Un resultado, sin duda, electoralmente modesto

(fue el cuarto partido en número de votos por detrás del PP, el PSOE y La Izquierda Plural) pero muy significativo para un partido que contaba con menos de cinco meses de vida. Podemos fue el vencedor moral de esas elecciones (Toharia, 2016) y pasó a ser el referente político de gran parte de los ciudadanos críticos con el sistema que veían en este partido una alternativa que permitía acabar con la alternancia. Dos meses después, en el Barómetro de Julio del CIS<sup>45</sup>, Podemos se situaba en primera posición en la intención directa de voto de los españoles de cara a unas elecciones generales. Y en la estimación de resultado electoral del Barómetro de Clima Social de noviembre de Metroscopia, Podemos pasaba a ocupar la primera posición por delante del PP y del PSOE. Nunca antes en la historia democrática reciente de nuestro país había ocurrido que un tercer partido que no fuera ni el PSOE ni el partido conservador (Alianza Popular en su momento y, posteriormente, el Partido Popular) se situase en primera posición en los indicadores de voto de los sondeos. Fue la expresión más evidente de que el cambio estaba en marcha. El sexto capítulo está dedicado al año 2015: el año del cambio. La irrupción de Podemos en las elecciones europeas —y su posterior crecimiento demoscópico en el conjunto de España para el caso de unas inmediatas elecciones generales— convulsionó el panorama político español en la segunda mitad del 2009. Pero desde el punto de vista ideológico, se observaba una cierta descompensación en el tradicional equilibrio entre bloques. En las elecciones de 2011 los partidos de ámbito nacional ubicados en el espacio de centro derecha y derecha (PP y UPyD) sumaron el 34.9 % de los votos del CER frente al 25.2% logrado conjuntamente por los partidos ubicados en el centro izquierda y la izquierda (PSOE e IU). Una distancia de 9.7 puntos, superior a la de otras ocasiones<sup>46</sup> debido a la excepcionalidad de los resultados de aquel año: el PP logró su mejor resultado histórico hasta esa fecha y los socialistas el peor. Y, sin embargo, el Barómetro de Clima Social de diciembre de 2014 llevado a cabo por Metroscopia arrojaba un claro vuelco en los alineamientos electorales de los españoles: el bloque de izquierda (conformado ya por tres partidos de ámbito nacional: Podemos, PSOE, e IU) superaba al de la derecha (PP

---

<sup>45</sup> Para un análisis de los sondeos electorales del CIS: ESCOBAR MERCADO, M., RIVÈRE GÓMEZ, J. y CILLEROS CONDE, R. (2014): Los pronósticos electorales con encuestas. Elecciones generales en España (1979-2011), Centro de Investigaciones Sociológicas, Madrid.

<sup>46</sup> En las elecciones de 2008 esa diferencia fue de 4.6 puntos favorable, en aquellos momentos, al bloque de izquierda formado por PSOE e IU: 35.5% frente a 30.9% logrado por PP y UPyD. En los comicios del año 2004 la diferencia fue de 7.6 puntos, también favorable al bloque de izquierda: 36.4% frente a 28.8% logrado por el PP (en aquellas elecciones no había ningún otro partido de ámbito nacional en el espacio del centro derecha o la derecha).

más UPyD) por 23.1 puntos de diferencia (38.7% frente a 15.6%)<sup>47</sup>. Un desequilibrio interbloques que se fue compensando a lo largo de 2015, mes tras mes, desde que Ciudadanos anunció que, por primera vez, iba a concurrir a las elecciones generales en el conjunto de España<sup>48</sup>. Desde ese momento, el crecimiento en las encuestas del partido liderado por Albert Rivera fue compensando el apoyo electoral de los dos bloques ideológicos. Si la volatilidad electoral en España había sido tradicionalmente interbloques, la aparición de Podemos en el espacio ideológico de la izquierda y la de Ciudadanos en el de la derecha dejaba entrever una volatilidad intrabloques. Si, una parte sustancial del electorado socialista que se había quedado huérfano de referentes políticos desde mediados de 2010 se había sentido atraído por el proyecto de Podemos desde su aparición, los huérfanos del PP veían en Ciudadanos una alternativa real. Ni Podemos ni Ciudadanos fueron la causa de la desestabilización del PSOE y del PP, sino su consecuencia.

En este sentido, dentro de este capítulo, se dedicará un apartado especial a analizar el clima de opinión anterior a la aparición de estas dos formaciones políticas y que ayudan a explicar el porqué de su éxito. Desde el inicio de la crisis económica, los españoles venían reclamando, y así lo manifestaban sondeo tras sondeo, cambios profundos en la vida pública española. El movimiento 15M supuso un primer y sonoro toque de atención a la clase política que, sin embargo, fue ignorado y menospreciado, probablemente, porque en ese momento no tuvo repercusión electoral (o la que tuvo no fue asociada a ese profundo malestar ciudadano con sus representantes públicos que, en gran medida, seguía latente). Pero el anhelo regeneracionista de los españoles no dejaba de crecer como se demostró a lo largo de 2015. Las señales estaban ahí<sup>49</sup>.

También dentro de este capítulo se dedica un apartado analítico de las elecciones autonómicas y municipales que se celebraron a lo largo de ese año y previas a las generales de diciembre. El año 2015 pasará a los anales de la historia política de España no solo por la cantidad de procesos electorales que tuvieron lugar como, sobre todo, por

---

<sup>47</sup> Una diferencia similar —21.8 puntos— es la que arroja el último Barómetro electoral del CIS de ese año, el correspondiente al mes de octubre: 35.6% frente a 13.8%.

<sup>48</sup> El 23 de octubre de 2014 Albert Rivera, presidente de Ciudadanos, anunciaba que su partido se presentaría en todas las elecciones autonómicas que iban a tener lugar a lo largo del 2015 y en las elecciones municipales en aquellas localidades en las que pudiera obtener representación. Tras la ruptura de negociaciones con UPyD para formar candidaturas conjuntas, el 13 de diciembre de 2014, durante un acto en Madrid, confirma la presentación de candidaturas de Ciudadanos en toda España en las elecciones autonómicas, municipales e, incluyendo, también en las elecciones generales de finales de 2015.

<sup>49</sup> Artículo de José Juan Toharia publicado en EL PAÍS el 24 de mayo de 2014 después de las elecciones europeas. ([http://politica.elpais.com/politica/2014/05/26/actualidad/1401127195\\_412897.html](http://politica.elpais.com/politica/2014/05/26/actualidad/1401127195_412897.html)).

lo que estaba en juego en cada uno de ellos. Cronológicamente, el año comenzó con las elecciones andaluzas del 22 de marzo. Fueron las primeras en las que se pudo medir la fortaleza electoral de las dos nuevas formaciones políticas: Podemos y Ciudadanos. El 24 de mayo tuvieron lugar las elecciones municipales y autonómicas (en 14 regiones). Unas elecciones de especial relevancia porque prácticamente todo cambio ocurrido en España en la política nacional ha venido precedido de cambios políticos en los ámbitos local y regional. Finalmente, el 27 de septiembre tuvieron lugar las elecciones al Parlamento de Cataluña, unos comicios en los que estaba en juego algo más que elegir al próximo presidente del Gobierno catalán. Las elecciones fueron planteadas por parte de los partidos nacionalistas como un plebiscito sobre la independencia de Cataluña del resto de España. Era la primera vez que estos partidos llevaban en su programa electoral la apertura de un proceso soberanista inmediatamente después de las elecciones si Lograban sumar una mayoría absoluta. Se trataba, por tanto de saber, hasta qué punto la sociedad catalana apostaba por la vía independentista.

Los dos últimos apartados de este capítulo están dedicados, uno a las elecciones generales del 20 de diciembre de 2015 y otro, a lo que ocurrió después de esos comicios cuando, por primera vez en nuestro país, hubo que repetir las elecciones generales seis meses después debido a la falta de acuerdo entre las diferentes fuerzas políticas para investir a un presidente del Gobierno. En los comicios de 2015 se confirmó el colapso del sistema de partidos español y, por primera vez en España, los ciudadanos se fueron a la cama la noche electoral sin conocer —y probablemente, sin intuir— quién sería el presidente del Gobierno. Los resultados de esas elecciones fueron la materialización del cambio demandado en los sondeos: el cuatripartidismo competitivo hacia acto de presencia. Los acuerdos entre varios partidos iban a ser necesarios para investir al presidente del Gobierno, algo que no ocurrió y que llevó a la repetición electoral seis meses después. Los resultados de las elecciones del 26 junio de 2016 fueron la reafirmación ciudadana en el cambio.

## II. CAPÍTULO I. SISTEMAS DE PARTIDOS: ESTADO DE LA CUESTIÓN

Dado que la tesis subyacente en este estudio es que tras las elecciones generales de 2015 se produjo en España un colapso del sistema de partidos, parece imprescindible hacer un balance de cómo se ha tratado en la ciencia política, de cómo han entendido los principales autores, el concepto de sistema de partidos. Este apartado está, así, dedicado a las definiciones, a las clasificaciones y a las explicaciones más relevantes sobre la diversidad de los sistemas de partidos recogidas en la literatura especializada.

### 1. DEFINICIONES DEL CONCEPTO “SISTEMA DE PARTIDOS”

Hay tres elementos básicos que suelen estar incluidos en todas las definiciones de un sistema de partidos en la ciencia política contemporánea: partidos políticos, interacciones y competición. El politólogo francés Maurice Duverger (Duverger, 1981) definía los sistemas de partidos como las formas y las modalidades en que coexisten varios partidos en un mismo país (exceptuando, por tanto, aquellos Estados con partido único). Para este autor, el sistema de partidos de un país es el resultado de un conjunto de factores, entre los que cabe destacar, los distintos conflictos sociales, los antecedentes históricos, las tradiciones y, de manera especial, el sistema electoral del país en cuestión. Por su parte, Harry Eckstein (Eckstein, 1974) habla de pautas de competencia que caracterizan a la interacción de las unidades de los sistemas de partidos (esto es, de los partidos políticos). Para este autor, “la temática pertinente de los sistemas de partidos está dada por los modelos de interacción entre organizaciones electorales significativas y genuinas en los gobiernos representativos, gobiernos en los cuales tales sistemas adoptan predominantemente (bien o mal) las funciones de producir las decisiones para una eficaz autoridad y de definir las alternativas que puedan ser decididas por los procedimientos electorales” (Eckstein, 1978). Para Dieter Nohlen (Nohlen, 1998) “por sistema de partidos se entiende la composición estructural de la totalidad de los partidos políticos en un Estado”. Según este autor, el sistema de partidos es una institución clave por su condición de doble de variable dependiente e independiente. Es variable dependiente del sistema electoral, de aspectos socioestructurales, del sistema de gobierno, etc. Es variable independiente por cuanto afecta al funcionamiento de otras instituciones políticas como el sistema de gobierno (Nohlen, 1999). Para Giovanni Sartori (Sartori, 1980 op. cit.) un sistema de partidos se conforma a partir del sistema de interacciones que es el resultado

de la competencia entre partidos. Stefano Bartolini (1994), por su parte, definió un sistema de partidos como “el resultado de las interacciones entre las unidades partidistas que lo componen; más concretamente es el resultado de las interacciones que resultan de la competición político-electoral”. Para Alan Ware (1996) un sistema de partidos queda definido a partir de los patrones de competencia y cooperación entre los diferentes partidos de un sistema, resaltando el carácter de “sistema” de los sistemas de partidos, siendo siempre “el sistema más que la suma de sus partes (Janda, 1993). Lane y Ersson (1987) lo definen como un “conjunto de partidos políticos que operan dentro de una nación y en un patrón organizado descrito por un número de propiedades del sistema de partidos”. En línea con la definición de Sartori, Scott Mainwaring y Timothy R. Scully definen un sistema de partidos como “un conjunto de interacciones normadas en la competencia entre partidos. El concepto de interacciones normadas sugiere que se observen ampliamente algunas reglas y regularidades en el cómo compiten los partidos, aun si esas reglas y regularidades son cuestionadas y sometidas a cambios. La idea del sistema también implica continuidad de las partes componentes que forman el sistema. Por ejemplo, cuando hay una marcada discontinuidad en el número de partidos relevantes, un sistema diferente reemplazará al anterior” (Mainwaring y Scully, 1995). Paul Pennings y Ja-Erik Lane (Pennings y Lane, 1998) definen sintéticamente un sistema de partidos como una estructura de cooperación y competencia entre partidos políticos. Esta estructura funciona a su vez como parte de un subsistema mayor, el político, al cual integra en combinación con otros subsistemas como el electoral y el jurídico-institucional (Malamud, 2003).

Por otro lado, hay que tener en cuenta que las propiedades de un sistema de partidos se desarrollan y, por tanto, cambian a lo largo del tiempo. Arend Lijphart (1995) propone cinco propiedades que tipifican a un sistema de partidos: las coaliciones mínimamente ganadoras, la durabilidad gubernamental, el número efectivo de partidos, el número de dimensiones temáticas o clivajes políticamente relevantes y la desproporcionalidad electoral. Kenneth Janda (1993) señala que otras dos propiedades deben ser incluidas: la competencia partidaria y la volatilidad electoral.

## 2. CLASIFICACIONES DE LOS SISTEMAS DE PARTIDOS

Los sistemas de partidos pueden caracterizarse según diferentes criterios. Los generalmente elegidos como variable central de los sistemas de partidos suelen ser: el número de partidos en el sistema, la estructura de los conflictos sociales sobre los que se desarrolla el sistema de partidos y la estructura de la competencia misma del sistema. Otros análisis han sumado el nivel de penetración de los partidos en la sociedad y la ideología de las organizaciones partidarias.

### **A) Clasificación de los sistemas de partidos en función del número de partidos**

El factor predilecto de los analistas ha sido el número de partidos (que suelen incluir criterios para mensurar la importancia relativa de cada partido). En este sentido, las aportaciones de Duverger, por su influencia posterior, son de necesaria referencia. Para este autor, el régimen electoral es el factor que en mayor medida condiciona los aspectos básicos de los sistemas de partidos: en concreto, el número de partidos, la dimensión de estos, las alianzas y la representación. Según Duverger, se pueden diferenciar dos grandes categorías de sistemas de partidos: sistemas de partido único y sistemas pluralistas. Los pluralistas, a su vez, admiten una subdivisión entre sistemas bipartidistas y sistemas multipartidistas. Duverger establece una correspondencia entre partido único y régimen totalitario o autoritario y entre pluralismo partidista y democracia. Considera que la mejor opción es la que viene dada por los sistemas bipartidistas porque, por un lado, ordenan de modo claro el sistema político oponiendo dos interlocutores fácilmente diferenciables, porque, por otro lado, modera a los partidos porque existen posibilidades de alternancia y, en tercer lugar, porque ofrece a los electores, a través de su voto, una capacidad mayor de premiar o castigar al partido en ejercicio.

Por el contrario, Duverger considera que los sistemas multipartidistas conducen al poder a coaliciones desarticuladas que deben realizar todo tipo de pactos para lograr la gobernabilidad. Una heterogeneidad que hace imprevisible la direccionalidad del gobierno y amenaza la estabilidad del sistema, al tiempo que fomenta la radicalización de las posturas restando responsabilidad a los dirigentes políticos.

El agrupamiento de Duverger fue considerado insuficiente por La Palombara y Weiner (La Palombara y Weiner, 1966) y propusieron una cuádruple tipología. Estos autores introdujeron una serie de criterios cualitativos y distinguieron entre sistemas competitivos



y no competitivos: la diferencia entre estos dos tipos radica en la celebración o no de elecciones libres en las que los diferentes partidos puedan competir en igualdad de condiciones para lograr el apoyo de los ciudadanos y alcanzar el poder. Los sistemas competitivos se pueden dividir en ideológico hegemónico, pragmático hegemónico, ideológico alternante y pragmático alternante. En los sistemas no competitivos puede distinguirse entre unipartidismo totalitario y unipartidismo autoritario, según la estructura y las funciones que se le atribuyan al partido único. A esta clase de sistemas añaden una tercera categoría: el unipartidismo pluralista que “a veces es difícil de distinguir de la del partido hegemónico” (Mella Márquez, 1997). El inconveniente del enfoque de La Palombara y Weiner, como señalan algunos autores, fue que “al dejar de lado la variable numérica considerando sólo la intensidad de la ideología y la presencia de alternancia, el análisis resultaba demasiado general y perdía información relevante” (Malamud, op.cit.).

Jean Blondel (Blondel, 1968) abundó en el criterio numérico e incorporó (tímidamente según Alcantara<sup>50</sup>) la variable del tamaño del partido para clasificar los sistemas de partidos. Obtuvo una tipología de cuatro casos: sistema de dos partidos, de dos partidos y medio, multipartidistas con un partido dominante y multipartidistas sin partido dominante. Los sistemas de dos partidos y medio son aquellos en los que existen dos partidos mayoritarios y uno considerablemente más pequeño pero con un papel político notable y una capacidad importante para incidir en la formación del gobierno.

En 1970 Rokkan (1970) distinguió tres tipos de sistemas multipartidistas presentes en todas las democracias europeas: el “angloalemán” en el que hay dos partidos mayoritarios y uno muy pequeño, el “multipartidista uniforme” en el que hay tres o más partidos más o menos iguales y el de “tipo escandinavo” en el que hay un partido grande en competencia con tres o cuatro partidos pequeños equivalentes.

---

<sup>50</sup> ALCÁNTARA, M., DEL CAMPO, E., RAMOS, M.L.: “La naturaleza de los sistemas de partidos políticos y su configuración en el marco de los sistemas democráticos en América Latina” en Partidos políticos y gobernabilidad en América Latina, trabajo inscrito en el seno del proyecto de Investigación financiado por la Comisión Interministerial de Ciencia y Tecnología de España (Ref. SEC97-1458), dirigido por el Dr. Manuel Alcántara

Douglas W. Rae (1971) propuso un índice (el conocido como índice de fragmentación o desproporcionalidad) en un intento de configurar los sistemas partidistas con relación al número de sus componentes y a la distribución de su fuerza electoral<sup>51</sup>.

Sartori (1980, op.cit.), consiguió combinar ambas dimensiones, la del número de partidos y la de la forma de la relación entre partidos a través del indicador de la polarización ideológica entre los mismos. Al criterio numérico (que por sí solo considera insuficiente para clasificar los sistemas de partidos)<sup>52</sup> le añade, así, otra variable que él considera “crítica”: la ideología medida en términos de intensidad o de distancia. Es decir, combinó las dos dimensiones: la del número de partidos y la forma de relación entre partidos a través del indicador de la polarización ideológica entre los mismos. En función de esta taxonomía compleja, bidimensional, construye su teoría respecto de la estabilidad o fragilidad de los sistemas de partido. Para Sartori sí importa el número de partidos que hay porque es un indicativo de hasta qué punto el poder político está o no fragmentado, disperso o concentrado. En este sentido, Sartori advierte que es importante saber contar, es decir, saber cuándo un partido hay que tenerle en cuenta o no para la clasificación. En este sentido establece dos normas: La primera, es se debe tener en cuenta a un partido por pequeño que sea si se halla en posición de determinar a lo largo de un período de tiempo y en algún momento como mínimo una de las posibles mayorías gubernamentales. Esta norma solo es aplicable a los partidos orientados hacia el gobierno y que sean ideológicamente aceptables para los demás miembros de la coalición. La segunda es que un partido cuenta como importante si su existencia, o su aparición, afecta a la táctica de la competencia entre los partidos y en especial cuando altera la dirección de la competencia de los partidos orientados al gobierno. La variable numérica rinde siete clases de sistemas de partidos: 1) de partido único, 2) de partido hegemónico, 3) de partido predominante, 4) bipartidista, 5) de pluralismo limitado, 6) de pluralismo extremo y 7) de atomización.

La clasificación de Sartori se diferencia de la de otros autores anteriormente mencionados en que desglosa en tres la categoría del sistema unipartidista, y en dos la multipartidista. Añade, además, una última categoría de carácter residual (la atomizada). La

---

<sup>51</sup> Para un análisis más en profundidad de los indicadores para el estudio de los sistemas de partidos puede consultarse RUIZ RODRÍGUEZ, L.M. y OTERO FELIPE, P. (2013): Indicadores de partidos y sistemas de partidos. Cuadernos metodológicos núm. 51, Centro de Investigaciones Sociológicas, Madrid.

<sup>52</sup> También Ware (1996) piensa que “considerar meramente el número de partidos en el sistema, incluso considerando sus tamaños relativos, es una manera inadecuada de clasificar a los sistemas de partidos”.

fragmentación del sistema de partidos puede reflejar una situación de segmentación o de polarización (de distancia ideológica). Por eso es necesario pasar de la clasificación a la tipología y, por tanto, se está obligado a utilizar la ideología como criterio a fin de establecer cuándo la variación en el número de partidos afecta a la dinámica de la competencia, con efectos consecuentes sobre el sistema político.

Sartori diferencia, así, entre los casos donde solo un partido está permitido (partido único) de aquellos en los que pese a la prohibición legal o fáctica de triunfar, otros partidos pueden presentarse a elecciones (sistemas de partido hegemónico). Estos últimos se diferencian, a su vez, con los países que permiten la libre competencia pero en los que, sin embargo, gana casi siempre el mismo partido (partido predominante). Por otro lado, es también fundamental la distinción entre los sistemas pluripartidistas según tengan más (pluralismo extremo) o menos (pluralismo limitado) de cinco partidos. Este número no es mágico, afirma Sartori, sino que alrededor de él se produce un cambio en el sentido de la competencia que la transforma de centrípeta en centrífuga –considerando siempre un continuo ideológico unidimensional.

Como señala Mella (op. cit.) algunos autores han revisado posteriormente el trabajo de Sartori. Entre ellos está Klaus Von Beyme que considera que algunos de los sistemas bipartidistas como Gran Bretaña y Nueva Zelanda han perdido algunos de sus rasgos básicos. Este autor, además, distingue tres subtipos de pluralismo moderado: cuando hay alternancia en el gobierno sin coaliciones, cuando hay una coalición y cuando los grandes partidos de centro forman una coalición. Con respecto al pluralismo polarizado distingue aquellos casos en los que el centro no es capaz de gobernar por un enfrentamiento radical entre la izquierda y la derecha y aquello con partidos de centro capaces de gobernar. También considera este autor, que muchos casos de sistemas de partido dominante han sufrido cambios importantes (pone como ejemplo los casos de Italia, Israel, Irlanda, India y Japón).

Por otro lado, Robert Dahl (1966) y previo al trabajo de Blondel antes reseñado, introdujo un criterio distinto al meramente numérico. Estableció una clasificación en función de las distintas estrategias adoptadas por los partidos de oposición. Según este criterio, se podrían identificar cuatro tipos distintos de sistemas de partidos: competitivos, cooperativos-competitivos, "coalescentes"-competitivos y estrictamente "coalescentes". Puede considerarse como el primer estudio que analiza los sistemas de partidos caracterizando las relaciones entre estos.

## **B) Clasificación de los sistemas de partidos en función de la estructura de los conflictos sociales canalizados políticamente<sup>53</sup>**

Herederero del modelo funcional de Parsons sobre los sistemas sociales este tipo de enfoque para clasificar los sistemas de partidos toma como base de análisis los conflictos sociales o clivajes. Así, desde una perspectiva fundamentalmente sociológica, Lipset y Rokkan (Lipset y Rokkan, 1967) formularon la noción original de clivajes<sup>54</sup> o fracturas sociales generativas que explican la formación de los sistemas de partidos en Europa occidental. Estos autores distinguen para el caso europeo cuatro clases de fracturas sociales históricas, de conflictos o clivajes que dan lugar a sistemas de partidos: centro-periferia, Estado-Iglesia, propietarios de la tierra-empresarios industriales y propietarios de los medios de producción-trabajadores asalariados. La fractura se refiere a una división fundamental que da lugar a grupos enfrentados, donde las líneas del conflicto siguen características sociales de la población. Los partidos que surgen permanecen aún a pesar del debilitamiento de la división original que sirvió de base a su aparición. Ello es posible tanto por razones institucionales propias de la dinámica de la competencia partidista, como por el hecho de que la relación entre los partidos y sus bases sociales de apoyo no es puramente funcional, sino que es mediada por un alineamiento ideológico que se constituye en forma dependiente de la división social (Aubry y Dockendorff, 2014). A partir de ahí, emergen partidos políticos representantes de cada uno de los lados del clivaje. Lipset y Rokkan plantean su conocida “proposición de inmovilidad” o “congelamiento” que enuncia que los sistemas de partidos occidentales en los años sesenta todavía mostraban, con apenas excepciones, las divisiones presentes en décadas anteriores a pesar de los cambios que se habían producido a lo largo de ese tiempo. Partidos y sistemas de partidos han reforzado la naturaleza y al identidad de las fracturas sociales históricas dando lugar a su *congelación* (Artiga González, 1999) después de haberse terminado la fase de movilización política. En otras palabras, “en países con una ya larga trayectoria política partidista y de elecciones libres y competitivas se ha podido sostener y probar que los factores de alineamiento de los públicos votantes son relativamente constantes y alcanzan cierta fijeza, la cual termina por ser característica de los respectivos sistemas políticos partidarios” (Bustamante, 1991). Para Lipset y Rokkan, por tanto, las fisuras sociales tienen una importancia decisiva en el origen de los sistemas de partidos, pero estos adquieren posteriormente una dinámica prácticamente autónoma

---

<sup>53</sup> Von Beyme (1986) llama a este tipo de enfoque “Teorías sobre situaciones históricas de crisis”.

<sup>54</sup> Clivaje viene del término inglés cleavage que puede traducirse como escisión, fisura, fractura...

que les impide evolucionar de acuerdo a los nuevos cambios que se van produciendo y absorber las nuevas fisuras que van apareciendo<sup>55</sup>.

Bartolini (op. cit. 1994) propone una clasificación que distingue a los enfoques que abordan el sistema partidario entre genéticos, morfológicos y de competencia espacial. Los enfoques de tipo genético se basan en la formulación clásica de Lipset y Rokkan (1967) a la que Bartolini añade una quinta fractura a las cuatro que distinguieron Lipset y Rokkan: Comunismo-socialismos. Según el enfoque morfológico el sistema de partidos es el resultado de los patrones de interacción entre sus partes, por lo que resulta crucial la cantidad de partidos pues permiten reconocer el grado de concentración-dispersión del sistema y el número de interacciones del mismo<sup>56</sup>. Otros autores tienen en cuenta el efecto que la cantidad de partidos —junto a su disciplina y nacionalización— posee sobre la posibilidad de que los ciudadanos puedan distinguir claramente a los responsables de las políticas y por lo tanto asignar premios y castigos a sus representantes (Schattschneider, 1948). Los enfoques de tipo espacial tienen —como la economía— una base racionalista en y proponen que el sistema de partidos funciona como un mercado electoral, donde los partidos políticos compiten por votos y cargos a través de una serie de posicionamientos marcados por la existencia de una situación de información imperfecta (Downs, 1992).

Lijphart (1990) por su parte, habla de dimensiones de ideología, señalando siete: socioeconómica, religión, étnicocultural, urbano-rural, apoyo al régimen, política exterior y materialista-postmaterialista. Y Daadler (Daadler, 1990) identifica cinco líneas de división: Clase o interés económico, religión, geografía (campo/ciudad, centro/periferia), nacionalidad y régimen (status quo/reformistas, revolucionarios, contrarrevolucionarios).

---

<sup>55</sup> Mella Márquez (op.cit) considera que enfoques como el de Lipset y Rokkan pueden caer en el reduccionismo. Para este autor los sistemas de partidos de otros sistemas políticos diferentes al angloamericano y a los de los países de Europa del Norte apenas han sufrido cambios, no podía decirse lo mismo de los sistemas de partidos que emergieron en la década de los noventa en los países excomunistas de Europa del Este.

<sup>56</sup> Duverger y Sartori serían los máximos exponentes de este enfoque.

### **C) Otra forma de clasificación de los sistemas de partidos en función de la estabilidad de la estructura de la competencia.**

La clasificación de los sistemas de partidos de Sartori, en la que combinaba el número de partidos políticos y el grado de polarización fue revisada por Mainwaring y Scully (1995). Para estos autores, los criterios de Sartori, sin dejar de ser relevantes, no abarcaba a los países de la tercera ola democratizadora (Huntington, 1994) en los que, según ellos, el criterio de la institucionalización tenía mayor capacidad explicativa. Mainwaring y Scully<sup>57</sup> definieron un sistema de partidos institucionalizado como “aquel en el que los actores desarrollan expectativas y comportamientos basados en la premisa de que los contornos y reglas fundamentales de la competición partidista prevalecerán en el futuro”. Lo opuesto a un sistema de partidos institucionalizado es un sistema de partidos fluido<sup>58</sup>. La medición de la institucionalización se hace como variable continua y no, como en el caso de Sartori, dicotómica. Los autores señalan una relación entre institucionalización del sistema de partidos y el proceso de consolidación democrática en una sociedad. Para la consolidación de la democracia es necesaria una estabilidad relativa del sistema de partidos. Teniendo en cuenta la estabilidad en la competencia entre partidos, la existencia de partidos con raíces relativamente estables en la sociedad, la aceptación de los partidos y las elecciones como instituciones legítimas que deciden quién gobierna y las organizaciones partidistas con normas y estructuras razonablemente estables, distinguen dos tipos de sistemas partidistas según sea su grado de institucionalización: sistema de partidos institucionalizado<sup>59</sup> y sistema de partidos menos institucionalizado (“*inchoate party system*”). A esta distinción añaden la de “Sistema de partido hegemónico en transición” una categoría residual por cuanto esta etiqueta corresponde a un tipo de sistema de partidos más que a un grado de institucionalización. Dentro de ella incluyen los casos de México y Paraguay.

Por su parte, Peter Mair (1997) resalta la importancia de la estructura de la competencia que queda explicada por tres factores. Por un lado, la alternancia en el gobierno, que puede ser completa, parcial o inexistente. Por otro lado, la innovación o familiaridad de

---

<sup>57</sup> Tanto estos autores como Cavarozzi y Abal Medina (2002) centran su análisis en la estabilidad y el nivel de institucionalización de los sistemas de partidos en el caso concreto de América Latina.

<sup>58</sup> Posteriormente la etiqueta de fluidez será sustituida por la de sistemas de partidos no institucionalizados. (Ruiz y Otero, op.cit.)

<sup>59</sup> Los autores prefieren utilizar esta denominación en lugar de la de “sistema de partidos fuerte” empleada por Sartori porque ven en la politólogo italiano una mayor carga ideológica y menor claridad conceptual (Mainwaring y Scully, 2009).

las formas de gobierno que se ponen en práctica. Y en tercer lugar, la accesibilidad al gobierno restringida a algunos partidos o no. La combinación de estos tres criterios permite diferenciar entre dos patrones diferenciados de estructuras de competencia partidaria: cerradas y predecibles o abiertas e impredecibles.

En un intento de explicar la diversidad de los sistemas de partidos existentes, Ware (2004) se pregunta por qué difieren entre sí los sistemas de partidos y plantea cuatro enfoques principales: competitivos, sociológicos, institucionales y partidistas.

El **enfoque competitivo**. Según Ware, la contribución más distintiva de este enfoque es el análisis de la conducta de los partidos y los votantes, asumiendo que se trata de actores racionales. La obra de referencia de este enfoque de elección racional aplicado a la competición entre partidos sería, por tanto, la *Teoría económica de la democracia* de Anthony Downs. Este enfoque acepta que las ideologías, creencias y valores de los votantes vienen determinados por factores internos a la sociedad y no se forman a partir de las instituciones políticas. Esto es, sostienen que son las preferencias de los votantes y la estructura de las oportunidades políticas (Schlesinger, 1994) las que determinan el tipo de sistema que se constituirá.

El **enfoque sociológico** se basa en el trabajo de Lipset y Rokkan al que se ha hecho referencia anteriormente, según el cual los sistemas de partidos se originan en función de la estructura de los conflictos sociales canalizados políticamente. Los defensores de este enfoque rechazan, por un lado, que el cambio en una institución (como por ejemplo el sistema electoral) fuera a alterar sustancialmente el modelo de resultados políticos (esto es, para ellos un sistema electoral concreto no da lugar directamente a un tipo específico de sistema de partidos. Por otro lado, niegan, también, que las decisiones tomadas por los líderes políticos en el seno de las estructuras institucionales determinen la naturaleza de los sistemas de partidos.

El **enfoque institucional** considera que los factores que influyen en la formación de un sistema de partidos determinado son el número de partidos y la estructura electoral. Esta visión propone que el número de partidos que configura el sistema viene definido por factores institucionales como son las leyes electorales y, en concreto, los sistemas electorales. Duverger es el autor que más hincapié ha realizado en la capacidad de los sistemas electorales para influir en el desarrollo de un sistema de partidos. Este autor afirma que en la configuración del número de partidos políticos solo inciden factores

institucionales. La estructura de oportunidades que genera cada uno de los diferentes sistemas electorales incentivan o desincentivan un tipo de voto u otro: los sistemas pluralistas tienden al bipartidismo; los mayoritarios y los de representación proporcional propician sistemas multipartidistas. Los sistemas bipartidistas serían más estables que los multipartidistas. Si se cambian ciertos aspectos de las reglas que rigen la política es de suponer que se verán afectadas tanto la naturaleza de las instituciones como la forma en que se lleva a cabo la acción política. Las “luchas” políticas se verán siempre afectadas por el escenario institucional en el que tienen lugar.

Para los seguidores del **enfoque partidista** son los partidos la variable explicativa central de las mutaciones del sistema de partidos. El autor referencia de este enfoque es Sartori para quien “los partidos no son solo objeto, también son sujeto” (1980, op.cit.). Los partidos fijan la agenda de la competencia y determinan “los términos de referencia a través de los cuales nosotros, tanto como votantes como ciudadanos, entendemos e interpretamos el mundo político” (Mair, 1997). Schattschneider (1960) afirmaba que la capacidad de adaptación y control no descansa solo en los partidos, sino en el sistema mismo. Y Ware considera que la estabilidad relativa de los sistemas no obedece a la estructura de los clivajes ni a las instituciones solamente, sino que es el resultado de la estructura de la competencia que establece un lenguaje de la política en el cual un particular conflicto es priorizado y donde cualquier alternativa potencial de alineamiento es marginada. Para Mair (1998) no es posible establecer una asociación directa entre cambio en los partidos y cambio en los sistemas de partidos. Se puede esperar que los cambios en las estructuras sociales y políticas tengan un efecto en los sistemas de partidos a través de los realineamientos en la estructura de clivajes y, por tanto, en el modelo de competencia entre los mismos. En ese sentido, es previsible que las transformaciones sociales y/o económicas de las últimas décadas hayan tenido algún efecto en los sistemas de partidos. Existen, por tanto, dos tendencias acerca de los procesos de cambio de los sistemas de partidos en los sistemas democráticos occidentales: aquella que percibe el proceso de cambio de los sistemas de partidos como resultado de una transformación en la estructura de clivajes (realineamiento) frente a aquella otra que enfatiza en los cambios de valores que se asocian a la sociedad postindustrial (desalineamiento) (Wolinetz, 1999).

Frente a quienes planteaban una exclusión mutua entre las aproximaciones institucionalista y sociológica Amorim Neto y Cox (1997) concluyeron —a partir de los trabajos de Ordershook y Shvetsova (1994) y de Powell (1982)— que “el número efectivo



de partidos políticos depende del producto de la heterogeneidad social y la permisividad electoral, más que ser una función aditiva de estos dos factores”.

Por otro lado, Alcántara (1994) propone cuatro puntos de análisis para la elaboración de un modelo para el estudio de los sistemas de partidos en transición que aplica a los casos de países centroamericanos. Los cuatro puntos son:

- El legado político previo, en términos de “vigor partidista” y movilización/institucionalización. Dentro de este legado define, a su vez, cuatro situaciones (Alcántara, 1996):
  - Facilidad poliárquica: en aquellas “sociedades que recogen tradiciones de partidismo democrático con alta capacidad movilizadora y una fuerte tendencia hacia la institucionalización expresamente formalizada”.
  - Imposibilidad poliárquica: los casos de “debilidad extrema, cuando se da la no-existencia del sistema de partidos”.
  - Proclividad poliárquica: donde “la política, sesgada por el déficit histórico institucional, adquiere caracteres personalistas que, sin embargo, se ve contrabalanceada por el sistema de partidos que desempeña un rol bastante activo en el nuevo régimen democrático”.
  - Dificultad poliárquica: caracterizada por la “escasa capacidad de un tradicionalmente débil sistema de partidos para neutralizar los liderazgos caudillistas que alcanzan ciertas cotas de institucionalización y de apoyo social”.
- La crisis de apertura transicional, en especial, la estructura de oportunidades políticas que se genera.
- La estrategia del cambio.
- El nuevo régimen instaurado, donde adquieren especial atención la forma de gobierno y el sistema electoral adoptado durante la transición.

Gunther, Sin y Shabad (1986) constatan —a raíz de su estudio sobre la génesis del sistema de partidos español— la importancia del rol de las élites en la emergencia de los sistemas. Esta importancia varía según se trate de sistemas de partidos institucionalizados y sistemas de partidos en gestación. En este último caso, los autores afirman que “en el proceso de creación de un nuevo sistema de partidos, especialmente cuando el mismo está acompañado de un cambio de régimen, los valores políticos y preferencias de la población solo sirven para establecer parámetros generales. Dentro de estos, el balance de fuerzas

viene determinado de un modo más directo por las élites políticas”. La polarización y la inestabilidad de los sistemas de partidos (también de los sistemas políticos) pueden explicarse, así, según estos autores, por el comportamiento de las élites. Estas se enfrentan a dos condicionantes políticos (institucionales): el sistema electoral adoptado —que puede determinar la suerte de algunos partidos— y la financiación de los partidos —que puede ser causa de la debilidad de algunos partidos y de la volatilidad, por el “lado de la oferta” (Schedler, 1995) —.



### III. CAPÍTULO II. SISTEMA DE PARTIDOS EN ESPAÑA: 1977-2008

Desde las del 15 de junio de 1977 hasta las del 20 de diciembre de 2015 se han celebrado en España un total de 12 elecciones generales. ¿Cómo ha evolucionado el sistema de partidos tras cada una de estas consultas electorales? Tras unas elecciones suelen analizarse sus resultados desde el punto de vista de los sistemas de partidos mediante las denominadas dimensiones del voto o dimensiones del sistema de partidos. Aunque, como señalan Ocaña y Oñate (1999) la academia no ha alcanzado un consenso unánime acerca de cuál es el catálogo preciso de dimensiones que mejor definen a un sistema de partidos y de los indicadores más adecuados para conocerlas, se acepta de forma generalizada si se conocen los datos relativos a la fragmentación, la competitividad, la polarización, la volatilidad y el regionalismo (Ocaña y Oñate, 2006) que se registran en un sistema de partidos.

Para Linz (2015) la evolución del sistema de partidos español ha estado marcada por dos hechos: por un lado la continuidad de las preferencias ideológicas y, por otro lado, por la incapacidad de las élites electorales para sostener organizaciones partidistas efectivas. Linz considera que España es un caso de “partidos volátiles” y “votantes estables”.

Para comprender el sistema de partidos resultante tras las elecciones generales de 1977 hay que tener en cuenta, sin duda, algunos elementos del pasado: la drástica ruptura del orden democrático del II República a raíz del golpe de Estado del General Franco, la posterior larga dictadura militar franquista basado en “un extremado antipartidismo y la represión violenta de toda disidencia, así como el clericalismo, el militarismo y el centralismo burocrático y autoritario a ultranza” (Aguilera de Prat, 1988) y la posterior transición a la democracia gradual, interna, discontinua, pacífica y dinámica (Cagliari, 1986). En este sentido, la mayoría de autores han coincidido en algunos aspectos distintivos del sistema de partidos español. Uno sería la ausencia de una cristalización más o menos estable del sistema de partidos. Y otro, la existencia de un componente periférico en la conformación del sistema de partidos español debido a la aportación de los partidos nacionalistas/regionalistas o de ámbito sub estatal. La existencia de estos subsistemas regionales (hegemonizados por fuerzas conservadoras tanto en Cataluña como en el País Vasco) unida a la dificultad de articular una alternativa de derechas en España son algunas de las dificultades señaladas por varios autores para categorizar el sistema de partidos español (Cazorla y Montabes, 1997). Para Gunter, Sani y Shabad (1986) la presencia de partidos de ámbito no estatal es el elemento singularizador del caso

español con respecto a otros sistemas de partidos europeos.

En la misma línea, Arias Salgado (1988) señala algunos factores para aprehender las peculiaridades del sistema de partidos español surgido tras las elecciones constituyentes de 1977 —antes, por tanto, que el marco institucional en el que el sistema de partidos habría de desarrollarse— y su posterior evolución: el primero, la existencia de una dictadura de larga duración; el segundo, el tipo de transición a la democracia; el tercero, la presencia de nacionalismos culturales intensos, el cuarto, tres factores institucionales introducidos conscientemente por los propios agentes políticos de la transición democrática: el sistema electoral, la descentralización política y la moción de censura constructiva. Otros autores (Aguilera de Prat, 1988 op cit) han destacado también los efectos distorsionadores de la normativa electoral.

Linz y Montero (2013) señalan la existencia de más de un sistema de partidos en el caso español lo que hace de España un caso único en Europa occidental. Una situación que, según este autor, refleja tanto la relevancia de los nacionalismos periféricos como la serie de cambios electorales que marcaron la transición a la democracia así como su consolidación. En este sentido, el *cleavage* regional tiene un impacto diferenciado en el comportamiento electoral.

También Llera Ramo (2010) alude al carácter excepcional de España dentro de las democracias occidentales justificado en cuatro posibles razones: en primer lugar, los cambios habidos en el sistema de partidos español desde la restauración de la democracia; en segundo lugar, el hecho de que no haya habido coaliciones de gobierno en el Gobierno de la nación y, sin embargo, los ejecutivos han tenido una gran estabilidad a pesar de la ausencia de mayorías absolutas en más de la mitad de las legislaturas; en tercer lugar, el papel que en este tiempo han protagonizado las dimensiones territorial e identitaria en la competición partidista y en la gobernabilidad del país; y, en cuarto lugar, el hecho de que la dinámica competitiva y polarizadora entre los grandes partidos nacionales se haya caracterizado por una clara *adversary politics* (Finer, 1975) que rompe el modelo consociacional (Lijphart, 1984) dominante durante la transición a la democracia.

## 1. PRIMER PERÍODO: ELECCIONES DE 1977 Y 1979

La etapa fundacional del sistema de partidos español (Cazorla y Montabes, 1997 Op Cit) se correspondería con las dos primeras elecciones generales celebradas en nuestro país tras la dictadura: las del 15 de junio de 1977 y la del 1 de marzo de 1979. La particularidad de las elecciones de 1977 estriba, sin duda, en que fueron las primeras que se celebraron en España tras más de 40 años de dictadura inaugurando, así, el sistema de partidos y configurando el tipo de transición política desde la dictadura hacia la democracia. Tras la muerte de Franco— el 20 de noviembre de 1975— la opinión pública española se mostraba mayoritariamente a favor de una evolución del régimen hacia un sistema democrático, si bien la mayoría manifestaba, también, preocupación con respecto al futuro (Wert, 1985). La Ley para la Reforma Política (Ley 1/1977, de 4 de enero), aprobada en referéndum el 15 de diciembre de 1976 convocaba elecciones para el 15 de junio de 1977. Esta Ley supuso un hito fundamental en todo el proceso de cambio de régimen. Como resultado de la misma surgió el Real Decreto-Ley 20/1977, de 17 de marzo sobre Normas Electorales, publicado en el BOE el 23 de marzo de 1977, que fue la primera normativa reguladora de consultas electorales de carácter democrático desde tiempos de la II República. Aunque inicialmente este Real Decreto nace con vocación provisional, lo cierto es que reguló también las posteriores elecciones celebradas en 1979 y en 1982. Formalmente, las de 1977 no fueron unas elecciones a Cortes constituyentes dado que la Ley para la Reforma Política, no preveía esta circunstancia. En todo caso, tal y como detalla el historiador Javier Tusell (1999): “El día 15 de junio de 1977 fue un hito histórico en la vida española. En esa fecha, el pueblo español decidió con su voto, de manera definitiva, la contraposición entre reforma y ruptura que había presidido la vida política a lo largo de los meses precedentes. Su veredicto no había sido a favor de una u otra fórmula sino a favor del procedimiento reformista pero expresando al mismo tiempo un profundo deseo de transformación del cual era la mejor expresión la magnitud conseguida por el voto socialista”. Como particularidad de estas elecciones no podría dejar de mencionarse la legalización del Partido Comunista de España (PCE) tan solo dos meses antes de las elecciones<sup>60</sup>. La decisión fue tomada por Adolfo Suárez— en aquellos momentos Presidente del Gobierno nombrado por el Rey Juan Carlos tras el cese de Arias Navarro— con el apoyo—o, por lo menos, la comprensión— de la mayoría de partidos

---

<sup>60</sup> La legalización del PCE se produjo el sábado 9 de abril de 1977, durante la celebración de la Semana Santa, por lo que aquel día ha pasado a ser recordado como el “Sábado Santo Rojo”.

políticos que consideraban que el hecho de que todos los partidos y corrientes e ideologías políticas estuvieran presentes en las elecciones era una cuestión indispensable para el desarrollo, la estabilidad y, no menos importante, la credibilidad interior y exterior de la democracia que se pretendía construir.

En las elecciones generales que se celebran dos años después, el 1 de marzo de 1979, destaca el hecho de que son convocadas tras— y en gran medida como consecuencia de— la aprobación en referéndum de la Constitución de 1978. La palabra que más en boga estuvo entre ambas citas electorales fue la de “consenso”, lo que no excluyó una importante batalla electoral por el poder, sobre todo, entre el principal partido de la oposición salido de las urnas en 1977— el PSOE— que aspiraba a hacerse con el Gobierno, y el partido que había ganado las primeras elecciones democráticas— UCD— que pretendía revalidar su mandato (como acabó finalmente ocurriendo).

El sistema de partidos surgido de estas dos elecciones se basaba en cuatro partidos nacionales (UCD, PSOE, AP, y PCE) y dos formaciones nacionalistas (CDC y PNV). Los dos principales partidos —el de centro y el socialista— sumaban algo más del 80 % de los escaños del Congreso y algo más de dos tercios de los votos. UCD y PSOE “se alineaban en torno al conflicto de clase, constituían la expresión política de grandes bloques sociales, contaban con implantación notable en todo el territorio nacional, resultaban fronterizos entre sí, contaban con una reducida distancia política y sus electorados se encabalgaban parcialmente en un sistema inclinado a la competencia centrípeta” (Martínez Sospedra, 1992). Con todo, el sistema de partidos emanado de ambas elecciones ha sido categorizado de diferentes maneras. Autores como Martínez Cuadrado o Cotarelo lo incluyeron dentro del modelo bipartidista por la presencia de dos grandes partidos (UCD y PSOE) con posibilidades de alternancia en el poder. Otros como Maravall (1981) o Aguilera de Prat (1988, Op.Cit) los definen como pluripartidismo limitado y moderadamente polarizado y fragmentado por la presencia tanto de otros dos partidos de ámbito nacional (AP y PCE) como de diferentes minorías nacionalistas. Ramírez Jiménez (1988) lo calificó como multipartidista moderado. Para Oñate y Ocaña (2000) “Las actitudes y preferencias moderadas de la población dieron lugar a un formato de sistema de partidos de pluralismo moderado con una competición partidista bipolar y de carácter centrípeta que coadyuvó considerablemente al éxito de la operación de transición y consolidación de la democracia”. Para Linz (1980) los resultados de estas dos

elecciones quedan fuera del multipartidismo extremo señalado por Sartori debido a la presencia de partidos nacionalistas y prefiere calificar al sistema de partidos de este período como de pluralismo segmentado. Este autor señala que si en las elecciones constituyentes la fragmentación parlamentaria fue relativamente limitada, en las posteriores de 1979 ni el formato del sistema de partidos ni las pautas de competición cambiaron de manera significativa: “los resultados dieron lugar a un sistema multipartidista moderado caracterizado por la competición intensa entre los dos principales partidos, por altos niveles de rechazo de los dos partidos minoritarios en sus respectivos extremos y por una división casi simétrica entre la izquierda (con una media de un 42.2% del voto) y la derecha (43.4%)” (Linz y Montero, 2013 pp 640). Se producía, así, una relativa estabilidad que contrastaba con la elevada volatilidad que suele ser la característica principal en las segundas elecciones de los nuevos regímenes democráticos. En ambas elecciones, la distancia electoral entre el resultado logrado por los dos principales partidos en porcentajes sobre voto válido osciló en el entorno de los cinco puntos: 5.3 en 1977 y 4.6 en 1979, favorable, en ambos casos, a UCD, que gobernó en minoría con el apoyo de los nacionalistas vascos del PNV y los catalanes del PDPC.

## 2. SEGUNDO PERÍODO: ELECCIONES DE 1982, 1986 Y 1989

Para algunos autores, la dos primeras elecciones celebradas en la década de los ochenta —las de 1982 y 1986— son las que comprenden la que denominan “fase de adaptación del sistema de partidos” (Cazorla y Montabes, 1997 Op Cit). Aunque hay quien considera que los cambios producidos durante este período son interiores al sistema de partidos mismo y que, por tanto, hay que hablar de continuidad y no de cambio del sistema (Ramírez Jiménez, 1988, op.cit., y Cotarelo y Bobillo, 1991) lo cierto es que la opinión predominante y más extendida es la de que durante este período se reconstruyó el sistema de partidos a raíz, sobre todo, de las elecciones críticas de 1982 que produjeron un cambio sustancial y perdurable en el tiempo en los alineamientos electorales de los españoles y que algunos autores califican de “cataclismo” electoral (Caciagli, 1984). La volatilidad que no estuvo presente en las segundas elecciones del nuevo período democrático se materializaba ahora, en estos terceros comicios, de manera contundente: casi el 40 % de los electores (aproximadamente diez millones) cambió su comportamiento electoral con



respecto a los comicios de 1979 (López Pintor y Justel, op. cit.)<sup>61</sup>. El PSOE, con más de diez millones de votos, obtuvo el 48.1 % de los votos válidos emitidos y logró 202 diputados, el 57.5 % del total del Congreso. Su distancia fue de 21.7 puntos y 95 diputados con respecto al segundo partido más votado: AP-PDP obtuvo un 26.4 % de los votos y 107 escaños. La polarización, entendida como distancia ideológica (Sani y Sartori, 1983), entre las dos fuerzas políticas principales, se ampliaba, algo que, como señal Aguilera de Prat (1988, op.cit.) “no obedece tanto a una radicalización del electorado cuanto al colapso de UCD y del PCE-PSUC”. En efecto, UCD, partido que había ganado los dos comicios precedentes con casi el 35 % de los votos en las dos ocasiones, sufría un brutal hundimiento obteniendo solo el 6.8 % de los votos y 11 diputados (frente a los 165 y 168 logrados en las dos primeras elecciones)<sup>62</sup>. Entre las causas de la debacle ucedista se han señalado, entre otras, su falta de ideología concreta, el hecho de que no poseyera una auténtica estructura de partido, el entrar en un progresivo proceso de descomposición debido a las luchas internas, la ausencia de liderazgo tras la marcha de Adolfo Suárez, y el haber aparecido como una organización de escasa eficacia política frente a la crisis económica de aquellos años y la amenaza constante de un posible golpe de Estado (Spreafico, 1991).

Y el PCE también sufría un sustancial descenso de sus apoyos llegando a perder a dos tercios de sus anteriores electores (de un 10.8 % en 1979 pasaba a un 4.0 % en 1982) y 19 diputados (de 23 pasaba a 4). Los resultados de estas elecciones produjeron un cambio en el equilibrio entre los bloques de derecha e izquierda. También se vieron alteradas las relaciones de fuerzas entre las formaciones políticas que integraban cada uno de estos bloques. Por el contrario, las dos principales formaciones políticas de carácter nacionalista —CDC en Cataluña y PNV en el País Vasco— mejoraban sus resultados con respecto a 1979, al tiempo que el resto de partidos regionalistas y las formaciones más extremas, tanto de derecha como de izquierda, prácticamente desaparecían de la escena política española. Por otro lado, la participación electoral fue superior, incluso, a la de las elecciones constituyentes y se situó en el 80 %, cifra aún no superada hasta la fecha. El panorama electoral y parlamentario emanado de las urnas el 28 de octubre de 1982

---

<sup>61</sup> Santamaría (1984) eleva esa cifra hasta “entre seis y ocho electores de cada 10”.

<sup>62</sup> El hecho, quizá, más significativo y que ayuda a visualizar mejor la debacle de UCD fue que el que hasta el momento de las elecciones era el presidente del Gobierno, Leopoldo Calvo-Sotelo, no consiguió escaño en el Congreso tras las elecciones de 1982 (en la lista electoral de Madrid iba segundo por detrás de Landelino Lavilla. La dimisión de este fue lo que le permitió, posteriormente, hacerse con un acta de diputado).

permitía, así, hablar de un cambio en el sistema de partidos español: de pluralista segmentado a un sistema, utilizando la nomenclatura de Sartori, de partido dominante o predominante que continuaba las tendencias centrípetas, poco polarizadas y moderadas (Oñate, 2006) y que perduró hasta 1993<sup>63</sup>. En efecto, como señalan Linz y Montero (2013, op.cit.) “las elecciones de 1986 y de 1989 mostraron más elementos de continuidad que de cambio (...) Aunque el apoyo electoral del PSOE comenzó a erosionarse, el llamado síndrome TINA (There Is No Alternative, no hay alternativa), típico de los sistemas de partido predominante, continuó otorgando al partido un papel clave”.

Para entender el resultado de las elecciones de 1982 hay que tener en cuenta, sin duda, ciertos acontecimientos que tuvieron lugar en el periodo previo a la celebración de aquellos comicios. Por un lado, la fiereza del terrorismo en los años precedentes y, por otro lado, el intento de golpe de Estado del 23 de febrero de 1981 llevado a cabo por militares y guardias civiles. Con respecto al terrorismo, solo señalar que los años 1980 y 1981 fueron en los que ETA cometió el mayor número de asesinatos de toda la historia—no solo hasta esos momentos sino, también, considerando toda la historia criminal de la banda armada hasta 2011—: en 1980 acabó con la vida de 86 personas y en 1981 con la de 93. Y, sin duda, el otro hito que sobresale del periodo previo a los comicios de 1982 es el intento del golpe de Estado llevado a cabo por una serie de militares y guardias civiles y cuyo episodio más políticamente impactante fue la toma del Congreso de los Diputados—la Cámara baja de las Cortes Generales y órgano constitucional que emana de la soberanía popular— a manos del Teniente Coronel de la Guardia Civil, Antonio Tejero, al mando de un grupo de guardias civiles armados. En Valencia, el Capitán General de la III Región Militar, Jaime Milans del Bosch, se sublevó sacando los tanques a la calle, convirtiéndose en otra de las históricas imágenes de aquellos años. Un intento de golpe de Estado que fracasó tras un mensaje televisado del rey Juan Carlos en el que ordena a las autoridades civiles y a la Junta de Estado Mayor que tomen las medidas necesarias para mantener el orden constitucional dentro de la legalidad vigente.

En las elecciones posteriores de 1986 y 1989 se produjeron algunos cambios en el sistema pero no un cambio de sistema. Con respecto a las elecciones de 1982 el PSOE perdió más

---

<sup>63</sup> Juan Jesús González (2004) considera que para explicar el cambio en el sistema de partidos español que se produjo con las elecciones de 1982 hay que tener en cuenta la nueva correlación de fuerzas sindicales que se configura a principio de los años ochenta: en las elecciones sindicales de 1982 UGT se puso por delante de CCOO.

de un millón de votos en los comicios de 1986<sup>64</sup> y dos millones en los de 1989<sup>65</sup>. Pasó de contar con un 48.1 % de los votos válidos y 202 diputados en las primeras elecciones de esa década, a un 43.4 % y 184 escaños en 1986 y a un 39.3 % y 175 diputados en 1989<sup>66</sup>. En ambos casos, la participación electoral fue inferior a la de 1982: en 1986 votó el 70.9 % de los residentes en España —teniendo en cuenta a los residentes en el extranjero la participación fue algo inferior: 70.5 %— y en 1989 el 69.9 % (69.7 % incluyendo el CERA).

Los comicios de 1986 vienen determinados por dos hechos de gran relevancia para nuestro país: el 12 de junio de 1985 España firma el Acta de Adhesión a las Comunidades Europeas- en la actualidad, Unión Europea, y el 12 de marzo de 1986— solo tres meses antes de las elecciones— el Gobierno convocó un referéndum sobre la permanencia de España en la OTAN. El resultado de la consulta no era en ningún caso vinculante y solo tenía carácter consultivo. No obstante, se vivió prácticamente como una moción de confianza al Gobierno, presidido en esos años por el socialista Felipe González, y que apoyaba el ingreso en la Organización Atlántica. Hay que tener en cuenta que, hasta aquellos momentos el PSOE siempre se había mostrado contrario a la entrada de nuestro país en la OTAN, por lo que su apoyo al “sí” en el referéndum suponía un viraje de 360 grados en un aspecto con gran carga ideológica. Por el contrario, el principal partido de la derecha, Coalición Popular, liderada por Manuel Fraga, que siempre se había mostrado a favor del ingreso de España, recomendó, en esta ocasión, la abstención con la clara intención de debilitar al Gobierno socialista. Finalmente los partidarios del “sí” ganaron por mayoría absoluta (52.5% frente a 39.8%). La abstención rondó el 40% del Censo. Cabe destacar también, que era la primera vez que el PSOE afrontaba unas elecciones generales (y, por tanto, también una campaña electoral y un programa político) no estando

---

<sup>64</sup> El perfil sociodemográfico de los votantes que perdió el PSOE en estas elecciones se correspondía, principalmente, con electores residentes en hábitat urbanos y trabajadores del sector servicios (Leguina, 1986)

<sup>65</sup> Ramírez (1990) señala como causas principales del retroceso electoral del PSOE en estas elecciones el desgaste propio tras siete años ejerciendo el poder, el distanciamiento entre los socialistas y su sindicato afín, UGT, que por primera vez no pidió de manera explícita el voto para el PSOE y la fuga de una parte de votantes del PSOE hacia otras opciones políticas (sobre todo Izquierda Unida) que, aunque identificados con los socialistas, optaron por otro partido como “como esperanza de que ello sirva de correctivo a actitudes gubernamentales” llevadas a cabo por el Gobierno del PSOE.

<sup>66</sup> Los porcentajes están calculados sobre el voto válido de los electores residentes en España. En las elecciones generales de 1986 fue la primera vez que se tuvo en cuenta el voto de los españoles residentes en el extranjero.

en la oposición sino como partido de Gobierno (es decir, con una gestión gubernamental de cuatro años a sus espaldas).

Entre los comicios de 1986 y los de 1989 se produjeron varios acontecimientos significativos que, sin duda, marcaron la agenda política preelectoral. En junio 1988 se celebraron en España las primeras elecciones al Parlamento Europeo de nuestra democracia coincidiendo con los comicios municipales y autonómicos. Dos años después— en junio de 1989— se volvían a celebrar unos comicios europeos, esa vez, y por primera vez en España al margen de otra consulta electoral y al mismo tiempo que en la mayoría de países de lo que en aquellos momentos constituían la Comunidad Europea. El voto—tanto en números absolutos como en porcentajes sobre voto válido— de los cuatro principales partidos (PSOE, PP, UCD e IU) desde las elecciones generales de 1986 hasta las segundas europeas mostraba una clara línea descendente (Izquierda Unida era el único de los cuatro que mostraba una mayor estabilidad a lo largo de esos años<sup>67</sup>). Por otro lado, dos meses antes de las elecciones europeas de 1989 se escenificó un hecho histórico que afectaba a la familia socialista: por primera vez, su sindicato, Unión General de Trabajadores (UGT) decidía no pedir el voto para el PSOE en esos comicios. La relación entre ambos se había deteriorado sustancialmente desde la huelga General convocada el 14 de diciembre de 1988 por los dos sindicatos mayoritarios, UGT y Comisiones Obreras (CCOO), contra la reforma laboral del Gobierno socialista.

En relación con el principal partido conservador, ocurrieron otros datos relevantes antes de las elecciones generales. En enero de ese año Alianza Popular (AP) se refunda, sustituyéndose la federación de partidos que hasta ese momento constituía, por un partido unificado (Partido Popular). El 4 de septiembre de 1989, José María Aznar fue elegido por Fraga como candidato a las elecciones generales de ese mismo año.

En todo caso, los resultados de 1986 y 1989 no fueron sustancialmente diferentes a los de 1982, y confirmaron al PSOE como partido predominante en el sistema de partidos español (con una distancia con respecto al segundo —AP/PP— de 18.1 y 13.8 puntos, respectivamente). La mayor novedad de esas elecciones fue el éxito logrado el Centro Democrático y Social (CDS), partido fundado por Adolfo Suárez, junto con otros anteriores miembros de UCD, en julio de 1982: en 1986 logró el 9.1 % de los votos

---

<sup>67</sup> Los resultados tanto de las elecciones generales de 1986 como de las dos consultas europeas, pueden consultarse en la página Web del Ministerio del Interior. (<http://www.mir.es>).

válidos y 19 diputados (la tercera fuerza política por detrás de socialistas y populares) y en 1989 obtuvo un 7.8 % y 14 diputados (fue la cuarta fuerza política al verse superada por Izquierda Unida). Como señalan Linz y Montero (2013 op.cit. pp. 650), “el CDS era tanto un típico partido de centro, con una media ideológica alrededor del 5 o 6 en una escala izquierda-derecha de diez puntos, y un partido mediano situado entre los dos polos principales del sistema de partidos”. No obstante, Martínez Cuadrado (1992, op.cit.) considera que tras crisis de los centristas a raíz de sus resultados obtenidos en las elecciones municipales y autonómicas de 1991, el PSOE vio reforzada su posición de partido predominante por tres factores. El primero, por la menor distancia ideológica existente entre los socialistas y los demás partidos (con la excepción de algunos nacionalistas y regionalistas) y el PP, lo que facilitaba al PSOE y dificultaba a los populares llegar a pactos y/o acuerdos. En segundo lugar, porque el PSOE se convirtió, de facto, en el único partido de implantación nacional significativa lo que le confería cualidad de interlocutor necesario en el ámbito autonómico. Y en tercer lugar, la prácticamente inexistente cultura de pactos presente en la sociedad española que hacía difícil la posibilidad de un frente común que compitiera electoralmente con el PSOE. En todo caso, para Cazorla y Montabes (1997, op.cit.), las elecciones de 1989 iniciaron una nueva etapa (que dura hasta las elecciones de 1996) en la que se configuran un nuevo tipo de correlaciones entre los partidos y que califican como la definitiva “cristalización” o congelación” del sistema de partidos español. El PSOE logra justo la mitad de los escaños del Congreso (175) pero la ausencia parlamentaria de los representantes del partido de izquierda *abertzale* Herri Batasuna (HB) le permite a los socialistas mantener una situación mayoritaria similar a la de las dos legislaturas anteriores. No obstante, el PSOE necesitó en la sesión de investidura el apoyo de un diputado de otra formación política (Coalición Canaria) para que su candidato fuera elegido en primera convocatoria algo que “ponía ya de manifiesto, la necesidad, determinante en los próximos años, de tener que acudir a otras fuerzas políticas para sacar adelante sus políticas de gobierno”.

Para Román Marugán (1995) a lo largo de este segundo período que comprende las elecciones de 1982, 1986 y 1989, el clivaje de clase se va atenuando como consecuencia de la extensión del estado del bienestar. El clivaje poder militar/poder civil es menos intenso que en el período anterior, sobre todo, por la reacción del electorado tras el intento del golpe de Estado del 23 de febrero de 1981. En esta etapa clivaje Iglesia/Estado viene determinado, en gran medida, por el debate en torno a la ley del aborto (que el Gobierno

socialista logra sacar adelante con el apoyo de otros partidos de izquierda). Y el clivaje centro/periferia viene determinado por los subsistemas regionales de partidos y por la presencia de fuerzas regionalistas en el Congreso de los Diputados.

### 3. TERCER PERÍODO: ELECCIONES DE 1993 Y 1996.

La década de dominio socialista llegaba a su fin. Los años noventa daban paso a una época nueva caracterizada por un nuevo realineamiento electoral de los españoles representado, según señalan Linz y Montero (2013, op. cit) por cuatro factores: a) la incorporación de más de 4 millones de nuevos votantes en el censo electoral; b) por el impacto de la modernización económica y los nuevos niveles educativos; c) los cambios sociales derivados de las políticas de bienestar de los gobiernos socialistas; d) los recursos políticos generados por la consolidación del Estado de las autonomías.

Los electorados de los principales partidos políticos experimentaron cambios significativos que afectaron al sistema de partidos vigente hasta ese momento. La característica común a ambas elecciones tiene que ver con el incremento de la competición electoral entre el PSOE y el PP por un lado, y entre el PSOE e IU, por el otro, que proclamaba el retorno a un sistema multipartidista moderado (Linz y Montero, 2013 op.cit.).

En las elecciones del 6 de junio de 1993 —celebradas seis meses antes de que acabara oficialmente la legislatura— el PSOE pierde la mayoría absoluta que había detentado durante 12 años consecutivos quedando “pulverizado el modelo de partido hegemónico generado en las elecciones legislativas de 1982” (Del Castillo y Delgado, 1994). Se vuelve a las mayorías minoritarias de las dos elecciones de finales de los setenta pero esta vez de la mano de un pacto de legislatura entre el PSOE y CiU. Felipe González es investido presidente del Gobierno por cuarta vez consecutiva por mayoría absoluta en primera votación, esta vez gracias al voto afirmativo de los diputados de CiU y de los del PNV. Estos dos partidos nacionalistas logran en estas elecciones mayor número de votos absolutos que en las anteriores de 1989, pero en número de diputados los convergentes pierden uno (de 18 a 17) y los peneuvistas se mantienen igual (5). En todo caso, cualitativamente ganan peso político por su condición de socios de gobierno. Debido a la trascendencia que pasan a tener a partir estas elecciones los partidos nacionalistas ya no se podría seguir hablando, según algunos autores, de un sistema de partidos bipartidista (ni siquiera imperfecto) porque, siguiendo a Sartori, resulta imposible un sistema

bipartidista mientras existan minorías concentradas (Cazorla y Montabes, op. cit.). Se trataría, según estos, de una vuelta al pluripartidismo limitado y no polarizado que se consolidaría tras las elecciones de 1996.

El elemento distintivo de la campaña electoral de las elecciones generales de 1993 fue, sin duda, la celebración, por primera vez en la historia de España, de dos debates televisados que enfrentaron a los candidatos de los dos principales partidos: Felipe González por el PSOE— y en ese momento presidente del Gobierno— y José María Aznar por el PP. Los debates se celebraron en dos cadenas de televisión privadas (el primero en Antena 3 y el segundo en Tele 5). Todos— desde analistas políticos hasta las encuestas<sup>68</sup>— dieron a Aznar como claro ganador en el primero de ellos. Y lo mismo ocurrió en el segundo— celebrado solo una semana después— pero con González como virtual ganador<sup>69</sup>. Las encuestas reflejaban una reñida competencia electoral entre PSOE y PP en la que cualquiera de los dos podía hacerse con la victoria<sup>70</sup>, de ahí la enorme expectación que estos dos debates levantaron entre la opinión pública<sup>71</sup>, si bien algunos estudios concluyeron que la mera exposición a los debates no favorecieron a un partido por encima del otro (Lledó Callejón, 2001).

En las elecciones de junio de 1993 participó un 76.9 % del CER (siete puntos más que en las elecciones precedentes) y la distancia electoral entre el primer (PSOE) y el segundo partido (PP) fue la menor registrada tanto en porcentaje de votos como de escaños de las seis elecciones generales celebradas hasta ese momento tras el fin de la dictadura. El PSOE obtuvo un 38.8 % de los votos válidos y 159 diputados frente a un 34.8 % y 141 diputados logrados por los populares: solo cuatro puntos y 18 escaños de diferencia. La hegemonía del PSOE se diluye por el avance del PP. Los populares pasan a ser el partido

---

<sup>68</sup> Una encuesta llevada a cabo el día siguiente del primer debate por el Instituto Demoscopia para EL PAÍS arrojaba los siguientes datos: el candidato del PP resultó más creíble (50%) que su oponente (26%), y para una mayoría (50%) fue el ganador, frente al 21% que consideraba a González vencedor de ese primer debate. En la puntuación más matizada de una escala de 0 a 10, la distancia entre ambos candidatos se reducía aunque el popular se situaba igualmente por delante del socialista: González lograba de media un 5.6 y Aznar un 6.3. ([http://elpais.com/diario/1993/05/26/espana/738367204\\_850215.html](http://elpais.com/diario/1993/05/26/espana/738367204_850215.html)).

<sup>69</sup> Una encuesta de Demoscopia para EL PAÍS para un 48% de los españoles que habían seguido este segundo debate el ganador había sido González frente a un 18% que pensaba que había ganado Aznar, es decir, prácticamente los mismos porcentajes que en el primer debate pero intercambiados. ([http://elpais.com/diario/1993/06/02/portada/738972002\\_850215.html](http://elpais.com/diario/1993/06/02/portada/738972002_850215.html)).

<sup>70</sup> Hubo varias encuestas preelectorales publicadas en diversos diarios que mostraban esa incertidumbre en cuanto al resultado. ([http://elpais.com/diario/1993/05/23/espana/738108048\\_850215.html](http://elpais.com/diario/1993/05/23/espana/738108048_850215.html)). La propia encuesta del CIS daba un empate a 33.8% entre PSOE y PP en su estimación de voto del mes de mayo de ese año. ([http://elpais.com/diario/1993/05/28/portada/738540002\\_850215.html](http://elpais.com/diario/1993/05/28/portada/738540002_850215.html)).

<sup>71</sup> El primer debate obtuvo una cuota de pantalla del 61.8% y el segundo del 75.3% (<http://xurl.es/gvynh>).

más votado en 24 circunscripciones electoral frente a las 17 en las elecciones de 1989. Los socialistas son los primeros en 23 provincias frente a las 31 de cuatro años antes: respecto a los comicios de 1989 el PSOE ganó en la circunscripción de Guipúzcoa (en la que cuatro años antes se había impuesto HB, representante de la izquierda *abertzale*) pero quedó por detrás del PP en A Coruña, Alicante, Castellón, Cuenca, Las Palmas, León, Murcia, Valencia, y en la ciudad autónoma de Ceuta. Con todo, el PSOE logró incrementar su número de votos, en términos absolutos, en todas las circunscripciones menos en tres (Murcia, Las Palmas y Zaragoza).

En una coyuntura de crisis económica<sup>72</sup> (la crisis económica internacional de 1992-1993), el PSOE se enfrenta, a su vez, a graves casos de corrupción que salpican a algunos de sus dirigentes políticos y miembros del partido y que acaban afectando a la percepción de los ciudadanos sobre la política. A lo largo de la legislatura, según los diferentes Barómetros del CIS, la corrupción política, por un lado, y los políticos en general, los partidos políticos y la política pasan a ocupar, respectivamente, el segundo y tercer lugar en el ranking de los principales problemas de España para los ciudadanos (por detrás, solo, del paro). El liderazgo político de González —una de las principales bazas estratégicas del PSOE— se empieza a cuestionar (también internamente, dentro del partido) sobre todo tras las derrotas socialistas en las elecciones al Parlamento Europeo de 1994 (en las que el PP ganó al PSOE por una distancia cercana a los 10 puntos) y en las Municipales de 1995 (en las que los populares aventajaron en casi cinco puntos a los socialistas). Tras estos acontecimientos “el PP se prepara concienzudamente al verse a sí mismo ya como una alternativa de gobierno” (Román Marugán, 1995 op.cit). En todo caso, y a pesar de los problemas de imagen que arrastró el Gobierno del PSOE a lo largo de la legislatura, los socialistas volvieron a superar al PP en gran parte, y entre otros motivos, por la valoración positiva que entre una parte importante del electorado todavía seguía teniendo Felipe González y a la cercanía ideológica que mantenían con el PSOE ese grupo de votantes (Barreiro y Sánchez-Cuenca, 1998).

En las elecciones de 1996 los dos candidatos principales que se enfrentaban volvían a ser, como en 1993, el socialista Felipe González y el popular José María Aznar. En esta

---

<sup>72</sup> Sobre la evolución del contexto económico a lo largo de la V Legislatura puede consultarse RUIZ CONTRERAS, M. (2007): La imagen de los partidos políticos. El comportamiento electoral en España durante las Elecciones Generales de 1993 y 1996, Centro de Investigaciones Sociológicas, Madrid.



ocasión los dos partidos no llegaron a un acuerdo y no se celebró ningún debate televisado<sup>73</sup>. Un mes antes de la celebración de las elecciones, la banda terrorista ETA asesinó a dos personas de reconocido prestigio que conmocionaron a la opinión pública española. El 6 de febrero fue asesinado de un tiro en la nuca a plena calle el histórico dirigente del Partido Socialista de Euskadi (PSE), Fernando Múgica y tan solo ocho días después, el 14 de febrero, asesinó en su despacho de la Universidad Autónoma de Madrid donde daba clases como Catedrático de Historia del Derecho, al, entre otras cosas, expresidente del Tribunal Constitucional y miembro permanente del Consejo de Estado, Francisco Tomás y Valiente. El terrorismo se convirtió en el tema principal de la campaña siendo objeto de acusaciones mutuas entre PSOE y PP<sup>74</sup>.

En estos comicios vuelve la alternancia en el poder a la política española con el triunfo del PP que, por primera vez, gana unas elecciones generales. Con la tercera mayor participación electoral en unos comicios legislativos hasta ese momento (78.1 % del censo de españoles residentes; 77.4 % considerando también el voto de los residentes ausentes) el PP obtiene su mejor resultado histórico al lograr ampliar su base electoral en algo más de un millón y medio de votos con respecto a los anteriores comicios: con un 38.8 % de los votos válidos obtiene 156 diputados (15 más que en 1993). El PSOE, por su parte, logra también aumentar su número de votos absolutos con respecto a tres años antes (un incremento algo superior a los 275.000) pero con el 37.6 % de los votos (solo 1.2 puntos menos que en 1993) perdió 18 escaños (quedándose con 141) y su condición de primera fuerza política tras 14 años. Izquierda Unida se consolidó como tercera fuerza política de ámbito nacional al lograr casi cuatrocientos mil votos y tres diputados más que en los comicios precedentes. Los principales partidos nacionalistas apenas variaron sus resultados por lo que, desde el punto de vista del sistema de partidos, las elecciones de 1996 supusieron la consolidación del pluralismo moderado o del bipartidismo imperfecto (según diferentes autores) que ya había quedado restaurado en la convocatoria electoral anterior. En todo caso, y como señala Ruiz Contreras (2007, Op.Cit.) esta consolidación se llevó a cabo de un modo novedoso para la democracia española porque por primera

---

<sup>73</sup> Aznar ponía como condición para la celebración de un debate la participación del candidato de IU, Julio Anguita. Fueron años en los que se hablaba de la pinza “PP-IU”, una especie de acuerdo no escrito entre las dos formaciones con el fin de debilitar las opciones electorales del PSOE, partido que se mantenía en el Gobierno desde 1982.

<sup>74</sup> El propio presidente del PP y candidato a las elecciones, José María Aznar, fue víctima de un atentado el 19 de abril de 1995, del que salió ileso gracias al blindaje con el que contaba el coche oficial en el que viajaba.

vez la alternancia en el poder se producía en sentido inverso al anterior (el centro derecha era, ahora, el que sustituía en el gobierno al centro izquierda) y porque, también por primera vez, el cambio de gobierno no suponía, o no se simultaneaba, con un hundimiento del partido derrotado<sup>75</sup>. De hecho, es destacable que a lo largo de los casi catorce años en el poder (y siempre de la mano de Felipe González) el PSOE mantuviera en todo momento un suelo electoral por encima de los ocho millones de votos, y que en los comicios de 1996 obtuviera su mejor resultado en número absoluto de votantes de las siete elecciones celebradas hasta ese momento, solo por detrás de las de críticas de 1982. No obstante, la composición sociodemográfica del electorado socialistas fue variando con el transcurso de los años (y es, en gran parte, lo que ayuda a explicar su capacidad para mantener ese levado volumen de apoyos electorales). Mientras que en 1986 los trabajadores manuales votaban en mayor proporción al PSOE y a IU y las viejas clases medias se decantaban por el PP, en 1996 los populares conseguían reducir distancias con los socialistas entre los trabajadores manuales y se había extendido el rechazo al PSOE entre los activos, con lo que los socialistas pasaron a depender de los jubilados y de las amas de casa. Además, el PSOE fue perdiendo peso los residentes en núcleos urbanos y entre los jóvenes: en 1996 la probabilidad de votar a los socialistas se incrementaba según aumentaba la edad, todo lo contrario de lo que ocurría diez años antes (González, 2004 Op. Cit.).

Así, en este tercer período que comprende las dos elecciones que tuvieron lugar en la década de los noventa, se produjo un evidente realineamiento electoral propiciado por varios factores según señalan Linz y Montero (2013 Op.cit.). Por un lado, por la incorporación de más de cuatro millones de nuevos votantes en el censo electoral; por otro lado, por el impacto de la modernización económica y los nuevos niveles educativos; en tercer lugar, por los cambios sociales derivados de las políticas de bienestar de los gobiernos socialistas; y, cuarto lugar, por los recursos políticos generados por la consolidación del Estado de las autonomías. La mayor competición electoral entre el PSOE y el PP por un lado, y entre el PSOE e IU, en ambas elecciones anunciaba el retorno a un sistema multipartidista moderado.

---

<sup>75</sup> Las elecciones se celebraron en una coyuntura económica y política muy negativa y, por tanto, claramente desfavorable para los intereses electorales del PSOE. En este sentido, el hecho de que la victoria del PP sobre el PSOE se produjera por menos de trescientos mil votos llevó a Alfonso Guerra, dirigente socialista, a calificar de “dulce derrota” el resultado del PSOE y de “amarga victoria” el del PP (Prego, 2000).

#### 4. CUARTO PERÍODO: ELECCIONES DE 2000

El contexto político que acompaña a las elecciones generales de 2000 ofrece varias novedades con respecto a procesos electorales anteriores. En primer lugar, el PP comparecía, por primera vez en su historia, como partido en el Gobierno y, por tanto, las elecciones no dejaban de ser un examen a su capacidad de gestión. Tras su ajustada victoria en las elecciones de 1996 —en las que logró una victoria por mayoría simple— había sido capaz de demostrar cierta capacidad de diálogo y pacto con otras fuerzas políticas —en especial, con los partidos nacionalistas del País Vasco (PNV), Cataluña (CIU) y Canarias (CC)—. El PSOE, por su parte, llegaba a estas elecciones también con una importante y, sin duda, determinante, novedad: por primera vez, su candidato a la presidencia del Gobierno no iba a ser Felipe González. Su sustituto fue Joaquín Almunia: ministro de Trabajo y Seguridad Social desde 1982 a 1986 (en la primera legislatura que los socialistas ganaron las elecciones), y ministro de Administraciones Públicas de 1986 a 1991. Es interesante dedicar un espacio, aunque sea reducido, a cómo Almunia llegó a convertirse en el sucesor de González porque ayuda sobremanera a entender el contexto político en el que se desarrollaron los comicios de ese año. Almunia fue elegido secretario general del PSOE tras la derrota electoral de los socialistas en 1996 y la renuncia de González a la reelección en el XXXIV Congreso del partido celebrado en junio de 1998. Fue el impulsor de la celebración de elecciones primarias para elegir al futuro candidato socialista a la presidencia del Gobierno. Unas primarias que se celebraron en abril de 1998 y la que concurrieron dos candidatos: el propio Almunia y Josep Borrell, exministro de Obras Públicas, Transportes y Medio Ambiente de 1991 a 1996. Contra todo pronóstico Borrell ganó las primarias con el 55% de los votos y se convirtió en el nuevo candidato socialista. La no renuncia de Almunia a la secretaria general del partido abrió un periodo de bicefalia dentro del PSOE (en la tradición socialista el candidato a las elecciones siempre era el secretario general) con continuas fricciones. En mayo de 1999 Borrell dimitía como candidato al descubrirse que dos excolaboradores suyos —de su época al frente de la Secretaria de Estado de Hacienda entre 1984 y 1991— habían cometido un delito de fraude fiscal. Es muy probable que la falta de apoyo que recibió por parte de la dirección socialista desde que ganó las primarias ayudara, también, a esa renuncia. Dos meses después, Almunia es elegido por el Comité Federal socialista, candidato a las elecciones generales que se celebrarán en 2000. Entre medias, junio de 1999, se celebraron en España elecciones al Parlamento Europeo, elecciones Municipales

y elecciones Autonómicas en las que los socialistas —aun perdiendo en todas ellas— consiguieron unos resultados que fueron bien evaluados por el PSOE<sup>76</sup>. La retirada de Julio Anguita de la vida política debido a sus problemas de salud —y, por tanto, su renuncia a ser el candidato de esta coalición a las elecciones de 2000— y la llegada como sustituto de Francisco Frutos propició que, pocos meses antes de las elecciones, Almunia propusiera un pacto de gobierno a IU con el fin de intentar que el PP no ganara las elecciones. Las conversaciones entre unos y otros para llegar a un acuerdo que satisficiera a los dos se desarrollaron durante todo el mes de enero, no sin altibajos y sin acusaciones mutuas de querer imponer sus condiciones. Finalmente, el 2 de febrero de 2000 —apenas un mes antes de las elecciones— llegaron a un acuerdo de mínimos. La cercanía con las elecciones impidió a ambos candidatos explicar a la opinión pública y, sobre todo, a sus votantes, las condiciones exactas del pacto. Este hecho, unido a algunos enfrentamientos dialécticos públicos entre políticos de ambas formaciones, no ayudó a sembrar la confianza entre los electores. Si a este contexto político en el seno de la izquierda española se le suma, por un lado, la sensación de unidad que como partido de gobierno transmitía el PP —que por fin parecía contar con un líder fuerte—, por otro lado, el hecho de que durante los cuatro años de legislatura del PP se había vivido un clima de bonanza económica (había calado en la mayoría de la opinión pública el mantra que repetía el presidente Aznar: “España va bien”) y, en tercer lugar, la circunstancia de que una parte importante de la ciudadanía parecía haberle perdido el miedo a un gobierno de la derecha, no es difícil explicar el porqué de la mayoría absoluta lograda por los populares en las elecciones del 14 de marzo de 2000.

En efecto, el PP superó por primera vez en su historia los diez millones de votos —consiguió un millón y medio más que en las elecciones de 1996— y con un 44.5 % de los votos válidos emitidos (5.7 puntos más que cuatro años antes) logró una amplia mayoría absoluta: 183 diputados, siete más de los necesarios para poder gobernar en solitario (y 27 más que los logrados en los comicios precedentes). El PSOE, por su parte, aunque por poco, bajó por primera vez de los ocho millones de votos (perdió entrono a seiscientos mil con respecto a 1996). Obtuvo el 34.2 % de los votos y 125 diputados: 3.4 puntos y 16 escaños menos que cuatro años antes. Su socio preelectoral, IU, también salió fuertemente perjudicado: perdió la mitad de sus votos y 13 diputados (de 21 pasó a 8). En el caso de los partidos nacionalistas sus resultados no sufrieron variaciones tan grandes (CiU perdió

---

<sup>76</sup> En las elecciones europeas se quedaron a menos de cinco puntos de los populares (35.3% frente a 39.7%) y en las municipales a tan solo una décima (34.4% frente a 34.3%).

un diputado, el PNV ganó dos, uno el BNG y CC se quedó con los mismos cuatro que había logrado en las anteriores elecciones. Participó un 68.7 % del total del Censo electoral (el 70 % de los españoles residentes) la segunda participación más baja, tras la de 1979, de las ocho elecciones que se habían celebrado hasta ese momento tras la restauración de la democracia.

A pesar de que la suma de los porcentajes de voto válido de PP y PSOE alcanzaron máximos históricos hasta ese momento —78.7 %— algunos autores sostienen que las elecciones de 2000 pusieron fin al período de sistema de partidos bipartidista del período anterior (González op.cit). Montero y Lago (op. cit) incluyen las elecciones de 2000 dentro del tercer ciclo electoral en el que el sistema de partidos vuelve a ser de pluralismo moderado tras la fase de partido hegemónico que había representado el PSOE entre 1982 y 1989. Más concretamente, estos autores coinciden con Santamaría (2008) en definir el sistema de partidos de este período como multipartidista pero con una dinámica bipartidista debida a la alternancia en el poder de PP y PSOE. Para Oñate y Ocaña (2000 op. cit) “los comicios celebrados en marzo de 2000 implicaron un considerable cambio electoral en el marco de los sistemas y subsistemas de partidos que coexisten en España, tanto en el propio del conjunto del territorio estatal como en el de cada una de sus Comunidades Autónomas”. Según ellos, el sistema de partidos experimentó variaciones sustanciales respecto al instaurado en 1993 y mostraba trazas de convertirse en un sistema de partidos predominante. Finalmente, no pudo ser así porque el PP perdió no solo la mayoría absoluta sino, también, el poder en las siguientes elecciones generales de 2004. En todo caso, tras las elecciones del año 2000 la competición seguía siendo bipolar y de tendencias centrípetas y tanto la fragmentación del sistema de partidos estatal como el número efectivo de partidos alcanzaban los niveles más bajos desde la reinstauración democrática. El giro hacia el centro ideológico del PP y la ausencia de la izquierda abertzale en estas elecciones moderaron la polarización partidista. Por el contrario, la volatilidad se duplicó con respecto a 1996, en especial la volatilidad entre bloques. (Oñate y Ocaña, 2000 op.cit). Si desde las elecciones de 1982 el *voto de clase* se había impuesto al *voto económico* (Fraile, 2005), este último iba poco a poco ganando terreno hasta que en las elecciones de 2000 logra superar con claridad al primero (Caínzos, 2011). De hecho, en estas elecciones el componente clasista del PP se redujo considerablemente (González, 2004, op.cit.).

## 5. QUINTO PERÍODO: ELECCIONES DE 2004 Y 2008

La primera legislatura del PP con Aznar como presidente estuvo caracterizada por la bonanza económica (sobre todo a partir de la entrada de España en la Unión Monetaria) y el diálogo social con los diferentes agentes sociales. La segunda, la de la mayoría absoluta, estuvo representada, por el contrario, por las decisiones unilaterales del Gobierno. La legislatura “fue prolija en conflictividad, movilizaciones y protestas ciudadanas contra el Gobierno: por la Ley Orgánica de Universidades, la reforma del mercado laboral<sup>77</sup>, el Plan Hidrológico Nacional, la gestión del hundimiento del *Prestige*, y, especialmente, el apoyo a Estados Unidos en la Guerra de Irak” (Oñate y Ocaña, 2005).

Cualquiera que fuera el contexto económico, político y social de España en los meses previos a las elecciones generales de 2004 quedó tristemente borrado la mañana del 11 de marzo de 2004. Sin duda, si hay que señalar unos comicios excepcionales —o celebrados en un contexto excepcional— esos son los de ese año. Tan solo tres días antes de las elecciones tuvo lugar el mayor atentado terrorista de toda nuestra historia al explotaron varias mochilas-bomba en cuatro trenes de la red de Cercanías de Madrid. El número final de víctimas mortales fue de 192, además de casi 2.000 heridos. Sin duda los atentados influyeron en el resultado de las elecciones pero —quizá— lo más determinante del resultado electoral acabó siendo la negativa percepción de la opinión pública sobre la gestión del atentado por parte del Gobierno del PP en los días posteriores. Aunque no hay certeza de ello, se atribuye la gestión posterior a los atentados a la creencia de que si los había cometido ETA- o la opinión pública pensaba que así había sido- el PP ganaría las elecciones, pero si que el atentado era obra de islamistas los populares las perderían<sup>78</sup>. La base para esa afirmación era que si el atentado había sido llevado a cabo por islamistas era como respuesta al apoyo del Gobierno español a la guerra de Iraq iniciada por Estados

---

<sup>77</sup> El denominado “decretazo” se refiere a cuando el 24 de mayo de 2002 el Consejo de Ministros aprobó la reforma del sistema de protección por desempleo por Real Decreto-ley, que le costó una huelga general por parte de los sindicatos (con seguimiento mayoritario por parte de los trabajadores). Hay que recordar, sin entrar en mayores matices, que el Gobierno rectificó —retirando la reforma— restableciendo el diálogo con los agentes sociales.

<sup>78</sup> Autores como Santamaría (2004) o Lago y Montero (2005) sostienen que la victoria del PSOE sobre el PP no se debió al atentado o a la posterior gestión del Gobierno en funciones sino que fue la confirmación de una tendencia previa (de crecimiento de los socialistas y descenso de los populares) que se inició con anterioridad a los atentados. Datos de un estudio tracking del Banco de Datos de Metroscopia llevado a cabo hasta el 13 de marzo —el día anterior a las elecciones— no coinciden con esta hipótesis: aunque el PP partía con ventaja en los sondeos preelectorales, según se fue desarrollando la campaña lo que empezó como una probable mayoría absoluta de los populares se fue convirtiendo en una posible victoria por la mínima. Pero no fue hasta después de los atentados que la intención de voto a los socialistas se distanció significativamente de la de los populares.

Unidos (con George W. Bush al frente) y Reino Unido (presidido en esos momentos por Tony Blair). Una guerra que era rechazada por la abrumadora mayoría de los ciudadanos (un año antes de las elecciones, el 15 de febrero de 2003, se convocaron en varias ciudades del mundo una manifestación para pedir que no se iniciara el conflicto. La asistencia de ciudadanos fue masiva en el caso concreto de España). A los mensajes lanzados por el Gobierno en las horas posteriores al atentado en los que se afirmaba que la principal vía de investigación seguía siendo la banda terrorista ETA (a pesar de que los indicios y pruebas que iba descubriendo a policía hacían pensar cada vez más que se trataba de un atentado islamista) se le sumó, por un lado, el mensaje televisado lanzado por el, en aquel momento, dirigente del PSOE, Alfredo Pérez Rubalcaba, la noche anterior a las elecciones en las que pronunció unas palabras que han pasado a la historia de la política en España “Los españoles se merecen un gobierno que no les mienta”. Y, por otro lado, esa misma noche se convocó una manifestación supuestamente espontánea de ciudadanos (algunos dirigentes de los populares sospechaban que tras ella estaba el PSOE) en las puertas de la sede del PP en Madrid para pedir al Gobierno que dijera la verdad sobre los atentados (dando por hecho que estaban intentando ocultar o retrasar información relevante sobre los mismos). Este acontecimiento, en todo caso, difuminó otras posibles circunstancias que, si no extraordinarias, si podrían considerarse espaciales para definir como único el contexto en que se celebraron estos comicios. En concreto, la huelga general convocada por los sindicatos mayoritarios en contra de la reforma laboral aprobada por el Gobierno (que finalmente tuvo que retirar), o el hecho de que tanto el PP como el PSOE contaran con un candidato que por primera vez se presentaba a unas elecciones generales<sup>79</sup>.

La participación electoral subió siete puntos con respecto a los anteriores comicios<sup>80</sup>. Las elecciones las ganó el PSOE con un 42.6 % de los votos válidos emitidos y 164 escaños

---

<sup>79</sup> En el caso del PP el candidato, elegido directamente por el presidente del Gobierno y, a la par, presidente del PP, José María Aznar, fue Mariano Rajoy. En el caso del PSOE, la renuncia de Almunia a la secretaría general del partido y a repetir como candidato tras la derrota electoral de 2000, llevó al partido a elegir un nuevo líder mediante la celebración, como en 1997, de unas elecciones primarias que fueron ganados por- hasta ese momento, un práctico desconocido- José Luis Rodríguez Zapatero.

<sup>80</sup> Sobre el censo de residentes (CER) la participación electoral aumentó 7.3 puntos (de un 70.0 % en 2000 a un 77.3 % en 2004) y sobre el censo total de españoles, esto es, teniendo, también, en cuenta a los residentes en el extranjero, el aumento de participación fue de siete puntos exactos (de un 68.7 % en 2000 a un 75.7 % en 2004). Hay que tener en cuenta, en todo caso, que los posibles efectos que sobre la participación electoral pudieran haber tenido los atentados o la gestión de los mismos, solo podrían haber afectado a quienes acudieron a votar el mismo 14 de marzo. Cuando ocurrieron los atentados ya se había cerrado el plazo para votar tanto por correo como desde el extranjero.

(8.4 puntos y 39 escaños más que en las elecciones de 2000). El PP, por su parte, obtuvo un 37.7 % de los votos y 148 escaños (6.8 puntos 35 escaños menos). Los socialistas aumentaron su porcentaje de voto con respecto a las elecciones de 2000 en todas las circunscripciones, ganaron en 21 provincias (15 más que cuatro años antes) y en siete de ellas por mayoría absoluta (en 2000 no la lograron en ninguna provincia). El PP, por su parte, ganó en 27 provincias, en 10 de ellas por mayoría absoluta (en 2000 había ganado en 36 circunscripciones logrando la mayoría absoluta en 25 de ellas). Izquierda Unida volvió a ser la tercera fuerza política (en votos que no en escaños) y los partidos nacionalistas —sobre todo los catalanes de CiU y ERC— perdían apoyos y representación parlamentaria con respecto a las elecciones de 2000. Con todo, y a pesar de la excepcionalidad del contexto en el que se celebraron estas elecciones— algunos autores consideran que desde el punto de vista del sistema de partidos resultante, las elecciones de 2004 “no fueron unas elecciones excepcionales, sino de continuidad respecto de las del tercer período electoral, en el que se incardinan sin dificultad” (Oñate y Ocaña, Op. Cit.). En este sentido, son las elecciones de 2000 las que arrojaron un resultado excepcional y las que supusieron un paréntesis, una interrupción del tercer período electoral iniciado tras los comicios de 1993.

En todo caso, las circunstancias que rodearon a las elecciones de 2004 dieron paso a una legislatura que algunos autores han denominado como la segunda ola de la crispación<sup>81</sup>. Fueron cuatro años de permanente conflicto parlamentario y mediático entre socialistas y populares y en los que sectores próximos al PP y el propio partido conservador (Sánchez Cuenca, 2012) no dejaban de sembrar la duda con respecto a la verdadera autoría y finalidad de los atentados de marzo de 2004 (entendían que se habían llevado a cabo para influir en el resultado electoral<sup>82</sup>). El juicio de estos atentados se celebró entre el 15 de febrero y el 2 de julio de 2008 dictándose sentencia el 31 de octubre de 2008 (solo cinco meses antes de las elecciones generales) según la cual el atentado fue inspirado pero no ejecutado por la red Al-Qaeda justificando la acción en la participación española en la Guerra de Iraq. La sentencia dictaminó que los atentados fueron obra de "células o grupos terroristas de tipo yihadista". En este contexto, las de 2008 se plantearon por parte de

---

<sup>81</sup> La primera oleada tuvo lugar en la legislatura socialista entre 1993 y 1996. En aquel momento se adoptó el término “crispación” para describir la elevada tensión y conflictividad que caracterizó la competición electoral entre PSOE y PP en torno, principalmente pero no de manera exclusiva, a la corrupción política y al terrorismo de ETA (Balaguer, y Sanz, 2010).

<sup>82</sup> Quizá, como señalan algunos autores, más que el atentado en sí, fue la gestión de la crisis llevada a cabo por el Gobierno en funciones del PP lo que más influyó en los electores (Barreiro, 2004).



algunos sectores políticos como unas elecciones de ratificación (Santamaría y Criado, 2008) o rectificación de los comicios de 2004<sup>83</sup>. Por otro lado, se celebraron, de nuevo como en 1993, dos debates electorales entre los dos principales candidatos que ya se habían enfrentado en 2004: el socialista José Luis Rodríguez Zapatero y el popular Mariano Rajoy. Ambos, como ya ocurrió con los de González y Aznar, lograron atraer la atención de la gran mayoría de los ciudadanos<sup>84</sup>. Pero probablemente el debate que mayor trascendencia tuvo fue el que mantuvieron los responsables económicos del PSOE— Pedro Solbes, en ese momento, ministro de Economía— y Manuel Pizarro— expresidente de la compañía eléctrica Endesa y presentado como el gran fichaje de los populares para hacerse cargo de la economía del país si ganaban las elecciones—. Hay que tener en cuenta en el contexto económico ya se empezaba a hablar de crisis y, por lo tanto, era importante ver hasta qué punto los partidos contaban con propuestas económicas de cara al futuro. Tras la celebración de este debate, la estimación de voto de los socialistas se incrementó y se redujo la de los populares, lo que se entendió como un dictamen sobre el ganador del mismo por parte de la opinión pública. Por otro lado, a solo dos días de las elecciones, ETA volvió a irrumpir en la campaña electoral asesinando al exconcejal socialista de Mondragón (Guipúzcoa), Isaías Carrasco<sup>85</sup>.

Las elecciones las volvió a ganar el PSOE y, de nuevo, con una mayoría simple que le forzaba a buscar acuerdos puntuales para poder gobernar. El 9 de abril se llevó a cabo la primera votación de investidura en la que el candidato propuestos por el Rey, José Luis Rodríguez Zapatero, no consiguió la mayoría absoluta necesaria al votar a favor solo los diputados del Grupo Parlamentario Socialista (hubo 158 votos en contra y 23 abstenciones). Dos días después, en la segunda votación, Zapatero fue investido presidente por mayoría simple al repetir todas las formaciones políticas los votos de la

---

<sup>83</sup> Sobre el marco político en el que se desarrollaron las elecciones generales de 2008 puede verse Pallarés y Muñoz (2009).

<sup>84</sup> Se calcula que casi 13 millones de telespectadores siguieron el primer debate celebrado el 25 de febrero y fue organizado por la Academia de las Ciencias y las Artes de Televisión. Fue moderado por el presidente de esta Academia, Manuel Campo Vidal, y se pudo ver en directo en las cadenas de televisión La 1 (pública), La Sexta y Cuatro (privadas) además de a través de numerosos medios digitales y radios. Todas las encuestas publicadas con posterioridad, coincidieron en dar como ganador a Zapatero (con diferencias que oscilaban entre 1.1 y 15.9 puntos). El segundo debate que se celebró el 3 de marzo fue organizado también por la Academia y moderado, en esta ocasión, por la periodista Olga Viza. Fue seguido por casi 12 millones de espectadores. Según todas las encuestas publicas después, Zapatero también se habría impuesto a Rajoy y por una diferencia mayor que en el primero: las diferencias oscilaban entre 8.8 y 21.8 puntos.

<sup>85</sup> El emotivo pero contundente comunicado público realizado la misma tarde del atentado por Sandra Carrasco, hija mayor del ex edil asesinado, fue, sin duda, otros de los actos que marcaron el periodo previo a los comicios de aquél año.

primera votación. Era la primera en la reciente historia democrática de España que un presidente del Gobierno era investido en la segunda votación por mayoría simple.

En estos comicios —que algunos autores definen como elecciones de continuidad (Llera, 2008)— PSOE mejoró sus resultados con respecto a cuatro años antes: obtuvo un 43.9 % de los votos y 169 escaños (1.3 puntos y 5 diputados más que en los comicios de 2004). No obstante, el PP también aumentó sus cifras de cuatro años antes y, aunque levemente, redujo las distancias que le separaba hasta ese momento de los socialistas: lograron un 39.9 % de los votos y 154 escaños (2.2 puntos y seis diputados más). Izquierda Unida repitió como tercera fuerza política en número de votos, pero perdió más de trescientos mil con respecto a 2004, suficientes para impedir que esta formación política obtuviera un grupo parlamentario propio en el Congreso: consiguió un 3.8 % del total de votos válidos y solo dos diputados (1.2 puntos y tres diputados menos que cuatro años antes). Los partidos de ámbito no estatal (los denominados PANE) sumaron el registro más bajo desde 1977<sup>86</sup>. Desde el punto de vista de la concentración del voto, la suma de los porcentajes tanto de voto como de escaños logrados por el PSOE y el PP fue la más nunca antes alcanzada: un 83.8 % de los votos y un 92.3 % del total de escaños del Congreso (323 de 350). En este sentido, y como señalan Pallarés y Muñoz (2009, op.cit.) “En sus términos globales los resultados de 2008 expresan una evolución de continuidad en las principales características de la competencia electoral y el sistema de partidos. Por una parte, los resultados de estas elecciones marcan un paso más en la dirección del bipartidismo”. Como expresó el candidato de Izquierda Unida, Gaspar Llamazares, la noche electoral tras anunciar su dimisión como coordinador federal de esta formación política por sus malos resultados: “El tsunami bipartidista nos ha arrollado”<sup>87</sup>. También Santamaría y Criado (2008, op.cit) consideran que tanto la dinámica de la competición electoral como la estructura del sistema de partidos había ido evolucionando hasta experimentar un gran impulso con las elecciones de 2008. Para Montero y Lago (2010 op. cit.), por su parte, estos comicios habría que incluirlos dentro del tercer ciclo electoral (iniciado en 1993) en el que el sistema de partidos regresaba a una configuración de pluralismo moderado.

---

<sup>86</sup> Como señala Miquel (2015) las candidaturas de PSOE, PP, IU/ICV y UPyD sumaron el récord histórico del 88.8 % de los votos válidos lo que venía a significar que se habían producido transferencias de voto muy importantes desde los electorados de los partidos nacionalistas y regionales a los estatales.

<sup>87</sup> Crónica de Vera Gutiérrez Calvo publicada en EL PAÍS el 9 de marzo de 2008. ([http://elpais.com/elpais/2008/03/09/actualidad/1205054238\\_850215.html](http://elpais.com/elpais/2008/03/09/actualidad/1205054238_850215.html)).

## 6. CLASIFICACIÓN EN CICLOS ELECTORALES DE LAS ELECCIONES GENERALES CELEBRADAS EN ESPAÑA ENTRE 1977 Y 2011

Desde los primeros comicios democráticos celebrados en España tras la dictadura del General Franco se han celebrado en España 12 elecciones generales: las primeras, en junio de 1977, y las últimas el 20 de diciembre de 2015. Todas y cada una de estas citas guardan una serie de similitudes, de aspectos y de situaciones comunes— no solo entre ellas sino con cualquier otra elección competitiva dentro de un sistema democrático (Nohlen, 1998) que tenga lugar en cualquier parte del mundo—. Pero, al mismo tiempo, cada una está envuelta en una serie de circunstancias que la diferencian de cualquier otra, haciéndolas excepcionales a todas las demás. Circunstancias que, en la mayoría de las ocasiones, han sido determinantes— o, como mínimo, han jugado un papel principal— en el resultado electoral. En palabras de Cees van der Eijik y Mak N. Franklin (2009): “las elecciones solo pueden ser estudiadas en sus propios contextos”, algo que, en principio, haría complicada su generalización y comparación. En todo caso, como ya señaló Montero (1998), es probable que el enfoque más enriquecedor sea aquel que combina ambas perspectivas dando lugar a una ordenación en una serie de ciclos de las 12 elecciones generales que, hasta el momento, se han celebrado en España. Son varias las propuestas de ciclos electorales que se han hecho para el caso español. Hasta las elecciones de 2008, el propio Montero (Montero y Lago, 2010), propone una clasificación en tres ciclos en función de los niveles de apoyos electorales de los principales partidos, el formato del sistema partidista, las pautas de competición entre sus integrantes y sus principales dimensiones de voto (considerando, en este caso, de manera especial, la fragmentación partidista, la volatilidad electoral y la polarización ideológica). El primer ciclo está conformado por las dos primeras elecciones generales celebradas tras la dictadura franquista- las de 1977 y 1979: ambas fueron ganadas por Unión de Centro Democrático, partido liderado por Adolfo Suárez, y, además de posibilitar el cambio democrático mediante un sistema de partidos pluralista moderado, dieron lugar a Gobiernos unipartidistas minoritarios. El segundo ciclo se inicia con el *tsumani* socialista de las elecciones de 1982 y dura hasta las elecciones de 1993, las cuartas elecciones consecutivas —y últimas con González al frente— ganadas por el PSOE. Las de 1982 conllevaron un cambio en las bases de apoyo de los principales partidos que convirtiendo a los socialistas en líderes dentro de un sistema de partidos predominante. La oposición, liderada por el partido conservador Alianza Popular (posteriormente, Partido Popular), estaba fragmentada y —sobre todo en 1986 y 1989— daba signos evidentes de debilidad

(con ausencia de liderazgo político y social). La principal característica del tercer ciclo—que se inicia a mediados de la década de los noventa, en concreto, con los comicios de 1996, la primera vez en su historia que el PP consigue ganar unas elecciones generales; y finaliza con las elecciones de 2008, las últimas de José Luis Rodríguez Zapatero como presidente—, es la competencia electoral entre los dos grandes partidos: PP y PSOE. En este ciclo, el sistema de partidos regresó, como a finales de los setenta, a ser de pluralismo moderado (no competitivo).

Dentro de esta clasificación, las elecciones de 2011 parecían abrir un nuevo ciclo electoral en el que la abultada victoria del PP dejaba entrever la posibilidad de un cambio en el sistema de partidos español hacia un sistema de partido predominante similar al iniciado en la década de los años 80 (pero esta vez con los populares como protagonistas). El PP lograba una amplia mayoría absoluta (su mejor resultado histórico) superando al PSOE (que obtuvo su peor resultado histórico) en 76 diputados y más de 15 puntos porcentuales<sup>88</sup>.

Una segunda propuesta de clasificación en ciclos electorales —que llega, también, solo hasta las elecciones de 2008— es la que establece Ignacio Sánchez Cuenca (Sánchez Cuenca, 2008) en la que hace coincidir cada ciclo con etapas gubernamentales, esto es, en función del partido que ha ocupado el poder con un mismo líder al frente, dejando fuera las dos primeras elecciones (las de 1977 y 1979). También en este caso establece tres ciclos: el primero va desde 1982 hasta 1996, es decir, desde la primera victoria del PSOE de Felipe González hasta el final de su cuarto mandato como presidente del Gobierno español; el segundo ciclo comprende desde 1996 hasta 2004, es decir, las dos legislaturas del popular José María Aznar como presidente del Ejecutivo; y el tercer ciclo abarca desde 2004 hasta 2011 coincidiendo con las dos legislaturas de Rodríguez Zapatero al frente del Gobierno de la nación. Dentro de esta segunda clasificación, las elecciones de 2011 también parecían abrir un nuevo ciclo caracterizado por victorias electorales del PP y Gobiernos presididos por Mariano Rajoy.

La continuidad lógica de ambas clasificaciones queda interrumpida tras las elecciones del 20 de diciembre de 2015 y el colapso del sistema de partidos. El PP liderado por Mariano Rajoy fue el partido que logró mayor número de votos y escaños. No obstante, era la

---

<sup>88</sup> En la anterior, y única, mayoría absoluta lograda por el PP en las elecciones del año 2000, los populares (con José María Aznar al frente) superaron al PSOE por 58 diputados y poco más de 10 puntos.

primera vez en España que el partido más votado se quedaba tan alejado de la mayoría absoluta: el PP logró 123 diputados, 53 por debajo de los necesarios para poder gobernar en solitario. El partido que hasta entonces había sido el recambio, el PSOE, obtuvo en esas elecciones su peor resultado histórico. Iban a ser necesarios, por tanto, pactos y acuerdos de investidura y, probablemente, también de Gobierno, para poder sacar adelante la nueva legislatura.

En este sentido, y tras los resultados de los comicios de 2015, cabría poner en cuestión las categorías que, hasta este momento, han sido empleadas para catalogar las elecciones generales celebradas hasta la fecha en nuestro país: “elecciones de cambio” vs. “elecciones de continuidad”. En este trabajo se considera que, hasta las del 20 de diciembre de 2015, en España nunca se habían producido unas elecciones de cambio: las celebradas en nuestro país han sido elecciones bien de continuidad bien de recambio. Cuando el recambio deja de funcionar, cuando los ciudadanos no quieren continuidad y rechazan el recambio —como ha ocurrido a lo largo de la legislatura comprendida entre las elecciones de 2011 y las de 2015— el sistema colapsa. Hay que exceptuar, por un lado, obviamente, las elecciones constituyentes de 1977 —las primeras democráticas después de más de cuarenta años, tras la dictadura de Franco— y las elecciones de 1982, que han sido catalogadas por la mayoría de los investigadores como elecciones críticas —utilizando la terminología de V.O. Key (1955)<sup>89</sup>— porque provocaron una alteración de los clivajes del sistema, marcando una orientación del voto para sucesivas elecciones generales<sup>90</sup>.

El objeto de estudio de este trabajo es, así, describir, mediante el análisis de datos de opinión, cómo se han ido rompiendo los vínculos entre el sistema y los ciudadanos provocando el colapso del sistema de partidos. Explicar cómo, cuándo y por qué se ha ido

---

<sup>89</sup> Algunos autores han calificado las elecciones de 1977 y las de 1982 como elecciones de ruptura. Ramírez, Manuel (1990): El sistema de partidos en España tras las elecciones de 1989. Revista de Estudios Políticos (Nueva Época). Núm. 67 Enero-Marzo 1990.

<sup>90</sup> La bibliografía sobre las elecciones de 1982 en España es amplia. Destacamos aquí algunos trabajos que pueden consultarse: CACIAGLI, M.: “España 1982: las elecciones del cambio” en Revista Española de Investigación Social núm. 28, 1984, pág. 85-118. MONTERO, J.R.: “Elecciones y ciclos electorales en España” en Revista de Derecho Político, núm. 25, 1987, págs. 9-34. LÓPEZ PINTOR, R. y JUSTEL, M.: “Iniciando el análisis de las elecciones generales de octubre de 1982 (Informe de un sondeo postelectoral)” en Revista Española de Investigación Social núm. 20, 1982, págs. 155-168. SANTAMARÍA, J.: “Elecciones generales de 1982 y consolidación de la democracia: a modo de introducción” en Revista Española de Investigación Social núm. 28, 1984, págs. 7-17. RAMÍREZ, M.: “El sistema de partidos en España tras las elecciones de 1982” en Revista de Estudios Políticos (Nueva Época) núm. 30, 1982. MARTÍNEZ SOSPEDRA, M.: “El sistema de partidos español: una caso de partido dominante” en Cuadernos de la Cátedra Fadrique Furió Ceriol núm. 1, 1992.

produciendo el realineamiento electoral de los españoles en el período comprendido entre las elecciones generales que se celebraron el 20 de noviembre de 2011 —las decimoprimeras tras la larga dictadura franquista y la transición hacia la democracia— y las llevadas a cabo el 20 de diciembre de 2015. Como a lo largo de la X Legislatura los ciudadanos dejan de pensar en la continuidad que supondría un nuevo Gobierno del PP como solución a los problemas que atraviesa España en esos momentos. Como, al mismo tiempo, dejan de considerar al PSOE como opción de recambio al PP. Como los otros dos partidos de ámbito nacional —IU y UPyD— no cumplen con su potencial función de cambio. Y, finalmente, cómo aparecen dos nuevos partidos —Podemos y Ciudadanos— para cumplir esa función.



#### IV. CAPÍTULO III. LA IX LEGISLATURA (2008-2011): CUANDO EL PSOE DEJA DE SER PERCIBIDO COMO RECAMBIO

La VIII Legislatura transcurrió entre el 2 de abril de 2004 y 31 de marzo de 2008. Fueron cuatro años de permanente conflicto parlamentario y mediático entre socialistas y populares, sobre todo, porque algunos sectores próximos al PP no dejaron de sembrar dudas sobre la legitimidad de la victoria electoral del PSOE conseguida en las elecciones del 14 de marzo, las primeras ganadas por Rodríguez Zapatero (Llera, 2015). Aquellos comicios estuvieron marcados por el mayor atentado terrorista ocurrido en nuestro país<sup>91</sup> y una parte de la opinión pública —y también de la publicada— estuvo especulando durante todo ese tiempo acerca de la verdadera autoría del atentado<sup>92</sup> y sobre la

---

<sup>91</sup> Tan solo tres días antes de las elecciones tuvo lugar el mayor atentado terrorista de toda nuestra historia al explotaron varias mochilas-bomba en cuatro trenes de la red de Cercanías de Madrid. El número final de víctimas mortales fue de 192, además de casi 2.000 heridos. Sin duda los atentados influyeron en el resultado de las elecciones pero- quizá- lo más determinante del resultado electoral acabó siendo la negativa percepción de la opinión pública sobre la gestión del atentado por parte del Gobierno del PP en los días posteriores. Aunque no hay certeza de ello, se atribuye la gestión posterior a los atentados a la creencia de que si los había cometido ETA- o la opinión pública pensaba que así había sido- el PP ganaría las elecciones, pero que en el caso de que el atentado hubiera sido obra de islamistas, los populares las perderían (aunque el PP partía con ventaja en los sondeos preelectorales, según se fue desarrollando la campaña lo que empezó como una probable mayoría absoluta de los populares se fue convirtiendo en una posible victoria por la mínima). La base para esa afirmación era que si el atentado había sido llevado a cabo por islamistas era como respuesta al apoyo del Gobierno español a la guerra de Iraq iniciada por Estados Unidos (con George W. Bush al frente) y Reino Unido (presidido en esos momentos por Tony Blair). Una guerra que era rechazada por la abrumadora mayoría de los ciudadanos (un año antes de las elecciones, el 15 de febrero de 2003, se convocaron en varias ciudades del mundo una manifestación para pedir que no se iniciara el conflicto. La asistencia de ciudadanos fue masiva en el caso concreto de España). A los mensajes lanzados por el Gobierno en las horas posteriores al atentado en los que se afirmaba que la principal vía de investigación seguía siendo la banda terrorista ETA (a pesar de que los indicios y pruebas que iba descubriendo a policía hacían pensar cada vez más que se trataba de un atentado islamista) se le sumó, por un lado, el mensaje televisado lanzado por el, en aquel momento, dirigente del PSOE, Alfredo Pérez Rubalcaba, la noche anterior a las elecciones en las que pronunció unas palabras que han pasado a la historia de la política en España “Los españoles se merecen un gobierno que no les mienta”. Y, por otro lado, esa misma noche se convocó una manifestación supuestamente espontánea de ciudadanos (algunos dirigentes de los populares sospechaban que tras ella estaba el PSOE) en las puertas de la sede del PP en Madrid para pedir al Gobierno que dijera la verdad sobre los atentados (dando por hecho que estaban intentando ocultar o retrasar información relevante sobre los mismos). Este acontecimiento, en todo caso, difuminó otras posibles circunstancias que, si no extraordinarias, si podrían considerarse espaciales para definir como único el contexto en que se celebraron estos comicios. En concreto, la huelga general convocada por los sindicatos mayoritarios en contra de la reforma laboral aprobada por el Gobierno (que finalmente tuvo que retirar), o el hecho de que tanto el PP como el PSOE contaran con un candidato que por primera vez se presentaba a unas elecciones generales.

<sup>92</sup> Y esto a pesar de que el juicio por estos atentados se celebró entre el 15 de febrero y el 2 de julio de 2008, dictándose sentencia el 31 de octubre de 2008 (solo cinco meses antes de las elecciones generales). La Justicia dictaminó que el atentado fue inspirado pero no ejecutado por la red Al-Qaeda justificando la acción en la participación española en la Guerra de Iraq. Según la sentencia, los atentados fueron obra de "células o grupos terroristas de tipo yihadista". Así se describe en la sentencia íntegra del Tribunal Supremo. ([http://www.belt.es/jurisprudencia/anterior/seg\\_pub\\_y\\_prot\\_civil/seg\\_pub/pdf/sent\\_503\\_08.pdf](http://www.belt.es/jurisprudencia/anterior/seg_pub_y_prot_civil/seg_pub/pdf/sent_503_08.pdf)).



intencionalidad última de sus autores<sup>93</sup>. La legislatura estuvo, así, caracterizada por lo que algunos autores han denominado la segunda ola de la crispación (Balaguer y Sanz, 2010)<sup>94</sup>. De ahí, que las elecciones generales celebradas el 9 de marzo de 2008 fueran planteadas como unas elecciones de ratificación por cuanto venían a normalizar y legitimar el resultado de las elecciones de 2004 (Santamaría y Criado, 2008). En estas elecciones volvió a ganar el PSOE —fue la segunda victoria consecutiva de Rodríguez Zapatero— mejorando su resultado de cuatro años antes. No obstante, las diferencias con respecto al PP, tanto en porcentaje de voto como en número de diputados, se redujeron debido a que los populares mejoraron, también, sus cifras con respecto a 2004<sup>95</sup>.

Tras las elecciones, dio comienzo la IX Legislatura (1 de abril de 2008 - 13 de diciembre de 2011) durante la cual se producen una serie de acontecimientos económicos, políticos y sociales que desgastaron enormemente la base de apoyos electorales del PSOE. Como se demostró en las citas electorales posteriores, los socialistas no lograron recuperar a la mayor parte de esos votantes que, según los sondeos, iban perdiendo a lo largo de la legislatura. Son los denominados en este informe “huérfanos electorales del PSOE”: votantes socialistas desafectos con su partido y carentes de un referente partidista al que votar (la mayoría de ellos se refugiaba en la abstención según indicaban los sondeos). Este alejamiento fue determinante, como se verá más adelante, para que el sistema de partidos colapsara finalmente en las elecciones de 2015.

Esta IX Legislatura puede dividirse en dos fases claramente diferenciables que ayudan a una mejor comprensión de los acontecimientos acaecidos. La primera abarca, aproximadamente, los dos años iniciales de la legislatura. Durante los primeros meses de 2008 el Gobierno se dedica a negar la existencia de una crisis económica que, sin embargo, para los ciudadanos resultaba evidente según manifestaban en las encuestas. El

---

<sup>93</sup> El propio presidente del Gobierno (en funciones) en el momento de los atentados, José María Aznar, declaró durante la comisión de investigación sobre los atentados llevada a cabo en noviembre de 2004 que una de las finalidades de los atentados era afectar al proceso electoral. ([http://www.congreso.es/public\\_oficiales/L8/CONG/DS/CI/CI\\_021.PDF](http://www.congreso.es/public_oficiales/L8/CONG/DS/CI/CI_021.PDF)).

<sup>94</sup> La primera oleada tuvo lugar en la legislatura socialista entre 1993 y 1996. En aquel momento se adoptó el término “crispación” para describir la elevada tensión y conflictividad que caracterizó la competición electoral entre PSOE y PP en torno, principalmente pero no de manera exclusiva, a la corrupción política y al terrorismo de ETA. Sobre el tema de la crispación política en España puede consultarse también MARAVALL, J.M. (2008): La confrontación política, Taurus, Madrid.; AA.VV.: Informe sobre la democracia en España 2007, Fundación Alternativas, 2007, Madrid.; AA.VV.: Informe sobre la democracia en España 2008, Fundación Alternativas, 2008, Madrid.

<sup>95</sup> En las elecciones de 2004 el PSOE el 42.6 % de los votos válidos y 164 diputados frente al 37.7 % y 148 diputados del PP. En las de 2008 los socialistas lograron un 43.9 % y 169 diputados frente al 39.9 % y 154 de los populares.

empeoramiento de la situación económica llevó finalmente al Gobierno a reconocer y aceptar la crisis, viéndose obligado, al mismo tiempo, a tomar una serie de medidas para intentar combatirla. Pero en el camino de la negación el Gobierno fue perdiendo credibilidad entre una parte importante de la opinión pública. Para los ciudadanos, el hecho de que el Gobierno intentara ocultar (o matizar) la gravedad de la crisis provocó un retraso en la adopción de medidas para hacerla frente, empeorando aún más la situación. Durante este período, una parte de quienes votaron al PSOE en las elecciones de 2008 empezaron a distanciarse electoralmente del partido: se trataba del votante más pragmático y relativamente menos ideologizado, defraudado tanto por la negación de la crisis como por las medidas adoptadas por el Gobierno. Unas medidas que la mayoría consideró que llegaban tarde, que venían impuestas desde fuera (la Unión Europea), que eran injustas y, sobre todo, que eran ineficaces (Lobera y Ferrándiz, 2013). Desde octubre de 2009 hasta mayo de 2010, coincidiendo con los últimos meses de esta primera fase, la fidelidad de voto del PSOE cayó hasta el entorno del 60%, 15 puntos por debajo, en promedio, del dato registrado en los meses precedentes. El hecho de que las medidas económicas adoptadas durante esta primera fase de la legislatura fueran dirigidas a estimular la economía —y, por tanto, a ser coherentes con la ideología socialdemócrata de un partido como el PSOE— permitió a los socialistas mantener fieles a sus votantes con un perfil más ideológico (aquellos que dentro de la escala ideológica se ubican en posiciones que cabe interpretar como de izquierda).

La segunda fase se inicia a partir del 12 de mayo de 2010, el día que el Gobierno de Zapatero anunció en el Congreso de los Diputados el paquete de medidas anticrisis que su Gobierno tenía pensado llevar a cabo en los meses siguientes y que supusieron el mayor recorte del gasto de la democracia. En esta ocasión, a diferencia de la anterior, las medidas fueron interpretadas como contrarias a lo que cabía esperar de un gobierno socialdemócrata provocando un alejamiento electoral de, ahora sí, una parte sustancial de los votantes más ideologizados del PSOE, la mayor parte de los cuales, según las encuestas, se refugiaron en la abstención. En la oleada del Barómetro de Clima Social de Metroscopia de junio de 2010 —llevada a cabo después de la aprobación del paquete de medidas anticrisis— arrojaba una fidelidad de voto del PSOE de tan solo el 41 %. El 12 de mayo de 2010 supuso, por tanto, un punto de inflexión en las aspiraciones electorales futuras del PSOE.

Al mismo tiempo que los sondeos arrojaban un evolutivo desgaste electoral de los socialistas —consecuencia del distanciamiento de sus votantes—, el PP lograba que sus apoyos electorales permanecieran estables durante la primera fase de la legislatura y que fueran aumentando durante la segunda. Y esto a pesar de los casos de corrupción política vinculados al PP y a algunos de sus dirigentes más emblemáticos que estaban siendo investigados —y publicados en los medios de comunicación— desde prácticamente el inicio de la legislatura (principalmente los denominados caso *Gürtel* y caso Palma Arena de los que se hablará más detalladamente en capítulos posteriores). En este sentido, parece que el voto económico<sup>96</sup> —como ya pasó en las elecciones de 1996 y 2000 (Fraile, 2005)— tuvo mucha mayor influencia en las elecciones generales de 2011 que cualquier otro factor de decisión.

## 1. ANTECEDENTES DE LAS ELECCIONES DE 2008

En las semanas previas a las elecciones de 2008 se celebraron, por segunda vez<sup>97</sup> en la historia democrática española, dos debates electorales entre los dos principales candidatos que ya se habían enfrentado en 2004: el socialista —y presidente del Gobierno en funciones— José Luis Rodríguez Zapatero y el líder del PP, Mariano Rajoy. Ambos, como ya ocurrió con los de González y Aznar, lograron atraer la atención de la gran mayoría de los ciudadanos<sup>98</sup>. Pero probablemente el debate que tuvo mayor trascendencia

---

<sup>96</sup> Sobre los estudios acerca del voto económico y cómo puede afectar este al comportamiento electoral de los electores puede consultarse Maravall (2008).

<sup>97</sup> Los primeros debates electorales en España tuvieron lugar las semanas previas a las elecciones generales de 1993. Se celebraron dos debates televisados que enfrentaron a los candidatos de los dos principales partidos: Felipe González por el PSOE— y en ese momento presidente del Gobierno en funciones— y el principal líder de la oposición, José María Aznar, del PP. Los debates se celebraron en dos cadenas de televisión privadas (el primero en Antena 3 y el segundo en Tele 5). Todos— desde analistas políticos hasta las encuestas dieron a Aznar como claro ganador en el primero de ellos, celebrado el 25 de mayo. En el segundo, celebrado el 1 de junio, la mayoría de medios coincidieron en darle la victoria a González (algunos medios llegaron a llamarlo “el debate de la revancha” (<http://www.elperiodico.com/es/noticias/politica/asi-conto-periodico-catalunya-otros-debates-electorales-historia-espana-4740989>)). La capacidad de reacción de González en ese debate fue, para algunos, lo que permitió la victoria del PSOE en esas elecciones. Ver Notas al pie 67 y 68 de este estudio.

<sup>98</sup> Se calcula que casi 13 millones de telespectadores siguieron el primer debate celebrado el 25 de febrero y fue organizado por la Academia de las Ciencias y las Artes de Televisión. Fue moderado por el presidente de esta Academia, Manuel Campo Vidal, y se pudo ver en directo en las cadenas de televisión La 1 (pública), La Sexta y Cuatro (privadas) y se pudo seguir a través de numerosos medios digitales y radios. Todas las encuestas publicadas con posterioridad, coincidieron en dar como ganador a Zapatero (con diferencias que oscilaban entre 1.1 y 15.9 puntos). El segundo debate que se celebró el 3 de marzo fue organizado también por la Academia y moderado, en esta ocasión, por la periodista Olga Viza. Fue seguido por casi 12 millones de espectadores. Según todas las encuestas públicas después, Zapatero también se habría impuesto a Rajoy y por una diferencia mayor que en el primero: las diferencias oscilaban entre 8.8 y 21.8 puntos. Una encuesta llevada a cabo el día siguiente del primer debate por el Instituto Demoscopia para EL PAÍS arrojaba los siguientes datos: el candidato del PP resultó más creíble (50%) que su oponente (26%), y para una mayoría (50%) fue el ganador, frente al 21% que consideraba a González vencedor de

fue el que mantuvieron los responsables económicos del PSOE— Pedro Solbes, en ese momento, ministro de Economía en funciones— y Manuel Pizarro— expresidente de la compañía eléctrica Endesa y presentado como el gran fichaje del PP para hacerse cargo del ministerio de Economía del Gobierno si los populares llegaban a ganar las elecciones—. Hay que tener en cuenta en el contexto económico ya se empezaba a hablar de crisis y, por lo tanto, era importante ver hasta qué punto los partidos contaban con propuestas económicas de cara al futuro. Tras la celebración de este debate, la estimación de voto de los socialistas se incrementó<sup>99</sup> y se redujo la de los populares, lo que se entendió como un dictamen sobre el ganador del mismo por parte de la opinión pública. Finalmente, el PSOE ganó los comicios por cuatro puntos de diferencia sobre el PP: 43.9 % frente a 39.9 %<sup>100</sup> (una distancia nueve décimas inferior a la que había separado a socialistas y populares en los comicios de 2004). Las de 2008 fueron, así, unas elecciones de continuidad en las que el bipartidismo, además, salía reforzado: en 2004 PSOE y PP sumaron el 80.3% de los votos válidos y 312 diputados (el 89.1 % del total de los 350 diputados del Congreso) y en 2008 el 83.8 % de los votos y 323 diputados (el 92.3 % del total) respectivamente. Fueron, por tanto, unas elecciones caracterizadas por una creciente competitividad electoral entre los dos principales partidos —los resultados del PP correspondieron a los mejores alcanzados en elecciones anteriores por el partido el partido perdedor (Montero y Lago, 2010)— y en el que la estrecha diferencia electoral

---

ese primer debate. En la puntuación más matizada de una escala de 0 a 10, la distancia entre ambos candidatos se reducía aunque el popular se situaba igualmente por delante del socialista: González lograba de media un 5.6 y Aznar un 6.3 (los datos de esta encuesta pueden consultarse en [http://elpais.com/diario/1993/05/26/espana/738367204\\_850215.html](http://elpais.com/diario/1993/05/26/espana/738367204_850215.html)). Y lo mismo ocurrió en el segundo— celebrado solo una semana después— pero con González como virtual ganador. Según una encuesta de Demoscopia para EL PAÍS para un 48% de los españoles que habían seguido este segundo debate el ganador había sido González frente a un 18% que pensaba que había ganado Aznar, es decir, prácticamente los mismos porcentajes que en el primer debate pero intercambiados (los datos de este sondeo están disponibles en: [http://elpais.com/diario/1993/06/02/portada/738972002\\_850215.html](http://elpais.com/diario/1993/06/02/portada/738972002_850215.html)). Las encuestas reflejaban una reñida competencia electoral entre PSOE y PP en la que cualquiera de los dos podía hacerse con la victoria. Hubo varias encuestas preelectorales publicadas en diversos diarios (en este enlace pueden encontrarse algunos datos resumidos: [http://elpais.com/diario/1993/05/23/espana/738108048\\_850215.html](http://elpais.com/diario/1993/05/23/espana/738108048_850215.html)) que mostraban esa incertidumbre en cuanto el resultado. La propia encuesta del CIS daba un empate a 33.8% entre PSOE y PP en su estimación de voto del mes de mayo de ese año: [http://elpais.com/diario/1993/05/28/portada/738540002\\_850215.html](http://elpais.com/diario/1993/05/28/portada/738540002_850215.html). En este contexto, la expectación que estos dos debates levantaron entre la opinión pública fue enorme (el primer debate obtuvo una cuota de pantalla del 61.8% y el segundo del 75.3%, como puede consultarse en <http://xurl.es/gynh>). En todo caso, algunos estudios concluyeron que la mera exposición a los debates no favorecieron a un partido por encima del otro (Lledó, 2001).

<sup>99</sup> Los principales datos de un sondeo preelectoral llevado a cabo por Metroscopia puede consultarse en [http://elpais.com/diario/2008/02/24/espana/1203807606\\_850215.html](http://elpais.com/diario/2008/02/24/espana/1203807606_850215.html) y en [http://cincodias.com/cincodias/2008/02/25/economia/1203922584\\_850215.html](http://cincodias.com/cincodias/2008/02/25/economia/1203922584_850215.html)

<sup>100</sup> Los porcentajes corresponden al voto válido obtenido por cada partido sobre el Censo total, esto es, teniendo en cuenta tanto el Censo de Españoles Residentes (CER) como el de Residentes Ausentes (CERA).

existente entre el primero y el segundo suponía un estímulo a la competición y hacía presuponer que la legislatura se iba a convertir en una campaña permanente, con PSOE y PP como protagonistas a costa de la visibilidad del resto de partidos con representación parlamentaria (Santamaría y Criado, 2008).

El 11 de abril de 2008, Rodríguez Zapatero fue investido Presidente con menor apoyo parlamentario del que había tenido en 2004<sup>101</sup>: lo logró por mayoría simple al recibir el voto favorable de, únicamente, su grupo parlamentario (en la primera votación, dos días antes, no había logrado la mayoría absoluta necesaria al votar en contra los parlamentarios del PP, los de ERC y los de UPyD). De inicio, por tanto, Zapatero afrontaba su segunda legislatura en una posición de mayor debilidad parlamentaria que en la primera<sup>102</sup>.

## 2. PRIMERA FASE DE LA IX LEGISLATURA: NEGACIÓN DE LA CRISIS Y PÉRDIDA DEL VOTANTE PRAGMÁTICO DEL PSOE (ABRIL 2008-ABRIL 2010)

### A) Primeros meses: la negación de la crisis económica

Los primeros meses de la IX Legislatura estuvieron marcados por el descenso de los indicadores económicos de la economía española tal y como relataba el Banco de España. En su “Informe trimestral de la economía de España” correspondiente a los meses de julio y agosto este organismo señalaba que “los indicadores económicos referidos al segundo trimestre de 2008 apuntan a un ajuste más pronunciado, particularmente intenso en el consumo privado y en el empleo, en un marco en el que la prolongación del episodio de turbulencias financieras y la escalada del precio del crudo está aumentando la incertidumbre sobre la evolución económica, con importantes efectos sobre la confianza de los agentes”<sup>103</sup>. Y sin embargo, el Gobierno español y el Presidente Rodríguez Zapatero siguieron negando —como ya lo habían hecho en los meses previos a las elecciones de ese año— la existencia de una crisis económica que afectara a nuestro país. En sus discursos y entrevistas Zapatero utilizaba eufemismos para referirse a la crisis:

---

<sup>101</sup> En 2004 logró la investidura con mayoría absoluta en primera votación al recibir el voto favorable de, además del grupo parlamentario socialista, los diputados de Izquierda Unida (IU) Iniciativa per Catalunya (ICV) Chunta Aragonesista (CHA), Esquerra Republicana de Catalunya (ERC) y Coalición Canaria (CC).

<sup>102</sup> Una soledad intencionada según Urquiza (2014) porque “Dadas las críticas que recibió el PSOE entre 2004 y 2008 respecto a su dependencia de otras fuerzas políticas de izquierdas y nacionalistas, los socialistas optan por iniciar su segunda legislatura libres de todas ataduras”.

<sup>103</sup> Informe trimestral de la economía española del Banco de España correspondiente a los meses de julio-agosto. Puede consultarse íntegramente en: <http://www.bde.es/f/webbde/SES/Secciones/Publicaciones/InformesBoletinesRevistas/BoletinEconomico/08/JulAgo/Fich/coy.pdf>

desaceleración del crecimiento, que luego pasó a ser una desaceleración acelerada y posteriormente una desaceleración profunda<sup>104</sup>. Hubo que esperar cuatro meses después de celebrados los comicios para escuchar al Presidente mencionar por primera vez la palabra “crisis” para referirse a la situación económica española<sup>105</sup>. Y sin embargo, frente a esta negación gubernamental de la realidad económica española, se situaba la percepción de la mayoría de la opinión pública. En un sondeo llevado a cabo por Metroscopia con motivo de los 100 primeros días del Gobierno, un 75 % de los ciudadanos —el porcentaje más elevado registrado hasta ese momento en los dos decenios precedentes— definía negativamente la situación económica del país (una opinión que compartía el 63 % de los votantes del PSOE<sup>106</sup>). El pesimismo se extendía hacia el futuro más próximo y un 53 % consideraba que la economía iba a ir a peor en los meses siguientes (frente a tan solo un 11 % que pensaba que iba a mejorar). Para la práctica totalidad de los españoles (89 %), la economía de España, pura y simplemente, estaba en crisis. Así lo afirmaba, incluso, un 84 % de los votantes socialistas (y la práctica totalidad de los populares: 98 %). El estado de ánimo al respecto, en esos primeros días de verano en los que se llevó a cabo el sondeo —y que tradicionalmente siempre han sido más propicios a estados de ánimo optimistas— resultaba revelador: un 73 % de la ciudadanía creía que la crisis iba a ser importante; un 69 % pensaba, además, que iba a ser larga y a un 67 % le producía mucha preocupación. Sólo el 8 % consideraba que la crisis que castigaba a España en esos momentos era menos grave que otras anteriores; un 44 % opinaba, por el contrario, que era más grave y un 28 % que igual de grave. El transcurso del tiempo parecía haber desdibujado fuertemente, en la memoria colectiva de la sociedad española, el impacto de las varias crisis que habían sacudido su economía en los tres decenios precedentes: la de 1973-75, que desembocó en los “Pactos de la Moncloa”, la que se inició a finales de 1979 y no se resolvió hasta 1985 o la de 1992-1994.

---

<sup>104</sup> En este sentido, es interesante el artículo que escribió en un diario nacional el catedrático de Política Económica de la Universidad de Barcelona, Antón Costas: Psicología de la negación de la crisis (EL PAÍS, 24 de junio de 2008. Se puede consultar en la página Web del periódico en la dirección [http://elpais.com/diario/2008/06/24/catalunya/1214269641\\_850215.html](http://elpais.com/diario/2008/06/24/catalunya/1214269641_850215.html))

<sup>105</sup> La ocasión elegida fue en una entrevista en la cadena de televisión Antena 3 ([http://elpais.com/elpais/2008/07/08/actualidad/1215505045\\_850215.html](http://elpais.com/elpais/2008/07/08/actualidad/1215505045_850215.html)). Anteriormente el vicepresidente del Gobierno, Pedro Solbes, se había convertido en el primero miembro del Gabinete en pronunciar la palabra crisis: fue a finales de junio

<sup>106</sup> Por votantes del PSOE (y en adelante, de cualquier otro partido) se entiende a los entrevistados que en el sondeo afirmaban haber votado por los socialistas en las anteriores elecciones del mismo rango (en este caso, las elecciones generales de 2008).

La actuación del Gobierno para hacer frente a la mala situación económica no lograba el apoyo ciudadano. Dos de cada tres españoles (62 %) pensaban que el gobierno no estaba sabiendo hacer frente adecuadamente a la situación. Esa opinión era prácticamente unánime entre los votantes del PP (92 %), mientras que entre los votantes socialistas se registraba una clara división de opiniones: para un 37 % el Gobierno estaba sabiendo actuar, pero para un 40 %, no.

La opinión de los españoles se dividía sobre si la actitud del Gobierno al negar la crisis —el sondeo se realizó tan solo una semana después de que el Presidente empleara por vez primera la palabra “crisis”— respondía más a un deseo de no alarmar innecesariamente a la ciudadanía, que es lo que creía el 38 %, o si, por el contrario, implicaba sobre todo un intento de ocultar la realidad, como pensaba el 44 %. Los votantes de PSOE y PP diferían fuertemente, como cabía esperar, en este punto: entre los primeros, el 57 % pensaba que el objetivo del Gobierno era no alarmar; entre los votantes del PP, en cambio, el 74 % creía que había actuado de esa forma por afán de ocultar la realidad.

En otras palabras, una parte sustancial del electorado español interpretó, en ese momento, que el hecho de haber estado negando que la economía estaba entrando (y ya se había adentrado) en una fase de crisis, había impedido al Gobierno actuar y tomar las medidas adecuadas que hubieran, por lo menos, atenuado su gravedad: para qué se iban a tomar medidas contra una crisis que no existía<sup>107</sup>.

Transcurridos los 100 primeros días desde su formación, los españoles se mostraban críticos con la actuación, en conjunto, del Gobierno del PSOE: merecía, según el sondeo de Metroscopia, una puntuación de 4.4 puntos (en una escala evaluativa del 0 al 10). Y por primera vez desde su primera victoria electoral en marzo de 2004, el Presidente Zapatero obtenía una puntuación media por debajo del cinco entre el conjunto de españoles: 4.8 (entre sus votantes seguía manteniendo una puntuación por encima del punto medio de la escala pero inferior al registrado en encuestas anteriores: 6.7). En todo caso, electoralmente el PSOE parecía no perder apoyos y un 34.0 % (1.8 puntos más que

---

<sup>107</sup> Una de las conclusiones que se extraía de un estudio cualitativo del Centro de Investigaciones Sociológicas llevado a cabo a finales de 2008 sobre las consecuencias de la crisis en la sociedad española, era que la resistencia del Gobierno a reconocer la existencia de la crisis en sus comienzos generaba desconfianza hacia la veracidad de la información que ofrecía el Gobierno sobre la situación económica del país. La ficha técnica del estudio y las transcripciones de los grupos de discusión pueden ser consultados en: [http://www.cis.es/cis/opencm/ES/1\\_encuestas/estudios/ver.jsp?estudio=9500](http://www.cis.es/cis/opencm/ES/1_encuestas/estudios/ver.jsp?estudio=9500)



su resultado sobre Censo logrado en los comicios de ese año)<sup>108</sup> de los españoles manifestaba su intención de votar a los socialistas en el caso de que se celebrasen, en ese momento, de manera inminente, unas nuevas elecciones generales. La base electoral del principal partido de la oposición, el PP, se mantenía igualmente estable: obtenía un 28 % en intención directa de voto (frente al 29.3 % logrado en las elecciones). La capacidad de retener a sus votantes —la fidelidad de voto<sup>109</sup>— que mostraban los dos principales partidos seguía siendo muy elevada y, por tanto, muy similar a la que históricamente solían mantener: 78 % en el caso de los socialistas y 84 % en el de los populares<sup>110</sup>.

### **B) Segundo semestre de 2009: la crisis económica se agudiza**

En el contexto económico seguían produciéndose acontecimientos que hacían prever que la crisis iba a ser más grave de los que algunos pensaban o querían hacer pensar. Tras el verano, el 15 de septiembre de 2008, quiebra el banco estadounidense Lehman Brothers provocando la aceleración de la crisis financiera que se había originado un año antes en Estados Unidos como consecuencia del derrumbe de los préstamos inmobiliarios a riesgos (las denominadas *subprime*). Numerosos países, entre ellos España, entran en recesión. En diciembre, un informe de la Organización de Naciones Unidas (ONU) prevé un crecimiento mundial del 1 % en 2009. Los países desarrollados son los más afectados con una contracción de -0,5%. Como consecuencia de esta crisis, la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE) prevé para los siguientes dos años ocho millones de desempleados adicionales en los países desarrollados. La crisis económica estaba dando inicio a una crisis social.

---

<sup>108</sup> Este porcentaje corresponde a la intención directa de voto del sondeo, esto es, a lo que los españoles responden de forma directa y espontánea cuando se les pregunta por su comportamiento electoral en el hipotético caso de unas nuevas elecciones. La intención directa de voto del sondeo hay que compararla con el resultado electoral que obtuvo el partido sobre el Censo de Españoles Residentes (CER), es decir, excluyendo a los residentes ausentes que no forman parte del universo de la encuesta. El PSOE obtuvo en las elecciones de 2008 un 32.2 % de los votos CER.

<sup>109</sup> Con fidelidad de voto— lo que otros autores denominan continuidad del voto o viscosidad del voto— nos referimos al porcentaje de electores que declaran haber votado por un partido en las últimas elecciones de referencia—ya sean municipales, autonómicas, europeas o generales— y que vuelven a votar al mismo partido (si las comicios ya se han celebrado) o que en las encuestas muestran su intención de volver a hacerlo (si aún no se han celebrado) en unas elecciones del mismo nivel.

<sup>110</sup> En el texto y en los cuadros del presente Informe, y en aras de una mayor claridad expositiva, los datos ofrecidos han sido objeto de redondeo y son presentados sin decimales. Esto puede dar lugar ocasionalmente a que la suma total de porcentajes no coincida exactamente con 100, lo que carece de toda significación o relevancia teniendo en cuenta los márgenes de error de los diferentes sondeos. Tan sólo los datos referidos a intención de voto y las puntuaciones medias aparecen, por convención, con un decimal.



En el caso concreto de nuestro país, los boletines los informes económicos trimestrales del Banco de España<sup>111</sup> señalaban una desaceleración muy acusada de la economía española, niveles mínimos de la confianza del consumidor, retroceso de la inversión de bienes de equipo, contracción de la inversión en construcción, reducción de la exportaciones de bienes, evolución desfavorable del turismo y un pronunciado retroceso de afiliados a la Seguridad Social, entre otros datos negativos. Una realidad con la que coincidía la mayoría de los ciudadanos. En el Barómetro de octubre del CIS<sup>112</sup>, un 63 % de los españoles calificaba negativamente (mala o muy mala) la situación económica española en ese momento, un 65 % consideraba que la economía nacional estaba peor que un año antes, un 48 % percibía que iba a estar peor pasado un año y la mayoría pensaba que los principales problemas de España —y los que más les afectaban a ellos personalmente— eran el paro (65 %) y los relacionados con la economía (55 %). Con todo, ni el Gobierno ni el Presidente Zapatero parecían sufrir un sustancial desgaste de su imagen entre la opinión pública. Y en todo caso, el PP y su líder, Mariano Rajoy, recibían peores evaluaciones ciudadanas y menos apoyo electoral que lo socialistas. En la intención directa de voto del sondeo del CIS, el PSOE obtenía un 30.8 % (solo 1.4 puntos menos que su resultado en las elecciones) y el PP un 23.8 % (5.5 puntos menos)<sup>113</sup>.

La percepción ciudadana sobre la situación económica de España a comienzos del 2009 no mejoraba<sup>114</sup>: un 73 % pensaba en esos momentos que, en efecto, la crisis iba a acabar siendo tan dura como la mayoría de analistas (y también de los medios de comunicación) estaban diciendo. No obstante, a pesar de que la puntuación media con la que los españoles evaluaban al Gobierno de Zapatero se mantenía por debajo del punto medio de la escala (4.8), seguía siendo superior a la que otorgaban al PP como principal partido de la oposición (3.9). Y en la intención de voto para el caso de que se celebrasen en esos momentos unas elecciones generales el PSOE seguía superando al PP y por una distancia superior (7.6 puntos: 30.5 % frente a 22.9 %) a la se había producido realmente en los comicios de 2008 (2.9: 32.2 % frente a 29.3 %). Los datos parecían indicar, así, que a

---

<sup>111</sup> Pueden consultarse en

[http://www.bde.es/bde/es/secciones/informes/boletines/Boletin\\_economic/index2008.html](http://www.bde.es/bde/es/secciones/informes/boletines/Boletin_economic/index2008.html)

<sup>112</sup> [http://www.cis.es/cis/export/sites/default/-Archivos/Marginales/2760\\_2779/2775/e277500.html](http://www.cis.es/cis/export/sites/default/-Archivos/Marginales/2760_2779/2775/e277500.html)

<sup>113</sup> En todo caso, partiendo de los datos directos del sondeo el CIS estimaba que en hipotético caso de que se celebraran de manera inmediata unas elecciones el resultado sería un empate entre PSOE y PP con un idéntico 39.7 % de los votos válidos cada uno.

<sup>114</sup> Encuesta publicada en EL PAÍS el 30 de enero de 2009. ([http://elpais.com/diario/2009/01/30/espana/1233270004\\_850215.html](http://elpais.com/diario/2009/01/30/espana/1233270004_850215.html)).

pesar del alejamiento de una parte del electorado del PSOE, el PP todavía no era visualizado como la opción de recambio de los socialistas.

En la primera mitad de ese año se celebraron dos elecciones autonómicas —el 1 de marzo coincidieron las elecciones autonómicas en el País Vasco y en Galicia— y las elecciones al Parlamento Europeo. En los comicios vascos —tal y como habían estimado los sondeos<sup>115</sup>— el Partido Nacionalista Vasco (PNV) fue el partido más votado, pero el acuerdo a tres entre el Partido Socialista de Euskadi (PSE, que logró siete escaños más que en los comicios precedentes de 2005), el PP (que perdió dos diputados) y Unión Progreso y Democracia (UPyD, partido que por primera vez contaba con un representante en el Parlamento Vasco) dio la presidencia del Gobierno al socialista Patxi López. Era la primera vez que el PNV no estaba presente en un Gobierno de la Comunidad. Los resultados de las autonómicas estaban en sintonía con los que se habían producido un año antes en las elecciones generales en esa Comunidad, lo que podría ser interpretado como un respaldo a las políticas socialistas en el conjunto de España.

En el caso de las elecciones autonómicas en Galicia, el PP recuperó, por tan solo un escaño<sup>116</sup>, la mayoría absoluta que había perdido en las elecciones de 2005 (también por un solo diputado). El Partido Socialista de Galicia (PSG) logró mantener sus 25 escaños logrados cuatro años antes pero la pérdida de un diputado de su socio de Gobierno (el Bloque Nacionalista Galego) fue suficiente para pasar a la oposición. En todo caso, tampoco en el caso gallego, el partido socialista parecía acusar desgaste alguno por la situación (económica y política) nacional.

De hecho, los datos de una encuesta llevada a cabo por Metroscopia a finales de marzo<sup>117</sup> —después de las autonómicas gallegas y vascas y poco más de dos meses antes de las elecciones al Parlamento Europeo que se celebraron el 7 de junio— señalaban que los ciudadanos seguían teniendo una percepción negativa de la situación económica de España y eran, en su mayoría, pesimistas con el devenir económico para los meses venideros. Sin embargo, en las calificaciones que daban al Presidente Zapatero y a Rajoy,

---

<sup>115</sup> Encuesta preelectoral de Metroscopia para EL PAÍS publicada el 22 de febrero de 2009. ([http://elpais.com/diario/2009/02/22/espana/1235257201\\_850215.html](http://elpais.com/diario/2009/02/22/espana/1235257201_850215.html)).

<sup>116</sup> También en esta ocasión los sondeos estimaban un resultado muy estrecho, con un elevado grado de competencia electoral. ([http://elpais.com/diario/2009/02/22/espana/1235257204\\_850215.html](http://elpais.com/diario/2009/02/22/espana/1235257204_850215.html))

<sup>117</sup> Encuesta interna de Metroscopia llevada a cabo entre el 26 y el 30 de marzo con una muestra nacional de 2000 personas. El sondeo no está publicado.

aunque ninguno de los dos lograba alcanzar, en promedio, el punto medio de la escala (4.2 y 3.7, respectivamente), se percibía un matiz diferenciador interesante: si la escala evaluativa numérica (de 0 a 10) se convertía en una escala semántica en la que las puntuaciones por debajo del 5 pasaban a considerarse como una desaprobación de la gestión y las puntuaciones del 5 al 10 como una aprobación, la labor política desarrollada por el Presidente Zapatero lograba una aprobación mayoritaria de los ciudadanos (52 %) y la de Rajoy, una mayoritaria desaprobación (60 %). Una situación similar se observaba en la valoración de la gestión del PSOE al frente del Gobierno y la del PP como principal partido de la oposición: si bien en ambos casos los ciudadanos les concedían, de media, puntuaciones por debajo del 5 (y similares a las que lograban sus respectivos líderes: 4.2 y 3.6 respectivamente), uno de cada dos españoles “aprobaba” la gestión gubernamental (50%), frente al 62% que “desaprobaba” la labor opositora de los populares. En otras palabras, la extensión y profundización de la crisis parecía estar afectando negativamente más al partido de la oposición que al Gobierno. La causa de esta aparente paradoja estaba, probablemente, en los actores a los que los españoles atribuían la responsabilidad de la crisis económica española. De una lista de posibles culpables de la situación de la economía nacional solo el último Gobierno del PP que había precedido a Zapatero (y más concretamente, el Presidente, José María Aznar, y su ministro de Economía, Rodrigo Rato) quedaban básicamente exonerado: su grado de responsabilidad era evaluado, en promedio, con un 4.4 (en una escala de 0 a 10, en que el 10 equivalía a “muchísima responsabilidad” y el 0 a “poca responsabilidad”). El Gobierno socialista vigente (y en concreto el Presidente Zapatero y su Ministro de Economía, Pedro Solbes) quedaba en la línea divisoria entre exoneración e inculpación: obtenía un 5.3. El resto de los actores políticos o económicos sometidos a la consideración ciudadana eran percibidos como culpables, si bien en muy distinto grado. El principal imputado (con una evaluación media de grado de culpabilidad de 7.6) era el sector inmobiliario español, seguido muy de cerca por el gobierno de George W. Bush (7.5), los banqueros de Estados Unidos (7.3), el modelo económico seguido durante los años anteriores a la crisis (6.9), los banqueros españoles (6.8), las Bolsas internacionales (6.6) y el Banco de España (5.8). En otras palabras, los españoles responsabilizaban de la crisis económica española, en ese momento, más a los actores internacionales que a los patrios. Externalizaban las culpas lo que, en cierto modo, beneficiaba al Gobierno que, a pesar de haber perdido a una parte de sus votantes de 2008, permanecía incólume gracias al apoyo de sus electores más ideológicos (los más identificados con el partido).

No obstante, el sondeo arrojaba algunos datos indicativos de que, era probable, que se estuviera empezando a producir un realineamiento electoral de los españoles. Por un lado, mientras que la fidelidad de voto del electorado popular se mantenía vigorosa (82 %) la del electorado socialista sufría un considerable descenso y se situaba en un 63 %. Por otro lado, la intención directa de voto que arrojaba el sondeo para el caso de unas nuevas elecciones generales daba un práctico empate entre socialistas y populares: 28.8 % frente a 28.5 %. La distancia más corta en los sondeos entre los dos partidos desde que Zapatero llegó a la presidencia del Gobierno en marzo de 2004. Del sondeo —que coincidía prácticamente con el primer aniversario de la segunda victoria de Zapatero en unas elecciones generales— se extraían, además, otros datos favorables para el principal partido de la oposición: eran algo más numerosos los españoles que consideraban que, de haber ganado el PP las elecciones de 2008 en lugar de haberlo hecho el PSOE, España se encontraría, en esos momentos, mejor y no peor de lo que estaba (30 % frente a 23 %)<sup>118</sup>. Si este diagnóstico comparativo se ponía en relación con una serie de dimensiones concretas eran más numerosos, en líneas generales, los ciudadanos que se inclinaban a pensar que, si en esos momentos hubiera estado gobernando el PP en lugar del PSOE (en otras palabras, si el PP hubiera ganado las elecciones de 2008), las cosas hubieran estado yendo mejor en cuanto a la gestión de la crisis económica, la lucha antiterrorista, la política internacional, la inmigración, la seguridad ciudadana y, sobre todo, en cuanto a las relaciones con la Iglesia. Sólo en el caso de la reforma de la ley del aborto o de la lucha contra la corrupción política, eran algo más numerosos quienes pensaban, en cambio, que las cosas hubieran estado peor con un gobierno del PP. De cara al futuro inmediato, eran también más los españoles que pensaban que el PP estaba, en ese momento, mejor preparado que el PSOE para reactivar la economía española: 39 % frente a 26 %.

El realineamiento electoral percibido en los sondeos se materializó tres meses después. El 7 de junio de 2009 se celebraron elecciones al Parlamento Europeo. Este tipo de comicios, en comparación con otros, muestran cierta atipicidad que, a tenor de la experiencia, no las hace especialmente atractivas para el electorado español, o menos sugerentes, que otro tipo de elecciones (generales, autonómicas o municipales). El hecho

---

<sup>118</sup> La mayoría relativa (39%, porcentaje que aumentaba hasta un significativo 46% entre los votantes socialistas) creía que, de haber ganado el PP, las cosas estarían igual de lo que estaban, lo que, en cierto modo, era una forma de reconocer que la situación económica del país dependía más de cuestiones externas que de políticas nacionales. Si a esto añadimos la mejor imagen que empezaba a tener el PP ayuda a entender el realineamiento electoral que se estaba a producir entre el electorado español.

de que no se trate de unos comicios en los que se elige a un gobierno sino a representantes nacionales para un Parlamento supranacional unido al poco conocimiento e interés que suelen manifestar los españoles hacia las políticas y cuestiones relacionadas con la Unión Europea (según ha puesto de manifiesto siempre las encuestas) son factores que, sin duda, influyen en el incremento de la abstención. En este sentido, desde que Reif y Schmitt (1980) acuñaron el término de “elecciones de segundo orden”, son muchos los autores que comparten esta denominación para el caso de las elecciones al Parlamento Europeo. Para Reif y Schmitt, unas elecciones de segundo orden se diferencian de las de primer orden (como son, por ejemplo, los comicios generales) por un porcentaje de participación electoral de los ciudadanos más bajo, por unas mejores perspectivas electorales para los pequeños y para los nuevos partidos políticos, por un porcentaje superior de votos nulos y porque los partidos políticos que gobiernan en el Parlamento nacional suelen perder estas elecciones. Sin duda, y acogiéndonos a esta caracterización, las elecciones al Parlamento Europeo de 2009 fueron, en el caso español, unas “elecciones de segundo orden”. En primer lugar, la participación electoral en estas elecciones fue del 46 % - porcentaje calculado sobre el Censo de Españoles Residentes<sup>119</sup> es decir, 25.7 puntos porcentuales menos que la que hubo en los comicios generales de 2008. En el caso de España, el número de votantes que acude a las urnas es un elemento clave que guarda una relación directa con el resultado electoral porque la abstención tiende a no distribuirse por igual entre todos los electorados (unos se ven más afectados que otros). En las elecciones europeas de 2009 la abstención fue de un 55.1 % (votó solo el 49.1 %) la más elevada<sup>120</sup> de todas las elecciones al Parlamento Europeo celebradas hasta esa fecha en nuestro país. En segundo lugar, siguiendo la caracterización de Reif y Schmitt en lo que se refiere a la ventaja comparativa que en este tipo de comicios tienen los partidos más pequeños<sup>121</sup> o de nueva creación, está el caso de UPyD: un partido que se presentaba por primera vez a unos comicios europeos (se funda en septiembre de 2007) y que, sin embargo, logró un escaño. Fue, de hecho, el único de los cuatro partidos con implantación nacional (PSOE, PP, IU y UPyD) que logró incrementar su número de votos absolutos (en casi 150.000)

---

<sup>119</sup> Si se considera también el Censo de los residentes Ausentes (CERA), y según los datos del Ministerio del Interior, la participación electoral total fue, incluso, inferior: hasta un 44.9 %.

<sup>120</sup> Para un análisis más detallado de la participación en estas elecciones GALLEGU, A., ANDUIZA, E. y RICO, G.: “La participación electoral en las elecciones al Parlamento Europeo de 2009” en Elecciones Europeas 2009, TORCAL, M. y FONT, J., Centro de Investigaciones Sociológicas, Madrid, 2012

<sup>121</sup> RAMIRO, L. y FONT, J.: “¿La oportunidad de los pequeños? El voto a partidos pequeños en las elecciones al Parlamento Europeo” en Elecciones Europeas 2009, TORCAL, M. y FONT, J., Centro de Investigaciones Sociológicas, Madrid, 2012

con respecto a las elecciones generales de 2008<sup>122</sup>. En tercer lugar, porque las perdió el partido que había ganado las elecciones generales y, por tanto, gobernaba el país: el PP se impuso al PSOE con el 42.2 % de los voto válidos frente al 38.5 %<sup>123</sup>.

Esto es, sin duda, lo más relevante de estos comicios porque fue la primera vez desde las generales de 2004 que el PP lograba ganar al PSOE en unas elecciones de carácter nacional. Los populares lograron un 42.2 % de los votos válidos frente al 38.8 % obtenido por los socialistas<sup>124</sup>. Parece probable que tanto la crisis económica como, sobre todo, la gestión de la crisis por parte del Gobierno de Zapatero tuvieran una importante influencia en el resultado final de estas elecciones. O esto es, al menos, lo que pensaba la amplia mayoría de los ciudadanos (72 %) según un sondeo llevado a cabo los dos días posteriores a los comicios europeos<sup>125</sup>. Por otro lado, en esa misma encuesta se producía un vuelco en la opinión pública con respecto al posible ganador en el caso de que se celebrasen unos nuevos comicios generales: uno de cada dos españoles (50 %) pensaba que de llevarse a cabo unas hipotéticas inmediatas elecciones legislativas las ganaría el PP frente a uno de cada tres (32 %) que creía que el vencedor sería el PSOE. El resultado obtenido por ambos partidos en los recién celebrados comicios europeos parecía, así, haber influido de manera asimétrica en el estado de ánimo de sus respectivos electores: el optimismo era abrumador entre los votantes populares (el 77 % pensaba que le ganador sería su partido) y mucho más moderado entre los socialistas: el 53 % suponía una nueva victoria del PSOE. En todo caso, dos de cada tres españoles consideraban que ni la oposición debía plantear una moción de censura al Gobierno<sup>126</sup> (64 %) ni que éste debía adelantar las elecciones generales (63 %). En todo caso, el cambio de tendencia electoral entre el conjunto del electorado español detectado por las encuestas quedaba, en cierto modo, confirmado tras estas elecciones europeas.

---

<sup>122</sup> Con respecto a esos comicios generales, el PSOE perdía en torno a cinco millones de votos, el PP algo más de tres millones y medio e IU casi 380.000. Fuente: Ministerio del Interior. (<http://www.mir.es>).

<sup>123</sup> La única característica de la definición aportada por Reif y Schmitt de unas elecciones de segundo orden que no se cumplió en estas elecciones fue el aumento de los votos nulos: el porcentaje de este tipo de votos tanto en los comicios generales de 2008 como en los europeos de 2009 fue de 0.6 %. Fuente: Ministerio del Interior. (<http://www.mir.es>).

<sup>124</sup> Una encuesta de Metroscopia publicada en EL PAÍS el domingo previo a las elecciones ya anticipaba la victoria de los populares por la diferencia idéntica a las que se produjo sobre el Censo de Españoles Residentes. ([http://elpais.com/diario/2009/05/31/espana/1243720801\\_850215.html](http://elpais.com/diario/2009/05/31/espana/1243720801_850215.html))

<sup>125</sup> Segundo Barómetro de Clima Social de Metroscopia para EL PAÍS.

<sup>126</sup> Tras el resultado de las elecciones europeas, y al día siguiente de celebrarse estas, el secretario general de Convergencia i Unió (CiU) y portavoz de este partido en el Congreso de los Diputados, Josep Antoni Durán i Lleida, animó al PP a presentar una moción de censura contra el Gobierno de Zapatero. El PP no se lo planteó en ningún momento. ([http://elpais.com/elpais/2009/06/08/actualidad/1244449026\\_850215.html](http://elpais.com/elpais/2009/06/08/actualidad/1244449026_850215.html)).

Un cambio de tendencia en los apoyos partidistas que era confirmado por el CIS: en su Barómetro de julio de 2009, y por primera vez tras las generales de 2004 —los primeros comicios ganados por Zapatero— el PP se situaba por delante del PSOE en la estimación de resultado electoral para el caso de que unas elecciones legislativas tuvieran lugar de manera inmediata: 40.2 % frente a 39.0 %<sup>127</sup>. Un cambio de tendencia que se había iniciado en el mes de mayo, con anterioridad a las elecciones europeas, tal y como puso de manifiesto la primera oleada del Barómetro de Clima Social de Metroscopia publicada en EL PAÍS: a pesar de que la intención directa de voto seguía favoreciendo a los socialistas (29.3 % frente a 26.1 % de los populares), el voto probable estimado<sup>128</sup> por Metroscopia en el informe daba una ventaja al PP sobre el PSOE de 1.2 puntos: 40.8 % frente a 39.6 %. Los propios ciudadanos percibían que algo estaba cambiando y tanto en la segunda oleada del Barómetro de Clima Social como en la tercera de julio de 2009, eran más los españoles que pensaban que de haber nuevas elecciones en esos momentos el PP las habría ganado.

Eran momentos en los que más de la mitad de los españoles seguían calificando negativamente, sondeo tras sondeo, la situación política nacional<sup>129</sup>. Una opinión negativa de la política española que estaba imbuida, probablemente, de la mala imagen que arrastraban los dos principales líderes políticos nacionales. La mayoría de españoles (53 %, el mayor porcentaje de las tres oleadas del Barómetro que se llevaban publicadas hasta la fecha) desaprobaba la gestión de Zapatero al frente del Gobierno, al 65 % el Presidente le inspiraba poca o ninguna confianza y el 69 % consideraba que no tenía un plan claro,

---

<sup>127</sup> El CIS ofrece estimación electoral trimestralmente. Desde la oleada de julio de 2009 y hasta agosto de 2016 —último Barómetro publicado hasta la fecha actual en la que se redacta este trabajo— el PSOE no ha superado al PP en estimación de voto en ninguna oleada.

<sup>128</sup> La intención directa de voto equivale a la voz de la calle. Es lo que los españoles responden de forma directa y espontánea cuando se les pregunta por su comportamiento electoral más probable. Es un dato clave para captar el estado de opinión predominante, pero debe ser interpretado con cautela pues no siempre refleja todo lo que los electores piensan, sino sólo lo que deciden revelar al ser preguntados. Distintos factores de coacción ambiental hacen que la verbalización de las distintas opciones ideológicas (su probabilidad de ser expresadas de forma espontánea y natural) no sea siempre la misma. De ahí que convenga recurrir a la depuración de la intención directa de voto obtenida para convertirla en estimación del *voto probable*. Para ello se recurre a una serie de técnicas correctoras que tienen en cuenta, entre otros factores, el recuerdo de voto expresado por las personas entrevistadas, y así tratar de compensar sesgos, inhibiciones y ocultaciones en las respuestas. La estimación de voto probable no es ya un dato directamente conseguido de la ciudadanía, sino una interpretación de sus declaraciones realizada a partir de unos supuestos determinados (lo que se conoce como “cocina electoral”). Aunque con frecuencia, por un uso descuidado, se confunda intención directa de voto y voto probable estimado, en realidad son cosas distintas. Una intención directa de voto muy elevada puede terminar, tras ser procesada, en una estimación de voto probable más reducida, o más elevada.

<sup>129</sup> En la tercera oleada del Barómetro de Clima Social de Metroscopia un 57 % calificaba como mala o muy mala la situación política de España, la misma proporción que en las dos oleadas previas (56 % y 57 % respectivamente). ([http://elpais.com/diario/2009/07/12/espana/1247349604\\_850215.html](http://elpais.com/diario/2009/07/12/espana/1247349604_850215.html)).

sino que va improvisando sobre la marcha. Datos muy negativos pero que iban a la par con los que obtenía el principal líder de la oposición: el 64 % desaprobaba la gestión de Rajoy (como en el caso de Zapatero, era el porcentaje más elevado desde el mes de mayo de ese año), al 78 % el líder popular le inspiraba poca o ninguna confianza y el 62 % creía que no tampoco tenía un plan claro y que iba, también, improvisando sobre la marcha. Incluso una parte considerable de sus respectivos electorados se mostraba crítica con sus propios líderes. Entre los votantes socialistas, un 21 % desaprobaba la gestión de Zapatero, un 50 % creía que iba improvisando sobre la marcha y un 31 % mostraba poca o ninguna confianza en él. Entre los votantes populares, el 40 % desaprobaba la gestión de Rajoy, un 41 % creía que iba improvisando y, lo que debería ser más preocupante para el líder popular, un 54 % decía tener poca o ninguna confianza en él.

Los ciudadanos manifestaban, o así cabe interpretarse a tenor de los datos, una falta de liderazgo político del Gobierno y, sobre todo, la ausencia de una alternativa. Ante la pregunta de a quién preferirían en esos momentos como presidente del Gobierno si fuera posible elegir entre los tres últimos mandatarios que había tenido, hasta ese momento, nuestro país (Zapatero, José María Aznar y Felipe González) y el principal líder de la oposición en esos momentos (Rajoy), los tres primeros quedaban prácticamente empatados (25 %, 24 % y 23 % respectivamente) frente a solo un 9% que decía preferir a Rajoy. Pero, quizá, más sintomático era la falta de apego de los votantes populares por su líder: eran dos veces más quienes se inclinaban por Aznar que por Rajoy (57 % frente a 25 %). No obstante, tras el verano y en un contexto de creciente y generalizado descrédito de la clase política (plasmado en el hecho de que a casi ocho de cada diez españoles no les inspiraban, personalmente, confianza ni el jefe del Gobierno ni el líder de la oposición<sup>130</sup>), el Partido Popular tendía a ser percibido cada vez más como posible mal menor. El 54 % de los españoles creía en esos momentos (frente al 44 % a comienzos del verano) que este era el partido que ganaría unas hipotéticas nuevas elecciones que tuviesen lugar de manera inmediata. De hecho, la estimación de voto probable para esas hipotéticas elecciones daba, en ese momento, una ventaja a los populares cercana a los cuatro puntos, (3.6 puntos, superior en cinco décimas a la estimada tres meses antes: 41.6 % frente a 38.0 %). Tras ese dato subyacía de forma clara la llamativa tendencia a la fidelidad, pese a todo, del voto popular: el 82 % de quienes en 2008 votaron al PP volverían a hacerlo si se repitieran las elecciones. La fidelidad del electorado socialista

---

<sup>130</sup> Datos de la Cuarta Oleada del Barómetro de Clima Social de Metroscopia para EL PAÍS. (<http://elpais.com/diario/2009/10/04/espana/>).



se situaba 23 puntos por debajo (59 %), es decir un 41 % de los votantes del PSOE expresaba una propensión al desánimo y a la desafección respecto de su partido.

La crisis económica y la gestión de la misma por el gobierno que presidía Zapatero constituían, sin duda, la principal vía de agua del ejecutivo. Aumentaba entre los españoles la impresión de que el presidente del Gobierno iba improvisando sobre la marcha y que no tenía un plan claro de actuación: así lo pensaba un 81 %, frente al 69 % del precedente mes de julio, es decir, doce puntos más. Al mismo tiempo, el 76 % de la ciudadanía opinaba que las medidas que estaba tomando el gabinete frente a la crisis económica llegaban demasiado tarde. Además, un 60 % las desaprobaba. El 63 % consideraba injustificada la anunciada subida de impuestos y solo una mínima fracción (el 10 %, porcentaje que incluso entre los propios votantes socialistas no rebasaba el 20 %) creía que la misma iba a afectar, ante todo, a las rentas más altas. La idea predominante, por el contrario, era que la anunciada mayor presión fiscal recaería fundamentalmente sobre las rentas medias (así lo pensaba el 43 %) o sobre las bajas (como creía el 42 %). No resultaba, así, sorprendente la grave pérdida de imagen que experimentaban tanto el presidente del Gobierno como su, en esos momentos, ministra de Economía y Hacienda, Elena Salgado. La gestión de Zapatero era aprobada por un 32 % de los españoles y desaprobada por un 61 %, lo que suponía un saldo negativo de 29 puntos en su evaluación, dos veces y media más elevado que el registrado tres meses antes. Entonces, la diferencia entre quienes evaluaban negativa y positivamente al presidente del Gobierno arrojaba un saldo negativo de 13 puntos.

Por su parte, la evaluación ciudadana de la gestión de la ministra Salgado al frente de la economía nacional experimentaba en esos tres meses un llamativo vuelco: su labor era evaluada favorablemente por un 30 % de la ciudadanía, y negativamente por un 45 %, lo que suponía un saldo negativo de 15 puntos. En el mes de julio anterior, en cambio, quienes calificaban de forma positiva su gestión superaban en cinco puntos a quienes la evaluaban negativamente.

Por otro lado, y en consonancia con lo que había vaticinado el Fondo Monetario Internacional, los ciudadanos consideraban que a España le iba a costar más salir de la crisis económica que a los demás países. La percepción ciudadana sobre la situación económica española seguía siendo negativa y con ciertos visos de mayor pesimismo que el expresado antes de aquel verano. El porcentaje de españoles que consideraba muy mala o mala la situación económica de España, en esos momentos, seguía siendo abrumador: 81 % (frente al 74 % registrado en julio). Al mismo tiempo, permanecía prácticamente

invariable el elevado porcentaje de españoles que creía que aún faltaba tiempo para que la economía española mejorara definitivamente (85 %).

La demoscopia electoral le daba cierto respiro al PSOE durante el mes de octubre debido, sobre todo, a la situación que atravesaba en esos momentos el PP. Por un lado, los populares estaban inmersos en discusiones internas que afectaban o enfrentaban públicamente a la dirección nacional del partido con la dirección de la Comunidad de Madrid (y más concretamente, con su presidenta, Esperanza Aguirre)<sup>131</sup>. Por otro lado, los casos de corrupción política<sup>132</sup> vinculados al PP valenciano ocupaban la agenda política y mediática y confrontaban, también públicamente, a la dirección nacional del PP con, esta vez, la dirección del partido en la Comunidad Valenciana<sup>133</sup>. Estos acontecimientos provocaron que se viera interrumpida la tendencia electoral al alza del PP visualizada en los seis meses anteriores, a lo largo de los cuales los populares llegaron a tener una estimación de voto superior hasta en 3.6 puntos a la del PSOE: en la oleada de noviembre del Clima Social, el resultado que cabía estimar como más probable en esos momentos era un empate técnico entre populares y socialistas (40.3 % frente a 39.9 %). Según el sondeo, los hechos relatados contribuían a poner seriamente en cuestión el liderazgo de Rajoy: un 63 % (que incluía a un 48 % de los votantes populares) pensaba que no era el líder nacional del PP quien realmente mandaba en su partido. A su vez, el PP transmitía la sensación de ser un partido desunido a un 71 % de la ciudadanía (y a un 56 % de los propios votantes populares). No obstante, que en estas circunstancias el resultado estimado para unas inminentes elecciones fuera un empate entre PP y PSOE no hacía sino resaltar la grave pérdida de atractivo electoral de los socialistas, así como su incapacidad para consolidar posiciones cuando las de su principal rival parecían resquebrajarse. Y es que, en efecto, el gobierno presidido por Zapatero seguía en horas bajas, lo que le impedía capitalizar de forma clara el mal momento que atravesaba el principal partido de la oposición. Tres de cada cuatro españoles (76 %) continuaban

---

<sup>131</sup> En esos días era pública la existencia de una pugna entre ambas direcciones por la elección del presidente de Caja Madrid: Esperanza Aguirre proponía como candidato a Ignacio González (su mano derecha en la Comunidad de Madrid) y Mariano Rajoy a Rodrigo Rato (exministro de Economía con el Gobierno de Aznar y expresidente del Fondo Monetario Internacional). Al respecto puede consultarse, entre otros, el artículo de Carlos E. Cué publicado en EL PAÍS “La lucha por el PP se libra en Caja Madrid”. ([http://elpais.com/diario/2009/10/25/espana/1256421603\\_850215.html](http://elpais.com/diario/2009/10/25/espana/1256421603_850215.html))

<sup>132</sup> En un apartado posterior se abordará, de manera específica, el tema de la corrupción política en España en el período que abarca el presente trabajo.

<sup>133</sup> Sobre este tema se puede consultar, entre otros, el artículo de Ferrándis y Cué publicado en EL PAÍS el 30 de octubre de 2009: De posible consejero a militante suspendido. ([http://elpais.com/diario/2009/10/30/espana/1256857202\\_850215.html](http://elpais.com/diario/2009/10/30/espana/1256857202_850215.html)).

pensando —como en los meses precedentes— que Zapatero gobernaba a base de improvisaciones, un 68 % no lograba confiar personalmente en él y una mayoría absoluta (56 %) desaprobaba su gestión. La persistente percepción negativa de la ciudadana sobre la situación económica no ayudaba a mejorar la imagen del gobierno, cuyos principales Ministros, además, seguían sin lograr una mayoritaria aprobación de los españoles. En el caso de Rajoy, estas cifras resultan igualmente negativas: un 71 % desaprueba su gestión, un 68 % cree que no tiene un plan claro y que improvisa y no inspira confianza al 83% de los españoles. Una imagen negativa que transcendía a su propio electorado —un 53% desaprobaba su gestión, un 55 % creía que improvisaba y un 66 % no confiaba en él— por lo que el empate estimado para unas hipotéticas inmediatas elecciones podía ser interpretado más como reflejo de un similar grado de desafección y rechazo por parte del conjunto de la ciudadanía que como resultado de un grado equivalente de apoyo.

El Clima Social del mes de diciembre, el último del año 2009, ponía de relieve una cuestión: la crisis económica parecía estar pesando más en los alineamientos electorales de los españoles que la corrupción<sup>134</sup>. En otras palabras, la crisis económica (y su gestión por parte del Gobierno) pasaba más factura electoral al PSOE de lo que los casos de corrupción política vinculados al PP lo hacía a los populares.

### **C) Primer cuatrimestre de 2010: el final de la primera fase**

En enero de 2010, cuando, en principio, quedaban más de dos años para acabar la legislatura, una amplia mayoría de españoles (66 %) pensaba que el presidente Zapatero no debería volver a ser el candidato socialista en las siguientes elecciones generales. Incluso entre el propio electorado socialista la opinión se encontraba dividida siendo algunos más (49 %) los que consideraban que el PSOE debería buscar un recambio frente a quienes creían que Zapatero debería volver a optar a la presidencia por tercera vez consecutiva (45 %). El PSOE se mantenía por delante del PP en intención directa de voto según arrojaba el Barómetro del Clima Social de enero de 2010 de Metroscopia. No obstante, en la estimación electoral para el caso de unas hipotéticas elecciones generales, los populares seguían por encima de los socialistas por una distancia de 3.5 puntos: 41.7 % frente a 38.2 %<sup>135</sup>.

---

<sup>134</sup> Sobre la corrupción en España en este período de tiempo es recomendable la lectura del artículo VILLORIA, M. y JIMÉNEZ, F.: “La corrupción en España (2004-2010): datos, percepción y efectos” en Revista Española de Investigación Social, núm.138, 2012, págs. 109-134

<sup>135</sup> En el Barómetro de enero de 2010 del CIS, el PP también se situaba por delante del PSOE en intención directa (25.3 % frente a 24.6 %) pero en la estimación de voto seguía situando a los socialistas por delante: 40.0 % frente a 36.2 %.

El nuevo año comenzaba, en todo caso, sin cambios sustanciales en las opiniones y actitudes de los españoles ante las cuestiones políticas y económicas con respecto a las registradas en el último mes. Por un lado, se mantenían las amplias opiniones negativas en torno a la situación económica de España y al fin de la crisis nacional<sup>136</sup> y mundial. Por otro lado, tanto Zapatero como Rajoy seguían sin lograr mejorar su imagen entre los ciudadanos. Como en la oleada precedente, la mayoría de los españoles desaprobaba la gestión de Zapatero como presidente del Gobierno (52 %), consideraba que iba improvisando sobre la marcha (73 %) e inspiraba poca o ninguna confianza (68%). A Rajoy, por su parte, le desaprobaba el 68 %, el 63 % creía que improvisaba y el 81% tenía poca o ninguna confianza en él. Con todo, el sector crítico con su líder seguía siendo más amplio entre los populares que entre los socialistas: el 43 % de los votantes del PP desaprobaba la gestión de Rajoy y el 51% decía tener poca o ninguna confianza en él; a Zapatero lo desaprobaba el 28 % de sus votantes y el 39 % confiaba poco o nada en él. A pesar de lo cual, la fidelidad del electorado popular seguía siendo muy superior a la del socialista: el 74 % frente al 58 %.

A finales del mes de enero, el viernes 29, tras la reunión del Consejo de Ministros, la vicepresidenta económica anuncia nuevos planes que el Gobierno piensa aprobar e implementar en su lucha contra la crisis. Por un lado, el Plan de Acción Inmediata 2010 que pretende reducir en medio punto del PIB a lo largo de ese año el gasto presupuestado inicialmente. Además, se reduce la Oferta de Empleo Público durante ese año. Por otro lado, el Plan de Austeridad 2011-2013, entre cuyas medidas más controvertidas estaban el retraso en la edad de jubilación (o como literalmente se expresaba en el Plan: “incentivar la prolongación de la vida laboral y frenar el recurso a la jubilación anticipada”) y la ampliación del cómputo de las pensiones (literalmente: “Establecer procedimientos de cálculo de la pensión de jubilación (bases, períodos ...) que garanticen mejor la correspondencia entre cotización y prestación, evitando perjuicios a los trabajadores despedidos al final de su vida laboral”). Estas dos últimas medidas eran rechazadas por la abrumadora mayoría de los españoles según reflejaba el Barómetro de febrero de 2010 del Clima social. Un 84 % estaba poco o nada de acuerdo con alargar la vida laboral hasta los 67 años (el 66 % se sitúa en la opción más extrema, esto es, nada

---

<sup>136</sup> Parece significativo que en esta oleada de enero de 2010 el balance negativo en la evaluación ciudadana a la gestión de la Vicepresidenta Segunda y ministra de Economía y Hacienda, Elena Salgado, se incrementara siete puntos con respecto al del mes anterior: de un menos 6 en diciembre pasó a un menos 13 en enero (el 27 % aprobaba su gestión frente al 42 % que la desaprobaba).

de acuerdo)<sup>137</sup>. Y un 76 % no estaba de acuerdo con aumentar de 15 a 25 los años de cotización para calcular la pensión (la mayoría, de nuevo, se posicionaba en el nada de acuerdo: 53 %)<sup>138</sup>. Opiniones que estaban, también, mayoritariamente extendidas entre los propios votantes socialistas: un 80 % no estaba de acuerdo con alargar la vida laboral y un 72 % con aumentar los años de cotización.

El resultado más inmediato de las medidas fue una caída de los apoyos electorales del PSOE detectado en ese mismo Barómetro: como ya se había observado en la oleada del mes de octubre de 2009, el PP adelantaba a los socialistas en la intención directa de voto de los españoles, y lo hacía, ahora, por cuatro puntos (30.0 % frente a 26.0 %) la mayor distancia registrada a favor de los populares desde que en 2004 Zapatero ganara por primera vez unas elecciones generales. Desde ese momento y hasta las elecciones del 20 de noviembre de 2011, el PP se mantendría por delante del PSOE en este indicador electoral. Se constataba, así, la falta de atractivo del proyecto socialista. Seguía manteniendo movilizados a la mayor parte de sus votantes —contaba con una fidelidad de voto del 60 %, un grupo en el que destacaba el electorado con un perfil más ideológico— pero no era capaz ni de recuperar a los votantes que había ido perdiendo durante la legislatura en curso —los identificados como los electores más pragmáticos— ni de atraer a electores de otras opciones políticas. En esa oleada, y por primera vez en la serie histórica del Clima Social, los votantes socialistas que decían confiar poco o nada en Zapatero superaban a quienes confiaban mucho o bastante (54 % frente a 45 %).

En la estimación de voto para el caso de unas hipotéticas inmediatas elecciones generales se ampliaba, también, la distancia favorable al PP hasta situarse a casi seis puntos del PSOE: 43.4 % frente a 37.5 %. La mayor diferencia lograda por los populares en toda la legislatura a pesar de que la imagen ciudadana de Rajoy seguía sin mejorar (aunque tampoco empeoraba). En efecto, el PP capitalizaba electoralmente la delicada situación que atravesaba el Gobierno a pesar de que su líder, Rajoy, seguía sin convencer ni a los ciudadanos en general ni al conjunto de su electorado en particular: a un 82 % de los españoles le inspiraba poca o ninguna confianza (lo mismo que al 60 % de sus votantes), un 71 % desaprobaba su gestión como líder de la oposición (al igual que el 43 % de sus

---

<sup>137</sup> En todo caso, si esa medida fuera finalmente aprobada, el 94% de los españoles consideraba que debería ser una opción voluntaria.

<sup>138</sup> El Barómetro de febrero se publicó en EL PAÍS el 7 de febrero de 2010. ([http://www.elpais.com/diario/2010/02/07/espana/1265497203\\_850215.html](http://www.elpais.com/diario/2010/02/07/espana/1265497203_850215.html)).

votantes) y un 64 % creía que improvisaba sobre la marcha (como pensaba también el 40 % de su electorado). En todo caso, el 62 % de los españoles (diez puntos más que el dato de la oleada de enero de ese año) creía que el PP ganaría si se celebrasen de manera inmediata unas elecciones generales frente al 23 % que opinaba que lo haría el PSOE. Hasta entre el electorado socialista eran mayoría quienes veían a los populares con mayores posibilidades de victoria: el 55 %. El clima de opinión estaba cambiando. Con un Presidente y un Gobierno mal evaluados por los ciudadanos y una oposición con una imagen incluso peor, no debería extrañar que siete de cada diez españoles (70 %, diez puntos más que un mes antes) consideraran mala o muy mala la situación política de España en esos momentos.

Los tres últimos meses de esta primera fase de la legislatura estuvieron marcados por dos de las cuestiones que mejor explican los realineamientos electorales que se han producido en el período de tiempo que abarca este estudio: la economía (y la necesidad de un pacto político para hacerle frente) y la corrupción. Durante los primeros días del mes de marzo de 2010 el Gobierno intentó lograr a un acuerdo con los partidos de la oposición para consensuar una batería de propuestas anticrisis elaborada por los socialistas. Entre ellas estaban la congelación del salario de los funcionarios, el abaratamiento de los despidos laborales, el aumento del Impuesto del Valor Añadido (IVA) y la expulsión de un número determinado de inmigrantes. Solo la primera de estas medidas —la que afectaba al sueldo de los funcionarios— contaba con el mayoritario apoyo de los españoles (61 %) <sup>139</sup>. El resto concitaba el rechazo abrumador del conjunto de la ciudadanía y de los propios votantes socialistas: no pensaban que fuera a contribuir a superar la crisis económica ni el aumento del IVA (83 %), ni abaratar los despidos (80 %), ni expulsar a inmigrantes (55 %). La mayoría de los ciudadanos seguía pensando que, en general, las iniciativas y propuestas económicas planteadas por el Gobierno del PSOE llegaban tarde (80 %), que no resultaban creíbles (62 %) y que, además, eran inadecuadas (53 %). Con todo y a pesar de las críticas, uno de cada dos españoles (51 %) creía que esas propuestas merecían el apoyo de los demás partidos. Y, en este sentido, dos de cada tres españoles (64 %) percibían como bastante o totalmente inadecuada la actitud que el Partido Popular estaba teniendo ante estas propuestas gubernamentales de cara a afrontar la crisis económica (el 28 % de los votantes populares coincidían con esta opinión crítica hacia su partido).

---

<sup>139</sup> Datos del Barómetro de Clima Social de marzo de 2010 de Metroscopia para EL PAÍS.

Por otro lado, la mayoría de los españoles (63 %) manifestaba la necesidad de alcanzar un pacto de Estado económico para salir de la crisis. De nuevo se anteponía el diálogo a la confrontación, y las opiniones maximalistas y, por tanto, menos conciliadoras recibían apoyos minoritarios: solo el 20 % creía que los partidos políticos deberían firmar el pacto únicamente si estaban totalmente de acuerdo con las medidas propuestas por el Gobierno y para un reducido 12 % los partidos políticos debían demostrar su sentido de Estado apoyando las medidas propuestas por el Gobierno aunque no estuvieran de acuerdo con ellas.

En definitiva, la mayoría de españoles veía en la unidad de todos, Gobierno y partidos políticos, la salida a la crisis económica. El diálogo y no la confrontación debía ser la actitud que presidiera las relaciones entre ambos sin imposición por ninguna de las partes. Aunque las propuestas del Gobierno recibían una crítica generalizada, la mayoría de ciudadanos creía que merecían el apoyo de los demás partidos. Y, también, la mayoría de los españoles opinaba que se debía alcanzar un pacto de Estado mediante la aceptación por parte del Gobierno de las alternativas ofrecidas por el resto de partidos políticos con representación en el Parlamento. Durante este mes —en comparación con el precedente— apenas varió la estimación de voto para el PP y el PSOE: los populares seguían aventajando a los socialistas por una diferencia en torno a los seis puntos.

A comienzos del mes de abril, la agenda política y mediática estuvo marcada por la corrupción política vinculada al PP: el 6 de abril el Tribunal Superior de Justicia de Madrid procedía al levantamiento de parte del sumario sobre la trama *Gürtel*. A pesar de que algunos dirigentes del PP expresaban públicamente que este caso (junto a otros que se estaban investigando) era un montaje cuyo fin era desprestigiar al partido<sup>140</sup>, la amplia mayoría de los españoles no solo consideraba que constituían acusaciones graves y creíbles (67 %), sino que, además, el propio Rajoy estaba al tanto de, al menos, algunas de las actividades de la trama *Gürtel* que figuran en el sumario hecho público (58 %). Incluso un 40 % de los votantes del PP pensaba que su líder conocía por lo menos una

---

<sup>140</sup> Entre ellos, el que fuera secretario general del PP, Francisco Álvarez Cascos. (<http://www.elmundo.es/elmundo/2010/04/09/espana/1270798754.html>). Las acusaciones de montajes y complots en contra del PP que manifestaban algunos líderes de este partido se estaba convirtiendo en algo habitual cada vez que los medios de comunicación informaban sobre casos de corrupción que implicaban a cargos políticos populares. El propio Mariano Rajoy acusaba a mediados del 2009 a policías y fiscales de “perseguir” al PP (<http://www.diariodecadiz.es/article/espana/501014/rajoy/insiste/la/persecucion/pp/pero/no/menciona/las/escuchas.html>).

parte de estas actividades<sup>141</sup>. En todo caso, la amplia mayoría de españoles (63 %) creía que Rajoy no estaba actuando correctamente en relación con las acusaciones de corrupción de algunos dirigentes de su partido, opinión que compartía incluso el 43 % de su propio electorado. No es de extrañar, así, que el 70 % de los ciudadanos (y un 69 % de su propio electorado) considerara que todo este asunto de la *trama Gürtel* estaba afectando negativamente a las probabilidades electorales de Rajoy de cara a las siguientes elecciones generales. De hecho, la estimación de voto de la oleada del mes de abril del Barómetro de Clima Social de Metroscopia arrojaba una reducción de la distancia entre PP y PSOE con respecto al mes precedente: de 6.1 puntos de diferencia favorable a los populares estimada en el mes de abril se pasaba a una distancia de cuatro puntos (41.8 % frente a 37.8 %)<sup>142</sup>.

La imagen ciudadana de Rajoy no mejoraba (seguía siendo, de hecho, muy mala) pero tampoco empeoraba sustancialmente con respecto a la del mes anterior: el 72 % desaprobaba su gestión como líder de la oposición, el 82 % tenía poca o ninguna confianza en él y para un 63 % no tenía un plan claro sino que iba improvisando sobre la marcha. El líder del PP contaba, además, con un importante sector crítico entre su electorado muy superior al que encontraba Zapatero entre los suyos: el 46 % de los votantes populares desaprobaba la gestión de Rajoy (frente al 31 % de socialistas que desaprobaba la de Zapatero) y el 58 % de los populares tenía poca o ninguna confianza en su líder (frente al 44 % de los socialistas en el suyo). Pero el PP seguía contando con una elevada fidelidad de sus votantes: un 79 % se mostraba dispuesto a volver a votar al PP, 21 puntos más que el porcentaje de socialistas que decían que votarían nuevamente al PSOE si en ese momento se celebrasen unas elecciones generales.

El protagonismo mediático de la corrupción daba, así, cierto respiro al Gobierno del PSOE: lograba reducir la distancia que le separaba del PP en las estimaciones de voto y el presidente del Gobierno reducía algo su mala imagen pública. Los datos de esta oleada ponían de manifiesto cierto desasosiego presente entre los votantes populares debido a todos los acontecimientos relacionados con la *trama Gürtel* pero que no llegaba a

---

<sup>141</sup> Un 57 % de los españoles creía, incluso, que el anterior presidente del PP, José María Aznar, también estaba al tanto de, al menos, algunas de estas actividades ilegales de la trama. Hay que tener en cuenta que, según el sumario, la trama *Gürtel* se originó más de diez años atrás, cuando Aznar presidía el partido.

<sup>142</sup> El Barómetro del CIS correspondiente al mes de abril de 2010 también estimaba un resultado más ajustado que el de la oleada electoral precedente: la distancia del PP sobre el PSOE de 3.8 puntos favorable a los primeros en la oleada del mes de enero de 2010 se reducía a 1.5 puntos en la oleada de abril de ese año (el CIS ofrece datos sobre intención y estimación de voto solo con carácter trimestral).



convertirse en desafecto hacia el partido. Los datos parecían indicar que si durante el tiempo que quedaba para la celebración de las elecciones, los casos de corrupción relacionados con el PP seguían ocupando gran parte de la agenda política y la situación económica —y, sobre todo, la percepción ciudadana sobre la misma— lograba mejorar, el PSOE podía albergar esperanzas de cambiar las tendencias electorales y superar la distancia que les separaba del PP según reflejaban las encuestas.

Pero el 23 de abril se produjo un nuevo hito en la crisis económica mundial que afectaría decisivamente a la economía española y, por ende, a las expectativas electorales socialistas. Ese día, el primer ministro griego, Yorgos Papandreu, anunció que había pedido a sus socios europeos y al Fondo Monetario Internacional (FMI) un rescate económico para hacer frente a la difícil situación del país, incapaz de afrontar sus obligaciones financieras. Era el primer país de la eurozona en hacerlo. Tres días después, la agencia de calificación Standard & Poor's (S&P) rebajaba la calidad de la deuda griega hasta el nivel de *bono basura* (por debajo del grado de inversión y posibilidad alta de impago) lo que, *de facto*, dejaba a Grecia sin acceso a los mercados para poder financiarse.

El 29 de abril se llevó a cabo la oleada de mayo del Clima Social de Metroscopia. Si la oleada de abril estuvo marcada por el levantamiento de parte del sumario sobre la trama *Gürtel* por el Tribunal Superior de Justicia de Madrid, la de mayo reflejaba el convulso panorama económico europeo concretado en la crisis griega y, en el caso de España, en la rebaja de la calificación de la deuda a largo plazo por parte de la agencia *Standard & Poor's* y en el aumento de la tasa de paro. Con respecto a la crisis económica griega, la mayoría de los españoles se mostraba crítico tanto con la reacción de las autoridades de la Unión Europea para evitar que la situación de Grecia se extendiera por otros países (el 50 % consideraba que no estaba reaccionando adecuadamente) como, sobre todo, con la actuación del Gobierno español para evitar que una situación similar llegara a producirse en nuestro país (el 66 % creía que el Gobierno no estaba tomando las medidas oportunas para que eso no ocurriera). De hecho, el 62 % de los ciudadanos creía que era muy o bastante probable que la crisis económica griega acabara afectando finalmente a España. Y un 71 % consideraba que la rebaja de la calificación de la deuda pública española por una de las principales agencias internacionales de calificación crediticia constituía un aviso de que si no se tomaban medidas urgentes España podría acabar en una situación parecida a la que en esos momentos atravesaba Grecia.

Más allá del caso concreto de Grecia y cuando habían transcurrido más de dos años desde el inicio de la crisis económica mundial, la amplia mayoría de los españoles opinaba que ni las autoridades de la Unión Europea (62 %) ni el gobierno español (81 %, el 64 % entre los votantes del PSOE) habían sabido adoptar medidas adecuadas para hacerle frente en esos años. Y, en todo caso, la opinión ampliamente compartida por los ciudadanos (84 %) era que quienes con sus errores y comportamientos fraudulentos dieron lugar a la crisis económica estaban quedando impunes.

Por otro lado, en el caso concreto de España, el sondeo se llevó a cabo inmediatamente después de suceder dos hechos importantes ligados a la economía española. En primer lugar, la credibilidad de las finanzas españolas bajó un escalón en la calificación de S&P pasando de AA+ a AA (el tercer puesto en el podio crediticio, dentro de lo que se considera un grado de calidad alto). En segundo lugar, se hizo público el dato de la tasa de paro que superaba, por primera vez desde 1997, el 20 %. El estado de ánimo de los españoles parecía estar afectado por estas malas noticias económicas: el 87 % de los ciudadanos calificaba negativamente la situación económica española, el 80 % creía que aún faltaba tiempo para que la economía mundial empezara a mejorar y el 87 % consideraba que todavía estaba lejos el final de la crisis económica española. Los tres porcentajes eran de los más elevados que se habían registrado a lo largo del último año, desde que en mayo de 2009 se iniciara el Barómetro de Clima Social de Metroscopia para EL PAÍS. Este desasosiego se veía reforzado con la mala imagen que los españoles tenían de sus líderes políticos, a quienes veían incapaces de hacer frente a los problemas del país. Ni Gobierno ni oposición lograban serenar a los ciudadanos, más bien al contrario: el 66 % (el 44 % entre sus votantes) desaprobaba la gestión de Zapatero como presidente del Gobierno, el 83 % (el 71 % entre su electorado) creía que iba improvisando sobre la marcha e inspiraba poca o ninguna confianza al 76 % de sus conciudadanos (y nada menos que al 54 % de sus votantes). Los datos de Mariano Rajoy —como en los meses precedentes— volvían a ser peores: el 77 % (el 46 % de los votantes del PP) desaprobaba su gestión como líder de la oposición, el 68 % (el 39 % entre sus votantes) consideraba que improvisaba y al 82 % de los ciudadanos (al 49 % de su electorado) le inspiraba poca o ninguna confianza. Eran, en ese momento, los peores resultados obtenidos tanto por Zapatero como por Rajoy a lo largo del último año. De hecho, tres de cada cuatro españoles (75 %, el mayor porcentaje hasta ese momento) calificaban negativamente la situación política española.

Un Gobierno que no convencía y una oposición que no era percibida como alternativa explicaban que la intención de voto de los españoles permaneciera prácticamente invariable con respecto a la oleada precedente. El PP seguía aventajando al PSOE en la estimación de resultado electoral en el caso de la celebración de unas elecciones generales por una diferencia de 4.2 puntos (sólo dos décimas más que en la oleada de abril): 41.7 % frente a 37.5 %. Y es que la fidelidad de los votantes populares seguía siendo mucho más elevada que la de los socialistas: 81 % frente a 59 %. En todo caso, la percepción de que, de celebrarse elecciones, el PP sería el ganador aumentaba mes a mes y se situaba ya en un 62 % frente a sólo un 21% que veía con mayores posibilidades de victoria al PSOE. Incluso uno de cada dos (52%) votantes socialistas veía ganador antes al PP que a los suyos. A pesar de la mala imagen de sus principales dirigentes, el PP era visualizado, cada vez más, como recambio.

La pérdida de una parte de sus votantes más pragmáticos que ideológicos que sufrió el PSOE a lo largo de esta primera fase de la legislatura quedó reflejada, también, en los datos de los Barómetros del CIS. Entre la oleada de abril de 2008 —la llevada a cabo el mes inmediatamente posterior al segundo triunfo electoral de Zapatero— y la de abril de 2010 —la realizada un mes antes de que el Presidente y su Gobierno anunciaran y aprobaran el plan de medidas anticrisis—, el PSOE perdió 12.4 puntos en intención directa de voto (del 36.9 % pasó al 24.5 %). Como puede observarse en el Cuadro 2, las mayores pérdidas las sufrió:

- Entre los electores más jóvenes: perdió 20.3 puntos entre los menores de 24 años.
- Entre los que se ubicaban en los puntos más extremos de la escala ideológica: perdió 16.5 puntos entre quienes se situaban en los puntos 1 y 2<sup>143</sup>, esto es, en posiciones más izquierdistas y que, muy probablemente, eran anteriores votantes de IU que en 2008 habían decidido ejercer el voto útil y apoyar a los socialistas para evitar un triunfo del PP. Entre quienes se situaban dentro de la escala en posiciones más a la derecha el PSOE apenas contaba con apoyos, pero los poco que tenían se redujeron a más de la mitad: del 4.1 % de intención directa de voto

---

<sup>143</sup> La escala de autopoicionamiento ideológico del CIS es de 10 puntos que van desde el 1 —que corresponde a una posición de extrema izquierda— hasta el 10 —que corresponde a una posición de extrema derecha—. En este sentido, la escala no tiene un punto medio donde puedan situarse los entrevistados.

entre los electores autoubicados en los puntos 7 y 8 pasó al 1.3 %; y de un 6.9 % entre quienes se situaban en los puntos 9 y 10, pasó a un 2 %.

- Entre los electores de clase alta y media-alta<sup>144</sup>: perdió 14 puntos.

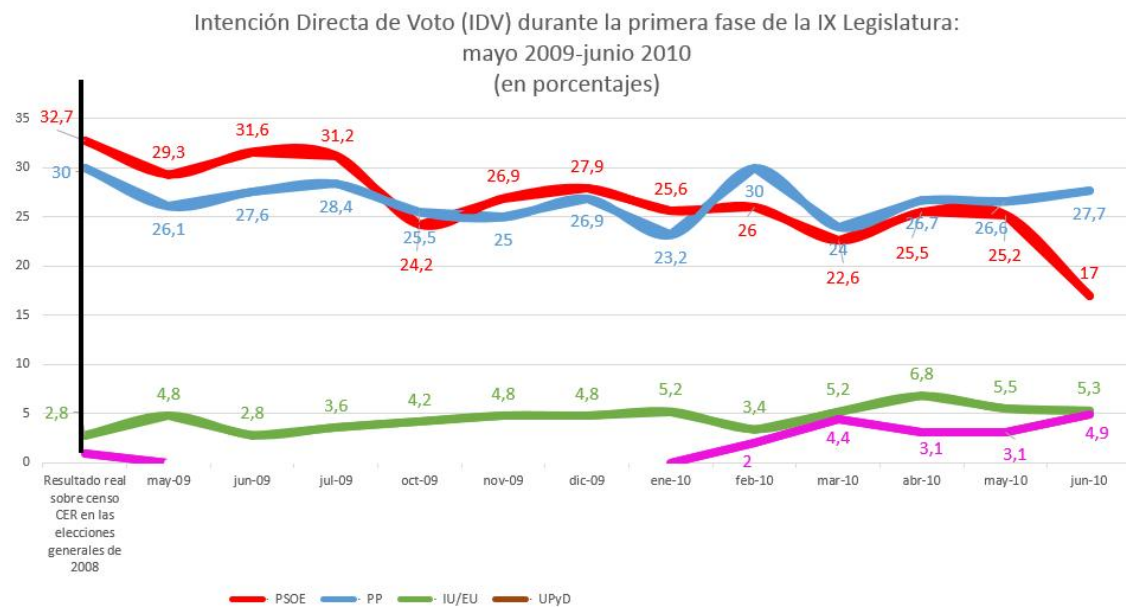
<b>CUADRO 2</b> Intención Directa de Voto al PSOE cruzada por las variables edad, sexo, autopo- sicionamiento en la escala ideológica y clase social (En porcentajes)			
VARIABLES	BARÓMETROS DEL CIS		
	Abril de 2008 (a)	Abril de 2010 (b)	Diferencia* entre (b) y (a)
<b>EDAD</b>			
18-24 años	39.5	19.2	<b>-20.3</b>
25-34 años	37.5	20.8	-16.7
35-44 años	33.6	23.3	-10.3
45-54 años	36.9	24.9	-12.0
55-64 años	42.2	25.3	-16.9
65 y más años	35.1	31.3	-3.8
<b>SEXO</b>			
Hombre	34.5	23.5	-11.0
Mujer	39.2	25.5	<b>-13.7</b>
<b>AUTOPOSICIONAMIENTO EN LA ESCALA IDEOLÓGICA</b>			
1-2	50.3	33.8	-16.5
3-4	69.5	54.9	-14.6
5-6	22.9	11.4	-11.5
7-8	4.1	1.3	-2.8
9-10	6.9	2.0	-4.9
<b>FIDELIDAD DE VOTO</b>	85.5	61.2	<b>-24.3</b>
<b>CLASE SOCIAL</b>			
ALTA MEDIA-ALTA	34.9	20.9	<b>-14.0</b>
NUEVAS CLASES MEDIAS	34.5	22.0	-12.5
VIEJAS CLASES MEDIAS	33.2	20.5	-12.7
OBREROS CUALIFICADOS	41.2	28.4	-12.8
OBREROS NO CUALIFICADOS	39.4	29.7	-9.7
<b>IDV TOTAL</b>	<b>26.9</b>	<b>24.5</b>	<b>-2.4</b>

\* La diferencia se expresa en puntos porcentuales.

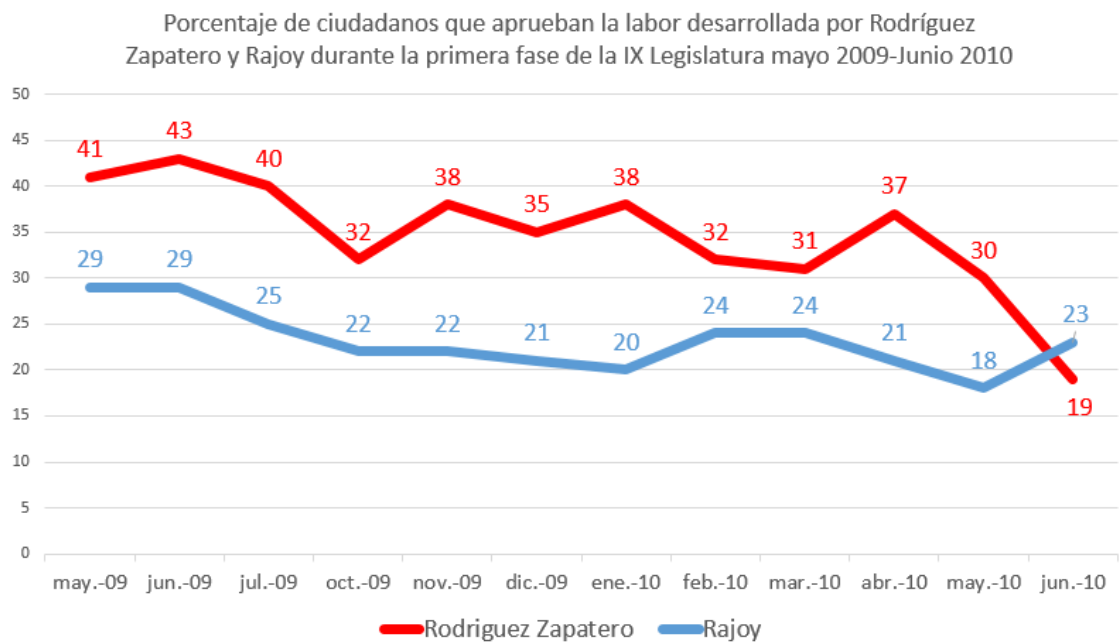
Fuente: Barómetros del CIS

<sup>144</sup> El CIS diferencia entre clase alta media-alta, nuevas clases medias, viejas clases medias, obreros cualificados y obreros no cualificados.

## GRÁFICO 6

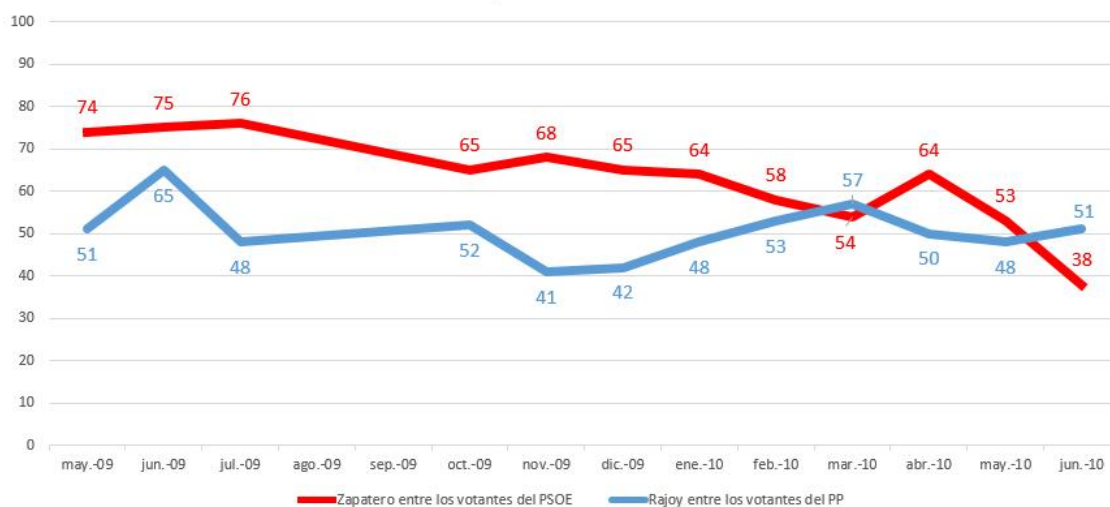


## GRÁFICO 7



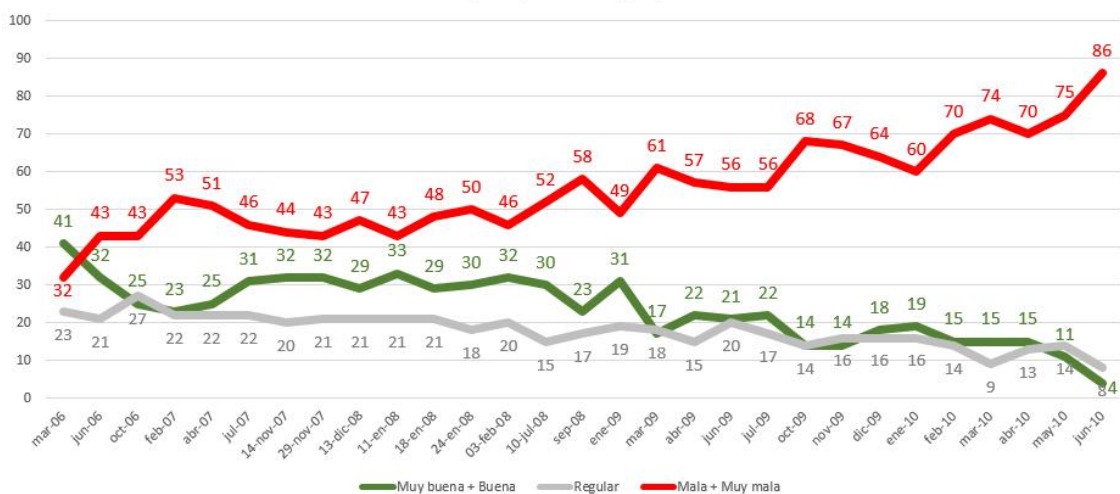
## GRÁFICO 8

Porcentaje de votantes del PSOE que aprueban la labor desarrollada por Rodríguez Zapatero y del PP que aprueban la de Rajoy durante la primera fase de la IX Legislatura mayo 2009-Junio 2010



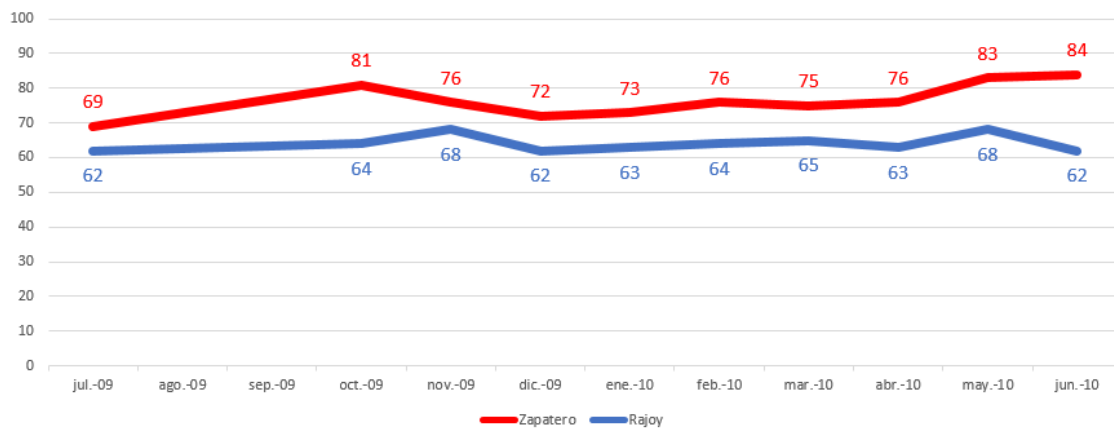
## GRÁFICO 9

Evaluación ciudadana de la situación política:  
marzo 2006-junio de 2010  
(en porcentajes)



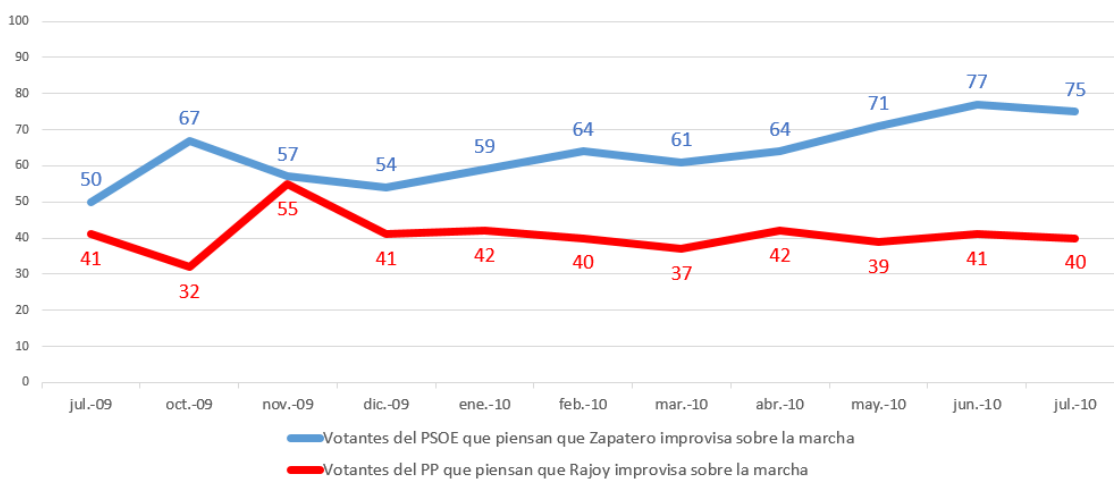
## GRÁFICO 10

Porcentaje de españoles que piensan que va improvisando sobre la marcha (que no tiene un plan claro y sabe a dónde va y lo que quiere)....

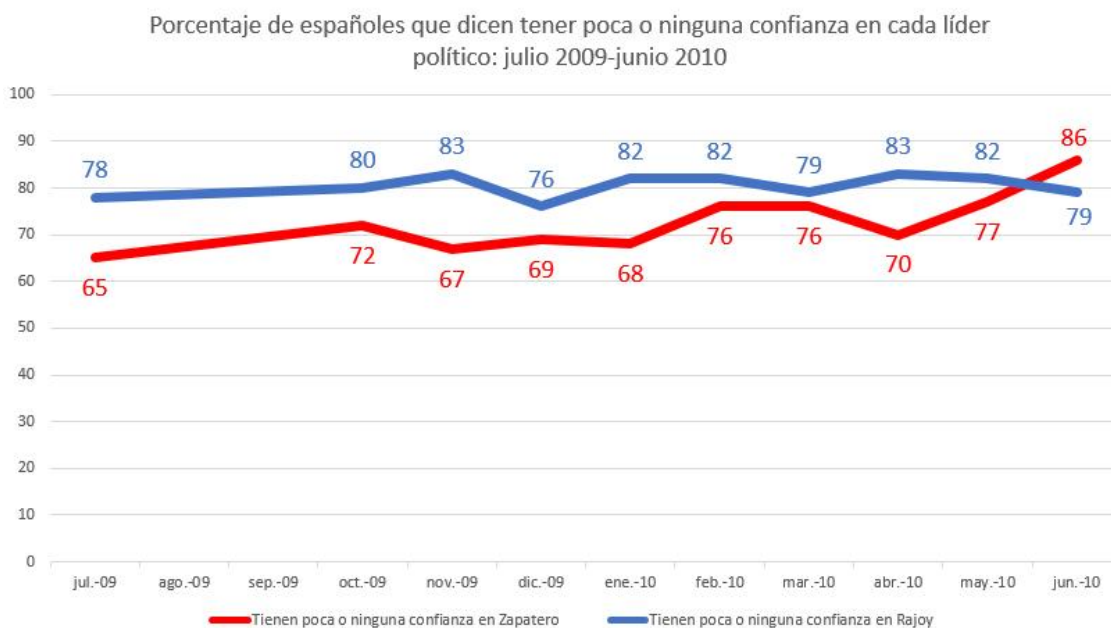


## GRÁFICO 11

Porcentaje de votantes del PSOE que piensa que Zapatero improvisa sobre la marcha (que no tiene un plan claro ni sabe lo que quiere) frente a porcentaje de votantes del PP que piensa que Rajoy improvisa sobre la marcha



## GRÁFICO 12



### 3. SEGUNDA FASE DE LA IX LEGISLATURA: MEDIDAS ANTICRISIS Y PÉRDIDA DEL ELECTORADO MÁS IDEOLOGIZADO DEL PSOE

"A ningún presidente del Gobierno le gusta comparecer para anunciar recortes y a mí menos aún". El 12 de mayo de 2010 el presidente del Gobierno anunciaba en el Congreso de los Diputados el que fue definido como el mayor recorte de gastos sociales del período democrático<sup>145</sup>. El elevado déficit, las dificultades de Grecia y los ataques especulativos contra el euro fueron las causas que esgrimió Zapatero para adoptar tan duras medidas. En concreto, fueron 10 las medidas presentadas por el Presidente para hacer frente a la crisis:

1. La reducción de las retribuciones del personal del sector público en un 5 % de media en 2010 y congelarlas en 2011. La rebaja sería proporcional a los ingresos y afectaría a más de tres millones de españoles.
2. La reducción en un 15 % del sueldo de los miembros del Gobierno.
3. La suspensión para el año 2011 de la revalorización de las pensiones de más de cinco millones de ciudadanos, excluyendo las no contributivas y las mínimas.

<sup>145</sup> Así se describió en un artículo de elconfidencial.com. ([http://www.elconfidencial.com/espana/2010-05-12/zapatero-pone-en-marcha-el-mayor-recorte-del-gasto-social-de-la-democracia\\_245819/](http://www.elconfidencial.com/espana/2010-05-12/zapatero-pone-en-marcha-el-mayor-recorte-del-gasto-social-de-la-democracia_245819/)).



4. La eliminación del régimen transitorio para la jubilación parcial previsto en la ley 40/2007.
5. La eliminación del “cheque-bebé”<sup>146</sup> de 2.500 euros a partir del 1 de enero de 2011.
6. La adecuación del número de unidades de los envases de medicamentos para ajustarlo a la duración estandarizada de los tratamientos. Se podrán dispensar dosis unitarias mediante el fraccionamiento de los envases.
7. La reducción en 600 millones de euros de la ayuda oficial al desarrollo entre 2010 y 2011.
8. La reducción de 6.045 millones de euros entre 2010 y 2011 en la inversión pública estatal (se trataba de una previsión).
9. La revisión de un ahorro adicional de 1.200 millones de euros por parte de las Comunidades Autónomas y entidades locales (se trataba, también de una previsión).
10. La intención de resolver en seis meses las solicitudes para dependencia, eliminándose la retroactividad.

Un sondeo de urgencia de Metroscopia para EL PAÍS llevado a cabo al día siguiente del anuncio de Zapatero ponía de manifiesto el malestar de la ciudadanía con las propuestas del Gobierno y, lo que era peor para las aspiraciones electorales del PSOE, el alejamiento de una parte sustancial de sus votantes del proyecto socialista defendido en ese momento por Zapatero.

En efecto, tres de cada cuatro españoles (74 %) consideraban insuficientes las medidas propuestas por el Gobierno para sacar a España de la situación de crisis. Incluso entre los votantes socialistas opinaba así un 62 % (este porcentaje se incrementaba hasta el 91 % entre los votantes populares). Al mismo tiempo, la idea ampliamente dominante (la expresaba el 67% de la ciudadanía: 62 % de los votantes socialistas y 76 % de los populares) era que, además de insuficientes, estas medidas respondían más a presiones externas sobre el Gobierno que a una decisión meditada y autónoma de este. En este sentido, la ciudadanía empezaba a percibir lo que Morgan define en su tesis como “la

---

<sup>146</sup> Se conoció como el “cheque bebé” a la prestación económica no contributiva que establecía la deducción de 2500 euros por nacimiento o adopción en el Impuesto sobre la Renta de las Personas Físicas y la prestación económica de pago único de la Seguridad Social por nacimiento o adopción. Estuvo vigente entre el 1 de julio de 2007 y el 31 de diciembre 2010. (<http://www.boe.es/buscar/doc.php?id=BOE-A-2007-19745>).

presencia de una serie de restricciones internacionales que limitan las opciones políticas de los partidos para hacer frente a la crisis”: aspecto que hace quebrar la estrategia de representación programática, propiciando la desvinculación entre el sistema y los electores (que es uno de los elementos que conforman el colapso del sistema de partidos). En conjunto, el paquete de medidas anunciadas por el Gobierno era desaprobado por el 46 % y aprobado por un 34 %. Tras esta evaluación de conjunto mayoritaria pero no masivamente negativa, parecía estar pesando fundamentalmente la generalizada sensación de insuficiencia de los remedios propuestos más que el rechazo a los mismos. En realidad, de las medidas que eran sometidas a evaluación ciudadana en el sondeo, seis eran aprobadas por claras mayorías; en una se dividían las opiniones y solo en cuatro eran mayoría clara quienes las desaprobaban. Las cuatro propuestas del Gobierno que eran objeto de una aprobación ciudadana masiva, que en algún caso rozaba incluso la unanimidad, eran la reducción en un 15% del sueldo de los miembros del Ejecutivo (95 %), la adecuación de las unidades en los envases de medicamentos para conseguir un consumo más eficiente de los mismos (87 %), el ahorro de 1.200 millones por Comunidades y Ayuntamientos (82 %) y la subida de impuestos a las rentas más altas (75 %). Otras dos medidas —reducir en un 5 % el sueldo de los funcionarios en 2010 y congelarlo en 2011 y reducir la inversión pública estatal en 6.000 millones— encontraban la aprobación de una clara mayoría absoluta (58 % y 53 %, respectivamente). Las medidas que, en cambio, mayor rechazo suscitaban eran la congelación de las pensiones en 2011, salvo las mínimas y las no contributivas (66 %), la eliminación de la retroactividad de las prestaciones previstas en la Ley de Dependencia (64 %) y la eliminación de la jubilación parcial (62 %). En los tres casos, quienes expresaban su desaprobación eran mayoría tanto entre el electorado socialista como, sobre todo, en el popular.

Resultaba destacable que la reducción de la ayuda al desarrollo en 600 millones fuera desaprobada por un mayoritario 53 %, pues reflejaba el arraigo que en la conciencia ciudadana parecía haber alcanzado, incluso en tiempos de profunda crisis económica, la exigencia de solidaridad con los países en vías de desarrollo. Esta conciencia solidaria se mostraba especialmente extendida entre los menores de 35 años: el 67 % afirmaba estar en contra de esta medida.

Finalmente, la eliminación del conocido como “cheque-bebé” daba lugar a reacciones encontradas: un 48 % la aprobaba y un 49 % la desaprobaba. En este caso, las diferencias de opinión guardaban relación más con la edad que con la ideología política. En el caso de votantes populares y socialistas, se registraban reacciones cruzadas: el 57 % de los

primeros desaprobaba la medida y un 57 % de los segundos la aprobaba. Pero el más amplio rechazo a la supresión del “cheque-bebé” (65 %) se registraba entre los españoles menores de 35 años, es decir, entre quienes con más probabilidad eran sus beneficiarios —reales o potenciales—. Entre los mayores de 35 años, pasaban a ser, en cambio, mayoría absoluta quienes decían estar de acuerdo con la eliminación de dicha ayuda.

Una amplia mayoría de españoles (68 %) creía que, pese a todo, el PP debería apoyar las medidas propuestas por el Gobierno. Así pensaba, incluso, casi la mitad (45 %) de los propios votantes populares. De nuevo, los ciudadanos reclamaban unidad política para hacer frente de manera conjunta a los graves problemas nacionales. Una demanda que parecía no coincidir con las agendas de los partidos políticos.

En este contexto, tanto el presidente del Gobierno como el líder de la oposición obtenían la misma evaluación negativa por parte de la ciudadanía por su actuación en este tema: 3.7 Rodríguez Zapatero y 3.6 Rajoy. Pero este empate negativo entre los dos líderes se traducían, en la práctica, y en ese concreto momento especialmente delicado para el Gobierno, en un notable ensanchamiento de la distancia entre las intenciones directas de voto declaradas a favor de PP y PSOE: pasaba a ser de 6.4 puntos, cuando solo dos semanas antes era de 1.4 puntos. Sobre estos datos brutos, la estimación de resultado electoral para el caso de unas elecciones que se celebraran en ese momento sugería que el Partido Popular ganaría esos hipotéticos comicios con una distancia de 9.1 puntos sobre el Partido Socialista (42.8 %, frente a 33.7 %). Casi cinco puntos más que la estimación realizada por Metroscopia tan solo 15 días atrás<sup>147</sup>.

El plan de ajuste del Gobierno salió adelante en votación parlamentaria el 27 de mayo con los únicos votos a favor de los 169 diputados socialistas frente a los 168 votos en contra de los diputados del PP, PNV, ERC, IU, ICV, BNG, NaBai y UPyD y las 13 abstenciones de CiU, Coalición Canaria y UPN. De haber perdido esta “moción de confianza encubierta” —como algunos la definieron la votación— hubiera sido, probablemente, el final *de facto* de la legislatura. Pero en cierto modo lo fue, porque a partir de ese momento (a partir, en realidad del anuncio de las medidas el 12 de mayo) daba comienzo una segunda parte de la legislatura caracterizada por el alejamiento electoral del PSOE de una parte sustancial de sus electores con un cariz, ahora ya sí, más

---

<sup>147</sup> En el Barómetro de Clima Social de Mayo publicado en EL PAÍS, la estimación del resultado electoral que se podía realizar a partir del clima social existente en ese momento arrojaba una diferencia a favor del Partido Popular de 4.2 puntos (41.7 % frente a 37.5 %).

ideológico que pragmático (este último es el que ya se había alejado a lo largo de la primera fase de la legislatura).

A comienzos de junio, apenas 20 días después del sondeo de urgencia llevado a cabo para conocer la opinión ciudadana sobre el paquete de medidas y solo una semana después de su votación en el Congreso de los Diputados, la mayoría de los españoles anteponía la urgencia en la toma de decisión de las medidas económicas para hacer frente a la crisis económica a la convocatoria de unas elecciones generales anticipadas. La amplia mayoría de ciudadanos creía, con todo, que el Presidente Zapatero debía proceder cuanto antes a nombrar un nuevo Gobierno. En efecto, una mayoría de españoles (53 %) se decantaba por agotar la legislatura para no paralizar la aplicación inmediata de las medidas económicas urgentes que conllevaría un adelanto electoral frente al 43 % de ciudadanos que creía necesario convocar elecciones de manera urgente para que el partido que las ganara contara con el adecuado respaldo para decidir las medidas a tomar y la forma de aplicarlas. Ahora bien, seis de cada diez españoles (58 %) creían que el Presidente Zapatero debía proceder cuanto antes a nombrar un nuevo Gobierno porque el vigente — en opinión de un 69 %— había perdido por completo la capacidad de dar solución a la situación del país (opinión compartida por la mayoría del electorado socialista: 53 %). El gabinete económico del gobierno, con la ministra de Economía y Hacienda, Elena Salgado, al frente, era el centro de este desencanto ciudadano: el 64 % consideraba que no iba a ser capaz de llevar a cabo las medidas que permitieran a España salir de la crisis económica (opinión compartida, también, por la mayoría simple de los votantes socialistas: 44 %) y un 57 % pensaba que Zapatero debía sustituir a Salgado al frente de este Ministerio. En esa oleada del Barómetro de Cima Social de junio mes de junio, la ministra obtenía su peor balance de toda la serie barométrica entre quienes aprobaban su gestión y la desaprobaban: -30 puntos.

El cambio del gabinete no debía afectar únicamente a la cartera de Economía y Hacienda: según la mayoría de los ciudadanos, Zapatero debía sustituir también al vicepresidente tercero y ministro de Política Territorial, Manuel Chaves (55 %), al ministro de Trabajo, Celestino Corbacho (54 %) y al ministro de Asuntos Exteriores, Miguel Ángel Moratinos (45 %). La sustitución de la vicepresidenta primera y ministra de la Presidencia, María Teresa Fernández de la Vega dividía la opinión ciudadana: un 44 % estaba a favor de su marcha frente a un 45 % que se declaraba contrario a esa medida. Solo dos de los principales ministros del gabinete ministerial contaban con un respaldo mayoritario entre

los españoles: la ministra de defensa, Carme Chacón (el 50 % creía que no debía ser sustituida) y el ministro del Interior, Alfredo Pérez Rubalcaba (59 %). Este último era, de hecho, el único ministro cuya gestión obtenía un balance positivo (eran más los ciudadanos que aprobaban su gestión que quienes la desaprobaban): +23 puntos. El resto obtenía balances negativos (algunos, el más elevado desde mayo de 2009), incluida la ministra Chacón (-5) cuya gestión obtenía por primera vez un porcentaje superior de desaprobaciones que de aprobaciones.

Si hasta ese momento, durante la primera fase de la legislatura, parecía que la imagen de marca del PSOE se veía más afectada por las críticas de los españoles que la propia imagen del Presidente, a partir del 12 de mayo la imagen de este comenzó, también, a ser objeto del descontento ciudadano. Zapatero ya no salía indemne de las críticas al Gobierno, sino más bien al contrario: el porcentaje de españoles que declaraban tener poca o ninguna confianza en él (86 %), el de quienes pensaban que improvisaba sobre la marcha (84 %) y el de quienes desaprobaban su gestión como Presidente (76 %) eran, además de abrumadores, los más elevados desde los registrados en mayo de 2009. Y lo que era peor para los intereses electorales de Zapatero: también la amplia mayoría de sus propios votantes creía que improvisaba (77 %), había dejado de confiar en él (70 %) y desaprobaba su gestión (57%).

La situación económica que atravesaba España en ese momento y las medidas de ajuste planteadas por el Gobierno para hacer frente a la crisis fundamentaban las críticas al Gobierno. Por un lado, las evaluaciones negativas sobre la situación económica del país pasaban a ser casi unánimes: el 93 %, el porcentaje más elevado desde hacía un año, opinaba que era mala o muy mala. Y un porcentaje similar (89 %, también el más elevado de la serie barométrica) creía que aún faltaba tiempo para que la economía de España empezara a mejorar). Además, en solo mes se había estrechado en 12 puntos la diferencia entre los ciudadanos que calificaban positivamente su situación económica familiar y quienes lo hacían negativamente: 39 % frente a 32 %. De hecho, y al contrario de lo que ocurría dos años antes, era más los ciudadanos que como consecuencia de la crisis habían visto afectados sus gastos de ocio (53 % mucho o bastante frente a 46 % que poco o nada), sus gastos de cara a futuras compras que tenían pensado realizar (55 % frente a 45 %), los gastos de su hogar (52 % frente a 47 %), a la posibilidad de irse de vacaciones este verano (52 % frente a 46 %) y a su forma de vida en general (51 % frente a 48 %). De los españoles que contaban con una hipoteca, la mayoría (58 %) decía que su pago se estaba

viendo poco o nada afectado por la crisis (probablemente, eso sí, a costa de la reducción del resto de gastos de ocio y del hogar).

La amplia mayoría no solo del conjunto de los ciudadanos sino también de los votantes socialistas se mostraba de acuerdo con la definición sobre las medidas de ajuste económico para recortar el gasto público que había hecho Rajoy durante la votación de las mismas en el Congreso de los Diputados el 27 de mayo: eran improvisadas (así opinaba el 73 % de los españoles y el 69 % del electorado socialista), eran insuficientes (69 % y 67 % respectivamente) y eran injustas (63 % y 60 %). Y lo que parecía ser la crítica principal: además, llegaban tarde (81 % y 78 %).

En este contexto, el PP aumentaba su ventaja con respecto al PSOE en la estimación de resultado electoral en el caso de unas inmediatas elecciones generales y se situaba a 10.5 puntos de los socialistas —43.0 % frente a 32.5 %— la mayor diferencia registrada hasta la fecha<sup>148</sup>. Un incremento que se producía más por la pérdida de apoyos que sufría el PSOE que por un aumento del PP. En esta oleada, la fidelidad de los votantes del PSOE se desplomaba y solo un 41 % de quienes les votaron en 2008 se mostraba en ese momento dispuesto a volver a hacerlo. En frente, el PP con una fidelidad de voto 30 puntos superior: 71 %. Además, la amplia mayoría de los ciudadanos (70 %, el mayor porcentaje desde mayo de 2009) creía, de hecho, que el PP ganaría unas elecciones generales que tuviesen lugar en ese momento. Incluso el 61 % de los votantes socialistas veían ya más probable una victoria del PP que una del PSOE. Y se detectaba un importante, y preocupante para los socialistas, cambio de tendencia: por primera vez eran más los españoles que preferían una victoria del PP antes que una del PSOE (41 % frente a 31 %).

En todo caso, los buenos resultados demoscópicos que obtenía el PP eran, a ojos de los electores, más demérito de los socialistas que mérito de los populares. La crítica ciudadana al Gobierno, cada vez más extendida, no repercutía sustancialmente en la imagen que los españoles tenían del principal partido de la oposición y, en concreto, de su líder, Rajoy. Un 73 % de los españoles creía que el hecho de que el Gobierno del PSOE liderado por Zapatero lo estuviera haciendo mal no significaba que un gobierno del PP fuera a hacerlo mejor (opinión que compartía incluso la mitad del electorado popular: 49

---

<sup>148</sup> La Intención Directa de Voto del sondeo también arrojaba la mayor diferencia a favor del PP registrada desde que Zapatero ganó sus primeras elecciones en 2004: 10.7 puntos (27.7 % frente a 17.0 %). También el Barómetro electoral del CIS correspondiente al mes de julio ponía de manifiesto esa mayor ventaja de los populares sobre los socialistas: de cuatro puntos en la IDV (24.8 % frente a 20.8 %) y de 6.3 puntos en la estimación de resultado electoral (41.2 % frente a 34.9 %).

%). Y aunque era la primera vez que los españoles a los que Rajoy inspiraba poca o ninguna confianza y quienes desaprobaban su gestión como líder de la oposición eran menos que quienes desconfiaban y desaprobaban a Zapatero, esto se debía más a la caída de imagen del Presidente que a una importante mejora de la imagen de Rajoy (al que desaprobaban un 68 % de los ciudadanos, que inspiraba poca o ninguna confianza al 79 % y que un 62 % consideraba que improvisaba sobre la marcha). Teniendo en cuenta estos datos, no debe sorprender que un 86 % de los españoles, el porcentaje más elevado desde mayo de 2009, calificara negativamente la situación política de España en esos momentos. Ya no sólo se trataba de una crisis económica sino también de una crisis política que afectaba, de manera muy directa, a los principales líderes políticos nacionales. En este sentido, tres de cada cuatro españoles (77 %) consideraba que al margen de la situación concreta de crisis económica que atravesaba España, el país necesita que otros políticos diferentes a los que en ese momento protagonizaban la vida política nacional se situaran al frente de los principales partidos políticos. Esta opinión era compartida por los votantes tanto socialistas (78 %) como populares (79 %). De hecho, la amplia mayoría de los españoles creía que, con independencia de cuando se celebrasen las elecciones generales, ni Zapatero (72 %) ni Rajoy (60 %) debían ser los candidatos del PSOE y del PP (aunque el líder popular contaba con más apoyo entre su electorado para presentarse de nuevo que Zapatero entre el suyo: 56 % y 35 % respectivamente). Con todo, la mayoría de los ciudadanos no emitía una respuesta cuando se les preguntaba acerca de los posibles sustitutos de Zapatero y Rajoy lo que no hacía sino aumentar la sensación de ausencia de líderes políticos que arrojaban los datos de la encuesta. En todo caso, si Zapatero y Rajoy acababan siendo finalmente los candidatos, las preferencias de los españoles se dividían a partes iguales: un 37 % prefería a Zapatero como Presidente (el 68 % entre los votantes del PSOE), frente a un 38 % que prefería a Rajoy (el 87 % entre los votantes del PP).

El debate del estado de la Nación de 2010 tuvo lugar entre el 14 y el 15 de julio. Fue el quinto debate de Zapatero como Presidente y Rajoy como principal líder de la oposición y llegaba en el peor momento posible para el líder socialista y el mejor para el candidato de la oposición. En los cuatro anteriores (los celebrados en 2005, 2006, 2007 y 2009<sup>149</sup>)

---

<sup>149</sup> En 2008 no hubo debate sobre el estado de la Nación porque se celebraron elecciones generales.

Zapatero se había impuesto a Rajoy según los datos que arrojaban los estudios del CIS<sup>150</sup> llevados a cabo en los días posteriores al cada debate. En 2005, la diferencia entre Zapatero y Rajoy fue de 31.6 puntos favorable al socialista (41.3 % / 14.7 %); en 2006 fue de 35.9 puntos (50.2 % / 14.3 %); en 2007 de 27.4 (43.9 % / 16.5 %) y en 2009 de 23.2 (37.6 % / 14.4 %). Según este organismo público, el debate de 2010 —seguido por un 64.1 % de los españoles— lo volvió a ganar Zapatero, si bien por una diferencia claramente menor sobre Rajoy que en los otros cuatro debates precedentes: 26.1 % frente a 19.8 %, 6.3 puntos. El sondeo de urgencia de Metroscopia para EL PAÍS<sup>151</sup> llevado a cabo el último día del debate arrojaba un resultado más ajustado, incluso, con cierta ventaja de Rajoy<sup>152</sup>: 32 % frente a 29%. El líder de la oposición convenció más a su electorado (un 66 % le consideraba ganador) que el Presidente al suyo (50 %). Pero lo más llamativo era, probablemente, que casi uno de cada cuatro (39 %) ciudadanos no se decantaba por uno u otro líder: bien porque creía que ninguno de los dos merecería el calificativo de ganador (así opinaba el 17 % de los españoles) bien porque no emitía una opinión al respecto (como otro 17 %) o bien porque cree que tanto Zapatero como Rajoy pueden ostentar ese título (6 %). Un dato más que apuntalaba la tesis de la crisis de liderazgo político existente, ya, en esos momentos en nuestro país. A los que se pueden añadir otros: para uno de cada tres (34 % ni Zapatero ni Rajoy habían dado la sensación de saber claramente cuál era la situación del país en esos momentos y lo que había que hacer para remediarla; una proporción similar (30 %) creía que ninguno de los dos líderes estaba preparado para gobernar España en estos momentos y para uno de cada cuatro (23 %) ni el Presidente del Gobierno ni el líder de la oposición habían parecido creíbles en sus intervenciones. En todo caso, en estas tres cuestiones Rajoy aventajaba a Zapatero:

---

<sup>150</sup> El CIS hace la pregunta: “¿Quién cree que ha ganado el debate?”, solo a los entrevistados que conocen que se está celebrando el debate, que han seguido, en alguna medida, el desarrollo del mismo o que han obtenido información por televisión, radio, periódicos u otros medios de información. En este sentido, el debate fue seguido por un 72.5 % de los españoles en 2005, por un 68.3 % en 2006, un 63.4 % en 2007 y un 66.4 % en 2009. En esta pregunta el entrevistado puede contestar el nombre de cualquiera de los líderes políticos que ha participado en el debate. La pregunta es espontánea, esto es, el entrevistador no lee el nombre de los políticos.

<sup>151</sup> Fue publicado en EL PAÍS el 17 de julio de 2010. ([http://elpais.com/diario/2010/07/16/espana/1279231201\\_850215.html](http://elpais.com/diario/2010/07/16/espana/1279231201_850215.html)).

<sup>152</sup> En el sondeo de Metroscopia, la pregunta sobre el ganador era diferente a la planteada por el CIS. En primer lugar, la pregunta se planteaba en términos disyuntivos entre Zapatero y Rajoy: “¿quién diría usted que ha ganado este debate: Rodríguez Zapatero o Rajoy?”. Las alternativas “Los dos por igual” y “Ninguno de los dos” no se leían durante las entrevistas pero se recogían en el cuestionario. Y, en segundo lugar, la pregunta se le realizaba a todos los entrevistados con independencia si habían seguido o no el debate. En este sentido, un 27 % decía no haber seguido, en ninguna medida, el debate. Sus opiniones sobre el ganador del debate no alteraban, en ningún caso, el resultado final porque, de ellos, un 24.4 % decía que el vencedor había sido Zapatero y un 26.0 % q había sido Rajoy.



en conocer la situación del país (30 % frente a 27 %), en estar mejor preparado para gobernar (33 % frente a 30 %) y haber parecido más creíble (38 % frente a 31 %). Esto se debía en gran parte a que los votantes del PP han valorado mejor a Rajoy que los del PSOE a Zapatero. El líder de la oposición, además, estaba dando muestras de tener mayor conocimiento de los problemas de España (así opina el 39%) que Zapatero (34%). Zapatero, por su parte, aventajaba a Rajoy en tres aspectos sobre los que en mayor o menor medida hizo hincapié el Presidente del Gobierno durante el primer día del debate: en anteponer más los intereses del Estado a los suyos propios (un 38 % frente a un 26 % que creía que era Rajoy quien más los anteponía<sup>153</sup>); en aportar soluciones a la situación (37 % frente a 23 %, y un destacado 33 % que considera que ninguno de los dos lo está haciendo) y en estar demostrando mayor capacidad de liderazgo en situaciones difíciles (38 % frente a 29 %). La ventaja de Zapatero en estos tres aspectos se debía en gran parte, también, a que lograba un mayor apoyo entre sus votantes (superior al que Rajoy lograba entre los suyos).

El debate del estado de la nación tampoco lograba mejorar la confianza ciudadana en sus líderes políticos: el 75 % de los españoles decía tener poca o ninguna confianza en Zapatero y un 69 % opinaba lo mismo de Rajoy. La diferencia, muy importante, era que mientras que la mayoría del electorado socialista manifestaba una baja confianza en su líder (un 49 % poca o ninguna frente a un 47 % que mucha o bastante); dos de cada tres votantes populares (66 %) decían confiar mucho o bastante en el suyo (frente a un 34 % que confía poco o nada). Durante el debate, el líder del PP pidió al presidente del Gobierno un adelanto electoral. Una petición que, sin embargo, no contaba con el respaldo de la mayoría de los ciudadanos: un 53 % (el mismo porcentaje que un mes antes) se decantaba por agotar la legislatura para no paralizar la aplicación inmediata de las medidas económicas urgentes que conllevaría un adelanto electoral frente al 42 % (el 43 % un mes antes) que creía necesario convocar elecciones en ese momento para que el partido ganador tuviera el adecuado respaldo para decidir las medidas a tomar y la forma de aplicarlas. Tras el debate electoral, el PSOE lograba recortar dos puntos al PP en la estimación del resultado electoral con respecto al sondeo realizado un mes antes: los socialistas obtendrían un 34.5 % de los votos frente al 43.3 % de los populares. Cualquier

---

<sup>153</sup> Hay que recordar que durante este debate, el Presidente Zapatero mencionó una de las frases más recordadas: “Tomaré las decisiones que España necesita aunque sean difíciles. Voy a seguir ese camino cueste lo que cueste y me cueste lo que me cueste” ([http://elpais.com/elpais/2010/07/15/actualidad/1279181817\\_850215.html](http://elpais.com/elpais/2010/07/15/actualidad/1279181817_850215.html)).

debate del estado de la nación supone un momento político de gran intensidad que se manifiesta con una mayor movilización del electorado en general pero, en el caso concreto del debate de ese año, del socialista que parecía despertar algo de su letargo: si la fidelidad de voto del PSOE era de 45 % un mes antes, tras el debate aumentaba hasta un 60 %. La fidelidad de los votantes populares se mantenía en el 83% (un porcentaje difícil de superar). En este sentido, el debate del estado de la nación de 2010 dio como resultado un “empate pírrico” con más daños que beneficios para cualquiera de los dos principales partidos y de sus líderes.

El curso político de ese año se cerraba con una cierta mejora demoscópica del partido del Gobierno. La estimación del resultado más probable en el Clima Social de agosto de Metroscopia seguía ofreciendo una victoria del PP, pero por una diferencia que había entrado en proceso de contracción. Los 7.7 puntos que separaban en ese momento al PP del PSOE (41.3 % frente a 33.6 %) seguían constituyendo una distancia importante pero que era inferior en 3.1 puntos a la registrada un mes antes. El sondeo-flash de Metroscopia del 16 de julio, el efectuado tras la primera jornada del debate sobre el estado de la nación, detectaba ya esta tendencia pues estimaba una distancia entre ambos partidos de 8.8 puntos, frente a los 10.8 que les separaban a primeros de julio de ese año. Lo cierto era, en ese fin de curso, que algunas de las pautas que condicionan y orientan la intención de voto mostraban algunas variaciones en direcciones opuestas: algo menos negativas para el PSOE y algo más, en cambio, para el PP.

Por un lado, la fidelidad de voto socialista parecía empezar a dar signos de reactivación: del 45 % registrado a primeros de julio de 2010 pasó al 60 % tras la celebración del debate del estado de la nación, y de ahí, a una cifra intermedia (54 %) que parecía sugerir que, aunque rebajado, aquél atisbo de movilización electoral socialista no había desaparecido del todo. Al mismo tiempo, y por primera vez en meses, la fidelidad del voto popular experimentaba una ligera pero significativa tendencia a la baja: de un 84 % a mediados de julio a un 77% a finales de ese mes.

Por otro lado, dos de cada tres españoles (66 %) seguían desaprobando la gestión del presidente del Gobierno, pero aun así su balance de aprobación/desaprobación mejoraba: su saldo negativo de -43 puntos de primeros de julio pasaba a ser de -36. La valoración de la gestión de Rajoy como líder de la oposición seguía, en cambio, el camino inverso: un 74% la desaprobaba y su balance de aprobación/desaprobación empeoraba, pasando de -48 puntos a -55.

En tercer lugar, al tiempo que disminuía ligeramente la proporción de españoles que consideraba que Zapatero no tenía un plan claro de actuación y que improvisaba sobre la marcha (bajaba del 82 % al 77 %), aumentaba en cambio la de quienes pensaban eso mismo de Rajoy (subía del 61 % al 66 %).

Algo parecido ocurría en cuanto al grado de confianza que los dos líderes lograban inspirar a sus conciudadanos: los que indicaban que Rajoy les infundía poca o ninguna confianza aumentaban en 14 puntos (83 % frente al 69 % de un mes antes), y lo más llamativo, quizá, era que incluso entre los propios votantes populares un mayoritario 57 % expresaba ese recelo respecto de su líder. En cuanto a Zapatero, un 73 % de los españoles seguían desconfiando de él pero, con todo, esta cifra era inferior en 13 puntos a la que obtenía en el Barómetro del mes anterior.

Por otro lado, si bien el 60 % (frente al 69 % del mes anterior) creía que el PP ganaría unas elecciones que tuviesen lugar en esos momentos, se producía un vuelco en cuanto a la acogida ciudadana de esa hipotética victoria: el 41% decía, en esos instantes, que prefería una victoria del PSOE, frente a un 38% que prefería la victoria del PP. Un mes antes, esas cifras eran prácticamente las inversas (respectivamente, el 35% y el 44%).

Así pues, la oleada de agosto parecía detectar — dentro del mismo generalizado ambiente ciudadano de preocupación por la situación económica y de desapego respecto de la clase política que predominaba en España a lo largo del año en curso— algunos incipientes movimientos de fondo que parecían indicar cambios con respecto a los meses precedentes en las tendencias de comportamiento electoral estimadas. Movimientos que permanecieron estables al comienzo del curso político. Durante el último cuatrimestre del año el Gobierno debía superar dos importantes acontecimientos. En primer lugar, la aprobación de los Presupuestos Generales del Estado para el 2011. La mayoría de los españoles (56 %) pensaba que el Gobierno conseguirá finalmente los apoyos necesarios para aprobarlos. Coincidían, en esa ocasión, las opiniones de los votantes socialistas (el 57 % creía que el Gobierno lo conseguirá) y de los populares (60 %). Pero si el Gobierno no conseguía aprobarlos la amplia mayoría de los ciudadanos (59 %) consideraba que el Presidente debía proceder a disolver las Cortes y convocar elecciones generales. En este tema diferían las opiniones de votantes socialistas y populares: entre los primeros las opiniones estaban divididas —un 44 % era partidario de adelantar la convocatoria electoral frente a un 47 % que se inclinaba por prorrogar los actuales Presupuestos y tratar así de aguantar sin adelantar las elecciones— mientras que entre los segundos, la abrumadora mayoría (90 %) se mostraba partidaria de acudir a las urnas.

El segundo acontecimiento que debía afrontar el Gobierno era la huelga general convocada por los sindicatos mayoritarios para el 29 de septiembre en contra de la reforma laboral del Gobierno y de la reforma del sistema público de pensiones. Una convocatoria que según la oleada de septiembre del Barómetro de Clima Social —llevada a cabo los dos primeros días del mes de septiembre— no iba a ser secundada por la mayoría de los trabajadores. Con esta rotundidad lo afirmaba el 55 % de los españoles que en ese momentos tenían trabajo, porcentaje que se incrementaba en 18 puntos (hasta un 73 %) si se le añadía a quienes en esos momentos decían tener dudas pero creían que finalmente no la apoyarían. Ambos porcentajes se habían incrementado con respecto a los registrados dos meses antes (cuando los sindicatos anunciaron la fecha de la huelga): en la primera ocasión que se plantearon estas preguntas, el porcentaje de los españoles que afirmaban con toda seguridad que no participaría era de un 49 %, dato que se incrementaba hasta un 66 % si se le sumaba a quienes decían que probablemente no la secundarían. En el apoyo o rechazo a la huelga no había grandes diferencias entre los trabajadores votantes del PSOE y los del PP: el rechazo a participar en el paro general estaba ampliamente extendido, siendo algo superior entre los primeros (75 %) que entre los segundos (70 %). A casi tres semanas del día de la huelga, el apoyo total a la misma quedaba reducido a tan sólo un 9 % de los trabajadores, (porcentaje que subía al 23 % añadiendo a quienes decían que probablemente la apoyarán). Unos porcentajes que habían decrecido en solo dos meses: en el mes de julio ambos porcentajes eran 15 % y 27 % respectivamente. ¿Cuáles eran las causas de esta creciente falta de apoyo a la jornada convocada por los sindicatos y que daba cierto respiro al Gobierno? El cambio más llamativo en la opinión pública (considerando al conjunto de ciudadanos, trabajadores o no) estaba relacionado con la oportunidad y justicia de la huelga general: en julio la mayoría de los españoles consideraba que la huelga estaba justificada (51 %) y que era oportuna (51 %). En septiembre, pese a que aumentaba el porcentaje de ciudadanos que la creían justificada (58 %) la mayoría había pasado a pensar que ya no era oportuna (56 %). Probablemente, el hecho de que la ciudadanía no percibiera mejoras en la economía encontraba traducción en una más extendida convicción de que había motivos para protestar. Al mismo tiempo, la generalizada conciencia sobre lo delicada y grave que era la situación económica inducía a considerar probablemente, que una huelga general, con todo lo que esta conlleva, podía contribuir a empeorar más que a mejorar la economía.

Al margen de la guerra de cifras que suele producirse después de una jornada de huelga general<sup>154</sup>, lo cierto es que la opinión pública española consideró que los sindicatos no habían tenido éxito con su convocatoria. En un sondeo llevado a cabo el día después de la huelga, dos de cada tres españoles (65 %) pensaban que, en conjunto, esta había constituido un fracaso (de la misma opinión era el 58 % de los votantes socialistas). Un 57 % consideraba, además, que de ella los sindicatos salían debilitados y un porcentaje similar (58 %) creía que también había salido dañado el presidente del Gobierno. Tras la huelga pasaron a ser minoría (42 %) quienes consideraban que estaba justificada (solo un mes antes estos eran mayoría: 58 %) y al mismo tiempo aumentaban llamativamente (hasta representar el 77 %) quienes pensaban que su convocatoria había sido inoportuna (un mes antes pensaba esto mismo el 56 %). Cabe destacar que incluso entre quienes consideraban totalmente justificada la huelga, las opiniones se dividían en cuanto a la oportunidad de convocarla en aquellos momentos. Tras esta huelga la mayoría ciudadana pensaba que Zapatero debía negociar con los sindicatos posible recortes o retoques a la reforma laboral (76 %) y, al mismo tiempo, proceder a un cambio de gobierno (que lo pedía un 53 %, frente al 46 % que lo hacía un mes antes).

Lejos de obrar como una catarsis liberadora de tensiones sobre el deprimido estado de ánimo general, la huelga general parecía contribuir a acentuar el desánimo y pesimismo ciudadano. El primer resultado perceptible del 29N fue una consolidación de la preocupación por la situación económica nacional: se incrementó hasta el 90 % el porcentaje de españoles que consideraban mala o muy mala la situación económica de España. Se extendió, además, el pesimismo sobre el final de la crisis tanto mundial como, sobre todo, la nacional: un 78 % (dos puntos más que a comienzo de ese mes de septiembre) creía que aún faltaba tiempo para que la economía mundial empezara a mejorar y un 91 % (cinco puntos más que en la oleada precedente) pensaba lo mismo sobre la crisis económica española.

Así las cosas, esta oleada del Barómetro de Clima Social realizada justo el día después de la huelga general arrojaba unos datos que para el Gobierno eran incluso más negativos que los registrados en la oleada de junio tras el anuncio por parte de Zapatero de las medidas económicas que se iban a adoptar para hacer frente a la crisis. Como en aquella

---

<sup>154</sup> En este caso, el Gobierno no ofreció una cifra global del seguimiento de la huelga aunque sí facilitó datos del seguimiento en la Administración Pública. Según el Gobierno, en la Administración General del Estado el seguimiento fue del 7.5 % frente al 44 % según los sindicatos. Otras cifras de la huelga pueden consultarse en ([http://elpais.com/diario/2010/09/30/espana/1285797601\\_850215.html#despiece1](http://elpais.com/diario/2010/09/30/espana/1285797601_850215.html#despiece1))

ocasión, la ciudadanía en general y, más concretamente, el electorado socialista, habían sido sometidos a un fuerte estímulo, en este caso la huelga general, que afectó negativamente a su estado de ánimo. En la estimación de resultado electoral de ese mes, el PP aventajaba al PSOE por 14.5 puntos, una diferencia superior en más de cinco puntos y medio a la registrada en la oleada precedente: 43.0 % frente a 28.5 %<sup>155</sup>. Este incremento de la diferencia entre ambos partidos volvía a ser consecuencia más de un hundimiento del PSOE, que de un ascenso del PP: la fidelidad de voto del electorado socialista se situaba en el 45 % (siete puntos menos que un mes antes), casi la mitad que la que presentaba el electorado popular (84 %). La huelga general había afectado negativamente a la imagen del presidente Zapatero y a la de su gobierno dejando indemne la de Rajoy y la del PP: un 75 % de los españoles (diez puntos más que un mes antes) desaprobaba la gestión de Zapatero como Presidente del Gobierno (también lo hacía el 56 % de sus votantes); un 85 % (siete puntos más) creía que improvisaba (así opinaba también el 76 % de su electorado) y a un 84 % (siete puntos más) le inspiraba poca o ninguna confianza (como también a un destacado 69 % de sus votantes). De los ministros del Gobierno de Zapatero evaluados en el sondeo, solo el trabajo desarrollado por el titular de Interior, Alfredo Pérez Rubalcaba, conseguía un balance positivo (eran más los ciudadanos que aprobaban su gestión que quienes la desaprobaban). Y un 53 % de los ciudadanos (siete puntos más que el mes anterior) creía necesario una crisis de gobierno para sustituir a alguno de los ministros del Gabinete.

Por el contrario, ni Rajoy ni el PP parecían haberse visto afectados negativamente como consecuencia de la huelga general. La imagen del presidente del PP era mala y seguía siéndolo: un 72 % (el mismo porcentaje que en la oleada precedente) desaprobaba su gestión al frente de la oposición, un 66 % (solo un punto más que un mes antes) creía que improvisaba y al 84 % (el mismo porcentaje) le inspiraba poca o ninguna confianza. Pero a diferencia de Zapatero, Rajoy estaba mejor evaluado entre su electorado que el presidente del Gobierno entre el suyo: un 56 % de los votantes populares aprobaba su gestión y un 61 % creía que tenía un plan claro y que sabía lo que hacía. Con todo, Rajoy seguía inspirando poca o ninguna confianza a la mayoría de sus votantes (57 %).

El PP salía reforzado como consecuencia del desplome socialista: ya no eran solo mayoría quienes creían que en el caso de celebrarse una elecciones generales las ganarían los populares (72 %, diez puntos más que un mes antes) sino que además, prevalecían quienes

---

<sup>155</sup> En la intención directa de voto, los populares se situaban 10 puntos por delante de los socialistas: 29.0 % frente a 19.0 %.

decían preferir una victoria del PP: 42 % frente a un 31 % que mostraban su preferencia por una victoria del PSOE (en la oleada de septiembre se producía un práctico empate entre quienes decían preferir una victoria del PSOE antes que una del PP: 41 % frente a 39 %).

El 20 de octubre de 2010, el presidente del Gobierno llevó a cabo una remodelación de su Gabinete ministerial —el séptimo desde que llegó a la presidencia— para intentar frenar el evidente y progresivo deterioro de imagen de su Gobierno, de su partido y el suyo personal y afrontar en mejores condiciones el tiempo restante antes de las siguientes elecciones generales. De los cambios llevados a cabo<sup>156</sup> destacaron tres por los mensajes que parecían querer enviar a la opinión pública. El ministro mejor evaluado del Gabinete según los sondeos de opinión, Alfredo Pérez Rubalcaba, asumía, además de la cartera de Interior, la vicepresidencia Primera y la portavocía del partido. Elena Salgado permanecía en su puesto de ministra de Economía, lo que podría entenderse como una confirmación de la política económica del Gobierno y Valeriano Gómez, un hombre cercano a los sindicatos, pasaba a ocupar el ministerio del Trabajo tras la huelga general de finales de septiembre.

La remodelación del Gabinete parecía dar cierto aire a la asfixiante situación política que atravesaba el Gobierno y la ventaja del PP sobre el PSOE —según el Barómetro de Clima Social de noviembre de Metroscopia— quedaba reducida a 9.1 puntos (42.8 % frente a 33.7 %), casi cinco puntos y medio menos que en la oleada llevada a cabo tras la jornada de huelga general convocada por los sindicatos. Las aspiraciones electorales del PSOE pasaban por conseguir atraer a esa parte de su electorado que en esos momentos se encontraba desmovilizada. En la oleada de noviembre solo la mitad (52 %) de sus votantes de 2008 seguían fieles al partido, porcentaje que, en todo caso, era siete puntos superior al registrado en octubre pero que seguía muy alejado del que presentaban los populares (80 %, cuatro puntos menos que un mes antes). En todo caso, esto no suponía que la otra mitad de quienes votaron el PSOE en 2008 estuviera pensando en dar su voto a otros partidos. De hecho, la mayoría de estos votantes socialistas desmovilizados dudaba entre la abstención y el voto socialista. La pregunta que se planteaba era qué porcentaje de este electorado desmovilizado podría recuperar el PSOE en el tiempo que quedaba hasta la

---

<sup>156</sup> En el nuevo Gobierno entraron cuatro nuevos ministros: Ramón Jáuregui se hizo cargo del ministerio de la Presidencia, Valeriano Gómez del ministerio de Trabajo e Inmigración y Rosa Aguilar del ministerio de Medio Ambiente, Medio Rural y Marino y Leire Pajín del ministerio de Sanidad y Política Social. Trinidad Jiménez cambió de cartera y pasó de ocupar el ministerio de Sanidad al de Asuntos Exteriores. Y Alfredo Pérez Rubalcaba asumió, además del ministerio del Interior, la vicepresidencia Primera.

celebración de las siguientes elecciones generales. Desde hacía varios meses, la fidelidad de voto socialista rondaba el 50 %. Es decir, solo uno de cada dos personas que en 2008 le dieron su voto manifestaba de forma clara su intención de volver a hacerlo en el caso hipotético de la celebración de unas inmediatas elecciones generales. En cambio, entre los votantes del PP la fidelidad de voto llevaba meses instalada en torno al 80 %. Los datos de la oleada de noviembre del Clima Social permitían un acercamiento más preciso a las características personales y a las opiniones y actitudes del concreto sector de votantes socialistas que se mostraba desmovilizado en ese momento. Entre los mismos, predominaban en alguna mayor medida que entre los votantes “fieles” las personas que tenían trabajo, que tenían entre 36 y 55 años y que definían como mala o muy mala su situación económica familiar. Los desmovilizados se mostraban, además, especialmente críticos con la situación económica de España, con su posible evolución y, sobre todo, con el presidente del Gobierno. De forma que casi rozaba la unanimidad indicaban que Zapatero no les inspiraba confianza (88 %), que no tenía un plan de actuación definido (85 %) y tres de cada cuatro (74 %) desaprobaban su gestión (entre los votantes “fieles” la desaprobaba un 19 %: una cifra sustancial pero cuatro veces menor). Ahora bien, no por ello este segmento desmovilizado del voto socialista expresaba una mayor simpatía por el líder de la oposición: el 89 % desaprobaba la gestión opositora de Rajoy, y al 92 % le inspiraba poca o ninguna confianza. En otras palabras, los votantes que se estaban desvinculando electoralmente del PSOE (los denominados aquí, huérfanos del PSOE) no encontraban una alternativa partidista que les convenciera y optaban mayoritariamente por la abstención.

Con todo, uno de cada dos de estos votantes socialistas desmovilizados (48 %) creía posible la “remontada” electoral del PSOE en el tiempo que queda hasta las elecciones. ¿Qué podía contribuir de forma clara a mejorar las opciones electorales del PSOE? Ante todo y sobre todo, que la situación económica experimentase una mejoría tan clara que se tradujese en una reducción sustancial del elevado nivel de paro existente en ese momento: así lo indicaba el 84 %. Y no hay que desdeñar el posible efecto movilizador de última hora que podía suponerles la generalizada sensación de una inminente victoria real, amplia y clara del PP: un 40 % de los votantes socialistas desmovilizados creían que en esas circunstancias muchos de ellos dejarían de serlo y terminarían votando al PSOE.

Todo este conjunto de datos indicaba que había un voto socialista durmiente, no definitivamente perdido o irrecuperable. Cabía pensar con algún fundamento que si en los siguientes meses se acababan dando una serie de condiciones —algunas, ciertamente,



poco probables, sobre todo, las relacionadas con una mejora de la economía— la fidelidad del voto socialista podía terminar siendo, el día electoral, claramente más elevado que el 52 % que arrojaba el sondeo.

Pero el 28 de noviembre se celebraron elecciones al Parlamento de Cataluña en las que el Partido Socialista de Cataluña (PSC) no solo obtuvo su peor resultado histórico sino que, además, perdió la presidencia de la Generalitat. En efecto, tras siete años de un gobierno de coalición de las principales fuerzas de la izquierda catalana —PSC, Esquerra Republicana de Catalunya (ERC) e Iniciativa per Catalunya Verds (ICV)— liderado por los socialistas, las elecciones de 2010 dieron paso a un Gobierno presidido por Artur Mas, candidato de Convergència i Unió (CiU). Los 62 diputados conseguidos por esta formación política —14 más que en los anteriores comicios de 2006 que le volvían a otorgar la victoria por mayoría simple— lograban superar, en esta ocasión, a la suma de diputados obtenidos por los tres partidos que habían gobernado en coalición durante las anteriores dos legislaturas. De hecho, estos tres eran los únicos partidos que obtenían un peor resultado con respecto a las elecciones precedentes. ERC pasaba de tener el 16.6 % de los votos válidos y 21 diputados en 2006 a contar con 7.0 % y 10 diputados en 2010 (9.6 puntos y 11 escaños menos). En el caso de los socialistas, pasaban de un 27.4 % de los votos y 37 diputados a un 18.3 % y 28 escaños (9.1 puntos y 9 diputados menos). Por su parte, ICV era, de los tres, el que sufría un menor desgaste electoral: 2.3 puntos (de 9.7 % pasaba a 7.4 %) y 2 diputados (de 12 a 10). El resto de partidos que obtuvieron representación parlamentaria mejoraron sus resultados en 2010. Sobre todo CiU que lograba 6.3 puntos y 14 diputados más (de 32.2 % a 38.5 % y de 48 a 62, respectivamente) y el Partido Popular de Cataluña (PPC) que lograba su mejor resultado histórico en unas elecciones al Parlamento catalán al conseguir incrementar sus resultados de 2006 en 1.4 puntos y 4 diputados más (de 10.9 % a 12.3 % y de 14 a 18, respectivamente) pasando a ser la tercera fuerza política en Cataluña adelantando a ERC. Ciudadanos apenas variaba lo conseguido cuatro años antes cuando se presentó por primera vez a estos comicios (mejoraba tres décimas su porcentaje y volvía a conseguir los mismos tres diputados que en 2006) y, Solidaritat Catalana per la Independència (SI), partido que por primera vez se presentaba a unas elecciones autonómicas en Cataluña, lograba 4 diputados con el 3.3 % de los votos. El 23 de diciembre de 2010, Artur Mas era investido presidente del Parlamento de Cataluña en segunda vuelta con el voto a favor de los 62 diputados de su

partido y la abstención de los 28 diputados del PSC (los diputados del resto de partidos votaron en contra).

Las causas principales de la pronunciada derrota del Gobierno tripartito en las elecciones de 2010 son, básicamente, dos: la crisis económica global y una crisis política más local, motivada por el recorte del Estatuto de Autonomía por el Tribunal Constitucional<sup>157</sup>.

En todo caso, los resultados de estas elecciones autonómicas permitían hacer una lectura política en clave nacional. El peor resultado histórico obtenido por el PSC unido al mejor resultado histórico logrado por el PPC indicaban que los realineamientos políticos que parecían estar produciéndose en el conjunto de España para el caso de unas elecciones generales también se estaban produciendo en otros niveles electorales. La mala imagen del Gobierno de Zapatero y del propio Presidente parecían estar contagiando a la “marcas” y a los líderes regionales y locales del PSOE en el conjunto de España. Pero el efecto, a su vez, era de doble sentido. El mal resultado obtenido por el PSC en Cataluña parecía, al mismo tiempo, estar perjudicando las expectativas electorales del PSOE nacional. En la estimación de resultado electoral para el caso de unas elecciones generales realizada por Metroscopia en el Barómetro de Clima Social de diciembre la ventaja del PP sobre el PSOE pasaba a ser de 18.8 puntos: 43.1 % frente a 24.3 %. Era la mayor caída de los socialistas en toda la historia democrática de España. Ni siquiera después de la huelga general del 20 de octubre de ese año el PSOE había obtenido un porcentaje de voto estimado tan bajo. La leve recuperación del PSOE que parecía haber dejado entrever los datos de la oleada del Clima Social llevada a cabo tras la remodelación del Gabinete

---

<sup>157</sup> El 30 de septiembre de 2005 el Parlamento de Cataluña había aprobado —con el voto a favor de todos los partidos con representación parlamentaria a excepción del PPC— la reforma del Estatuto de autonomía de Cataluña de 1979. En noviembre de 2005 fue llevado al Congreso de los Diputados para su aprobación tal y como establece la Constitución española. Allí sufrió una serie de cambios que provocaron roces entre los partidos que componían el Gobierno tripartito catalán. El nuevo Estatuto fue sometido a referéndum en Cataluña el 18 de junio de 2006 y votaron a favor el 74 % del 49 % de catalanes que acudió a las urnas. El PP (y cinco Comunidades Autónomas presididas por los populares menos Aragón presidida por el PSOE) presentaron, un mes y medio después de su aprobación, un recurso de inconstitucionalidad ante el Tribunal Constitucional impugnando 128 de los 223 artículos del Estatuto. Casi cuatro años después, el 28 de junio de 2010 se hace pública la sentencia en la que se declaran inconstitucionales 14 artículos y disposiciones adicionales y otros 27 son sometidos a interpretación, además de negar cualquier validez jurídica a la declaración de Cataluña como nación hecha en el Preámbulo. En el Clima Social de Metroscopia de agosto de 2010 se preguntaba acerca de la sentencia del TC. La definición de Cataluña como nación que contenía el Estatuto era objeto de censura por el 52 % de los españoles y era aprobada solamente por el 16 %. Al 30% le resultaba indiferente. El rechazo era especialmente elevado (78 %) entre los votantes del PP, pero era también relativamente mayoritaria (48 %) entre los votantes socialistas. Probablemente la raíz última de este rechazo a la definición de Cataluña como nación se encontraba en que para el 60 % ello resultaba incompatible con la consideración de Cataluña como parte de España. O lo que es igual, para la amplia mayoría de la ciudadanía española el término “nación” sólo admitía un solo y excluyente uso: la idea de una España plurinacional, de una “nación de naciones”, parecía así difícil de entender y aceptar para el 52 % de los votantes socialistas y para el 81% de los populares.

ministerial por parte de Zapatero (cuando los socialistas lograron situarse a 9.1 puntos) había supuesto un mero espejismo. La estrepitosa derrota del PSC en las elecciones autonómicas de Cataluña, se hacía extensiva al conjunto de España. Como en ocasiones anteriores, el fuerte incremento de la diferencia entre ambos partidos era, en realidad, consecuencia más de un hundimiento del PSOE que de un ascenso del PP. La fidelidad de voto del electorado socialista pasaba a situarse en el nivel más bajo de todos los tiempos: 42 %, prácticamente la mitad que el porcentaje de electores que se mantenían fieles al PP (80 %). Y lo que era peor para los socialistas: su electorado desmovilizado empezaba a serle infiel con otras formaciones políticas, principalmente con el PP pero también con Izquierda Unida (IU) y con Unión Progreso y Democracia (UPyD), formaciones políticas que capitalizaban el desgaste de los socialistas. Así, la coalición rojiverde que había obtenido en los comicios de 2008 un 3.9 % de los votos se situaba, según la estimación de Metroscopia, en un 7.6 %. Por su parte UPyD multiplicaba casi por cuatro sus anteriores resultados (de 1.2 % a 4.3 %). Un incremento de estos otros dos actores políticos nacionales que en ningún caso parecía cuestionar el vigente sistema de partidos bipartidista dominado por PP y PSOE y caracterizado por la alternancia en el Gobierno de populares y socialistas.

El gran beneficiado era, en todo caso, el PP, que lograba capitalizar el hundimiento socialista sin gran esfuerzo y sin que su líder consiguiera mejorar su mala imagen entre los ciudadanos: un 72 % (solo cuatro puntos menos que en la oleada de noviembre) desaprobaba la gestión de Rajoy al frente de la oposición, un 65 % (tres puntos menos) creía que improvisaba y al 83 % (sólo un punto menos) le inspiraba poca o ninguna confianza. Pero a diferencia de Zapatero, Rajoy seguía estando mejor evaluado entre su electorado que el presidente del Gobierno entre el suyo: un 49 % de los votantes populares aprobaba su gestión (frente a un 42 % que la desaprobaba) y un 46 % pensaba que tenía un plan claro y que sabía lo que hacía (frente a un 41 % que consideraba que improvisaba). Con todo, Rajoy seguía inspirando poca o ninguna confianza a la mayoría de sus votantes (59 %).

El clima de opinión favorable al PP era cada vez más evidente: un 79 % de los ciudadanos pensaba que el PP ganaría unas inmediatas elecciones generales —el porcentaje más elevado que, hasta ese momento, se había registrado en toda la serie barométrica del Clima Social— y pasaban a predominar quienes decían preferir una victoria del PP: 43

% frente a un 37 % que mostraba preferencia por una victoria del PSOE (en la oleada anterior estas preferencias eran, precisamente, las inversas).

Detrás del desplome del PSOE estaba, en gran parte, la mala percepción sobre la situación económica, los pésimos augurios sobre su evolución y la gestión de la crisis por parte del Gobierno. El descontento ciudadano con la situación económica de España pasaba a ser prácticamente absoluto (un 91 % la calificaba negativamente). Y un 83 % de los españoles (dos puntos más que un mes antes y el porcentaje más elevado de las 18 oleadas que se llevaban realizadas hasta ese momento del Clima Social) creía que el final de la crisis española estaba todavía lejos (lo mismo opinaba un 89 % sobre el final de la crisis económica mundial).

El 57 % de la ciudadanía desaprobaba las nuevas medidas de ajuste económico decretadas por el Gobierno a comienzos del mes de diciembre<sup>158</sup>, frente a un 37 % que se mostraba conforme con ellas. Ese nivel de rechazo superaba al que habían merecido las medidas adoptadas en el mes de mayo: entonces, el 46 % de los españoles (once puntos menos) había mostrado su desacuerdo con las mismas. O lo que es igual, a medida que pasaba el tiempo sin que se percibiera la salida del túnel, tendía a aumentar el recelo ciudadano respecto de la efectividad de las medidas gubernamentales en relación con la crisis económica. En todo caso, tanto en diciembre como en mayo, dos de cada tres españoles pensaban que estas medidas no eran fruto de una decisión autónoma del ejecutivo español, sino que venían impuestas desde fuera. La ciudadanía empezaba a percibir los constreñimientos políticos internacionales de los que habla Morgan en su tesis, que contribuyen a la caída de la representación programática que conduce al colapso del sistema de partidos. Además, un 83 % creía que llegaban demasiado tarde, un 71 % las consideraba improvisadas (lo que concordaba con la impresión de que venían dictadas desde el exterior) y, lo que era más llamativo y por si fuera poco, un 69 % las veía, además, insuficientes, es decir, mal diseñadas. Tardías, improvisadas, impuestas e insuficientes: resulta difícil imaginar un diagnóstico ciudadano adverso más rotundo sobre la gestión gubernamental de la situación económica.

---

<sup>158</sup> El Gobierno aprobó en el Consejo de Ministros celebrado el 3 de diciembre un nuevo paquete de medidas para hacer frente a la crisis. Entre las más destacadas se encontraban el fin de la ayuda de 426 euros a los parados de larga duración, la bajada de impuestos a Pequeñas y Medianas Empresas, la privatización parcial de la sociedad gestora de los aeropuertos (Aena) y las Loterías del Estado, y la subida de la carga fiscal sobre el tabaco.

La evolución de la crisis económica en el entorno europeo no contribuía precisamente a tranquilizar los ánimos en nuestro país. En lo que se refería a la situación de Irlanda en esos momentos<sup>159</sup>, como en el mes de mayo anterior había pasado en relación con la situación de Grecia, la mayoría de los españoles (54 %) pensaba que ese tipo de situaciones críticas podía acabar contagiándose a otros países de la Unión Europea, entre ellos a España. Un 51 % consideraba incluso probable que nuestro país pudiera llegar a necesitar en un periodo de tiempo más o menos inmediato el apoyo del Fondo de Rescate Europeo. Lo pensaba así el 66 % de los votantes del PP, pero también casi la mitad (44 %) de los votantes socialistas. Los esfuerzos del Gobierno español por convencer de lo muy improbable de esa eventualidad —la petición del rescate— a sus socios europeos y a los eufemísticamente designados como mercados no parecía, en cambio, haber tenido un éxito claro entre la propia ciudadanía.

#### **A) El año 2011: el cambio del liderazgo en el PSOE no produce cambios en los electores**

El 2011 comenzaba algo mejor para el PSOE de cómo había acabado el 2010. Pero sólo algo. Si en el mes de diciembre los socialistas se situaban 18.8 puntos por detrás del PP en la estimación del resultado electoral, en el primer mes del nuevo año esa distancia quedaba reducida hasta los 14.5 puntos: 28.6 % frente a 43.1 %<sup>160</sup>. Ese recorte era producto de una mayor movilización del electorado socialista: la fidelidad de estos votantes aumentaba cuatro puntos con respecto al diciembre anterior y se situaba en el 46 %, todavía muy alejada de la que presentaba el electorado popular (76 %) y aún a mucha distancia de una cifra que le permitiera pensar en una remontada electoral. Para lograr esta, el PSOE debía ser capaz de atraer a esa parte de su electorado que se había ido distanciando del partido desde las elecciones generales de 2008. Para ello, debía recuperar a quienes en ese momento decían que votarían a otro partido pero no al PSOE (los denominados infieles electorales) y convencer a quienes se manifestaban indecisos (que

---

<sup>159</sup> El 21 de noviembre de 2010 Irlanda solicitó formalmente la ayuda financiera del Fondo Europeo de Estabilidad Financiera de la Unión Europea y del Fondo Monetario Internacional. El acuerdo se firmó el 28 de noviembre de ese año.

<sup>160</sup> El Barómetro del CIS de enero de 2011 estimaba una diferencia del PP sobre el PSOE en voto válido de 10.1 puntos: 44.1 % frente a 34.0 %. El porcentaje estimado en el caso de los populares era el más elevado de la serie histórica de este organismo público desde el Barómetro de julio del año 2000 (tras la primera mayoría absoluta lograda por los populares liderados, en aquel momento, por José María Aznar). Lo mismo, pero a la inversa, ocurría en el caso del PSOE: la última vez que el CIS estimó un resultado por debajo de ese 34.0 % fue en la oleada de julio de 2000 (31.6 %). En la intención directa de voto, esto es, en los datos brutos del sondeo, el PP lograba en enero de 2011 un 28.3 %. Había que remontarse hasta enero de 2002 para ver un porcentaje superior (29.2 %, también en pleno Gobierno mayoritario de Aznar).

dudaban entre no acudir a votar o acudir y, en este último caso, por qué partido hacerlo). Era evidente que una parte del electorado socialista se encontraba incómodo con el PSOE y no disimulaba su desafecto: un 30 % de los votantes socialistas manifestaba que se sentiría preocupado (y no esperanzado) si tras las siguientes elecciones generales volviera a ganar el PSOE, y un 52 % decía que se sentiría bien esperanzado (26 %) bien indiferente (26 %) si el ganador de los comicios fuera el PP. Estos datos contrastaban claramente con el porcentaje de votantes del PP que afirmaba que se sentiría esperanzado (3 %) o indiferentes (11 %) tras un nuevo triunfo de los socialistas (el 85 % se mostraría, en cambio, preocupado).

En todo caso, los logros movilizadores del Gobierno parecían pasar necesariamente por una mejora de la situación económica y, en ese sentido, el panorama se planteaba sombrío para los intereses electorales del PSOE: los ciudadanos seguían evaluando negativamente de forma abrumadora la situación económica española (87 %) y veían todavía lejos el final de la crisis tanto la mundial (78 %) como sobre todo la nacional (89 %).

Pero parecía existir, sin embargo, otra opción reactivadora del voto socialista, mucho más al alcance del presidente Rodríguez Zapatero: la candidatura de Alfredo Pérez Rubalcaba a la presidencia del Gobierno. La figura del, en ese momento, vicepresidente Primero y ministro del Interior para movilizar a los votantes socialistas era indiscutible: ante un hipotético enfrentamiento en las urnas entre él y Rajoy la fidelidad de voto del PSOE subía más de 20 puntos (hasta situarse en el 68 %). Como contrapartida el electorado del PP mostraba también una mayor tendencia a movilizarse llegando hasta el 84 %. Pero lo que, en todo caso, quedaba evidenciado era que el PSOE tenía todavía la posibilidad —y contaba con la capacidad— de reaccionar frente a su situación de debacle que arrojaban los sondeos. Sobre todo teniendo en cuenta que el candidato del PP no gozaba de una buena imagen ni entre el conjunto de los ciudadanos ni entre una parte destacable de sus votantes (a pesar de que manifestaban su intención de votar al PP): no confiaba en él un 83 % de los españoles y un 59 % del electorado popular; desaprobaba su gestión un 72 % de los españoles y un 41 % de sus votantes y consideraba que improvisaba sobre la marcha un 65 % del conjunto del electorado y un 37 % de votantes populares. De ahí la importancia que se le podía atribuir al dato que sostenía que frente a una posible terna de candidatos con posibilidad de sustituir a Zapatero formada por Rubalcaba, Carme Chacón y José Blanco, el vicepresidente Primero y ministro del Interior fuera considerado por una

amplia mayoría de ciudadanos y de votantes del PSOE como el que tendría más probabilidades de ganar las elecciones a un PP liderado por Rajoy: 62 % y 69 %, respectivamente (opinaba lo mismo el 60 % de los votantes populares). Rubalcaba, a pesar de que en esos meses tenía una mayor exposición pública, sobre todo, por su condición de portavoz del Gobierno, era el ministro que obtenía el mejor balance ciudadano a su gestión: + 25 (un 56 % de ciudadanos la aprobaba frente a un 31 % que la desaprobaba). Junto a Rubalcaba como figura emergente, o superviviente, del Gobierno aparecía la imagen declinante y probablemente amortizada del presidente del Gobierno. La mayoría de los españoles y del electorado socialista desaprobaba su gestión al frente del gobierno (68 % y 51 %, respectivamente), consideraba que improvisaba sobre la marcha (80 % y 73 %) y desconfiaba de él (80 % y 66 %). Y el dato que quizá mejor sintetizaba el agotamiento que como opción política representaba en esos momentos Zapatero: tres de cada cuatro españoles y la misma proporción de votantes socialistas consideraban que el Presidente no debería volver a ser el candidato del PSOE en las siguientes elecciones generales.

El Barómetro de Clima Social del mes de febrero confirmaban estos datos: con Zapatero como candidato la victoria del PP, además de indiscutible, era más amplia que la estimada un mes antes: los populares superarían a los socialistas por una distancia de 14.9 puntos: 43.3 % frente a 28.4 %. En ese momento, un 77 % de españoles (un 67 % de los votantes socialistas) creía que el PP sería el ganador de unas inminentes elecciones generales, y un 43 % prefería que así fuera (frente a un 34 % que deseaba una victoria del PSOE). Además, los ciudadanos que afirmaban que se sentirían esperanzados si las elecciones las ganaba el PP casi duplicaban a quienes decían que lo se sentirían así si las ganara el PSOE: 43 % frente a 25 %. Incluso uno de cada cuatro votantes socialistas (27 %) decía que se sentiría esperanzado con una victoria de los populares y una proporción idéntica (24 %) vería de manera indiferente un triunfo del PP<sup>161</sup>. En otras palabras, la mitad del electorado del PSOE no manifestaba preocupación alguna si el PP ganaba finalmente las elecciones.

---

<sup>161</sup> La pregunta que se realizó para el caso de una hipotética victoria del PP fue: “Imagine ahora que estamos en el día después de las elecciones generales en España y que el ganador de esas elecciones es el PP. ¿Cómo cree usted que se sentiría tras ese cambio de gobierno: más bien con esperanza, más bien con preocupación o de manera indiferente?”. Para la hipotética victoria del PSOE se utilizó la pregunta: “Imagine ahora que estamos en el día después de las elecciones generales en España y que el ganador de esas elecciones es el PSOE. ¿Cómo cree usted que se sentiría tras este resultado electoral: más bien con esperanza, más bien con preocupación o de manera indiferente?”.

Un dato, sin duda, relevante porque dejaba en entredicho, si no anulaba, la opción de apelar al voto del miedo al PP como mensaje movilizador del voto socialista.

Ese mes de febrero se mantenía el abrumador desafecto que los ciudadanos manifestaban hacia el Presidente y, en general, hacia todo el Gobierno socialista. Y lo que era peor para los intereses electorales del PSOE, crecía sustancialmente con respecto al mes anterior el rechazo entre su propio electorado: un 69 % de los españoles y un 68 % de votantes socialistas (18 puntos más que un mes antes) desaprobaba la gestión de Zapatero al frente del Gobierno; un 80 % del conjunto de ciudadanos y un 79 % de sus votantes (6 puntos más) consideraban que improvisa sobre la marcha; y un 82% de españoles y un 81% entre su electorado (15 puntos más que hace un mes) decían desconfiar del Presidente. De nuevo, el dato que, quizá, mejor sintetizaba el agotamiento que como opción política representaba Zapatero era que ocho de cada diez españoles y la misma proporción de votantes socialistas consideraban que no debería volver a ser el candidato del PSOE en las elecciones generales.

Pero ¿qué ocurriría si el candidato socialista fuera el vicepresidente Primero y ministro de Interior, Alfredo Pérez Rubalcaba? En ese caso, la diferencia que separaba al PSOE del PP en la estimación de voto quedaba reducida a tan solo 3.6 puntos: el PP obtendría un 44.1 % de los votos y un 40.5 % los socialistas.

Frente a la figura decadente de Zapatero, Rubalcaba se consolidaba como la mejor opción electoral para competir contra Rajoy. El vicepresidente Primero era el único ministro, de los evaluados en el sondeo, cuya labor política era aprobada por una mayoría de ciudadanos (un 56 % frente a un 35 % que la desaprobaba). La mayoría de españoles (59 %) seguía considerando, además, que Rubalcaba era quien tenía más probabilidades de ganar a un PP liderado por Rajoy, muy por encima de la ministra de Defensa (14 %), o del ministro de Fomento (8 %). Una opinión que era compartida por la mayoría del electorado tanto del PSOE (69 %) como del PP (47 %). Esto explicaba, en gran parte, el aumento de la fidelidad de voto que registraban ambos partidos cuando se planteaba la hipótesis de un PSOE con Rubalcaba como candidato: la del electorado socialista subía 25 puntos (del 47 % con Zapatero como candidato al 72 %) y la del PP, sin duda consciente de las posibilidades electorales del ministro, 10 puntos (del 79 % al 89 %). Este efecto movilizador que provocaba Rubalcaba en ambos electorados reforzaba el bipartidismo y perjudicaba sustancialmente al resto de partidos políticos, que veían decrecer sus apoyos electorales en el conjunto de España.



El votante socialista daba prácticamente por amortizado a Zapatero y apenas un 17 % de este electorado creía que debería volver a presentarse como candidato en las elecciones generales. Su presencia provocaba una sangría de votantes en el PSOE que solo la figura de Rubalcaba parecía poder evitar. Con el vicepresidente Primero como candidato, los socialistas optaban a mantener a más de dos tercios de su antiguo electorado (con Zapatero no llegaba a la mitad), proporción que, con todo, seguía siendo insuficiente para lograr superar al PP. Sobre todo porque Rubalcaba tenía también la capacidad de movilizar al ya de por sí fiel electorado popular. Este hecho se debía, probablemente, a la percepción entre estos votantes de que con el ministro del Interior la victoria del PP dejaba de estar asegurada. La incertidumbre que creaba un resultado electoral igualado se traducían en un cierre de filas de los votantes de los dos grandes partidos que, como es natural, perjudicaba al resto de fuerzas políticas y, principalmente, a IU y a UPyD. Al primero por el denominado voto útil<sup>162</sup>. Y al segundo por su condición de partido refugio o de segunda opción, es decir, electoralmente se alimentaba mayoritariamente de votantes desencantados con otros partidos políticos que ante un hecho como un resultado electoral incierto o ajustado suelen regresar a su partido de referencia.

En esos momentos había un porcentaje de su electorado que el PSOE podría dar prácticamente por perdido: un 11 %. Era el porcentaje de votantes socialistas que manifestaban su intención de votar al PP con independencia de que el candidato fuera Zapatero o fuera Rubalcaba.

La cuestión, entonces, estaba en saber si Zapatero sería o no el candidato. La opinión ciudadana se encontraba dividida sobre si el Presidente debía aclarar cuanto antes su intención de presentarse: un 47 % pensaba que debía hacerlo, frente a un 40 % para el que no tenía por qué hacerlo (opinión esta última compartida por la mayoría del electorado socialista: 52 %).

En este contexto económico-político, el 2 de febrero el Gobierno firmó el acuerdo social y económico con los representantes de las centrales sindicales —Unión General de

---

<sup>162</sup> A este respecto pueden consultarse entre otros LAGO PEÑAS, I. (2005): El voto estratégico en las elecciones generales en España 1977-2000. Efectos y mecanismos causales en la explicación del comportamiento electoral, Centro de Investigaciones Sociológicas Madrid.; GARCÍA VIÑUELA, E. y ARTÉS, J.: “Una estimación del voto estratégico de Izquierda Unida al Partido Socialista en las elecciones generales del período 2000-200” en núm.128, 2009, págs. 35-55.; MORENO, C. y OÑATE, P.: “Tamaño del distrito y voto estratégico en España” en Revista Española de Investigación Social núm. 107, 2004, págs. 123-151

Trabajadores (UGT) y Comisiones Obreras (CCOO)— de la Confederación Española de Organizaciones Empresariales (CEOE) y de la Confederación Española de la Pequeña y la Mediana Empresa (CEPYME). Si el Presidente del Gobierno contaba con este pacto social para tratar de recomponer su imagen y para propiciar un cambio en el estado de ánimo ciudadano que abriera un nuevo horizonte electoral para su partido, el resultado no pudo ser más decepcionante a la luz de los datos que arrojaba la oleada de febrero del Clima Social. De hecho, se daba la circunstancia contraria: la imagen de Zapatero empeoraba, sobre todo entre los votantes socialistas, y el PP ampliaba su ventaja electoral con respecto al mes anterior.

Los mercados y la clase política, en general, habían acogido favorablemente este pacto social. La ciudadanía, no. A pesar de que el 61% de los españoles creía que la consecución, en aquellos momentos, de un pacto en temas laborales era tan importante que todos los sectores implicados debían estar dispuestos a sacrificios y concesiones para conseguirlo, la mayoría (51 %) pensaba que el acuerdo alcanzado era una mala noticia. La razón principal era que una amplia mayoría decía estar disconforme con gran parte de su contenido: el 76 % estaba en desacuerdo con que, como norma general, la edad de jubilación subiera a 67 años; el 70 % con que para poder jubilarse a los 65 años hubiera que haber cotizado 38 años y medio; y el 66 % con que para el cálculo de la prestación se computaran los últimos 25 años cotizados, en vez de los 15 vigentes en ese momento. Sólo dos aspectos del pacto social obtenían un masivo respaldo ciudadano: el cómputo de nueve meses de cotización en caso de excedencia laboral para el cuidado de un hijo (que evaluaba positivamente un 75 %, tanto de hombres como de mujeres) y la contabilización como período cotizado de las prácticas de becarios postgraduados (que recibía la aprobación del 81 %). Pero la buena acogida de estas medidas concretas no bastaba para compensar el desagrado que generaban todas las demás. Y por ello dos de cada tres españoles (67 %) consideraban que el gobierno de Zapatero no podía apuntarse como un éxito el acuerdo logrado: lo manifestaba así el 83 % de los votantes del PP, pero también el 62 % de los de IU y el 55 % de los propios votantes del PSOE. En realidad, para la ciudadanía, ninguna de las partes implicadas en el pacto había tenido una actuación que mereciera una evaluación positiva: la actuación de los sindicatos era puntuada con un 3.8 (en una escala de 0 a 10), la del PP como principal partido de la oposición con un 3.8, la del Gobierno con un 3.9 y la de la patronal con un 4.2.

Con todo, el PP seguía capitalizando el pésimo clima social caracterizado por la crítica ciudadana a la situación económica y política española y por la desafección hacia el

presidente del Gobierno y hacia gran parte de su gabinete ministerial. Los populares se situaban en la oleada de marzo del Clima Social de Metroscopia a 15.9 puntos de distancia del PSOE en estimación de resultado electoral (un punto más que en el mes de febrero): 44.0 % frente a 28.1 %<sup>163</sup>. Y esto, a pesar de que Rajoy seguía siendo reprobado por la mayoría de los ciudadanos.

El silencio de Zapatero sobre su futuro político, la incertidumbre acerca de si se iba o no a presentar como candidato en las siguientes elecciones generales, estaba frenando la capacidad movilizadora del PSOE. En aquellos momentos, sólo un 45 % de quienes habían votado a los socialistas en 2008 decían que volverían a repetir su voto en unos nuevos comicios. La mayoría (57 %) de los votantes socialistas pensaba, de hecho, que lo mejor para los intereses electorales del PSOE era que el Presidente hiciera pública su decisión antes de la celebración de las elecciones municipales y autonómicas que se iban a celebrar tres meses después, el 22 mes de mayo. Los votantes socialistas pensaban, probablemente, que si el Presidente no hacía ese anuncio con antelación, las elecciones de mayo acabarían convirtiéndose en un referéndum negativo sobre su continuidad al frente del Gobierno y que, por tanto, afectaría a todas las candidaturas locales y regionales. Un presentimiento que coincidía con las principales conclusiones de un estudio preelectoral llevado a cabo por Metroscopia<sup>164</sup>, en el conjunto de España, entre finales de febrero y comienzos de marzo, sobre las elecciones municipales y autonómicas. Se estimaba que, en esos momentos, cuando quedaban dos y meses y medio para los comicios locales y autonómicos, el PP ganaría al PSOE las elecciones municipales por una diferencia, en el conjunto de España, de casi ocho puntos (39.7 % frente a 31.9 %); y las elecciones autonómicas, en las 13 Comunidades en las que se iban a celebrar, por una diferencia de 14.4 puntos (48.3 % frente a 33.9 %). Diferencias, y porcentajes, que no fueron muy diferentes a los que finalmente acabaron produciéndose<sup>165</sup> lo que permite, probablemente, dar por válidas las razones apuntadas en las conclusiones del sondeo

---

<sup>163</sup> En el Barómetro de abril del CIS la distancia entre el PP y el PSOE en la estimación de voto era de 10.4: 43.8 % frente a 33.4 %, la diferencia más elevada favorable al PP registrada en los Barómetros del CIS desde la de julio de 2000 (poco después de la victoria por mayoría absoluta lograda por los populares con José María Aznar al frente). En aquella oleada, la distancia fue de 15 puntos.

<sup>164</sup> Se trata de un estudio privado y no publicado. Entre el 28 de febrero y el 7 de marzo de 2011 se realizaron 2500 entrevistas telefónicas (a teléfonos fijos) en el conjunto de España, estratificadas por la intersección hábitat/Comunidad Autónoma y distribuidas de manera proporcional al total de la región. Se aplicaron cuotas de sexo y edad a la unidad última (individuo).

<sup>165</sup> En las elecciones municipales de mayo de 2011 el PP superó al PSOE en el conjunto de España por 9.7 puntos (37.5 % frente a 27.8 %).

sobre las causas de esa derrota. Eran, básicamente, cuatro. En primer lugar, la dispar fidelidad de voto de ambas formaciones políticas. En ese momento, a falta de solo dos meses y medios para la celebración de los comicios, el 73 % de quienes habían votado al PP en las elecciones municipales de 2007 tenían intención de repetir su voto en mayo de 2011. En el caso del PSOE, el porcentaje era 22 puntos inferior (51 %). Esta variable — que permite estimar el grado de movilización de cada electorado— ponía de manifiesto el estado anímico —electoralmente hablando— en el que se encontraban los votantes de cada partido: depresivo en el caso de los socialistas y de euforia en el de los populares<sup>166</sup> (véase Cuadro 3).

CUADRO 3							
Intención Directa de Voto para las elecciones municipales del 22 de mayo							
(En porcentajes)							
Datos agregados para el CONJUNTO DE ESPAÑA							
	Total entrevistados Marzo 2011		Entrevistados que en las Elecciones Municipales de 2007 votaron al...				Porcentaje real de voto sobre Censo en las Elecciones Municipales de 2007
			PP		PSOE		
PP	23.7		73.4		7.3		22.1
PSOE	19.3		2.1		51.4		22.5
IU	3.6		0.2		2.6		3.5
CiU	3.0		0.2		1.4		2.1
UPyD	0.8		1.0		0.5		--
ERC	0.7		--		0.1		1.0
PNV	0.7		--		--		0.9
Coalición Canaria	0.7		0.2		--		0.6
BNG	0.7		--		0.1		0.9
Verdes	0.5		--		0.5		0.3
Otro	3.0		0.5		1.4		8.2
Blanco / (nulos)	2.9		0.7		3.7		1.2
No votaría (no votó)	6.4	40.3	1.2	21.7	3.6	31.0	36.7
No lo ha decidido	26.3		17.8		22.9		--
No contesta	7.6		2.7		4.5		--
TOTAL	100		100		100		100

Fuente: Banco de Datos de Metroscopia

<sup>166</sup> La fidelidad del electorado autonómico del PSOE era algo más elevada que la de su electorado local y nacional, pero seguía situándose a una gran distancia de la que mostraban los votantes del PP en las 13 regiones en las que se iban a celebrar elecciones autonómicas: 55 % frente a 82 %.

En segundo lugar, al PP le favorecía el trasvase de voto entre populares y socialistas: un 7.3 % de votantes del PSOE en 2007 manifestaban su intención de votar al PP en 2001, frente a un 2.1 % que, a la inversa, votaron al PP y decían que votarían al PSOE.

En tercer lugar, el peso de la política nacional en la decisión de voto, sobre todo, en las grandes capitales. La mayoría de españoles (43 %) señalaba que la evaluación de la gestión local, esto es, su percepción sobre la labor desempeñada por cada uno de los partidos de su municipio, iba a ser el factor principal que iba a determinar su voto en las elecciones municipales. Pero según aumentaba el tamaño del municipio, los electores otorgaban cada vez más peso en su decisión al trabajo desempeñado por sus gobiernos autonómicos y por el gobierno central<sup>167</sup>. Parecía evidente que cuanto más se fijaran los electores en la gestión regional y en la estatal, los intereses electorales del PSOE se iban a ver más afectados. En el ámbito estatal, porque la percepción de los españoles sobre la situación económica y política de España era abrumadoramente negativa<sup>168</sup> y la calificación del presidente del Gobierno se situaba por debajo de la del líder de la oposición no solo entre el conjunto de los españoles (3.5 frente a 4.3) sino también entre sus respectivos electorados (5.1 frente a 6.8). En el ámbito regional, porque los ciudadanos evaluaban claramente mejor, en general, la labor desempeñada por los gobiernos autonómicos del PP que por los gobiernos del PSOE<sup>169</sup>.

La cuarta razón, relacionada con la anterior, era la evidente animadversión de los electores hacia la “marca” PSOE en todos los ámbitos analizados (local, regional y nacional). Un claro reflejo de este hecho era que un 24 % de los españoles manifestaban que en ningún caso votarían al PSOE en las elecciones municipales de mayo. En un estudio llevado a cabo en marzo de 2007, cuando faltaban, también, apenas dos meses para las elecciones municipales, el porcentaje que rechazaba votar a los socialistas era de tan sólo un 14 %. Es decir, el rechazo a votar al PSOE había aumentado 10 puntos en cuatro años, mientras que el rechazo a votar al PP, aun siendo más elevado, había descendido cuatro puntos (del

---

<sup>167</sup> Cuando se preguntaba a los electores qué iban a tener más en cuenta a la hora de decidir su voto en las elecciones autonómicas, la mayoría (53 %) mencionaba el cómo estaba funcionando el gobierno de su Comunidad. En este caso, al contrario que cuando se preguntaba por la principal razón para el caso de las elecciones municipales, este porcentaje no disminuía según aumentaba el tamaño del municipio.

<sup>168</sup> Las calificaciones negativas de las situaciones política y económica de España eran expresadas por un 71 % y un 91 % de españoles, respectivamente según los datos de la oleada de marzo del Barómetro de Clima Social de Metroscopia para el diario EL PAÍS.

<sup>169</sup> Como ejemplo, en cada caso, pueden indicarse la Comunidad andaluza y la Comunidad de Madrid: en la primera, gobernada por los socialistas, las estimaciones electorales de varios sondeos vaticinaban un vuelco electoral favorable a los populares, mientras que en la segunda, presidida por el PP, los sondeos preveían el mantenimiento, o incluso la ampliación, de la mayoría absoluta con la que, en esos momentos, gobernaba el PP.

37 % al 33 %). Un dato a tener en cuenta es que el aumento del rechazo al PSOE se producía entre aquellos electores con mayor probabilidad de votar o haber votado en alguna ocasión al PSOE (por mayor afinidad ideológica)<sup>170</sup> y, sin embargo, el rechazo al PP provenía de votantes que, casi con toda seguridad, nunca le habían votado ni tenían intención de hacerlo. Es decir, aunque el porcentaje de rechazo al PP fuera superior al del PSOE, era claramente más perjudicial en términos electorales para este último que para el primero<sup>171</sup>.

En todo caso, y al margen de cuándo Zapatero hiciera el anuncio público, uno de cada dos (52 %) electores del PSOE opinaba que si finalmente decidía no presentarse —como, por otro lado, decía preferir el 77 % de sus votantes—, el partido debía elegir al nuevo candidato mediante la celebración de unas elecciones primarias en las que no sólo pudieran votar los militantes, sino también los simpatizantes<sup>172</sup>. Sin duda, un proceso de primarias abierto como el que proponía la mayoría de sus votantes parecía, en ese momento, que podría servir de reactivo para un electorado cuya apatía y alejamiento del partido empezaban a ser crónicos. La mayoría de los propios votantes socialistas parecían, además, seguir dando por amortizado a Zapatero: un 69 % creía que improvisaba sobre la marcha, un 67 % tenía poca o ninguna confianza en él y un 51 % desaprobaba su gestión como Presidente. De los principales ministros del Gabinete, de nuevo solo dos lograban un mayoritario aprobado: el vicepresidente primero y ministro del Interior, Alfredo Pérez Rubalcaba, con un balance entre quienes aprobaban su gestión y la desaprobaban de +18 (54 % frente a 36 %), y Chacón, con un +12 (49 % frente a 37 %). Los dos parecían, así, seguir siendo las mejores opciones para liderar al PSOE si finalmente Zapatero daba un paso atrás. Pero la falta de concreción del Presidente estaba perjudicando a su partido. En el Clima Social de abril pasaban a ser mayoría (53 %) los españoles que pensaban que la renuncia de Zapatero a optar a la reelección no contribuiría (o lo haría mínimamente) a mejorar las posibilidades de victoria del PSOE. Cinco meses antes —en la oleada de noviembre de 2010— las opiniones se dividían en ese punto: el 46 % pensaba que la ausencia del Presidente en las listas aumentaría las probabilidades de victoria socialista,

---

<sup>170</sup> Votantes de todas las formaciones situadas ideológicamente a la izquierda y de partidos políticos nacionalistas.

<sup>171</sup> Para el caso de las elecciones autonómicas, se igualaba el porcentaje de rechazo hacia el PP y el PSOE, esto es, el porcentaje de electores que en ningún caso votarían a cada partido era idéntico: 29 %.

<sup>172</sup> El 19 de febrero el Partido Socialista de Cataluña (PSC), había celebrado elecciones primarias para elegir a su candidato a la alcaldía de Barcelona en las elecciones municipales de mayo de ese año, permitiendo votar tanto a los militantes como a los simpatizantes.

frente a un 43% que no lo creía así. Dicho de otro modo, que Zapatero fuera de nuevo o no el candidato socialista era un factor al que la ciudadanía tendía a conceder cada vez menos influencia sobre el resultado electoral esperable. La derrota del PSOE se daba por descontada en todo caso: un 55 % de la ciudadanía pensaba que con independencia de lo que hiciera el PSOE en el tiempo que quedaba hasta las elecciones, la derrota de los socialistas estaba asegurada. Esta tendencia —ascendente desde la oleada de noviembre de 2010— a dar por segura la pérdida de las elecciones aumentó también entre el electorado socialista: aunque seguían siendo una mayoría (54 %) los votantes de este partido que creían que todavía era posible recuperarse e, incluso, vencer, ese porcentaje era 11 puntos inferior al registrado cinco meses antes. Por el contrario, y en clara concordancia con estos datos, entre los votantes populares estaba cada vez más extendida la idea de que en las siguientes elecciones la victoria no se les escapaba (un 75 % veían imposible una recuperación de su rival).

Ahora bien, los datos de esta oleada del sondeo volvían a indicar que dependiendo de la persona que finalmente acabara siendo la candidata del PSOE, su derrota podría ser más o menos abultada. En este sentido, la mayoría (52 %) del electorado socialista consideraba que Rubalcaba, era el candidato que podría lograr un mejor resultado frente a un PP liderado por Rajoy, frente a solo un 15 % que pensaba que como mejor les irían las cosas sería con Chacón como candidata, un 14 % que sería con Bono y tan solo un 10 % que sería con el propio Zapatero si finalmente decidía volver a presentarse.

Finalmente, el 2 de abril de 2011, Zapatero revelaba, en un discurso ante el Comité Federal del PSOE, que no se iba a presentar como candidato a las elecciones generales<sup>173</sup>. Los efectos más inmediatos que tuvo este anuncio entre el conjunto del electorado y entre los votantes socialistas quedaron reflejados en la oleada de mayo del Clima Social (llevada a cabo entre los días 27 y 28 de ese mes). Según el resultado electoral estimado en esta oleada el PSOE recortaría la distancia que le separaba del PP en la oleada precedente hasta situarse en los 12.6 puntos (3.2 menos que un mes antes cuando el presidente del Gobierno aún no se había pronunciado sobre su futuro). La renuncia de Zapatero tuvo, sin duda, un inmediato efecto catártico y movilizador en el electorado del PSOE pero que se demostró puntual. En esos momentos, aumentó nueve puntos con

---

<sup>173</sup> La crónica del Comité puede leerse en: [http://elpais.com/elpais/2011/04/02/actualidad/1301732218\\_850215.html](http://elpais.com/elpais/2011/04/02/actualidad/1301732218_850215.html)

respecto al mes precedente (hasta llegar a un 63 %) el porcentaje de votantes socialistas que pensaban que, en el tiempo que quedaba hasta la celebración de las elecciones generales, el PSOE aún podía recuperarse e incluso llegar a ganarlas. Y pasaron a constituir una amplia mayoría los votantes socialistas —y, aunque en menor medida, también aumentó entre los votantes populares— que consideraban que las perspectivas electorales del PSOE habían mejorado con la retirada de Zapatero: de un 51 % en abril a un 62 % en mayo en el caso de los socialistas y de un 30 % a un 42 % en el caso de los populares. La recuperación de confianza del electorado del PSOE se plasmaba en un aumento de su fidelidad de voto de 14 puntos con respecto al mes de abril (de un 44 % pasaba a un 58 %).

No obstante, el “efecto renuncia” de Zapatero apenas tuvo influencia entre el electorado popular. El PP mantenía prácticamente intactas sus posibilidades de victoria, gracias, en gran medida, a la lealtad de sus votantes: el porcentaje de quienes habían votado a este partido en 2008 y decían que lo iba a volver a hacer se situaba en el 88 %, seis puntos más, incluso, que el porcentaje registrado en la oleada de abril. La confianza en la victoria de este electorado seguía prácticamente intacta y una amplia mayoría del mismo (71 %) continuaba manteniendo que el PSOE no sería capaz ya ganar las siguientes elecciones generales hiciera lo que hiciera en el tiempo que quedaba hasta su celebración.

Por otro lado, el clima de opinión y las preferencias de los españoles seguían estando del lado del PP: un 75 % creía que los populares ganarían las elecciones generales (prácticamente el mismo porcentaje lo pensaba el mes anterior: 78 %); y seguían siendo algunos más quienes decían preferir una victoria del PP antes que una del PSOE (42 % frente a 39 %). La capacidad de movilizar a su electorado era, por tanto, determinante para los socialistas si querían dar la batalla al PP. La cuestión estribaba en saber si la mayor efervescencia mostrada por los votantes socialistas tras la renuncia de Zapatero era meramente coyuntural, es decir, si obedecía a un entusiasmo específico y pasajero fruto de esa renuncia, o si, por el contrario, se trataba del inicio de la recuperación y, por tanto, de algo más duradero y con visos de crecer. En ese sentido, cabe destacar que continuaba sin haber un consenso claro entre el electorado socialista en cuanto a qué harían finalmente los votantes de del PSOE que en esos momentos afirmaban que no volverían a votarlo y seguía su división en dos mitades: un 46 % creía que acabarían votando



nuevamente al PSOE cuando una victoria del PP pareciera una realidad inminente, frente a un 49 % que opinaba que no lo harían.

En todo caso, en el trayecto hasta los siguientes comicios había dos hitos que iban a afectar a la situación política nacional. En primer lugar, las elecciones municipales y autonómicas del 22 de mayo. La posibilidad de que el PSOE perdiera la alcaldía de algunas capitales emblemáticas, como Sevilla o Barcelona, unida a la también posibilidad de perder la presidencia del gobierno de Comunidades Autónomas en donde siempre había gobernado, como Castilla-La Mancha o Extremadura, podrían suponer un duro golpe a las aspiraciones electorales socialistas de cara a las generales y al estado de ánimo de sus votantes.

El segundo acontecimiento clave era la celebración de las elecciones primarias para elegir al nuevo candidato socialista que se iba a enfrentar a Rajoy por la presidencia del Gobierno de España. Un debate que el PSOE había decidido aplazar hasta después del 22 de mayo y que tenía como principales protagonistas a Rubalcaba, y a Chacón. Ambos eran, precisamente, los únicos ministros, cuya gestión venía logrando una aprobación mayoritaria entre la ciudadanía a lo largo de las oleadas precedentes. En el caso concreto de la oleada de abril Rubalcaba era aprobado por un 56 % (81 % entre los votantes socialistas) y Chacón por un 54 % (75 % entre su electorado). No obstante, de los dos, era Rubalcaba quien, según este sondeo, lograría un mejor resultado frente a Rajoy: así lo pensaba el 56 % de los españoles (frente a un 25 % que veía con mejores expectativas a Chacón) y, más importante, un 71 % de los votantes socialistas (frente a un 19 % que mencionaba a Chacón). La mayor o menor movilización del electorado socialista en las elecciones iba a estar en gran parte determinada, probablemente, por cómo se desarrollara el proceso de primarias y por quién fuera finalmente el ganador. Hay que tener en cuenta que, como había ocurrido en otras ocasiones, no siempre el ganador de un proceso de primarias es el preferido por el electorado. Solo los militantes tienen la última palabra y esta no siempre coincide con la del conjunto de los votantes de un partido.

También entre los votantes populares eran más quienes veían a Rubalcaba en mejor disposición que a Chacón de conseguir un mejor resultado frente a Rajoy (43 % frente a 26 %). Un Rajoy cuya gestión como líder de la oposición seguía siendo desaprobada por la amplia mayoría de los españoles (70 %, un 38% entre sus votantes), que continuaba

transmitiendo sensación de improvisación (62 %) y que generaba poca o ninguna confianza al 81% de los ciudadanos (y, ni más ni menos, que a un 54 % de sus votantes).

En todo caso, los españoles seguían siendo abrumadoramente críticos con la situación económica (un 87 % la calificaba negativamente) y pesimistas con respecto al final de la crisis mundial (un 77 % creía que estaba lejos) y, sobre todo, de la española (89 %) <sup>174</sup>. La extensión y profundización de la crisis económica seguía afectando negativamente a la clase política española. Pero no en exclusiva. En medio del pesimismo por la evolución de la economía, se generalizaba entre la ciudadanía la opinión de que los sistemas democráticos estaban perdiendo capacidad de decisión frente a los agentes económicos. Así, para tres de cada cuatro españoles (78 %), la evolución de la crisis económica evidenciaba que quien realmente mandaba en el mundo no eran ya los estados sino “los mercados” y más de la mitad (59 %) creía que se estaban debilitando a los sistemas democráticos debido a la globalización económica. Como la española, la crisis económica mundial tampoco parecía tener atisbos de mejoría para una amplia mayoría de los ciudadanos (77 %) <sup>175</sup>. Las promesas de reformas realizadas al inicio de la crisis, como la de “refundar el capitalismo” promulgada por Nicolás Sarkozy en 2008, parecían haber caído en saco roto para tres de cada cuatro españoles (76 %), que creían que se había avanzado poco o nada en las reformas desde entonces. Incluso, para el 39 % de los ciudadanos, la viabilidad del sistema económico parecía estar en entredicho, ya que la crisis económica habría mostrado que el sistema capitalista “ya no daba más de sí”. En cambio, algo más de la mayoría (55 %) creía que, a pesar de que los defectos del sistema económico “son importantes”, se podían encontrar formas de corregirlo para que pudiera volver a funcionar “como antes”.

La Unión Europea era vista como un elemento positivo para España pero con pocas capacidades a la hora de actuar. La amplia mayoría (70 %) consideraba que la pertenencia a la Unión estaba siendo muy o bastante positiva para España —solo un 8% la calificaba de nada positiva en aquellos momentos— pero, al mismo tiempo, creía que en la construcción europea faltaban instrumentos adecuados para llevar a cabo políticas

---

<sup>174</sup> Malos datos en todo caso, pero peores, si se tiene en cuenta que el sondeo se había realizado justo antes de que se conocieran los últimos datos de la Encuesta de Población Activa (EPA), divulgados el 29 de abril, que arrojaban una elevada tasa de paro por encima del 20 % (exactamente, el 21.3 %).

<sup>175</sup> Los datos corresponden a la segunda oleada del Barómetro de Pulso de España de la Fundación Ortega-Marañón, llevada a cabo por Metroscopia del 3 al 17 de febrero y en la que se entrevistó a 2.500 españoles mayores de edad.

realmente eficaces. Así, tres de cada cuatro españoles (72 %) consideraban urgente el establecimiento de un gobierno europeo con suficientes poderes para unificar y coordinar la actuación de los 27 países de la Unión Europea y el 62 % pensaba que las dificultades que esta afrontaba para luchar contra la crisis económica se debían a que se había avanzado más en la integración de la economía que en la creación de un gobierno político europeo eficaz.

La percepción generalizada de que existía una cierta falta de capacidad de maniobra de los estados y de la propia Unión Europea para hacer frente a crisis económicas como la que afectaba en esos momentos a prácticamente todos los países no parecían atemperar el desencanto general con la gestión del presidente del Gobierno. Dos de cada tres españoles desaprobaba el trabajo de Zapatero al frente del ejecutivo, frente a solo el 27 % que lo aprobaba. No obstante, el líder de la oposición seguía sin salir mejor librado: tan solo un 27 % de los españoles creía que la gestión Rajoy sería mejor que la de Zapatero si fuese presidente del Gobierno en esos momentos, frente al 31 % que pensaba que sería igual y al 30 % que consideraba que su gestión sería peor. El desencanto con los líderes de los dos principales partidos políticos parecía extenderse más allá de sus despachos. En esta segunda oleada del Barómetro de Pulso de España se constataba una cierta disminución de la confianza en las instituciones políticas en general: la confianza en el Parlamento caía de 5.5 a 4.4 en el último trimestre, en los partidos políticos de 3.5 a 3.2 y en los ayuntamientos de 4.9 a 4.6. Parecía que la confianza política continuaba sin haber tocado suelo en un lento pero paulatino desgaste.

En este clima de opinión, el domingo previo al de la celebración de las elecciones municipales y autonómicas, tuvieron lugar en algunas capitales españolas una serie de manifestaciones ciudadanas de protesta contra la situación económica y política de España, que darían lugar a lo que posteriormente se ha conocido como el Movimiento de los indignados o Movimiento 15M (en alusión a la fecha en la que tuvieron lugar).

### **B) El Movimiento 15M y la cartelización de los partidos políticos en España**

La campaña electoral de elecciones municipales y autonómicas celebradas el 22 de mayo en España estaban transcurriendo como en principio era de esperar: unos hablando sobre las cuestiones nacionales (el PP) y otros debatiendo sobre los aspectos y las políticas locales y regionales (el PSOE). Los populares, conscientes de que todo lo que fuera hablar de la situación de España les era beneficioso electoralmente, centraban sus discursos en

la crisis económica y en la figura del presidente del Gobierno. En la economía porque, junto a su reflejo más directamente perjudicial para el ciudadano (el paro) eran los problemas que más preocupaban y más afectaban a los españoles<sup>176</sup>. En la figura de Zapatero, porque aunque los ciudadanos inicialmente no le señalaron como el responsable de la crisis, su gestión de la misma fue generando un mayoritario rechazo y desconfianza hacia su persona no solo entre el conjunto de la ciudadanía sino, también, entre su propio electorado. La marca ZP que tan buenos réditos electorales le dieron al PSOE en las elecciones generales de 2008 se volvía, en aquella ocasión, en contra de los socialistas: el deterioro entre el electorado de España (y también entre los votantes del PSOE) de la imagen de marca tanto del presidente como del Gobierno en su conjunto, contaminaban a las siglas y a los líderes municipales y regionales del partido. Conscientes de estos hechos, los populares trataban de transmitir la idea de que el domingo 22 de mayo además de celebrarse elecciones municipales y autonómicas en España, iba a tener lugar, también, un plebiscito sobre el Presidente por su gestión de la crisis económica. Hay quien incluso daba a entender que las elecciones locales y regionales eran una primera vuelta de las elecciones generales.

Los socialistas, por el contrario, intentaban que la agenda política estuviera copada por las políticas municipales y autonómicas. Por un lado, porque también ellos eran conocedores de que todo lo que fuera hablar de política nacional les restaba apoyos en las urnas (por los motivos expuestos anteriormente). Por otro lado, porque los ciudadanos evaluaban positivamente la gestión política de los líderes socialistas en la mayoría de regiones y municipios importantes en los que gobernaban (por ejemplo, Guillermo Fernández Vara en Extremadura, José María Barreda en Castilla La Mancha o Jordi Hereu en la Alcaldía de Barcelona). Cuanto más se hablara de lo local (o de lo regional) durante la campaña más probabilidades de ganar parecían tener.

Hasta que a una semana de las elecciones, el domingo 15 de mayo, unos miles de personas convocados por la plataforma denominada Democracia Real Ya se manifestaban en las calles de varias ciudades españolas para, según afirmaban en su primer comunicado, intentar cambiar la precaria situación de algunos ciudadanos y conseguir un futuro digno. Acusaban como culpables de su situación “a los poderes políticos y económicos”. A las

---

<sup>176</sup> En el Barómetro del CIS de abril de 2011, el previo a las elecciones municipales, el paro era mencionado como uno de los tres principales problemas de España por un 82.5 % de los ciudadanos y por un 44.5 % como uno de los tres que más le afectaban personalmente, seguido de los problemas de índole económica (47.2 % y 41.4 % respectivamente).

manifestaciones le sucedieron una serie de acampadas y concentraciones en las plazas de algunas ciudades (la que marcó la pauta fue la llevada a cabo en la plaza de la Puerta del Sol de Madrid) que se convirtieron en el foco de atención mediática dejando en un segundo plano toda información referida a la campaña electoral. Las acampadas, que iban concentrando cada vez a más gente, continuaron, incluso, hasta el día de la jornada de reflexión, el sábado 21 de mayo, copando y marcando, en gran medida, la agenda política de la última semana previa a los comicios. Entre sus reivindicaciones desatacaban, las que pedían a los ciudadanos que en las inminentes elecciones que se iban a celebrar, no votaran a los dos grandes partidos, PSOE y PP, y que optaran por votar, bien a algún partido minoritario, bien en blanco, o bien votaran nulo. No renegaban, por tanto, del sistema político sino del denominado bipartidismo imperfecto español. El eslogan más coreado y que ha quedado como una de las señas de identidad del finalmente denominado movimiento 15M, es “No nos representan” en referencia a los partidos políticos (con el tiempo la crítica se extendió a todos los partidos, sin distinción entre mayoritarios y minoritarios) y, en general a la clase política.

¿Por qué surgió en esos momentos? Hay estudios que vinculan el surgimiento de los movimientos sociales bien a la debilidad de los partidos para representar intereses y demandas de crecientes sectores sociales bien a la falta de credibilidad de los cauces convencionales para participar en la vida pública en nuestras democracias o como formas alternativas de participación y decisión en asuntos de interés colectivo (Ramos, 1997).

¿Se encontraba España, en estos momentos, conviviendo con ambos problemas?

Los datos de los Barómetros llevados a cabo por el CIS y otros estudios sociopolíticos de Institutos privados de opinión pública ponían de manifiesto que la desafección de los ciudadanos hacia la política y el malestar hacia la los políticos no eran una cuestión nueva y reciente sino algo instalado en el colectivo social desde tiempo atrás. De hecho, España está dentro del grupo de países europeos en los que la desafección política y la desconfianza en las instituciones son cuestiones más estructurales que coyunturales (Vallés, op. cit.). En el Barómetro de junio de 2009 del CIS, los españoles situaban por primera vez a los partidos políticos (la “clase” política) entre los cinco principales problemas de España. En dos años, habían subido dos puestos, y en el Barómetro del CIS de mayo de 2011 aparecían, ya, en la tercera posición, solo precedidos por el paro y los problemas de índole económica y por delante del terrorismo, la inseguridad ciudadana o la inmigración (problemas que, tradicionalmente, siempre se habían copado puestos superiores).

Por otro lado, en una encuesta llevada a cabo en noviembre de 2010<sup>177</sup> las críticas hacia los partidos políticos y hacia los políticos no podían ser más evidentes. En un ranking de confianza institucional ciudadana que engloba a 28 instituciones o grupos sociales los partidos políticos ocupaban la penúltima posición con una puntuación media de 3.5 (en una escala de 0 a 10 en la que el 0 equivale a que al ciudadano no le inspira ninguna confianza esa institución o grupos social y 10 a mucha) y los políticos aparecían en la posición 24 con una puntuación, en promedio, de 3.8. Cabe señalar que entre los dos, la ciudadanía situaba a los Bancos (con la misma puntuación que los políticos: 3.8) y a los sindicatos (3.6). La política, por otro lado, ocupaba para los españoles el último lugar en importancia en relación con ocho aspectos de la vida: con un 4.3 de media se ve superada por la familia (9.5), la salud (9.5), los amigos (8.3), tener tiempo libre (8.1), el trabajo (8.1), el dinero (7.2) e, incluso, por la religión (4.4).

Pero los peor parados eran, sin duda, los partidos políticos. La abrumadora mayoría de los ciudadanos estaban de acuerdo con que los partidos, cada vez más, tendían a pensar solo en lo que les beneficia e interesa (89 %), en que la prioridad de estos no era lo que piensa la gente (82 %) y en que tal y como estaban funcionando y estaban organizados era muy difícil que lograran atraer y reclutar para la actividad política a las personas más competentes y mejor preparadas (79 %). Por si fuera poco, un 88 % de los españoles opinaba que los políticos habían abandonado el espíritu de consenso, seña de identidad de la Transición española, y que solo pensaban en sus exclusivos intereses partidistas, con independencia de lo que pudiera ser más conveniente para el conjunto de la sociedad española. Para tres de cada cuatro ciudadanos (73 %) lo que España necesitaba era una “segunda Transición” que, con el mismo espíritu de pacto y concordia que la primera, acometiera la modificación y actualización de muchos aspectos del sistema político español.

La pregunta, quizá, más pertinente que debía hacerse no era tanto por qué se iniciaba un movimiento como el del 15M, sino por qué en ese momento y no antes. Sin duda, la crisis económica, que llevaba ya camino de su cuarto año consecutivo, había servido, si no de catalizador, sí de estupendo caldo de cultivo de un latente descontento hacia la política y los políticos. Hasta ese momento, una y otros eran percibidos no tanto como un problema

---

<sup>177</sup> Datos obtenidos por el sondeo de Metroscopia que sirvió de base para la publicación del Pulso de España 2010 (Toharia, 2011).

social sino más como un mal menor con el que había que convivir pero que no era especialmente molesto.

Con la crisis, sin embargo, el mayor crecimiento económico que desde la Transición ha conocido nuestro país no solo sufría un frenazo en seco sino que, con la profundización de la misma, parecía que se empezaba a poner en cuestión algunos pilares básicos del actual estado del bienestar. Hay que tener en cuenta que a finales del 2010, el alto nivel de desempleo juvenil<sup>178</sup>, una de las principales secuelas de la crisis económica, constituía para dos de cada tres españoles (62 %) una situación muy grave que nunca antes se había dado con tanta fuerza. Entre los españoles mayores de 55 años, es decir, entre quienes por edad estaban en mejores condiciones para efectuar con fundamento comparaciones intertemporales, esa opinión era expresada por un 70 %. En las Comunidades Autónomas con mayores tasas de desempleo juvenil (como, por ejemplo, Andalucía, donde, en esos momentos, un 50 % de los jóvenes carecía de trabajo), aumentaba hasta el 70 % el porcentaje de quienes pensaban en ese momento que una situación así no se había dado nunca antes.

Por otro lado, siete de cada diez españoles (70 %) consideraban que el hecho de que los jóvenes tuvieran tantas dificultades para encontrar un trabajo que les permitiera independizarse y vivir por su cuenta era algo que le les iba a marcar para siempre y que les impediría organizar su vida de forma similar a como en su momento pudieron hacerlo, en cambio, las generaciones precedentes. Y en este sombrío pronóstico coincidían tanto los más jóvenes (75 %) como los de más edad (70 %).

La evaluación ciudadana de la economía española y la percepción de su evolución a medio plazo no permitían, tampoco, una visión optimista del futuro. La proporción de españoles que calificaban negativamente la situación económica de nuestro país se había mantenido estable en los últimos seis meses (en torno a nueve de cada 10) al igual que la de quienes consideraban que aún faltaba tiempo para que aquella empezara a mejorar (también nueve de cada 10). Estas proporciones eran las mismas, en ambos casos, entre los menores de 35 años.

---

<sup>178</sup> Según datos de Eurostat de febrero de 2011, España era el país de la UE-27 con la mayor tasa de paro juvenil: 43.5 %, el doble que la tasa general de desempleo. Una cifra similar no se registraba en España desde el período comprendido entre 1993 y 1997 y, anteriormente, entre 1981 y 1988.

Y los partidos políticos y sus líderes se revelaban frente a la opinión pública incapaces de dar una respuesta aceptable a todos estos problemas. Las encuestas ponían de manifiesto, además, que los españoles creían que cuando hay problemas urgentes por resolver es más importante que los políticos busquen soluciones prácticas de la forma más rápida posible (84 %) a que sean fieles a sus principios ideológicos (12 %). ¿Habían actuado los partidos con la celeridad que las circunstancias imponían? La respuesta es negativa según la mayoritaria percepción de los ciudadanos tal y como ya se ha desarrollado en las páginas anteriores. Primero porque el Gobierno español y, en concreto, el Presidente Zapatero había estado negando la crisis durante la primera fase de esta. En sus discursos y entrevistas utilizaba eufemismos para referirse a ella: desaceleración del crecimiento, que luego pasó a ser una desaceleración acelerada y posteriormente una desaceleración profunda. Cuando ya era imposible, además de ridículo, negar que efectivamente la economía mundial y, por ende, la economía española, estuvieran en crisis, la credibilidad del Gobierno entre los ciudadanos se había visto seriamente afectada. Una negación de la realidad que los españoles achacaron a intereses electorales (las elecciones generales tuvieron lugar en marzo de 2008 y no fue hasta junio de ese año cuando Zapatero mencionó la palabra “crisis”) es decir, a intereses particulares y no colectivos que beneficiaran a la sociedad. Se interpretó, además, que el hecho de haber estado negando que nuestra economía estaba entrando (y ya se había adentrado) en una fase de crisis económica, impidió al Gobierno actuar y tomar las medidas adecuadas que hubieran, por lo menos, atenuado su gravedad: para qué se iban a tomar medidas para combatir una crisis que no existía.

Segundo, porque cuando finalmente el Gobierno tuvo que adoptar las medidas más duras con el objetivo de recortar el gasto público para hacer frente a la crisis (el 12 de mayo de 2010), la ciudadanía percibió que estas eran impuestas, injustas, insuficientes y, sobre todo, que llegaban tarde. Impuestas (lo pensaba el 67 % de los ciudadanos) porque se entendió que respondían más a presiones externas sobre el Gobierno que a una decisión meditada y autónoma de éste. Injustas (así opinaba el 63 %) porque recaían principal, y casi exclusivamente, sobre los ciudadanos y apenas afectaban a quienes habían sido, o se les consideraba, los principales causantes de la crisis (entre ellos, los bancos). Y, en este sentido, eran, por tanto, también insuficientes (69 %). La mayor crítica de los ciudadanos era, con todo, que las medidas llegaban tarde, cuando la crisis ya era lo suficientemente extensa y profunda como para que estas medidas pudieran tener algún efecto positivo.



Las medias adoptadas eran tachadas, además, de antisociales y de neoliberales y, por tanto, en sintonía más con políticas y gobiernos conservadores que con gobiernos socialdemócratas como el presidido por Zapatero (algo que, sin duda, minó, aún más, la credibilidad del Presidente y su Gabinete). En definitiva, el Gobierno socialista ni había buscado soluciones prácticas de la forma más rápidamente posible, ni se había mantenido fiel a sus principios ideológicos.

#### a) La cartelización de los partidos políticos

Hace más de 20 años, los politólogos Katz y Mair (1992) plantearon una visión evolutiva, y no estática, de la relación de los partidos políticos con la sociedad civil y con el Estado diferenciando cuatro etapas. Cada de una de ellas quedaba configurada en función de si los partidos privilegiaban su relación con la sociedad civil o lo hacían con el Estado. La primera etapa, en la que los partidos políticos estaban integrados en la sociedad civil, dio origen a los partidos de cuadros; la segunda etapa en la que actúan como nexo entre el Estado y la sociedad civil, dio pie a los partidos de masas; la tercera, en donde los partidos tienen una relación más estrecha con el Estado, sin estar integrados en él, dio lugar a los denominados partidos catch-all<sup>179</sup> (o atrapatodo); y, finalmente, la cuarta etapa, que tiene su inicio aproximado a finales de los años setenta y se mantiene en la actualidad, está vinculada a la aparición de los denominados partidos cárteles, estos ya, integrados totalmente en el Estado. Las diferentes etapas están, así, vinculadas al paulatino alejamiento de los partidos políticos de la órbita de la sociedad civil y su acercamiento al Estado. Entendido como proceso, la cartelización de los partidos se produjo, por tanto, en el momento que estos fueron absorbidos por el Estado. La ciudadanía se mostraba más interesada en la oferta de otros grupos sociales menos rígidos en su funcionamiento lo que conllevó la caída de la participación e implicación de los ciudadanos en la actividad partidista (y, por tanto, su alejamiento de los partidos). Los partidos políticos se vieron abocados a buscar recursos más allá de sus bases sociales, de sus afiliados y de sus simpatizantes. Una búsqueda que puso el punto de mira en el Estado como fuente de financiación, si no casi exclusiva, sí principal. En este sentido, los partidos que están en el poder, que son los propios responsables de regular las subvenciones estatales, se aseguran su supervivencia y dificultan, al mismo tiempo, el acceso de nuevos grupos. Con

---

<sup>179</sup> Catch-all-party: así definió Kirchheimer (1996) el modelo de partido surgido en las democracias europeas tras la II Guerra Mundial como consecuencia de los cambios socioeconómicos que esta produjo.

el nacimiento de estos partidos “se inicia un período en el que los fines de la política se hacen más autoreferenciales y la política deviene en sí misma- una profesión cualificada” (Katz y Mair, 1992). Es decir, los partidos pasan a ser, en la práctica, agentes del Estado y la política acaba profesionalizándose. Los votantes deben interesarse por los resultados y no tanto por las políticas: estas pasan a ser cosa de los políticos. Los partidos se convierten, así, según los autores, en asociaciones de profesionales que no de votantes. Con la cartelización, los partidos siguen compitiendo electoralmente pero sabiendo que comparten un interés común: la supervivencia. Los programas electorales se asemejan cada vez más entre sí y atañen a fines que todos comparten limitando el grado en el que los resultados electorales pueden determinar las acciones del gobierno. Ningún partido, además, queda fuera del poder como sí ocurría en otros momentos de esta evolución de los partidos: ahora todos cuentan, en alguna medida, con opciones de gobernar. A medida que se diluye esta distinción entre los partidos que están en el gobierno y los que están fuera de él “se reduce el grado en que los votantes pueden castigar a los partidos, incluso en el caso de una insatisfacción generalizada” (Katz y Mair, 1992, Op Cit.).

Ahora, los diferentes grupos de la sociedad civil tienen que trasladar sus demandas al partido-Estado en lugar de ser los partidos los que trasladen al Estado esas demandas en nombre de los grupos concretos. Los grandes grupos de interés, como los sindicatos y la patronal, entablan con el Estado relaciones similares a las desarrolladas por los partidos, produciéndose un fenómeno denominado “neocorporativismo”. Estos grupos han sido cooptados por el sistema y devienen incapaces de formular algunas demandas dando lugar al surgimiento de organizaciones alternativas (que suelen caracterizarse por la fuerte protesta y su escasa duración en el tiempo).

Este proceso evolutivo de los partidos ha sido diferente en el caso español: aquí los actores políticos “tienen que construir el nuevo sistema democrático, aprender a competir electoralmente y modernizar la sociedad y el Estado desde el gobierno en la fase final de los partidos catch-all, pero en una sociedad muy alejada de la política, poco dada al compromiso, con un fuerte componente paternalista respecto del Estado y con una cultura política caracterizada por un potente sentimiento antipartidista” (Llera, 2000). España, por tanto, se ha incorporado tarde pero se ha puesto al día en poco tiempo. Parece claro, por tanto, que los partidos políticos españoles se habían convertido en partidos cartel según la definición de Katz y Mair. Ahora bien, los autores señalan que es el alejamiento de los simpatizantes y militantes lo que lleva a los partidos a cartelizarse. Sin embargo, en el caso español parece que, por el contrario, ha sido la cartelización de los partidos la

que ha llevado a los electores a distanciarse de los partidos políticos. Pero no de la política, como parecía demostrar el movimiento 15M.

Algunos autores (Kuechler y Dalton, 1990) han teorizado que el principal e intencionado impacto del surgimiento de los nuevos movimientos sociales fue forzar a los partidos a adaptarse a iniciar procesos evolutivos de cambio que contribuyeron a garantizar la estabilidad a largo plazo del sistema político.

Resumiendo el pensamiento de los padres fundadores de la democracia estadounidense, el historiador Richard Hofstadter (1967) acuñó la siguiente frase: “La democracia es un sistema armónico de frustraciones mutuas”. Frustraciones mutuas porque las unanimidades son imposibles, porque nadie puede llevar hasta el final sus valores, ideas o planteamientos porque inevitablemente chocan con los de otros. La búsqueda de absolutos es la raíz del absolutismo, tras el ideal de sociedad comunitaria "total" está el totalitarismo. La sociedad democrática es por definición plural, diversa, conflictiva, contradictoria y convertir esa posible guerra de todos contra todos en un sistema ordenado, es decir, pacífico solo es posible mediante el juego de mayorías y minorías que organicen y articulen el potencial pluralismo extremo en un pluralismo manejable. Solo cabe así el pacto, es decir la renuncia parcial a algo por parte de todos: de esta forma la sociedad acaba siempre pareciendo "imperfecta", pero esa imperfección es precisamente lo que permite la convivencia (la "armonía" a la que se refería Hofstadter) y a la vez lo que hace que el esfuerzo por cambiar las cosas sea permanente e inacabable. Hay que tener en cuenta que tres de cada cuatro españoles (72 %) pensaba en esos momentos que con todos sus posibles defectos e insuficiencias, la actual democracia constituía el período en que mejor había estado nuestro país en su historia. Una opinión con la que coincidía el 68 % de los más jóvenes (los menores de 35 años). Lo que no era incompatible con pensar que se podía mejorar. Probablemente era eso a lo que se referían cuando pedían “Democracia Real Ya”.

En definitiva, el movimiento 15M parecería haberse hecho eco de la afirmación de Thomas Jefferson<sup>180</sup> cuando fijándose en las revoluciones Americana y francesa dijo que cada generación necesita una nueva revolución. Como señala Robert Dahl (1999) “puede que no sea una mala idea que un país democrático, una vez cada veinte años o algo así,

---

<sup>180</sup> Thomas Jefferson, considerado otro de los Padres Fundadores de la Nación estadounidense, fue el tercer presidente de los Estados Unidos de América —ocupando el cargo entre 1801 y 1809—, y el principal autor de la Declaración de Independencia de los Estados Unidos de 1776.

reúna a un grupo de expertos constitucionalistas, líderes políticos y ciudadanos informados para evaluar su constitución a la vista no solo de su propia experiencia, sino también del cuerpo de conocimientos en continua expansión que obtenemos de la experiencia de otros países democráticos”.

Los datos de un sondeo llevado a cabo por Metroscopia los dos primeros días de junio ponían de manifiesto el gran apoyo ciudadano que concitó, en esos momentos iniciales, el movimiento 15M. Dos de cada tres españoles (66 %) simpatizaban con él, y solo inspiraba rechazo a un 21 %. Esta favorable acogida resultaba ser, además, mayoritaria —con solo matices en cuanto a su magnitud— tanto entre los más jóvenes (71 %) como entre los más mayores (58 %), entre los votantes del PSOE (78 %) como entre los del PP (47 %). Como en ese momento se señaló<sup>181</sup>, esta reacción ciudadana representaba un fenómeno novedoso por cuanto no generaba el rechazo que tradicionalmente, en general, suscitan las movilizaciones callejeras. La explicación puede encontrarse en otros datos del sondeo. Por un lado, la abrumadora mayoría de los ciudadanos consideraba que quienes participaban en ese movimiento tenían razón en las cosas por las que protestaban (opinión con la que coincidía un 87 % de los votantes del PSOE y un 67 % de los del PP). Por otro lado, un 80 % (87 % entre votantes socialistas y 70 % entre populares) creía que el 15M se trataba de un aviso sobre problemas reales existentes en la sociedad; y un 84 % (89 % entre los votantes del PSOE y 72 % entre los del PP) pensaba que los problemas que planteaban los que, en aquellos momentos, fueron definidos como los “indignados”, eran cuestiones que afectaban al conjunto de la sociedad como la reducción de la capacidad gestora y de gobierno de los Estados frente a los denominados “mercados” (un 83 % pensaba que eran estos últimos los que realmente mandaban en el mundo) o la falta de representación de los intereses ciudadanos de los partidos políticos. En este sentido, un abrumador 90 % de los españoles pensaba que los partidos españoles debían introducir cambios profundos en su forma de funcionar para que prestaran más atención a los que pensaba la ciudadanía; un 51 % consideraba que tanto el PP como el PSOE representaban solo sus propios intereses como partidos y no los de los ciudadanos (y esta era una opinión compartida por la mayoría relativa de los votantes tanto del PP —48 %— como del PSOE —47 %—); un 64 % decía no sentirse ideológicamente representado por ningún partido político (55 % entre los votantes del PSOE y 59 % entre los del PP) y un 70 %

---

<sup>181</sup> “Tarjeta amarilla, casi roja” artículo de José Juan Toharia publicado en EL PAÍS el 5 de junio de 2011. Puede leerse en: [http://elpais.com/diario/2011/06/05/espana/1307224811\\_850215.html](http://elpais.com/diario/2011/06/05/espana/1307224811_850215.html)

(66 % y 60 % de los electores socialistas y populares, respectivamente) no sentía que sus intereses fueran representados por ningún partido de los existentes en ese momento. La percepción ciudadana de la situación económica, política y social que arrojaban los datos de opinión a mediados de 2011 permite, por tanto, afirmar que ya en ese momento — tan solo cinco meses antes de las elecciones generales—se estaban frustrando tanto la estrategia de representación programática como la de incorporación de intereses a las que se refiere Morgan en su teoría del colapso de los sistemas de partidos. Por un lado, porque frente a la crisis económica la mayoría de los españoles pensaba que los Estados ejercían un papel secundario frente a los poderes económicos (“los mercados”). Por otro lado, porque también la mayoría de los españoles pensaba que los dos partidos principales no solo no estaban representando sus intereses como ciudadanos sino que estaban más pendientes de sus propios intereses como partidos políticos.

El hecho de que el PP y el PSOE volvieran a ser —con diferencia— los dos partidos con mayor número de votos en las elecciones municipales y autonómicas del 22 de mayo llevó a la mayoría de dirigentes políticos de estas dos formaciones a menospreciar el sentimiento ciudadano cuyo síntoma más visible era el movimiento 15M. Y lo mismo ocurrió tras las elecciones generales de 2011. A pesar de que en esos comicios el PSOE obtuvo su peor resultado histórico, la abrumadora —y también histórica— victoria del PP hizo pensar a muchos que las demandas del 15M, compartidas por la amplia mayoría de los ciudadanos habían sido satisfechas. Pero no fue así. El apoyo al movimiento 15M siguió siendo mayoritario en los años posteriores: en mayo de 2014, solo un mes antes de las elecciones Europeas en las que Podemos se dio a conocer, un 56 % de los españoles seguía manteniendo que el 15M le inspiraba más simpatía que rechazo, un 58 % lo seguía considerando un movimiento pacífico (y no radical ni antisistema) y un 72 % consideraban que los “indignados” tenían razón en sus demandas, en aquello por lo que protestaban (Véanse Gráficos 1, 2 y 3). El 15M puede entenderse, por tanto, como un síntoma de un cambio profundo, como la visualización de un malestar ampliamente compartido por la mayoría de ciudadanos (Lobera, 2015) que no cristalizó electoralmente de manera inmediata en las elecciones de 2011<sup>182</sup>. Los comicios de ese año pusieron de manifiesto la capacidad de resistencia del sistema. Fueron, probablemente, la última

---

<sup>182</sup> Sobre las consecuencias electorales del 15M en las elecciones del 2011 puede consultarse ANDUIZA, E., MARTÍN, I. y MATEOS, A.: “El 15M y las elecciones generales de 2011” en Elecciones generales 2011, ANDUIZA, E., BOSCH, A., ORRIOLS, LL. y RICO, G. (edits), Centro de Investigaciones Sociológicas, 2014, págs. 145-166.

oportunidad que los electores dieron al bipartidismo. Como señala Sartori (1980, op.cit.) la alternancia en el poder es la señal característica de la mecánica del bipartidismo. La alternancia significa que o bien el margen entre los dos principales partidos es lo bastante estrecha o bien la expectativa de que el partido en la oposición tiene una oportunidad de echar al partido gobernante es lo bastante creíble.

GRÁFICO 13

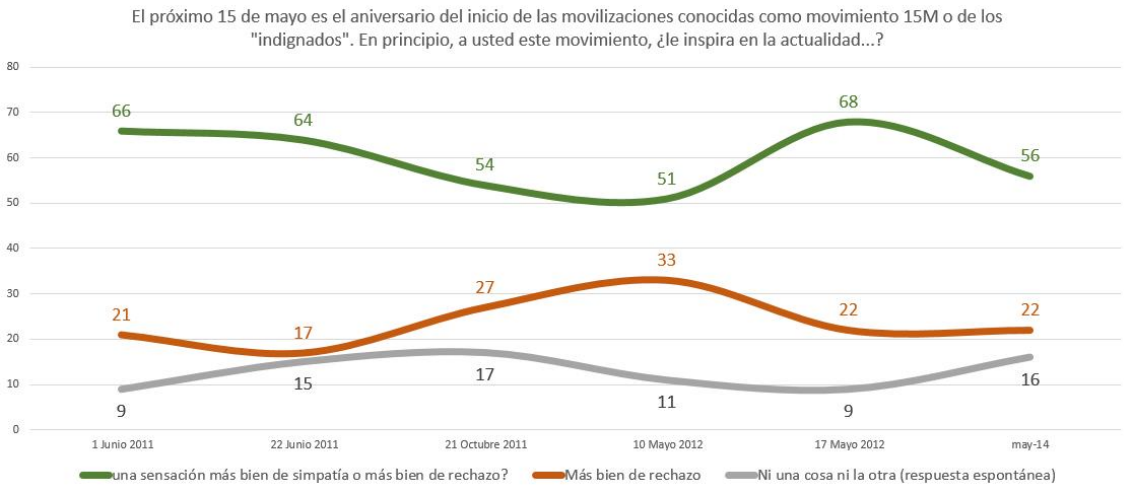


GRÁFICO 14

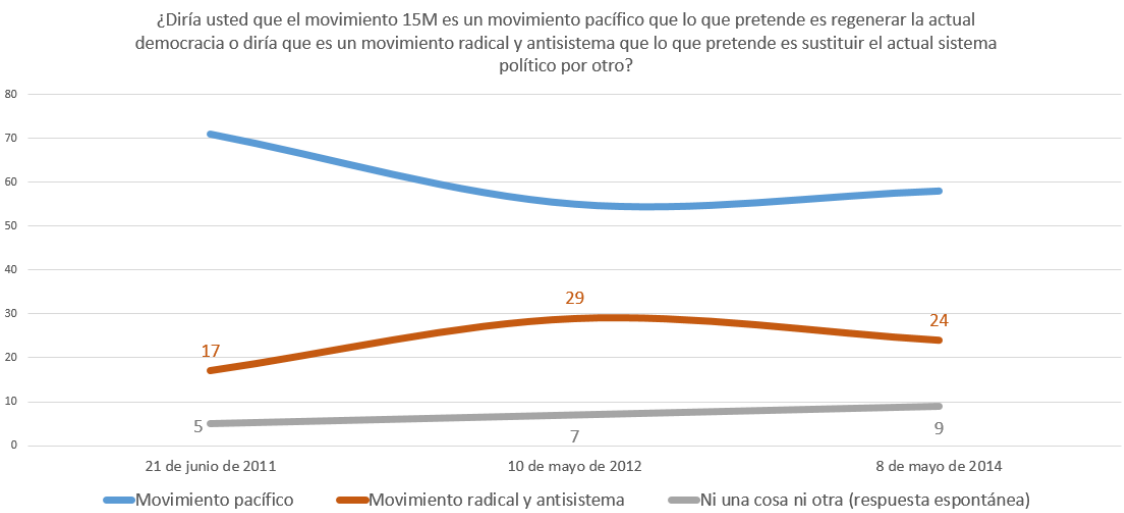
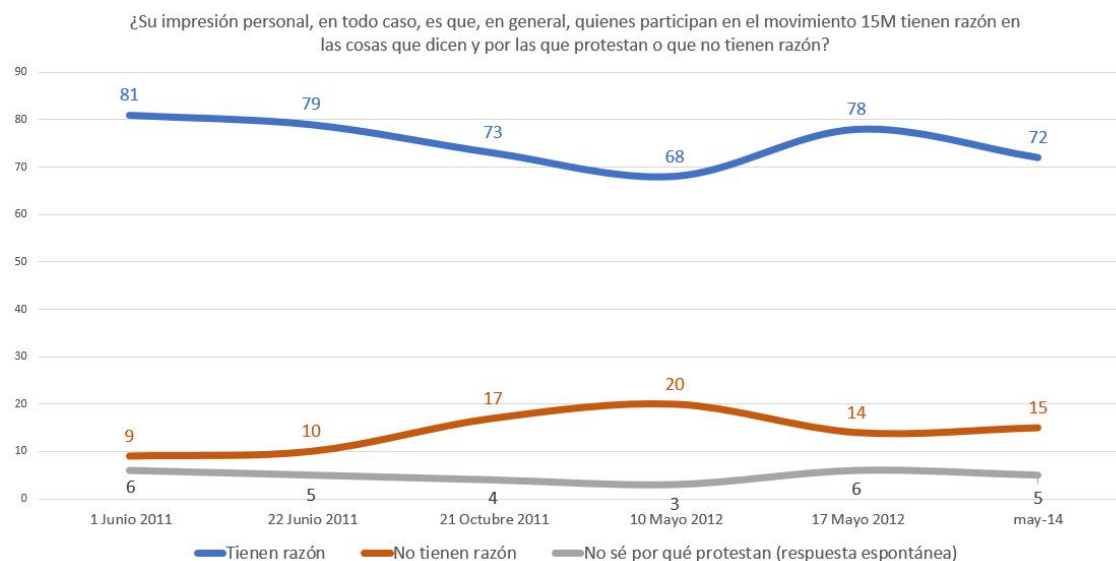


GRÁFICO 15



### C) Análisis de las elecciones municipales del 22 de mayo de 2011 en España

Finalmente, el PP ganó al PSOE, en el conjunto de España, en las elecciones municipales celebradas el 22 de mayo por una diferencia de 9.7 puntos en porcentajes sobre voto válido emitido: 37.5 % frente a 27.8 %. En los comicios locales de 2007, la ventaja de los populares sobre los socialistas fue de tan solo siete décimas: 35.6 % frente a 34.9 %. En aquel año, el PP obtuvo 155.210 votos más que el PSOE. En 2011 la distancia favorable a los populares se situó por encima de los dos millones de sufragios: entre una y otra elección, el PSOE había perdido casi un millón y medio de votos y el PP había ganado más de medio millón. ¿Dónde había ido a parar ese votante socialista que cuatro años antes había dado su voto al PSOE? ¿Era un electorado desmovilizado que había preferido quedarse en casa o se trataba de votantes que se habían mostrado infieles a sus anteriores siglas y habían acudido a las urnas para apoyar a otras formaciones políticas?

Los datos de un sondeo postelectoral de Metroscopia permitían afirmar que una parte sustancial del electorado que había apoyado al PSOE en los comicios locales de 2007 había optado en 2011 bien por la abstención bien por cambiar el sentido de su voto. De cada 100 votantes socialistas en el conjunto de España en 2007, 14 no acudieron a votar y sólo 52 votaron a las listas del PSOE. Los 27 restantes se dividieron entre el PP (8), IU (7), UPyD (3) u otros partidos (9). Siete de cada 100 prefirió votar en blanco. En el caso del PP, de cada 100 votantes suyos en 2007, 8 se abstuvieron, 76 permanecieron fieles a

las siglas, 4 cambiaron su voto en dirección a las listas del PSOE, 1 votó a IU, 1 a UPyD y 7 se repartieron entre otras candidaturas. El voto en blanco sólo logró atraer a 3 de los electores populares de 2007.

Por otro lado, las transferencias de voto entre PP y PSOE fueron claramente favorables a los primeros (véase Cuadro 4): quienes votaron al PSOE en 2007 y al PP en 2011 duplicaron a quienes actuaron en sentido contrario (8.5 % frente a 4.4 %). Además, entre los votantes infieles de IU fueron más quienes votaron al PP (9.8 %) que quienes lo hicieron al PSOE (7.3 %) y también entre quienes en 2007 optaron por otros partidos, los populares consiguieron más votantes que los socialistas (11.4 % frente a 8.6 %).

<b>CUADRO 4</b> <i>¿Por qué partido votó en estas elecciones municipales recién celebradas?</i> <u>Esta pregunta sólo se formula a quienes dicen haber acudido a las urnas</u> <u>el pasado 22 de mayo (85 %)</u> (En porcentajes)										
	Total entre- vistados	Entrevistados que en las Elecciones Municipales de 2007 votaron al...								
		PSOE	PP	IU	CiU	Otro	No tenía edad	Blanco	No votó	No recuerda/ NC
PSOE	21.4	58.5	4.4	7.3	--	8.6	10.8	6.3	11.4	5.1
PP	28.0	8.5	82.9	9.8	--	11.4	29.7	--	31.4	6.8
IU/EU	7.4	7.3	1.0	70.7	5.9	1.4	8.1	12.5	5.7	2.9
UPyD	2.2	2.8	1.0	2.4	--	1.4	2.7	6.3	5.7	2.2
CiU	3.1	1.6	--	--	76.5	2.9	5.4	--	11.4	0.6
Bildu	0.6	0.4	--	--	--	5.7	--	--	--	--
Otro	13.1	8.1	6.8	2.4	17.6	62.9	24.3	12.5	11.4	7.9
Votó en blanco	5.3	8.1	1.5	2.4	--	--	8.1	56.3	5.7	3.9
No recuerda	1.7	0.4	--	2.4	--	1.4	--	6.3	--	5.6
No contesta	17.1	4.4	2.4	2.4	--	4.3	10.8	--	17.1	65.0
TOTAL	100	100	100	100	100	100	100	100	100	100

Fuente: Banco de Datos de Metroscopia

El hecho de que los estudios postelectorales se basen en el recuerdo de un comportamiento pasado, por muy reciente que este sea, añade sin duda un sesgo. El más habitual, según la experiencia empírica, es que tras la celebración de unas elecciones (del tipo que sean) el recuerdo de voto del partido que resultó ganador es sustancialmente más



elevado del que realmente fue. Es decir, hay más ciudadanos que dicen haber votado por quien ganó las elecciones de los que, en realidad, lo hicieron. Es el denominado “efecto ganador” o apuntarse al carro ganador (o efecto *bandwagon* según la terminología anglosajona). No obstante, en este sondeo postelectoral, la distancia entre quienes decían haber votado al PP y quienes decían haberlo hecho por el PSOE era de 6.6 puntos: 28.0 % frente a 21.4 %. La diferencia real entre los dos partidos sobre el Censo de electores (que es el dato a comparar) fue de 6.3: 24.4 % frente a 18.1 %. La muestra de la encuesta no estaba, por tanto, especialmente descuadrada, es decir, no presentaba sesgos relevantes hacia alguno de los dos partidos mayoritarios que impidiera o pudiera distorsionar el análisis de los resultados. En todo caso, el hecho de que un sondeo postelectoral se base principalmente en el recuerdo y que el tamaño muestral del que aquí se analiza (1.000 entrevistas) fuera, quizá, algo limitado para una encuesta de estas características, son hechos que invitan a tomar los resultados no tanto como una realidad absoluta sino, más bien, como pistas que ayudan a entender e interpretar lo que realmente ocurrió.

En las elecciones municipales de 2007 el PSOE superó al PP en número de votos en todos los segmentos sociodemográficos analizados, menos en el que agrupa a los electores que en la escala ideológica de 0 a 10, se sitúan en posiciones de centro derecha y de derecha. Por el contrario, en 2011 el PP fue el partido que se situó por delante del PSOE en todos los segmentos, menos en aquellos que agrupan a los electores que se sitúan en posiciones de centro izquierda y de izquierda en esa misma escala ideológica. Entre los electores sin estudios universitarios, la distancia de los populares sobre los socialistas fue de 8,7 puntos (28,9 % frente a 20,2 %). En las municipales de 2007, sin embargo, los socialistas aventajaron a los populares en este segmento por 3,9 puntos (28,6 % frente a 24,7 %). Es decir, el porcentaje de voto sobre Censo al PSOE descendió 8,4 puntos en los cuatro años que separan ambas elecciones y el del PP aumentó 4,2 puntos. Entre los votantes con estudios superiores, la victoria del PP fue menos amplia: 25,8 % frente a 24,2 % (1,6 puntos). Pero también en este segmento los socialistas se impusieron a los populares en 2007: 30,9 % frente a 23,4 % (7,5 puntos). Es decir, también en este grupo de votantes descendió en esos cuatro años, el porcentaje de voto del PSOE (6,7 puntos) y aumentó el del PP (2,4 puntos, véase Cuadro 5).

<b>CUADRO 5</b> Recuerdo de voto en las elecciones de 2011 y 2007 según los <u>estudios de los electores</u> (En porcentajes)*						
	<b>MENOS DE UNIVERSITARIOS</b>			<b>UNIVERSITARIOS</b>		
	<b>2011</b>	<b>2007</b>	<b>Diferencia 2011-2007</b>	<b>2011</b>	<b>2007</b>	<b>Diferencia 2011-2007</b>
PSOE	20.2	28.6	-8.4	24.2	30.9	-6.7
PP	28.9	24.7	4.2	25.8	23.4	2.4
IU	8.3	5.1	3.2	5.5	4.3	1.2
UPyD**	2.6	--	2.6	1.6	--	1.6
Otro	16.1	11.1	5.0	18.3	9.9	8.4
Blanco	4.8	1.4	3.4	6.6	3.1	3.5
Diferencia PSOE-PP	-8.7	3.9		-1.6	7.5	

\* En la columna de “Diferencia” las cifras son puntos porcentuales, no porcentajes.

\*\* UPyD no se presentó en las elecciones municipales de 2007.

Fuente: Banco de Datos de Metroscopia

Por sexos ocurre algo muy similar: entre los hombres el PSOE perdió más puntos porcentuales con respecto a 2007 que entre las mujeres y el PP ganó más. La diferencia entre populares y socialistas entre los hombres en 2011 fue de 8,5 puntos (28,9 % frente a 20,4 %) y entre las mujeres de 4,8 puntos (27,2 % frente a 22,4 %). En 2007, el PSOE se impuso al PP en ambos casos por 4,9 y 5,3 puntos, respectivamente (28,9 % frente a 24,0 % y 29,7 % frente a 24,4 %).

<b>CUADRO 6</b> Recuerdo de voto en las elecciones de 2011 y 2007 según el sexo de los electores (En porcentajes)*						
	<b>HOMBRES</b>			<b>MUJERES</b>		
	<b>2011</b>	<b>2007</b>	<b>Diferencia 2011-2007</b>	<b>2011</b>	<b>2007</b>	<b>Diferencia 2011-2007</b>
PSOE	20.4	28.9	-8.5	22.4	29.7	-7.3
PP	28.9	24	4.9	27.2	24.4	2.8
IU	7.8	4.6	3.2	7.1	5.1	2.0
UPyD*	2.7	--	2.7	1.8	--	1.8
Otro	17.3	11.6	5.7	16.4	9.8	6.6
Blanco	6.3	2.7	3.6	4.4	1.2	3.2
Diferencia PSOE-PP	-8.5	4.9		-4.8	5.3	

\* En la columna de “Diferencia” las cifras son puntos porcentuales, no porcentajes.

\*\* UPyD no se presentó en las elecciones municipales de 2007.

Fuente: Banco de Datos de Metroscopia

El análisis en función de la variable edad mantiene la misma pauta: en los tres grupos de edad establecidos el PP superó al PSOE. La mayor diferencia se dio entre quienes tenían en aquel momento más de 55 años: entre estos electores los populares se situaron a 9,2 puntos de los socialistas (32,9 % frente a 23,7 %). En 2007, se produjo un práctico empate entre los dos partidos en este segmento electoral (los datos del sondeo indican que tanto PP como PSOE lograron el apoyo de un 31,2 % del electorado). No obstante, es en el grupo de electores que tenían entre 35 y 54 años donde el descalabro socialista fue mayor: pasaron de tener una ventaja sobre los populares de 12,8 puntos en 2007 a verse superados por estos en 3,4 puntos. La causa más probable parece estar relacionada con el hecho de que este grupo de edad fue el que con mayor intensidad se había visto afectado por la crisis económica. Entre estos votantes además, se daba el incremento del voto en blanco más elevado (de un 1,9 % en 2007 a un 8,4 % en 2011)<sup>183</sup>.

Entre los menores de 35 años también el PP se situaba por delante del PSOE: 7,9 puntos (27,0 % frente a 19,1 %) cuando en 2007 el resultado había sido mucho más igualado (20,9 % frente a 21,7 %). Entre este grupo de edad, era en el que menos se reducía el voto

<sup>183</sup> Una de las peticiones que el movimiento social denominado 15M —que irrumpió en la campaña electoral de estas elecciones municipales y autonómicas el domingo anterior al de la elección— hacía a los electores era, precisamente, votar en blanco.

del PSOE con respecto a 2007: 2,6 puntos (de 21,7 % a 19,1 %) pero era, también, en el que aumentaba más el voto del PP: 6,1 puntos (de 20,9 % a 27,0 %).

<b>CUADRO 7</b> Recuerdo de voto en las elecciones de 2011 y 2007 según <u>la</u> edad de los electores (En porcentajes)*									
	18 A 34 AÑOS			35 A 54 AÑOS			55 Y MÁS AÑOS		
	2011	2007	Diferencia 2011-2007	2011	2007	Diferencia 2011-2007	2011	2007	Diferencia 2011-2007
PSOE	19.1	21.7	-2.6	20.9	33	-12.1	23.7	31.2	-7.5
PP	27	20.9	6.1	24.3	20.2	4.1	32.9	31.2	1.7
IU	11.3	4.3	7	5.9	6.5	-0.6	6.1	3.4	2.7
UPyD*	3.5	--	3.5	2.8	--	2.8	0.7	--	0.7
Otro	19.0	9.1	9.9	19.0	12.8	6.2	11.9	9.5	2.4
Blanco	5.7	3	2.7	8.4	1.9	6.5	1.7	1	0.7
Diferencia PSOE-PP	-7.9	0,8		-3.4	12.8		-9.2	0	

\* En la columna de “Diferencia” las cifras son puntos porcentuales, no porcentajes.

\*\* UPyD no se presentó en las elecciones municipales de 2007.

Fuente: Banco de Datos de Metroscopia

Los populares también ganaron a los socialistas tanto entre los electores que tenían trabajo como entre los que no trabajaban<sup>184</sup>. Entre estos últimos, por una distancia mayor (9,6 puntos: 30,1 % frente a 20,5 %) pero entre quienes tenían trabajo, el PSOE sufrió un mayor descenso con respecto a 2007 (de 9,7 puntos frente a los 6,1 que perdió entre quienes no tenían trabajo).

<sup>184</sup> En el grupo de los que no trabajan están incluidos no solo quienes en ese momento estaban en paro o buscaban su primer empleo, sino también los jubilados, los trabajadores domésticos no remunerados o quienes recibían cualquier tipo de pensión. En la encuesta solo se diferenciaba, en la pregunta sobre la actividad laboral del entrevistado, entre quienes tenían trabajo y quienes no, sin especificar otras cuestiones.

<b>CUADRO 8</b> Recuerdo de voto en las elecciones de 2011 y 2007 según la actividad laboral de los electores (En porcentajes)*						
	<b>TRABAJA ACTUALMENTE</b>			<b>NO TRABAJA ACTUALMENTE</b>		
	<b>2011</b>	<b>2007</b>	<b>Diferencia 2011-2007</b>	<b>2011</b>	<b>2007</b>	<b>Diferencia 2011-2007</b>
PSOE	22.4	32.1	-9.7	20.5	26.6	-6.1
PP	26	22.9	3.1	30.1	25.6	4.5
IU	7.4	4.8	2.6	7.5	4.7	2.8
UPyD*	2.9	--	2.9	1.6	--	1.6
Otro	17.7	12.0	5.7	16.0	9.4	6.6
Blanco	5.2	1	4.2	5.4	1.9	3.5
Diferencia PSOE-PP	-3.6	9.2		-9.6	1.0	

\* En la columna de “Diferencia” las cifras son puntos porcentuales, no porcentajes.

\*\* UPyD no se presentó en las elecciones municipales de 2007.

Fuente: Banco de Datos de Metroscopia

Entre los electores que se autopoicionaban en la izquierda y el centro izquierda en la escala ideológica<sup>185</sup>, el PSOE se impuso al PP si bien la distancia con la que ganó en 2007 se reducía sustancialmente: 10,1 puntos entre los primeros y 7,8 puntos entre los segundos. Al contrario, entre quienes se ubicaban en posiciones de centro derecha y derecha la distancia favorable al PP en 2007 aumentó en 24 y 4,9 puntos, respectivamente. Quizá lo más significativo fuera que la distancia más amplia entre populares y socialistas, favorable a los primeros, de todos los segmentos analizados se encontraba entre los electores que se ubicaban en el centro ideológico (quienes se autopoicionan en el punto 5 de la escala): 28,1 % frente a 16,3 %. En las elecciones de 2007, los electores posicionados en este punto de la escala votaron en alguna mayor medida al PSOE que al PP (25,4 % frente a 24,6 %).

<sup>185</sup> En la escala ideológica utilizada de 11 puntos (de 0 a 10) se consideraba de izquierda a los entrevistados que se posicionaban en puntuaciones entre 0 y 3; de centro izquierda a quien se ubicaba en el 4; de centro a los que se situaban en el 5; de centro derecha a los del 6 y de derecha a los del 7 al 10.

<b>CUADRO 9</b> Recuerdo de voto en las elecciones de 2011 y 2007 según <u>la ubicación en la escala ideológica</u> de los electores (En porcentajes)*						
	<b>IZQUIERDA</b>			<b>CENTRO IZQUIERDA</b>		
	<b>2011</b>	<b>2007</b>	<b>Diferencia 2011-2007</b>	<b>2011</b>	<b>2007</b>	<b>Diferencia 2011-2007</b>
PSOE	40.6	50.0	-9.4	37.7	46.2	-8.5
PP	2.9	2.2	0.7	6.2	6.9	-0.7
IU	16.7	12.3	4.4	10.0	6.2	3.8
UPyD*	0.7	--	0.7	5.4	--	5.4
Otro	19.5	10.9	8.6	25.4	15.3	10.1
blanco	6.5	2.2	4.3	3.8	1.5	2.3
Diferencia PSOE-PP	37.7	47.8		31.5	39.3	

\* En la columna de “Diferencia” las cifras son puntos porcentuales, no porcentajes.

\*\* UPyD no se presentó en las elecciones municipales de 2007.

Fuente: Banco de Datos de Metroscopia

<b>CUADRO 10</b> Recuerdo de voto en las elecciones de 2011 y 2007 según <u>la ubicación en la escala ideológica</u> de los electores (En porcentajes)*			
	<b>CENTRO</b>		
	<b>2011</b>	<b>2007</b>	<b>Diferencia 2011-2007</b>
PSOE	16.3	25.4	-9.1
PP	28.1	24.6	3.5
IU	7.4	3.8	3.6
UPyD*	3.3	--	3.3
Otro	15.7	10.7	5.0
blanco	5.0	2.1	2.9
Diferencia PSOE-PP	-11.8	0.8	

\* En la columna de “Diferencia” las cifras son puntos porcentuales, no porcentajes

\*\* UPyD no se presentó en las elecciones municipales de 2007

Fuente: Banco de Datos de Metroscopia

<b>CUADRO 11</b> Recuerdo de voto en las elecciones de 2011 y 2007 según la ubicación en <u>la escala ideológica</u> de los electores (En porcentajes)*						
	<b>CENTRO DERECHA</b>			<b>DERECHA</b>		
	<b>2011</b>	<b>2007</b>	<b>Diferencia 2011-2007</b>	<b>2011</b>	<b>2007</b>	<b>Diferencia 2011-2007</b>
PSOE	8.3	17.7	-9.4	4.0	4.0	--
PP	57.3	42.7	14.6	68.3	63.4	4.9
IU	1.0	1.0	--	1.0	1	--
UPyD*	--	--	--	--	--	--
Otro	12.6	7.3	5.3	12.9	7.9	5.0
Blanco	6.3	1.0	5.3	2.0	0	2.0
Diferencia PSOE-PP	-49	-25		-64.3	-59.4	

\* En la columna de “Diferencia” las cifras son puntos porcentuales, no porcentajes.

\*\* UPyD no se presentó en las elecciones municipales de 2007.

Fuente: Banco de Datos de Metroscopia

La victoria del PP sobre el PSOE se produjo, también, tanto en el conjunto de municipios agrupados de menos de 100.000 habitantes como en el conjunto de las grandes ciudades de más de 100.000. En el primer grupo, los populares se distanciaron 6.8 puntos de los socialistas (28.1 % frente a 21.3 %) y en el segundo grupo, 6.4 puntos (27.9 % frente a 21.5 %).

<b>CUADRO 12</b> Recuerdo de voto en las elecciones de 2011 y 2007 según <u>el tamaño del municipio de residencia</u> de los electores (En porcentajes)*						
	<b>MENOS DE 100.000 HABITANTES</b>			<b>MÁS DE 100.000 HABITANTES</b>		
	<b>2011</b>	<b>2007</b>	<b>Diferencia 2011-2007</b>	<b>2011</b>	<b>2007</b>	<b>Diferencia 2011-2007</b>
PSOE	21.3	27.9	-6.6	21.5	31.4	-9.9
PP	28.1	24.1	4.0	27.9	24.4	3.5
IU	6.6	4.2	2.4	8.7	5.8	2.9
UPyD*	1.6	--	1.6	3.2	--	3.2
Otro	19,1	12,4	6,7	13,4	8,2	5,2
Blanco	5.0	2.0	3.0	5.8	1.7	4.1
Diferencia PSOE-PP	-6.8	3.8		-6.4	7	

\* En la columna de “Diferencia” las cifras son puntos porcentuales, no porcentajes.

\*\* UPyD no se presentó en las elecciones municipales de 2007.

Fuente: Banco de Datos de Metroscopia

El análisis de los datos del sondeo postelectoral ayudan a explicar dónde se produjo el abandono de los votantes socialistas pero, ¿es posible saber la principal causa de la huida de votos sufrida por el PSOE? Todo parece indicar, que el motivo más determinante fue la situación económica que atravesaba España. Por varios motivos. En primer lugar, porque la mayor pérdida de votos sufrida por el PSOE en esas elecciones municipales se produjo entre aquellos electores que a la hora de emitir su voto tuvieron en cuenta, en alguna mayor medida, la situación del conjunto de España. Y fueron la mayoría. Según los datos del Clima Social de Metroscopia anterior a las elecciones, un 43 % de los electores consideró al votar tanto la situación de su localidad como la del conjunto de España y un 14%, sobre todo, la situación nacional. Es decir, a pesar de que se trataba de unas elecciones locales para elegir a los alcaldes de los más de ocho mil municipios españoles, seis de cada 10 ciudadanos (57 %) acudieron a votar con la mente puesta en la situación general de España.

Por otro lado, el apoyo al PSOE cayó 11 puntos desde las elecciones de 2007 entre quienes tuvieron más en cuenta la situación nacional a la hora de votar el 22 de mayo (de 23.7 % a 12.7 %) y 10.6 puntos entre quienes consideraron tanto la situación local como la nacional (de 28.4 % a 17.8 %). En ambos segmentos de electores aumentó el voto al resto de formaciones políticas y, sobre todo, al PP (11 y 5.5 puntos, respectivamente). Sin



embargo, entre aquellos que fueron a votar en 2011 con la mente puesta en los problemas de su municipio (un 40 %) la pérdida de votos en las filas socialistas fue menor (4.4 puntos).

En resumen: el 22 de mayo se votó pensando más en lo nacional que en lo local, factor que fue decisivo en el desplome del PSOE y que acabó beneficiando al PP. Tener en mente la situación general de España conllevó, en esas elecciones, orientar la atención hacia los problemas que más sufrían los ciudadanos: el paro y la situación económica. Dos problemas cuya responsabilidad los españoles achacaban directa y principalmente al gobierno central. Así, quienes votaron pensando en las cuestiones nacionales tendieron a votar en contra del PSOE.

<b>CUADRO 13</b> Recuerdo de voto de las elecciones municipales de 2011 y 2007 entre aquellos <u>españoles</u> que el 22 de mayo votaron teniendo en cuenta, sobre todo, la situación de... (En porcentajes)*									
	SU LOCALIDAD			EL CONJUNTO DE ESPAÑA			SU LOCALIDAD Y LA DEL CONJUNTO DE ESPAÑA		
	Voto emitido en 2011	Voto emitido en 2007	Dif. 2011-2007	Voto emitido en 2011	Voto emitido en 2007	Dif. 2011-2007	Voto emitido en 2011	Voto emitido en 2007	Dif. 2011-2007
PSOE	27.9	32.3	- 4.4	12.7	23.7	-11.0	17.8	28.4	- 10.6
PP	15.7	16.0	- 0.3	41.5	30.5	11.0	36.1	30.6	5.5
IU	8.3	6.5	1.8	5.1	2.5	2.6	7.1	3.8	3.3
UPyD	1.5	--*	1.5	1.7	--*	1.7	3.0	--*	3.0
OTRO	27.0	17.0	10	8.4	7.6	0.8	9.8	4.9	4.9
Blanco	3.6	1.5	2.1	5.1	2.5	2.6	6.6	1.9	4.7
Diferencia PSOE-PP	12.2	16.3		-28.8	-6.8		-18.3	-2.2	

\* En la columna de “Diferencia” las cifras son puntos porcentuales, no porcentajes.

\*\* UPyD no se presentó en las elecciones municipales de 2007.

Fuente: Banco de Datos de Metroscopia

En conclusión, en el cómputo global nacional, el PP barrió al PSOE en las elecciones municipales celebradas en España el 22 de Mayo. Los populares superaron a los socialistas en todos los segmentos sociodemográficos analizados en el sondeo postelectoral llevado a cabo en la semana posterior a la celebración de los comicios. Si en las elecciones locales de 2007 el PP solo superó al PSOE en número de votos entre

aquellos electores que se autoubicaban en la escala ideológica en posiciones de centro derecha y de derecha, en los comicios de 2011 fue el PP el que se situó por delante en todos los segmentos de votantes menos en aquellos que se definían como de centro izquierda y de izquierda. En 2011 se dieron literalmente la vuelta las diferencias de voto en función del nivel educativo de los votantes (tanto entre quienes no tenían estudios universitarios como entre quienes contaban con estudios superiores); según el sexo (tanto entre hombres como entre mujeres); según la edad (en los tres tramos de edad diferenciados); según el tamaño del municipio de residencia (tanto entre quienes vivían en municipios de menos de cien mil habitantes como entre quienes vivían en localidades de mayor tamaño); según la situación laboral (entre quienes trabajaban y entre quienes no) y entre quienes se ubicaban en el centro de la escala ideológica. Este vuelco electoral se produjo porque el PP había aumentado su número de votantes con respecto a 2007 pero también, al mismo tiempo, porque el PSOE perdió apoyo en las urnas en todos los segmentos. Una pérdida de votos que fue principalmente hacia la abstención pero también a otros partidos (sobre todo en dirección al PP y a IU). El estudio postelectoral también detectó que en todos los segmentos analizados habían aumentado con respecto a 2007 los apoyos a IU, a otros partidos minoritarios y un aumento del voto en blanco que, quizá, cabía achacarle al denominado movimiento 15M que había hecho su aparición tan solo una semana antes de la fecha electoral y que, entre otras consignas, proponía votar otras alternativas, —que incluían el voto en blanco y el voto nulo —que no fueran las representadas por los dos partidos mayoritarios PSOE y PP. Consignas que no hicieron mella en el electorado del PP: los populares no solo mantuvieron una elevada fidelidad de voto sino que, además, lograron atraer a votantes de otros partidos. El resultado fue la mayor victoria, hasta ese momento, de un partido político en España en unos comicios locales.

El 22 de mayo se celebraron también elecciones a las Cortes de Aragón, a la Junta General del Principado de Asturias, al Parlamento de las Islas Baleares, al Parlamento de Canarias, al Parlamento de Cantabria, a las Cortes de Castilla-La Mancha, a las Cortes de Castilla y León, a la Asamblea de Extremadura, a la Asamblea de Madrid, a la Asamblea Regional de Murcia, al Parlamento de Navarra, al Parlamento de La Rioja y a las Cortes Valencianas. Los resultados de estas elecciones mantuvieron, en general, la misma pauta que la observada en las elecciones locales. Se produjo un desplazamiento del poder político desde el PSOE hacia el PP al tiempo que las otras dos formaciones políticas de ámbito general —IU y UPyD— experimentaban avances no de gran envergadura pero sí

transversales en el sentido de que se produjeron en todos los territorios casi por igual. Además de ser el partido más votado en prácticamente todas las autonomías donde hubo elecciones, el PP logró, por primera vez, ser también el más votado en Extremadura, Castilla La Mancha y Canarias. En los resultados electorales tuvo influencia, si duda, el contexto económico, político y social en el que se celebraron los comicios caracterizado, como algunos autores han señalado, por cuatro grandes aspectos de ámbito general: la crisis económica y sus efectos sociales, las políticas de recortes aplicadas por el gobierno de Zapatero, las expectativas de cambio político a favor del PP en las elecciones generales y la desconfianza hacia la política y los políticos (Pallarés, 2014).

#### **D) Último semestre de la IX Legislatura: el PSOE no logra remontar**

La estimación electoral de junio de 2011 del Clima Social de Metroscopia no difería sustancialmente de la de mayo: en el caso de que en ese momento se hubieran celebrado de manera inmediata unas elecciones generales, la habría ganado el PP con una ventaja sobre el PSOE de 13.8 puntos (1.2 puntos más que en la estimación de un mes antes): 44.8 % frente a 31.0 %. Sin embargo, entre medias de ambos sondeos habían acontecido dos hechos que, en alguna medida, habían convulsionado el panorama político español provocando movimientos importantes que afectaron a los dos principales electorados (el popular y el socialista): por un lado, la celebración de los comicios municipales y autonómicos en España y, por otro lado, la presentación de Alfredo Pérez Rubalcaba a las primarias de su partido para ser el candidato en las siguientes elecciones generales<sup>186</sup>.

La contundente victoria del PP sobre el PSOE en las elecciones municipales y autonómicas reforzó la autoridad de Rajoy al conseguir ganarse la confianza de una parte de su electorado que hasta este momento se mostraba crítico con su labor como líder de la oposición: en junio, entre sus votantes, un 68 % aprobaba su gestión (15 puntos más que solo un mes antes), un 64 % consideraba que tenía un plan claro y sabe lo que quiere (seis puntos más que en la oleada precedente) y un 60 % confiaba en él (15 puntos más). El aplastante triunfo del PP parecía haber logrado, además, insuflar mayor optimismo al electorado popular y desmoralizar y desmovilizar al socialista: la fidelidad de los primeros se situaba en el 90 % frente a un 56 % de los segundos (un mes antes estos

---

<sup>186</sup> El 27 de mayo de 2011 Rubalcaba fue propuesto por el Comité Federal del PSOE como candidato a la presidencia del gobierno para las elecciones generales que se deberían de celebrar en 2012 y que, por un adelanto electoral decidido por Zapatero, acabaron celebrándose el 20 de noviembre de 2011. ([http://politica.elpais.com/politica/2011/05/27/actualidad/1306507812\\_208964.html](http://politica.elpais.com/politica/2011/05/27/actualidad/1306507812_208964.html)).

porcentajes eran 88 % y 58 %, respectivamente). El paso al frente dado por Rubalcaba al presentarse a las primarias para ser el candidato socialista en las elecciones generales, lograba mantener movilizada a la base electoral que todavía seguía fiel al partido. Con su actuación, el nuevo líder del PSOE lograba contrarrestar, en alguna medida, la victoria de los populares en las elecciones municipales. Sin embargo, no era capaz de despertar a los votantes socialistas sumidos en el desencanto. En efecto, dos de cada tres electores del PSOE (65 %) evaluaban positivamente que Rubalcaba fuera el candidato, una proporción idéntica (62 %) creía que era el mejor candidato para el PSOE y a un 60 % le inspiraba confianza. Uno de cada dos votantes socialistas (53 %) pensaba, además, que cuando Rubalcaba se situara definitivamente al frente del partido no iba a improvisar sino que tendría un plan claro y sabría lo que quería hacer. No obstante, el desánimo parece seguir instalado entre el electorado de este partido: la mayoría de los votantes socialistas (57 %) pensaba que a pesar de que Rubalcaba fuera el candidato el PSOE no podría ganar las elecciones generales y un 56 % creía que ni ante una inminente victoria del PP los votantes desmovilizados del PSOE acudirían a las urnas a votar a su partido (ni siquiera de mala gana).

Las opiniones del electorado socialista sobre Rubalcaba contrastaban con la que mantenían sobre el presidente del Gobierno: Zapatero inspiraba poca o ninguna a un 65 % de su electorado y un 70 % creía que improvisa sobre la marcha. Y mientras que un 80 % de los votantes socialistas aprobaba la gestión política de Rubalcaba como ministro del Interior, prevalecían quienes desaprobaban la del Presidente (49 % frente a un 46% de aprobación). Con todo, la mayoría de votantes del PSOE creía que Zapatero había actuado correctamente al seguir al frente del partido y no dimitir como secretario general (65 %) y —en contra de la opinión mayoritaria de la ciudadanía: 51 %— dos de cada tres votantes del PSOE (67 %) consideraban acertada la decisión del Presidente de agotar la legislatura y no adelantar las elecciones generales<sup>187</sup>.

En el sondeo se comparaba al nuevo candidato socialista con Rajoy en 12 rasgos sociopolíticos: en nueve ganaba Rubalcaba (es decir, eran más los ciudadanos que le asignan ese rasgo al candidato del PSOE que al líder de la oposición), en dos ganaba Rajoy, y en uno se daba un claro empate. Rubalcaba aventajaba claramente a Rajoy en

---

<sup>187</sup> No fue hasta el 29 de julio cuando Zapatero anunció la convocatoria de elecciones generales anticipadas para el 20 de noviembre de ese mismo año. ([http://politica.elpais.com/politica/2011/07/29/actualidad/1311929850\\_613039.html](http://politica.elpais.com/politica/2011/07/29/actualidad/1311929850_613039.html)).

inteligencia (44 % frente a 21 %), en capacidad de liderazgo (51 % frente a 29 %), en tener un carácter más adecuado para gobernar en tiempos difíciles (48 % frente a 32 %), en conocimiento de los problemas de España (38 % frente a 27 %) y en inspirar confianza (43 % frente a 33 %). Se situaba también por delante, si bien con una distancia más reducida, en ser quien se preocupaba más por los ciudadanos (34 % frente a 28 %), en inspirar mayor seguridad (41 % frente a 36 %) y en honestidad (34 % frente a 30 %). A la hora de señalar quien tenía mejores ideas y propuestas para la sociedad se producía un claro empate (34 % frente a 35 %). Y Rajoy aventajaba a Rubalcaba en ser quien estaba mejor preparado para hacer frente a la crisis económica (39 % frente a 32 %) y en saber manejar mejor las exigencias de los mercados (36 % frente a 30 %).

También eran algunos más los españoles que pensaban que Rubalcaba lo haría mejor como presidente del Gobierno que Rajoy: 42 % frente a 36 %. Este dato no era necesariamente contradictorio con el resultado electoral estimado: por un lado, porque quienes mencionaban a Rubalcaba como un probable mejor Presidente no eran todos los que le votarían (la mayoría de los electorados de otras formaciones políticas). En este sentido, el porcentaje de votantes populares que atribuían cada una de estas cualidades a Rajoy era superior en prácticamente todos los casos al de votantes socialistas que se las asignaban a Rubalcaba. Es decir, Rajoy contaba con un mayor apoyo entre su electorado que Rubalcaba entre el suyo. Por otro lado, porque Rajoy destacaba en aquellas cualidades relacionadas con la economía. Y teniendo en cuenta los resultados que se habían producido en las elecciones municipales de mayo de ese año, la situación económica parecía ser el tema que más pesaba en la decisión del voto de los españoles. Una economía que seguía en estado crítico y cuya mejora seguía sin vislumbrarse: un 92 % (el porcentaje más elevado arrojado por los sondeos a lo largo de ese último año) calificaba negativamente la situación económica española y un 90 % creía que todavía faltaba tiempo para que ésta empezara a mejorar definitivamente.

En los períodos previos a la celebración de elecciones de cualquier tipo, la opinión de los ciudadanos sobre aspectos políticos y económicos suele empeorar debido a que durante la precampaña y la campaña electoral aumenta el nivel de confrontación política y esto incide negativamente en las percepciones de los ciudadanos. Tras la celebración de las elecciones tiene lugar un periodo de más serenidad, a modo de catarsis liberadora de tensiones, que suele traducirse en una visión más positiva de los ciudadanos. Tras las elecciones municipales y autonómicas de mayo, sin embargo, ese efecto no llegó a

producirse. Al peor dato sobre la situación política de los últimos 12 meses se le unía el porcentaje más elevado de los últimos ocho meses de ciudadanos que calificaban negativamente la situación política nacional: 81 %.

El 19 de junio, más de 200.000 personas se manifestaron en las principales ciudades españolas convocadas por el movimiento 15M contra el Pacto del Euro, los recortes sociales, la corrupción política y a favor de la regeneración de nuestra democracia. El éxito de la convocatoria<sup>188</sup> reforzó, sin duda, la imagen del movimiento. Así quedó reflejado en un sondeo de Metroscopia llevado a cabo tan solo dos días después de la gran movilización. Con respecto al primer sondeo —realizado a comienzos de ese mismo mes de junio— el movimiento 15M no perdía apoyos entre la ciudadanía: seguía inspirando simpatía a un 64 % de los españoles —la misma proporción que en ese primer sondeo: 66%—. Los incidentes<sup>189</sup> que habían tenido lugar entre uno y otro sondeo a la entrada del *Parlament* de Cataluña cuando algunos indignados increparon y en algún caso agredieron a los diputados catalanes no menguaron el apoyo de la opinión pública hacia el movimiento 15M<sup>190</sup>. Sobre la ciudadanía parecía seguir pesando más el impacto de la manifestación del 19J que los actos de violencia, que por otra parte fueron claramente reprobados por la Plataforma del 15-M. En este segundo sondeo, un 71 % de los españoles (83 % entre los votantes socialistas y 54 % entre los populares) consideraba que el denominado 15M era un movimiento pacífico que pretendía regenerar la democracia frente a un reducido 17 % que lo consideraba un movimiento radical, antisistema, que pretende sustituir el sistema vigente por otro.

Las demandas del movimiento seguían siendo, probablemente, el principal sustento de la extendida simpatía con la que contaba: un abrumador 79 % de los ciudadanos (la misma proporción que hacía un mes: 81%) consideraba que quienes participaban en el movimiento tenían razón en las cosas por las que protestaban. Idea que compartían ampliamente tanto los votantes del PSOE (88 %) como los del PP (63 %). De hecho, la abrumadora mayoría de los españoles compartía algunas de las principales peticiones del movimiento:

---

<sup>188</sup> [http://politica.elpais.com/politica/2011/06/19/actualidad/1308483852\\_093532.html](http://politica.elpais.com/politica/2011/06/19/actualidad/1308483852_093532.html)

<sup>189</sup> <http://www.lavanguardia.com/politica/20110615/54170903036/los-parlamentarios-catalanes-logran-acceder-al-parlament-entre-pintadas-empujones-y-abucheos.html>

<sup>190</sup> Es importante tener en cuenta que una de las cuestiones que contribuyó a que el movimiento de los indignados contara con el apoyo ciudadano fue la ausencia de violencia en sus actos y concentraciones.

- Un 89 % estaba de acuerdo con que se decidiera que los delitos de corrupción no prescribieran;
- Un 89 % con que las grandes empresas no pudieran hacer despidos colectivos mientras tuvieran beneficios;
- Un 86 % con que las Cajas y Bancos que habían recibido dinero público cuando estaban en problemas lo devolvieran al Estado;
- Un 86 % con la dación hipotecaria, esto es, con que fuera posible cancelar totalmente una hipoteca con la entrega al Banco o Caja de la casa hipotecada;
- Un 69 % con la prohibición de cualquier tipo de ayuda con dinero público a los Bancos o Cajas que tuvieran problemas (la alternativa era que quebraran o que fueran nacionalizados);
- Un 68 % con que el Estado tuviera un mayor control sobre la economía para poder defender los intereses colectivos;
- un 66 % con que el Estado expropiara todas las viviendas construidas que estuvieran sin vender para ofrecérselas en régimen de alquiler protegido a jóvenes y a personas con pocos recursos;
- Un 62 % con que existiera también una Banca Pública, además de la privada, para que el Estado pudiera defenderse mejor contra las especulaciones de los mercados; y
- Un 60 % con suprimir toda ayuda de dinero público a la Iglesia Católica y a las demás confesiones, que deberían mantenerse solamente con las aportaciones de sus fieles.

Esta última cuestión era la única en que los electorados del PSOE y del PP manifestaban opiniones mayoritariamente contrarias: un 70 % de los socialistas se mostraba de acuerdo y un 57 % de los populares en desacuerdo.

Tan sólo en una de las medidas planteadas, la nacionalización de la Banca, el grado de acuerdo no era mayoritario entre la ciudadanía: no pasaba del 43 % frente a un 41 % que estaba en desacuerdo. El apoyo a esta posible medida estaba menos extendido entre los votantes del PP (35 %) y entre los mayores de 55 años (33 %, 22 puntos menos que entre los menores de 35 años).

El movimiento parecía también haber convencido a la ciudadanía de su inexistente vinculación partidista e ideológica: un 59 % (un punto más que un mes antes) consideraba que era un movimiento sin una tendencia política concreta, idea que era compartida por

la mayoría de votantes tanto del PSOE (65 %) como del PP (53 %). En todo caso, eran sustancialmente más los ciudadanos que lo veían más cercano a la izquierda (29 %) que a la derecha (2 %), pese a lo cual prevalecía la percepción de que la influencia del movimiento en el resultado electoral de las siguientes elecciones generales favorecería más a la derecha que a la izquierda.

La opinión aparecía dividida sobre si el 15M tendría capacidad de afectar el resultado: para un 49 % sí y para un 42 % no. Entre los primeros, el sentido en el que el movimiento pudiera hacer notar su influencia, determinaba un ranking de probables beneficiados, liderado por el voto en blanco: un 66 %. La siguiente mayor influencia del movimiento sería, según estos ciudadanos, el aumento del voto nulo (59 %) y, como tercer beneficiado, situaban a los partidos nuevos o minoritarios (56 %). Es decir, los tres principales favorecidos coincidían con las consignas de voto promovidas por el movimiento 15M en la semana previa a la celebración de las elecciones municipales y autonómicas del 22 de mayo. Por su parte, los partidos de ámbito nacional aparecían como los que menos probabilidades tenían de verse afectados, ya fuera a favor o en contra (si bien, eran algunos más quienes pensaban que el PP se vería algo más beneficiado que el PSOE).

¿Quién tenía la culpa de lo que estaba ocurriendo: los políticos o el sistema? Predominaban en una proporción de dos a uno (46 % frente a 22 %) quienes creían que la responsabilidad principal de lo que pudiera estar fallando en nuestro país era de los líderes políticos y no de la forma en que está organizada la democracia en España. Es decir, el problema residía más en quienes pilotaban el sistema que en el sistema mismo. Con respecto siete meses antes, sin embargo, se había reducido tanto el porcentaje de quienes culpaban solo a los políticos (10 puntos) como el de quienes señalaban como responsable solo a la forma en que está organizada nuestra democracia (5 puntos) y, por el contrario, había aumentado 11 puntos el de quienes creían que el problema residía en ambas cosas. La mala conducción del sistema parecía así estar empezando a erosionar la credibilidad del sistema mismo, una deriva inquietante por lo que de persistir podría contribuir a la pérdida de legitimidad social de las instituciones públicas.

Entre el 28 y el 29 de junio tuvo lugar el debate del estado de la Nación, el último que iba a presidir y en el que iba a intervenir el presidente Zapatero. Debate del que, según el sondeo llevado a cabo por el CIS, salió vencedor el líder de la oposición, Mariano Rajoy:



un 27 % le otorgaba la victoria frente a un 19 % que se la atribuía a Zapatero<sup>191</sup>. Un sondeo de Metroscopia llevado a cabo el 29 de junio daba también como ganador a Rajoy aunque por una distancia más ajustada<sup>192</sup>. En realidad, pocos fueron los españoles que siguieron aquel debate del estado de la nación según los datos de audiencia, pero la sensación mayoritaria (43 %) entre aquellos ciudadanos que vieron, escucharon o leyeron algo acerca de él, fue que no hubo un claro ganador. Una aparente igualdad deslucida, porque la mayoría de los españoles opinaba que ni Zapatero (53 %) ni Rajoy (52 %) habían sabido estar a la altura de lo que, en aquellas circunstancias, cabía esperar de un líder político. En todo caso, entre los ciudadanos que en alguna medida siguieron el debate, prevalecían quienes consideraban que el último duelo entre Rajoy y Zapatero lo había ganado el líder popular: 31 % frente a un 26 % que daba como vencedor al Presidente. La ventaja de Rajoy se sustentaba, por un lado, en que tuvo mayor capacidad de convicción entre sus votantes que Zapatero entre los suyos (75 % frente a 42 %) y, por otro lado, en las diferentes sensaciones que transmitieron ambos líderes: la mayoría consideraba que Zapatero había afrontado el debate como un mero trámite (51 %) y, sin embargo, prevalecían quienes pensaban que Rajoy se lo había tomado con un interés especial (45 %).

El debate del estado de la nación reforzó la confianza de los votantes populares en Rajoy y, al mismo tiempo, no motivó una reducción sustancial de las críticas del electorado del PSOE hacia el presidente del Gobierno. Así quedaba reflejado en el Clima Social de julio que ponía de manifiesto que aunque eran más los votantes socialistas que aprobaban la gestión de Zapatero que quienes la desaprobaban (52 % frente a 41 %, cuando un mes antes los porcentajes eran los contrarios: 49 % frente a 46 %), lo cierto era que la mayoría de los votantes del PSOE seguía pensando que el Presidente improvisaba (68 %) y un 60 % manifestaba tener poca o ninguna confianza en él. La gestión opositora de Rajoy, por el contrario, era aprobada por el 71 % de sus votantes, un 60 % creía que no improvisaba sino que tenía un plan claro y un 59 % decía tener confianza en él.

---

<sup>191</sup> La pregunta “¿Quién cree que ha ganado el debate?” se le hacía solo a quienes habían seguido el desarrollo del debate o habían obtenido información por TV, radio u otros medios de información. ([http://datos.cis.es/pdf/Es2907mar\\_A.pdf](http://datos.cis.es/pdf/Es2907mar_A.pdf)).

<sup>192</sup> Debe tenerse en cuenta que mientras que en el estudio del CIS los entrevistados podían dar como ganador a cualquiera de los portavoces de los diferentes partidos que intervinieron durante el debate, en el de Metroscopia solo se daba a elegir entre Zapatero y Rajoy.

Pero el candidato al que se iba a enfrentar Rajoy había cambiado: ya no era Zapatero sino Rubalcaba. Y era el, en aquel momento, vicepresidente Primero y ministro del Interior quien contaba con un mayor porcentaje de votantes de su partido que confiaban en él: 65 %. En un enfrentamiento directo entre Rubalcaba y Rajoy, el ministro del Interior era, en esos momentos, quien tenía una mayor capacidad de liderazgo según los ciudadanos (53 % frente a un 33% que mencionaba a Rajoy) quien inspiraba mayor confianza (46 % frente a 33 %), quien daba la sensación de preocuparse más por los ciudadanos (37 % frente a 28 %) y quien más ciudadanos pensaban que lo haría mejor como presidente del Gobierno (44 % frente a 36 %). No obstante, la crisis centraba las preocupaciones de los ciudadanos y su percepción sobre la situación económica del país no mejoraba con el paso de los meses: un 90 % creía que era muy mala o mala y un 91 % pensaba que aún faltaba tiempo para que empezara a mejorar. Y en el tema económico Rajoy sacaba ventaja a Rubalcaba: prevalecían quienes pensaban que el líder popular, por un lado, sabría manejar mejor las exigencias de los mercados que el líder socialista (41 % frente a 34 %) y, por otro lado, que estaba mejor preparado para hacer frente a la crisis económica (39 % frente a 34 %). Y, además, eran más los españoles que consideraban que un gobierno del PP presidido por Rajoy estaría más preparado para sacar a España de la crisis que un gobierno del PSOE presidido por Rubalcaba. En este sentido, la confianza estaba mucho más extendida entre los votantes populares (90 %) que entre los socialistas (54 %). Hay que tener en cuenta, que la mayoría de los ciudadanos creía que Rubalcaba estaba demasiado condicionado por su pertenencia a los gobiernos de Zapatero como para presentar un programa novedoso y atrayente para sus votantes (opinión que compartía un tercio del electorado socialista: 33 %). Pese a ello, a los españoles, en general, y a los votantes socialistas, en particular no les parecía que a Rubalcaba le conviniera abandonar cuanto antes el Ejecutivo para no verse “contaminado” por la mala imagen que arrastraba el Gobierno. En primer lugar, eran más los ciudadanos que consideraban compatible ser candidato a las elecciones generales y Ministro que quienes lo veían incompatible (48 % frente a 42 %; 67 % frente a 26 % entre el electorado socialista). Y, en segundo lugar, quienes pensaban que era más beneficioso para el PSOE que Rubalcaba siguiera en el Gobierno superaban en número a quienes creían que lo mejor era que lo abandone (46 % frente a 37 %; 55 % frente a 30 % entre los votantes socialistas).

La estimación de resultado electoral de esa oleada para el caso de que se celebrasen de manera inmediata unas nuevas elecciones generales no variaba sustancialmente de la del

mes de junio: el PP ganaría al PSOE por una diferencia de 14.3 puntos (cinco décimas más que un mes antes): 44.7 % frente a 30.4 %. La fidelidad de los votantes populares seguía estando más de treinta puntos por encima de la de los socialistas: (86 % frente a 51 %). El “efecto Rubalcaba”, esto es, la posible repercusión sobre los alineamientos electorales de los españoles de la candidatura de Rubalcaba a la presidencia del Gobierno, todavía no era posible medirlo: en la oleada de junio la estimación del resultado electoral había estado claramente condicionada por el resultado de las elecciones municipales y autonómicas (el electorado popular se había mostrado crecido al contrario que el socialista) y en la del mes de julio, la estimación estaba vinculada directamente al debate sobre el estado de la nación y, por tanto al enfrentamiento (y protagonismo) de Zapatero y Rajoy.

Tras el debate del estado de la Nación, la mayoría de los españoles (50 %) se mostraba partidaria de adelantar las elecciones para que el partido que resultara ganador contara con el adecuado respaldo popular para decidir las medidas económicas que debían tomarse y la forma de aplicarlas. Un 42 % creía, por el contrario, que convocar elecciones en ese momento complicaría aún más cosas porque paralizaría decisiones que no debían ni podían esperar, y por ello creía que lo mejor era agotar la legislatura y celebrar las elecciones en marzo de 2012, como estaba previsto. Es interesante destacar que estos resultados eran exactamente los inversos a los obtenidos un año antes, tras la celebración del debate sobre el estado de la nación de 2010. En aquella ocasión los partidarios de agotar la legislatura eran mayoría y superaban a quienes abogaban por un adelanto electoral: 53 % frente a 42 %. Este vuelco en la opinión que se debía, probablemente, a que los ciudadanos pensaban en 2011 que los riesgos que se podían correr adelantando las elecciones iban a ser los mismos en otoño de ese año que en marzo del siguiente año. En ese caso, por tanto, parecía mejor opción celebrar las elecciones lo antes posible. La mayoría de los votantes socialistas (66 %) era partidaria de agotar la legislatura, probablemente, porque pensaban que en 2011 la derrota estaba asegurada y que cualquier retraso no podía empeorar la situación. La abrumadora mayoría del electorado popular (90 %) era partidario, por el contrario, de celebrar las elecciones cuanto antes.

Y el 29 de julio, Zapatero anunció el adelanto de las elecciones generales para el 20 de noviembre. Los españoles eran ya mayoritariamente partidarios de ese adelanto electoral en el momento de anunciarse: un 52 % según los datos del Clima Social de agosto cuyo trabajo de campo se realizó dos días antes del anuncio del Presidente. Unas elecciones, por otra parte, que de forma masiva (84 %) los ciudadanos creían que las iba a ganar el

PP, pues en el tiempo que quedaba hasta las mismas la clara mayoría (incluso de los votantes socialistas) no consideraba que el PSOE pudiera hacer nada para ganarlas. Esta intuición ciudadana sobre el resultado electoral más probable quedaba confirmada por los datos de estimación de voto en esta oleada de agosto: el PP obtendría en caso de unas inmediatas elecciones generales el 44.8 % de los votos válidos frente al 30.8 % del PSOE. Un resultado estimado que apenas había variado en un mes. Si durante la semana previa se había especulado (sobre todo a raíz de la publicación parcial del Barómetro de julio del CIS) con la posibilidad de un sustancial recorte de la distancia entre PP y PSOE como consecuencia de un supuesto “efecto Rubalcaba”, nada en los datos del sondeo de Metroscopia parecía avalar esa hipótesis. La fidelidad de voto socialista seguía en un magro 52 %, es decir, 29 puntos inferior a la fidelidad de voto popular. El electorado socialista seguía dando los mismos síntomas de desmovilización y apatía que en los meses anteriores y ni siquiera la incuestionable buena imagen de Rubalcaba parecía estar logrando sacarle de su tendencia al desentendimiento. Por supuesto, cabía pensar que conocida ya la fecha electoral y en la inmediata cuenta atrás iniciada, la campaña del candidato Rubalcaba consiguiera una mayor atención por parte de esa mitad del electorado socialista que en ese momento propendía a dar la espalda a su partido. Pero en el momento del pistoletazo de salida para la carrera electoral, las posiciones de partida eran muy desiguales: Rajoy partía con catorce puntos de ventaja. Y en estas condiciones le bastaba con conservar el ya elevado apoyo de sus votantes; en cambio, para el candidato socialista se abría una carrera contra reloj en la que tendría que tratar de elevar al máximo posible la escasa fidelidad de voto a sus siglas. Empeño no imposible pero en modo alguno fácil. Ciertamente entre el conjunto de la ciudadanía Rubalcaba era mejor evaluado, en conjunto, que Rajoy. En un sistema electoral a doble vuelta, como el francés, que posibilita que un candidato termine recibiendo el apoyo de electores que en un primer momento no le dieron su voto, Rubalcaba sería probablemente el vencedor final. Pero en un sistema parlamentario como el español cada candidato depende exclusivamente del apoyo de sus propios votantes, con independencia de la simpatía que pueda despertar en los votantes de otros partidos o de la medida en que pueda ser considerado por estos la segunda mejor opción. Por ello, en realidad, de poco le servía al candidato socialista ser mejor considerado que su contrincante por el conjunto de la ciudadanía como mejor líder y posible mejor presidente del Gobierno (Rajoy, en cambio, era percibido como más preparado para hacer frente a la actual crisis —precisamente el principal problema para los españoles—). Lo verdaderamente significativo era que los votantes del PP valoraban

en dos de esas tres dimensiones a Rajoy mejor de como los votantes socialistas valoraban a Rubalcaba.

En todo caso, y pese a darse por descontada, de forma generalizada, la victoria del PP, la figura de Rubalcaba no sufría por ello menoscabo alguno. El 76 % de los votantes socialistas consideraban que no contaban con otro candidato mejor para hacer frente a Rajoy, y el 61 % pensaba que, aunque perdiera las elecciones, debía seguir al frente del partido pues era quien mejor podía reorganizarlo con vistas al futuro. Además, la opinión dominante (la expresaba un 48 %) era que el hecho de concurrir a las elecciones sin ser secretario general del PSOE no iba a afectar sus posibilidades electorales; incluso un 33 % estimaba que hasta le podía venir bien.

En cuanto al Gobierno y su Presidente, la ciudadanía los daba ya por amortizados incluso antes del anuncio del adelanto electoral. Tendía a aumentar, de nuevo, en esta oleada, la sensación de pesimismo sobre la crisis mundial y sobre la española, subían hasta el 82 % quienes definían como mala la situación política española y se mantenía en niveles máximos (80 %) la sensación de que el jefe del Ejecutivo seguía improvisando sobre la marcha según venían las cosas.

El PP tenía mejor una imagen que el PSOE como gestor de las cuestiones económicas pero los ciudadanos percibían claramente los constreñimientos políticos internacionales a lo que estaba siendo sometido nuestro país. A mediados de 2011 los españoles tenían una opinión cada vez más crítica acerca de los mercados financieros y de la globalización económica. Para ocho de cada diez (79 %) quien realmente mandaba en esos momentos en el mundo no eran ya los Estados sino "los mercados". Pero además, dos de cada tres (67 %) creían que la globalización económica estaba debilitando los sistemas democráticos. La ciudadanía percibía así, cada vez con mayor intensidad, que asuntos hasta ese momento exclusivos de los representantes de la soberanía nacional pasaban a ser decididos por agentes financieros globales, condicionando y debilitando la vida democrática. La percepción pesimista de la economía y, sobre todo, los continuos sobresaltos de los gobiernos para hacer frente a los ataques especuladores contra los países llamados PIIGS (Portugal, Irlanda, Italia, Grecia y España) habían generalizado la opinión entre la población de que los sistemas democráticos habían perdido capacidad de decisión frente a los agentes económicos. Y los argumentos de algunos movimientos de protesta parecían comprendidos, si no ya compartidos, por sectores cada vez más diversos de la población.

Dentro de este estado de opinión, las agencias de acreditación no salían muy bien paradas. Estas empresas privadas eran para la mayoría de los ciudadanos (60 %) elementos desestabilizadores de la economía y contribuían a fomentar la especulación, afectando negativamente, de forma injustificada, a algunas economías como la española. Eran una minoría, en cambio, quienes pensaban que contribuían a que la economía de los países fuera más transparente y funcionara mejor. Según la opinión de los ciudadanos, estas agencias debían ser supervisadas por los estamentos públicos. Así, dos de cada tres españoles eran favorables a que la Unión Europea creara una agencia para revisar el funcionamiento de estas agencias.

La crisis económica y la inexistencia de herramientas adecuadas para hacerle frente estaban debilitando la imagen que los españoles tenían de la Unión Europea. Seguía siendo una amplia mayoría (61 %) quienes seguían pensando que la pertenencia a la Unión era positiva para España, pero el porcentaje se había reducido nueve puntos en tan solo seis meses.

a) Inicio del nuevo curso político y cuenta atrás para las elecciones

El nuevo curso político parecía comenzar igual que como había terminado el anterior: en la estimación de voto del Clima Social de septiembre el PP mantenía su amplia ventaja sobre el PSOE de 14.1 puntos: 44.8 % frente a 30.7 %. Cuando solo quedaban tres meses para las elecciones generales, el denominado “efecto Rubalcaba” —la movilización del electorado socialista en torno al nuevo candidato— que algunos esperaban para después del verano, seguía sin producirse. El electorado socialista no solo no acababa de despertar sino que parecía sumido en el derrotismo. Por un lado, la fidelidad de los votantes del PSOE seguía muy alejada de la que manifestaban los populares: 52 % frente a 82 %. Por otro lado, ascendía hasta un 81 % el porcentaje de votantes socialistas que pensaban que el PP ganaría los comicios y un 63 % de sus votantes consideraba que, hiciera lo hiciera en adelante, el PSOE no podría ganar las elecciones. Otro dato que reflejaba el estado de ánimo de este electorado era que solo dos de cada tres (65 %) votantes socialistas decía preferir una victoria de los suyos. Entre las filas populares, sin embargo, no decaía el optimismo: un 95 % creía que su partido sería finalmente el vencedor y un 93 % (es decir, 28 puntos más que entre los socialistas) deseaba que así fuera.

El desaliento de los unos y el optimismo de los otros se trasladaba, también, a la opinión sobre sus candidatos. Entre el conjunto de la ciudadanía, Rubalcaba tenía una clara mejor

imagen que Rajoy. Pero este era un dato en realidad engañoso pues no tenía mayores consecuencias prácticas sobre el voto. Por un lado, Rajoy era claramente mejor evaluado en un atributo especialmente importante en las aquellas circunstancias (saber hacer frente a los mercados); y, por otro lado, y sobre todo, ocurría que los votantes del PP evaluaban a Rajoy ampliamente mejor en prácticamente todas las dimensiones sometidas a consideración que como los votantes socialistas valoraban a Rubalcaba. Si pese a ello este acababa teniendo una mejor imagen entre la ciudadanía era porque recibía el apoyo de personas que no iban a votarle pero que le preferirían antes que al líder popular.

Rubalcaba parecía, así, haber heredado la imagen negativa que arrastraba el Presidente Zapatero. Cuando este encarnaba, casi de manera exclusiva, la imagen del Gobierno atraía todas las críticas ciudadanas, incluidas las de sus propios votantes. En el momento en el que la imagen y el peso del partido pasaron a recaer de manera casi plena sobre Rubalcaba, los reproches fueron dirigidos contra él. Dos datos sirven para ejemplificar esta cuestión. Por un lado, mientras que en la oleada de junio del Clima Social un 53 % de los votantes socialistas pensaban que Rubalcaba tenía un plan claro, en la de septiembre, sin embargo, solo opinaba así un 37 %: la mayoría (56 %) creía que iba improvisando sobre la marcha. Por otro lado, en la oleada de julio Rubalcaba inspiraba confianza a un 65 % de su electorado mientras que en septiembre ese porcentaje se redujo hasta un 37 %. Lo contrario de lo que le ocurría a Rajoy, que según se iban acercando las elecciones iba reforzando su imagen entre el electorado popular: un 62 % de sus votantes creía que tenía un plan claro (nueve puntos más que un mes antes) e inspiraba confianza a un 64 % (21 puntos más).

Al mismo tiempo, el pesimismo sobre la economía alcanzaba máximos históricos en esta oleada de septiembre: un 93 % calificaba negativamente la situación económica española, un 87 % consideraba que aún faltaba tiempo para que la economía mundial empezara a mejorar definitivamente y un 91 % creía que el final de la crisis económica española estaba todavía lejos. Los tres eran los peores datos obtenidos en toda la serie histórica del Barómetro de Clima Social. Además, un 71 % consideraba que la crisis económica no había tocado fondo todavía y que, por tanto, no había empezado aún la recuperación. No obstante, los españoles veían el futuro con *preocupación esperanzada* (López Pintor, Op. Cit.): tres de cada cuatro ciudadanos (75 %) creían que, cuando empezara, la recuperación de la economía sería lenta pero que las cosas acabarían siendo como antes. Es decir, la amplia mayoría pensaba en esta crisis como si se tratara de un grave paréntesis que una vez superado nos permitiría a los españoles reemprender la misma senda anterior. Uno de

cada cinco españoles (21 %) tenía una visión mucho más pesimista y pensaba que las cosas ya no volverían a ser nunca como antes. Lo que los españoles venían a decir es que tanto ellos como el país en su conjunto se encontraban en una situación de estancamiento: consideraban que cinco años antes sus condiciones posibles de vida (y las de España) eran sustancialmente mejores que las que tenían en ese momento pero creían que en los siguientes cinco años iban a ser mejores que las estaban viviendo en ese momento (aunque sin llegar a ser tan buenas como un lustro antes). Los españoles se situaban en 2011, en promedio, en un 5.6 (dentro de una escala de 0 a 10, en la que el 0 representa las peores condiciones de vida posibles y el 10 las mejores posibles) y consideraban que cinco años antes—es decir, en el 2006, año en el que la situación económica de España apenas preocupaba— se ubicaban en el 7.3. Una caída de casi dos puntos en cinco años. Ahora bien, aun en momentos tan críticos como los que se atravesaban en 2011, los ciudadanos tenían una visión optimista se veían cinco años después —es decir, en 2016— en el 6.1: mejor que en 2011 aunque sin llegar a los niveles de 2006 (véase Cuadro 14).

La situación de estancamiento descrita en 2011 difería con la que estaba presente en la sociedad española tanto a finales de la década de los 60 como a comienzos de los años 80 del siglo pasado. En el año 1967 —en pleno período del denominado desarrollismo durante la dictadura de Franco—, los españoles sentían que sus condiciones de vida se encontraban, en ese momento, en plena evolución ascendente: venían de una situación peor cinco años antes (4.6 frente al 5.7 en el que se ubicaban en ese momento) y preveían que cinco años después iban a estar mejor (en el 6.8).

En 1981, los españoles se ubicaban, en promedio, en el 6.6: el mismo punto en el que entendían que se encontraban cinco años atrás —es decir, en 1976, al poco de iniciarse la transición a la democracia— y 1.1 punto por debajo de donde se esperaban hallar un lustro después. La gran diferencia entre estas tres fechas era, sobre todo, el menor optimismo con vistas al futuro cercano que los españoles manifestaban en 2011: tanto en 1967 como en 1981 la sociedad española pensaba que iba a estar sustancialmente mejor que en el pasado. Los españoles en 2011, sin embargo, confiaban en prosperar, pero parecían resignados a afirmar que cualquier tiempo pasado fue mejor, que en ningún caso iban a volver a alcanzar los niveles de años atrás.

Los ciudadanos pueden sentirse en gran medida frustrados si se ven a sí mismos en peores condiciones que en el pasado y también en peores condiciones que las que atribuyen a la sociedad en general a la que pertenecen (López Pintor, 1982 Op.Cit.). En aquellos días de 2011 se cumplía, así, la primera parte de esta premisa pero, ¿y la segunda? No, los



españoles pensaban que al igual que ellos, España estaba peor que cinco años antes pero que un lustro después el país, como ellos, iba a estar mejor. Con una diferencia: en los tres períodos— pasado, presente y futuro— los ciudadanos se percibían a sí mismo en mejor posición que a España en su conjunto. Si cinco años antes ellos estaban en el 7.3, el país lo estaba en el 7.0; si en 2011 se situaban en el 5.6, a España la situaban en el 4.0 y si cinco años después se veían en el 6.1 creían que el conjunto de la nación estaría en el 5.3 (véase Cuadro 15).

<b>CUADRO 14</b> <i>Imagine una escala entre 0 y 10, en la que el 0 representa las peores condiciones posibles de vida para usted y el 10 las mejores posibles. Utilizando esta escala...</i> (Puntuaciones medias)			
	<b>AÑO</b>		
	<b>2011</b>	<b>1981</b>	<b>1967</b>
Dónde diría que estaba usted situado hace cinco años	7.3	6.6	4.6
Dónde se situaría usted actualmente	5.6	6.6	5.7
Dónde cree que estará usted situado dentro de cinco años	6.1	7.7	6.8

Fuente: Los datos de 1967 pertenecen al Instituto de Opinión Pública (IOP); los de 1981 pertenecen al Banco de Datos del CIS; los de 2011 son del Banco de Datos de Metroscopia.

<p align="center"><b>CUADRO 15</b></p> <p align="center">Imagine una escala entre 0 y 10 en la que el 0 representa las peores condiciones posibles de vida y el 10 las mejores posibles. Utilizando esta escala...</p> <p align="center">(Puntuaciones medias)</p>				
	<b>España 2011</b>		<b>España 1967</b>	
	Situación individual	Situación del país	Situación individual	Situación del país
Dónde diría que estaba situado hace cinco años	7.3	7.0	4.6	4.7
Dónde situaría actualmente	5.6	4.0	5.7	5.7
Dónde cree que se situará dentro de cinco años	6.1	5.3	6.8	7.1

Fuente: Los datos de 1967 pertenecen al Instituto de Opinión Pública (IOP); los de 2011 pertenecen del Banco de Datos de Metroscopia.

#### b) La reforma de la Constitución.

A finales de agosto, el PSOE y el PP pactaron la reforma del artículo 135 de la Constitución Española, sin plantear un referéndum a los españoles, con el fin de modificar y establecer por ley el límite de déficit. El 2 de septiembre de 2011 el Congreso de los Diputados aprobó con 316 votos a favor y cinco en contra la primera reforma constitucional de calado, para introducir de forma urgente en la Carta Magna el principio de estabilidad financiera para limitar el déficit. Solo votaron a favor los diputados del PSOE (con la excepción de dos: Antonio Gutiérrez, que ya había anunciado su voto negativo, y José Manuel Bar Cendón, por error) y los del PP; entre todos sumaron más de los tres quintos de la Cámara necesarios para modificar la Constitución. Los diputados del resto de partidos o bien no votaron (como fue el caso de los representantes de CiU y PNV) o se ausentaron durante la votación (como los de IU, ERC, NBG, ICV y Nafarroa Bai) o votaron en contra (CC y UPyD)<sup>193</sup>. El Gobierno del partido socialista justificó aquella decisión aludiendo a la falta de alternativas debido a la presión de los mercados. El portavoz socialista en el Congreso, José Antonio Alonso, contestó a las críticas planteadas por el diputado de IU Gaspar Llamazares con la siguiente frase: "No hay peor sordo que el que no quiere oír, señor Llamazares, le digo que las tensiones en los mercados han llegado a un límite que pone en riesgo las políticas sociales. Esta es una realidad". Sin duda, este hecho es un claro ejemplo de las tres condiciones de las que habla Morgan para explicar el deterioro de la representación programática que causa el colapso de un

<sup>193</sup> Puede consultarse la Reforma del artículo en: <http://www.boe.es/boe/dias/2011/09/27/pdfs/BOE-A-2011-15210.pdf>

sistema partidista: crisis política, restricciones internacionales que limitan las opciones políticas de los partidos para hacer frente a la crisis y acuerdos entre los principales partidos que impide a los ciudadanos percibir diferencias programáticas significativas entre ellos. Las presiones exteriores al Gobierno para adoptar medidas como la de la reforma de este artículo de la Constitución que la mayoría de los ciudadanos sospechaba que se estaban produciendo quedaron confirmadas dos años después. En noviembre de 2013, el ya expresidente Zapatero (2013) publicaba un libro que incluía la carta que le había enviado el 5 de agosto el presidente del Banco Central Europeo, Jean-Claude Trichet, en la que instaba al Gobierno a tomar más medidas para devolver “la credibilidad de la firma soberana a los mercados”. Una carta cuyo contenido Zapatero había negado durante esos años tanto a los partidos de la oposición como a la opinión pública.

Con todo, en ese momento la opinión pública española se mostraba claramente molesta con la reforma de la Constitución pactada por el PSOE y el PP pero no tanto por el contenido de la misma como por la forma en que había sido llevada a cabo. Tres de cada cuatro españoles (73 %) opinaba, por un lado, que PSOE y PP deberían haber negociado la reforma con el resto de los partidos con representación parlamentaria para no quebrar el consenso sobre la norma fundamental; y, por otro, dos de cada tres creían que aunque el sistema escogido fuera legalmente correcto hubiera sido preferible celebrar un referéndum. Por dos razones: porque la reforma no le parecía tan urgente a la ciudadanía (su grado de necesidad y urgencia era evaluado con solo un 5.9 en una escala de 0 a 10) y porque, en todo caso, la posible urgencia no parecía motivo bastante para impedir a los españoles hacerse oír en el tema. Dicho lo cual, el 69 % aseguraba que hubiera acudido a votar en ese referéndum, y el 62 % de estos indicaba a su vez que su voto hubiera sido favorable a la reforma. La opinión relativamente mayoritaria entre la población (y tanto entre los votantes del PSOE como entre los del PP) era, en todo caso, que la inclusión en el texto constitucional de un tope al déficit no equivalía a introducir un elemento de carácter ideológico en el mismo. El 69 % de la ciudadanía estimaba que puestos a modificar la Constitución los dos principales partidos deberían haber aprovechado para introducir además otras reformas pendientes, varias de las cuales eran percibidas como claramente más urgentes que la llevada a cabo: era el caso de la eliminación de la discriminación por sexo en la sucesión dinámica (cuya urgencia era evaluada con un llamativo 7.7), de la reforma del Senado para que funcionara como Cámara de representación territorial (que presentaba un grado de urgencia de 6.9) o del blindaje de

las competencias del Estado para impedir más transferencias a las Comunidades Autónomas (6.0).

Si el cambio constitucional iba dirigido a limitar el déficit, una clara mayoría absoluta (56 % frente a 31 %) creía que para reducir el déficit de la Administraciones Públicas era preferible el recorte de sus presupuestos antes que incrementar los ingresos del Estado. De entrada, pues, la política de recortes era percibida como el mal menor. Tres de cada cuatro españoles (76 %) creían que las medidas de reducción presupuestaria anunciadas por el PP en algunas de las Comunidades en que gobernaba en esos momentos iba a ser la línea de actuación de los populares si finalmente ganaban las elecciones generales de noviembre. Y un porcentaje sustancial consideraba que con esas políticas de recortes aplicadas por un hipotético futuro gobierno del PP, la credibilidad internacional de nuestro país mejoraría (41 %, frente a un 7 % que pensaba, en cambio, que empeoraría. Un 45 % creía que no variaría). Este dato es importante porque ayuda a explicar la posterior decepción ciudadana cuando, una vez que el PP gana las elecciones en 2011, la presión de los mercados permanece a pesar de los recortes aplicados por el Gobierno del PP.

En todo caso, esta resignada aceptación de los recortes presupuestarios como algo inevitable no evitaba que al mismo tiempo la idea ampliamente mayoritaria (la expresaban dos de cada tres españoles) fuera que conllevarían consecuencias claramente negativas para la calidad de los servicios sociales, de la sanidad pública y de la educación pública. Este temor estaba especialmente extendido entre los votantes socialistas.

#### c) ETA anuncia el cese definitivo de la violencia

Cuando faltaba menos de un mes para la celebración de las elecciones generales se llevó a cabo la oleada de octubre del Barómetro de Clima Social de Metroscopia para EL PAÍS. En el sondeo Rubalcaba recuperaba la confianza del electorado socialista con respecto a oleadas anteriores. Una confianza que perdió cuando dejó de ser ministro del Interior y vicepresidente Primero para convertirse en candidato socialista en la carrera hacia la Moncloa. Al frente de aquel Ministerio, la gestión de Rubalcaba siempre mereció la aprobación mayoritaria de la ciudadanía: en muchas ocasiones, también la de la mayoría de los votantes populares —y por supuesto, siempre, la de los votantes socialistas. Pero, al adoptar el rol de candidato del PSOE a las elecciones, Rubalcaba perdió la confianza

del electorado popular —que pasó a visualizarle como el rival a batir— pero, lo que es más sorprendente, también la del electorado socialista. Sin duda, al quedar Zapatero en un segundo plano, la desafección de los votantes socialistas con su partido se trasladó a la nueva cara visible, es decir, al recién elegido candidato. Si a comienzos de octubre dos de cada tres electores del PSOE (66 %) manifestaban desconfianza hacia Rubalcaba y solo uno de cada tres (33 %) confianza, a finales de mes, cuando se llevó a cabo la oleada de octubre (entre el 24 y el 27 de ese mes) un 56 % decía confiar en él, pasando a ser minoría (43 %) quienes decían desconfiar. Y algo similar ocurría con respecto a la sensación de improvisación que hasta ese momento transmitía Rubalcaba a sus votantes: en la oleada precedente del Clima Social, un 61 % del electorado socialista pensaba que su nuevo líder improvisaba sobre la marcha frente y solo un 31 % que consideraba que tenía un plan claro; un mes después, pasaban a ser, en cambio, algunos más quienes opinaban que Rubalcaba sabía a dónde iba y lo que quería (49 %) que quienes seguían pensando que improvisaba (47 %). Es decir, en estos días el candidato del PSOE experimentaba una clara recuperación de imagen entre su electorado que aunque no modificaba sus expectativas electorales sí constituía, al menos, un destacable dato novedoso.

Todo hacía pensar que esa mejora de la imagen de Rubalcaba estaba estrechamente relacionada con el cese definitivo de la violencia de ETA anunciado por la banda terrorista el jueves 20 de octubre (tan solo cuatro días antes de iniciarse el trabajo de campo del sondeo): en esos momentos un 68 % de los españoles —70 % entre los votantes del PSOE y 67 % entre los del PP— pensaba que la nueva situación podía beneficiar electoralmente a Rubalcaba. Y eran dos veces más numerosos los ciudadanos que pensaban que Rubalcaba sabría gestionar mejor que Rajoy el final de la banda terrorista: 42 % frente a 24 %, opinión que, como cabría esperar, estaba mucho más extendida entre el electorado socialista que entre el popular (69 % frente a tan solo un 9 %).

Lo cierto, en todo caso, es que esa generalizada sensación de que Rubalcaba podía mejorar sus perspectivas de voto no encontraba una traducción tangible en las intenciones de voto recogidas por el sondeo. En la estimación de resultado electoral que de las mismas cabía extraer el PP seguía aventajando en 15 puntos al PSOE (45.3 % frente a 30.3 %). Esta distancia era solo ocho décimas inferior a la registrada en la oleada precedente del Barómetro y no conllevaba riesgo alguno para la presumible mayoría absoluta del PP. De hecho, seis de cada diez españoles (58 %) pensaban que tal y como estaban las cosas lo mejor para España era que las elecciones las ganase el PP (opinión compartida por un

destacado 36 % de los votantes del PSOE). Y eso que, conviene tener en cuenta, la encuesta se llevó a cabo en los días inmediatamente anteriores a conocerse que la tasa de paro pasaba a situarse cerca de los cinco millones. El posible impacto de esta noticia no había quedado, por tanto, recogido en el sondeo.

Con todo, y pese al repunte de la imagen de Rubalcaba, el electorado socialista seguía mostrándose mayoritariamente desmovilizado: solo un 44 % de quienes habían votado al PSOE en 2008 tenían intención de volver a repetir su voto. Y el derrotismo seguía predominando de forma abrumadora entre estos votantes: solo un 6 % creía en ese momento que su partido iba a ganar las elecciones del 20N (aunque fuera lo que prefería un 62 %). Además, un 68 % consideraba que hiciera lo que hiciera el PSOE en los días que quedaban hasta las elecciones no podrá ya ganarlas.

Por el contrario, el electorado del PP no cedía un ápice en su optimismo: un 87 % pensaba que su partido iba a ganar las elecciones (el 65 % creía, además, que lo iba a hacer por mayoría absoluta) y un 95 % deseaba que así fuera. La fidelidad de voto de este partido seguía muy alejada de la de los socialistas: 83 % (39 puntos de diferencia). Los votantes populares seguían confiando mayoritariamente (71 %) en Rajoy, del que pensaban que tenía un plan claro y que sabía a dónde iba y lo que quería (64 %).

En aquella coyuntura, cuando la máxima preocupación de los ciudadanos se centraba en los problemas de índole económica y un masivo 94 % evaluaba negativamente la situación de la economía española, seguían siendo más los españoles que pensaban que Rajoy estaba mejor preparado que Rubalcaba para hacer frente a la crisis económica (47 % frente a 21 %) y que sabría manejar mejor las exigencias de los mercados que el líder socialista (50 % frente a 21 %). Aunque los ciudadanos atribuían un mejor conocimiento de los problemas de España al candidato socialista (32 % frente a 26 % de Rajoy), eran más quienes pensaban que el líder del PP lo podía hacer mejor como presidente del Gobierno (45 % frente a 34 %).

Entre el conjunto de la ciudadanía, Rajoy lograba una puntuación media levemente superior a la que obtenía Rubalcaba (4.7 frente a 4.5); también le superaba en la puntuación que cada uno recibía de sus respectivos electorados (6.7 frente a 6.3). La candidata mejor evaluada con una puntuación media de 5.0, era la diputada de UPyD, Rosa Díez (conocida por un 85% de los ciudadanos). El líder de IU, Cayo Lara (conocido por un 60% del electorado español) obtenía un 4.1. En comparación con estos candidatos,

el presidente del Gobierno, José Luis Rodríguez Zapatero, quedaba en último lugar con una puntuación media de 3.4.

### **E) El contexto en el que se celebran las elecciones del 20N de 2011**

Las circunstancias económicas, políticas y sociales previas a la celebración de las elecciones del 20 de noviembre de 2011 conformaron un contexto que hicieron que estos comicios puedan, en algún momento, ser considerados motivo de especial y más profundo análisis. Por separado, cada una de estas coyunturas—económica, política y social— sería suficiente para considerar excepcional el período previo a las elecciones: la económica, porque nunca antes se había conocido una crisis como la que todavía— cinco años después de celebradas aquellas elecciones— perdura en nuestro país; la política, porque era la primera vez en nuestra reciente historia democrática que la desafección ciudadana hacia los políticos y hacia los partidos había estado tan extendida entre la ciudadanía; y la social, porque nunca se habían celebrado antes unas elecciones generales en España en las que el terrorismo no estuviera presente. Pero el grado de excepcionalidad se incrementa sustancialmente si se tiene en cuenta la coincidencia temporal de estas tres coyunturas en el período preelectoral.

#### **a) La coyuntura económica**

Nunca antes en nuestra historia moderna la sociedad española se había encontrado inmersa, en los meses previos a la celebración de los comicios, en una crisis económica de la magnitud que se alcanzó a finales de aquel año. Todos los indicadores, los objetivos y los subjetivos, daban cuenta de lo excepcional —por pésima— de la situación económica española. El desempleo marco un máximo histórico el último trimestre de 2011 alcanzando un 23 % (más de cinco millones de personas), llegando hasta un 45 % entre los menores de 25 años. El Boletín Económico del Banco de España correspondiente al mes de octubre de 2011<sup>194</sup> describía como rasgos básicos de la economía española, en esos momentos: un debilitamiento de la tenue recuperación que se había iniciado en 2010 debido a la aceleración de la caída de la demanda nacional, un deterioro del empleo y cierta moderación de la tendencia descendente registrada meses antes de la inflación.

---

<sup>194</sup> *Boletín económico*. Banco de España. 2011, nº 10. Madrid: Banco de España, Servicio de Publicaciones, 2011-  
ISSN 1579-8623.  
(<http://www.bde.es/f/webbde/SES/Secciones/Publicaciones/InformesBoletinesRevistas/BoletinEconomico/11/Oct/Fich/be1110.pdf>).

Por otro lado, tras el mes de agosto y con el inicio del nuevo curso político interrumpido por las vacaciones veraniegas, la opinión pública española seguía percibiendo mayoritariamente que la economía nacional seguía sin remontar. De hecho, en ese mes de septiembre el pesimismo sobre la economía alcanzó máximos históricos. En un sondeo llevado a cabo por Metroscopia solo una semana antes de las elecciones, un 53 % de los españoles consideraba probable que España fuera a necesitar en un futuro más o menos inmediato el apoyo del fondo de rescate Europeo. En los meses previos, había aumentado el pesimismo ante la posibilidad de que España tuviera ser rescatada (especialmente entre los votantes socialistas): el 49 % lo consideraba muy o bastante probable en noviembre de 2011, 19 puntos más que cuatro meses antes. Los ciudadanos apuntaban a los bancos españoles como los principales causantes de la situación, con una responsabilidad que puntuaban en un 8.4 sobre diez. Solamente entre los votantes del PP emergía otro responsable mayor: el gobierno de Zapatero, al que culpabilizaban con un 8.7. En general, los ciudadanos pensaban que estaban pagando los platos rotos de una crisis que habían causado otros —bancos, mercados y gobierno—. No se desvinculan por completo de una parte de culpa, pero la evaluaban solo con un 4.4. En la misma línea apuntaban los datos del sondeo preelectoral del CIS: un 31 % de los electores atribuía la principal responsabilidad de la crisis económica nacional al Gobierno español presidido por Zapatero (frente a un 24 % que, por ejemplo, señalaba como culpable a los bancos o un 22 % a la situación económica internacional<sup>195</sup>). El clima de opinión ciudadano en la última semana previa a las elecciones destacaba así por un creciente temor ciudadano a que España tuviera que ser rescatada económicamente por la Unión Europea. Un dato que, sin duda, perjudicaba al PSOE y beneficiaba al PP por cuanto los populares eran percibidos como mejores gestores de la economía que los socialistas (a los que, además, se les culpaba en mayor medida de los problemas económicos que atravesaba España en esos momentos).

#### b) La coyuntura social

También en la coyuntura social que rodeó a las elecciones de 2011 se dieron una serie de circunstancias únicas, no presentes en otros momentos prelectorales anteriores en nuestra democracia. Una de ellas—probablemente la más relevante— se refiere a la ausencia de terrorismo: tanto del proveniente del exterior (entendiendo por terrorismo exterior el

---

<sup>195</sup> Solo un 1 % mencionaba como principales culpables a los ciudadanos. ([http://www.cis.es/cis/export/sites/default/-Archivos/Marginales/2920\\_2939/2920/Es2920.pdf](http://www.cis.es/cis/export/sites/default/-Archivos/Marginales/2920_2939/2920/Es2920.pdf))



relacionado con el fundamentalismo islamista que fue determinante en el resultado electoral de las elecciones generales de 2004<sup>196</sup>) como del interior. En concreto, y con terrorismo interior, se hace referencia a la banda terrorista ETA, fundada en 1958 (en plena dictadura franquista) y que solo un mes antes de las elecciones generales de 2011 —el 21 de octubre— declaró el “cese definitivo de su actividad armada”. En todos los procesos electorales anteriores, ETA ha tenido siempre un triste protagonismo en los días previos a las elecciones en forma de atentados, de secuestros y/ o de asesinatos, con el fin, sin duda, de intentar colarse en la agenda política e influir en el comportamiento electoral de los españoles.

En 1988— año en que se celebraron las primeras elecciones generales después de la muerte del dictador— ETA cometió 52 atentados solo en el período preelectoral. Desde el comienzo de ese año, y hasta la fecha de los comicios, asesinó a cinco personas (cuatro de ellos policías o guardias civiles). El mes de febrero de 1989 (las elecciones tuvieron lugar el 1 de marzo) la banda terrorista secuestró a cinco personas (finalmente todas liberadas) y asesinó a siete. En el mes de octubre de 1982 y en los días anteriores a la cita electoral (el 28 de ese mes), ETA asesinó a cinco personas (en total y antes de las elecciones ETA había matado a 35 personas ese año y secuestrado a siete). En 1986, los muertos por atentado de ETA antes de las elecciones llegaban a 15. A 16 en los meses previos a los comicios de 1989; a cuatro en los meses anteriores a las elecciones de 1993; a dos en los de 1996 (a comienzos de este año es secuestrado el funcionario de prisiones José Antonio Ortega Lara, que fue liberado por la policía tras 532 días de cautiverio, convirtiéndose en el secuestro más largo a manos de la banda terrorista); y a dos en los dos meses anteriores a los comicios de 2000. En los meses previos a las elecciones de 2008<sup>197</sup> ETA asesinó a una sola persona: Isaías Carrasco, exconcejal del PSOE. Lo hizo

---

<sup>196</sup> Ver el apartado de este trabajo que hace referencia al contexto en el que se celebraron las elecciones generales del 14 de marzo de 2004.

<sup>197</sup> En 2004 no se produjo ningún atentado de ETA en los meses previos a las elecciones. No obstante, la banda terrorista también estuvo presente: primero, porque el día de Nochebuena de 2003- tres meses antes de la cita con las urnas- la Policía Nacional detuvo en San Sebastián y Hernani a dos etarras que habían dejado dinamita en un vagón presuntamente preparado para estallar en la estación de trenes de Chamartín, en Madrid; segundo, porque solo un mes antes de los comicios anunció una tregua únicamente para el territorio de Cataluña; y tercero, porque y el primer día del mes de marzo de ese año la Guardia Civil detuvo en la provincia de Cuenca una furgoneta cargada con 536 kg de explosivos presuntamente destinada a cometer un atentado en la capital española durante la campaña electoral.

el último día de campaña electoral dando la razón a quienes argumentan su intencionalidad de influir en las campañas electorales a base de atentados<sup>198</sup>.

Esto en cuanto a los datos objetivos, pero, ¿y en cuanto a los subjetivos? ¿Qué percepción tenían los españoles sobre el terrorismo en los meses previos a la celebración de las elecciones? En este sentido, los datos de opinión recogidos a través de encuestas también confieren a las elecciones de 2011 la cualidad de excepcionales. Nunca antes había ocurrido que el terrorismo quedara relevado a las últimas posiciones de la tabla de preocupaciones de los españoles. En el Barómetro del mes de octubre de 2011 del CIS<sup>199</sup> —publicado un mes antes de la convocatoria electoral— solo un 3.3 % de los españoles mencionaba el terrorismo como uno de los principales problemas de España. Como comparación es interesante señalar que un mes antes de las elecciones generales de 2008 el terrorismo era mencionado por un 31.4 % de los ciudadanos y en el Barómetro previo a los comicios de 2004 lo hacía un 40.1 %.

Cuando el día 20 de octubre, justo un mes antes de las elecciones, la banda terrorista anunció el “cese definitivo de la violencia” los españoles sintieron satisfacción, sí, pero también desconfianza. Es lo que revelaba un sondeo llevado a cabo pro Metroscopia justo el día después del comunicado de ETA. Un 77 % de los ciudadanos manifestaba haber sentido alegría (frente a un 10 % que no tuvo ese sentimiento y un 12 % que afirmó experimentar indiferencia). Al mismo tiempo, uno de cada dos españoles (53 %) no creía que el anuncio significara realmente el final del terrorismo de ETA (frente a un 31% que opinaba lo contrario). Esta desconfianza estaba mucho más extendida entre el electorado popular (75 %) que entre el socialista (un 45 %). No era, así, de extrañar que también el sentimiento de alegría tras conocer la noticia fuera más amplio entre los votantes del PSOE y —aunque igualmente mayoritario— algo más reducido entre los del PP: 85 % y 64 %, respectivamente. Es probable que esta mayoritaria desconfianza fuera la que llevara a los ciudadanos a mostrar cierta exigencia en un tema que formaba parte de la agenda política: la gestión de los presos de la banda terrorista. Existía una clara división de opiniones sobre si los Gobiernos de España y Francia debían dialogar con ETA sobre el futuro de los presos y sobre los etarras huidos: un 45 % estaba a favor frente un 49 % que

---

<sup>198</sup> El último atentado mortal de ETA en suelo español tuvo lugar el 30 de julio de 2009 en Palma de Mallorca: la explosión de una bomba lapa adosada a un automóvil causó la muerte de los guardias civiles. Posteriormente, el 16 de marzo de 2010, la banda asesinó a un policía francés en territorio galo. Ese sería, hasta la fecha, el último atentado mortal de la banda

<sup>199</sup> [http://www.cis.es/cis/opencm/ES/1\\_encuestas/estudios/ver.jsp?estudio=11904](http://www.cis.es/cis/opencm/ES/1_encuestas/estudios/ver.jsp?estudio=11904)

se declaraba en contra. En este punto diferían claramente las opiniones de los votantes socialistas —en su mayoría, 56 %, favorables al diálogo— y las de los populares —un 72 % se mostraba en contra. Pero con o sin diálogo, de lo que no cabía duda era de que la mayoría de los españoles establecían ciertos límites en el manejo del proceso: un 72 % (70 % entre los votantes socialistas y 85 % entre los populares) decía que no aceptaría medidas de reinserción extraordinarias para etarras con delitos de sangre aunque se confirmase plenamente el abandono de las armas por ETA y un 66 % (y una proporción idéntica de votantes socialistas y populares) pensaba que para que se pudieran conceder beneficios penitenciarios a los presos de ETA, la banda terrorista debería antes pedir perdón. Incluso uno de cada cinco ciudadanos (20 %) se mostraba inflexible y pensaba que en ningún caso, con o sin petición de perdón, se le debería conceder ninguna clase de beneficios.

En todo caso, en opinión de los españoles, el paso dado por ETA un mes antes de los comicios de aquel año no iba a beneficiar electoralmente a ningún partido o sector político en concreto. En primer lugar, la mayoría (55 %) consideraba que el éxito final de la lucha contra ETA pertenecía por igual a todos los partidos democráticos y, de manera especial, a los dos que habían estado al frente del Gobierno español en estos años (PSOE y PP) sin que pudiera atribuírsele más a uno que a otro. En segundo lugar, un 55 % creía que sin violencia, los resultados electorales en el País Vasco no tenían por qué ser muy distintos de los que se habían producido en años anteriores (frente a un 30 % que pensaba que una vez desaparecida la violencia los partidos y formaciones independentistas iban a conseguir ser mayoritarios en el Parlamento vasco). Y, en tercer lugar, uno de cada dos españoles (49 %) no pensaba que el cese definitivo de la violencia de ETA fuera a beneficiar electoralmente al candidato socialista —y anterior ministro del Interior—. Un 39 %, por el contrario, sí creía que Rubalcaba iba a obtener algún rédito electoral, pero esta opinión ni siquiera era mayoritaria entre su propio electorado (42 %).

De hecho, la estimación electoral apenas varió tras el anuncio de ETA: el PP seguía aventajando al PSOE por una distancia de más de 15 puntos (45.4 % frente a 30.1 %). Todo seguía indicando, por tanto, que Rajoy iba a convertirse en el nuevo presidente del Gobierno español tras las elecciones del 20 de noviembre y, en ese caso, eran más los ciudadanos que pensaban que sabría gestionar bien el final de ETA (45 %) que quienes opinaban lo contrario (34 %). En este sentido, la opinión de los votantes socialistas estaba dividida: un 40 % creía que, llegado el caso, el ahora candidato popular lo gestionaría

bien frente a un 44 % que pensaba que no (entre los votantes populares la confianza en su líder era muy superior: 67 %).

Por otro lado, eran más los españoles (47 %) que opinaban que a pesar de que desapareciese de forma clara y definitiva la violencia no cabría en ningún caso plantear una reforma de la Constitución que permitiera la celebración de un referéndum de autodeterminación en el País Vasco (un 36 % creía que si sería posible plantearlo).

### c) La coyuntura política

En el plano político, otra de las circunstancias únicas de las elecciones generales de 2011 es la percepción negativa que manifestaban los ciudadanos sobre la clase política y los partidos políticos en el momento de llevarse a cabo los comicios. En los meses previos a la celebración de las elecciones de 2011 las preocupaciones de los españoles —los problemas que identificaban como principales problemas del país— eran el paro, los problemas de índole económica y —en tercer lugar y desbancando a los habituales problemas de terrorismo, vivienda o inseguridad ciudadana— la clase política y los partidos políticos. Los datos de los estudios de opinión ponen de manifiesto que en momentos de crisis económica los ciudadanos tienden a percibir la corrupción y la política en general (incluyendo a los políticos y a los partidos) como problemas importantes del país por encima de otros que tradicionalmente ocupan los primeros puestos del ranking en momentos en los que el país no atraviesa problemas de índole económica. Así ocurrió en España, por ejemplo, en el período comprendido entre septiembre de 1994 y marzo de 1996<sup>200</sup>. Sin duda, la crisis económica iniciada en 2007 es de mucha mayor envergadura y de mucha mayor duración que la que a mediados de los noventa afectó a nuestro país. Además, al contrario que en 2011, los peores momentos de la crisis no coincidieron con ningunas elecciones generales. El Barómetro de junio de 2011 —llevado a cabo tras la eclosión del 15M— arrojaba los siguientes datos: un 86 % consideraba que la corrupción estaba muy o bastante extendida en nuestro sistema político y la mayoría pensaba que la corrupción era un problema muy importante para la democracia española (Oñate, 2015).

---

<sup>200</sup> Puede consultarse la Base de Datos del CIS y en concreto: [http://www.cis.es/cis/export/sites/default/-Archivos/Indicadores/documentos\\_html/TresProblemas.html](http://www.cis.es/cis/export/sites/default/-Archivos/Indicadores/documentos_html/TresProblemas.html)

Los datos de los dos días posteriores al único debate electoral que, en esta ocasión, tuvo lugar entre los dos principales candidatos la noche del 7 de noviembre arrojaban un claro vencedor: un 38 % del conjunto de los electores consideraba que el ganador había sido Rajoy frente a un 25 % que mencionaba a Rubalcaba. Entre sus respectivos electorados, la sensación de victoria de su candidato estaba mucho más extendida entre los votantes populares (un 73 % pensaba que el ganador había sido Rajoy) que entre los socialistas (solo un 44 % creía que se había impuesto Rubalcaba). Entre estos últimos, de hecho, un 22 % pensaba que el líder del PP había estado mejor que el del PSOE.

Los datos de este sondeo corresponden a un estudio tracking que se realizó entre los días 4 y 19 de noviembre, esto es, desde el día que dio comienzo la campaña electoral hasta la jornada de reflexión<sup>201</sup>. Los datos que arrojaba este estudio se pueden resumir en los siguientes apartados.

**Situación económica.** Por un lado, la práctica totalidad de los ciudadanos (95 %, porcentaje que no varió en ninguna de las doce oleadas del tracking) calificaba negativamente (mala o muy mala) la situación económica española. Por otro lado, como venía ocurriendo desde el inicio de la crisis, seguían siendo más los españoles que evaluaban positivamente (muy buena o buena) su situación económica familiar (en torno al 40 %). Pero con el paso de los años, y de los meses, se había ido reduciendo la distancia con respecto a quienes calificaban negativamente la situación de su economía: en los días previos a las elecciones la proporción rondaba el tercio de los ciudadanos (33 %). En torno a un 30 %, también muy estable a lo largo del tracking, calificaba como regular su economía familiar. Además, durante esos días previos a los comicios, nunca bajó del 80 % el porcentaje de españoles que consideraban que la crisis económica no había tocado fondo y que, por tanto, no podía hablarse de recuperación. Estos porcentajes tan elevados

---

<sup>201</sup> Los datos corresponden a la Base de Datos de Metroscopia. Los resultados de este tracking no se hicieron públicos. Se realizaban 400 entrevistas diarias afijadas mediante muestreo estratificado por región y tamaño de hábitat proporcional a la distribución de la población electoral y con aplicación de cuotas de sexo y edad para la selección de la unidad última. Los dos días posteriores al debate se amplió la muestra hasta realizar 800 entrevistas con la misma distribución y cuotas. Se llevaron a cabo 12 oleadas del tracking. En cada oleada se acumulaban las encuestas realizadas durante cinco días consecutivos para tener una base muestral más sólida.

ponen de manifiesto la transversalidad de las opiniones que eran compartidas mayoritariamente por potenciales votantes tanto del PP como del PSOE.

**Situación política.** Un 85 % de los electores —porcentaje prácticamente invariable a lo largo del tracking— evaluaba negativamente (muy mala o mala) la situación política española. El rechazo a los dos grandes partidos se había igualado: en torno a un 40 % del electorado decía que en ningún caso votaría al PP y en torno a un 35 % al PSOE. Tradicionalmente los populares han sido el partido que ha concitado mayor grado de rechazo porque no solo la amplia mayoría de votantes del PSOE sino, también, la mayoría de votantes de otras opciones de izquierda, de partidos nacionalistas y de formaciones políticas regionalistas manifestaban su nula intención de votar por el PP. El hecho de que la negativa a votar al PSOE alcanzara porcentajes cercanos al PP era una clara señal de las reducidas opciones de victoria electoral que reflejaban los sondeos. De hecho, solo un 2 % de quienes votaron al PP en 2008 manifestaba, a lo largo de todo el tracking, que en ningún caso votaría al PP en las elecciones del 20N. En el caso de los anteriores votantes socialistas que manifestaba claramente su rechazo a repetir su voto ascendía hasta un 15 %. También era un dato que parecía poner de manifiesto la escasa capacidad que tenían los dos partidos de presentarse al electorado como dos partidos con políticas claramente diferenciables.

**Intención Directa de Voto (IDV).** El estudio tracking anticipó el resultado de las elecciones de ese año. A lo largo de las 12 oleadas del estudio, la intención de voto al PP osciló entre un mínimo del 30.2 % y un máximo del 33.6 %. El resultado real de los populares el 20N fue del 31.6 % del voto sobre censo de españoles residentes (excluyendo el voto CERA<sup>202</sup>). La IDV al PSOE fluctuó entre el 18.4 % y el 20.5 % y los socialistas obtuvieron finalmente el 20.3 %.

**Fidelidad de voto.** Nunca estuvo por debajo del 80 % el porcentaje de votantes del PP en 2008 que manifestaban su intención de repetir su voto el 20N. Esta elevada fidelidad de voto de los populares contrasta con la de los socialistas que apenas superó el 50 %. Mientras que los populares apenas sufrían fugas de votos en dirección a otras opciones políticas, el PSOE perdía anteriores votantes en todas las direcciones, sobre todo, hacia la abstención, hacia el PP, hacia IU y hacia UPyD.

**Vencedor anticipado.** Con estos datos, no era sorprendente que la mayoría de los electores visualizara al PP como el ganador de los comicios. De hecho, la mayoría (con

---

<sup>202</sup> Los datos de los sondeos preelectorales hay que compararlos con los porcentajes de voto sobre censo excluyendo a los residentes ausentes porque solo se entrevista a quienes residen en España.

porcentajes que oscilaron entre el 53 % y el 58 %) pensaba que los populares no solo iban a ganar sino que, además, lo iba a hacer por mayoría absoluta (hasta un 50 % de los votantes del PSOE tenía esta misma opinión).

**Preferencia sobre el ganador.** Prevalcieron a lo largo del tracking los españoles que decían preferir una victoria del PP antes que una del PSOE: en la última oleada —que incluía las entrevistas realizadas el día previo a las elecciones— estos porcentajes fueron un 44 % y un 33 %, respectivamente. Un reflejo claro del estado de ánimo con el que los diferentes electorados afrontaban la cita electoral es que cerca de un 20 % de los votantes del PSOE de 2008 decía preferir una victoria del PP antes que una del PSOE (apenas un 1% de votantes del PP manifestaba su preferencia por una victorial socialista).

**Evaluación de candidatos.** La puntuación media —medida en una escala de 11 puntos<sup>203</sup>—que obtuvo Rajoy entre el conjunto del electorado español a lo largo de los días de campaña osciló entre el 5.0 y el 5.1. Las mismas puntuaciones que logró en esos días la candidata de UPyD, Rosa Díez. Rubalcaba no llegó en ningún momento a alcanzar el punto medio de la escala y sus puntuaciones fluctuaron entre un mínimo de 4.6 y un máximo de 4.8 puntos. Por debajo, y en última posición, quedaba Cayo Lara, candidato de IU, con puntuaciones entre 4.1 y 4.3 puntos.

Rajoy, además, obtenía una mejor puntuación media entre sus votantes (7.5) que Rubalcaba entre los suyos (6.2).

**Desconfianza generalizada.** En todo caso, y por primera vez en la historia electoral española, los dos principales candidatos a lograr la presidencia del Gobierno llegaban a la cita electoral con porcentajes de desaprobación mayoritarios. En la última oleada, que comprendía las entrevistas realizadas durante la jornada de reflexión, un 75 % de los electores decía que Rubalcaba le inspiraba poca o ninguna confianza y lo mismo decía de Rajoy un 66 %. El caso del candidato socialista era más dramático porque la mitad de los votantes del PSOE en 2008 manifestaba su falta de confianza en él (Rajoy, por el contrario, gozaba de la confianza de tres de cada cuatro anteriores votantes populares).

**Cualidades políticas.** A lo largo de todo el *tracking* —y sin variaciones sustanciales— en todas las cualidades políticas que se analizaban en el sondeo, Rajoy superaba a Rubalcaba en el saldo resultante de comparar el porcentaje de ciudadanos que se las atribuía más a él que al candidato socialista. La última oleada del tracking dejaba los siguientes saldos favorables a Rajoy:

---

<sup>203</sup> Una escala de 0 a 10 en la que el 0 corresponde a una evaluación muy mala y el 10 a una muy buena.

- tener un mayor apoyo de sus votantes (+64 puntos);
- contar con un partido más sólido (+43);
- contar con mejores equipos de expertos para afrontar los problemas de España (+27)
- saber manejar mejor las exigencias de los mercados (+26);
- estar mejor preparado para hacer frente a la crisis económica (+23); y
- lo podrá hacer mejor como presidente del Gobierno (+12)

Desde el inicio del estudio y hasta el final de las 12 oleadas, la opinión se dividía entre quienes creían que Rajoy iba a saber manejar mejor las exigencias de los partidos nacionalistas (36 %) y quienes opinaban que lo sabría hacer mejor Rubalcaba (35 %).

Y también a lo largo de todas las oleadas, los votantes populares atribuían cada una de estas cualidades a Rajoy en mucha mayor medida que los socialistas a Rubalcaba.

Por otro lado, la mayoría de los ciudadanos (porcentajes que oscilaron entre el 56 % y el 59 %) afirmaba estar siguiendo la campaña electoral de esas elecciones con poco o ningún interés. Pero, en todo caso, consideraban que el PP estaba haciendo una mejor campaña que el PSOE: más convincente, más orientada a los problemas reales de los españoles y, en definitiva, mejor en su conjunto.

Los datos del Barómetro del CIS muestran, también de nuevo, como a lo largo de esta segunda fase de la legislatura, el PSOE perdió a una parte de su electorado, esta vez, más ideológico que pragmático (a este último lo perdió en mayor medida a lo largo de la primera fase de la legislatura como ya se ha señalado). Entre la oleada de abril de 2010 —la llevada a cabo justo un mes antes de la aprobación del paquete de medidas anticrisis de Zapatero— y el sondeo preelectoral de octubre de 2011 —llevado a cabo un mes antes de los comicios— la intención de voto a los socialistas descendió 5.8 puntos: del 24.5 % (un porcentaje que ya reflejaba el desgaste de los primeros años de su gestión) pasó al 18.7 %<sup>204</sup>. En esta ocasión, y a diferencia de lo que le ocurrió durante la primera fase de la legislatura, las mayores pérdidas de apoyos las sufrieron:

- Entre los más mayores: perdió 10.6 puntos entre los mayores de 65 años.
- Entre los electores ideológicamente de centro izquierda: perdió 16.3 puntos entre quienes se autoposicionaban en los puntos 3 y 4 de la escala.

---

<sup>204</sup> Finalmente el porcentaje logrado por el PSOE en las elecciones 2011 sobre el total del Censo de españoles residentes en nuestro país fue del 19.6 %.



- Entre los obreros cualificados y no cualificados, entre quienes perdía en torno a cinco puntos porcentuales<sup>205</sup> (véase Cuadro 16).

<b>CUADRO 16</b> Intención directa de voto al PSOE por edad, sexo, autopo- sicionamiento en la escala ideológica y clase social (En porcentajes)			
VARIABLES	BARÓMETROS DEL CIS		
	Abril de 2010 (a)	Octubre de 2011 (b)	Diferencia* entre (b) y (a)
<b>EDAD</b>			
18-24 años	19.2	16.4	-2.8
25-34 años	20.8	15.2	-5.6
35-44 años	23.3	15.1	-8.2
45-54 años	24.9	18.8	-6.1
55-64 años	25.3	21.7	-3.6
65 y más años	31.3	20.7	<b>-10.6</b>
<b>SEXO</b>			
Hombre	23.5	16.4	<b>-7.1</b>
Mujer	25.5	19.3	-6.2
<b>AUTOPOSICIONAMIENTO EN LA ESCALA IDEOLÓGICA</b>			
1-2	33.8	32.0	-1.8
3-4	54.9	38.6	<b>-16.3</b>
5-6	11.4	10.5	-0.9
7-8	1.3	1.0	-0.3
9-10	2.0	0.9	-1.1
<b>FIDELIDAD DE VOTO</b>	61.2	44.8	<b>-16.4</b>
<b>CLASE SOCIAL</b>			
ALTA MEDIA-ALTA	20.9	18.6**	-2.3
NUEVAS CLASES MEDIAS	22.0	17.9**	-4.1
VIEJAS CLASES MEDIAS	20.5	18.7**	-1.8
OBREROS CUALIFICADOS	28.4	23.4**	<b>-5.0</b>
OBREROS NO CUALIFICADOS	29.7	25.2**	<b>-4.5</b>
<b>IDV TOTAL</b>	<b>24.5</b>	<b>18.7</b>	<b>-5.8</b>

\* La diferencia se expresa en puntos porcentuales

\*\* Estos porcentajes corresponden a la oleada de julio de 2010 (en el preelectoral de 2011 no se codificó la variable correspondiente a la clase social).

Fuente: Banco de Datos del CIS

<sup>205</sup> En el preelectoral del CIS de las generales de 2011 no está codificada la variable de clase social por lo que, en este caso, las comparaciones se han realizado con los datos del Barómetro de julio de 2010 llevado a cabo justo un mes después de la aprobación por parte del Gobierno de Zapatero de las medidas anticrisis. En esa oleada, la intención de voto a los socialistas era del 20.8 %, tan solo 1.2 puntos por encima del resultado que obtuvo finalmente el PSOE en las elecciones (lo que en cierta medida puede servir para validar la comparación).

## V. CAPÍTULO IV. LAS ELECCIONES DEL 20N: EL SISTEMA FUNCIONA Y EL PP SE CONSTITUYE EN RECAMBIO.

Finalmente se produjo el resultado estimado desde hacía tiempo por la mayoría de los sondeos políticos y preelectorales. El PP logró su mejor resultado histórico y el PSOE el peor. En efecto, según datos del Ministerio del Interior, el PP logró 10.866.566 votos, un 44.6 % de los votos válidos emitidos y 186 diputados de los 350 que componen el Congreso (un número de escaños solo superado por los 202 obtenidos por el PSOE en las elecciones de 1982). Eso suponía 588.566 votos más que los obtenidos en las elecciones de 2008 (obtuvo 10.278.010) y 32 diputados más. El PSOE, por su parte, obtuvo 7.003.511 votos, el 28.8 % de los votos válidos emitidos, y 110 diputados lo que supuso 4.285.824 votos y 59 diputados menos que cuatro años antes. Fueron, sin duda, unas elecciones que marcaron un final de ciclo<sup>206</sup>.

En cuanto a las otras dos formaciones de ámbito nacional, Izquierda Unida volvía a superar el millón de votos rompiendo su tendencia descendente iniciada en las elecciones de 1996 y lograba 1.686.040 votos y 11 diputados —el 6.9 % de los votos válidos— 716.094 votos y nueve escaños más que en 2008. UPyD, por su parte, ganó 837.146 electores entre ambos comicios y superó el millón de votos hasta alcanzar los 1.143.225 votantes y 5 diputados (cuatro más que en 2008). De los partidos nacionalistas, CiU y Amaiur (formación que por primera vez se presentaba a unas elecciones generales) fueron las que en mayor medida mejoraron sus resultados de cuatro años antes. Los convergentes ganaron 236.266 votantes y también superaron el millón de votos (1.015.691) que les permitieron lograr 16 escaños, seis más que en 2008. El partido representante de la izquierda *abertzale* logró 334.498 votos y 7 escaños. El Censo electoral entre 2008 y 2011 aumentó en 706.312 electores y la participación —considerando, también, a los residentes ausentes, decreció cinco puntos. La diferencia en porcentaje sobre voto válido entre el primer y el segundo partido fue de 15.8 puntos, casi cuatro veces más que en 2008, mientras que la diferencia en número de escaños pasó de ser 15 (favorable a los socialistas) a ser 76 (favorable a los populares) (véase Cuadro 19). La suma de los dos porcentajes sobre voto válido logrados por los dos principales partidos —PP y PSOE— cayó algo más de 10 puntos (de un 83.8 % a un 73.4 %) y el porcentaje de diputados sobre el total del Congreso logrados por los estos dos partidos decreció casi ocho puntos (de un

---

<sup>206</sup> ANDUIZA, E., BOSCH, A., ORRIOLS, LL. y RICO, G. (2014): “Introducción” en Elecciones Generales 2011, ANDUIZA, E., BOSCH, A., ORRIOLS, LL. y RICO, G. Centro de Investigaciones Sociológicas, Madrid, 2014.

92.3 % a un 84.6 %). La participación electoral (considerando también la de los residentes ausentes) descendió cinco puntos: de un 73.9 % a un 68.9 % (la tercera más baja desde las elecciones de 1977). Por otro lado, la volatilidad electoral de estas elecciones (el grado de cambio que se ha registrado con respecto a los comicios inmediatamente anteriores) superó la media de todo el periodo 1977-2011 (Anduiza, E., Bosch, A., Orriols, LL. y Rico, G., 2004. OP. Cit).

Desde el punto de vista del sistema de partidos, las elecciones de 2011 parecían abrir de nuevo —como ya ocurrió tras los comicios del año 2000— un período en el que el sistema mostraba visos de transformarse en uno de partido predominante —o, por qué no, y teniendo en cuenta el resultado del PSOE, en uno de partido hegemónico— protagonizado, en esta ocasión, por el partido conservador. Para Llera (2015, op. Cit.) estas elecciones cierran la cuarta y, posiblemente última, etapa del ciclo bipartidista (de bipartidismo imperfecto) iniciado en las elecciones de 1993 y en el que los dos principales partidos han concentrado, al menos, tres cuartas partes del voto válido y más del 80 % de la representación en el Congreso de los Diputados. En todo caso, y como advierte Llera, el modelo vuelve a dar síntomas de fatiga según se desprende de cinco hechos: la desmovilización electoral, la mayor volatilidad comparativa, el incremento de la fragmentación, la reducción de la suma de votos conjunta de los dos grandes partidos y por la aparición y/o el reforzamiento de los pequeños partidos.

En realidad, el resultado obtenido por el PSOE en esas elecciones de 2011 —el derrumbe de uno de los pilares del sistema bipartidista— estaba reflejando el colapso del sistema de partidos español que estaba en proceso y que culminó en las elecciones generales celebradas el 20 de diciembre de 2015.

## 1. LA PARTICIPACIÓN ELECTORAL EL 20N

La participación electoral es una forma —no la única pero, quizá, sí la más importante— de participación política, entendiendo por esta, tal y como la definen Anduiza y Boch (2004), como “cualquier acción de los ciudadanos dirigida a influir en el proceso político y en sus resultados”. En este sentido, la participación electoral es necesaria aunque no suficiente para la legitimidad de la democracia. Algunos autores como Powell (1982) han señalado la participación electoral como uno de los tres principales indicadores del rendimiento de la democracia. No hay, sin embargo, un acuerdo unánime entre los investigadores acerca del significado de una alta participación o, lo que es lo mismo, de

una baja abstención electoral. Jones (1954), por ejemplo, consideraba que una elevada abstención (o una baja participación) es atribuible a un sustancial grado de satisfacción y aprobación por parte de la ciudadanía del funcionamiento del sistema político. Otros autores (la mayoría de ellos, bien es cierto) tienden, por el contrario, a relacionar los elevados porcentajes de abstención con un correspondiente grado de desafección ciudadana hacia la política, con un desinterés hacia los aspectos políticos y con una insatisfacción hacia el sistema político. Así, una elevada abstención no sería sino un síntoma preocupante acerca de la salud democrática de un país. Volviendo a Anduiza y Bosch, la participación electoral, desde el punto de vista normativo, favorece la legitimidad democrática del sistema político, es síntoma de la mejora de la ciudadanía por cuanto refleja su implicación, preocupación e interés por cuestiones políticas (contribuyendo a la mejora de la cultura cívica o cultura política de la ciudadanía) y favorece la universalidad e igualdad política entre ciudadanos (un hombre, un voto, con independencia de sus características sociodemográficas y culturales) dos de los principios básicos de la democracia. Además, como señalaba Lijphart (1997) una elevada participación suele relacionarse con una mejor representación de los intereses del conjunto de la sociedad.

En este sentido, la pregunta que cabe hacerse es si puede hablarse de una alta participación en las elecciones generales de 2011 o si por el contrario es más pertinente referirse a ellas como unas elecciones de una elevada abstención. Desde luego, en términos absolutos quizá pueda hablarse de una alta participación (al fin y al cabo, siete de cada diez españoles con derecho a voto introdujeron su papeleta en las urnas) pero no así en términos relativos. Con una participación del 71.7 % del Censo de Españoles Residentes (CER), las elecciones del 20 de noviembre de 2011 ocupaban la séptima posición del ranking de participación electoral de los 11 celebrados en nuestro país hasta desde la restauración de la democracia y hasta ese momento. Un porcentaje de participación que, además, se situaba 2.6 puntos por debajo de la participación media de esas 11 elecciones generales celebradas (que era de un 74.3 % teniendo en cuenta, de nuevo, solo el voto de los españoles residentes). En estos términos, por tanto, se podría hablar de unas elecciones de alta abstención o de baja participación relativa.

Pero no solo eso, esta participación electoral era un elemento más que permitía definir como excepcionales aquellos comicios. Las elecciones de 2011 fueron unas elecciones de cambio en términos de resultados por cuanto supusieron una alternancia del partido en el Gobierno del país: de un Gobierno en minoría del PSOE en las elecciones del 2008 se

pasó a otro de mayoría absoluta del PP. Pues bien, en cada una las elecciones de cambio que se han producido en nuestro país – incluyendo las de 1977, las primeras celebradas tras la dictadura del General Franco- la participación electoral: a) siempre ha sido más elevada que la de cualquier otra elección legislativa de continuidad (es decir, de aquellas elecciones en las que no se produjo un cambio de partido al frente del Gobierno) y b) siempre se ha situado por encima de la elección inmediatamente anterior. De hecho, de las 11 elecciones generales celebradas hasta ese momento en nuestro país, las cuatro que tuvieron un porcentaje superior de participación fueron, precisamente, las cuatro elecciones de cambio. En primer lugar, las de 1982, cuando se produjo la arrebatadora victoria del PSOE liderado por Felipe González frente a la UCD de Adolfo Suárez. Fue la primera victoria socialista en unos comicios generales, una victoria que hasta este momento, nadie ha conseguido superar (obtuvo el 48.1 % de los votos válidos y 202 diputados) con una participación tampoco hasta ahora superada: votó el 80 % del Censo electoral (en las elecciones precedentes, las de 1979, votó un 68 %). La segunda mayor participación electoral en España en las ya mencionadas primeras elecciones democráticas, las de 1977: participó un 78.8 % de los españoles con derecho a voto que otorgaron la victoria a la UCD de Adolfo Suárez. En tercer lugar se sitúan las elecciones de 1996, las primeras elecciones ganadas en su historia por un partido de centro derecha y, a la par y por tanto, las primeras elecciones ganadas por el PP (el partido heredero de Alianza Popular) liderado en aquellos momentos por José María Aznar. La participación en aquellas elecciones fue del 78.1% (en las inmediatamente anteriores celebradas en 1993 votó el 76.9 % de los residentes<sup>207</sup>). La cuarta mayor participación electoral fue la correspondiente a las elecciones generales de 2004. Como ya se ha comentado, aquellos comicios estuvieron marcados por el peor atentado terrorista nunca antes ocurrido en nuestro país perpetrado tan solo tres días antes del día electoral. La duda que planeaba en los sondeos preelectorales una semana antes de los comicios era cuán de extensa iba a ser la victoria del PP: ¿superaría los 175 diputados que otorgan la mayoría absoluta u obtendría una victoria por mayoría simple? El atentado y, sobre todo, la gestión que del mismo hizo el Gobierno del PP, dieron como resultado un vuelco electoral de última hora

---

<sup>207</sup> Este porcentaje de participación solo tienen en cuenta el voto del Censo de Españoles Residentes (CER). Solo a partir de las elecciones de 1986 se empieza a tener en cuenta el voto de los residentes ausentes (el de quienes conforman el Censo de los Españoles Residentes Ausentes: CERA). Desde ese año, el Censo electoral español está conformado, así, por el CER y el CERA conjuntamente. Desde que se instauró el CERA, la participación electoral de los residentes ausentes ha sido muy baja, por eso los porcentajes de participación electoral una vez contabilizados los votos del CERA suele descender incluso algunos puntos con respecto a la de los residentes (CER).

que llevó a los socialistas a hacerse con el poder. En estas elecciones, en las que se desde todos los estamentos políticos y sociales se hizo un llamamiento a la participación como mejor forma de manifestarse en contra del terrorismo y defender la democracia, votó un 77.3 % del CER (en las anteriores, la del año 2000, votó un 70 %). Pues bien, siendo las elecciones de 2011 unas elecciones de cambio, la participación fue inferior no solo a estos otros cuatro comicios de cambio señalados sino también a otras elecciones de continuidad: en concreto, a las que tuvieron lugar en 1993 —elección de continuidad del Gobierno socialista de Felipe González—, y a las inmediatas anteriores de 2008 —elección de continuidad del Gobierno socialista de José Luis Rodríguez Zapatero— (rompiendo así la regla que se había cumplido hasta ese momento).

#### **A) Análisis de la participación electoral por Comunidades Autónomas**

Analizando la participación electoral por regiones se observa que en siete de las 17 Comunidades Autónomas (Baleares, Canarias, Cataluña, País Vasco, Asturias y Andalucía) y en las dos Ciudades Autónomas (Ceuta y Melilla) la participación electoral se situó por debajo de la media nacional (71.7 %)<sup>208</sup>. La abstención más elevada se produjo en las dos Ciudades Autónomas (Melilla y Ceuta) seguidas de las islas (Baleares y Canarias). Un hecho que lejos de ser una excepción viene siendo una constante en casi todas las elecciones generales (Justel, 1995). Por el contrario, en 10 Comunidades Autónomas (Galicia, Aragón, Castilla y León, Cantabria, Comunidad Valenciana, Murcia, Extremadura, La Rioja, Madrid y Castilla La Mancha) la participación fue superior a la media nacional.

En el conjunto de España la diferencia de participación (siempre sobre el CER) entre los comicios de 2008 y los de 2011 fue de 3.7 puntos porcentuales a favor de los de 2008 (75.4 % frente a 71.7 %). Pero con respecto a las elecciones de 2008, la evolución de la participación por regiones fue homogénea: en ambos casos coinciden tanto las Comunidades que se situaron por encima de la media nacional de participación como las que se quedaron por debajo. Cabe resaltar que la diferencia entre la región con mayor y menor participación se ha ampliado 7.8 puntos porcentuales: de 16.1 puntos en 2008 (Madrid con 80.8 % y Ceuta con 64.7 %) a 23.9 % en 2011 (Castilla La Mancha con 76.7 % y Melilla con 52.8 %). La única excepción a este generalizado aumento de la abstención

---

<sup>208</sup> En todos los casos nos referimos a porcentajes sobre el CER.

se dio en el País Vasco, donde la participación aumentó 4.3 puntos con respecto a 2008 (de 64.9 % a 69.2 %). La explicación reside en que a estos comicios pudieron concurrir los representantes de la izquierda abertzale que habían quedado fuera en comicios anteriores. Su electorado que en esas otras ocasiones había optado mayoritariamente por la abstención decidió, en su mayoría, participar en las elecciones de 2011.

### **B) Participación / abstención estructural ligada a factores sociológicos y actitudinales y participación / abstención coyuntural**

Las elecciones de 2011 no pueden ser definidas, desde luego, como unas elecciones de movilización del electorado. Con respecto a los comicios precedentes de 2008, el Censo de Españoles Residentes aumentó en casi medio millón de electores (428.855<sup>209</sup>) y, sin embargo, el número de votantes descendió en casi un millón (924.791<sup>210</sup>). ¿Cuál fue el perfil tanto de los votantes como de los abstencionistas de aquellos comicios? La literatura académica al respecto diferencia entre factores estructurales de la participación y los factores coyunturales. Entre los primeros, hay dos factores de carácter individual que tradicionalmente se han utilizado para explicar las pautas y los niveles de participación electoral: la edad y el sexo. Junto a estos suelen incluirse otras variables analíticas como son la posición social (objetiva o subjetiva)<sup>211</sup>, los estudios, el estado civil o, incluso, la religiosidad de los entrevistados (definida en función de la frecuencia con la que asiste a actos religiosos). Forman parte de estas variables estructurales que van ligadas a los

---

<sup>209</sup> El CER de 2008 era de 33.867.850 electores y el de 2011 de 34.296.705. Datos del Ministerio del Interior.

<sup>210</sup> El número de electores que acudieron a votar en 2008 fue de 25.517.871 y en 2011 de 24.593.080. Datos del Ministerio del Interior.

<sup>211</sup> Con la clase social subjetiva nos referimos al autoposicionamiento de los entrevistados dentro de una clase social de una lista facilitada en el cuestionario. La clase social objetiva es una categorización creada por el investigador teniendo en cuenta dos o más variables que pueden incluir, entre otras, el nivel educativo, los ingresos o la ocupación laboral bien del entrevistado bien del cabeza de familia (entendiendo por cabeza de familia la persona que aporta más ingresos dentro del hogar). La Sociedad Europea de Opinión e Investigación de Mercados (ESOMAR) elaboró una clasificación de la clase social con el fin de facilitar la comparación entre estudios comparativos (<http://www.aedemo.es/aedemo3/socios/revista61/ad-61-02.pdf>). Teniendo en cuenta la ocupación y el nivel de estudios alcanzado por el sustentador principal del hogar construye una matriz que da lugar a 5 clases sociales: alta, media alta, media media, media baja y baja. En 1998 la Asociación para la investigación de Medios de Comunicación (AIMC) publicó una propuesta de revisión de la metodología aplicada a la clasificación socioeconómica de la población en el Estudio General de Medios (EGM) pero que finalmente no se llegó a aplicar (<http://www.aedemo.es/aedemo3/socios/revista61/ad-61-04.pdf>). El CIS, por su parte, toma en consideración para construir el estatus socioeconómico, la ocupación (que el propio CIS elabora a partir del CON-94 del Instituto Nacional de Estadística y del CNAE-93) y la variable “condición socioeconómica del INE (+inactivos)” obteniendo una clasificación en 5 grupos: clase alta/media alta, nuevas clases medias, viejas clases medias, obreros cualificados y obreros no cualificados).

recursos de cara a la posible o no participación electoral de los individuos<sup>212</sup>, factores politicoactitudinales (interés por la política) y de eficacia política de los electores —esto es, la sensación de que se puede intervenir en el sistema político para promover el cambio (Campbell, Gurin y Miller, 1954)— y otros factores políticos e institucionales como el número de partidos o la proporcionalidad electoral. Junto a estos factores estructurales, cuyo efecto es más perdurable en el tiempo, se deben tener en cuenta otros de tipo coyuntural como pueden ser el contexto político, el institucional, el económico o las campañas electorales. Al fin y al cabo, si solo entrasen en juego los factores estructurales, la participación electoral en una sociedad fluctuaría poco de una elección a otra. Y sin embargo, este no es el caso: la participación no solo varía entre elecciones de primer y segundo orden, sino también entre las que pertenecen al primer grupo<sup>213</sup>. Por lo cual parece evidenciar que cada elección cuenta con una serie de variables y factores coyunturales que las hacen más o menos atractivas a los electores de cara a su participación. Unos factores que no siempre actúan en la misma dirección y sentido. Así, por ejemplo, una campaña electoral puede servir para que una parte de los electores que hasta ese momento tenían dudas acerca de participación electoral acaben siendo movilizados. Pero también puede ocurrir a la inversa, y que sea la campaña electoral la que pueda terminar de desmovilizar a quienes mostraban dudas sobre si acudir o no a la cita con las urnas (Martínez i Coma, 2008). O con respecto al contexto económico también puede producir ambos efectos como afirman algunos autores y, así, un deterioro de la economía puede producir la movilización del electorado para intentar corregir la situación económica o, por el contrario, la retirada absoluta del proceso electoral (Radcliff, 1992).

---

<sup>212</sup> Como señalan Font y Mateos (2007): “los individuos poseen características sociodemográficas que les diferencian y que constituyen recursos que pueden favorecer (o dificultar) su participación electoral. Aunque el coste de votar sea pequeño, hay que dedicar un cierto tiempo y esfuerzo para informarse y para emitir el voto, y estos costes relativos disminuyen entre quienes cuentan con más recursos”.

<sup>213</sup> La distinción entre elecciones de primer orden y segundo orden parte del estudio de Karlheinz Reif: las elecciones de primer orden son las que son percibidas como importantes, esto es, cuando el apoyo preelectoral del Gobierno y la oposición es o parece ser casi igualmente fuerte y/o cuando lo que caracteriza a los contendientes son marcadas diferencias en lo que se refiere a importantes decisiones políticas; y las elecciones de segundo orden que son las que son percibidas como menos importantes porque hay menos en juego (Schmitt, 2006).



## 2. FIDELIDAD Y FUGA: DE DÓNDE VINIERON Y ADÓNDE FUERON LOS VOTOS

En primer lugar, es importante definir los términos a los que se va a hacer referencia en este apartado. Además de fidelidad de voto —ya definido anteriormente— que indica el número de votantes fieles de un partido, están aquellos electores que no permanecen fieles a un partido de una elección a otra —que se fugan, por emplear el término al que aquí se alude—. Dentro de estos últimos se diferencian dos grupos:

- Los infieles o “no fieles”: son los electores que habiendo votado a un partido en una elección eligen dar su voto en la siguiente convocatoria (siempre del mismo nivel) a otra opción partidista diferente o votan en blanco o votan nulo. En otras palabras, acuden a votar el día de las elecciones a cualquier opción diferente a la de los anteriores comicios.
- Los desmovilizados: son los electores que habiendo acudido a votar en unas elecciones, en las siguientes (del mismo nivel) optan por la abstención.

Hay que tener en cuenta, además, otros dos grupos que entran en juego en toda elección: uno por acción y otro por omisión. Nos referimos, en primer lugar, a los denominados “nuevos votantes”, que son aquellos individuos que se incorporan por primera vez al proceso electoral porque en las elecciones precedentes no tenían la edad legal para votar (18 años en España)<sup>214</sup>. En segundo lugar, habría que tener en cuenta las personas que teniendo derecho a voto fallecieron en el interin entre las dos elecciones.

Para el análisis de la transferencia de votos en las elecciones generales de 2011 se va a tomar en consideración la encuesta preelectoral de Metroscopia para EL PAÍS. Ya se ha señalado que tanto las encuestas preelectorales como las postelectorales, cuentan con sesgos declarativos —que en ocasiones actúan en sentidos contrapuestos— que, a priori, no permitirían dar más validez a una que a otra. Es cierto que en las encuestas postelectorales se pregunta acerca de un acto ya realizado mientras que las preelectorales interrogan sobre un comportamiento —el más probable en el momento de la encuesta— que los individuos dicen que van a hacer (y que, por tanto, está sujeto a posibles cambios de última hora). No obstante, los datos de intención directa de voto obtenidos en el sondeo

---

<sup>214</sup> Según los datos del Instituto Nacional de Estadística (INE) en las elecciones generales del 20 de noviembre de 2011 se incorporaron al Censo de Españoles Residentes (CER) por haber cumplido 18 años, 1.519.611 personas. Se puede consultar este dato en: <http://www.ine.es/jaxi/tabla.do?path=/t44/p09/a2011/10/&file=0105.px&type=pcaxis&L=0>

preelectoral de Metroscopia se aproximan más a los resultados reales de esos comicios (considerando el voto real sobre Censo de los residentes, que son las dos magnitudes que permiten una comparación objetiva) que el recuerdo de voto que, por ejemplo, recogía la encuesta postelectoral del CIS. También, incluso, la intención directa de voto de la encuesta preelectoral del CIS se aproxima más a los resultados reales que el recuerdo de voto de la postelectoral. En la tabla siguiente se exponen estas diferencias en donde, en un primer momento, destaca que la intención directa de voto de la encuesta de Metroscopia (también en la del CIS) da prácticamente a todos los partidos un resultado (un porcentaje de voto sobre CER) inferior al que realmente obtuvo. A la inversa, el recuerdo de voto del postelectoral del CIS recoge un porcentaje de votos superior a prácticamente todos los partidos. La explicación, probablemente, está en que en los sondeos preelectorales —aparte de los posibles cambios de opinión que se puedan producir el día de las elecciones— hay un porcentaje de electores que declara no tener decidido su comportamiento (no saben en el momento de la encuesta si van a acudir a votar o no y/o, en el caso de tenga decidido votar, dude a qué partido votar o que opción política elegir). Por su parte, en los sondeos postelectorales el porcentaje de entrevistados que dice haber acudido a votar es siempre muy superior a la participación real. Según la encuesta del CIS la abstención habría sido de un 16.9 % (casi once puntos y medio inferior a la real (que fue del 28.3 %). En cambio, si asumimos como abstencionistas a quienes en la encuesta preelectoral de Metroscopia señala que no iba a votar (3.5 %), a quienes decían no tenerlo decidido (21 %) y a quienes no contestaban a esa pregunta (5.9 %), sale una cifra total mucho más parecida a la abstención real (30.4 % frente a 28.3 %, solo 2.1 puntos porcentuales de diferencia). Sin duda, se trata este de un artificio interpretativo pero que probablemente, y en función de los porcentajes de intención directa comparados con los datos reales, se aproxima más a lo que finalmente acabó sucediendo. Hay que tener en cuenta el posible sesgo derivado del técnicamente conocido como “efecto de deseabilidad social”. La experiencia demoscópica acumulada enseña que en las encuestas en que se solicita a las personas entrevistadas que expresen opiniones o posicionamientos sobre cuestiones especialmente delicadas o comprometidas, éstas pueden en ocasiones tender a exagerar su conformidad con lo que perciben como normas socialmente aprobadas y valoradas en el entorno en que se mueven. DeMaio (1984), describe este efecto de “deseabilidad social” como «el hecho de proporcionar respuestas que impliquen aumentar la presencia de características socialmente deseables, o de minimizar la presencia de algunas características socialmente no deseables». Se trata de un sesgo

declarativo bien conocido y documentado tanto entre la población general como, particularmente, entre aquellos segmentos de la misma que puedan sentirse más socialmente inseguros. Las normas sociales “prescriptivas” (las que definen lo socialmente esperable o deseable) gravitan siempre, en alguna medida, sobre todas las personas sometidas a un proceso de entrevista demoscópica y pueden sesgar, de algún modo, sus respuestas en dirección hacia lo “políticamente correcto”. Se trata, por tanto, de la propensión de las personas a mostrarse ante los demás de la forma más valorada socialmente (de lo que mejor visto está socialmente) y, en este sentido, está socialmente mejor visto ejercer el derecho al voto que no hacerlo. En el caso de las encuestas preelectorales, ese ocultamiento de la realidad (la intención de no acudir a votar) puede quedar “disfrazado” aludiendo a la duda y situándose, así, entre los indecisos. En los sondeos postelectorales en los que los entrevistados no tienen la posibilidad de refugiarse en esa respuesta se ven en cierta medida conminados a manifestar el voto hacia algún partido. Esta es probablemente a causa de que en los sondeos preelectorales (el de Metroscopia pero también el del CIS) los porcentajes de intención directa de voto sean menores y en los postelectorales mayores que los reales. Pero, en todo caso, como ya se ha señalado, los datos de recuerdo del estudio postelectoral del CIS se alejan más de la realidad que los datos de intención directa de voto de los preelectorales (el de Metroscopia y el del propio CIS)<sup>215</sup>.

---

<sup>215</sup> El hecho de que la encuesta de Metroscopia haya sido realizada telefónicamente y las del CIS de forma presencial también puede añadir algún sesgo relativo tanto al porcentaje de respuestas obtenidas como al “efecto de deseabilidad social”. Para el caso español, y en lo relativo a la recogida de información sobre cuestiones relacionadas con el voto, parece que mientras que las encuestas telefónicas logran obtener un mayor porcentaje de respuesta si bien en las presenciales se ha detectado un porcentaje inferior de respuestas “socialmente deseables”. A este respecto puede consultarse DÍAZ DE RADA IGUZQUIZA, V. (2010): Comparación entre los resultados proporcionados por encuestas telefónicas y personales: el caso de un estudio electoral, Colección Opiniones y actitudes núm. 66, Centro de Investigaciones Sociológicas, Madrid.

<b>CUADRO 17</b> Comparación de la Intención Directa de Voto del preelectoral de Metroscopia con el Resultado real sobre Censo de Residentes (CER) en las elecciones generales del 20N de 2011 y el Recuerdo de voto del postelectoral del CIS (En porcentajes)					
		Intención Directa de Voto en el preelectoral de Metroscopia para EL PAÍS	Resultado real sobre el Censo de Residentes en las elecciones el 20N de 2011	Recuerdo de voto en el postelectoral del CIS	
PSOE		18.5	19.6	20.7	
PP		30.3	30.4	32.9	
IU (en sus diferentes coaliciones en cada Comunidad)		6.0	4.7	6.1	
UPyD		2.9	3.2	4.2	
CiU		2.2	2.8	2.6	
PNV		0.7	0.9	0.8	
ERC		0.6	0.7	0.9	
BNG		0.5	0.5	0.6	
Amaiur		0.4	0.9	0.9	
Coalición Canaria		0.2	0.4	0.2	
Compromís		0.1	0.3	1.1	
Otros partidos		3.8	3.6	12.1	
Voto en blanco		3.4	0.9	0.5	
Ninguno	Abstención	3.5	30.4	31.1	16.4
No lo ha decidido/No sabe		21.0			
No contesta		5.9			

Fuente: Banco de Datos de Metroscopia, Ministerio del Interior y Banco de Datos del CIS

Antes de comenzar con el análisis de las transferencias de voto es importante detallar cuál ha sido la evolución en número de votos con respecto a las anteriores elecciones de 2008 de los principales partidos políticos que han concurrido a los comicios de 2011. Así, fueron varios los partidos que en términos absolutos lograron incrementar en mayor medida su número de electores con respecto a las elecciones precedentes. El que mayor incremento experimentó fue Unión Progreso y Democracia (UPyD). El partido liderado por Rosa Díez logró aumentar su saldo positivo en 836.710 votantes lo que situó a su partido (con 1.140.242 electores) como la cuarta fuerza política de España, superando a quien tradicionalmente había ocupado ese puesto en elecciones anteriores: Convergencia

i Unió (CiU). Y esto a pesar de que los convergentes —formación política que se presenta únicamente en las circunscripciones catalanas— lograron, también, un sustancial incremento de votos (239.946). Izquierda Unida (IU)<sup>216</sup> fue la segunda formación política que más incrementó su electorado con 717.770 (hasta lograr 1.680.810 votantes). A continuación, en tercer lugar, se posicionó el PP, que logró incrementar su base electoral con 660.720 votantes. Amaiur —el partido representante de la izquierda abertzale en el País Vasco, y cuyos promotores no pudieron presentarse a las elecciones de 2008— consiguió en su primera presencia electoral, 333.628 votos. Un caso similar sería el del partido Foro Asturias Ciudadanos (FAC) —partido que fue fundado en enero de 2011 como una escisión del Partido Popular del Principado de Asturias y que, por tanto, no se presentó en las elecciones de 2008— que en 2011 logró 99.173 votos. El Partido Nacionalista Vasco (PNV) logró un crecimiento mucho más limitado: 20.271 votos más que en 2008. Otros partidos de ámbito autonómico obtuvieron, por el contrario, un número de votos inferior al de las legislativas precedentes: fue el caso de Esquerra Republicana de Catalunya (ERC), —que perdió 40.080 electores—, el del Bloque Nacionalista Galego (BNG), —que perdió 25.763 votantes—, o el de Coalición Canaria —con 20.705 votos menos—<sup>217</sup>. Pero sin duda las mayores pérdidas, las más cuantiosas y, también, las más relevantes y notorias, fueron las que afectaron al PSOE. Los socialistas perdieron con respecto a 2008 nada más y nada menos que 4.087.644 votantes.

Una vez expuestos los aumentos y decrementos en número de votos de los principales partidos que se presentaron a las elecciones de 2011 es momento de analizar de dónde vienen y a dónde fueron los votos de cada uno de ellos según los datos del sondeo preelectoral de Metroscopia —y siempre teniendo en cuenta los matices y condicionantes anteriormente señalados<sup>218</sup>—. Según este sondeo, el PP habría captado hasta 1,2 millones

---

<sup>216</sup> En algunas circunscripciones IU se presentaba en coalición con otros partidos, en su mayoría regionalistas, cuyos votos quedan para este estudio incluidos en las siglas IU

<sup>217</sup> La pérdida de votos de CC fue, probablemente, incluso algo mayor pues se presentó en coalición con el Partido Nacionalista Canario (PNC) y Nueva Canarias (NC). Esta última formación política se presentó en las elecciones generales de 2008 separado de CC pero junto al Centro Canario Nacionalista (CCN).

<sup>218</sup> En este sentido, en el informe de Metroscopia los autores añadían esta nota final que reproduzco: “Para concluir, una nota de cautela. Es prácticamente imposible saber con total certeza cuáles son, en cada elección, los trasvases reales de voto. Es decir, a quién acaban votando en cada nueva cita electoral aquellos que en la anterior votaron por cada uno de los distintos partidos en liza. La única certidumbre es que, por estables y fidelizados que sean los electorados, siempre se dan (en medida sin duda variable según los casos o la ocasión) intercambios de votos entre ellos y que estos intercambios no son perceptibles con total nitidez a simple vista. La estimación que aquí se ofrece trata de ir más allá de especulaciones basadas en meras apariencias, y se basa en la información proporcionada por la secuencia de encuestas preelectorales efectuadas por Metroscopia para EL PAÍS sobre una amplia muestra total de población (9.675 entrevistas)

de electores que en las elecciones de 2008 votaron al PSOE. La fidelidad de voto de los socialistas quedó finalmente en el 60% y la del PP en torno al 90%. Izquierda Unida logró absorber 700.000 votantes socialistas, y UPyD confirmó su carácter de partido bisagra en el terreno ideológico captando casi tanto voto popular (en torno a 350.000) como socialista (unos 450.000).

¿Qué ocurrió en las elecciones del 20N con los 11,3 millones de votantes que tuvo el PSOE en 2008? Lo primero que debe tenerse en cuenta es el número de fallecidos entre ambas elecciones. Cabe estimar (partiendo de los datos globales sobre defunciones que proporcionan las estadísticas oficiales) que unos 430.000 fallecieron a lo largo de los casi cuatro años transcurridos. Por lo tanto, el dato de partida quedaba reducido a unos 10,9 millones de votantes socialistas. De esos, un 60% (es decir, 6,5 millones) decidió finalmente volver a votar al PSOE. Esta cifra suponía un apreciable incremento sobre la intención de voto del electorado socialista que arrojaban los sondeos y que rondaba el 45%-50%. O dicho de otro modo, entre un 10 % y un 15 % de los votantes socialistas que se mostraba reticente a repetir su voto en los sondeos previos se vieron finalmente animados a votar nuevamente al PSOE probablemente como consecuencia de la campaña electoral. A esos 6,5 millones de votantes fieles habría que sumar los 240.000 nuevos votantes (que en 2008 no tenían edad de votar) y que optaron por dar su voto al PSOE. La última partida del haber electoral socialista la componen los algo más de 200.000 votos que el PSOE logró atraer de otras formaciones políticas. La cifra total resultante es así de casi 7 millones de votos (6.973.000 en números redondos).

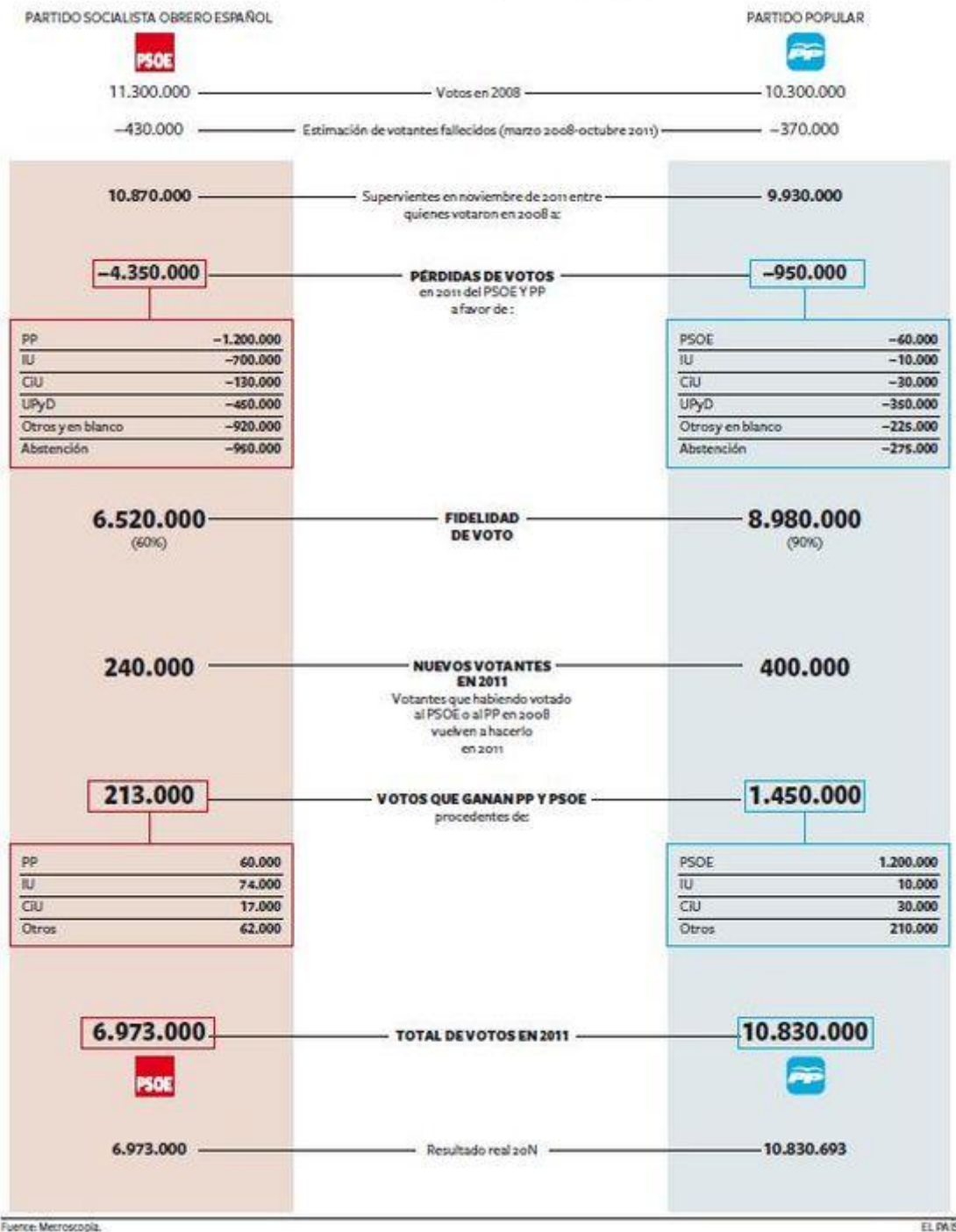
---

y cuyos resultados globales fueron publicados el pasado 13 de noviembre. Se trata, ciertamente, de una estimación de trazo grueso, aunque en realidad no muy distinta de los cálculos que suelen elaborarse a partir de encuestas poselectorales.”

## CUADRO 18

### Probable pérdida o ganancia de votos de PSOE y PP en las elecciones generales del 20N

Elaboración de Metroscopia a partir de los datos del sondeo preelectoral realizado para EL PAÍS (N=9.675), publicado el 13 de noviembre de 2011.



Según estas cuentas, y en relación con 2008, el PSOE perdió 4.350.000 votantes: 1,2 millones a favor del PP, 700.000 a favor de IU y 450.000 a favor de UPyD. Es decir,

experimentó una fuga de votantes en todas direcciones, aunque no en la misma cantidad: claramente más hacia lo que cabe considerar como centro y centro-derecha que hacia la izquierda. Estos flujos de salida concuerdan con lo que los sondeos indicaban desde mayo-junio de 2010: el desapego profundo, y a la postre irreversible, de una parte sustancial de dos sectores diferenciados de votantes socialistas. Por un lado, los más pragmáticos y relativamente menos ideologizados, defraudados por los sucesivos paquetes de medidas adoptadas por el Gobierno, que consideraron tardías, impuestas desde fuera, injustas y, sobre todo, ineficaces. Por otro, los más ideologizados, que percibieron esas medidas como frontalmente opuestas al ideario básico de una formación socialdemócrata. Al mismo tiempo, ese desapego de una parte importante del electorado socialista se vio acompañada por una creciente indiferencia e incluso agrado ante la perspectiva de una victoria del PP: el 51% de quienes en 2008 habían votado por Zapatero indicaban, días antes del 20-N, que la perspectiva de una victoria popular les producía una sensación de indiferencia o incluso de esperanza.

En el caso del PP, el balance que arrojaba este mismo tipo de partidas era radicalmente distinto. Descontados los votantes populares fallecidos desde marzo de 2008, cabía estimar en 9,9 millones la cifra de partida considerada para los cálculos. Con una fidelidad de voto estimada en un 90 % (lo que equivalía a 8,9 millones de votantes), el PP conseguía, además, 400.000 votos entre quienes pudieron votar por primera vez en 2011 y, sobre todo, 1.450.000 votos de electores que en 2008 habían votado por otros partidos. Dentro de este grupo, la partida más significativa era la correspondiente a ese millón doscientos mil votos que recibía de anteriores votantes socialistas. Al igual que el PSOE, también el PP experimentaba pérdidas de voto, aunque en cuantía muy inferior a la sufrida por los socialistas: unos 950.000, es decir, cuatro veces menos. El resultado era así un total de 10,8 millones. Esta cifra, que representaba una ganancia neta respecto de 2008 de solo 550.000 votos, derivaba de una serie de flujos de ganancias y pérdidas más amplios y complejos de lo que a primera vista podía parecer.

Del todo este conjunto de datos se pueden extraer algunas conclusiones claras. En primer lugar, la estabilidad del voto popular y la elasticidad del voto socialista. La distancia entre el suelo y el techo electoral del PP hasta las elecciones de 2011 era muy reducida: poco más de un millón de votos. En las cinco elecciones generales celebradas en nuestro país entre 1996 y 2011 (1996, 2000, 2004, 2008 y 2011), el PP obtuvo su peor resultado, en número total de votos, en las de marzo de 1996: consiguió entonces unos 9,7 millones que, pese a todo, le bastaron para alzarse con su primera victoria electoral. Su mejor



resultado lo obtuvo, como ya se ha indicado, en las elecciones del 20N de 2011, con aproximadamente 10,8 millones, que le valieron una aplastante mayoría absoluta. Esa llamativa estabilidad en el número total de votos del PP se debe, en gran medida, a la constante alta fidelidad de sus votantes: así, el porcentaje que votó a Rajoy en 2008 y repitió su voto en 2011 a hacerlo puede estimarse en el entorno del 90 %.

Por el contrario, la distancia que en esas cinco elecciones generales ha separado el suelo y el techo electoral del PSOE fue de cerca de 4,5 millones de votos. Su peor resultado, hasta ese momento, fue el obtenido en los comicios de 2011, con poco más de 6,9 millones, frente a los 11,3 de 2008. En las otras tres elecciones el PSOE ha fluctuado entre los 9,4 millones de 1996, los 7,9 de 2000 y los 11 de 2008, conformando una especie de onda senoidal, reflejo de un electorado notablemente menos fiel y más elástico que el popular. Según la estimación de flujos electorales llevada a cabo por Metroscopia, solo un 60 % de quienes votaron al PSOE en 2008 lo volvieron a hacer en 2011.

Como se ha analizado en este estudio, el gradual desplome de la fidelidad de voto socialista fue detectado por los sondeos desde 2009. Pero fue a partir de mayo-junio de 2010 —tras anunciar el presidente Zapatero las medidas anticrisis— cuando se produjo el gran punto de ruptura entre el PSOE y su electorado. Por primera vez en seis años pasaron a ser más los votantes socialistas que desaprobaban la gestión del Gobierno que quienes la aprobaban (57 % frente a 38 %). Durante la campaña electoral, las encuestas de Metroscopia para EL PAÍS detectaron la existencia de una fracción del electorado socialista, al parecer, definitivamente perdida: un 13 % de quienes votaron por el PSOE en 2008 afirmaban reiteradamente que no lo volverían a hacer en ninguna circunstancia. Además, tres de cada diez tenían pensado depositar su confianza en otro partido, como así hicieron finalmente. Durante el largo periodo preelectoral, la fidelidad del electorado socialista se situó, de manera consistente, por debajo del 50 %. No fue sino en la última semana cuando el candidato socialista parecía haber logrado movilizar a una parte de ese electorado que se mantenía indeciso (en concreto, recuperó entre el 10% y el 15% de los votantes socialistas de 2008). No pudo evitar, sin embargo, la enorme fuga de votos hacia otros partidos (en total casi 3,5 millones, con PP, IU y UPyD como máximos beneficiarios) y hacia la abstención (casi un millón). Hay que tener en cuenta que una buena parte de los votantes, tanto del PP como del PSOE, se autoposicionaban ideológicamente en el mismo punto en que lo hacía el mayor número de españoles: el centro. No debe por tanto extrañar que esta relativa cercanía ideológica facilitara que una parte relevante del electorado socialista hubiera finalmente optado en aquella ocasión por

votar al PP. Se trataba del sector de (ex)votantes socialistas con una visión más pragmática de la economía, críticos con la gestión de Zapatero, muy preocupados por su propia economía familiar —el 40 % de ellos califica de mala o muy mala su situación económica familiar, 8 puntos por encima de la medida nacional— y casi la mitad tenía entre 35 y 54 años. Este trasvase de votos convirtió al PP en aquellas elecciones en el mayor beneficiado de las fugas de votantes socialistas y representaba un significativo precedente. De algún modo, la línea divisoria entre los electorados popular y socialista parecía haberse ido haciendo más tenue y porosa, lo que podía invitar a pensar —siempre en una lógica política bipartidista— que en adelante los trasvases de votantes de uno a otro lado podían llegar a ser más habituales y más significativos numéricamente.

Por otro lado, y por primera vez en mucho tiempo, la coalición IU no se vio afectada por el denominado voto útil. En efecto, desde hacía más de una década, la coalición que lideraba en esos momentos Cayo Lara había sufrido en cada cita electoral el que cabe denominar mal del voto útil, consistente en que un elevado porcentaje de electores, pese a sentirse más cercanos a la coalición rojiverde, acababan finalmente votando al PSOE para tratar de evitar, o de mitigar, el triunfo del PP. La falta de competencia electoral que, en esta ocasión, anticipaban los sondeos preelectorales publicados —o, dicho de otro modo, la distancia tan abrumadora que separaba en las encuestas al PP del PSOE— desactivó, probablemente, ese tradicional voto útil: 700.000 personas que en 2008 votaron al PSOE decidieron votar a IU en 2011. Por el contrario, no llegaron a 100.000 los votantes que habiendo votado a esta coalición en 2008 optaron por dar su voto a los socialistas el 20N.

En estas elecciones se produjo, también, la confirmación de UPyD. En estas elecciones emergió en el espacio centrista un tercer partido, muy alejado de los dos grupos mayoritarios, pero que logró absorber una parte significativa de los votantes insatisfechos del PP y del PSOE. Un total de 350.000 votantes populares y 450.000 socialistas votaron en 2011 a la lista encabezada por Rosa Díez —un tercio de los cuales eran menores de 35 años—, principalmente residentes en la Comunidad de Madrid (28 %) y Andalucía (25 %). El resultado logrado por la formación liderada por Díez confirmó su tendencia ascendente desde que se había presentado en sociedad en las elecciones generales de 2008: entonces logró cerca de 300.000 votos; en las elecciones europeas de 2009, alrededor de 450.000; en las municipales de 2011, aproximadamente 460.000, y en las generales de ese mismo año logró superar el millón de sufragios. Su fuerza parecía residir

en el hecho de haberse convertido en refugio de los votantes del PSOE y del PP desencantados con sus respectivos partidos.

Además, la debacle socialista dio lugar —como solía ocurrir cuando uno de los dos grandes partidos perdía una parte sustancial de su electorado— a una mayor dispersión del voto entre formaciones minoritarias (es decir, entre partidos distintos de PP, PSOE, IU, UPyD y CIU). El voto a estos otros partidos casi se duplicó, en conjunto, con respecto a 2008.

<b>CUADRO 19</b> Porcentajes de voto (sobre voto válido emitido incluyendo el voto de los residentes ausentes) y total de escaños obtenidos por las dos principales fuerzas políticas en las elecciones generales en España celebradas entre 1977 y 2011										
Año de las elecciones generales	PP		PSOE		Diferencia entre PP y PSOE		Suma de PP y PSOE		Participación electoral	
	Votos (%)	Escaños	Votos (%)	Escaños	En % de voto	En escaños	En % de voto	En escaños ***	CER	CER+ CERA
2011	44.6	186	28.8	110	15.8	76	73.4	296 (84.6)	71.7	68.9
2008	39.9	154	43.9	169	4.0	15	83.8	323 (92.3)	75.4	73.9
2004	37.7	148	42.6	164	5.1	16	80.3	312 (89.1)	77.3	75.7
2000	44.5	183	34.2	125	10.3	58	78.7	308 (88.0)	70.0	68.7
1996	38.8	156	37.6	141	1.2	15	76.4	297 (84.9)	78.1	77.4
1993	34.8	141	38.8	159	4.0	18	73.6	300 (85.7)	76.9	76.4
1989	25.8	107	39.6	175	13.8	68	65.4	282 (80.6)	69.9	69.7
1986**	26.0	105	44.1	185	18.1	79	70.1	289 (82.6)	70.9	70.5
1982	26.4	107	48.1	202	21.7	95	74.5	309 (88.3)	80.0	
1979	34.8*	168	30.4	121	4.4	47	65.2	289 (82.6)	68.0	
1977	34.4*	166	29.3	118	5.1	48	63.7	284 (81.1)	78.8	

\* En las elecciones de 1977 y 1979 los datos corresponden a UCD

\*\* Las de 1986 son las primeras elecciones generales en las que se tiene en cuenta el voto de los residentes ausentes (voto CERA).

\*\*\* Entre paréntesis, el porcentaje que supone la suma de escaños de PP y PSOE sobre el total de los 350 que componen el Congreso de los Diputados.

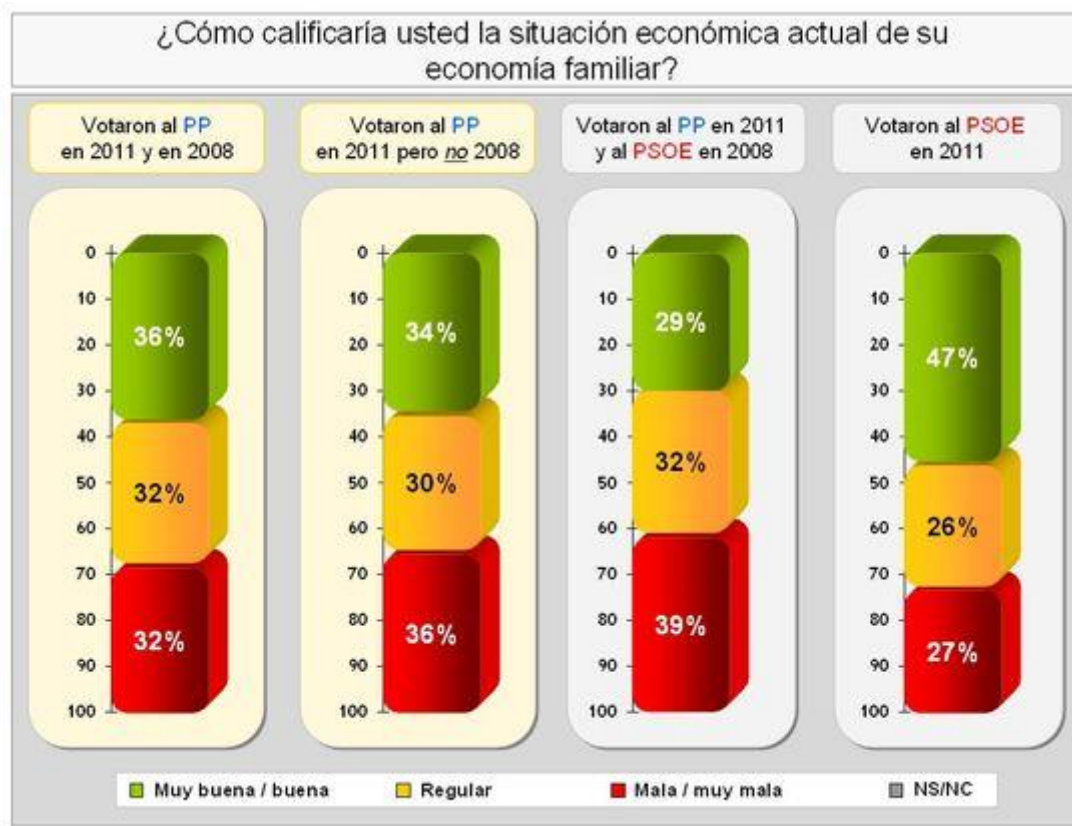
Fuente: Elaboración propia a partir de los datos del Ministerio del Interior

### 3. PERFIL DE LOS NUEVOS VOTANTES DEL PP EN LAS ELECCIONES DE 2011

El histórico resultado logrado por el PP en 2011 se fundamentó en su capacidad de retener a antiguos votantes populares junto con su capacidad de atraer a nuevos votantes procedentes de otras opciones políticas que compensaron con creces las fugas sufridas por el PP aumentando el saldo neto de los populares con respecto a las elecciones de 2008 en 552.683 votos (sin contabilizar el voto CERA). ¿Qué perfil tenían esos nuevos votantes? ¿Se diferenciaban en algo de quienes elección tras elección habían confiado sistemáticamente su voto al PP? Los nuevos votantes del PP en 2011 provenían de sectores ideológicamente más próximos al centro que quienes también votaron por él en 2008 (5.6 frente a 6.2, respectivamente, en una escala de autoposicionamiento ideológico de 11 puntos: 0 a 10). Su perfil de religiosidad se acercaba más al de la media española. Sin embargo, su percepción de la crisis económica era algo distinta. En concreto, estaban más preocupados por su economía familiar y la influencia negativa que podía tener sobre ella la situación general. Entre los votantes nuevos del PP la economía doméstica era peor (o se percibía algo peor), especialmente entre el más de un millón de votantes que provenían del PSOE (que en 2008 habían apoyado electoralmente al PSOE). (Véase Gráfico 16).

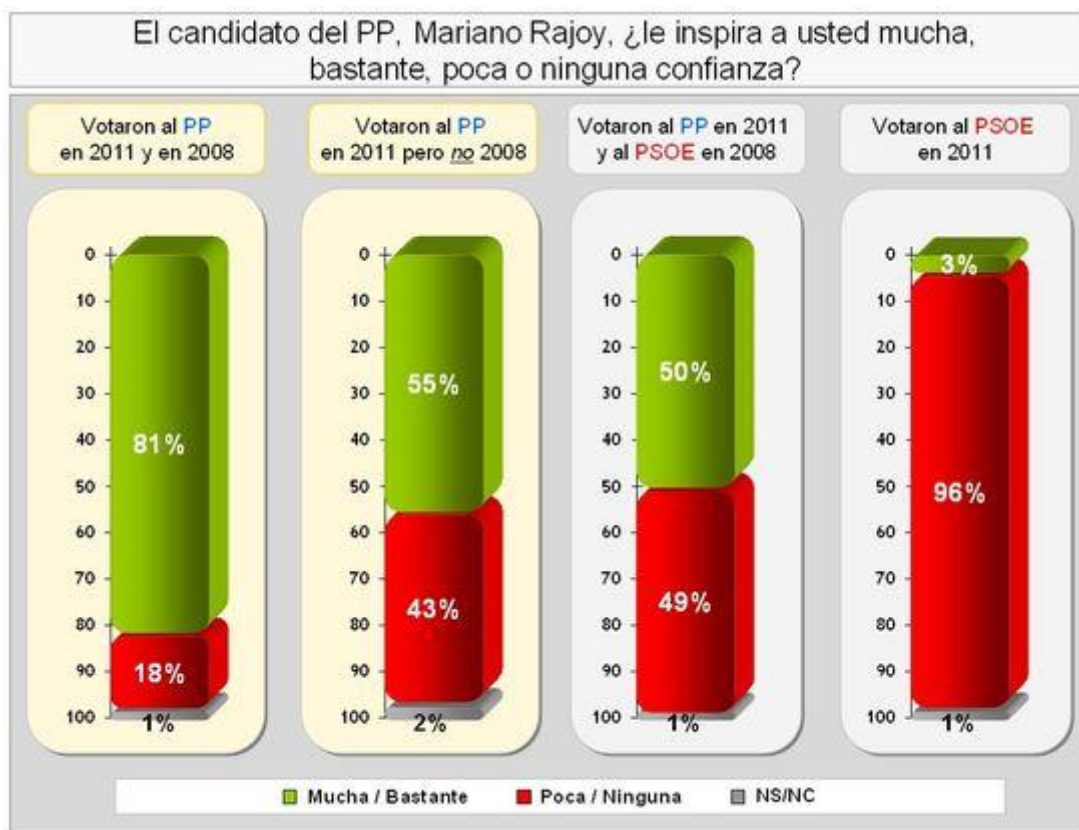
La apuesta por el partido de Rajoy tenía para estos nuevos votantes una motivación pragmática, vinculada a la creencia de que se trataba de la formación más capacitada para gestionar la crisis económica (opinión expresada por ocho de cada diez nuevos votantes populares). Era un voto más partidista que personalizado: se votaba más al PP que a Rajoy. Esto ayuda a entender porque votaron al PP a pesar de la escasa confianza que les despertaba el Rajoy: solo convencía al 55 %, 26 puntos menos que entre el electorado popular más veterano. Lo cual subraya, todavía más si cabe, el deseo (la necesidad) de cambio de esta porción nueva del electorado popular que ha transitado desde otras opciones políticas —especialmente desde el PSOE— a pesar del bajo nivel de confianza que le inspiraba el líder del PP el día mismo de las elecciones. Hay que tener en cuenta, además, que solo un 11 % de quienes se fugaron del PSOE al PP decían tener confianza en Rubalcaba, 63 puntos menos que quienes finalmente votaron a los socialistas. (Véanse Gráficos 17 y 18).

GRÁFICO 16



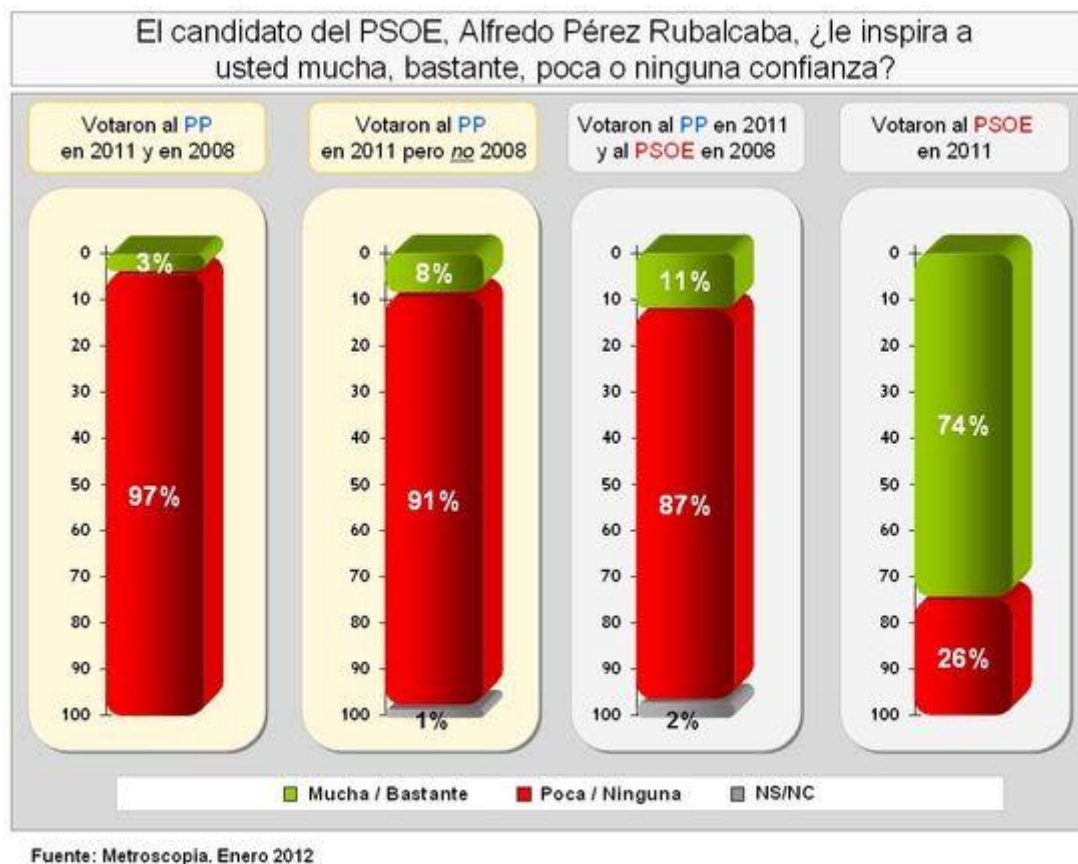
Fuente: Metroscopia. Enero 2012

GRÁFICO 17



Fuente: Metroscopia. Enero 2012

GRÁFICO 18



Por otro lado, según el análisis de Metroscopia<sup>219</sup>, los que en el momento de ejercer su voto se encontraban en paro votaron fundamentalmente al PP. (Véase Gráfico 19). De acuerdo con estos datos, entre las personas sin empleo el 28.4 % habría dado su voto al PP, el 19.0% al PSOE, el 6.1 a IU y el 3.1 a UPyD. Esta pauta de voto solo difería de la del conjunto del electorado por la mayor proporción de personas que dieron su voto a IU (6.1%, frente al 4.9% en el total nacional). Por lo demás, los datos del cuadro sugieren tres claras conclusiones:

- Cualquiera que sea la situación ocupacional, el PP fue el partido claramente más votado, destacando el caso de los jubilados y pensionistas (36.8 %) y de las amas de casa (entre las que el 38.8 % parecen haber dado su voto a Rajoy).
- Las proporciones de voto a cada partido (a cada opción política) no variaban sustancialmente con independencia de la situación ocupacional de los electores lo que

<sup>219</sup> Análisis elaborado a partir de las más de 13.000 entrevistas llevadas a cabo por Metroscopia inmediatamente antes e inmediatamente después del 20-N.

abunda en la idea de que el *landslide* popular se fue prácticamente homogénea en todos los niveles y estratos sociales.

c) La tasa de participación presentaba ciertamente modulaciones (habría fluctuado entre un máximo del 72.8 % en el caso de las personas con empleo y un mínimo del 67.8 % entre los estudiantes) pero esas diferencias no eran lo suficientemente abruptas para permitir pensar que en alguno de los tipos de situaciones considerados se hubiera registrado una clara pauta de desentendimiento respecto del proceso electoral.

GRÁFICO 19

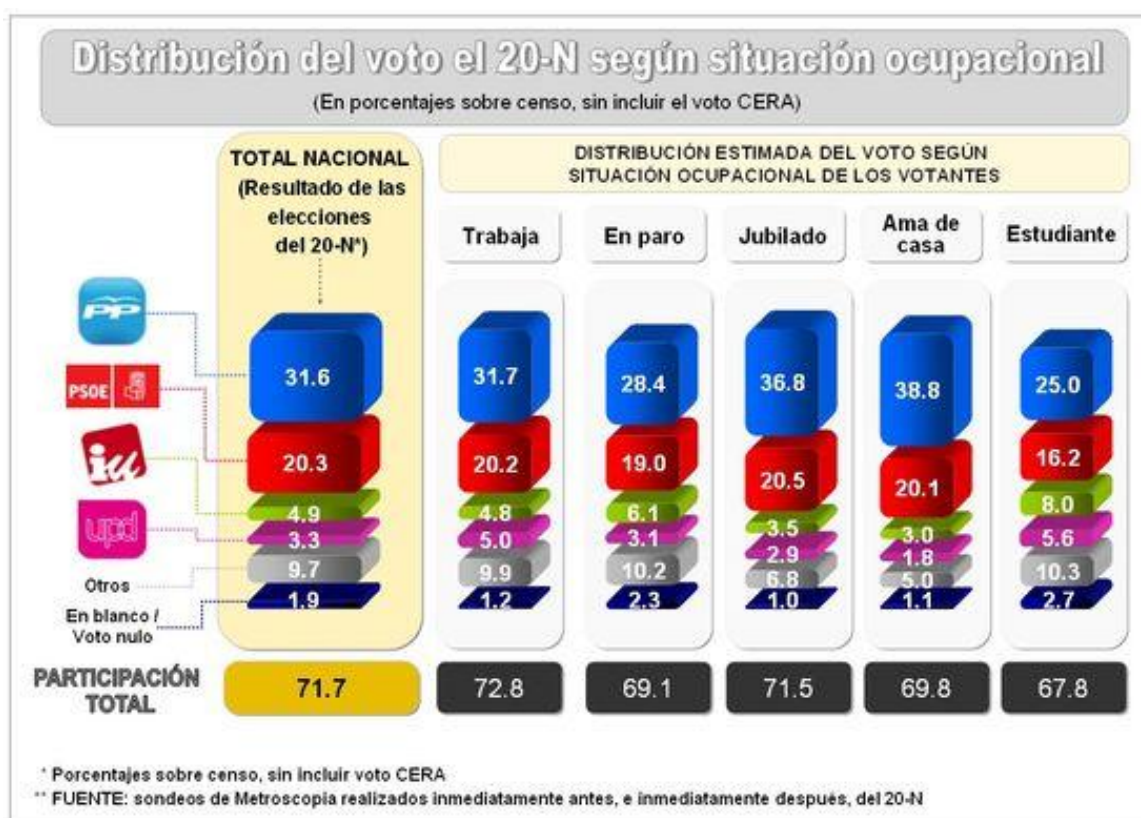
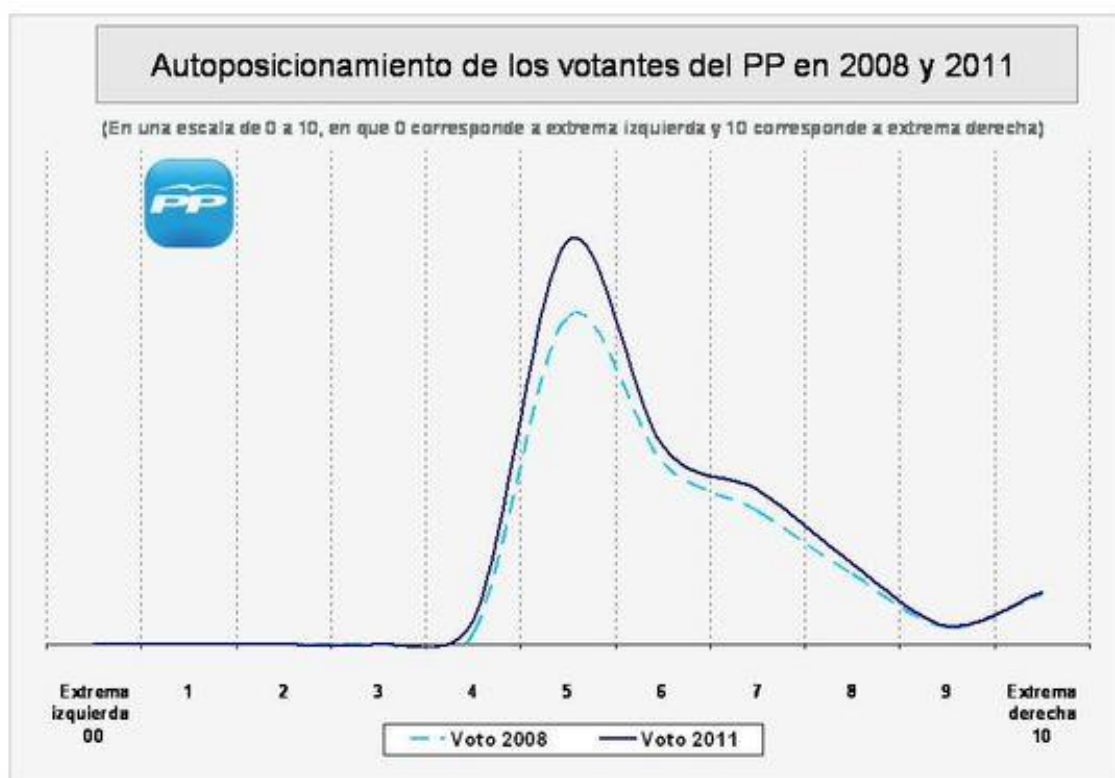




GRÁFICO 20



#### 4. PERFIL DEL VOTANTE SOCIALISTA

La erosión del voto socialista entre 2008 y 2011 fue enorme. En el Gráfico 21 puede observarse cómo fue en el espacio del centro ideológico donde el PSOE sufrió sus mayores pérdidas. Por un lado, se observa una ligera disminución entre el extremo izquierdo de la escala —correspondiente a quienes se declaraban de izquierda o de extrema izquierda (0, 1 y 2)— que, en su mayor parte, refleja una fuga del voto hacia Izquierda Unida. Por otro lado, el voto de los que se autoposicionaban en el centro izquierdo (posiciones 3 y 4 de la escala) sufría un considerable descenso. El destino de estos electores era variado: desde IU, pasando por los partidos nacionalistas, hasta llegar a UPyD. En el centroderecha (posición 6 de la escala) también se produjo un leve descenso: hay que tener en cuenta que ya en 2008 los votantes del PSOE que se autoposicionaban en este punto de la escala eran muy pocos, pero menos quedaron en 2011. Sin duda, estos electores decidieron el 20N apoyar a opciones de centro derecha (PP o UPyD o partidos nacionalistas de centroderecha).

En los tres casos, en su mayoría se trata de votos que en 2008 tuvieron un cierto componente de voto útil. La falta de competencia electoral el 20N que anticipaban los sondeos preelectorales y, sobre todo, el fuerte desgaste que arrastraba la marca PSOE desde mayo de 2010 desactivaron ese voto útil. En otras palabras: quien en 2008 tenía una mayor preferencia por partidos como CIU, IU o UPyD pero cambió su voto en favor de Zapatero para evitar que ganase el PP no encontró, en 2011 tantos motivos para hacerlo.

Pero la pérdida principal del electorado socialista tuvo lugar entre los que se definen como de centro izquierda (posición 4 de la escala) y, sobre todo, centristas (posición 5). Aunque algunos análisis postelectorales insistían en considerar que la derrota socialista se había producido por el alejamiento ideológico del PSOE de posiciones de izquierda, el análisis de Metroscopia considera que su derrota electoral tan abultada se produjo porque perdió el voto de centro, de los electores más moderados. Como apuntaba Josep Lobera<sup>220</sup> en su análisis “la pérdida de votos por el centro, como causa principal de su debacle electoral, plantea un desgaste de la credibilidad de gobierno y apunta hacia causas de gestión y de resultados —más que ideológicas— en la fuga principal de votantes”. Como se señalaba en este análisis, este hecho provocaba dos frentes abiertos al PSOE de cara a su futuro electoral porque tenía que ser capaz de, durante la legislatura recién comenzada, volver a atraer a aquellos electores pragmáticos que había perdido durante la primera parte de la legislatura (“Recuperar el atractivo entre aquellos que creen que el PSOE no sabe gobernar en tiempos de crisis” como destacaba el análisis) y a los más ideológicos que había ido perdiendo, sobre todo, a partir de 2010 y que habían optado por el voto útil en 2011.

---

<sup>220</sup> “El centro perdido del PSOE” publicado en el Blog de Metroscopia en EL PAÍS. Puede consultarse en <http://blogs.elpais.com/metroscopia/2012/02/el-centro-perdido-del-psoe.html>

GRÁFICO 21

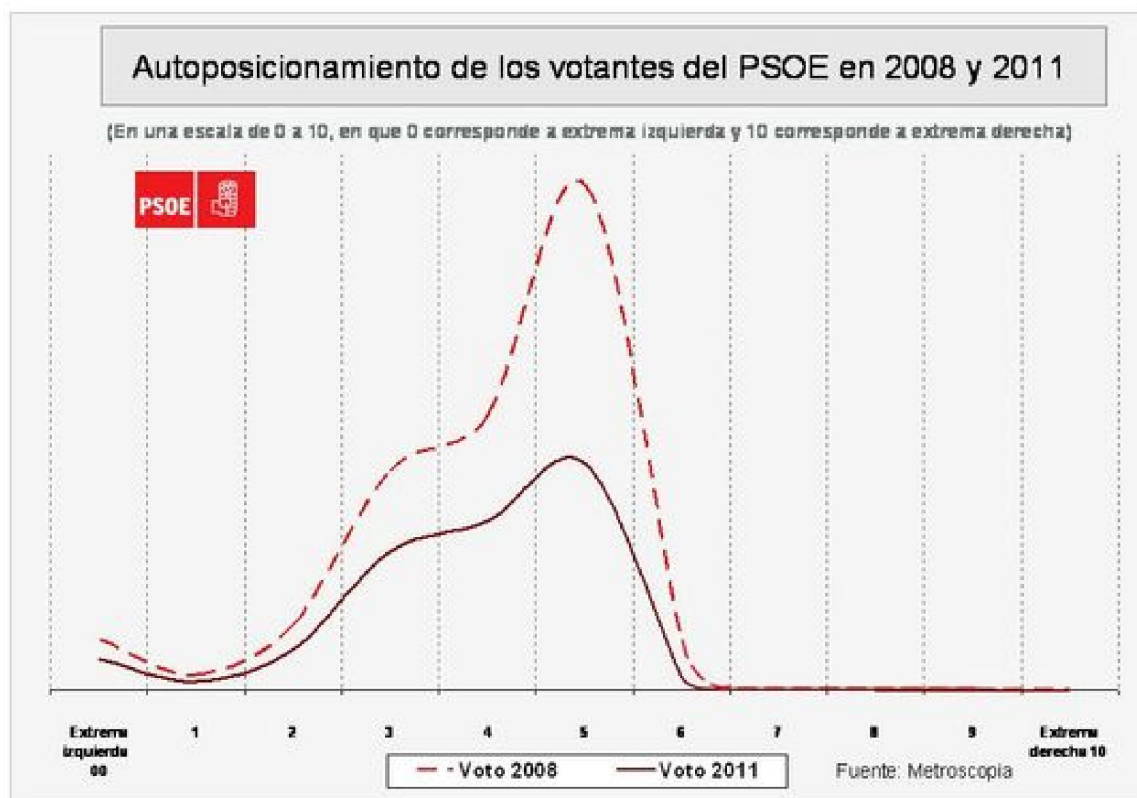


GRÁFICO 22

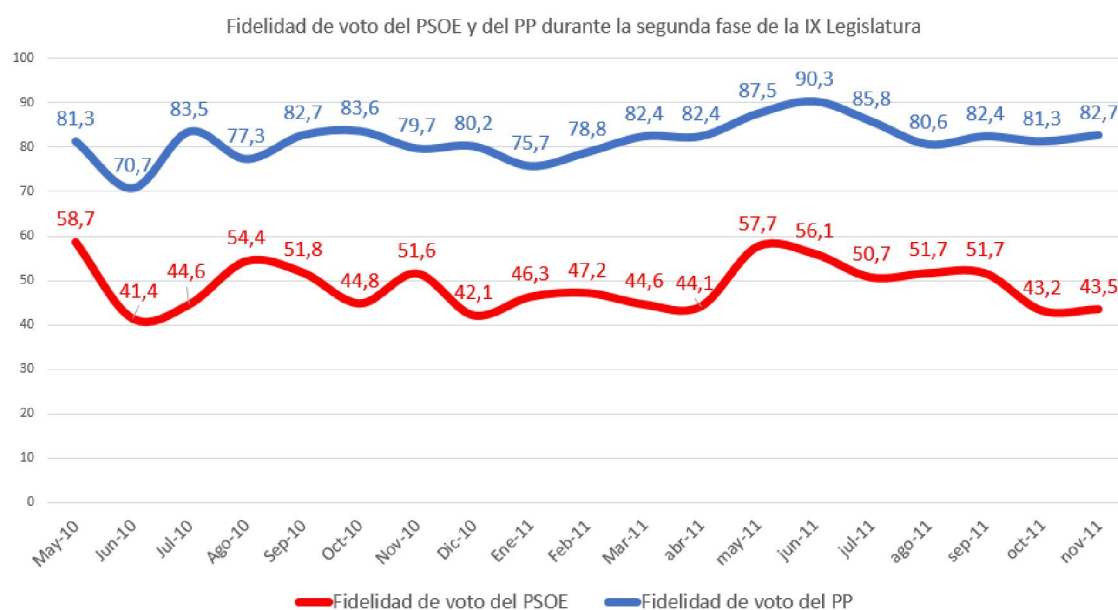


GRÁFICO 23

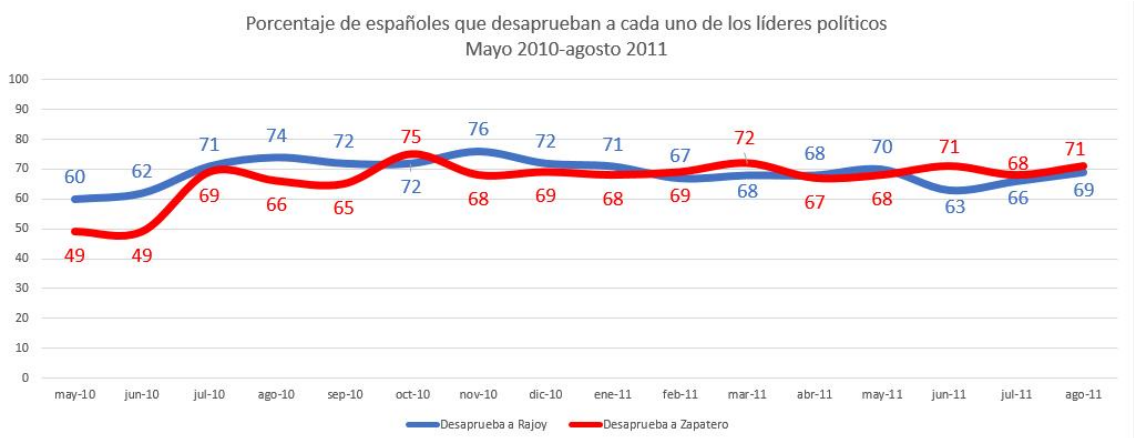
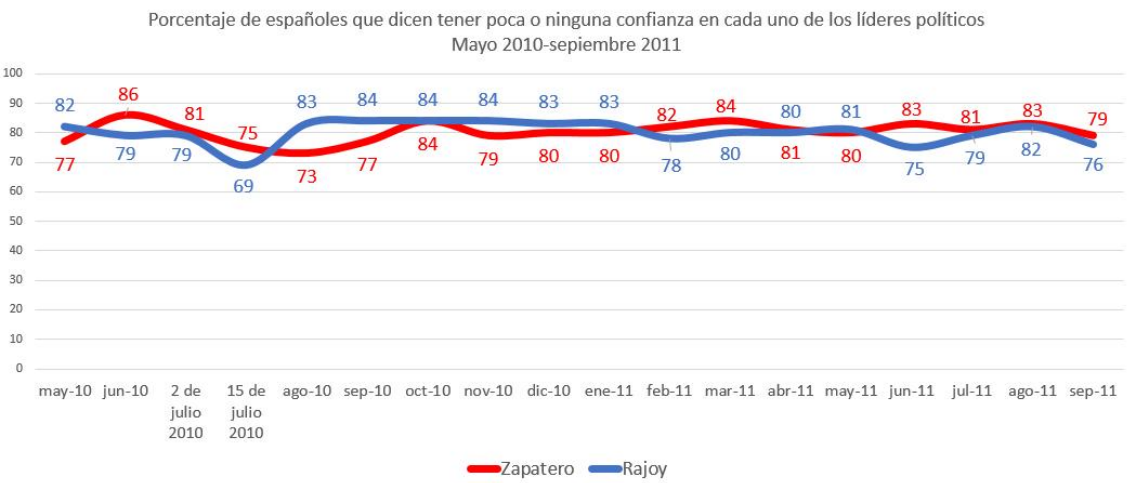


GRÁFICO 24





## VI. CAPÍTULO V. LOS PRIMEROS AÑOS DE LA X LEGISLATURA (2011-2015): CUANDO EL RECAMBIO SE CONSTITUYE EN CONTINUIDAD

El primer Barómetro de Cima Social de Metroscopia para EL PAÍS tras las elecciones del 20N, arrojaba datos nada halagüeños sobre la percepción de la situación económica y política nacional. El pesimismo de los españoles respecto de la situación económica persistía, e incluso, en la mínima medida en que aún resultaba posible, se acentuaba. Nunca antes hasta ese momento se habían registrado en la reciente historia de España un porcentaje tan elevado de ciudadanos que calificaba mal la situación económica del país: 96 %. Tampoco en la serie histórica del Clima Social se había alcanzado un dato tan alto como el que arrojaba esa oleada con respecto al final de la crisis económica española: un 94 % consideraba que ese día todavía estaba lejos. Pero quizá el dato más destacable, también por novedoso, era que, por primera vez desde que existían datos al respecto, los españoles que definían como mala su situación económica familiar eran más que quienes pensaban que era buena (36% frente a 34%). Aunque las dos cifras son muy similares, el cambio de tendencia que suponían revelaba que, cada vez más, la crisis no era vivida como algo que afectara fundamentalmente a otros, sino que de forma directa hacía sentir ya su peso sobre más de un tercio de los hogares españoles.

Al mismo tiempo, eran claramente más numerosos los españoles que se mostraban convencidos de que, para resolver la crisis económica, eran necesarios más sacrificios (así lo afirmaba un 50 %, porcentaje que subía hasta el 65 % entre los votantes populares) que quienes pensaban que ya se habían hecho demasiados (36 %). Entre los votantes socialistas, las opiniones en este punto se dividían: un 42% pensaba que eran precisos más sacrificios y un 43 % creía, por el contrario, que ya se habían hecho demasiados. En conjunto, estos datos configuraban un estado de ánimo ciudadano resignadamente receptivo a los recortes y ajustes anunciados por el partido ganador de las elecciones, que de forma mayoritaria se percibían como algo necesario e inevitable.

En esos momentos, la opinión de los españoles seguía siendo que, en mayor o menor medida, todos tenían algo de culpa por la situación en que se encontraba la economía; la falta de líderes con la talla suficiente para afrontarla adecuadamente, en España y fuera de nuestro país, explicaba que la crisis estuviera durando tanto; y, con todo, esta situación suponía una oportunidad —por todavía no haber sido aprovechada— para reorganizar el funcionamiento de la economía en los países occidentales. Estas ideas, compartidas por dos de cada tres españoles, configuraban un diagnóstico ciudadano de situación sin duda

medido y realista. Pero este saludable reconocimiento de las posibles responsabilidades propias, más o menos tangenciales, no impedía que, al mismo tiempo —y de forma masiva (84 %)— se pensara que existían además unos grandes culpables de lo que está pasando, que no solo se están beneficiando a costa de los demás, sino que además estaban logrando pasar desapercibidos y salir impunes.

En el contexto político —y como consecuencia del efecto catártico que, al menos en un primer momento, suele producirse sobre el ánimo ciudadano tras la conclusión de un proceso electoral— la evaluación ciudadana de la situación política mejoraba algo en relación con los meses anteriores, si bien un llamativo 65 % seguía definiéndola como mala (un mes antes ese porcentaje era 16 puntos superior: 81%). Además, las intenciones de voto de los españoles no hubieran experimentado variación alguna si hubieran podido saber de antemano el resultado de las elecciones del 20 de noviembre: así lo afirmaba el 91 % (95 % entre los votantes populares, 92 % entre los socialistas y 98 % entre los votantes de IU). El resultado se daba por descontado desde muchos meses antes y no supuso, por tanto, sorpresa alguna. De hecho, tras confirmarse la mayoría absoluta del PP el 20N —tal y como estimaban la mayoría de sondeos—, un 37 % de la ciudadanía decía haber sentido indiferencia, un 32 % esperanza y otro 32 % preocupación frente a este resultado. Entre quienes votaron al PP el 79 % recibieron su victoria con esperanza; entre quienes votaron al PSOE, la mitad (56 %) sintió preocupación, pero el 45 % restante acogió el resultado con indiferencia o, incluso, con esperanza.

Al mismo tiempo, la idea claramente predominante (la expresaba un 55 % de la ciudadanía) era que, en las aquellas circunstancias, el resultado electoral que se había producido era positivo para España: solo un 25 % lo consideraba negativo. Eso guardaba relación, con toda probabilidad, con el hecho de que un 45 % pensara que Rajoy iba a saber gestionar la crisis mejor que Rodríguez Zapatero (un 35 % opinaba que la iba a gestionar igual y solo un 12 % que peor), cosa que, por otra parte, ya opinaba la ciudadanía —prácticamente en esos mismos términos— antes de las elecciones.

En este sentido, no llegaba a sorprender que de repetirse las elecciones tan solo un mes después, el resultado que con más probabilidad cabía estimar según los datos del sondeo fuera muy similar al que se produjo el 20N: el PP hubiera vuelto a ganar, con un 44.9 % de los votos (logró un 44.6 % en los comicios), y el PSOE habría conseguido un 28.4 % (solo tres décimas menos). Es decir, la resaca electoral no se había traducido en esta ocasión —a diferencia de lo que suele ocurrir cuando se producen resultados tan

contundentes— en una explosión a posteriori de apoyos a favor de quien resulta vencedor ni en un correlativo desmoronamiento de los apoyos al perdedor. Un mes después de la contienda, los dos grandes partidos seguían manteniendo básicamente el mismo grado de movilización electoral que habían logrado en las urnas.

En el caso de los votantes socialistas, cabía pensar que, al menos en parte, esa fidelidad a sus siglas tras la derrota podía deberse a que seis de cada diez (59 %) pensaban que el verdadero perdedor en las elecciones no había sido tanto Rubalcaba como Zapatero (idea que, por cierto, compartía una proporción parecida —54 %— de los votantes del PP). Es decir, el candidato socialista era mayoritariamente exculpado de la derrota y eso probablemente explicaba también el amplio apoyo que el electorado socialista (57 % frente a 38 %) daba a la posible continuidad de Rubalcaba al frente del PSOE: pese a haber perdido las elecciones, seguía siendo percibido por sus votantes —en proporción de seis a cuatro— como la persona que mejor podía reorganizar su partido. Antes del 20N, los votantes socialistas que, para el supuesto de una derrota, expresaban esta misma idea representaban un porcentaje no muy diferente (62 %).

En la hora del traspaso de poderes, la evaluación que hacían los españoles de los casi ocho años de Zapatero al frente del gobierno era ciertamente severa: la mayoría (53 %) creía que, en conjunto, había sido un mal Presidente; solo un 21 % afirmaba que había sido un buen Presidente y el 24 % restante expresaba una evaluación ambigua (en ocasiones buen Presidente, en ocasiones mal Presidente). Era destacable que entre los propios votantes socialistas solo el 45 % evaluaba positivamente la gestión de Zapatero. Y no parecía que los españoles esperaran que, con el paso del tiempo, este juicio se fuera a tornar más favorable: quienes creían que, transcurridos unos años, la etapa de ZP en el gobierno sería juzgada más favorablemente que en ese momento eran tantos como quienes creían lo contrario (24 % y 23 %, respectivamente), y la mayoría (42 %) pensaba que seguiría mereciendo el mismo juicio que en esos momentos.



## 1. PRIMERA PARTE DE LA LEGISLATURA: CUANDO EL PP PIERDE A LOS VOTANTES PRAGMÁTICOS

### A) La luna de miel continúa.

El martes 20 de diciembre de 2011, justo un mes después de la celebración de las elecciones generales, Mariano Rajoy fue investido Presidente del Gobierno en primera votación como consecuencia de la mayoría absoluta lograda por su partido. Además de los 185 diputados populares, también apoyaron a Rajoy el diputado de Foro de Ciudadanos y el de Unión del Pueblo Navarro. Frente a los 187 votos a favor hubo 149 votos en contra correspondientes a los diputados de PSOE, IU, UPyD, CiU, ERC, BNG, Compromís y Geroa Bai. Se abstuvieron los 14 diputados de tres formaciones políticas: Amaiur, PNV, y CC.

Los españoles parecían dispuestos a conceder al nuevo gobierno presidido por Rajoy al menos los consabidos, y tópicos, cien días de gracia. Al menos eso es lo que parecía deducirse al observar los datos del Clima Social correspondientes a la oleada de enero de 2012. La actuación del nuevo Presidente, en las apenas dos semanas transcurridas desde su investidura, era aprobada por un 53 % de la ciudadanía (82 % entre sus votantes) y desaprobada por un 35 %. Ahora bien, mientras que quienes le desaprobaban eran netamente propensos a evaluarle con notas muy negativas, quienes le aprobaban lo hacían con puntuaciones moderadas, de ahí que, en conjunto, la puntuación media resultante fuera un 4.6. En junio de 2008, al cumplirse los cien días de su segunda investidura como jefe del ejecutivo, Zapatero lograba una puntuación media no muy diferente (4.8).

Seis de cada diez españoles (58 %) tenían en ese momento la sensación de que el Gobierno sabía lo que se hacía, y solo un 34 % creía, por el contrario, que estaba improvisando sobre la marcha. En agosto de 2011 (última fecha en que se había formulado esa pregunta respecto del gobierno de Zapatero en el Clima Social de Metroscopia) la situación era radicalmente distinta: entonces solo un 16 % tenía la impresión de que el Gobierno supiera lo que se hacía y un 80 % pensaba que iba improvisando según las circunstancias. Además, el ejecutivo formado por Rajoy había producido una impresión positiva al 51 % de la ciudadanía y negativa al 35 %, debiendo destacarse, además, que todos los componentes del nuevo gabinete obtenían una evaluación positiva. El ministro más conocido (por un 97 %) y, a la vez, mejor puntuado era el de Justicia, Alberto Ruiz-Gallardón, que lograba un 6.1, siendo además el único miembro del ejecutivo evaluado también favorablemente (5.3) por el electorado socialista. La vicepresidenta del

Gobierno, Sáenz de Santamaría, figuraba en segundo lugar, tanto en conocimiento ciudadano (87 %) como en evaluación (5.7, puntuación que subía hasta el 7.8 entre los votantes populares, lo que la convertía en la figura política más estimada por su electorado). Otros cuatro ministros (Ana Pastor, Cristóbal Montoro, Miguel Arias Cañete y Ana Mato) eran conocidos ya por dos de cada tres españoles, y obtenían puntuaciones que iban desde el 5.6 al 5.3. Otros dos ministros (Luis de Guindos y José Manuel Soria) eran conocidos por cuatro de cada diez españoles y lograban una puntuación media de 5.0 y 5.6, respectivamente. Los restantes cinco ministros tenían, en ese momento, un grado de notoriedad pública reducida, si bien todos lograban puntuaciones favorables (que iban desde el 5.1 de José Ignacio Wert al 5.7 de Fátima Báñez). En conjunto, el ejecutivo (sin incluir a su presidente) lograba de la ciudadanía una llamativa puntuación media de 5.4, casi un punto más que la que en junio de 2008 obtenía, en conjunto (y sin incluir tampoco a su Presidente) el ejecutivo salido de las elecciones de marzo de aquél año. Evidentemente, para ser del todo correcta, esta comparación debería haberse efectuado tres meses después, cuando el ejecutivo recién nombrado hubiera superado los tres primeros meses de andadura, considerados tiempo de rodaje. Pero, en todo caso, los datos ponían de manifiesto el considerable crédito político con que el gobierno de Rajoy iniciaba su andadura y que no parecía haberse visto afectado por las duras medidas de ajuste adoptadas en su primera sesión como gabinete<sup>221</sup>.

Sin duda el nulo —o mínimo— coste político aparente de ese primer paquete de medidas adoptado por el recién nombrado Gobierno podía deberse a que el mismo se daba masivamente por descontado: era esperado por el 86 % de la ciudadanía. Además, un 61% creía que esas medidas se habían tomado en el momento adecuado. Las opiniones tendían sin embargo a dividirse sobre el efecto previsible de las mismas: una opinión ligeramente mayoritaria (que expresaba el 44 %) era que iban en la dirección correcta para remediar la crisis; pero para un 38 % se trataba de medidas que iban en la dirección equivocada y que podían contribuir a agravar la situación. Como cabría esperar, los posicionamientos en este punto de los votantes populares y socialistas eran rotundamente contrapuestos.

El recorte (en un 20 %) del presupuesto de partidos, sindicatos y patronales era la medida que suscitaba mayor apoyo (89 %). Asimismo, dos de cada tres españoles estaba de

---

<sup>221</sup> El 30 de diciembre tras el primer Consejo de Ministro del nuevo Gobierno, la vicepresidenta, Sáenz de Santamaría, anunció la segunda mayor subida de impuestos de la reciente democracia española y el mayor recorte de gasto público de la democracia (8.900 millones de euros). ([http://politica.elpais.com/politica/2011/12/30/actualidad/1325253634\\_099393.html](http://politica.elpais.com/politica/2011/12/30/actualidad/1325253634_099393.html))

acuerdo con la reintroducción de la desgravación fiscal por la compra de vivienda habitual, con la reducción en casi nueve mil millones de los Presupuestos del Estado y con la revalorización de las pensiones en un 1% (en este último caso, el 43 % de los votantes socialistas se declaraba contrario a la medida, y cabía sin duda pensar que por considerarla insuficiente). La congelación del sueldo de los funcionarios tendía a dividir a la opinión: un 50 % la evaluaba positivamente, un 40 % negativamente. Quizá la ciudadanía podía estar empezando a pensar que este sector profesional ya había sufrido recortes sustanciales, y de ahí que esta medida que ahora les afectaba encontrara un apoyo ciudadano mucho más reducido que la que meses atrás —con el anterior Gobierno del PSOE— rodeó a su reducción salarial. Solo dos medidas eran evaluadas de forma negativa (en ambos casos, claramente en mayor medida por los votantes del PSOE que por los del PP): la subida temporal del IRPF y del IBI y la congelación del salario mínimo interprofesional.

El hecho de coincidir ese inicial estado de gracia del nuevo Gobierno con un PSOE momentáneamente descabezado en espera de las elecciones primarias de las que debía salir su nuevo Secretario General favorecía claramente a los populares. El resultado que cabía estimar como más probable para el caso de que se celebraran en esos momentos unas nuevas elecciones generales era más abultado que el que se había producido el 20N: el PP hubiera vuelto a ganar con el 46.4 % de los votos (1.5 puntos más en los comicios de noviembre), logrando el PSOE un 26.5 % (1.9 puntos menos).

La tregua que durante el interludio navideño parecía haber concedido los mercados a las primas de riesgo de los países del sur (incluido, por tanto, el nuestro) y la investidura de un nuevo gobierno parecían haber confluído para producir un ligero efecto catártico sobre el estado de ánimo de una ciudadanía agobiada por la crisis económica. Seguía percibiéndose, masivamente, la gravedad —y lejano remedio— de la situación que se atravesaba en aquellos momentos, pero en alguna menor medida que hacía tan solo un mes antes. Y quizá como efecto colateral del espíritu positivo que suele asociarse con la navidad, descendía de forma apreciable el porcentaje de españoles que definía como mala su situación económica familiar: un 24 % (frente al 36 % registrado un mes antes).

En todo caso, los españoles tenían claro que la crisis iba a durar todavía un tiempo considerable: 3.7 años era la cifra media que traducían las estimaciones expresadas. Es decir, la ciudadanía parecería considerar que le quedaba casi otros cuatro años a sumar a los cuatro ya transcurridos: el sentir general era así que estaríamos a mitad del camino a recorrer hasta superar la situación de esos momentos. Quizá esa extendida conciencia de

que, aunque duradera, la crisis iba a tener un final, podía explicar que en el estado de ánimo global de la ciudadanía siguiera predominando el optimismo frente al pesimismo: 51 % frente a 37 %. Estas cifras eran ciertamente inferiores a las registradas a primeros de enero de 2011 (78 % y 20 %, respectivamente), pero seguían reflejando un espíritu colectivo que no cedía ni al desánimo ni a la desesperación.

Con respecto a la situación del principal partido de la oposición, el PSOE, Rubalcaba seguía siendo, con claridad, el favorito de los votantes socialistas para dirigir al partido en la nueva etapa que se abría, con un porcentaje de apoyo (44 %) que duplicaba al que conseguía su única contrincante, Chacón (por la que optaba un 21 % de quienes el 20 de noviembre habían votado al PSOE). Un 22 % manifestaba su preferencia porque fuera otra persona diferente y nueva la que se situara al frente del partido. Cabe señalar que entre los votantes del PP esta última era la opción mayoritaria (la expresaba un 45 %), si bien entre tener a Rubalcaba o a Chacón al frente del partido rival tendían ligeramente a preferir a esta última. De forma ampliamente mayoritaria (72 %) los votantes socialistas se mostraban partidarios de que en las elecciones primarias que iban a tener lugar un mes después pudieran votar no solo los afiliados sino también los simpatizantes.

La buena imagen que el nuevo gobierno del PP transmitía a los españoles duró poco más de un mes. En el Clima Social de febrero de 2012 —cuyo trabajo de campo se llevó a cabo entre el 8 y el 9 de febrero— la imagen del Gobierno empezaba ya a empeorar. Si solo un mes antes la mayoría de los españoles (51 %) tenía una impresión positiva del ejecutivo y consideraba que el Gobierno sabía lo que hacía (58 %), en febrero la opinión estaba claramente dividida en ambas cuestiones: a un 45 % le transmitía una sensación positiva y a un 47 % una negativa. E incluso pasaban a ser algunos más quienes creían que el Gobierno iba improvisando sobre la marcha que quienes opinaban que sabía lo que hacía (49 % frente a 45 %).

Pero al mismo tiempo, lo cierto es que el PP seguía manteniendo prácticamente intacto el apoyo de quienes confiaron en él en las elecciones del 20 de noviembre: un 89 % de los votantes populares tenía una impresión positiva del ejecutivo, un 74 % creía que el Gobierno sabía lo que hacía y su fidelidad de voto se mantenía todavía muy elevada (86 %). La abrumadora mayoría (84 %) de estos votantes, además, aprobaba la gestión de Mariano Rajoy como Presidente y decía confiar mucho o bastante en él (71 %).

El deterioro de imagen venía, por tanto, por otro lado. La parte del electorado socialista que hacía solo un mes tenía una impresión positiva del nuevo Gobierno empezaba a mirarlo con otros ojos: las decisiones adoptadas por el ejecutivo en las semanas previas al sondeo parecían haber hecho mella en su opinión. Tres de cada cuatro votantes socialistas (74 %, 15 puntos más que en enero) tenían una imagen negativa del Gabinete de ministros presidido por Rajoy, y la misma proporción (73 %, 22 puntos más que un mes antes) consideraba que el presidente del Gobierno iba improvisando sobre la marcha. La mayoría de los votantes del PSOE desaprobaba la gestión de Rajoy (70 %) de quien desconfiaban masivamente (98 %).

Podría pensarse en ese momento que el electorado socialista empezaba a despertar del aturdimiento que le supuso el descalabro electoral de 2011. Una derrota que conllevó un período de ausencia de liderazgo que parecía llegar a su término el 4 de febrero con la elección de Rubalcaba como nuevo Secretario General del PSOE. Sin embargo, las crecientes críticas que expresaba el electorado socialista hacia el Gobierno popular no cristalizaban en un beneficio electoral para el PSOE. Todo parecía indicar que el efecto más inmediato del 38º Congreso Federal celebrado por los socialistas, contra lo que cabía esperar y sin duda a causa de la notable sensación de crispación interna que pudo transmitir, no fue, desde luego, insuflar ilusión al conjunto del electorado socialista<sup>222</sup>.

Entre los votantes socialistas, el 49 % habría optado por Rubalcaba para la Secretaría General del partido y el 34 % lo habría hecho por Chacón: un reparto de preferencias claramente menos apretado que el que se produjo entre los delegados en el Congreso de Sevilla, pero que reflejaba también un apreciable grado de división. Ciertamente, zanjada ya la pugna entre ambos candidatos, el electorado socialista se declaraba ampliamente conforme con el resultado final: un 67 % consideraba que era bueno para el PSOE tener a su frente a Rubalcaba y solo un 19 % —es decir, un porcentaje casi cuatro veces menor— no compartía esta opinión. Pero aun cuando eran más los votantes socialistas que percibían que tras su Congreso el partido estaba más unido que antes (42 %), un porcentaje sustancial (36 %) creía que en realidad había quedado más desunido (entre el conjunto de la ciudadanía predominaba, de forma amplia —58 % frente a 23 %—, la sensación de que el Congreso de Sevilla había dejado al PSOE más desunido). Rubalcaba

---

<sup>222</sup> En este sentido, puede consultarse CABALLERO, D.: “38 Congreso Federal del PSOE. Rubalcaba sin integración y con el partido a cuestas. La estrategia del caracol” en *Cambio* 16 núm. 2094, 2012, págs. 8-14. Por otro lado, el documento con las resoluciones del Congreso pueden consultarse en <http://www.psoe.es/media-content/2016/04/resoluciones-201202-38-congreso.pdf>

iniciaba pues su andadura como Secretario General socialista con un crédito político, entre su electorado, apreciable pero en modo alguno absoluto: como líder, inspiraba confianza a un 68 % de los votantes socialistas, y un 58 % de estos creía que lo iba a hacer mejor que Zapatero (un 30 % creía que lo haría igual y solo un 4 % pensaba que peor). Pero la fidelidad de los votantes socialistas (59 %) era 10 puntos inferior a la del mes anterior, sin duda como efecto colateral del ya aludido clima de enfrentamiento que había conllevado la pugna por el liderazgo: las bases electorales rara vez se estimulan con las tensiones internas y los conflictos personales entre líderes.

La estimación del resultado electoral que hacía Metroscopia para el caso de que unas elecciones generales tuviesen lugar en ese momento reflejaba una mayor brecha entre los dos grandes partidos que la que se había producido en las elecciones de apenas dos meses antes: el PP se haría con el 46.2 % de los votos y el PSOE con el 23.0 %. IU y UPyD saldrían, en esos momentos, beneficiados del descenso socialista y obtendrían un 8.8 % y un 6.3 % de los votos, respectivamente (en las elecciones de 2011 la coalición rojiverde obtuvo un 6.9 % y el partido magenta un 4.7 %).

Un mes después de su nombramiento, y como cabía esperar, había aumentado el conocimiento de todos los ministros del Gabinete, si bien seis de ellos seguían siendo prácticamente desconocidos para la mayoría de los españoles: el ministro de Defensa, Pedro Morenés (al que conocía solo un 19%), el ministro de Educación, Cultura y Deporte, José Ignacio Wert (28 %), el ministro de Asuntos Exteriores y de Cooperación, José Manuel García-Margallo (26 %), la ministra de Empleo y Seguridad Social, Fátima Báñez (27 %), el ministro del Interior, Jorge Fernández Díaz (29 %), y el ministro de Industria, Energía y Turismo, José Manuel Soria (39 %). Wert era el único Ministro que obtenía un saldo negativo (-3 puntos) a su gestión entre los ciudadanos que conocían a cada político: eran más quienes le desaprobaban (13 %) que quienes le aprobaban (10 %).

El deterioro de imagen del nuevo Gobierno continuaba. En la oleada de marzo del Barómetro de Clima Social, ya era una mayoría de españoles (53 %, seis puntos más que en febrero) la que decía tener una impresión de conjunto negativa del Gobierno de Rajoy. Un Rajoy al que uno de cada dos ciudadanos (51 %, 11 puntos más que un mes antes) desaprobaba como Presidente y dos de cada tres (68 %, 2 puntos más) desconfiaba de él. Esta devaluación de la imagen del Gobierno popular afectaba también a los ministros del Gabinete, si bien todos lograban mantener un saldo positivo en la evaluación ciudadana a su gestión (es decir, eran más los ciudadanos que aprobaban su labor política que

quienes la desaprobaban). La única excepción seguía siendo la del ministro de Educación, Cultura y Deporte que incrementaba ese mes su balance negativo.

Esta era una visión panorámica del Gobierno, vista desde arriba. Si se descendía se apreciaban algunas cuestiones que matizaban y ayudaban a explicar mejor por qué se había producido un deterioro tan rápido en la imagen del Gobierno y del Presidente. La clave parecía estar en que una parte del electorado que votó al PSOE en las elecciones generales del 20 de noviembre y que hasta ese momento no manifestaba un claro reproche ni hacia el Gobierno ni hacia el Presidente —se encontraba en una especie de letargo tras la debacle electoral de 2011—, había pasado a engrosar las filas de quienes criticaban la actuación gubernamental. En esta reactivación tuvo que ver, probablemente, el hecho de que los ciudadanos no percibían una mejora en la situación económica (seguía siendo abrumador el porcentaje que la calificaba negativamente: 96 %), unido a la aprobación por parte del Gobierno de la reforma laboral. El aparente despertar del electorado socialista se producía en contra del Gobierno, pero seguía sin ser capitalizado electoralmente por el PSOE. El PP y Rajoy, sin embargo, mantenían prácticamente intacto el apoyo de sus votantes. La fidelidad de voto del PP era del 82 % frente al 60 % del PSOE. Y un 85 % de los votantes populares tenía una opinión de conjunto positiva del Gobierno.

De hecho, si unas nuevas elecciones generales tuvieran lugar en ese momento, el PP hubiera obtenido un resultado mejor que el logrado hacía apenas tres meses (46.3 % frente al 44.6% logrado en los comicios de 2011), mientras que el PSOE hubiera seguido escarbando su suelo electoral (con un 24.4 % de los votos frente al 28.7 % del año anterior). Un descenso de los apoyos al PSOE del que se seguían aprovechando IU (que en la estimación de Metroscopia obtenía un 9.1 % de los votos frente al 6.9 logrado realmente en los comicios de 2011) y UPyD (5.1 % frente a 4.7 %).

También Rajoy seguía siendo mejor evaluado que Rubalcaba entre sus respectivos electorados. El Presidente era aprobado por un 79 % de sus votantes y un 70 % decía confiar en él. El líder socialista lograba la aprobación de un 64 % de quienes le votaron tres meses atrás y un 58 % confiaba en él.

La reforma laboral que el Gobierno pretendía llevar a cabo contaba, en conjunto, con el apoyo mayoritario de los votantes populares (la aprobaba un 59 % y la rechazaba un 28 %) y, a la vez, con el claro rechazo mayoritario (91 %) de los votantes socialistas. La idea

predominante entre la ciudadanía (lo pensaba el 61 %: el 64 % de los votantes socialistas pero también la mayoría relativa —47 %— de los votantes populares) era que, en realidad, la reforma no respondía a un propósito autónomo del actual ejecutivo, sino que era más bien algo impuesto desde fuera y que, por tanto, resultaba difícilmente evitable. Por otro lado, la inmensa mayoría de la población (74 %) no esperaba gran cosa de la misma en cuanto a generación de empleo, al menos a corto plazo (si bien en este punto las opiniones de los votantes del PP se dividían: un 42 % sí creía que iba a ayudar a reducir el paro). Por lo demás, las opiniones sobre los distintos aspectos e implicaciones de la reforma se dividían de forma clara según el perfil ideológico de los entrevistados. Así, mientras que el 67 % de los votantes populares consideraba que la reforma laboral era adecuada o incluso insuficiente, el 74 % de los votantes socialistas la consideraba excesiva. Al mismo tiempo, mientras que el 73 % de los votantes socialistas la consideraban injusta, el 65 % de los votantes populares no compartía esa apreciación. Y mientras que el 69 % de los votantes del PP se mostraba de acuerdo con que realizaran servicios de carácter social aquellos parados que percibiendo el subsidio de desempleo no estuvieran recibiendo cursos de formación, el 60 % de los votantes socialistas se declaraba en desacuerdo con esta propuesta.

Sencillamente, esta clara fidelidad del electorado popular a la reforma laboral del gobierno que presidía Rajoy era lo que explicaba que ni la crisis económica ni las duras medidas (las ya anunciadas y las que todo el mundo esperaba para el inmediato futuro) se tradujeran en merma alguna de su apoyo electoral.

En todo caso, dos de cada tres españoles (67 %) consideraban que, en esos momentos, una huelga general no serviría de nada y encima podría empeorar aún más la situación económica: lo pensaba así el 90 % del electorado popular, pero la idea era también predominante (50 %) entre los votantes socialistas. Por otro lado, la intensa expectativa social de acuerdos y pactos transversales que permitieran luchar mejor contra la crisis económica ayuda a explicar que un llamativo 41 % de la ciudadanía pensara que el PSOE debería apoyar la reforma que el Gobierno pretendía llevar a cabo, a pesar de todos los posibles defectos e insuficiencias de esta.



## **B) Finaliza la luna de miel**

Pero en abril del 2012, apenas cuatro meses después de que el PP ganara las elecciones obteniendo su mejor resultado histórico, cuando tan solo habían transcurrido los simbólicos 100 primeros días desde su toma de posesión, el gobierno de Rajoy y la ciudadanía terminaban su luna de miel. Aunque las circunstancias no eran comparables a las presentes en otros momentos anteriores —y, por tanto, las comparaciones deben ir acompañadas de matices— lo cierto es que no existe en España un precedente de un desgaste tan rápido de un Gobierno recién elegido (Ferrándiz, 2012). La gestión de la crisis económica pasaba ya factura al gobierno del PP. Si tres meses antes la mayoría de los ciudadanos (51 %) decía tener una impresión positiva del Ejecutivo, en el mes de abril dos de cada tres españoles (64 %) la tenía negativa. Un rápido desgaste de imagen del Gobierno que se sustentaba en la percepción mayoritaria —un 56 % de los ciudadanos así lo pensaba— de que no estaba sabiendo hacer frente de forma adecuada a la situación económica (un porcentaje, por cierto, cercano al de quienes opinaban lo mismo del Gobierno de Zapatero cuando este cumplió 100 días de su segunda legislatura en julio de 2008: 63 %).

A pesar de todas las medidas aprobadas por el Ejecutivo en los tres meses anteriores, en abril de 2012, uno de cada dos españoles (52 %) consideraba que el Gobierno no sabía lo que hacía y que iba improvisando sobre la marcha. Una opinión que en ese tiempo transcurrido había ido extendiéndose entre la ciudadanía —en enero solo lo pensaba un 34 %— y que solía ser una crítica recurrente que Rajoy le hacía a su predecesor en el Gobierno. La imagen de Rajoy sufría un desgaste parejo al del Gobierno: seis de cada 10 españoles (58 %, siete puntos más que un mes antes) desaprobaban su gestión como presidente del Gobierno y siete de cada 10 (70 %, dos puntos más) decían confiar poco o nada en él.

El gobierno de Rajoy solo salía bien parado cuando se le comparaba con el último gabinete presidido por Zapatero: un 41 % de los españoles creía que el del PP era mejor que el anterior del PSOE. Zapatero parecía seguir manteniendo la misma mala imagen que tenía cuando era Presidente: no solo los votantes populares, también entre una parte importante del electorado socialista (41 %) creía que el Gobierno de Rajoy era mejor, o al menos igual, que el último de Zapatero.

En todo caso, todos los ministros del gabinete de Rajoy veían descender el balance entre quienes aprobaban y desaprueban su gestión con respecto al del mes anterior: si en marzo

12 de los 13 ministros lograban un saldo positivo, en abril solo lo conseguían tres (y además con saldos inferiores a los que presentaban un mes antes): el ministro de Defensa, Morenés, (de +15 pasa a +6), el ministro de Asuntos Exteriores, Margallo, (de +22 pasa a +4), y la vicepresidenta, Sáenz de Santamaría, (de +8 a +1). La última posición ya no era —como en meses anteriores— para el ministro de Educación, Cultura y Deporte (de hecho, aun manteniendo un saldo negativo Wert era el único que mejora con respecto al mes anterior: de menos 15 pasa a menos 8), sino para el responsable de la cartera de Economía, De Guindos, que lo compartía con la ministra de Sanidad, Mato (ambos con un saldo de menos 14). El descenso más pronunciado, con todo, se producía en la evaluación del ministro de Justicia, Gallardón: de un balance positivo de +20 pasaba a uno negativo de -4.

No obstante, la oposición seguía sin lograr logra capitalizar este lento pero continuo desgaste del Gobierno. La mayoría de ciudadanos desaprobaba la labor opositora de Rubalcaba (58 %, el mismo porcentaje de desaprobación que Rajoy) y tres de cada cuatro españoles (76 %) decía confiar poco o nada en él. Ambos líderes compartían, así, una mayoritaria desaprobación y desconfianza entre la opinión pública, pero también un mayoritario apoyo entre sus votantes. Con una diferencia: la aprobación y confianza de los votantes populares en Rajoy (81 % y 70 %, respectivamente) estaba más extendida que la de los socialistas en Rubalcaba (53 % y 52 %, respectivamente). En definitiva, Rajoy seguía gozando del apoyo de la amplia mayoría de quienes le votaron el 20 de noviembre (de hecho la fidelidad de voto de los populares era de un 83 %), mientras que Rubalcaba contaba con un sustancial porcentaje de críticos entre las filas socialistas (la fidelidad del PSOE se situaba en el 55 %).

La opinión ciudadana sobre la situación política del país parecía, así, coincidir con la manifestada por el expresidente del Gobierno Felipe González, que unos días antes de llevarse a cabo el sondeo expresaba su preocupación por la “falta de orientación de Gobierno y oposición”. Si en ese momento, abril de 2012, se hubieran celebrado unas nuevas elecciones generales, tanto PP como PSOE hubieran obtenido peores resultados que los logrados en los comicios de tan solo cinco meses antes: los populares un 39.1 % y los socialistas un 23 %. Un castigo de los electores a los dos principales partidos que, sin embargo, y por ser de idéntica magnitud absoluta, aunque no relativa (hubieran perdido 5.5 y 5.7 puntos, respectivamente), volvería a otorgar la mayoría absoluta al

partido de Rajoy. Tanto IU (que habría pasado a contar con el 11.6 % de los votos) como UPyD (5.9 %) eran, en esos momentos, los partidos que se beneficiaban en mayor medida de la pérdida de apoyos de los dos grandes partidos.

En el aspecto económico, lo que hasta ese momento venía siendo solo preocupación, si bien cada vez más extendida, por la situación económica del país subía de grado y pasaban a convertirse en masiva ansiedad: el 90 % de los españoles decía sentirse angustiado por la situación económica del país (y un 59 % decía sentirse incluso muy angustiado). En esta desasosegante sensación coincidían milimétricamente los votantes tanto populares como socialistas. Esta generalizada angustia alcanzaba ya también a la propia situación económica familiar, que era percibida con ansiedad por el 75 % de la población (entre ellos un 37 % decía específicamente sentir mucha angustia). Y aquí tampoco existían diferencias en las respuestas de los votantes de los dos grandes partidos. El estado de ánimo general de la sociedad española parecía así haberse deslizado, en pocas semanas, de la preocupación a una angustia que quizá empezara a rozar la depresión. Dos datos ayudan a entender ese fulgurante desmoronamiento del tono vital colectivo. Por un lado, seguía creciendo el porcentaje que tenía, en su círculo de relaciones más íntimo, a alguien que se encontraba en paro: 83%, frente al 78 % de un mes antes. Por otro lado, ocho de cada diez españoles (81 %; 83 % un mes antes) seguían pensando que el paro iba a ser igual de elevado de lo que estaba en ese momento, o incluso más, durante bastante tiempo todavía: no se percibía en el horizonte, inmediato o medianamente remoto, señales que propiciaran el optimismo. Si bien seguían siendo más los españoles que no creían probable que nuestro país fuera a acabar necesitando recurrir al Fondo de Rescate europeo (50 % frente a 43 %), los datos parecían orientarse cada vez más hacia una división de opiniones en este asunto (en julio de 2011 esos porcentajes eran 51 % frente a 40 %). En todo caso, continuaban siendo mayoría quienes pensaban que, en ese momento, pertenecer a la Unión Europea era algo positivo para España (55 % frente a 37 %).

Ese amplio desasosiego se traducía en un creciente cuestionamiento de la política de recortes: un 68 % pensaba en ese momento (el 60 % lo hacía seis meses antes, es decir, en octubre de 2011, antes de las elecciones generales) que por ese camino solo se conseguiría empobrecer cada vez más al país y dificultar la recuperación de la economía. La evaluación de la política de recortes resultaba estar, en todo caso, fuertemente condicionada por factores estrictamente ideológicos: seis meses antes, cuando aún gobernaba el PSOE, la mayoría de los votantes populares (54 %) consideraba que los

recortes solo generarían empobrecimiento de la sociedad y trabas para la recuperación y solo un minoritario 36 % pensaba que no había otra alternativa. En cambio en marzo de 2012, cuando quien gobernaba y aplicaba los recortes era el PP, el 57 % de sus votantes opinaba que no quedaba otra alternativa y pasaban a ser minoría (32 %) quienes seguían diciendo que esa política solo conduciría al empobrecimiento general y al retraso de la recuperación. Entre los votantes socialistas, se registraba un similar vuelco de opiniones, aunque mucho menos marcado y, obviamente, en el sentido inverso (en octubre el 29 % decía que no había otra alternativa —en marzo de 2012 solo el 8 %— y el 62 % que por ese camino se generaba empobrecimiento —algo que afirma en 2012 el 89 %). En ese momento, como seis meses antes, la mayoría de los españoles (58 %) pensaba que los recortes del gasto público efectuados no habían tenido resultado tangible alguno, ni parecía que fueran a tenerlo en un futuro inmediato, y un masivo 84 % creía que deberían combinarse los recortes con inversiones en sectores productivos susceptibles de reactivar la economía.

La angustiosa situación de las pymes era percibida con nitidez por la ciudadanía y suponían ya un 80 % (frente al 66 % de seis meses antes) el porcentaje de españoles que decía que las pequeñas y medianas empresas seguían sin conseguir los créditos que necesitaban para funcionar. La creación, en esas circunstancias, de una banca pública, junto a la privada, era apoyada ya por los españoles en proporción de dos a uno (52 % frente a 27 %).

Por otro lado, la medida en que la situación económica podía afectar a la sanidad pública, la joya de la corona estatal para la ciudadanía, era motivo de generalizada preocupación. Un 95 % pensaba que antes de hacer recortes que pudieran afectar a su funcionamiento y calidad deberían controlarse mejor el fraude fiscal y los gastos superfluos. Y si bien siete de cada diez (68 %) se mostraban partidarios de una subida de los impuestos que gravaran el alcohol y el tabaco como forma de obtener recursos destinados exclusivamente al sistema sanitario, esa misma proporción se mostraba en cambio contraria a otras posibles formas de recabar recursos (como el establecimiento de algún sistema de copago, o la reducción de las prestaciones o la creación de un nuevo impuesto destinado exclusivamente a financiar la sanidad).

Un 72 % pensaba que en nuestro país la gente tendía, en general, a abusar de la sanidad pública. Al mismo tiempo, prácticamente todos los españoles (96 %) consideraban que, personalmente, hacían un uso razonable de la misma. La contradicción entre cómo se

percibe lo que hacemos individualmente “nosotros” y lo que hace, colectivamente, “la sociedad” (o “los demás”) es clásica en los estudios de opinión y plantea una asimismo clásica disyuntiva: ¿qué debe creerse más, lo que las personas entrevistadas dicen que es su comportamiento o el que perciben como característico del resto de la sociedad? Teniendo en cuenta que todos somos, a la vez “nosotros” (a nuestros ojos) y “ellos” (a ojos de los demás) solo caben dos interpretaciones a este tipo de respuestas que de forma tan frontal parecen contradecirse: a) lo que los entrevistados dicen que, individualmente, hacen es cierto pero perciben erróneamente lo que hace el conjunto de la sociedad; o bien, b) cada persona entrevistada tiende a dar, para su caso personal, la respuesta tenida por socialmente esperada (pero que no se corresponde necesariamente con su verdadera forma de actuar) y es al describir la conducta colectiva cuando, de forma indirecta y proyectiva, acaba revelando su modo real de proceder. En el caso del sistema salud parece más probable que el abuso percibido en los demás reflejara más verazmente la realidad que la generalizada autoindulgencia al juzgar el comportamiento propio.

El creciente desasosiego se transforma, en mayo de 2012, en un clamor. Según la oleada de ese mes del Barómetro de Clima Social de Metroscopia, el 89 % de los españoles creía que, tal y como estaban las cosas, PP y PSOE deberían dejar de lado, por un tiempo, sus diferencias partidistas y llegar a acuerdos para tratar, conjuntamente, de sacar el país adelante. No puede extrañar esa prácticamente unánime exigencia de pactos y acuerdos teniendo en cuenta que el 96 % de la ciudadanía consideraba que la situación económica era mala, que el 46 % pensaba que en los meses siguientes iba a empeorar aún más (solo un 15 % creía que iba a mejorar), que el 80 % tenía la impresión de que el paro iba a seguir igual de elevado que hasta ese momento o incluso más durante bastante tiempo todavía, y que casi dos de cada tres desaprobaban la actuación tanto del presidente del Gobierno (61 %) como del líder de la oposición (64 %). Ese descorazonador panorama explicaba con creces que el 61 % de los españoles dijera estar muy angustiado por la situación económica general y que esa angustia derivara en esa exigencia de una actuación concertada de, al menos, los dos principales partidos, para hacer frente mejor a lo que se percibía como una auténtica situación de emergencia nacional.

Por otro lado, se intensificaba la sensación entre la ciudadanía de que quien más culpa tenía por lo que estaba pasando eran las entidades financieras: su responsabilidad se situaba en un llamativo 9.2 (en una escala de 0 a 10, en que 0 equivale a ninguna responsabilidad y 10 a mucha responsabilidad), es decir, 3 décimas más del ya por sí

espectacular 8.9 que había alcanzado en septiembre de 2011. El Gobierno del PP presidido por Rajoy (en un 8.2) era percibido como algo menos responsable que el anterior (cuya culpa era situada en un 8.4) y la ciudadanía, al igual que ocho meses atrás, seguía atribuyéndose a sí misma una sustancial parte de responsabilidad en lo que está pasando (6.5). El descontento ciudadano con la forma en que Bancos y Cajas estaban actuando se traducían además en que el 66 % de los españoles pensaba que el Gobierno debía intervenir en su funcionamiento —para garantizar una concesión efectiva y suficiente de créditos a las empresas que contribuyera a la recuperación económica—, en que un 68 % creía que no se debía prestar dinero público a las entidades financieras y en que un 53 % se mostraba partidario de la creación de una Banca pública junto a la privada.

Cuando todavía no habían transcurrido seis meses desde las elecciones generales, la estimación de voto más probable para una hipotética nueva confrontación electoral que tuviera lugar en ese momento (mayo de 2012) solo podía servir para medir en qué medida la situación económica y política que atravesaba España en ese momento podía estar afectando al ánimo de los distintos electorados. En este sentido, los datos del Clima Social de ese mes eran claros: los votantes del PP seguían mostrando un amplio apoyo al Gobierno de Rajoy, de ahí que su estimación de voto apenas presentara mella alguna con respecto a la del anterior mes de abril. Al mismo tiempo, el resto de electores criticaban de forma masiva la gestión del Gobierno de Rajoy: de ahí su importante pérdida de imagen entre el conjunto de la ciudadanía.

Las críticas al Gobierno se seguían extendiendo: un 61 % —tres puntos más que en el anterior mes— desaprobaba la gestión de Rajoy al frente del Ejecutivo, un 73 %— tres puntos más— confiaba poco o nada en el Presidente, un 60 % —cuatro puntos más— pensaba que el Gobierno no estaba sabiendo hacer frente de forma adecuada a la crisis económica y un 59 % —siete puntos más que solo un mes antes— consideraba que el Gobierno iba improvisando sobre la marcha.

Pero este desgaste global de imagen se veía compensado por el apoyo de una amplia mayoría de sus votantes: un 73 % de los electores populares aprobaba la gestión de Rajoy como Presidente, un 61 % confiaba en él y un 67 % pensaba que el Gobierno estaba sabiendo hacer frente a la crisis y un 67 % consideraba que el Gobierno sabía lo que hacía, que no improvisaba. Frente a un 63 % de españoles que decían tener una negativa imagen de conjunto del Gobierno, un 72 % de los votantes del PP consideraba que el Ejecutivo transmitía una sensación global positiva.

Electoralmente, para que el PP se acercara a la línea roja que dividía la zona de seguridad y la zona de peligro debían darse dos situaciones: una, que perdiera apoyos entre su electorado, y dos, que el PSOE recuperara a sus antiguos votantes. En la oleada de mayo se daba en alguna medida la primera circunstancia pero apenas la segunda: desde el anterior mes de abril los populares habían visto reducida en nueve puntos su fidelidad de voto— hasta un 74 %—, es decir, seguían manteniendo el grueso de su electorado. El PSOE, por su parte, aunque aumentaba cinco puntos su fidelidad de voto— hasta un 60 %— continuaba situándose a mucha distancia de la que necesitaría para considerar a los socialistas verdadera alternativa de gobierno.

Rubalcaba, no lograba mejorar su imagen entre la ciudadanía —tampoco entre sus votantes—, que desaprobaba mayoritariamente su labor opositora (64 %, un 41% entre su electorado) y manifiesta poca o ninguna confianza en él (79% y 48%, respectivamente).

En aquellos momentos, el PP lograba, según la estimación de Metroscopia, el 37.2 % de los votos válidos —casi un punto menos que un mes antes y siete y medio menos que el resultado logrado en las elecciones del 20 de noviembre— y el PSOE, el 25.8 % —casi tres puntos más que en abril y casi tres puntos menos que el logrado en los comicios de 2011—. La distancia se habría reducido así de 15.9 puntos en 2011 a 11.4 puntos en mayo. Las otras dos formaciones de ámbito estatal seguían creciendo: el resultado estimado para IU era del 12.2 % de los votos y el 6.1 % para UPyD.

La crisis económica y las medidas aprobadas para hacerle frente parecían suficientes por sí mismas para pasar factura al Gobierno. Pero, sin duda, el desasosiego ciudadano era mucho mayor, porque el Ejecutivo no estaba sabiendo comunicar sus políticas: así lo pensaba la amplia mayoría de los españoles (75 %), pero también de los votantes del PP (62 %). Como en la oleada del mes de abril, la evaluación ciudadana de la gestión de prácticamente todos los ministros del Gobierno arrojaba un balance negativo. Coincidiendo con los datos del Barómetro del CIS (si bien —y por la coincidencia de los días en los que se llevó a cabo el trabajo de campo— los datos del CIS habría que compararlos con los del Clima Social de abril y no con los de este de mayo), el ministro con el peor balance de todos era el de Educación, Cultura y Deporte (-26 puntos).

Un mes después, en junio de 2012, la estimación electoral para el caso de unas hipotéticas elecciones generales apenas variaba: el PP seguía más de diez puntos por delante del

PSOE —aunque ambos con un peor resultado que el logrado en los comicios de 2011— e IU y UPyD seguían contando con un apoyo mayor que el logrado el 20N. La participación estimada rondaba solo el 65 % —la que hubiera supuesto la participación más baja de todas las elecciones generales celebradas en España desde la restauración de la democracia—. No obstante, esa aparente estabilidad electoral no reflejaba fielmente el convulso clima de opinión presente entre la ciudadanía. De hecho, los datos ponían de manifiesto el generalizado desgaste que sufrían nuestros representantes políticos: los del Gobierno y, también, los del principal partido de la oposición. Por un lado, la imagen de Rajoy seguía su lento pero continuo deterioro entre los ciudadanos: un 63 % —dos puntos más que en mayo— desaprobaba su gestión como presidente del Gobierno y a un 78 % —cinco puntos más— le inspiraba poca o ninguna confianza. También, y por primera vez desde que se habían celebrado las elecciones, todos los ministros del Gabinete obtenían un balance negativo en la evaluación ciudadana a su gestión— es decir, eran más quienes les desaprobaban que quienes les aprobaban: un descenso, en promedio de 15 puntos si se dejaban fuera de este cálculo los dos saldos más extremos: el de la vicepresidenta que era la que sufría un menor castigo (su balance empeoraba solo tres puntos), y el del ministro de Educación, Cultura y Deporte que aumentaba en 20 puntos su saldo negativo (de -26 pasa a menos 48). Es, por tanto, la imagen del Gobierno, en su conjunto, la que se veía dañada y la que parecía ir cuesta abajo (aunque la pendiente, en ese momento, no fuera muy inclinada): un 66 % —tres puntos más que en la oleada precedente— tenía una negativa impresión de conjunto del Ejecutivo; un 66 % —siete puntos más— creía que improvisaba sobre la marcha; un 64 % —cuatro puntos más— creía que no estaba sabiendo hacer frente de forma adecuada a la situación del país; y un 79 % —cuatro puntos más— consideraba que no estaba sabiendo comunicar adecuadamente a los ciudadanos las medidas que estaba adoptando.

Por otro lado, el desgaste de la imagen del Gobierno y del Presidente, seguía sin ir acompañado de una paralela mejor evaluación de la figura del principal líder de la oposición, más bien al contrario: la labor opositora que estaba realizando Rubalcaba era desaprobada por un 69 % de los ciudadanos —cinco puntos más que en mayo—, y un 85 % —seis puntos más— manifestaba poca o ninguna confianza en él.

Este mayor —y ascendente— descrédito de Rubalcaba era consecuencia de su imagen negativa entre la práctica totalidad de los votantes populares —algo que, en principio, se daba por descontado— pero, lo que era más importante, del cambio de imagen del líder



socialista entre sus propios votantes: si solo un mes antes la mayoría del electorado del PSOE aprobaba su gestión y mostraba confianza en él, en junio de 2012 uno de cada dos votantes socialistas —53 %— desaprobaba su labor opositora, y un 67 % de sus votantes decían tener poca o ninguna confianza en él. Rajoy, por el contrario y como iba siendo habitual desde que ganara las elecciones, seguía contando con la aprobación —73 %— y la confianza —58 %— de la amplia mayoría de los suyos.

La fidelidad de voto de los dos principales partidos era similar a la registrada el mes anterior: la del PP de un 72 % —que coincidía prácticamente con el porcentaje de votantes populares que aprobaban a Rajoy— y la del PSOE del 60 % —20 puntos más del porcentaje de votantes socialistas que aprobaban a su líder—. Se podría decir, en este sentido, que mientras que el electorado popular se mostraba fiel no solo a sus siglas sino también a su líder, entre los votantes socialistas parecía estar teniendo un mayor peso electoral las siglas que quien se encontraba en el puesto de mando.

El hecho de que los ciudadanos atribuyeran la responsabilidad de la situación económica que vivía España en esos momentos al último gobierno de Zapatero parecía estar siendo, a la vez, el mejor soporte para el PP (al impedirle un mayor desgaste en un momento en el que Rajoy estaba teniendo que tomar una serie de medidas poco amables y mal evaluadas por la ciudadanía y que en otras circunstancias le hubieran supuesto un mayor coste político) y la peor losa para el PSOE que le impedía capitalizar el deterioro del Ejecutivo. Y es que uno de cada dos españoles (49 %) consideraba más responsable de la situación que atravesaba España al anterior gobierno socialista frente a solo un 9 % que creía que el mayor culpable era el Gobierno de Rajoy. En otras palabras, eran cinco veces más los españoles que atribuían más responsabilidad al PSOE que al PP por la situación en la que se encontraba España. Un 34 % atribuía a ambos partidos la misma responsabilidad. Y mientras que los votantes del PP veían un único y exclusivo culpable (el anterior Gobierno de Zapatero: 91 %) entre el electorado socialista la idea predominante es que la responsabilidad era compartida: un 22 % se la atribuía en exclusiva al Gobierno de Zapatero, un 20 % solo al Ejecutivo de Rajoy y un 46 % a ambos por igual.

Nueve de cada diez españoles (93 %) decían en esos momentos sentirse angustiados por la situación económica del país y a ocho de cada diez (75 %) les angustiaba también la situación de su economía familiar. Y asimismo, ocho de cada diez (78 %) creían que el paro iba a seguir subiendo todavía durante bastante tiempo. Pero casi siete meses después de las elecciones generales, la culpa de toda esta situación seguía siendo atribuida al

último gobierno de Zapatero por cinco veces más españoles que quienes se la adjudicaban al gobierno de Rajoy (49 % frente a 9 %; un 34 % se la atribuía a ambos por igual).

Al Gobierno del PP (cuya creciente pérdida de popularidad resultaba atenuada por la todavía férrea fidelidad de su electorado) se le achacaba masivamente (73 %) no tener una posición clara y definida en el tema del posible rescate económico y de ir dando bandazos e improvisando sobre la marcha. Dos de cada tres españoles (64 %) se habían hecho a la idea de que era probable que el país terminara necesitando en un futuro más o menos inmediato ayuda del fondo de rescate europeo pero el 53 % no era partidario de que fuera el Gobierno español el que tomara, de forma inmediata, la iniciativa al respecto: era algo que se veía venir pero que no se deseaba. Y es que, para un 70 %, la intervención supondría algo negativo para el futuro de España. Además el 77 % rechazaba la idea de que España se hubiera convertido en el principal obstáculo para la recuperación económica de Europa: nuestra situación podía ser delicada pero en modo alguno hasta ese punto.

¿Qué cabría hacer para tratar de minimizar, en lo posible, el riesgo de esa indeseada intervención? Los españoles lo tenían claro: acuerdos y pactos que posibilitaran la unidad de acción entre todas las fuerzas políticas y sociales. Una abrumadora mayoría (89 %) apostaba por un acuerdo de gobierno PP-PSOE; e incluso un llamativo 64 % vería con buenos ojos un nuevo gobierno político-tecnocrático de concentración nacional, lo cual resulta indicativo de hasta qué punto la ciudadanía consideraba que el país se encontraba en una auténtica situación de emergencia. Si finalmente, pese a no ser deseada, se produjera la intervención de nuestra economía, la mayoría ciudadana (50 %/42 %) se inclinaba por la convocatoria de nuevas elecciones, sin duda por entender que ese hecho marcaría el inicio de un tiempo nuevo, discontinuo respecto del que se había abierto el 20N, y que requeriría explicaciones, debates y una nueva legitimación por las urnas de quienes aspirasen a pilotarlo. En todo caso, una sólida mayoría absoluta (70 %, con plena coincidencia entre los votantes del PP y del PSOE) consideraba que España debía mantener el euro como moneda. Y una mayoría igualmente sólida (74 %) —y a la vez creciente— creía que tratar de salir de la crisis fundamentalmente mediante el recorte de gastos y la reducción de la deuda pública solo conducía al progresivo empobrecimiento del país y a dificultar cada más las posibilidades de recuperación. Por otro lado, y de forma casi unánime (87 %), los españoles creían que el Gobierno debía combinar los recortes con inversiones en sectores productivos que reactiven la economía, pues —como señalaba el 64 %— limitarse exclusivamente a recortar el gasto público solo conducía a

empobrecer cada vez más al país y hacer más difícil la recuperación. Además, señalaba un 60 %, los recortes no eran probablemente ni el único ni el mejor remedio, pues no habían dado resultado alguno ni parecía que fueran a darlo.

Por eso, no parecía extraño que el paquete de medidas anticrisis propuesto por el Gobierno y aprobado por el Congreso el 19 de julio —con los únicos votos a favor del PP— pasara factura al Ejecutivo de Rajoy y al apoyo electoral de los populares. En la oleada de agosto del Barómetro de Clima Social se reducía a más de la mitad la distancia en estimación de voto entre PP y PSOE con respecto a la del mes de junio. El PP hubiera vuelto a ganar de haberse celebrado unas nuevas elecciones generales pero lo habría hecho, en esa ocasión, por mayoría simple: 30 % (siete puntos menos que lo estimado en la anterior oleada) frente al 24.7 % del PSOE (1.6 puntos más). IU aparecía con el 12.3 % de los votos y UPyD con el 9.9%.

El estrechamiento de la distancia entre populares y socialistas no era consecuencia de una recuperación del PSOE: los socialistas se veían beneficiados, por un lado, por el descenso de apoyo electoral que sufrían los populares y, por otro lado, por la fuerte caída de la participación que se produciría en el caso de unas hipotéticas nuevas elecciones. La fidelidad de voto del PP bajaba 16 puntos y se situaba —por primera desde octubre de 2006, casi seis años antes— por debajo de la de los socialistas: en ese momento, solo un 51 % (16 puntos menos que un mes antes) de quienes votaron al PP el 20N repetiría su voto en caso de elecciones. En el caso del PSOE, su porcentaje no era sustancialmente diferente al promedio de los meses anteriores: un 55 % (seis puntos más que en el anterior Barómetro de julio). El malestar con el Gobierno de una parte importante del electorado popular se manifestaba, así, en una huida no tanto hacia otras opciones partidistas como, sobre todo, hacia la abstención y también hacia el voto en blanco. De hecho, la participación estimada en el caso de que se celebrasen unas nuevas elecciones generales caía hasta un 59 % —casi 13 puntos inferior a la de los comicios de 2011— y los votos en blanco supondrían un 6.9 % del total de votos válidos (frente al 1.4 % del 20N). Es cierto que fuera de los períodos estrictamente preelectorales, como era el caso, la menor tensión electoral de la ciudadanía facilita este tipo de respuestas —la abstención o el voto en blanco— como expresión del enfado con el partido al que se votó. Pero, sin duda, era un claro indicativo de un estado de ánimo de los votantes que podía ser momentáneo y fugaz o, por el contrario, perdurar en el tiempo. Esto último es lo que le ocurrió al PSOE

de Zapatero después de aprobar su paquete de medidas anticrisis en mayo de 2010: la confianza de los ciudadanos y de sus propios votantes descendió en aquellos momentos de manera drástica y así se mantuvo hasta las elecciones de noviembre de 2011. Como entonces, en el momento de realizarse la oleada de agosto el partido en la oposición no lograba capitalizar, por lo menos de manera inmediata, la caída de imagen del Ejecutivo.

El deterioro de la imagen del Gobierno y del Presidente se agudizaba en esa oleada de agosto debido, principalmente, a que una parte importante del electorado popular empezaba a mostrarse crítico. En lo que respecta a la imagen del Presidente, por un lado, los votantes populares que decían confiar poco o nada en Rajoy superaban a quienes confiaban mucho o bastante (52 % frente a 47 %), algo que no ocurría desde un año antes (había que remontarse hasta la oleada de agosto de 2011, cuando era líder de la oposición). Por otro lado, aunque el saldo entre los votantes del PP que aprobaban y desaprobaban la gestión de Rajoy al frente del Ejecutivo seguía siendo positivo, se reducía en más de 30 puntos (pasa de +53 a +20). Con respecto al Gobierno, entre los votantes del PP, se veía reducido:

- En algo más de 50 puntos el balance entre quienes tenían una impresión positiva del Gobierno y quienes la tenían negativa: de +62 a primeros de julio a +10 en esta oleada de agosto.
- En algo más de 40 puntos el balance entre quienes pensaban que el Ejecutivo estaba sabiendo hacer frente de forma adecuada a la situación que atravesaba España y quienes creían que no lo estaba sabiendo hacer: de +45 a +2.

Y además, eran más los votantes populares que tenían la impresión de que el Gobierno iba improvisando sobre la marcha (53 %) que quienes pensaban que sabía lo que hacía (41 %).

Entre el conjunto de la ciudadanía, los porcentajes de desaprobación y desconfianza hacia Rajoy y de crítica hacia el Gobierno eran abrumadores. Y era mayoritario el porcentaje que desaprobaba la actuación de los 13 Ministros que componían el Gabinete del Presidente: al igual que en la oleada anterior —pero más acentuado— todos obtenían un saldo negativo en la evaluación ciudadana a su gestión. La mayor caída la sufría el ministro de Justicia, Gallardón, que pasaba de un saldo negativo de -10 (que le posicionaba como el ministro mejor —o menos mal— evaluado) a otro de -36, que le sitúa como el quinto peor evaluado. En ese descenso habían tenido que ver, sin duda, sus

declaraciones sobre la intención de que en la futura nueva Ley del aborto que pensaba tramitar, la malformación del feto no fuera una causa legal para poder abortar. Una modificación que era rechazada por todos: por la abrumadora mayoría del conjunto de ciudadanos (81 %); por dos de cada tres votantes del PP (65 %) e incluso por dos de cada tres católicos practicantes (64 %).

Por su parte, la crítica al Gobierno y al Presidente no se traducían en una mejora de la imagen del principal partido y líder de la oposición. Rubalcaba concitaba mayores porcentajes de desaprobación a su gestión y de falta de confianza que Rajoy. Y no solo entre el conjunto de la ciudadanía, sino también entre sus propios votantes. La labor opositora de Rubalcaba era desaprobada por un 76 % de los españoles (con un saldo aprueba-desaprueba de -57 puntos) y un 52 % de su electorado (-10). Además, inspiraba poca o ninguna confianza al 86 % del conjunto de los españoles y al 65 % de los votantes socialistas.

En cierta medida, la situación que arrojaban los datos del sondeo de agosto de 2012 se asemejaba mucho a la que se había producido en junio de 2010 tras la aprobación en el Congreso de las medidas anticrisis del Gobierno socialista presidido por Zapatero. Por un lado, un 64 % de los españoles pensaba en agosto que el Gobierno de Rajoy había perdido por completo la capacidad de dar solución a la situación del país. Dos años antes pensaba lo mismo del, aquel entonces, Gobierno socialista, un 69 %. Por otro lado, un 76 % creía (en agosto de 2012) que aunque el Gobierno lo estuviera haciendo mal, no significaba que un Gobierno del PSOE lo fuera a hacer mejor. Lo mismo pensaba en 2010 —con los actores intercambiados— un 73 % de los ciudadanos. Y tanto en 2012 (66 %) como dos años antes (77 %) la mayoría de los ciudadanos seguía pensando que lo que España necesita era que otros políticos se situaran al frente de los principales partidos políticos.

Una clara mayoría absoluta de los españoles pensaba que el presidente del Gobierno, Rajoy, daba la impresión de estar desbordado por la situación económica: un 78 % creía que no tenía controlada la situación, un 70 % que no transmitía sensación de calma o tranquilidad, un 65 % que no estaba sabiendo estar a la altura de las circunstancias, un 64 % que ya no sabía qué más hacer para luchar contra la crisis y un 59 % que no había sabido negociar bien con Europa la ayuda a España. Y cabe destacar que entre el tercio y la mitad de los propios votantes populares coincidía con esta evaluación crítica. La tradicional imagen del PP como partido especialmente competente en la gestión económica estaba así sufriendo un claro desgaste: apenas dos años antes eran claramente

más los españoles que creían que el PP estaba más capacitado que el PSOE para gestionar la economía y luchar contra la crisis (44 % frente a 25 %). En agosto de 2012, la idea mayoritaria (la expresaba un 47 %) es que ninguno de los dos partidos tenía una especial cualificación en este asunto.

En este sentido, dos de cada tres españoles (y algo más los votantes socialistas que los populares) consideraban probable que nuestra economía fuera finalmente intervenida por la Unión Europea. Pero esta posibilidad no entrañaba, al mismo tiempo, una mella en la confianza en el euro o en la Unión Europea: para dos de cada tres (68 %), el euro no iba a desaparecer y España debía seguirteniéndolo como moneda. Y, asimismo, dos de cada tres (66 %) no creían que la crisis económica pusiera realmente en peligro la existencia misma de la Unión Europea.

De forma masiva (84 %) la ciudadanía opinaba que la crisis había sido causada por los actos y decisiones de personas y entidades concretas y que no se debía a factores aleatorios e incontrolables de los que nadie tuviera culpa. Es decir, que existían culpables que no deberían quedar impunes. Pero, al mismo tiempo, un 90 % consideraba que hasta ese momento no se habían hecho los esfuerzos precisos para localizar y sancionar a los posibles responsables y un 80 % creía incluso que no se les acabaría identificando y castigando nunca: un grave factor adicional de desmoralización para una ciudadanía que tendía cada vez en mayor medida a percibir que el peso de la crisis estaba recayendo en quienes poco o nada tenían que ver con su generación.

La crisis parecía poner de manifiesto no solo la falta de capacidad de liderazgo de la clase política, sino también la forma en qué estaba organizado el Estado. El buen crédito que el sistema autonómico se había ganado entre la ciudadanía tras casi tres decenios de un funcionamiento que, hasta ese momento y en conjunto, solía ser evaluado de forma inequívocamente positiva, había pasado a ser fuertemente puesto en cuestión. Un 81 % (88 % entre los votantes populares y 82 % entre los socialistas) creía que la petición de ayuda financiera del Estado que, según habían anunciado, iban a hacer algunas Comunidades Autónomas (Cataluña, Murcia y Valencia) era una señal de que estas habían ido demasiado lejos y que era preciso reorganizar su funcionamiento y sus competencias.

La aparente tranquilidad o, al menos, la ausencia de sobresaltos económicos durante el mes de agosto no frenó el desgaste de la imagen del Presidente y de su Gabinete entre el

conjunto de la ciudadanía. Según la oleada de septiembre del Clima Social, el saldo negativo entre quienes aprobaban y desaprobaban la gestión de Rajoy al frente del Gobierno aumentó en ocho puntos con respecto a finales de julio: de -44 puntos a -52. Y lo mismo ocurrió con su capacidad de generar confianza a los españoles: el saldo entre quienes confiaban mucho o bastante en él y quienes desconfiaban poco o nada pasó de -61 a -69 puntos. Por otro lado, se mantenía la misma proporción de ciudadanos que un mes antes (tres de cada cuatro: 74 %) tenía una negativa impresión de conjunto del Gobierno de Rajoy y, asimismo, la evaluación ciudadana de la gestión de cada uno de los Ministros volvía a registrar un saldo negativo. Tras esta mala imagen de conjunto subyacía, sin duda, la sensación de improvisación que seguía transmitiendo mayoritariamente el Gobierno (70 %) y la impresión, compartida por un 71 % de ciudadanos, de que el Ejecutivo no estaba sabiendo hacer frente de forma adecuada a la situación, precisamente en unos momentos en que la abrumadora mayoría de los ciudadanos (93 %) se sentía angustiada por la situación económica del país (y un 76 % por la suya familiar).

La euforia que había caracterizado al electorado popular en los meses previos y en los posteriores a las elecciones generales de 2011 había disminuido de forma apreciable. Desde que el Gobierno propusiera —y el Congreso aprobara, con solo los votos del PP— el paquete de medidas anticrisis, el electorado popular manifestaba a su respecto sentimientos ambivalentes. Por un lado, una mayoría muy ajustada tenía una impresión positiva del Gobierno en su conjunto (52 %) y aprobaba la gestión que hasta ese momento había ido desarrollando Rajoy al frente del Ejecutivo (54 %). Pero, por otro lado, eran claramente más los votantes populares que decían confiar poco o nada en Rajoy que quienes confiaban mucho o bastante: 59 % frente a 40 %, un saldo negativo que había aumentado significativamente a lo largo del último mes (de -5 puntos pasó a -19). Al mismo tiempo, los votantes del PP se dividían entre quienes creían que el Gobierno sabía lo que hacía y quienes pensaban que iba improvisando sobre la marcha (44 % frente a 48 %), y no diferían mucho los porcentajes de quienes consideraban que el Ejecutivo estaba sabiendo hacer frente de forma adecuada a la situación y de quienes opinaban lo contrario (49 % frente a 41 %). Un reflejo evidente de este estado de ánimo de los votantes populares era que solo uno de cada dos (52 %) afirmaba que volvería a votar al PP en el caso de que se celebrasen de manera inmediata unas elecciones generales. Hay que tener en cuenta, en todo caso, que el sondeo se llevó a cabo coincidiendo con la visita de la

presidenta alemana, Angela Merkel, a nuestro país y del anuncio por el presidente del Banco Central Europeo (BCE), Mario Draghi, de un plan para la compra ilimitada de bonos de España, siempre que el Gobierno decidiera pedir un rescate. El efecto que cualquiera de estos acontecimientos hubiera podido tener en la opinión pública no habría quedado plasmado, por tanto, en los resultados de la oleada de septiembre del Clima Social.

El parón veraniego tampoco sentó bien a la oposición. El saldo, entre el conjunto de la ciudadanía, entre quienes aprobaban y desaprobaban la labor opositora ejercida por Rubalcaba seguía siendo ampliamente negativo (y peor que el de Rajoy): -58 puntos. Y lo mismo ocurría con la capacidad del líder socialista para transmitir confianza: a un 89 % le inspiraba poca o ninguna y solo a un 10 % mucha o bastante (un saldo de -79 puntos, superior en seis al de un mes antes). Pero, sin duda, lo peor para el secretario general del PSOE eran los pésimos resultados que en cuanto a aprobación y confianza obtenía entre sus propios votantes: su saldo aprueba/desaprueba pasaba, en solo un mes, de -10 a -23; y el de mucha+bastante/poca+ninguna confianza, de -30 a -54. En otras palabras: seis de cada diez votantes socialistas (57 %) desaprobaba la forma en que Rubalcaba estaba desarrollando la oposición y a tres de cada cuatro (76 %) les inspiraba poca o ninguna confianza. La fidelidad de voto del PSOE, que a finales de julio lograba situarse por encima de la de los populares, caía siete puntos y se situaba otra vez por debajo de la del PP, quedando en el 47 %.

Así las cosas, en la estimación electoral para en el hipotético caso de la celebración inmediata de unas elecciones generales, el PP seguía aventajando al PSOE, en esa ocasión, por 6.8 puntos: 30.9 % frente a 24.1 %. Una diferencia que era algo superior a la registrada en el sondeo de finales de julio (fue de 5.3 puntos) pero muy alejada de la que se produjo en los comicios de 2011 (15.9 puntos). El descenso de populares y socialistas lo volvía a capitalizar en las encuestas IU (el de los socialistas) y UPyD (el de los populares, principalmente), y estas dos formaciones obtenían unos porcentajes estimados muy superiores a los logrados el 20N: un 12.4% en el caso de la coalición rojiverde y un 9.8% en el caso de UPyD.

En octubre de 2012, un 68 % de españoles consideraba que los recortes que había llevado a cabo el Gobierno no habían dado ningún resultado ni parecía que fueran a darlo en un futuro cercano. Ese porcentaje era diez puntos superior al registrado en el mes de abril de ese año (58 %) y superaba ya al del sondeo llevado a cabo en noviembre de 2011 pocos



días antes de las elecciones generales de ese año. Se trata de una opinión que expresa incluso la mitad de los votantes del PP. El mínimo margen de confianza que sobre el carácter terapéutico de los recortes podía haber existido seis meses antes (cuando la diferencia en los porcentajes de quienes confiaban en esta medida y quienes no era de 17 puntos —y no de 39, como en octubre—) se había desvanecido por completo. Al mismo tiempo, un masivo 83 % consideraba que el Gobierno debía combinar los recortes con inversiones en sectores productivos para reactivar la economía. Y resultaba especialmente destacable que, en esos momentos, en plena crisis, fueran más los españoles que decían preferir una subida de impuestos que permitiera mantener las prestaciones del Estado, a un recorte de estas que pudiera evitar un incremento de la presión impositiva (47 % frente a 31 %, y —significativamente— 43 % frente a 38 % entre los propios votantes del PP). En todo caso, la profundidad del malestar ciudadano ante el modo en que se estaban repartiendo los costes de la situación quedaba llamativamente reflejada en el hecho de que un 91 % creía que la crisis la estaban pagando todos menos los bancos y los más ricos. Esa sensación de agravio comparativo, prácticamente unánime, probablemente representaba un factor añadido de desánimo y aun de irritación para una ciudadanía que de forma ampliamente mayoritaria (66 %) decía sentirse angustiada por el estado de cosas existente. Y, al mismo tiempo, ayuda a entender los elevados porcentajes de españoles que consideraban probable que, de no empezar a mejorar la situación, se hicieran cada vez más frecuentes las manifestaciones masivas (lo decía un 91 %), aumentara la inseguridad ciudadana (84 %), tuvieran lugar protestas violentas (79 %) e incluso que se produjeran asaltos a comercios (64 %) y boicoteos a bancos (61 %). Esa premonición ciudadana sobre las consecuencias que la prolongación de la crisis podía llegar a suponer no conllevaba una paralela justificación o condonación de estas: un 68 % creía que, fueran cuales fueran las circunstancias, la ley debía cumplirse siempre, sin excepciones (con todo, un apreciable 29 % consideraba que, en ocasiones especiales, debía obrarse en conciencia, aunque eso supusiera infringir la ley).

El 27 de septiembre, Mariano Rajoy, en una conferencia pronunciada en la Americas Society/Council of the Americas de Nueva York y coincidiendo con las manifestaciones en torno al Congreso de Diputados<sup>223</sup>, alabó a “la mayoría de españoles que no se

---

<sup>223</sup> El colectivo “Plataforma ¡En Piel!” propuso una acción consistente en rodear el Congreso de los Diputados el 25 de septiembre en protesta por, según declaraban, “el secuestro al que estaba sometido la democracia y la soberanía; en contra de las instituciones; y en contra de las imposiciones y los recortes”. La manifestación fue autorizada por la Delegación del Gobierno en Madrid y convocó, según esta

manifiesta”, apoderándose así de esa “mayoría silenciosa” que no acudió a las manifestaciones y dando a entender que las críticas hacia su Gobierno y a sus medidas eran minoritarias. La opinión pública pensaba otra cosa: un 50 % de los españoles compartía tanto los argumentos de la convocatoria del denominado 25S como la forma de expresarlos mediante manifestaciones y un 27 % compartía el fondo pero no las formas. En otras palabras, tres de cada cuatro ciudadanos compartía los argumentos por los que se habían manifestado miles de personas alrededor del Congreso, frente a solo un 17 % que decía no compartirlos. Incluso seis de cada diez (61 %) votantes del PP decía compartir esos argumentos.

El desinfe electoral de los dos grandes partidos de ámbito nacional, PP y PSOE, era vertiginoso cuando apenas habían transcurrido un año desde la celebración de las elecciones generales de 2011. Los populares habían perdido en ese tiempo casi 13 puntos: según la estimación de Metroscopia correspondiente al Clima Social de noviembre de 2012 el PP hubiera obtenido en ese momento, en el caso de unas hipotéticas nuevas elecciones, un 31.8 % de los votos (frente al 44.6 % logrado en las elecciones del año anterior). En esa estimación, el PSOE, por su parte, perdía casi 6 puntos (22.9 % frente al 28.7 % de 2011). En esos momentos, solo un 49 % de quienes habían votado al PP un año antes y un 45 % de quienes lo habían hecho por el PSOE decían que repetirían su voto en las siguientes elecciones generales. En otras palabras, la mitad de ambos electorados no se encontraba cómodo con el partido al que había votado hacía tan solo un año. Los datos del Clima Social de ese mes arrojaban, con todo, una diferencia en la evolución de ambos partidos: mientras que el PP —y el Gobierno en general— mejoraba con respecto a la oleada del mes de octubre, el PSOE y su líder seguían condenados al ostracismo. La razón se encontraba en sus respectivos electorados: entre los votantes del PP aumentaban las evaluaciones positivas de la gestión del Gobierno y del Presidente y entre los votantes del PSOE aumentaban las opiniones críticas hacia la labor opositora desarrollada por su partido y su secretario general.

La amplia mayoría de los ciudadanos seguía desaprobando tanto la gestión del Gobierno, en general, como la del Presidente Rajoy y los miembros de su Gabinete, en particular. Con respecto al Ejecutivo, un 76 % de los españoles tiene una negativa impresión de conjunto; un 71 % piensa que no está sabiendo hacer frente a la crisis de manera adecuada

---

institución, a 6.000 personas. Se produjeron varios altercados entre los manifestantes y la policía: hubo un total de 34 detenidos y 64 heridos (entre manifestantes y policías).

y un 70 % que va improvisando sobre la marcha. Entre los votantes populares, por el contrario, predominaban —y en mayor medida que un mes antes— quienes, por el contrario, tenían una opinión positiva del Gobierno (53 %), quienes pensaban que se estaba enfrentando a la crisis de la forma idónea (51 %) y quienes creían que tenía un plan claro (48 %).

En lo que respecta a Rajoy, un 70 % de los españoles desaprobaba su gestión como Presidente del Gobierno (la aprobaba, sin embargo, el 60 % de sus votantes, siete puntos más que en octubre) y un 84 % decía tener poca o ninguna confianza en él. La falta de capacidad para transmitir confianza era el talón de Aquiles del Presidente, ya que incluso una amplia mayoría entre sus votantes —59 %— decía confiar poco o nada en él.

El porcentaje de voto estimado para UPyD en esa oleada (8.5 %) era casi el doble del que obtuvo realmente en las elecciones de 2011 (4.7 %), pero inferior al estimado un mes antes. Después de los comicios de 2011, la formación magenta había pasado a constituirse, cada vez más, como el refugio de los votantes populares que no se encontraban cómodos con la gestión gubernamental. De ahí que aumentaran sus expectativas electorales cada vez que se extendían las críticas hacia el Ejecutivo entre el electorado del PP y, a la inversa, se contraían cuando aumentaba la sintonía entre el Gobierno y sus votantes, como era el caso en esa oleada. PP y UPyD estaban así constituyendo un sistema de vasos comunicantes de centro derecha similar al que tradicionalmente habían formado el PSOE e IU en el centro izquierda. La coalición rojiverde se beneficiaba del letargo que empezaba a caracterizar al PSOE —cuyo líder continuaba sin convencer ni a una abrumadora mayoría de los españoles ni a una amplia masa de sus votantes— y aumentaba tres décimas con respecto al mes anterior su porcentaje de voto estimado: se situaba en un 12.9 % (seis puntos más que el que logró en las elecciones de 2011).

En la oleada de diciembre de 2012 del Clima Social, un 87 % de los españoles calificaba negativamente la situación política de nuestro país, el porcentaje más elevado de, al menos, las dos décadas anteriores. Una mala situación de la que responsabilizaban en mucha mayor medida a los líderes políticos en aquellos momentos que a la forma en que está organizada nuestra democracia. Pero la impericia de los primeros parecía estar acabando por desteñir, cada vez más, en la confianza en la segunda: así, desde 2010, la repuesta que había ido haciéndose gradualmente más frecuente —pasando de un 13 % al

25 % de esa oleada— era la que señala como culpables a ambos: líderes y sistema. Cuando la percepción mayoritaria es que son los líderes los que fallan, la solución pasa por sustituirlos, pero puede ocurrir lo mismo con el sistema cuando la mala praxis de los políticos empieza a contagiarle: en aquellos momentos la legitimidad social de las instituciones parecía estar siendo amenazada. Y, sobre todo, en aquellos momentos cuando un 98 % de los ciudadanos calificaba como mala o muy mala la situación económica de España, el porcentaje, también, más elevado de los 20 años anteriores. Una doble e inquietante señal de alarma. En ese sentido, los síntomas eran muy parecidos a los acaecidos en otros períodos anteriores de crisis económica en los que las demandas que los ciudadanos dirigen al sistema político no son correspondidas por este por estar excesivamente “sobrecargado” dando lugar a lo que se denominó una “crisis de gobernabilidad” (Vallespín, 2000)<sup>224</sup>.

En todo caso, la mala imagen de los políticos no era nueva, pero se iba deteriorando aún más según avanzaba —sin dar señales de que fuera a remitir— la crisis económica. En esta última oleada del 2012 del Clima Social, y en lo que respectaba al Gobierno, seguían siendo masivamente mayoritarios los porcentajes de ciudadanos que se mostraban críticos con su gestión: un 75 % tenía una impresión de conjunto negativa del Ejecutivo; un 73 % creía que no estaba sabiendo hacer frente de forma adecuada a la situación económica; y un 68 % consideraba que iba improvisando sobre la marcha sin tener un plan claro. La gestión del Presidente del Gobierno había alcanzado un porcentaje de desaprobación muy elevado (71 %, es decir, 20 puntos más que en marzo de ese año) y un 85 % —el porcentaje más alto de ese 2012— decía tener poca o ninguna confianza en él (algo, por cierto, que declaraba también un 60 % de sus propios votantes). Por otro lado, la evaluación ciudadana de la gestión de los distintos Ministros solo producía saldos negativos —es decir, en todos los casos eran más los españoles que les desaprobaban que quienes les aprobaban— y, por lo general, más intensos que solo un mes antes. La evaluación que más se deteriora desde primeros de noviembre era la del ministro de Justicia que con un balance negativo de -43 puntos pasaba a ocupar el penúltimo puesto del ranking (superando solo al ministro de Educación, Cultura y Deporte). Incluso entre los votantes del PP —entre quienes, hasta ese momento, había gozado de una imagen mayoritariamente positiva— la opinión sobre Gallardón se presentaba dividida: un 46 % aprobaba su gestión frente a un 42 % que la desaprobaba. El abrumador rechazo a la Ley

---

<sup>224</sup> Esta misma idea fue sostenida en los años 70 por Crozier, Huntington y Watanuki (1975) y en los 80 por Bobbio, Pontara y Vecca (1985).

de Tasas judiciales, aprobada a propuesta de su Ministerio poco antes de llevarse a cabo el sondeo, parecía ser, sin duda, el principal motivo de ese abrupto deterioro de su aprecio popular. A fin de cuentas, un 81 % de los españoles (entre ellos, un 69 % de los propios votantes populares) opinaba que no tenía justificación alguna establecer una tasa para poder acudir a la justicia.

El problema de la falta de liderazgo político, que desde hacía ya tiempo percibía la sociedad española, se agravaba por un hecho peculiar: la imagen pública del en principio llamado a ser el reemplazo natural del actual Presidente del Gobierno, esto es, del líder del principal partido de la oposición no solo era peor que la de Rajoy, sino que iba declinando mes a mes: en esos momentos, un 84 % de los españoles (un 73 % entre sus votantes) desaprobaba la labor opositora de Rubalcaba y un 92 % (81 % entre sus votantes) decía tener poca o ninguna confianza en él.

Así las cosas, la estimación del resultado electoral para el supuesto de que se celebrasen en esos momentos unas nuevas elecciones generales era un nuevo descenso de los dos grandes partidos —PP y PSOE— y un nuevo ascenso de IU y UPyD. Los populares habrían obtenido un 31.3 % de los votos, cinco décimas menos que en noviembre y 13.3 puntos menos que el porcentaje logrado en los comicios de 2011. Los socialistas, por su parte, seguían rebajando su suelo electoral: hubieran obtenido, según la estimación, un 22.7 %, dos décimas menos que un mes antes y seis puntos menos que su resultado en 2011. En cambio, la coalición rojiverde hubiera logrado un 13.3 %, 6.4 puntos más que un año antes (y su mejor resultado estimado en las 12 oleadas del Barómetro de Clima Social llevadas a cabo a lo largo de 2012); y la formación magenta, presidida por Rosa Díez, hubiera obtenido un 10.2 %, cinco puntos y medio más que el 20N de 2011 (y, junto al de la oleada de octubre, su mejor porcentaje estimado de todo el año 2012). Un dato muy importante que revelaba el estado de ánimo electoral de la ciudadanía: la participación estimada se situaba en el entorno del 60 %, la más baja, de llegar a confirmarse, de todas las elecciones generales celebradas hasta la fecha desde la restauración de la democracia.

La fidelidad de voto de populares y socialistas estaba, en esos momentos, bajo mínimos: el PP mantenía movilizado solo a la mitad de su electorado (48 %), mientras que el PSOE a solo cuatro de cada 10 de sus votantes (39 %). Existía una diferencia significativa entre los votantes desmovilizados de uno y otro partido: entre los desmovilizados populares predominaban quienes decían que optarían por la abstención en el caso de unas nuevas

elecciones generales (20 % frente al 11 % que afirmaban lo mismo entre los desmovilizados de los socialistas); entre los desmovilizados del PSOE predominaban en cambio los indecisos, esto es, quienes no sabían si se abstendrían o acudirían a votar y, en este último caso, por qué partido hacerlo (24 % frente al 13 % en el caso del PP).

Si algún consuelo podía tener Rajoy era que en ese año inesperadamente electoral en el que se habían celebrado cuatro comicios que debían haberse llevado a cabo inicialmente más adelante —los del Principado de Asturias, Galicia, País Vasco y, más recientemente, Cataluña— el PP había logrado un buen resultado en aquellas Comunidades en las que más se jugaba: en Galicia, con la renovada mayoría absoluta de Feijoo (a pesar de lograrla con menos votos absolutos que en 2009) y en Cataluña —tierra en la que los populares están acostumbrados a llevarse más disgustos que alegrías—, consiguiendo un diputado más que en las anteriores elecciones autonómicas (creciendo, además, en número de votos), pero, sobre todo, gracias a que Artur Mas no había logrado la amplia mayoría absoluta a la que aspiraba.

## 2. 2013: EL AÑO DEL ALEJAMIENTO DEL ELECTORADO DEL PP

El nuevo año comenzaba como había terminado el anterior en lo que respectaba al clima de opinión política, con una abrumadora mayoría de ciudadanos —89 %, el porcentaje más elevado de las últimas décadas— que calificaba negativamente la situación política de nuestro país. El Gobierno seguía acumulando críticas mayoritarias de ciudadanos que consideraban que el Ejecutivo no estaba sabiendo hacer frente de forma adecuada a la situación económica (74 %) y de que iba improvisando sobre la marcha según venían las cosas (68 %). No debe por tanto resultar extraño que tres de cada cuatro españoles (76 %) afirmaran tener una imagen negativa del Gobierno. El balance entre quienes aprobaban la labor del Presidente Rajoy y quienes la desaprobaban era de -53 puntos, el peor desde que el líder popular había llegado a la Moncloa, y a un 84 % le seguía inspirando poca o ninguna confianza (incluyendo a un 54 % de sus propios votantes).

Así, en el caso de que unas nuevas elecciones generales —en las que la participación estimada se situaba entre el 60 % y el 62 %, es decir, entre 10 y 12 puntos inferior a la de 2011— el PP hubiera obtenido según la estimación de Metroscopia el 29.8 % de los votos: casi 15 puntos menos que los que logró en los comicios precedentes (y un punto y medio inferior a la estimación del diciembre anterior). Se había producido un evidente desapego

de los electores del PP: en esos momentos, solo un 45 % de quienes le votaron en 2011 volvería a hacerlo en el caso de unas nuevas elecciones. Era el porcentaje de fidelidad más bajo que los populares habían registrado en, al menos, los 10 años anteriores. Esta aparente desmovilización del electorado popular no era capitalizada por el PSOE ya que solo un 2 % de los votantes populares afirmaba que daría su voto a este partido: en números absolutos esto equivaldría a unos 200.000 votantes, una cifra baja si se tiene en cuenta que, tras los comicios de 2011, los análisis postelectorales indicaban que al menos 1.200.000 antiguos votantes socialistas habían optado por Rajoy. En todo caso, la estimación del resultado electoral del PSOE en unas hipotéticas nuevas elecciones generales era algo mejor que la de la anterior oleada de diciembre: 23.3 %, resultado, eso sí, todavía lejos del conseguido en 2011. La fidelidad de su electorado era similar a la de los populares (42 %) y su líder, Rubalcaba, seguía sin mejorar su evaluación (ni entre el conjunto de los ciudadanos ni entre sus votantes).

Eran, de nuevo, los otros dos partidos de ámbito nacional, IU y UPyD, los que se seguían beneficiando del desinfe de populares y socialistas. Por un lado, la coalición rojiverde contaba con la mayor fidelidad de voto de los cuatro partidos (61 %) y lograba atraer a un 11 % de votantes del ya mermado caladero socialista. La estimación le otorgaba un 15.6 % de los votos, 8.7 puntos más que lo que logró en los comicios de 2011. La labor opositora de su líder, Cayo Lara, lograba un saldo positivo entre los votantes de esta formación: +33 puntos (entre el conjunto de la ciudadanía, por el contrario, obtenía un saldo negativo de -40 puntos). Por otro lado, UPyD —con una fidelidad del 55 %— lograba atraer en ese momento a un 7 % de anteriores votantes populares y obtenía en la estimación un 10.1 % de los votos (frente al 4.7 % logrado en 2011). De los cuatro líderes, Rosa Díez era la que contaba con una mejor evaluación entre el propio electorado, con un balance a su gestión opositora de +43 puntos. Entre el conjunto de la ciudadanía este balance se volvía negativo (-28 puntos), si bien era el menos malo de todos.

### **A) La corrupción política entra en escena: Los “papeles” de Bárcenas**

El 31 de enero de 2013 el diario EL PAÍS<sup>225</sup> publicaba los —denominados desde entonces— “papeles” de Bárcenas: los documentos con las cuentas manuscritas de los tesoreros del PP entre 1990 y 2008 que parecían poner al descubierto una supuesta contabilidad oculta del PP durante esos años. Días antes, el 18 de enero, el diario EL MUNDO había publicado que Luis Bárcenas, el antiguo tesorero del PP en la época de José María Aznar como presidente del Gobierno y del partido, presuntamente había pagado sobresueldos en dinero negro por importes que irían de los 5.000 a los 15.000 euros mensuales a altos cargos de su partido, algo que hasta día de hoy no se ha demostrado.

La noticia publicada por El País sobre los papeles secretos de Bárcenas corrió como un reguero de pólvora entre la sociedad española: a media tarde de ese mismo día (jueves 31 de enero) según datos de Metroscopia, estaban ya al tanto de la noticia siete de cada diez españoles (70 %). La inmediata y masiva atención a esta información se presentó de la mano de un profundo y amplio enojo: la primera reacción del 80 % de los españoles (y lo que es más significativo, del 59 % de los votantes del PP) fue pedir la inmediata dimisión de sus cargos de los dirigentes que aparecían como posibles beneficiarios de pagos irregulares. Se trataba, sin duda, de una respuesta “en caliente” —y por tanto más emocional que racional, y quizá precipitada—, pero que expresaba claramente la ya nula paciencia y tolerancia ciudadana ante la cascada de noticias referidas a conductas improcedentes en nuestra vida pública. De forma asimismo masiva (70 %) los españoles pedían al PP la convocatoria inmediata de un congreso extraordinario de renovación, que permitiera el relevo de sus dirigentes y el inicio de una nueva etapa, discontinua de la anterior. Entre los votantes del PP los partidarios de este congreso extraordinario superaban en 18 puntos a los opuestos (54 % frente a 36 %). La petición de elecciones generales, como posible salida a la situación creada, obtenía un apoyo que aun siendo mayoritario, era claramente más reducido (54 %) pero en todo caso llamativo teniendo en cuenta que poco más de un año antes los españoles habían otorgado al PP su mejor resultado histórico con una amplia mayoría absoluta. En todo caso, los votantes populares y socialistas mantenían posturas diametralmente opuestas en cuanto a la petición de nuevas elecciones (entre los primeros siete de cada diez se oponían, entre los segundos

---

<sup>225</sup> La portada de EL PAÍS del jueves 31 de enero de 2013 publicó, en exclusiva, estos documentos. ([http://politica.elpais.com/politica/2014/01/31/album/1391168032\\_956062.html#1391168032\\_956062\\_1391169607](http://politica.elpais.com/politica/2014/01/31/album/1391168032_956062.html#1391168032_956062_1391169607)).



esa misma proporción se mostraba a favor). El fracaso del equipo dirigente del Partido Popular a la hora de conectar con la sociedad quedaba evidenciado por el hecho de que el 76 % de los españoles (y lo que sin duda es más relevante, el 58 % de los propios votantes del PP) no consideraban ni creíbles ni convincentes las explicaciones dadas por los dirigentes populares.

La sensación, en aquel momento, de que existía un grado sustancial de corrupción en la vida pública era masiva entre la ciudadanía de la Unión Europea: la expresaba, en promedio, el 74 % de todos los europeos, según el Eurobarómetro de febrero de 2013<sup>226</sup> dedicado monográficamente a este tema. Una sensación no era ni mucho menos homogénea en toda la Unión: la expresaba, por ejemplo, el 98 % de los griegos, pero solo el 19 % de los daneses. Los españoles aparecían en el grupo de cabeza, con un 88 %. No era de extrañar: casos que se tornaban inacabables (como el ERE andaluz, o el Gürtel, o los que afectaban a CiU), o de reciente aparecidos en aquellos momentos (como el caso Bárcenas), no contribuían precisamente a sosegar el ánimo ciudadano. Con todo, la idea más extendida en nuestro país en aquellos momentos era que el grado de corrupción existente en España no era necesariamente mayor que el de la generalidad de los países de la UE: si se propiciaba esa impresión era porque en España se tardaba más que en otros lugares en investigarla y castigarla<sup>227</sup>. Pero así y todo, el diagnóstico global de situación era altamente alarmante: según el Clima Social de febrero de Metroscopia, en proporción de dos a uno (60 % frente a 32 %) predominaban los españoles que creían que la gran mayoría de los políticos y de quienes ocupan cargos públicos no actuaban de forma honrada. Esta demoledora descalificación de nuestra clase dirigente era algo más amplia entre los votantes del PSOE (60 % frente a 36 %) que entre los votantes del PP (52 % frente a 39 %). Además, ocho de cada diez españoles creían que ni PP ni PSOE ni CiU (por citar tan solo a los tres partidos que más atención mediática merecían en aquellos momentos por casos de supuesta corrupción) estaban sabiendo hacer frente de forma adecuada y creíble a las acusaciones de corrupción contra algunos de sus miembros o exdirigentes. Y lo que quizá era más relevante: esta era la opinión que expresaban respecto de su propio partido dos de cada tres votantes de los mismos. Los españoles esperaban poco de los dos principales partidos en la lucha contra la corrupción: apenas

---

<sup>226</sup> Puede consultarse en [http://ec.europa.eu/dgs/home-affairs/what-we-do/policies/organized-crime-and-human-trafficking/corruption/anti-corruption-report/docs/2014\\_acr\\_spain\\_chapter\\_es.pdf](http://ec.europa.eu/dgs/home-affairs/what-we-do/policies/organized-crime-and-human-trafficking/corruption/anti-corruption-report/docs/2014_acr_spain_chapter_es.pdf)

<sup>227</sup> Sobre la corrupción en España pueden consultarse, entre otros, VILLORIA MENDIETA, M. (2016): La corrupción en España, S.A. Atelier Libros, Madrid.

percibían diferencias entre la forma en que PP y PSOE actúan contra ella cuando les ha correspondido estar en el gobierno. Y apenas la mitad de los propios votantes tanto del PP como del PSOE (42 % y 47 %, respectivamente) creían que su partido luchaba de forma más firme y eficaz contra la corrupción que su antagonista cuando le tocaba gobernar.

Por otro lado, para siete de cada diez españoles (69 %) este nivel de corrupción que percibían en nuestra vida pública se debía fundamentalmente a una profunda crisis en nuestros valores morales y cívicos: la generalizada entronización del enriquecimiento como meta suprema, sin que importara demasiado la forma de lograrlo. El resultado de este estado de cosas se aparecía como catastrófico: el 96 % de los españoles (lo que prácticamente equivalía a la unanimidad) indicaba que esa sensación de que existe una corrupción tan extendida como impune está desmoralizando a la inmensa mayoría ciudadana, que era honrada, y que soportaba como podía las consecuencias de una crisis que no había provocado. Y, además, un abrumador 90 % creía que si no se remediaba de forma urgente y eficaz esta situación, la credibilidad de España en el mundo, como país, se iba a ver seriamente dañada, con las consiguientes y previsibles nocivas consecuencias sobre posibles inversiones en la economía nacional.

¿Remedios posibles? De forma prácticamente unánime (y sin diferencias por tanto en función de la edad o de la ideología política), los españoles proponían dos, de factibilidad probablemente desigual: por un lado, el 97 % reclamaba una Ley de Transparencia que obligara a todos los partidos a dar cuenta, clara y detallada, de sus ingresos y gastos y que responsabilizara de su gestión a toda la ejecutiva de los mismos, y no solo a personas o cargos concretos y mudables. Por otro lado, el 88 % expresaba el deseo de que existiera una unidad especial de inspectores de Hacienda dedicada en exclusiva a quienes ocupan cargos públicos.

### **B) Las encuestas detectan un primer síntoma del proceso de colapso del sistema**

En los años anteriores a este 2013, y en paralelo con el desarrollo de la crisis, la opinión pública española había venido expresando, sondeo tras sondeo, el déficit de liderazgo político que afectaba a España justo en el momento en el que más necesario era. Si los líderes fallan, se cambian. Pero cuando los ciudadanos no pueden cambiarlos porque no hay elecciones generales o, peor aún, porque no vislumbran un recambio cualificado, es el sistema en su conjunto el que se ve afectado. Esto es lo que parecía estar ocurriendo en

aquellos momentos. La estimación de participación en el caso de que se convocaran unas elecciones generales en ese mes de febrero de 2013 arrojaba el porcentaje más preocupantemente bajo de la democracia: apenas un 53 %, casi 20 puntos menos que quienes habían acudido a votar hacía poco más de un año (71.7 %). Es decir, apenas uno de cada dos electores tenía claro que acudiría a votar. El bipartidismo imperfecto que había caracterizado el Parlamento español se veía afectado también: la suma de los porcentajes de los dos partidos que habían gobernado España en las tres décadas anteriores —PSOE y PP— no alcanzaría, según la estimación de resultado electoral, ni la mitad de los votos válidos emitidos: un 23.9 % el PP y un 23.5 % el PSOE: esto significaba 20.7 y 5.2 puntos menos, respectivamente, que lo logrado por cada partido en las elecciones del 20 de noviembre de 2011. De este descalabro de los dos principales partidos, sobre todo del PP, se beneficiaban los otros dos partidos de ámbito nacional: IU podría llegar a duplicar y UPyD a triplicar su resultado porcentual de 2011: 15.3 % y 13.6 %, respectivamente.

Lo que las encuestas arrojaban ya en aquel momento —pero sin llegar a materializarse por la ausencia de una convocatoria de elecciones generales— era un anticipo de lo que acabaría ocurriendo en las elecciones que se celebrarían casi tres años después, aunque con otros actores. El cuatripartidismo emanado de las urnas en las elecciones del 20 de diciembre de 2015, con cuatro partidos superando el 10 % de los votos pero ninguno de ellos alcanzando el 30 %, ya estaba presente, de manera incipiente y con otros actores, en las encuestas a comienzos de 2013. El sistema de partidos español estaba en proceso de colapsar.

En aquella ocasión, la intención directa de voto —lo que los ciudadanos responden de forma inmediata y espontánea cuando se les pregunta por su comportamiento electoral más probable en unas inmediatas elecciones— reflejaba mejor que cualquier otro dato la crisis sistémica que arrojaba el sondeo. La comparación de los porcentajes de intención directa de voto con los resultados sobre el Censo electoral de 2011 permitían las siguientes comprobaciones: un aumento de la abstención de casi 20 puntos (de 28.3 % en 2011 al 47 % en febrero de 2013); una caída de casi 20 puntos en el porcentaje del PP (de 31.6 % al 12 % entre ambas fechas); una caída cercana a los 8 puntos en el ya exiguo porcentaje logrado por el PSOE en aquellas elecciones (de 20.3 % a 12.4 %) y un aumento de 5 puntos en el voto en blanco (de 1 % a 6.1 %). Por el contrario, IU, que había obtenido un 4.9 % de los votos sobre Censo, lograba en el sondeo un 7.8 %; y UPyD pasaba de 3.3 % a 6.9 %.

El electorado español parecía estar experimentando un doble proceso: uno de “expulsión” hacia la abstención, que afectaba a una parte importante del electorado que había votado en las elecciones generales de 2011 (sobre todo de votantes del PP y del PSOE), y otro de “reordenación” de los votantes, en el que IU y UPyD eran los mayores beneficiados porque, aunque también perdían parte de los electores que les habían apoyado el 20N, quedaban compensados (con creces) con los que recibían, siempre según el sondeo, de socialistas y populares. En esos momentos, solo un 42 % de los votantes populares manifestaba su intención de volver a votar al PP (una fidelidad de voto exigua teniendo en cuenta los antecedentes del PP en este indicador). Un 9 % de los votantes populares decía que en caso de nuevas elecciones votaría a UPyD y un 12 % que lo haría a otros partidos o en blanco. Entre los votantes socialistas, la fidelidad de voto no era muy superior (45 %) mientras que un 9 % manifestaba su intención de votar a IU y un 12 % a otros partidos o en blanco.

La crisis no era solo partidista sino también de liderazgo. La desaprobación ciudadana era mayoritaria en el caso de los líderes de estas cuatro formaciones políticas. No obstante, el de IU, Cayo Lara, y la de UPyD, Rosa Díez, eran quienes mejor librados salían: su desaprobación estaba menos extendida entre el conjunto de la ciudadanía, y entre sus propios votantes, eran mayoría quienes aprueban su labor opositora. Algo que no ocurría ni en el caso de Rajoy, ni en el de Rubalcaba.

Así las cosas, el debate del estado de la nación que se celebró entre el 20 y el 21 de febrero de ese año —un debate que según el Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS) fue claramente ganado por el presidente del Gobierno— parecía dar cierto respiro al PP que mejoraba, según el Clima Social de Marzo de Metroscopia, su porcentaje de voto estimado para el caso de unas nuevas elecciones generales aunque muy por debajo del logrado en los comicios de 2011. De hecho, el multipartidismo seguía, un mes más, presente: al PP se le estimaba un porcentaje del 24.3 %, al PSOE un 23.1 %, a IU un 15.4 % y a UPyD un 10 %.

Los malos resultados que auguraban las encuestas para el PP y el PSOE en el caso de que unas nuevas elecciones tuvieran lugar de manera inmediata pusieron sobre la mesa el debate de si el fin del bipartidismo estaba cerca. Hay que tener en cuenta que, hasta ese momento, en promedio, la distribución de los porcentajes de votos válidos obtenidos por cada partido que había caracterizado las elecciones generales celebradas en España en el

último periodo democrático había sido de 75/25: 75 % de los votos repartidos entre PP y PSOE y 25 % entre el resto de partidos con representación parlamentaria. En aquellos momentos, sin embargo, la tendencia que apuntaban los barómetros de Clima Social de Metroscopia era que el sistema se podía estar encaminando hacia un tipo de reparto de los votos muy distinto: 50/50. O para ser más precisos, hacia una distribución en tres grupos 50/30/20: el 50 % correspondía a la suma de votos que podrían lograr PP y PSOE; el 30% a la suma de votos que podrían conseguir IU y UPyD; y el 20 % restante a los que podrían sumar, en conjunto, los partidos nacionalistas y regionalistas. Esto era lo que cabía deducir de los resultados arrojados por la oleada de abril del Barómetro de Clima Social. La estimación de resultado electoral de ese mes otorgaba al PP un 24.5 % de los votos —el peor porcentaje logrado hasta ese momento por este partido desde que, en 1989, compareció por primera vez con estas siglas en unas legislativas— y al PSOE un 23 % —también su peor resultado histórico—. Tanto IU como UPyD seguían viéndose beneficiados electoralmente del fuerte descenso de los dos principales partidos y estaban en disposición de llegar a casi duplicar —en el caso de la coalición rojiverde— o triplicar —UPyD— su resultado de 2011, de forma que, entre los dos, podrían hacerse, según la estimación, con casi un tercio del total de votos válidos emitidos. La estimación hipotética de resultados partía, en todo caso, de un supuesto de una participación históricamente sin precedentes en elecciones generales: en torno al 53 %.

La caída de los dos grandes partidos se explicaba por el desapego que a su respecto manifestaban en esos momentos sus propios votantes. Entre los del PP, el 52 % creía que el Gobierno improvisaba sobre la marcha, la mayoría (59 %) no confiaba en el Presidente Rajoy, eran casi tantos los que aprobaban su gestión como los que la desaprueban (49 % frente a 45 %) y los que tenían una impresión negativa como positiva del Gobierno (49 % frente a 42 %). Y un 15 % de quienes habían votado al PP en los comicios generales de 2011 decía que en ningún caso repetiría su voto en la siguiente convocatoria electoral: el mayor porcentaje de rechazo de su propio electorado que nunca antes había sufrido el PP (en términos absolutos ese 15 % equivalía, aproximadamente, a 1.6 millones de votos). Por otro lado, la imagen del PSOE entre su electorado era incluso peor que la del PP entre el suyo y apenas registraba variaciones respecto de oleadas anteriores: un 75 % de los votantes socialistas desaprobara la labor opositora de Rubalcaba, un 84 % no confiaba en él y la fidelidad de voto al partido era solo de un 34 %.

Esta insatisfacción con el propio partido que arrojaban los sondeos provocaba, en ambos casos, más tendencia a la apatía y al desentendimiento político que tentación de cambiar

el voto hacia otras formaciones. Es cierto que un 7 % de votantes populares manifestaba su intención de votar a UPyD (unos 700.000 en números absolutos) y que un 15 % de votantes del PSOE decía que iba a engrosar las filas de IU (lo que suponía detraer un millón de votos de las ya exiguas reservas socialistas); pero en ambos grupos de votantes predominaban quienes optaban por la abstención y quienes aparecían instalados en la duda sobre qué hacer en el caso de que hubiera elecciones. En el caso del PSOE, esta era una situación que venía arrastrando mes tras mes desde el descalabro electoral sufrido el 20N de 2011. El PP, por su parte, había ido experimentando desde su victoria en aquella fecha un lento pero continuo desgaste en el que cabía detectar tres claros puntos de inflexión: el primero, en abril de 2012, cuando se cumplían los 100 primeros días del Gobierno de Rajoy; el segundo, en verano de ese mismo año, cuando el Congreso (con los únicos votos de los diputados populares) aprobó el paquete de medidas anticrisis propuesto por el Gobierno; y el tercero, en febrero de 2013 cuando ya se detectó este doble proceso de expulsión (hacia la abstención) y de reordenación (trasvases entre los diferentes electorados) que estaba experimentando el electorado español. Esa situación del PP guarda probablemente relación con el hecho de que la negativa percepción ciudadana de la situación económica española no solo no se había atenuado desde el 20N, sino que incluso había alcanzado registros históricos (que permanecían estables: un 95 % seguía calificándola como muy mala o mala). Además, en los dieciséis meses transcurridos desde los comicios de 2011, tampoco habían mejorado otros indicadores del ánimo ciudadano, como por ejemplo la percepción sobre la situación de la economía familiar, la impresión sobre el momento que el paro dejará de crecer o la posibilidad de encontrar trabajo que manifiestan quienes están en paro. El colapso se empieza a producir porque hay continuidad sin recambio. La continuidad que representa el PP hace aguas a mitad de la legislatura y el PSOE ya había dejado de ser considerado recambio desde mediados de 2010 (condición que no logró recuperar). A pesar de su aparente ascenso (al menos demoscópico) ni IU ni UPyD llegan a cumplir la función de recambio dentro del sistema

En el mes de mayo de ese año, el clima político español atraviesa su peor momento en décadas. Hasta ese momento, la principal consecuencia de la desafección ciudadana hacia la política que había caracterizado a la sociedad en los años de crisis económica había consistido en el realineamiento o reordenación de los diferentes electorados —sobre todo el popular y el socialista— hacia otras opciones políticas. La era del bipartidismo

imperfecto que definía el sistema español parecía estar evolucionando hacia un sistema cuatripartidista con un peso relativo menor en el caso de los dos grandes partidos —PP y PSOE— y mayor en el caso de IU, UPyD y los partidos nacionalistas. Pero, según la oleada del Clima Social de Metroscopia de mayo de 2013, la desafección parecía estar desembocando en un rechazo a cualquier opción partidista y en un desenganche del proceso electoral. La estimación de participación en el caso de que se celebraran en ese momento, de manera inmediata, unas elecciones generales no superaba el 50 %. Y entre quienes manifestaban su intención de votar, el voto en blanco se situaba —si ello fuera posible— como tercera fuerza política. La suma de los porcentajes de voto válido obtenidos por los cuatro partidos de ámbito nacional —PP, PSOE, IU y UPyD— se situaba en un 72.4 %, cuando la media de las nueve elecciones generales anteriores era de un 75.1 %, considerando únicamente la suma de votos de PP y PSOE. La fidelidad de voto del PP y del PSOE seguía bajo mínimos (25 % y 40 %, respectivamente). Un 10 % de anteriores votantes socialistas y un 6 % de los populares preferían el voto en blanco. Y un 22 % y un 24 %, respectivamente optaban por la abstención.

Pero esos datos, junto con otros del sondeo, expresaban más el estado de ánimo político de los ciudadanos en ese concreto momento que alineamientos electorales cristalizados susceptibles de ser tenidos por síntomas fiables de comportamientos electorales futuros. En otras palabras, de encontrarse en período preelectoral, esto es, si las elecciones generales hubieran sido realmente convocadas, es probable que los datos directos de intención de voto —y, por tanto, los porcentajes de estimación electoral— hubieran sido diferentes a los que se registraban en el sondeo. En unas elecciones reales la participación electoral hubiera sido con toda probabilidad más elevada —aunque, también probablemente, inferior a la que se había producido en 2011— y el porcentaje que decía en esos momentos que votaría en blanco hubiera sido sustancialmente menor (aunque superior al de las elecciones generales anteriores). Eso hubiera conllevado, por un lado, que los porcentajes de voto estimados para cada partido probablemente hubieran sido superiores a los estimados en el sondeo —realizado fuera de período electoral—. Por otro lado, la redistribución de los votos que arrojaba el sondeo hubiera sido probablemente diferente en caso de unas elecciones reales: cuesta creer que entre el electorado socialista solo 1.5 millones hubieran repetido su voto en unas nuevas elecciones generales. Pero lo que sin duda expresaban estos resultados era un claro alejamiento de los electores de las formaciones políticas existentes en ese momento en el panorama político español, sobre todo, de los dos principales partidos. Solo dos años después de las elecciones de 2011,

una amplia mayoría de votantes del PP y del PSOE se sentían electoralmente huérfanos. Si en las elecciones de 2011 el PP se había beneficiado de un sustancial aporte de electores que en 2008 habían apoyado al PSOE, ahora los socialistas no tenían la capacidad de atraer a los votantes desencantados con los populares. El PSOE durante la IX Legislatura —y sobre todo, a partir de 2010— había dejado de ser la alternativa gubernamental para una sustancial masa de electores. Y seguía sin serlo a estas alturas de 2013 cuando el electorado deja de visualizar al PP como la opción de continuidad. Sin continuidad y sin alternativa el electorado español —una gran parte— se encontraba electoralmente hipotenso y alejado de cualquier opción partidista. La abstención, afectada siempre en los sondeos preelectorales por el efecto de deseabilidad social<sup>228</sup>— deja de ser una respuesta vergonzante para mencionarse como una actitud política activa; una opción política frente al enfado ciudadano con los partidos políticos del momento y su forma de entender y desarrollar la política.

La estimación de resultado electoral que se ofrecía en esa oleada del Clima Social debía, así, ser considerada como un síntoma preocupante del estado de la situación política. Un síntoma porque todavía no tenía por qué suponer una situación irreversible; y preocupante porque reflejaba el cada vez mayor hartazgo de la ciudadanía española con la política. Un sentimiento que afectaba de lleno al Gobierno. Sin haber transcurrido año y medio desde que habían jurado sus cargos, los ministros que componían el gobierno de Rajoy presentaban en esos momentos un duro desgaste de imagen entre el conjunto de la ciudadanía: el saldo entre los ciudadanos que aprobaban y los que desaprobaban la labor de cada ministro no solo seguía siendo negativo en todos los casos —como ya ocurría en oleadas anteriores del Barómetro de Clima Social de Metroscopia—, sino que, además, era el peor dato obtenido por cada uno en los 17 meses que llevaban al frente de sus carteras (la única excepción era la del ministro de Justicia que en marzo de ese año había obtenido un saldo peor). De hecho, los ciudadanos se manifestaban sustancialmente más críticos con el Gabinete ministerial de Rajoy que como lo habían hecho con el último de Zapatero (precisamente cuando este se encontraba en su peor momento de su última legislatura). También, y en comparación con el último año, esa oleada arrojaba los

---

<sup>228</sup> La Deseabilidad Social (DS) es la tendencia psicológica a autoatribuirse cualidades de personalidad socialmente deseables y rechazar aquellas indeseables. En los sondeos preelectorales el porcentaje de electores que manifiestan su intención de abstenerse en una convocatoria electoral es habitualmente mucho más bajo del que finalmente se acaba dando por el hecho de que, en nuestra sociedad, la abstención sigue percibiéndose como comportamiento socialmente reprochable. Crowne y Marlowe (1960) definen la DS como conductas culturalmente aprobadas o sancionadas pero con baja probabilidad de que acaben ocurriendo.



porcentajes más elevados de ciudadanos que tenían una impresión<sup>229</sup> negativa del Gobierno en su conjunto (80 %), que tenían la sensación de que el Gobierno estaba improvisando sobre la marcha (74 %), de desconfianza hacia el presidente Rajoy (87 %) y de desaprobación de su labor al frente del país (77 %).

El sondeo también dejaba claro que, frente a la crisis económica y política, los españoles estaban de acuerdo con quienes opinaban que lo que se necesitaba era un gran pacto nacional del estilo de los Pactos de la Moncloa que en 1977 suscribieron el gobierno, los partidos de la oposición y las organizaciones empresariales y sindicales.

En la estimación electoral —en el hipotético caso de una inmediata celebración de elecciones generales— de la oleada de julio de 2013 del Clima Social de Metroscopia, el PP perdía un punto y medio con respecto al mes anterior —de 24.5 % de los votos válidos pasaba al 23.0 %— reduciéndose la distancia que le separaba del PSOE a tan solo 1.4 puntos. El resultado estimado en el caso de los socialistas se mantenía prácticamente idéntico al del mes anterior, e IU y UPyD retrocedían apenas unas décimas. La participación estimada se mantenía en el entorno del 50 % (52 % en esa oleada, un punto menos que en junio) y crecía ligeramente el voto en blanco. La caída del apoyo electoral de los populares estimado en esa oleada y el deterioro de la imagen del Gobierno se debían, probablemente, a que los ciudadanos estaban dando más peso en sus evaluaciones a los casos de corrupción en el entorno del PP que estaban siendo investigados en aquellos momentos —en especial, el “caso Bárcenas”— que a la relativa mejora de los datos de empleo que se habían hecho públicos pocos días antes. Hay que tener en cuenta que la mayoría tanto de los ciudadanos (92 %) como de los votantes populares (89 %) pensaban que el PP tenía responsabilidad en dicho asunto por no haber vigilado adecuadamente a su tesorero. Pero aún más: un 82 % de los españoles y un 63 % de los electores del PP consideraban que el partido era responsable porque sabía lo que pasaba y, a pesar de todo, lo toleró. Es decir, para los ciudadanos, la responsabilidad del PP no era solo por falta de vigilancia sino también por inacción tras advertir lo que pasaba. Con esas opiniones mayoritarias no debe extrañar que ni la forma de actuar ni las explicaciones de los dirigentes populares en este tema terminaran de convencer ni siquiera a sus propios votantes. De algún modo, con sus ambigüedades y silencios, Rajoy había propiciado una sensación ambigua equiparable al de quien no dice todo u oculta algo. Se explica así que

---

<sup>229</sup> Puede consultarse el artículo “¿Pacto sin líderes?” publicado en EL PAÍS el 11 de mayo de 2013. ([http://politica.elpais.com/politica/2013/05/11/actualidad/1368291094\\_483351.html](http://politica.elpais.com/politica/2013/05/11/actualidad/1368291094_483351.html)).

en proporción de 4 a 1 fueran más los españoles que decían creer antes lo que afirmaba Bárcenas que en lo, siempre de forma elíptica e indirecta, negaba Rajoy. Con su silencio sobre el caso Bárcenas, Rajoy deba a entender a la ciudadanía que algo tenía que ocultar: eran más (56 %) los españoles que daban más credibilidad a las declaraciones del extesorero del PP ante el juez Ruz —en las que afirmaba que durante años había pagado sobresueldos a la cúpula del PP y que el partido se había financiado de manera irregular— que al propio presidente del Gobierno y al resto de dirigentes del PP (14 %) —que negaban todo lo declarado por Bárcenas—. Uno de cada cuatro ciudadanos (25 %) creía que ni unos ni otros dicen toda la verdad. Las dudas que había sembrado la ausencia de explicaciones públicas del Presidente se extendían también entre su propio electorado: un 37 % tendía a creer más a Rajoy y a la dirección del PP, pero la mayoría recelaba de ellos y o bien daba mayor credibilidad a Bárcenas (27 %) o bien pensaba que ni unos ni el otro decían la verdad (30 %). Cuando finalmente el Presidente se ofreció a dar su versión de los hechos en el Congreso de los Diputados, el 1 de agosto de 2013, la abrumadora mayoría de los ciudadanos pensaba que su comparecencia no era voluntaria —como creía solo un 7 % de los españoles y un 16 % de los votantes del PP— sino que estaba forzada por la presión de los partidos de la oposición —así lo pensaba un 90 % de los ciudadanos y un 79 % de los propios votantes populares—.

Algo similar ocurría con el PSOE y el caso de los ERE en Andalucía, aunque con algunos matices. La amplia mayoría, tanto de ciudadanos (77 %) como de votantes socialistas (78 %) no veía creíbles ni convincentes las explicaciones sobre este asunto dadas por los dirigentes del partido. No obstante, entre los ciudadanos existía una cierta mayor sensación de que en el caso de los ERE —en comparación con el caso Bárcenas— la concreta responsabilidad del partido era menor, en cambio, era mayor la de quienes se habían aprovechado económicamente del asunto. Esto es, mientras que en el caso que afectaba a los socialistas, un 55 % de españoles pensaba que los principales responsables eran unas cuantas personas que se habían lucrado engañando a su partido, en el caso Bárcenas solo un 26 % creía que el principal responsable era solo el extesorero. Por otro lado, y a diferencia de lo que ocurría con el caso Bárcenas, el de los socialistas es un asunto que afectaba a los dirigentes de una región concreta —y no a la dirección nacional del partido— y a un Gobierno diferente al actual.

Así, cuando faltaba menos de un año y medio para las siguientes elecciones generales de finales de 2015 la agenda política y mediática estaba protagonizada por la corrupción

política. La mayoría de españoles (59 %) no creía, en todo caso, que hubiera en esos concretos momentos más casos de corrupción que en otros, sino que se luchaba cada vez más y mejor contra la corrupción y por eso salían a la luz más casos. No obstante, las opiniones se dividían entre quienes, por un lado, consideraban no solo que en España había mucha gente corrupta, sino también que casi toda nuestra sociedad, de una forma u otra, participaba y se aprovechaba de ella (51 %); y, por otro, entre quienes creían que realmente eran pocas las personas corruptas, pero manejaban tal cantidad de dinero que causaban un gran perjuicio y crean una mala imagen general (49%). El deterioro del clientelismo del que habla Morgan en su teoría del colapso de los partidos parecía hacer acto de presencia en el caso español y hacía que se desplomaran los apoyos electorales de los dos grandes partidos quienes, por otro lado, eran los que se estaban viendo afectados por mayor cantidad de casos de corrupción. Un desplome que daba lugar a un escenario político inédito en nuestro país caracterizado por un índice de participación electoral anómalo en la historia democrática española y un cuatripartidismo competitivo tampoco antes conocido<sup>230</sup>.

De hecho, en el Clima Social de septiembre de 2013 y por primera vez desde las elecciones de 2011, el PSOE se situaba por delante del PP en intención directa de voto: 12.1 % frente a 11.1 % (porcentajes que, en todo caso, seguían poniendo de manifiesto el alejamiento del electorado español de los dos grandes partidos). Un práctico empate que reflejaba dos tendencias diferentes: la de los populares en claro declive y la de los socialistas en alza moderada. No podía hablarse de una recuperación del PSOE —en general, la imagen del partido seguía estando bajo mínimos—, pero lograba capitalizar el profundo desgaste del PP —algo que no conseguía desde hacía años— a pesar de no haberse producido ninguna actividad política especialmente relevante en el ámbito nacional. El adelantamiento del PSOE al PP se producía más por demérito de los populares que por los logros o capacidades de los socialistas, algo que, en todo caso, encajaba con la conocida máxima de que las elecciones no las gana la oposición, sino que las pierde el Gobierno. Y en este descrédito del PP jugaba un papel principal el caso Bárcenas —y la gestión del mismo por los dirigentes populares, que estaba dilapidando los apoyos electorales con los que contaba—: en esa oleada de septiembre el PP contaba con una fidelidad de voto de tan solo un 38 %. Los acontecimientos en torno al asunto del

---

<sup>230</sup> El análisis de José Juan Toharia y José Pablo Ferrándiz “El vuelco depende de la participación” publicado en EL PAÍS el 27 de julio de 2013 describe este panorama inédito. ([http://politica.elpais.com/politica/2013/07/27/actualidad/1374938585\\_706163.html](http://politica.elpais.com/politica/2013/07/27/actualidad/1374938585_706163.html))

extesorero habían apuntalado (e incluso acrecentado) las críticas dentro de su propio electorado —ya percibidas en anteriores oleadas del Clima Social—: dos de cada tres votantes del PP (64 %) pensaban que los dirigentes populares no estaban colaborando de forma adecuada con la Justicia en este caso y una proporción mayor —tres de cada cuatro (73 %)— creía que la intención del Gobierno y del partido —manifestada públicamente por Rajoy— de no hablar más del tema y darlo por cerrado era una decisión desacertada. Así, el intento del Presidente de desviar la atención de este caso para hablar de otras cuestiones —según él, más importantes para los españoles— no concitaba el acuerdo ni de sus propios votantes. En parte, probablemente, porque el tema que Rajoy pretendía que centrara la agenda política —la economía— seguía sin satisfacer a la opinión pública. Apenas había variado con respecto a meses anteriores la percepción de los españoles sobre el contexto económico: la práctica totalidad (94 %) seguía pensando que la situación de la economía española era mala; un 76 % consideraba que esta situación no iba a mejorar en los meses venideros y un 70 % creía que el paro no iba a descender, por lo menos, a medio plazo. El único dato que cabía interpretar en clave esperanzada era que el 67 % de los ciudadanos creía que la situación económica ya había tocado fondo. Un optimismo en todo caso moderado porque la clara mayoría (59 %) consideraba que la recuperación iba a ser lenta. De hecho, la mayoría de los españoles (52 %) pensaba que en los meses siguientes no se iba a producir ningún cambio en la economía de nuestro país y que esta iba a seguir igual que hasta ese momento. Y las familias españolas seguían, también, sin apreciar en su economía ningún atisbo de mejora: el porcentaje de hogares que calificaba positivamente la economía familiar seguía instalado —como desde hacía más de tres años— por debajo del 50 %.

En todo caso, a partir de esta oleada de septiembre de 2013, Metroscopia varió la forma en que estaba llevando a cabo las estimaciones pasando de la descripción a la interpretación. Reproduzco la nota metodológica publicada en EL PAÍS que explica este cambio en la metodología:

“Una cosa es lo que, políticamente, los españoles piensan y dicen ahora y otra lo que resulta más probable que, ante una cita electoral real y no solo imaginaria, acaben finalmente haciendo. Sabemos bien lo que ahora piensan y dicen, pues ha quedado recogido, mes a mes, en el Barómetro de Clima Social Metroscopia/El País, y cabe resumirlo como una profunda decepción con nuestra vida política y, sobre todo, con los dos principales partidos sobre los que esta pivota.

Lo que ante una cita electoral real la ciudadanía pueda acabar realmente haciendo es ya más difícil de determinar con razonable fiabilidad. El Barómetro de Clima Social ha optado en estos meses pasados por limitarse a describir el estado de ánimo ciudadano recurriendo al artificio de expresarlo en forma de los hipotéticos alineamientos electorales a que daría lugar un determinado nivel de movilización electoral y, por tanto, de participación (en torno al 52%, en las últimas oleadas). Por supuesto, y como se explicitaba claramente en cada ocasión, tales estimaciones de voto no solo debían ser entendidas simplemente como lo que eran (es decir, como un intento de “traducción” en terminología electoral del clima de opinión predominante), sino que, además, estaban en relación directa con el concreto porcentaje de participación estimado. Una variación del mismo las invalidaría en gran medida, pues de cara al resultado electoral previsible no es, obviamente, lo mismo que vote el 52%, o el 65% o el 72% del electorado. Los dos partidos que ahora cuentan con un mayor número de votantes desmovilizados (pero, probablemente y al menos en parte, todavía movilizables) son el PP y, en alguna menor medida, el PSOE: cualquier mejora en la muy baja movilización electoral de la ciudadanía que ahora reflejan los sondeos no puede sino redundar fundamentalmente en beneficio de estas dos formaciones.

El curso político que ahora comienza desembocará, en mayo de 2014, en unas elecciones europeas ya convocadas. Esto, por sí solo, abre un tiempo político nuevo en el que adquiere ya pleno sentido el intento de utilizar las intenciones de voto declaradas por los ciudadanos no solo para describir su estado del ánimo general, sino también y sobre todo para tratar de interpretar lo que este podría significar para la activación y cristalización efectiva de opciones y alineamientos electorales. Se trata, sencillamente, de pasar ahora de la descripción de lo que hay a la estimación de lo que puede acabar habiendo. Y eso es lo en esta nueva etapa se propone hacer este Barómetro de Clima Social”.

Así, en la oleada de septiembre de 2013, ya con la nueva metodología, la estimación de resultado electoral más probable en el caso de unas nuevas elecciones generales daban al PSOE una ventaja sobre el PP de cuatro décimas: 30.5 % frente a 30.1 %. La participación electoral estimada era inferior en casi 10 puntos a la de las elecciones de 2011 (62 % frente al 71.7 %).

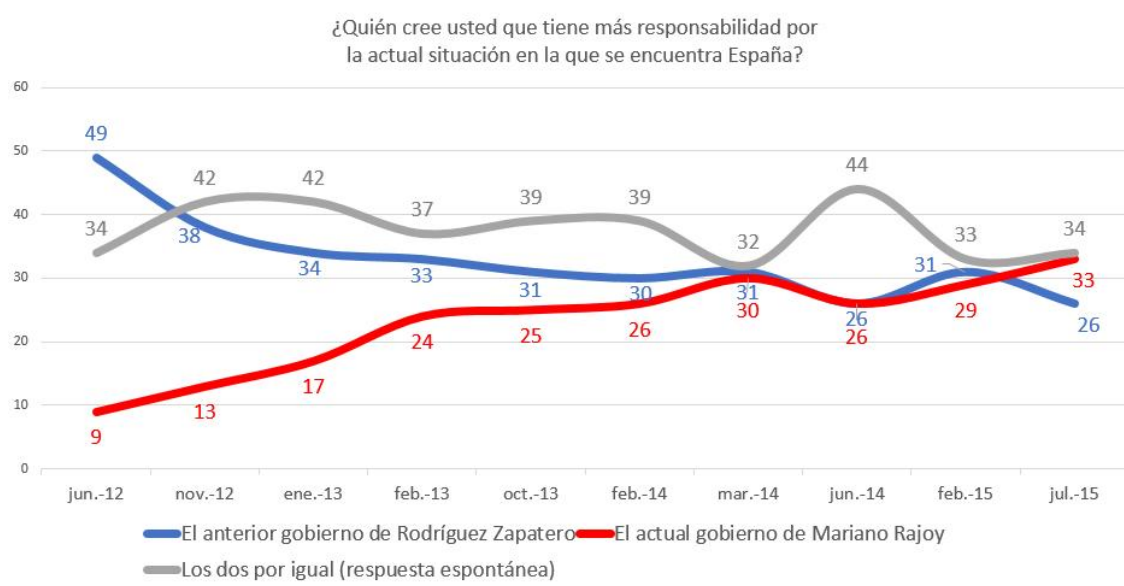
Pero tan solo un mes después, el PP volvía a situarse en todos los indicadores (la intención directa de voto y la estimación de resultado electoral) por delante del PSOE. En el caso de la estimación los porcentajes de PP y PSOE eran, respectivamente de 34.1 % frente a 29 %. Los populares seguían lejos del resultado logrado en los comicios de 2011 —al contrario que los socialistas que, aunque por poco, lograban mejorar el suyo— pero parecían haber frenado el desgaste provocado por que su gestión del caso Bárcenas. De hecho, el asunto del extesorero parecía seguir marcando el ritmo electoral: cuando se hacía presente en los medios y se constituía en foco de la agenda política —como ocurría prácticamente desde principio de ese año—, el PP perdía apoyos electorales; cuando pasaba a un segundo plano político y mediático —como en cierta medida había ocurrido durante el mes previo al sondeo—, los populares recuperaban fuelle. El mayor protagonismo del caso Bárcenas tenía lugar porque la crisis económica —el otro factor que alteraba el caudal electoral de los populares— parecía estancada: no mejoraba (de hecho, la abrumadora mayoría de los ciudadanos —93 %— seguía pensando que la situación de la economía era mala) pero tampoco empeoraba. Esto último es lo que percibían los ciudadanos, la mayoría de los cuales —convencidos de que la recuperación iba a ser lenta— seguía pensando que la crisis económica en nuestro país ya había tocado fondo (57 %) y que en los meses siguientes la economía iba a mantenerse igual que estaba (48 %) o que iba, incluso, a mejorar (21 %).

En todo caso, el resultado electoral estimado en esa oleada para el PP suponía —de llegar a confirmarse— su peor porcentaje de las seis elecciones generales celebradas con anterioridad (había que remontarse a las de 1989 en las que se situaron por debajo del 30% de los votos válidos). Hay que tener en cuenta que tanto Rajoy como el Gobierno en su conjunto mantenían la misma mala imagen ciudadana que estaba presente en oleadas anteriores: un 75 % desaprobaba la labor del Presidente, un 85 % no confiaba en él, un 70 % consideraba que el Ejecutivo improvisaba sobre la marcha y todos los ministros del gabinete obtenían un saldo negativo en la evaluación ciudadana a su gestión (eran más los españoles que la desaprobaban que quienes la aprobaban). En el ámbito más directamente relacionado con la economía, además, tres de cada cuatro españoles (74 %) pensaban que el paro no iba a bajar y un 51 % consideraba que los Presupuestos Generales del Estado presentados por el Gobierno la semana anterior al sondeo iban a provocar un empeoramiento de la situación económica de España.

No obstante, los populares contaban con la ventaja de que su más directo competidor seguía sin representar una alternativa mejor para los ciudadanos. Tres de cada cuatro

españoles (75 %) pensaban que España se encontraría en esos momentos en una situación igual o peor que en la que se encontraba si fuera el PSOE —con Rubalcaba como Presidente— el que gobernara en aquellos momentos en España. Y lo que era peor para los socialistas: eso mismo lo pensaba un 56 % de su electorado. La losa de la gestión económica del último gobierno de Zapatero seguía aplastando las posibilidades de recuperación de este partido: a poco más de dos meses para que se cumplieran dos años de la victoria del PP en las elecciones generales de 2011 todavía un 70 % de los ciudadanos (y un 47 % de los votantes socialistas) seguían culpabilizando en mayor o menor medida al Gobierno de Zapatero de la mala situación económica que atravesaba España (un 31 % pensaba que era responsabilidad exclusiva de los socialistas y un 39 % pensaba que la compartía con el PP). Eran seis puntos más que quienes señalaban como responsable en alguna medida al gobierno de los populares (64 %: un 25 % que creía que la culpa era solo del Gobierno de Rajoy más otro 39 % que pensaba que era compartida con el Gobierno Zapatero, véase Gráfico 25). La negra nube de la herencia recibida seguía encima de quienes dirigían en esos momentos al PSOE, probablemente porque su líder, Rubalcaba, no había sabido o no había podido desvincularse —por lo menos a ojos de los ciudadanos— de la gestión llevada a cabo en la etapa anterior: un 84 % desaprobaba su labor opositora (un 74 % entre el electorado socialista) y un 94 % (un 83 % entre los votantes del PSOE) no confiaba en él. Como ya se ha señalado anteriormente, el PSOE había dejado de ser el recambio del sistema.

GRÁFICO 25



El desapego electoral hacia los dos grandes partidos junto con la menor participación electoral que se produciría en el caso de unas inmediatas elecciones generales (estimada en un 62 %, casi 10 puntos inferior a la que se dio en los comicios de 2011) seguía favoreciendo el crecimiento de las otras dos formaciones de ámbito nacional. IU lograría, según la estimación de Metroscopia, el 11.5 % de los votos válidos y UPyD —con un 9.1 %— casi duplicaría su resultado logrado dos años atrás. La labor opositora de sus respectivos líderes era aprobada por la mayoría de sus votantes: un 55 % en el caso de Cayo Lara y un 64 % en el de Rosa Díez.

En diciembre de 2013 —cuando quedaban dos años para la celebración de las siguientes elecciones generales— Metroscopia publicó una estimación de resultado electoral con distribución de escaños en las 17 Comunidades Autónomas además de las dos Ciudades Autónomas (Ceuta y Melilla) para el caso de que unas hipotéticas inmediatas elecciones generales tuvieran lugar en ese momento<sup>231</sup>. Las principales conclusiones de la estimación pueden resumirse en los siguientes puntos:

- la participación electoral estimada era la más baja de todos los procesos electorales anteriores (65 %).
- El PP sería el ganador aritmético de las elecciones: obtendría más votos (33.9 %) y escaños (146) que sus rivales políticos pero se quedaría lejos de la mayoría absoluta. De hecho, de llegar a confirmarse ese resultado en unas elecciones, el PP hubiera pasado a ser el ganador de unas elecciones logrando el menor número de diputados.
- El PSOE se mantendría como principal partido de la oposición con el 31.5 % de los votos y 131 diputados.

---

<sup>231</sup> La estimación se basaba en un sondeo-tracking llevado a cabo entre junio y finales de noviembre de 2013, en el que se habían completado 12.000 entrevistas (2.400 cada mes, con la excepción de agosto). El margen teórico de error para datos globales (referidos al conjunto de España) era de  $\pm 0.9$  puntos. El margen teórico de error para los datos referidos a cada provincia (que sirvieron de base para la estimación de la distribución probable de escaños) fluctuaba entre un máximo de  $\pm 10.1$  puntos y un mínimo de  $\pm 3.1$  puntos. En el caso concreto de la circunscripción de Madrid este margen era de  $\pm 1.6$  puntos. Al ser un estudio de seguimiento, lo que reflejaba era la tendencia promedio, en el hipotético comportamiento electoral, detectable a lo largo del período considerado. En otras palabras, las estimaciones reflejaban el resultado más probable, en un supuesto de participación del orden del 65 % y en unas elecciones generales que tuviesen lugar en ese momento, si los electores actuaran como, en conjunto, habían ido declarando en los seis meses anteriores a su publicación.



- A pesar de crecer en porcentaje de voto, las otras dos fuerzas políticas de ámbito nacional se verían perjudicadas por el sistema electoral español (que castiga a las terceras y, sobre todo, cuartas formaciones políticas<sup>232</sup>) y se quedarían, en número de escaños, muy alejadas de las dos principales. La coalición rojiverde obtendría 25 escaños (con el 12 % de los votos) y UPyD 11 escaños con el 7.1 %.

El panorama político que arrojaba el sondeo era, así, el de un práctico empate entre las fuerzas ideológicamente situadas en el centro derecha y las ubicadas en el centro izquierda. La suma de diputados de PP+UPyD era de 157 y la de PSOE+IU de 156. De nuevo, como casi siempre que no ha habido mayorías absolutas, la llave de la gobernabilidad volvía a recaer en los partidos nacionalistas catalanes y vascos. Como se resaltaba en el análisis de los responsables del estudio “Un resultado similar al de esta estimación propiciaría, por otra parte, algo que la ciudadanía añora, según expresa sondeo tras sondeo: el retorno de la política. Es decir, la vuelta a la negociación y al pacto como modo permanente y buscado (y no resignadamente soportado) de resolución de problemas y desacuerdos; y el predominio del diálogo y del respeto mutuo, como estilo propio de la vida pública”<sup>233</sup>.

### 3. 2014: EL INICIO DEL CAMBIO

#### **A) El primer cuatrimestre del año: la fe del PP en el retorno de sus votantes**

La estimación de resultado electoral en las cuatro primeras oleadas del Clima Social de Metroscopia del 2014 situaba al PSOE por delante del PP en el caso de unas inmediatas elecciones generales. No obstante, podía hablarse, en realidad, de un práctico empate a la

---

<sup>232</sup> Sobre el sistema electoral español y sus posibles reformas cabe resaltar, entre otros muchos: MONTERO, J.R. y RIERA, P. (2009): “El sistema electoral español: cuestiones de desproporcionalidad y de reforma” en *Desafíos de la desigualdad, desafíos a la desigualdad*, RUIZ MIGUEL, A. y MACÍA MORILLO, A. (coords.), Anuario de la Facultad de Derecho de la Universidad Autónoma de Madrid nº13, Madrid, págs. 225-270. NOHLEN, D. (1981): La reforma de la ley electoral. Pautas para una discusión, REIS 16/81, Madrid, págs. 135-143. RUIZ-RUFINO, R. (2006): Las reformas del sistema electoral español en las elecciones al Congreso de los Diputados, Fundación Alternativas Estudios de Progreso nº 19, Madrid. DELGADO-IRIBARREN GARCÍA-CAMPERO, M., RIPOLLÉS SERRANO, M.R. y BIGLINO CAMPOS, P. (2012): El sistema electoral español. Un debate de sus logros y deficiencias, Fundación Manuel Giménez Abad de Estudios Parlamentarios y del Estado Autonómico, Zaragoza. Y el ya mencionado reciente y sugerente libro de Penadés y Pavía (op.cit.) de título provocador “La reforma electoral perfecta”.

<sup>233</sup> “El posible regreso a la política” análisis de José Juan Toharia, y José Pablo Ferrándiz publicado en EL PAÍS el 1 de diciembre de 2013.  
([http://politica.elpais.com/politica/2013/11/30/actualidad/1385833743\\_342394.html](http://politica.elpais.com/politica/2013/11/30/actualidad/1385833743_342394.html))

baja. Los datos de los sondeos de estos primeros meses confirmaban el desgaste del bipartidismo que ya arrojaban los datos del Clima Social desde un año antes. En la estimación de abril, el PSOE y el PP sumaban el 64.1 % de los votos válidos, que llegado el caso hubiera supuesto el porcentaje más bajo logrado por los dos principales partidos en todos los comicios generales celebrados hasta ese momento. La fidelidad de voto de populares y socialistas seguía bajo mínimos: 45 % y 41 %, respectivamente. La abstención también alcanzaba un porcentaje inédito: la participación estimada se situaba en un 65 % lo que supondría el porcentaje histórico más bajo (el suelo de participación en este tipo de elecciones se situaba hasta ese momento en el 68 % registrado en las generales de 1979). El porcentaje de electores que finalmente acabara votando constituía un dato de importancia decisiva pues la abstención no se reparte de forma proporcionalmente igualitaria entre todos los partidos. En ese momento, PP y PSOE eran los partidos que contaban con un electorado más propenso al desentendimiento en el supuesto de una inminente elección: eran, por tanto, los partidos que resultaban más castigados a la hora de estimar el resultado que, en las aquellas circunstancias, lograrían obtener.

Por un lado, los votantes socialistas seguían enfadados con su partido al que no terminaban de perdonar la gestión del último gobierno de Zapatero de la entonces incipiente crisis. De hecho, a esas alturas, cuando habían transcurrido casi dos años y medio desde las elecciones de 2011, los ciudadanos seguían corresponsabilizando por igual de la situación económica en la que en esos momentos se encontraba España, al anterior Gobierno socialista de Zapatero y al vigente de Rajoy en el momento del sondeo. Por otro lado, el PP veía afectadas sus expectativas electorales por dos cuestiones. La primera tenía que ver con la reforma de la ley del aborto impulsada por el ministro de Justicia. Los ciudadanos consideraban que esa reforma:

- No era necesaria: lo pensaba el 78 %. Esa era la opinión mayoritaria entre los propios votantes del PP (57 %). Entre el concreto sector de españoles que se definían como católicos practicantes (y que representaban el 17 % de la población adulta total), las opiniones tendían a dividirse, pero con todo predominaban (50 % frente a 41 %) quienes no consideraban necesaria la reforma; y
- no respondía a demanda social alguna: lo afirmaba el 75 %. Y esa idea era ampliamente mayoritaria tanto entre votantes del PP (62 % frente a 23 %) como entre católicos practicantes (51 % frente a 28 %).

Por otro lado, el desacuerdo con su contenido era masivo:

- el 86% de los españoles consideraba que toda mujer embarazada debía tener derecho a decidir libremente si quiere seguir o no con su embarazo. Y esa opinión era ampliamente mayoritaria tanto entre los votantes del PP (68 % frente a 25 %) como entre quienes se definían como católicos practicantes (60 % frente a 34 %).
- El 84% estaba en desacuerdo con que la malformación del feto dejara de ser un supuesto legalmente aceptable para poder abortar. Y expresaban también de forma ampliamente mayoritaria ese desacuerdo los votantes del PP (70 % frente a 22 %) y los católicos practicantes (59 % frente a 30 %).
- El 82% consideraba que el personal médico que asistiera a una mujer que optara por abortar no debía ser objeto de sanción penal alguna (y lo afirmaba también el 68 % de los votantes populares y el 63 % de los católicos practicantes).

El 78% de los españoles pensaba que, si esa reforma entraba en vigor, daría lugar a un aumento de los abortos clandestinos llevados a cabo en condiciones de inseguridad y riesgo. Además, un 75 % creía que el Gobierno había impulsado esa reforma exclusivamente para complacer a los sectores más conservadores de la Iglesia católica española (significativamente, esa idea es expresada también por la mayoría de los propios católicos practicantes: 49 % frente a 38 %).

La otra cuestión que frenaba el crecimiento electoral del PP en los sondeos era la percepción sobre la situación económica. La mejora de la economía española que llevaba proclamando durante meses el Gobierno y algunos empresarios apoyándose para ello en datos macroeconómicos no era percibida, sin embargo, por la mayoría de los ciudadanos. Por un lado, el porcentaje de españoles que calificaba negativamente la situación económica de España seguía siendo abrumador (90 %). Por otro lado, en estos dos últimos años las familias españolas no habían percibido cambio alguno en su economía familiar ni para bien ni para mal: un 42 % calificaba su economía doméstica positivamente y un 32 % negativamente, prácticamente los mismos porcentajes que en abril de 2012 (39 % y 33 % respectivamente). De hecho, el porcentaje de españoles que afirmaba que le costaba llegar a fin de mes permanecía invariable: 42 % en abril de 2014 frente al 41 % de dos años antes. Lo que sí parecía estar cambiando eran las expectativas de los ciudadanos con respecto a la evolución de la economía nacional: aunque la mayoría (50 %) creía que no iba a variar, quienes consideraban que iba a mejorar en los meses posteriores superaban a quienes creían que iba a empeorar —29 % frente a 19 %— cuando dos años antes la mayoría se mostraba pesimista a ese respecto (el 44 % creía entonces que la situación iba

a empeorar y solo un 17 % que mejoraría). Y aunque seguía siendo minoritario, el porcentaje de ciudadanos que pensaba que estaba ya próximo el momento en que el paro iba a dejar de crecer para empezar a bajar de forma continuada había aumentado 10 puntos a lo largo del último año: 27 % frente al 17 % de abril de 2013. No obstante, los españoles no parecían relacionar estas expectativas de leve, pero ya perceptible, mejoría con la gestión gubernamental: un año antes, cuando el diagnóstico del español medio sobre la economía era más pesimista, un 74 % pensaba que el Gobierno no estaba sabiendo hacer frente de forma adecuada a la crisis; en abril de 2014, cuando parecía que los ciudadanos empezaban a percibir que las cosas estaban mejorando, lo seguía pensando un 76 %.

En todo caso, las perspectivas de los ciudadanos sobre la evolución de su economía doméstica no eran tan optimistas como las referidas al ámbito nacional y solo un 12 % pensaba que su situación económica familiar iba a mejorar en los meses siguientes frente a un 16 % que creía que iba a empeorar (la mayoría, 69 %, pensaba que no iba a experimentar cambios). Una situación que podía acabar generando un sentimiento de frustración entre los ciudadanos cuando se preguntaran por qué esa mejoría global no acababa de alcanzarles también a ellos (un hecho que, más pronto que tarde, afectaría negativamente a la imagen del Gobierno y a los apoyos electorales al PP). Pero también podía ocurrir que esa mejora global de la economía acabara calando y llegara a ser claramente percibida por los ciudadanos en el tiempo que restaba para la celebración de las elecciones generales. Era esta la esperanza que tenía el Gobierno: cuando la economía mejorara en todos los niveles (tanto en el macro como en el micro), los electores —y, sobre todo, aquellos que ya habían confiado en el PP en 2011 y que, según los sondeos, se habían alejado electoralmente del proyecto popular— se lo volverían a agradecer, con su voto, en las urnas.

Por otro lado, un mes antes de las elecciones al Parlamento europeo que se iban a celebrar a finales del mes de mayo, Metroscopia realizó para EL PAÍS un sondeo que intentaba mostrar un retrato colectivo de la juventud española. Los jóvenes españoles —considerados como tal los comprendidos entre los 18 y los 34 años de edad— hacían un diagnóstico sumamente severo (incluso algo más que el que emitía el conjunto de la población). Para la práctica unanimidad de los menores de 35 años, la España de esos momentos se aparecía como un país que no se preocupaba por el futuro de las nuevas generaciones (lo decía el 83 %); que ni era innovador ni estimulaba la creatividad (según el 78 %); que no tenía buenas perspectivas de futuro (opina así el 76 %); y que no tenía

claro cuál era el lugar que le corresponde en el mundo actual (como afirma el 70%). Además, para los jóvenes, la sociedad española transmitía más la sensación de fragmentación que de pluralismo: parecía más un ensamblaje forzado de piezas demasiado disímiles que un engarce razonablemente armónico de partes básicamente homogéneas por encima de las respectivas peculiaridades. Y un sustancial 36 % consideraba improbable poder conseguir en España las cosas que consideraban importantes (véase Cuadro 20).

<b>CUADRO 20</b> <i>¿Cree que, en algún momento, podrá usted conseguir, aquí, en España, la mayor parte de las cosas que para usted son importantes en la vida, o cree que lo más probable es que no logre conseguirlo?</i> (En porcentajes)			
	Total	Edad	
		18-34	Más de 35
Lo más probable es que lo consiga	58	61	56
Lo más probable es que no logre conseguirlo	29	36	27
Ya lo ha conseguido*	9	1	12
No lo ha conseguido*	1	--	2

La diferencia hasta 100 en la suma vertical de porcentajes corresponde a No sabe / No contesta.

\* Respuesta espontánea, esta alternativa no se ofrecía en la entrevista.

Fuente: Banco de Datos de Metroscopia

Los jóvenes pensaban, además, que el nivel de paro juvenil —que representaba un récord sin precedentes— iba a lastrar, irremediablemente, su futuro. Percibían que iban a vivir peor que como vivían en esos momentos sus padres (quebrando así la pauta de gradual mejora intergeneracional del último medio siglo) y creían que iban a poder planear su vida personal con la misma libertad y autonomía que la generación anterior (véanse Cuadros 21, 22 y 23).

<b>CUADRO 21</b> <i>¿Cree que los jóvenes de hoy, cuando sean mayores, vivirán mejor, igual o peor que como viven ahora sus padres?</i> (En porcentajes)			
	Total	Edad	
		18-34	Más de 35
Mejor	15	19	14
Igual	10	13	9
Peor	66	64	65

La diferencia hasta 100 en la suma vertical de porcentajes corresponde a No sabe / No contesta.

Fuente: Banco de Datos de Metroscopia

<b>CUADRO 22</b> <i>¿Con cuál de las siguientes dos opiniones sobre el actual nivel de paro juvenil está más de acuerdo?</i> (En porcentajes)			
	Total	Edad	
		18-34	Más de 35
Se trata de una situación muy grave, que nunca antes se había dado en nuestro país con tanta fuerza	86	82	87
Es una situación que, aun siendo grave, ya se ha dado en otras ocasiones en nuestro país de forma parecida	14	16	13

La diferencia hasta 100 en la suma vertical de porcentajes corresponde a No sabe / No contesta.

Fuente: Banco de Datos de Metroscopia

<b>CUADRO 23</b> <i>Hay quien opina que el hecho de que los jóvenes actuales tengan tantas dificultades para encontrar un trabajo que les permita independizarse y vivir por su cuenta es algo que les marcará para siempre y que les impedirá planear y organizar su vida de forma similar a como en su momento pudieron hacerlo, en cambio, las generaciones anteriores.</i> <i>¿Está de acuerdo con esta afirmación?</i> (En porcentajes)			
	Total	Edad	
		18-34	Más de 35
Sí	67	68	67
No	28	31	26

La diferencia hasta 100 en la suma vertical de porcentajes corresponde a No sabe / No contesta.

Fuente: Banco de Datos de Metroscopia

Un tercio de los jóvenes españoles consideraba seriamente, de forma recurrente, en la posibilidad de marchar a trabajar a otro país; y otro tercio decía que lo había considerado

en alguna ocasión. El tercio que se planteaba en serio emigrar suponía una proporción similar a la de quienes no creían probable poder lograr aquí sus objetivos vitales. La mitad de ellos estaba convencida de que, en otro país, tendrían más probabilidades de prosperar (véanse Cuadros 24 y 25).

<b>CUADRO 24</b> <i>¿Está considerando seriamente ahora, o lo ha hecho en algún momento, la posibilidad de marchar a trabajar a otro país?</i> (En porcentajes)			
	Total	Edad	
		18-34	Más de 35
Sí, frecuentemente	15	34	9
Sí, alguna vez	20	34	16
No	64	33	75

La diferencia hasta 100 en la suma vertical de porcentajes corresponde a No sabe / No contesta.

Fuente: Banco de Datos de Metroscopia

<b>CUADRO 25</b> <i>¿Cree que si se marchara de España a otro país tendría más, las mismas o menos probabilidades de conseguir la mayor parte de las cosas que son importantes en la vida para usted?</i> <u>Pregunta formulada exclusivamente a quienes dicen que lo más probable es que no consigan en España sus objetivos vitales</u> (En porcentajes)			
	Total	Edad	
		18-34	Más de 35
Más probabilidades	33	54	25
Más o menos las mismas probabilidades	34	30	35
Menos probabilidades	21	10	26

La diferencia hasta 100 en la suma vertical de porcentajes corresponde a No sabe / No contesta.

Fuente: Banco de Datos de Metroscopia

Un 30 % de los jóvenes (porcentaje, por cierto, que duplicaba al 14 % obtenido en 1982<sup>234</sup>) decía que si volviera a nacer y pudiera escoger su país no optaría por España. Los países que ese 30 % escogería para nacer revelan con claridad lo relativamente cercanas que resultan las alternativas consideradas: Estados Unidos (12 %), Alemania (12 %), Reino Unido (11 %), Francia (9 %), Noruega (7 %), Suiza (6 %), Suecia (6 %).

<sup>234</sup> Para 1982, BELTRÁN, M., GARCÍA FERANDO, M., GONZÁLEZ-ANLEO, J., LÓPEZ PINTOR, R. y TOHARIA, J.J. (1984): Juventud española 1960-1982, Ediciones SM, Madrid.

En cuanto al sistema económico, los jóvenes españoles creían (en proporción de dos a uno: 64 % frente a 33 %) que la crisis económica que les estaba tocando vivir —pese a su dureza, profundidad y duración— no suponía un fin de ciclo, sino una avería reparable del vigente sistema económico. Sencillamente, se había permitido a los mercados dar un subrepticio golpe de estado que les ha liberado del control de los gobiernos democráticamente elegidos (véanse Cuadros 26, 27 y 28).

<b>CUADRO 26</b> <i>¿Diría que la situación económica española...?</i> (En porcentajes)			
	Total	Edad	
		18-34	Más de 35
Ya ha tocado fondo y a partir de ahora se va a recuperar en pocos años	6	4	7
Ya ha tocado fondo, pero a partir de ahora la recuperación va a ser lenta	58	59	57
No ha tocado fondo todavía y va a seguir empeorando en los próximos años	35	35	34

La diferencia hasta 100 en la suma vertical de porcentajes corresponde a No sabe / No contesta.

Fuente: Banco de Datos de Metroscopia

<b>CUADRO 27</b> <i>¿Con cuál de las siguientes opiniones sobre el sistema económico actual está más de acuerdo?</i> (En porcentajes)			
	Total	Edad	
		18-34	Más de 35
La actual crisis ha puesto de manifiesto que el sistema económico actual, tal y como está organizado y funciona, está agotado y ya no da más de sí	33	38	31
El actual sistema económico tiene defectos e insuficiencias importantes pero remediables y una vez corregidos podrá volver a funcionar como antes	64	59	65

La diferencia hasta 100 en la suma vertical de porcentajes corresponde a No sabe / No contesta.

Fuente: Banco de Datos de Metroscopia



<b>CUADRO 28</b> <i>Se ha dicho que los mercados han logrado colocarse por encima de cualquier control de los gobiernos y que son ellos y no los gobiernos elegidos democráticamente los que, en realidad, mandan ahora en países como el nuestro. ¿Está de acuerdo o en desacuerdo con esta frase?</i> (En porcentajes)			
	Total	Edad	
		18-34	Más de 35
De acuerdo	78	79	78
En desacuerdo	14	15	14

La diferencia hasta 100 en la suma vertical de porcentajes corresponde a No sabe / No contesta.

Fuente: Banco de Datos de Metroscopia

En el ámbito político, la insatisfacción de los jóvenes (y también del conjunto de la ciudadanía) no era contra el sistema, sino contra quienes en esos momentos lo pilotaban; no contra las instituciones, sino contra quienes en esos momentos las encarnaban. A los actores políticos se les pedía reformas, y por tanto capacidad de diálogo, de negociación, de pacto y de lealtad recíproca. Los jóvenes distaban mucho de estar, mayoritariamente; contra del sistema: pero exigían cambios en su modo de funcionar (véanse Cuadros 29 y 30).

<b>CUADRO 29</b> <i>Se ha dicho que, en el momento actual, España necesita una segunda Transición que, con el mismo espíritu de pacto y concordia de la primera, modifique y actualice muchos aspectos de nuestro actual sistema político. ¿Estás de acuerdo o en desacuerdo con esta opinión?</i> (En porcentajes)			
	Total	Edad	
		18-34	Más de 35
De acuerdo	82	84	81
En desacuerdo	12	12	12

La diferencia hasta 100 en la suma vertical de porcentajes corresponde a No sabe / No contesta.

Fuente: Banco de Datos de Metroscopia

CUADRO 30			
¿Está de acuerdo o en desacuerdo con las frases siguientes? (En porcentajes)			
	Total	Edad	
		18-34	18-34
Sin partidos políticos no puede haber democracia			
De acuerdo	66	55	70
En desacuerdo	30	42	25
Los partidos son necesarios para defender los intereses de los distintos grupos sociales			
De acuerdo	75	69	77
En desacuerdo	22	26	20
Las elecciones son necesarias para mejorar y cambiar el país			
De acuerdo	66	59	69
En desacuerdo	30	38	28
Tal y como los partidos están ahora organizados y funcionan, es muy difícil que logren atraer y reclutar para la actividad política a las personas más competentes y mejor preparadas			
De acuerdo	75	80	73
En desacuerdo	19	15	18

La diferencia hasta 100 en la suma vertical de porcentajes de cada caso corresponde a No sabe, No contesta y Ni de acuerdo ni en desacuerdo.

Fuente: Banco de Datos de Metroscopia.

En este retrato colectivo de los jóvenes es fácil detectar claros y evidentes síntomas de que los vínculos entre sociedad y ciudadanía asociados a la representación programática y a la incorporación de intereses estaban quebrados y que existía un caldo de cultivo ideal un, si se quiere, nicho de mercado que los partidos políticos existentes no estaban cubriendo con sus ofertas.

### **B) Elecciones Europeas del 25 de mayo: Podemos hace acto de presencia**

El 25 de mayo de 2014 tuvieron lugar en España las séptimas elecciones al Parlamento Europeo. En nuestro país, la legislación electoral estipulada para este tipo de comicios difiere de la que rige para el caso de unas elecciones generales. En estas últimas, la ley introduce una serie de sesgos que no están presentes en los comicios al Parlamento Europeo. El primero y principal es que en las elecciones europeas existe una única circunscripción —y no 52 como ocurre en las elecciones generales— por lo que los sesgos derivados del tamaño de los distritos electorales no se dan en este tipo de comicios. Y, en segundo lugar, en las elecciones europeas en España no existe una barrera electoral

mínima a partir de la cual un partido político pueda entrar en el reparto de diputados (en las elecciones generales un partido tiene que superar el 3 % de los votos válidos emitidos en una circunscripción para poder entrar en el reparto de escaños) por lo que todos los votos que consigue un partido cuentan, al margen de si estos están concentrados en algún territorio concreto (provincia o Comunidad Autónoma) o si están dispersos por todo el territorio nacional. El factor de estabilidad del sistema de partidos que supone la ley electoral española en el caso de unas elecciones generales no se da, por tanto, en el caso de unos comicios europeos. En las elecciones al Parlamento Europeo se mantienen, eso sí, las listas cerradas y bloqueadas tal y como ocurre en las elecciones generales.

En las elecciones de 2014, se presentaron —además de los habituales partidos y coaliciones que han solido concurrir en estos comicios— una serie de nuevos partidos con pocos meses de vida desde su constitución, la mayoría de los cuales, surgieron al calor del Movimiento 15M. Entre ellos se encontraban partidos ideológicamente situados a la izquierda como la Agrupación de Electores Recortes Cero; el Movimiento de Renovación Democrática Ciudadana (Movimiento Red) —cuyo candidato era el juez Elpidio Silva famoso por haber encarcelado al expresidente de Caja Madrid Miguel Blesa y ser luego acusado de prevaricación por el Tribunal Superior de Justicia—; el Partido X Partido del Futuro —cuyo candidato fue, Hervé Falciani, un ingeniero de sistemas italo-francés que trabajaba en la filial suiza del banco HSBC de donde sustrajo una lista con información de más de 13.000 personas consideradas evasores fiscales (la conocida como “lista Falciani”)— y Podemos, un partido liderado por Pablo Iglesias, profesor de Ciencias Políticas en la Universidad Complutense de Madrid y tertuliano en diferentes programas políticos de televisión, y que llevaba como número tres en sus listas a Carlos Jiménez Villarejo, exfiscal anticorrupción. Y otros partidos situados ideológicamente en la derecha entre los que destacaban Ciudadanos-Partido de la Ciudadanía, formación política fundada en 2006 y que se había circunscrito hasta ese momento al ámbito catalán<sup>235</sup> (su candidato en las europeas fue Javier Nart, abogado conocido, sobre todo, por su presencia en programas y tertulias televisivas); y Vox una escisión por la derecha del PP que, de hecho, llevaba como candidato a Alejo Vidal-Quadras (presidente del PP de Cataluña durante cinco años).

---

<sup>235</sup> Ciudadanos ya se había presentado a las anteriores elecciones al Parlamento Europeo del 2009 en coalición con Libertas con escaso éxito (obtuvo solo el 0.14 % de los votos válidos emitidos que no le reportó ningún diputado).

La estimación de resultado electoral del CIS<sup>236</sup> —teniendo en cuenta que el trabajo de campo del sondeo se llevó a cabo más de un mes antes de los comicios: del 7 al 26 de abril— daba una victoria por la mínima del PP sobre el PSOE, tanto en votos como en escaños, y dejaba sin representación en el Parlamento Europeo a todos los partidos nuevos menos a Podemos, al que le otorgaba un diputado.

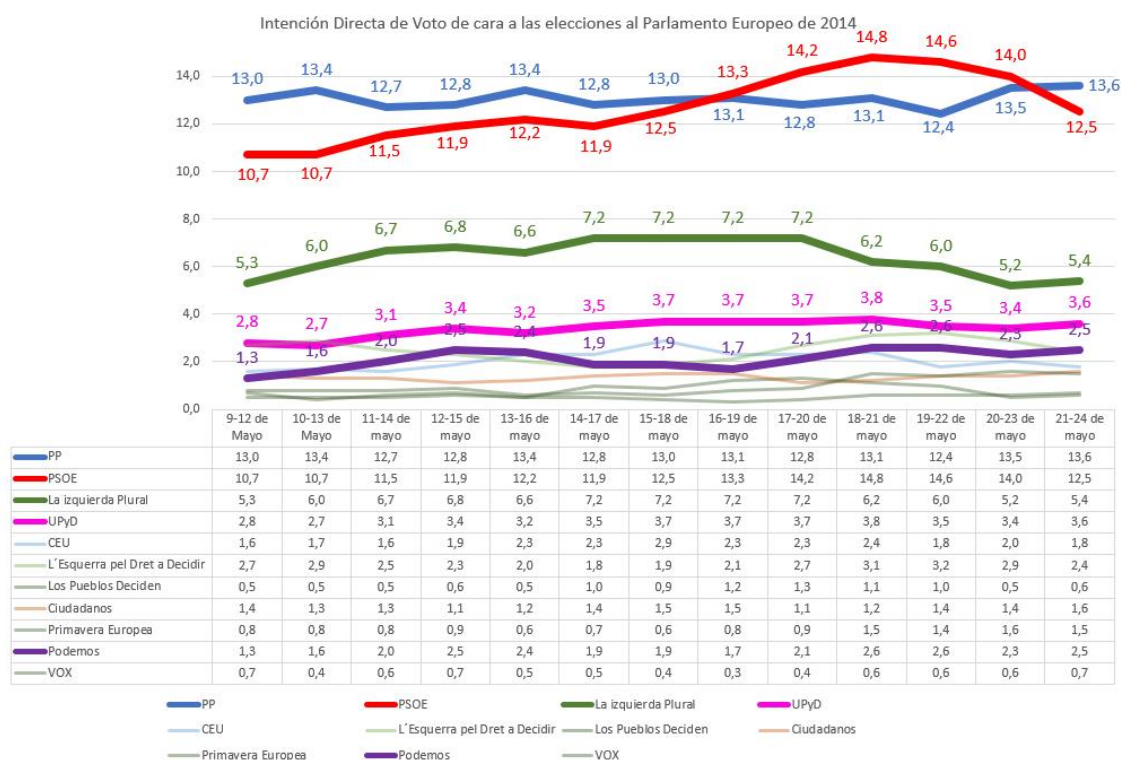
El sondeo preelectoral de Metroscopia para EL PAÍS publicado el domingo previo a las elecciones arrojaba unos resultados parecidos, pero no idénticos. El PP se situaba por delante del PSOE —pero ambos empataban en escaños— y otorgaba un diputado, respectivamente, a Podemos, a Ciudadanos y a Primavera Europea (una coalición formada por, entre otros, Compromís, EQUO y la Chunta Aragonesista). Unos datos que se complementaban con los que arrojaba otro estudio tracking llevado a cabo por Metroscopia durante la campaña electoral (entre el 9 y el 24 de mayo, GRÁFICO 26) y en el que quedaban registradas una serie de cuestiones importantes. La primera, la gran igualdad entre el PP y el PSOE a lo largo de toda la campaña. La segunda, el efecto que tuvo el debate a dos entre el candidato del PP, Miguel Arias Cañete, y la candidata del PSOE, Elena Valenciano. Unas desafortunadas declaraciones del primero el día después del debate<sup>237</sup> provocaron que durante unos días los socialistas se pusieran por delante de los populares en la Intención Directa de Voto. La tercera, el crecimiento experimentado por Podemos a lo largo de la campaña electoral, llegando a duplicar su IDV: la inició con una intención de voto de un 1.3 % y se llegó a situar en un 2.6 %. Y cuarto, y quizá más importante, la enorme caída de los apoyos a los dos grandes partidos: del conjunto del electorado español solo un 13.6 % manifestaba su intención de votar al PP y un 12.5 % al PSOE. Solo uno de cada cuatro españoles con derecho a voto parecía inclinarse por una de los dos principales partidos españoles. Seguían situándose por delante, y a cierta distancia, del resto de partidos en las preferencias de los españoles pero, sin duda, sus exiguos porcentajes, comparados con los de otros comicios precedentes, eran un claro síntoma de que algo estaba pasando.

---

<sup>236</sup> El estudio 3022 de abril de 2014 ([http://www.cis.es/cis/export/sites/default/-Archivos/Marginales/3020\\_3039/3022/es3022mar.pdf](http://www.cis.es/cis/export/sites/default/-Archivos/Marginales/3020_3039/3022/es3022mar.pdf))

<sup>237</sup> El exministro fue acusado de machista cuando afirmó, en relación a su supuesta actitud benévola durante el debate, que si el hombre "demuestra superioridad intelectual" ante una mujer parece "machista".

GRÁFICO 26



La escala en la coordenada vertical de los porcentajes va del 0 % al 14 % para permitir una mejor visualización de las distancias entre los diferentes partidos.

Finalmente, los resultados de las elecciones del 25 de mayo confirmaron lo ya adelantado por los sondeos. En realidad, para PP y PSOE los resultados fueron peores que los estimados por la mayoría de sondeos: los populares obtuvieron, sobre Censo, tan solo el 11.2 % de los votos y los socialistas no llegaron a alcanzar el 10 % (se quedaron en el 9.9 %). La responsabilidad por los malos resultados del PSOE fue asumida por su secretario general: Rubalcaba presentó su dimisión y convocó al partido a un congreso extraordinario para elegir al siguiente secretario general. En un sondeo llevado a cabo por Metroscopia una semana y media después de la dimisión de Rubalcaba, los votantes del PSOE (entendiendo por tales a quienes en las elecciones generales de 2011 votaron por dicho partido) no se decantaban, en ese concreto momento, de forma clara por ninguno de los posibles aspirantes a liderar el partido. La pregunta del sondeo planteaba la hipótesis de unas hipotéticas elecciones generales que se celebrasen de modo inmediato, y no especificaba si el liderazgo por el que se preguntaba se identificaba con la secretaría general del partido o con la condición de candidato/a a la presidencia del Gobierno (se consideraba que esa era una distinción que significaba poco o nada para el ciudadano

medio, que si acaso propendía a entender que el líder de una formación es quien en su nombre concurre, como figura principal a unas elecciones). En el sondeo, la exministra Chacón era, de todas las figuras políticas socialistas sometidas a evaluación ciudadana, la que tenía un mayor grado de conocimiento: la identificaba la práctica totalidad de los votantes socialistas (91 %). También la que, en términos relativos, más apoyo —y rechazo— generaba (49 % y 42 %, respectivamente) entre sus potenciales votantes. Cabe conjeturar que era precisamente su casi universal conocimiento y el historial con el que ya contaba lo que podía movilizar en su contra a una mayor proporción de su electorado. Esto no ocurría, en cambio, en el caso de otros dos posibles candidatos por los que se preguntaba en este sondeo: la presidenta de la Comunidad de Andalucía, la socialista Susana Díaz, y el diputado socialista Eduardo Madina, quienes contaban con una hoja de servicios muy corta o casi en blanco y, por tanto, menos expuesta (que la más dilatada de Chacón) al desgaste. En realidad, aunque Madina era quien presentaba un saldo evaluativo levemente más favorable (+15) lo que los datos reflejaban era una situación de básico empate entre los que eran percibidos como los tres principales aspirantes: Madina, Díaz y Chacón. En ese momento, los otros dos candidatos que se habían postulado, Pedro Sánchez y José Antonio Pérez Tapias, quedaban claramente descolgados, por contar con un menor conocimiento y un claro saldo evaluativo negativo entre el conjunto del electorado socialista.

<p align="center"><b>CUADRO 31</b>  <i>Imagine por un momento que se celebrasen ahora unas elecciones generales. ¿quién preferiría usted que liderara al PSOE ...</i>  <b>Respuestas entre la POBLACIÓN GENERAL y entre los VOTANTES SOCIALISTAS</b>  <b>(En porcentajes)</b></p>						
	POBLACIÓN GENERAL			VOTANTES DEL PSOE		
	Sí	No	Saldo	Sí	No	Saldo
Eduardo Madina	27	36	-9	43	28	+15
Susana Díaz	31	42	-11	49	35	+14
Carme Chacón	35	52	-17	49	42	+7
Pedro Sánchez	9	36	-27	11	34	-23
José Antonio Pérez Tapias	5	36	-31	9	37	-28

La pregunta se ha planteado, separadamente, para cada uno de los posibles candidatos considerados, que aparecen aquí ordenados de mayor a menor saldo positivo (restando los NO de los SÍ) obtenido entre los votantes socialistas. En las entrevistas fueron mencionados de forma rotatoria. La diferencia hasta 100 en la suma horizontal de porcentajes (en el caso de “Población General” y en el de “Votantes del PSOE”) corresponde a No sabe / No contesta y No conoce

NOTA: Conviene advertir que a Pedro Sánchez solo le conocía en esos momentos el 45 % de los votantes socialistas, y a Jose A. Pérez Tapias el 44 %. Por el contrario, Carme Chacón era conocida por el 91 % de los votantes del PSOE, Susana Díaz por el 84 % y Eduardo Madina por el 70 %.

Fuente: Banco de Datos de Metroscopia

Pero, sin duda, la gran sorpresa de las elecciones al Parlamento Europeo de 2014 fueron los cinco escaños logrados por Podemos<sup>238</sup>. Esta formación política con apenas cinco meses de vida y que por primera vez se presentaba a unas elecciones (no solo europeas sino también de cualquier otro tipo) lograba un 3.4 %: más de un millón de votos (1.253.837, para ser exactos).

Los sondeos postelectorales—los que se llevan a cabo inmediatamente después de unas elecciones— suelen arrojar dos datos significativos que ayudan a entender el estado de ánimo ciudadano tras la catarsis que suele suponer unas elecciones, en las que se liberan las tensiones políticas que preceden a toda convocatoria electoral. Por un lado, el porcentaje de electores que dice, a posteriori, haber acudido a votar es sustancialmente superior al de quienes realmente lo hicieron. En la oleada del Clima Social llevada a cabo por Metroscopia para EL PAÍS solo una semana después de los comicios europeos del 25 de mayo, únicamente un 31 % decía no haber votado en esas elecciones, cuando la abstención realmente registrada fue del 54 %. Por otro lado, y en relación con esta mayor participación declarada, los sondeos postelectorales suelen detectar un aumento

<sup>238</sup> Para conocer más acerca del surgimiento de Podemos es recomendable la lectura del libro de José Ignacio Torreblanca (2015).

significativo —en comparación con el dato real— del porcentaje de electores que manifiestan haber votado por el partido que es percibido como ganador de los comicios. La explicación de esta diferencia es que, una vez conocido el resultado electoral y su trascendencia, un porcentaje de electores opta por apuntarse al bando de los triunfadores, al carro (percibido como) ganador. Este hecho —que es conocido como efecto *bandwagon* o de arrastre— puede expresar, también, un intento de algunos electores de reconstrucción del pasado: no voté a ese partido, pero debería o me gustaría haberlo hecho. Siguiendo este razonamiento, tras las elecciones europeas de ese año, todo parece indicar que los ciudadanos asignaron ese papel de ganador —o una mayor trascendencia a su resultado que al de otros— a Podemos. Si en las elecciones, fue un 3.6 % del Censo de Electores Residentes (CER) el que votó a la formación liderada por Pablo Iglesias, en el sondeo de Metroscopia decía haberlo hecho el 9.4 %: casi tres veces más. En el resto de partidos, las variaciones entre los porcentajes de voto real y el recordado en el sondeo eran claramente inferiores —y dentro del margen de error de la encuesta—:

- Al PP lo votó un 11.7 % del censo y recordaba haberlo hecho un 12.7 % (un punto más).
- Al PSOE lo votó un 10.4 % y lo recordaba un 10.1 % (tres décimas menos)
- Izquierda Plural obtuvo un 4.5 % y en el sondeo lo mencionaba un 5.5 (un punto más).
- UPyD logró un 2.9 % y decía haberlo votado un 3.6 % (siete décimas más).

El efecto *bandwagon* tiende a diluirse con el tiempo, tanto porque con el paso de los días el recuerdo de las personas pierde nitidez como porque las percepciones de los ciudadanos suelen variar en función de la actualidad y de los acontecimientos políticos de cada momento, haciendo que asignen a otro partido diferente el papel de carro ganador—subiéndose a él y abandonando el anterior—. Los datos de las encuestas realizadas inmediatamente después de unas elecciones reflejan, así, el paisaje tras la tormenta: el estado de opinión prevaleciente entre la ciudadanía en un momento muy concreto que no tiene por qué perdurar ni, de hecho, suele hacerlo. No obstante, esos datos indicaban cuál era el punto de inicio en el que estaban posicionados cada partido en la carrera electoral que se iniciaba en ese momento de cara a las diferentes citas electorales que estaban convocadas para el 2015: municipales, autonómicas en algunas Comunidades, y las generales. En este sentido, el partido que en aquellos momentos menos rechazo generaba entre el conjunto electoral era, precisamente, Podemos: solo un 38 % decía que en ningún



caso votaría a este partido ni en municipales ni en autonómicas ni en generales. Eso no significaba que el 62 % restante lo fuera a votar con seguridad, sino que, en esos concretos momentos y después de su fulgurante estreno electoral, no descartaba taxativamente llegar a hacerlo. En todo caso, el rechazo a votar al resto de partidos era sustancialmente mayor: un 65 % decía que en ningún caso votaría al PP, un 55 % a UPyD, un 54 % a PSOE y un 54 % a IU.

En el Barómetro de julio de 2014 del CIS<sup>239</sup> —cuyo trabajo de campo se realizó en los nueve primeros días de ese mes— Podemos se situaba en Intención Directa de Voto en segunda posición tras el PP. Los populares obtenían en este indicador un 12.8 % de los apoyos ciudadanos en el caso de unas inmediatas elecciones generales, seguido de Podemos con un 11.9 % y, en tercera posición, el PSOE con un 10.6 %. Con todo, en la estimación de resultado electoral llevada a cabo por este organismo público, Podemos pasaba a ocupar la tercera posición con un 15.3 % por detrás del PP (30 %) y del PSOE (21.2 %).

En todo caso, era la primera vez en toda la serie histórica del CIS que un partido que no fuera el PSOE o el PP se situara en segunda posición en la IDV para el caso de unas elecciones generales y la primera vez que un tercer partido lograba superar el 15 % de los votos estimados para el caso, también, de unos comicios generales. Pero el dato de que la situación política española estaba cambiando, de que se estaba produciendo un realineamiento electoral de los españoles nunca antes conocido en nuestro país, de que el recambio y la continuidad estaban dando paso al cambio, lo aportó el Barómetro de octubre del CIS. Por primera vez en la reciente historia democrática de nuestro país, un partido que no era ni el PSOE ni el partido conservador (sea este UCD, AP o PP) se situaba en primera posición en la preferencias electorales de los españoles para el caso de unas elecciones generales. En esa oleada, la intención de votar (IDV) a Podemos alcanzaba un 17.6 %, 3.3 puntos superior a la que registraba el PSOE (14.3 %) y 5.9 puntos superior a la del PP (11.7 %). Con todo, en la estimación de resultado electoral (en los porcentajes sobre voto válido) el CIS seguía dejando a Podemos en tercera posición por detrás del PP y del PSOE si bien, en esta ocasión, a tan solo 1.4 puntos de los socialistas: 27.5 % el PP, 23.9 % el PSOE y 22.5 % Podemos.

La oleada de octubre del Barómetro del CIS arrojaba otros datos relevantes. El resultado estimado para las otras dos formaciones de ámbito general sufría un retroceso

---

<sup>239</sup> Puede consultarse en

[http://www.cis.es/cis/export/sites/default/-Archivos/Marginales/3020\\_3039/3033/es3033mar.pdf](http://www.cis.es/cis/export/sites/default/-Archivos/Marginales/3020_3039/3033/es3033mar.pdf)

significativo. A Izquierda Unida se le estimaba un 4.8 % lo que le hacía retroceder a sus datos de cinco años atrás: en el Barómetro de octubre de 2009, el resultado estimado en el caso de IU era de un 4.7 %. Desde entonces, el dato estimado para esta formación siempre había superado el 5 % y, en algunas oleadas, incluso el 10 %. En el caso de UPyD, el 4.1 % estimado en octubre de 2014 era su peor dato desde el Barómetro de enero de 2012, cuando logró superar el 5 % (y desde entonces se había mantenido por encima de esa cifra). En otras palabras, IU y UPyD no estaban siendo protagonistas del cambio en el sistema de partidos español que se estaba produciendo. De hecho, y siguiendo la tesis de Morgan, puede hablarse de colapso del sistema de partidos porque tienen que aparecer nuevos partidos no presentes en el sistema para dar voz, en el sentido de Hirschman (1977), a los ciudadanos y a sus demandas. Los partidos tradicionales no son capaces ni de propiciar la lealtad de sus votantes ni tampoco están dispuestos a darles voz, por lo que no les deja más opción que la salida: primero hacia la abstención (según quedaba registrado en los sondeos) y posteriormente hacia los nuevos partidos emergentes (Podemos y Ciudadanos). Como han señalado Pavía, Bodoque y Martín (2016): “ la irrupción de Podemos en el sistema de partidos español fue meteórica, y ciertamente sorprendente para cualquier observador que no haya seguido la demoscopia española desde el discurso de Zapatero de mayo de 2010. Una de las claves del éxito de Podemos fue detectar y ocupar el espacio vacío que la oferta disponible de partidos en 2014 no estaba cubriendo. Una parte significativa de la sociedad española expresaba sus deseos de votar algo distinto a PP y PSOE, pero pocos encontraban acomodo en IU y UPyD”.

Con algunas variaciones, el Clima Social de octubre de Metroscopia, arrojaba unos resultados similares. Por un lado, en IDV el PSOE se situaba en primera posición (con un 14.8 %), por delante de Podemos (que pasaba a ocupar el segundo lugar con un 12.3 %) y del PP (11.9 %). En la estimación de resultado electoral, y a diferencia del CIS, Metroscopia estimaba que el PSOE sería el partido más votado si se celebrasen en ese momento, de manera inmediata, unas nuevas elecciones generales. La posible distribución de votos situaba en cabeza a los socialistas con un 30.9 % de los votos válidos, 2.2 puntos más que su resultado de 2011. El PP llegaba a perder hasta 14.4 puntos y pasaba de tener el 44.6 % de los votos válidos a 30.2 %. El resultado estimado tanto para IU como para UPyD era peor que el que obtuvieron tres años antes —1.7 y 1.3 puntos menos, respectivamente—. Podemos, por su parte, se situaba como tercera fuerza política nacional el con el 14.3 % de los votos.

Otros datos que arrojaba el sondeo ponían de manifiesto algunos importantes cambios que se estaban produciendo en el ámbito político español. Uno de ellos era la movilización del electorado. Hasta ese momento, la desafección y el enfado con todo lo relacionado con el ámbito político que —desde pocos meses después de celebrarse las elecciones de 2011— habían ido manifestando los ciudadanos sondeo tras sondeo, se traducían en términos electorales en una clara desmovilización: en el caso de unos hipotéticos comicios generales la mayoría de los ciudadanos se declaraba indeciso o directamente se inclinaba por la abstención. En octubre de 2014, sin embargo, ese enfado —que persistía entre la mayoría de los españoles— parecía estar actuando, al contrario, como catalizador de la participación electoral: el 72.2 % de los españoles se declaraba dispuesto a participar, medio punto más que el 71.7 % que realmente había votado tres años antes, en 2011. Otro dato relevante era la distribución de apoyos electorales. Con una participación similar a la de 2011, el resultado estimado en esa oleada del Clima Social era totalmente diferente al de tres años antes porque la distribución de los votos era muy diferente. En las elecciones de 2011, la suma de los porcentajes de votos sobre Censo obtenidos por el PP y el PSOE era del 51.9 %; en octubre de 2014, para conformar un porcentaje prácticamente idéntico (50.9 %), era necesario sumar los votos de tres partidos: PP, PSOE y Podemos. Y si en 2011 el PP aventajó al PSOE en más de 10 puntos, en el sondeo eran los socialistas quienes superaban a los populares por casi cinco. La mejora en los sondeos de los socialistas tenía que ver, sin duda, con la elección de su nuevo secretario general. El 13 de julio de 2014, el PSOE celebró unas elecciones primarias entre sus militantes para elegir al nuevo secretario general tras la dimisión de Rubalcaba por los malos resultados electorales obtenidos en las elecciones al Parlamento Europeo.

### **C) Elecciones primarias en el PSOE para elegir a su nuevo secretario general.**

Finalmente se presentaron tres candidatos: Madina, Pérez Tapias y Sánchez. Este último fue el que se impuso al lograr el 49 % de los votos frente al 36 % de Madina y el 15 % de Pérez Tapias. El Congreso Extraordinario del PSOE de los días 26 y 27 de julio de 2014 ratificó los resultados de las elecciones primarias y Sánchez fue nombrado oficialmente nuevo secretario general de los socialistas.

Todo proceso de elecciones primarias de un partido lleva aparejado una serie de posibles oportunidades —entre otras, el aumento de la visibilidad mediática del partido, el incremento del conocimiento ciudadano de los candidatos o la movilización a su favor de

una parte de electorado— pero también de posibles contrapartidas —hacer perceptibles o potenciar las posibles divisiones internas del partido—. En un primer momento, en las elecciones primarias del PSOE los beneficios superaron a los posibles perjuicios. Según un sondeo de Metroscopia llevado a cabo tras el triunfo de Sánchez, ocho de cada diez votantes socialistas (81 %) pensaban que su elección como nuevo secretario general del PSOE era algo bueno para el partido. Eran, además, más del doble los votantes del PSOE que consideraban que el partido había salido más unido de esas elecciones primarias que quienes, al contrario, pensaban que el partido salía más desunido: 41 % frente a 17 %. Para un 22 % el partido estaba igual que antes de las primarias. Por otro lado, el nuevo secretario general inspiraba confianza a una amplia mayoría de votantes socialistas (en proporción de dos a uno: 56 % frente a 25 %).

La elección de Sánchez fue recibida por los votantes socialistas de manera más positiva que como recibieron la elección del anterior secretario general tras el Congreso Federal de febrero de 2012. En aquella ocasión, los votantes socialistas se mostraron divididos entre quienes pensaban que la elección de Rubalcaba era buena para el partido y quienes pensaban que no; la amplia mayoría (58 %) pensaba entonces que el partido socialista salía más desunido tras ese Congreso y un 67 % manifestaba tener poca o ninguna confianza en el nuevo secretario general.

Los datos del Clima Social de Metroscopia de octubre ponían de manifiesto que una gran parte de los españoles que unos meses antes decían sentirse enfadados con la política hasta el punto de declararse abstencionistas, había encontrado motivos para salir de la apatía y pensar en acudir a votar. Uno de ellos era, sin duda, el surgimiento de Podemos, partido que había sabido captar la atención de una gran parte de los votantes desencantados con otras formaciones políticas (sobre todo, pero no únicamente, de IU y PSOE) y romper, por lo menos demoscópicamente, la hegemonía política de PP y PSOE. No obstante, y a pesar de que Podemos lograba atraer a una quinta parte, aproximadamente, del electorado socialista, el PSOE era, en aquellos momentos, el partido que hubiera logrado más votos debido a que los socialistas lograban captar más votantes de otros partidos —sobre todo del PP— y de la abstención de los que perdía. Y aquí es donde entraba el que se puede denominar “efecto” Sánchez. El nuevo líder de los socialistas lograba romper la mala imagen que arrastraban los dos anteriores secretarios generales del partido entre su electorado y pasaban a ser mayoría los probables votantes

del PSOE<sup>240</sup> que aprobaban su gestión (55 %). Como en el caso de sus antecesores, el saldo de Sánchez (-24 puntos) entre el conjunto de la ciudadanía sigue siendo negativo —eran más quienes le desaprobaban que quienes le aprobaban: 48 % frente a 24 %— pero estaba muy alejado de los soportados por Rubalcaba y Zapatero. Además, su saldo era mejor que el que obtenía el presidente del Gobierno que era de -53 puntos (un 21 % aprobaba a Rajoy frente a un 74 % que le desaprobaba). Por otro lado, la amplia mayoría de los probables votantes del PSOE pensaba que Sánchez estaba consiguiendo renovar al PSOE (73 %) y que iba a ser capaz de atraer a antiguos votantes socialistas que habían dejado de votar al partido (69 %). Por el contrario, Rajoy seguía sin lograr mejorar su imagen ciudadana: le desaprobaba un 74 %, prácticamente el mismo porcentaje que lo hacía dos años antes (71 %). La sangría de votos populares que se detectada en los sondeos previos, lejos de remitir, seguía aumentando: el voto probable al PP se situaba en el 15.9 %, la mitad de lo que los populares habían logrado en las elecciones de 2011 (y casi dos puntos inferior al dato de la oleada precedente de agosto).

Hay que tener en cuenta que una de las principales demandas de regeneración democrática que la sociedad española venía trasladando a los partidos políticos, sondeo tras sondeo desde prácticamente el inicio de la crisis económica, era la posibilidad de participar más directamente en la elección de sus candidatos. Y cada vez eran más quienes lo pedían: en un sondeo de julio de 2014, coincidiendo con las primarias socialistas, un 81 % se mostraba de acuerdo (frente al 74 % de un sondeo llevado a cabo dos años antes) con que todos los partidos políticos tuvieran que elegir a sus candidatos obligatoriamente, por ley, mediante elecciones primarias abiertas a militantes y simpatizantes. Sin duda porque los españoles consideraban que de esa forma era más probable que los partidos políticos fueran más receptivos a las demandas de sus votantes —que era lo que pedía un 83 % de los españoles en el sondeo de julio de 2014— y no tanto a la de sus militantes —que es lo que hacían los partidos según el 64 % de los ciudadanos—.

La crítica al funcionamiento de los partidos políticos —que no a los partidos políticos en sí mismos— se había ido extendiendo coincidiendo con el avance de la crisis económica (y la —según la percepción ciudadana— incapacidad de los políticos para darle solución). En estos momentos un 82 % (ocho puntos más que dos años antes) creía que tal y como

---

<sup>240</sup> Por probables votantes del PSOE se entiende a aquellos electores que manifestaban bien su intención de votar a los socialistas en las siguientes elecciones generales bien su simpatía por este partido.

funcionaban y estaban organizados los partidos, era muy difícil que logaran atraer y reclutar para la actividad política a las personas más competentes y mejor preparadas.

Con esta panorama no debe extrañar que la aparición de nuevos partidos o el crecimiento electoral de partidos minoritarios ya existentes, fuera vista con buenos ojos por los ciudadanos: tres de cada cuatro españoles (76 %, la misma proporción que un año antes cuando partidos como, por ejemplo, Podemos no habían surgido todavía) creían que sería bueno para el sistema político español que en las siguientes elecciones generales PP y PSOE dejaran de ser dos los partidos predominantes y que el protagonismo político se compartiera con un mayor número de partidos de ámbito nacional. Esa opinión la compartía el 84 % de los probables votantes del PSOE y un 37 % de los del PP. La mayoría de estos últimos (56 %) creía, por el contrario, que una situación política distinta del bipartidismo existente sería mala para nuestro sistema político.

Por otro lado, un 88 % de los españoles pensaba que la democracia es preferible a cualquier otra forma de gobierno. Desde hacía décadas ese porcentaje había sido ampliamente mayoritario pero con la llegada y, sobre todo, con la profundización y extensión de la crisis económica había decrecido en algunos puntos. El porcentaje registrado en julio de 2014 —que ponía de manifiesto una clara tendencia ascendente desde 2012— volvía, así, a situarse en los niveles medios registrados con anterioridad al inicio de la crisis. Además, dos de cada tres españoles (64 %) consideraba que la actual democracia, con todos sus posibles defectos e insuficiencias, constituía el período en que mejor había estado nuestro país en su historia. En solo dos años —los que van de 2011 a 2013— ese porcentaje había sufrido un descenso de 13 puntos (de un 72 % a un 59 %): en julio de 2014, en cambio, parecía que retomar una tendencia ascendente.

La aparición en el escenario político español de un partido político como Podemos parecía haber introducido en sistema político español a electores que, sobre todo desde el inicio de la crisis económica, se habían sentido excluidos del mismo y reintroducir a parte de los que, estando dentro, se habían sentido expulsados a lo largo de esos años. Gran parte del éxito de Podemos fue, como escribió Ignacio Urquizu en un artículo en EL PAÍS: “su capacidad de hacer un diagnóstico que conectaba con el estado de ánimo de los españoles”<sup>241</sup>. En la estimación de resultado electoral de cara a unas elecciones generales de la oleada de diciembre de 2014 del Clima Social de Metroscopia, Podemos se situaba

---

<sup>241</sup> ¿Por qué tiene éxito Podemos?  
([http://elpais.com/elpais/2014/10/15/opinion/1413398106\\_224493.html](http://elpais.com/elpais/2014/10/15/opinion/1413398106_224493.html)).

por primera vez en primera posición por delante del PP y del PSOE: 27.7 % frente a 26.2 % de los socialistas y 20.7 % de los populares. Un resultado basado en una estimación de participación de 70.5 %. Como se explicaba en un artículo<sup>242</sup>, los datos del sondeo había que interpretarlos como un intento de traducir en cifras electorales el estado de ánimo ciudadano existente en ese concreto momento y no como un intento de predicción electoral (algo que en ningún caso pueden tener los sondeos preelectorales). El apoyo a Podemos que manifestaban los electores en ese momento se debía, sobre todo, a una sensación de decepción y desencanto con los demás partidos (42 % así lo expresaba un 42 %) y algo menos a que Podemos fuera el partido que más se aproximara a lo que pensaban y creían esos electores (como era el caso de un 33 %). Un dato que podía interpretarse como un reflejo de la volatilidad del voto a esta formación política: si los partidos “tradicionales” (término con el que nos referimos a los partidos políticos presentes en la política española antes del surgimiento de Podemos) eran capaces de reaccionar dando voz a sus votantes, esto es, acogiendo las demandas que los electores les venían reclamando sondeo tras sondeo, era posible que volvieran a recuperar a esos votantes huérfanos que habían ido dejando por el camino desde el inicio de la crisis económica. En este sentido, hay que tener en cuenta que la mayoría de los españoles consideraba que Podemos no tenía ideas claras sobre lo que había que hacer para superar la crisis económica (50 %); que las propuestas que estaba haciendo Podemos en ese momento no eran realistas ni tenían posibilidades de llevarse a cabo (54 %); y que, a pesar del estado en el que se encontraban los partidos políticos tradicionales, Podemos no era el único partido en el que se pudiera confiar (64 %).

Así, en la oleada de diciembre del Clima Social, el PSOE lograba superar a Podemos y situarse en primera posición en la estimación de resultado electoral en el caso de unas hipotéticas inmediatas elecciones generales. La mejora de los socialistas era consecuencia, sobre todo, de que lograba recuperar a parte de sus votantes que el mes anterior optaban bien por la abstención, bien por votar a otro partido (y, en particular, a Podemos). El PSOE contaba, en esos momentos, con una fidelidad de voto del 49 % —frente al 35 % del mes precedente—; un 4 % de sus votantes se declaraba abstencionista —frente al 10 % de la oleada anterior—; y un 23 % —frente al 31 % de la oleada precedente— afirmaba que votaría a Podemos. No obstante, el resultado estimado para

---

<sup>242</sup> Un vuelco electoral ¿transitorio?  
([http://politica.elpais.com/politica/2014/11/01/actualidad/1414874737\\_143955.html](http://politica.elpais.com/politica/2014/11/01/actualidad/1414874737_143955.html)).

los socialistas en esta oleada quedaba un punto por debajo del porcentaje de voto que obtuvieron en las elecciones generales de 2011, lo que, llegado el caso, supondría un nuevo suelo histórico del PSOE (si bien teniendo en cuenta que el panorama político nacional era, en ese momento, muy diferente al de tres años antes debido, sobre todo, a la irrupción de Podemos).

En esa oleada de diciembre se quebraba la tendencia ascendente que desde el mes de mayo había mantenido la formación liderada por Pablo Iglesias. Podemos —que se vio encumbrado a la primera posición en noviembre (tras un mes en que Pablo Iglesias fue elegido secretario general y en que se hicieron públicos varios casos de corrupción que afectaron al PSOE y, sobre todo, al PP) pasaba a ocupar la segunda posición en la estimación de resultado electoral al perder 2.7 puntos con respecto a la estimación de noviembre (del 27.7 % estimado entonces a un 25 %). De hecho, era el único de los cinco principales partidos nacionales cuya intención directa de voto —las respuestas espontáneas dadas por las personas entrevistadas al preguntarles por el posible sentido de su voto en unas nuevas e inminentes elecciones— descendía con respecto a la del mes anterior (4.1 puntos menos). Hay que tener en cuenta que la mayoría de quienes manifestaban la intención de votar a Podemos o simpatizaban con esta formación, lo seguían haciendo movidos más por el enfado hacia el resto de partidos (44 %) que por cercanía ideológica a Podemos (29 %). Es decir, era un electorado que todavía no había roto total y definitivamente los lazos que le unían a los partidos a los que anteriormente habían votado y con los que parecía existir todavía la posibilidad de reconciliación, —siempre y cuando percibieran en ellos voluntad real de cambio (que era, lo que parecía que había sucedido en el caso de una parte de los votantes socialistas que en noviembre se inclinaba por votar a Podemos pero en la oleada de diciembre había vuelto a confiar en los socialistas). Por otro lado, Iglesias seguía siendo el líder político menos negativamente evaluado por el conjunto de los españoles, si bien experimentaba a lo largo del mes transcurrido entre las dos oleadas (noviembre-diciembre) un significativo y sustancial desgaste de imagen: de un saldo evaluativo positivo en noviembre (+1 punto: un 44 % aprobaba su actuación política y un 43 % la desaprobaba) pasaba a uno negativo de -17 puntos (34 % de aprobación frente a 51 % de desaprobación). El detectado descenso de Podemos beneficiaba a IU. El diputado de esta formación política, Alberto Garzón era, tras Iglesias, el político con saldo evaluativo menos fuertemente negativo: -21 puntos (un 31 % aprobaba su actuación política y un 52 % la desaprobaba).



El PP, por su parte, parecía seguir en caída libre. El tema de la corrupción seguía lastrando su recuperación electoral y en esta oleada de diciembre menos de la mitad (43 %) de quienes le votaron en 2011 manifestaba su intención de volver a hacerlo en el inmediato futuro. La actuación política del presidente del Gobierno obtenía un saldo evaluativo fuertemente negativo (-60 puntos: ocho de cada diez españoles —79 %— la desaprobaban y solo un 19 % la aprobaba). La caída del PP beneficia también a UPyD, que lograba atraer a un 5 % de anteriores votantes populares.

La participación estimada para unas hipotéticas inmediatas elecciones generales superaba a la de meses anteriores situándose, incluso, por encima de la que hubo en los comicios de 2011: si entonces votó el 71.7 % del Censo de españoles residentes (CER), en ese momento lo haría en torno al 73 %. Sin duda, la aparición de un partido político como Podemos había conseguido movilizar a parte del electorado tradicionalmente abstencionista compensando la posible salida hacia la abstención que en esos días tentaba a una parte importante del electorado popular (en torno al 12 %). En todo caso, la amplia mayoría de los españoles creía que ninguno de los tres partidos que aparecían en cabeza de las preferencias electorales —PSOE, PP y Podemos— estaba realizando propuestas realistas y con posibilidades de llevarse a cabo, ni tenía ideas claras sobre lo que había que hacer para superar la crisis económica. Ninguno de los tres lograba generar sensación de esperanza y confianza más allá de sus potenciales electorados.

La baza del PP para recuperar a los votantes que había ido perdiendo a lo largo de la legislatura pasaba por la recuperación de la economía. Sin embargo, la percepción ciudadana de la situación económica no mejoró sustancialmente a lo largo del 2014. Si en junio de ese año el saldo entre el porcentaje de españoles que consideraba que la situación económica de su hogar estaba mejorando y el porcentaje de quienes pensaban que estaba empeorando era de -36 puntos, en diciembre era de -28.

Por otro lado, el saldo entre el porcentaje de españoles que pensaban que les estaba resultando más fácil llegar a final de mes y el de quienes consideraban que les estaba resultando más difícil apenas varió en esos meses: -57 puntos en junio y -54 en diciembre. Y entre estos dos meses se duplicó el saldo negativo entre el porcentaje de españoles que pensaban que la situación económica española estaba mejorando y quienes, por el contrario, consideraban que estaba empeorando: de -9 a -18 puntos.

<b>CUADRO 32</b> <i>En general, ¿considera que la situación económica de su hogar está mejorando, sigue igual o está empeorando?</i> <b>CUADRO CRONOLÓGICO JUNIO-DICIEMBRE 2014</b> <b>(En porcentajes)</b>						
	Diciembre	Noviembre	Octubre	Septiembre	Julio	Junio
● Está mejorando	9	7	6	7	7	7
● Sigue igual*	54	48	52	54	51	50
● Está empeorando	37	45	42	39	41	43
BALANCE	-28	-38	-36	-32	-34	-36

\* Respuesta espontánea; esta alternativa no se ofrecía en la entrevista.

La diferencia hasta 100 en la suma vertical de porcentajes corresponde a No sabe / No contesta.

Fuente: Banco de Datos de Metroscopia

<b>CUADRO 33</b> <i>¿Tiene usted la impresión de que en general le está resultando más fácil o más difícil llegar a fin de mes?</i> <b>CUADRO CRONOLÓGICO JUNIO-DICIEMBRE 2014</b> <b>(En porcentajes)</b>						
	Diciembre	Noviembre	Octubre	Septiembre	Julio	Junio
● Más fácil	10	6	7	6	6	8
● Igual*	25	21	22	28	22	26
● Más difícil	64	73	70	65	72	65
BALANCE	-54	-67	-63	-59	-66	-57

\* Respuesta espontánea; esta alternativa no se ofrecía en la entrevista.

La diferencia hasta 100 en la suma vertical de porcentajes corresponde a No sabe / No contesta.

Fuente: Banco de Datos de Metroscopia

<b>CUADRO 34</b> <i>En general, ¿considera que la situación de la economía española está mejorando, sigue igual o está empeorando?</i> <b>CUADRO CRONOLÓGICO JUNIO-DICIEMBRE 2014</b> <b>(En porcentajes)</b>						
	Diciembre	Noviembre	Octubre	Septiembre	Julio	Junio
● Está mejorando	20	14	14	18	17	24
● Sigue igual*	41	36	40	44	43	43
● Está empeorando	38	48	45	37	39	33
BALANCE	-18	-34	-31	-19	-22	-9

\* Respuesta espontánea; esta alternativa no se ofrecía en la entrevista.

La diferencia hasta 100 en la suma vertical de porcentajes corresponde a No sabe / No contesta.

Fuente: Banco de Datos de Metroscopia



## VII. CAPÍTULO VI. 2015: EL AÑO DEL CAMBIO

El año 2015 pasará a los anales de la historia política de España por la cantidad de procesos electorales que tuvieron lugar y, sobre todo y más importante, por lo que estaba en juego en cada uno de ellos<sup>243</sup>. En marzo de ese año iban a tener lugar las elecciones andaluzas que servirían para contrastar la fortaleza electoral de dos formaciones políticas que hasta ese momento solo habían demostrado una fuerte capacidad de crecimiento en los sondeos: Podemos y Ciudadanos. Tras los comicios europeos del 2014, la formación de Pablo Iglesias había ido sumando apoyos hasta situarse, según la mayoría de encuestas publicadas, entre los primeros puestos de las preferencias políticas de los españoles para el caso de unas hipotéticas inmediatas elecciones generales. Ciudadanos, por su parte, desde que anunció su intención de presentarse en todo el territorio nacional y en todos los ámbitos electorales, no había parado de crecer en la intención de voto manifestada por los españoles sondeo tras sondeo. Faltaba confirmar si ese apoyo era solo demoscópico o si, finalmente, acabaría materializándose en votos. Y las elecciones andaluzas iban a ser, así, la primera ocasión de poder ver la fortaleza de las dos nuevas formaciones políticas.

Por otro lado, en mayo de 2015 iban a tener lugar elecciones municipales (también autonómicas en la mayoría de las Comunidades). Iban a ser las elecciones más relevantes porque iban a marcar, más que cualquier otra, el devenir político de nuestro país en los meses siguientes. Por un lado, iban a preceder tanto a las elecciones al Parlamento catalán como a las elecciones generales, por lo que sus resultados —esto es, los apoyos que iba a recibir cada partido en los ámbitos locales y regionales— serían ya conocidos cuando los electores fueran a votar en septiembre y a finales de año. Por otro, hay que tener en cuenta que prácticamente todo cambio político que ha tenido lugar en España se ha producido de abajo a arriba. O si se prefiere, todo cambio ocurrido en la política nacional ha solido venir precedido en España de cambios políticos en los ámbitos local y regional.

En septiembre, iban a tener lugar las elecciones al Parlamento de Cataluña. Su importancia residía, en esa ocasión, en saber hasta qué punto la sociedad catalana apostaba por la vía independentista: iba a ser la primera vez que los partidos nacionalistas iban a llevar en su programa la apertura de un proceso soberanista

---

<sup>243</sup> Estos aspectos fueron comentados en el artículo “Elecciones municipales y autonómicas: la anticipación del cambio”. (<http://www.maspoderlocal.es/files/articulos/205-F55421a432051430395459-articulo-1.pdf>).

inmediatamente después de las elecciones si lograban sumar una mayoría absoluta. Los resultados de esos comicios iban a tener, previsiblemente, una clara influencia en la política nacional mayor a la de cualquier ocasión anterior.

Finalmente, el último mes del año iban a tener lugar elecciones generales cuya relevancia es obvia: son las que deciden el Gobierno de la nación y, en esta ocasión, iban a confirmar (o no) el colapso del sistema de partidos que se venía fraguando a lo largo de las dos últimas legislaturas.

El clima de opinión ciudadano a comienzos de año quedaba reflejado en la oleada de enero del Clima Social de Metroscopia:

- El 79 % de los españoles (diez puntos menos que un año antes, en enero de 2014) pensaba que, en conjunto, que la situación económica de España seguía siendo mala. Lo afirmaba incluso el 51 % de los votantes del PP. Pese a ello, el 64 % (cifra superior en 6 puntos a la de enero de 2014) encaraba el nuevo año con optimismo.
- En líneas generales, los datos referidos a la situación económica y social española registraban por primera vez una inflexión, moderada pero clara, en sentido positivo: aumentaban quienes creían que en el nuevo año les iba a ir mejor que en el anterior, los que definían como buena su situación económica familiar, los que pensaban que en adelante esta iba a mejorar y, sobre todo, los que consideraban que la situación económica del país iba a ir a mejor.
- Ese incipiente menor pesimismo era menos claramente perceptible en el caso del paro: un 63 % (frente al 65 % en enero de 2014) seguía pensando que el desempleo iba a seguir igual de alto que hasta ese momento, o incluso más.
- Entre las principales figuras de la vida política nacional, tan solo Rivera, el líder de Ciudadanos, obtenía un saldo evaluativo<sup>244</sup> positivo (+5 puntos), y era además el que recibía una mejor evaluación de sus potenciales votantes<sup>245</sup> (un llamativo +92). Iglesias, que en noviembre de 2014 era la única figura política que no suspendía (con un saldo evaluativo mínimamente positivo: +1) registraba en enero de 2015 un saldo de -13 puntos (que entre sus potenciales votantes, pasaba a ser

---

<sup>244</sup> El saldo evaluativo es la diferencia entre los porcentajes de españoles que aprueban y desaprueban a un líder político.

<sup>245</sup> Por potenciales votantes se entiende en este trabajo a aquellos electores que manifiestan su intención (IDV) de votar a un partido. Se ha preferido utilizar este indicador en lugar del tradicional recuerdo de voto porque en el caso de Podemos y de Ciudadanos no existen antecedentes de sus votantes por ser la primera vez que se presentaban a unas elecciones generales.

de +72: cifra 20 puntos inferior a la que conseguía Rivera entre los suyos). El Presidente del Gobierno con un saldo negativo de -50 puntos (que, entre quienes decían que iban a volver a votarle era de +70) seguía siendo la figura pública peor evaluada por el conjunto de la ciudadanía. En el caso del PP y del PSOE había de tenerse en cuenta que la opinión recogida era la que expresan quienes dicen que iban a seguir votando a esos partidos (los potenciales votantes), no la de quienes les votaron en 2011: es decir, se trata de los respectivos “núcleos duros” de votantes, los especialmente fieles e identificados con tales siglas.

# 1. EL CUATRIPARTIDISMO SE COMPLETA: CIUDADANOS EQUILIBRA LA BALANZA IDEOLÓGICA

Pero, sin duda, la gran novedad que arrojaba el Clima Social de enero de Metroscopia era, como señaló José Juan Toharia en un artículo publicado en EL PAÍS<sup>246</sup>, la entrada en escena de Ciudadanos. Tras varios intentos de acuerdo con UPyD (todos fallidos) para presentarse en una candidatura conjunta de cara a las elecciones autonómicas en Andalucía (con el objetivo de hacerlo, también, en el resto de procesos electorales que iban a celebrarse en 2015), en noviembre de 2014 ambas formaciones políticas acabaron rompieron definitivamente el diálogo emprendiendo, cada una, su camino por separado. Pues bien, los datos del sondeo de enero mostraban que la formación que lideraba Albert Rivera estaba en condiciones, apenas un mes después de anunciar formalmente su intención de concurrir a las siguientes elecciones generales, de hacerse con unos dos millones de votos (el 8.1 % de la participación estimada por Metroscopia), quedando en cuarto lugar. De ese modo, superaba tanto a IU como a UPyD —que obtenían un resultado estimado de 5.3 % y 5.0 %, respectivamente— y el paisaje político nacional pasaba a contar con seis partidos de ámbito estatal en vez de los cuatro que hasta ese momento protagonizaban la vida política nacional. Era, probablemente, la primera vez que se hablaba ya directamente de un cuatripartidismo y, por tanto, de un radical cambio del sistema de partidos español<sup>247</sup>.

---

<sup>246</sup> “¿Hacia el cuatripartidismo?”

([http://politica.elpais.com/politica/2015/01/10/actualidad/1420910162\\_455816.html](http://politica.elpais.com/politica/2015/01/10/actualidad/1420910162_455816.html))

<sup>247</sup> En el Barómetro de enero de 2015 del CIS todavía no se detectaba el auge de Ciudadanos y, por tanto, el emergente cuatripartidismo. En esa oleada, el partido de Rivera obtenía un 2.1 % en la IDV y un 3.1 en la estimación de resultado electoral (porcentajes, eso sí, que marcaban una tendencia ascendente desde los precedentes dos Barómetros electorales del CIS. La evolución de la estimación de voto de cada partido puede consultarse en:

[http://www.cis.es/cis/export/sites/default/-Archivos/Indicadores/documentos\\_html/sB606050020.html](http://www.cis.es/cis/export/sites/default/-Archivos/Indicadores/documentos_html/sB606050020.html)

Un estudio de Metroscopia llevado a cabo a mediados de enero de ese año (los días 15 y 16) arrojaba el perfil de los potenciales votantes de los dos nuevo partidos que pasaron a denominarse “partidos emergentes”. En esos momentos, el perfil de los potenciales votantes de Podemos era el siguiente:

- Procedían básicamente de la abstención (un 23.5 % de los que no votaron en 2011 indicaban su intención de votar a Podemos), del PSOE (el 33 % de quienes votaron a este partido en 2011) y de Izquierda Unida (el 46 % de quienes votaron a este partido en 2011). Además, también obtenía algunos apoyos del Partido Popular (el 5.7 % de sus anteriores electores manifestaban su intención de votar a Podemos. Un mes antes decía eso mismo el 10 %: el 4.3 % restante se inclinaba en enero de 2015 por Ciudadanos).
- La principal razón que alegaban quienes decían que votarían a Podemos era la decepción y el desencanto con los dos grandes partidos (PP y PSOE). De hecho, más del 90 % de quienes indicaban su deseo de votar a la formación de Pablo Iglesias decían que con ello lo que buscaban era acabar con el bipartidismo PP-PSOE y con la corrupción que consideraban que el mismo había propiciado<sup>248</sup>. Al mismo tiempo, un 80 % indicaba además que consideraban a Podemos la mejor alternativa para solucionar los problemas de España.
- Entre el conjunto de la población, la tasa de rechazo referida a Podemos (es decir, el porcentaje de electores que respondía que no le votaría en ningún caso) era del 30 %, muy superior a la que tenía el PSOE pero, a la vez, muy inferior a la del PP. Es decir, Podemos suscitaba apoyos y rechazos intensos.
- El líder de la formación, Pablo Iglesias, había ido consiguiendo el saldo aprobatorio<sup>249</sup> más elevado entre todos los políticos sometidos a evaluación ciudadana, con una amplia simpatía no sólo entre sus potenciales votantes sino también entre los del PSOE y los de IU. En enero de 2015, sin embargo, presentaba un saldo evaluativo que había pasado a ser negativo, al tiempo que Albert Rivera (de Ciudadanos) era el único político que resultaba evaluado de forma favorable.

---

<sup>248</sup> En el artículo “¿Cuánto podrá Podemos?”, Ferrándiz y Urquiza conjeturaban que “si la principal motivación que está detrás de estos apoyos es propiciar el fin del bipartidismo, es muy probable que el sistema de partidos pueda cambiar en nuestro país este 2015”. ([http://elpais.com/elpais/2015/01/12/opinion/1421088771\\_568551.html](http://elpais.com/elpais/2015/01/12/opinion/1421088771_568551.html)).

<sup>249</sup> La diferencia entre quienes aprueban y desaprueban su actuación política (es decir, lo que dice, hace o representa).

- Dentro del conjunto de la población española los potenciales votantes de Podemos eran los que en mayor proporción declaraban tener dificultades para llegar a fin de mes (lo decía el 69 %), los que en mayor medida posponían compras que habían pensado hacer y los más propensos a pensar que en esos años su situación económica familiar había empeorado. Es decir, en buena medida este electorado estaba integrado por personas que cabía definir como “los perdedores de la crisis económica”.
- Al mismo tiempo, los potenciales votantes de Podemos se mostraban particularmente pesimistas sobre la evolución esperable de la situación económica. Eso invitaba a conjeturar que si la economía mejorase (en vez de, como daba por descontado, mantenerse como estaba o, incluso, llegar a empeorar) parte de quienes en esos momentos se mostraban dispuestos a dar su voto a Podemos podrían, quizá, variar de planteamiento.
- Características destacadas de los potenciales votantes de Podemos eran su alto grado de movilización y su transversalidad (en aquellos momentos se repartían de forma similar en los entornos urbanos y en los rurales). Asimismo, su atractivo era especialmente elevado entre los estudiantes, los parados y las personas con estudios superiores y, en cambio, particularmente bajo entre quienes no trabajaban y se ocupaban del hogar, los jubilados, los mayores de 65 años y los ciudadanos con pocos estudios.

Por su parte, el potencial electorado de Ciudadanos mostraba, en enero de 2015, este perfil:

- A pesar de que Rivera había definido a su partido como ideológicamente ubicado en el centro izquierda, sus potenciales votantes procedían y se posicionaban en torno al centro derecha:
  - o El crecimiento de Ciudadanos en los sondeos se debía, sobre todo, a que lograba atraer a un 10 % de anteriores votantes del PP (lo que le reportaba alrededor de un millón de votos) y a una quinta parte de anteriores votantes de UPyD (un 22 %, que le supondría en torno a 250.000 votantes).
  - o En las elecciones generales de 2011, un 47 % de los potenciales electores de Ciudadanos había votado al PP y un 10 % a UPyD, frente a un 7 % que había optado por el PSOE y solo un 2 % por IU.
  - o Dentro de la escala ideológica 0-10 (en la que el 0 corresponde a una posición de extrema izquierda y el 10 a una de extrema derecha) los potenciales votantes de Ciudadanos se posicionaban en el 5.2 (es decir,



una posición de centro levemente escorada a la derecha) y situaban a Ciudadanos solo dos décimas más hacia la derecha de donde ellos mismos se ubicaban (5.4). Al PP le percibían mucho más escorado hacia la derecha de donde ellos se situaban —en el 7.3—.

- Estos datos mostraban que los anteriores votantes del PP que se habían pasado a las filas de Ciudadanos eran los ideológicamente más moderados<sup>250</sup>. Hasta ese momento esos votantes populares —los más moderados y desencantados con el PP (y, en general, con todos los partidos políticos)— se refugiaban sobre todo, en la abstención, en la indecisión, y, en una pequeña parte, en UPyD .
- La aparición de Ciudadanos había reactivado a una gran parte de ese electorado popular que estaba desmovilizado (es decir, indeciso y tendente a la abstención) y que aspirando a la reforma y renovación del sistema político no se encontraba cómodo apoyando al partido que, probablemente, mejor parecía representar el cambio (es decir, Podemos).
- De hecho, el partido liderado por Pablo Iglesias era el que producía mayor rechazo entre los potenciales votantes de Ciudadanos: un 65 % de estos decía que en ningún caso votaría a Podemos. El potencial votante de Ciudadanos percibía a Podemos situado en la extrema izquierda: concretamente, en el 1.3 en la escala ideológica 0-10.
- Si el potencial votante de Podemos decía que iba a votar a este partido sobre todo porque se sentía decepcionado con las demás opciones políticas, el potencial votante de Ciudadanos decía, en cambio, que lo haría sobre todo por cercanía e identificación con los postulados del partido de Rivera.
- En todo caso, la principal motivación que declaraban los potenciales votantes tanto de Podemos como de Ciudadanos para dar su voto a estas formaciones era propiciar la renovación del sistema político español.
- El Perfil sociodemográfico básico del potencial votante de Ciudadanos quedaba configurado en ese momento de la siguiente forma:
  - o Mayoritariamente masculino (61 %).

---

<sup>250</sup> Los datos de Metroscopia indicaban, de hecho, que la fuga de votos que estaba sufriendo el PP correspondía a votantes ideológicamente más cercanos al centro. En otras palabras, el perfil resultante para quienes manifestaban su intención de votar al PP estaba claramente más escorado hacia la derecha que el perfil del votante popular en 2011.

- Edad media de 47 años (prácticamente coincidente con la edad media de la población española en ese momento, pero algo menor que la edad media de los potenciales votantes del PP y del PSOE, y algo mayor que la de los de Podemos, IU y UPyD).
- La mayoría contaba con trabajo (54 %; es decir, era el partido que contaba con el mayor porcentaje de personas ocupadas entre su potencial electorado).
- Un tercio (36 %) tenía estudios universitarios (también, en este sentido, era el partido con el porcentaje más alto de universitarios entre sus potenciales votantes).
- La mayoría (56 %) se consideraba de clase media y un 14 % de clase media alta o alta, una distribución similar a la que se registraba entre el potencial electorado del PP.

Las oleadas posteriores del Clima Social confirmaron la tendencia hacia el multipartidismo competitivo que se estaba produciendo como consecuencia del realineamiento político de los españoles.

En la estimación electoral de febrero, Podemos seguía situado en primera posición aunque con un porcentaje medio punto inferior al de la oleada de enero: 27.7 % (el mismo que en noviembre de 2014 cuando por primera vez pasó a liderar la estimación de voto para el caso de que tuvieran lugar unas elecciones generales). La estimación de voto a Ciudadanos crecía 4.1 puntos con respecto al mes precedente y se situaba en el 12.2 % de los votos válidos. El PP aumentaba 1.7 puntos con respecto a la oleada de enero y lograba un 20.9 %, casi 24 puntos menos que el porcentaje que los populares habían logrado en las elecciones de 2011. El gran descalabro los sufría el PSOE al que se le estimaba un 18.3 % de los votos válidos su peor resultado histórico (demoscópico y real si finalmente llegaba a producirse). Ignacio Urquizu resumía en un artículo<sup>251</sup> las posibles explicaciones a esta abrupta caída que sufrían los socialistas en el sondeo. En primer lugar, se mencionaba el pasado reciente de los socialistas. Más de tres años después de haber abandonado el poder, un 30 % de los españoles seguía pensando que el gobierno de Rodríguez Zapatero era el responsable de la situación económica de España y un 33 % que era corresponsable junto con el gobierno de Rajoy, vigente en ese momento. En

---

<sup>251</sup> "Desunidos, pero ¿por qué?" ([http://www.eldiario.es/zonacritica/Desunidos\\_6\\_357374288.html](http://www.eldiario.es/zonacritica/Desunidos_6_357374288.html)).

otras palabras, dos de cada tres españoles seguían pensando que en mayor o menor medida, el PSOE era culpable de la crisis económica que azotaba a nuestro país.

Por otro lado, el PSOE era el partido que transmitía mayor sensación de desunión: un 69 % creía que estaba desunido internamente (frente a solo un 23 % que pensaba lo mismo de Podemos y un 17 % de Ciudadanos). Como señalaba Urquizu en el artículo: “La literatura académica ha demostrado ampliamente que los votantes castigan a los partidos que se enredan en conflictos internos. Y esta penalización es mucho mayor entre los votantes moderados, un grupo clave para ganar las elecciones. No obstante, sabemos muy poco sobre si todos los tipos de desunión generan las mismas consecuencias electorales. Porque una cosa es dividirse por razones ideológicas y otra es luchar sólo por el poder”. Urquizu concluía que la desunión que transmitía el PSOE se debía más a divisiones y enfrentamientos orgánicos que ideológicos. Y esos son los que en mayor medida penalizan electoralmente a los partidos. Precisamente, una de las críticas al funcionamiento de los partidos políticos que los españoles han transmitido a través de los sondeos es que tienden solo a pensar en aquello que les beneficia e interesa a ellos antes que tener en cuenta lo que la gente piensa. En febrero de 2015, esa percepción la compartía el 90 % de los ciudadanos.

<b>CUADRO 35</b> Percepción ciudadana sobre la unidad interna y capacidad de formular propuestas de los partidos políticos (En porcentajes)				
Porcentaje de españoles que dicen que cada uno de los siguientes partidos les transmiten la sensación de...				
	PP	PSOE	Podemos	Ciudadanos
Ser un partido unido internamente				
● Sí	41	25	57	49
● No	52	69	23	17
<i>Saldo (Si – No)</i>	<i>- 9</i>	<i>- 44</i>	<i>+ 34</i>	<i>+ 32</i>
De tener ideas claras sobre lo que España necesita				
● Sí	34	31	39	44
● No	62	63	52	28
<i>Saldo (Si – No)</i>	<i>- 28</i>	<i>- 32</i>	<i>- 13</i>	<i>+ 16</i>

La diferencia hasta 100 en la suma vertical de porcentajes corresponde, en cada caso, a No sabe / No contesta.

Fuente: Banco de Datos de Metroscopia

Por su parte, aunque el PP había mejorado con respecto a enero, seguía sin ser capaz de recuperar la sustancial pérdida de apoyos electorales que había ido perdiendo a lo largo de la legislatura. Si la única estrategia electoral del PP era, como parecía, esperar a que la se produjera la recuperación de la economía (o más exactamente, a que los ciudadanos percibieran una mejora de la economía), el tiempo estaba jugando en su contra. Por varios motivos. Por un lado, porque persistía la negativa percepción ciudadana sobre la situación económica española. La abrumadora mayoría seguía pensando, como ya lo pensaba un año antes, que la economía nacional era mala (un 83 % en febrero de 2015, un 90 % en febrero de 2014). Tampoco había mejorado la visión sobre la economía familiar: aunque seguían siendo más quienes definían como buena su economía doméstica (45 % frente al 46 % de un año antes) habían aumentado quienes habían pasado a describirla negativamente (32 % frente a un 26 %). Y, lo que probablemente era más relevante, los españoles tampoco esperaban cambios económicos —ni en España ni en su casa— en un futuro cercano: la mayoría creía que tanto la economía nacional (52 %) como la suya personal (70 %) no iban a variar en los meses posteriores.

Por otro lado, la percepción sobre la evolución del paro —probablemente, el reflejo más claro de que la crisis económica seguía presente— distaba mucho de ser optimista. La mayoría (68 % en febrero de 2015, 73 % en febrero de 2014) seguía pensando que iba a continuar durante bastante tiempo, como mínimo, igual de alto que lo estaba en ese momento. Mucho tendría que descender la cifra de parados a lo largo del año para incidir positivamente en la percepción ciudadana sobre la economía. Hay que tener en cuenta que incluso en los años en los que la tasa de desempleo en España se situaba por debajo del 10 % los ciudadanos seguían mencionando el paro como el principal problema de la nación.

En todo caso, solo un tercio de los españoles (31 %) atribuía la mejora de la economía española que, según algunos indicadores, se podía estar empezando a producir (más a niveles macro que microeconómicos) a las medidas puestas en práctica por el Gobierno. La mayoría (59 %) creía, por el contrario, que nada tenía que ver con las políticas gubernamentales porque la mejora económica también se estaba produciendo en otros países de nuestro entorno que aplicaron medidas diferentes a las nuestras. Además, el tema ya no era solo lograr superar la crisis económica sino los perjuicios sociales que había causado esta, cuántos iban a ser los damnificados y durante cuánto tiempo. La mayoría de los españoles seguía pensando —como ya lo hacía un año atrás— que iba a llevar mucho tiempo recuperar las prestaciones y ayudas que tenían los más

desfavorecidos (84 %), que habría más pobreza y desigualdad en nuestro país (74 %), que los jóvenes iban a ver afectadas sus posibilidades de desarrollo personal y profesional (73 %) y, en definitiva, que las cosas no volverían a estar como antes de la crisis (72 %). Si el PP quería aspirar a la victoria debería, por tanto, considerar otros argumentos, sobre todo en aquellos momentos en los que, por primera vez, le había surgido un nuevo competidor en el centro y centro derecha ideológico —Ciudadanos— que era capaz de atraer, y cada mes en mayor medida, a una parte de los anteriores votantes populares.

Los sondeos ya habían detectado un cuatripartidismo incipiente en febrero de 2013 —quizá la primera señal de alarma de que el colapso del sistema de partidos se estaba produciendo—. Dos años después, el cuatripartidismo seguía presente si bien con dos actores nuevos: Podemos y Ciudadanos pasaban a sustituir a IU y a UPyD en el nuevo esquema multipartidista competitivo. Con todo, tanto IU como UPyD, aunque veían frustradas sus expectativas de crecimiento por la presencia de los nuevos partidos, se resistían a desaparecer y en la oleada de febrero de 2015 mantenían unos porcentajes de voto estimados similares a los logrados realmente en los comicios de 2011: IU un 6.5 % (en 2011 logró un 6.9 %) y UPyD un 4.5 % (4.7 % en 2011).

El cuatripartidismo que arrojaban las estimaciones del Clima Social no se pueden entender sin analizar el voto de los españoles que ideológicamente se situaban en el punto medio de la escala. El centro siempre ha sido decisivo para ganar unas elecciones generales en España. La cuestión es que ese espacio que desde los años ochenta había sido ocupado por el PSOE y el PP pasaba a estar hiperocupado en febrero de 2015. Los datos de la oleada del Clima Social mostraban que el PP seguía siendo claramente el partido de la derecha, mientras que Podemos pasaba a ser el partido de la izquierda. Si bien ambos tenían cierta representación en el centro, la mayoría de sus potenciales votantes se sitúan a un lado y a otro de la escala. Ciudadanos era el partido que de forma más visible podía ser considerado el partido del centro. Como señaló en su análisis<sup>252</sup> de estos datos Francisco Camas García: “Quienes manifestaban su intención de votarles se aglutinaban de manera contundente en el punto 5 de la escala, lo que situaba al partido en un terreno propio en el tablero ideológico, diferente a PP y Podemos”. (Gráfico 27).

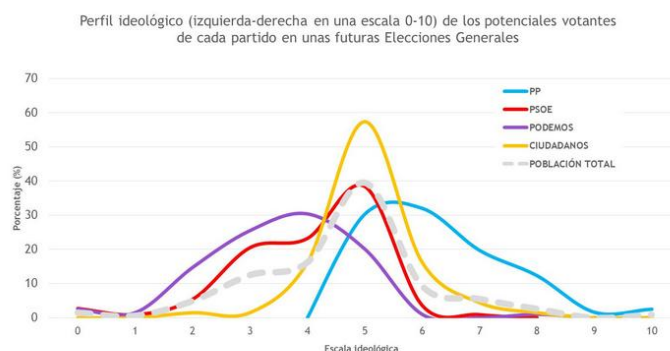
---

<sup>252</sup> Este análisis puede consultarse en la página Web de Metroscopia en “Elecciones Generales de 2015: la izquierda tendrá la llave del triunfo” (<http://metroscopia.org/elecciones-generales-2015-la-izquierda-tendra-la-llave-del-triunfo/>).

Siguiendo con este análisis y ajustando la distribución ideológica de cada potencial electorado (esto es, de aquellos que manifestaban su intención de votar a cada uno de los partidos) al peso que realmente tenían los partidos según la intención directa de voto del sondeo se observaba como Podemos era la primera fuerza política en ese indicador (la IDV) porque lograba conjugar el tener una presencia similar a la del PP, el PSOE y Ciudadanos en el centro —en el 5— con ser la primera fuerza de la izquierda —en las posiciones 3 y 4 de la escala— (Gráfico 28).

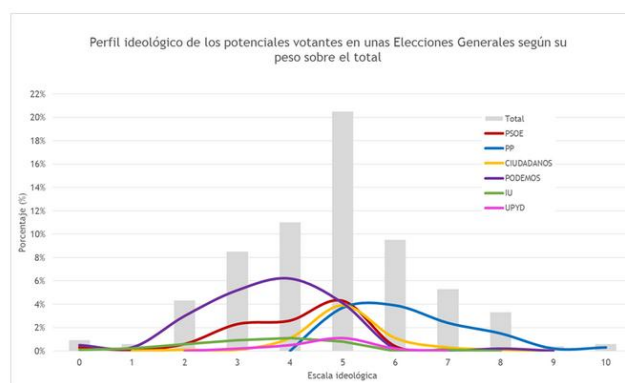
En todo caso, el resultado del sondeo ponía de manifiesto que el centro ideológico pasaba de ser decisivo para ganar las elecciones a ser necesario pero insuficiente.

## GRÁFICO 27



**Gráfico 1:** Representa, con porcentajes, en qué puntos de la escala ideológica se posicionan los potenciales votantes de PP, PSOE, Podemos y Ciudadanos. Asimismo, la línea discontinua muestra la posición ideológica media del total de la población española.

## GRÁFICO 28



**Gráfico 3:** Como en el anterior gráfico, las líneas representan con porcentajes en qué punto de la escala ideológica se ubican los potenciales votantes de PP, PSOE, Podemos y Ciudadanos, en este también de IU y UPyD, en función del peso en intención de voto que tiene cada partido. Las barras muestran la suma de los porcentajes de cada partido en cada punto de la escala ideológica.

En marzo de 2015, cuando quedaban 10 meses para las elecciones, el cuatripartidismo, lejos de remitir, se hacía mucho más competitivo. En la estimación de voto del Clima Social de ese mes se producía un práctico cuádruple empate: solo 4.1 puntos separaban el porcentaje estimado para la primera fuerza política —Podemos, con un 22.5% de voto estimado seguía siendo, como en meses pasados, la fuerza más votada, pero con una clara inflexión a la baja: ese resultado le suponía 5.2 puntos menos que un mes antes— del estimado para la cuarta —Ciudadanos consolidaba de forma clara su tendencia ascendente pasando del 12.2% del voto a primeros de febrero al 18.4 % estimado en marzo—. Esto suponía una caída en los apoyos electorales estimados para IU (5.6 %) y UPyD (3.6 %) que no aguantaban el poder de atracción que ejercían los nuevos partidos emergentes sobre una parte de sus anteriores votantes: cuatro de cada diez votantes de IU en 2011 manifestaban, en ese mes, su intención de votar a Podemos y uno de cada cuatro anteriores votantes de UPyD decía que votaría a Ciudadanos.

La tendencia ascendente de Ciudadanos coincidía con la mejora de imagen de su líder: Rivera no solo seguía siendo el único de los principales dirigentes políticos que obtenía un saldo positivo en la evaluación ciudadana sino que lo duplicaba con respecto a la oleada precedente (de +12 puntos en febrero a +26 en marzo).

El resultado estimado para el PP y el PSOE guardaba relación con las opiniones que los ciudadanos tenían acerca de su gestión política: un 72 % desaprobaba la labor llevada a cabo por el PP en los tres últimos años al frente del Gobierno y un 82 % (y un llamativo 48 % entre los potenciales votantes socialistas) desaprobaba la labor opositora ejercida

por el PSOE durante esos años. Además, un 77 % del conjunto de la ciudadanía pensaba que lo mejor para nuestro país era que en las siguientes elecciones generales el PP y el PSOE dejaran de ser los dos partidos predominantes en nuestra escena política y que pasaran a compartir el protagonismo con otros partidos de ámbito nacional con los que tendrían que contar para poder gobernar. Y un 50 % (frente a un 39 %) consideraba que si las elecciones generales las ganaba otro partido que no fueran ni PP ni PSOE, no por ello la recuperación de la económica española iba a ser más lenta. En otras palabras, el cuatripartidismo que arrojaban las estimaciones electorales en los sondeos políticos no eran sino un fiel reflejo de las demandas ciudadanas. Unas demandas que habían venido manifestando sondeo tras sondeo desde el inicio de la crisis económica y que solo los nuevos partidos parecían estar entendiendo. Con todo, un 56 % de los españoles pensaba que quienes en ese momento decían que iban a votar a Podemos o a Ciudadanos lo hacían para manifestar su enfado, pero que cuando llegaran las elecciones generales acabarían votando finalmente a otros partidos. Solo los potenciales votantes de Podemos y de IU se manifestaban mayoritariamente contrarios a esta opinión.

CUADRO 36							
<i>¿Está usted de acuerdo o en desacuerdo con las siguientes frases?</i>							
(En porcentajes)							
	Total	Marzo 2015					
		Potenciales votantes de...*					
		PP	PSOE	Podemos	IU	UPyD	C's
Quienes ahora dicen que votarán a Podemos o a Ciudadanos lo hacen para manifestar su enfado, pero cuando lleguen las elecciones generales acabarán votando finalmente a otros partidos.							
De acuerdo	56	73	74	31	42	76	55
En desacuerdo	36	19	22	65	48	21	39

La diferencia hasta 100 en la suma vertical de porcentajes corresponde, en cada caso, a No sabe / No contesta.

\* Por potenciales votantes se entiende a aquellos electores que manifiestan su intención de votar a uno de los partidos reseñados en las siguientes elecciones generales.

Fuente: Banco de Datos de Metroscopia



## 2. LA DESCONFIANZA CIUDADANA EN LAS INSTITUCIONES POLÍTICAS

A pesar de la crisis económica, política y social, la democracia ha seguido siendo el régimen político preferido por los españoles (véase Gráfico 30) pero al mismo tiempo (y como ocurre en otros países de nuestro entorno) coexiste esta legitimidad democrática con una creciente desafección ciudadana, identificada por diversos autores (Diamond, 1999; Norris 1999, Pharr y Putnam, 2000). Los datos del Barómetro de Confianza Ciudadana en las Instituciones de Metroscopia han venido constatando como, entre las instituciones políticas, los partidos han sido los que han provocado un mayor rechazo por parte de los ciudadanos. En la oleada del 2015, los partidos políticos y los políticos ocupaban, junto a los bancos, las tres últimas plazas del ranking<sup>253</sup> (Véase Gráfico 29). Unos datos que coinciden básicamente con los que ha venido arrojando el Barómetro Externo del Consejo General de la Abogacía<sup>254</sup> (Véase Cuadro 36) Con el desarrollo de la crisis económica, los ciudadanos se han venido mostrando conformes con la democracia pero descontentos con sus partidos, a los que han venido considerando ineficientes, corruptos o simplemente desconectados de su realidad y problemas cotidianos.

En su análisis sobre los sentimientos antipartidistas Torcal, Montero y Gunther (2002) diferencian dos dimensiones actitudinales distintas hacia los partidos: la cultural y la reactiva. Utilizan para ello seis indicadores: 1) Los partidos se critican mucho entre sí, pero en realidad todos son iguales; 2) Los partidos políticos solo sirven para dividir a la gente; 3) Sin partidos no puede haber democracia; 4) Los partidos son necesarios para defender los intereses de los distintos grupos y clases sociales; 5) Gracias a los partidos la gente puede participar en la vida política; 6) Los partidos no sirven para nada. Los dos primeros indicadores —que pueden ser considerados como simple rechazo a los partidos en general— representan para los autores la dimensión *cultural* de las actitudes antipartidistas. Los otro cuatro indicadores —recoge afirmaciones más medidas sobre

---

<sup>253</sup> Para datos de años anteriores puede consultarse el análisis de José Juan Toharia “Los pilares de la sociedad aguantan”, publicado en EL PAÍS el 23 de agosto de 2014 ([http://politica.elpais.com/politica/2014/08/23/actualidad/1408792695\\_287132.html](http://politica.elpais.com/politica/2014/08/23/actualidad/1408792695_287132.html)) y el análisis de José Pablo Ferrándiz “La clase política: de solución a problema”, publicado en EL PAÍS el 4 de agosto de 2012 ([http://politica.elpais.com/politica/2012/08/04/actualidad/1344102690\\_918398.html](http://politica.elpais.com/politica/2012/08/04/actualidad/1344102690_918398.html))

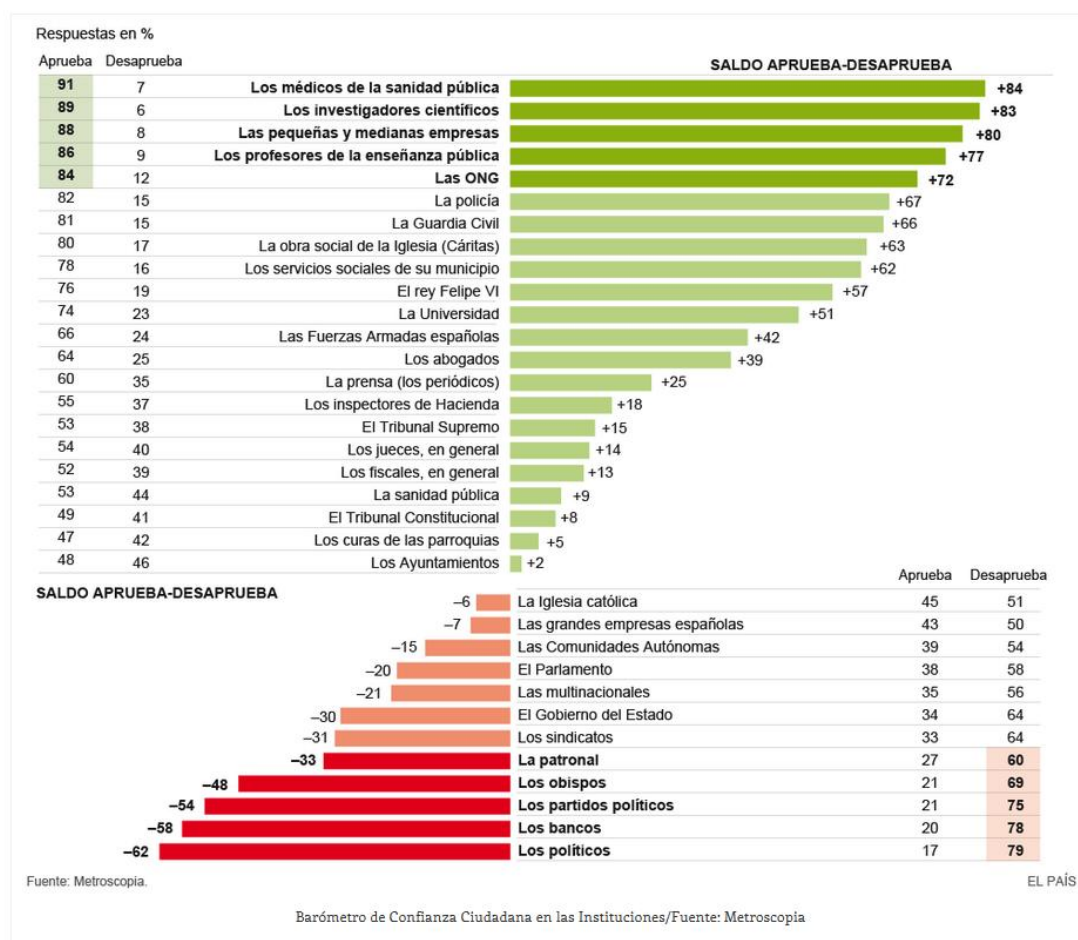
<sup>254</sup> El estudio completo puede consultarse en <http://www.abogacia.es/2015/11/25/los-ciudadanos-demandan-una-reforma-a-fondo-de-la-justicia-y-un-pacto-de-estado/>

el papel representado por los partidos en las actuales democracias— constituyen la dimensión *reactiva*. Pues bien —como puede observarse en los Gráficos del 32 al 36— la mayoría de estos indicadores relacionados con ambas dimensiones de las actitudes antipartidistas empeoraron con la profundización de la crisis económica en nuestro país. Pero la aparición primero de Podemos y posteriormente de Ciudadanos en el panorama político español supuso un golpe de aire fresco que hicieron cambiar de opinión —por lo menos momentáneamente— a los ciudadanos con respecto a su relación y actitud hacia los partidos políticos. En los datos recogidos por Metroscopia en noviembre de 2014 — justo después de las elecciones europeas de ese año cuando Podemos accedió por primera vez a las Instituciones— la mayoría de indicadores mejoraron<sup>255</sup>, una clara evidencia de que los partidos emergentes satisfacía unas demandas ciudadanas que en ningún caso estaban siendo cubiertas por los partidos existentes hasta ese momento.

---

<sup>255</sup> Los datos que se reflejan en los gráficos incluidos en este trabajo llegan hasta febrero de 2015. En un reciente libro de Urquizu (2016) se incluyen datos de la oleada de abril de 2016 que coinciden con lo aquí expresado: una mejora de la mayoría de los indicadores tras la llegada de Podemos y Ciudadanos.

## GRÁFICO 29



Infografía de EL PAÍS con datos correspondientes a la oleada de 2015 del Barómetro de Confianza Ciudadana en las Instituciones de Metroscopia

<p align="center"><b>CUADRO 37</b>  <i>¿En qué medida le inspiran hoy confianza, es decir, sensación de poder confiar en ellos...?</i>  (Puntuaciones medias en una escala entre 0 y 10, en la que el 0 equivale a muy poca confianza y el 10 a mucha confianza)</p>					
	<b>Barómetro del año</b>				
	<b>2015</b>	<b>2011</b>	<b>2008</b>	<b>2005</b>	<b>2002</b>
Los científicos	8.2	7.4	--	--	--
La policía/los cuerpos de seguridad	7.1	6.6	7.1	6.6	6.4
Los pequeños y medianos empresarios	6.9	--	--	--	--
Las ONG	6.7	6.2	6.6	6.8	6.8
La Seguridad Social	6.7	6.1	6.6	6.4	5.7
La obra asistencial de la iglesia: Cáritas	6.6	--	--	--	--
Los militares (las Fuerzas Armadas)	6.4	6.4	6.4	6.1	5.4
La radio / las emisoras de radio	6.0	5.8	6.4	6.8	6.5
Los abogados	5.8	5.2	5.9	5.1	5.2
Los notarios	5.8	5.2	--	--	--
Los funcionarios	5.8	4.6	5.6	5.3	4.7
Los jueces	5.7	4.8	6	5.3	4.3
Los tribunales de justicia	5.4	4.5	5.9	5.3	4.4
El Rey	5.1	5.6	6.9	6.6	7
El defensor del Pueblo	5.1	4.8	6.1	5.7	--
La prensa/ Los periódicos	5.0	4.7	5.4	5.6	4.8
Los Ayuntamientos	4.9	4.3	5.5	5.2	4.5
La televisión	4.4	4.1	4.6	4.2	3.4
El Parlamento	4.3	4.2	5.8	5.3	5.1
El Gobierno (del Estado)	3.4	3.3	5.7	4.8	3.6
Los sindicatos	3.4	3.3	5.1	4.9	3.8
Los obispos	3.2	--	--	--	--
Los bancos	2.9	2.9	4.6	4.6	3.7
Los partidos políticos	2.8	2.8	4.2	3.5	2.2
Los políticos	2.6	2.6	3.8	3.1	2.2

Las Instituciones y grupos sociales aparecen ordenadas según la puntuación media obtenida en el Barómetro de 2015; en la entrevista fueron mencionados de forma aleatoria.

Fuente: V Barómetro Externo del Consejo General de la Abogacía.

GRÁFICO 30

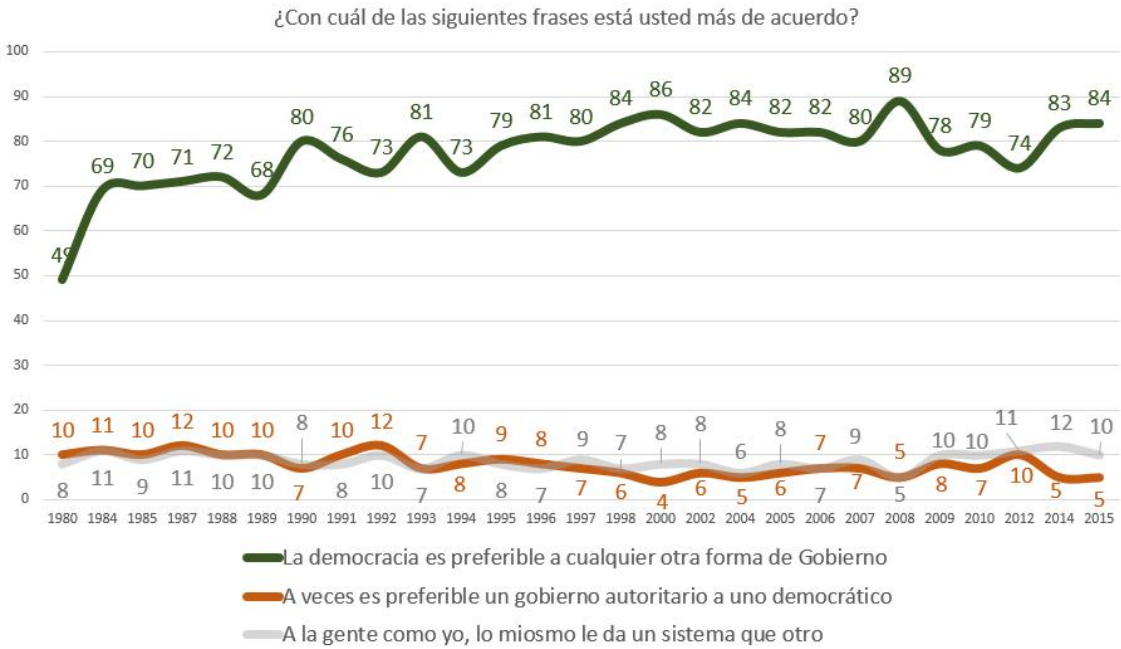


GRÁFICO 31

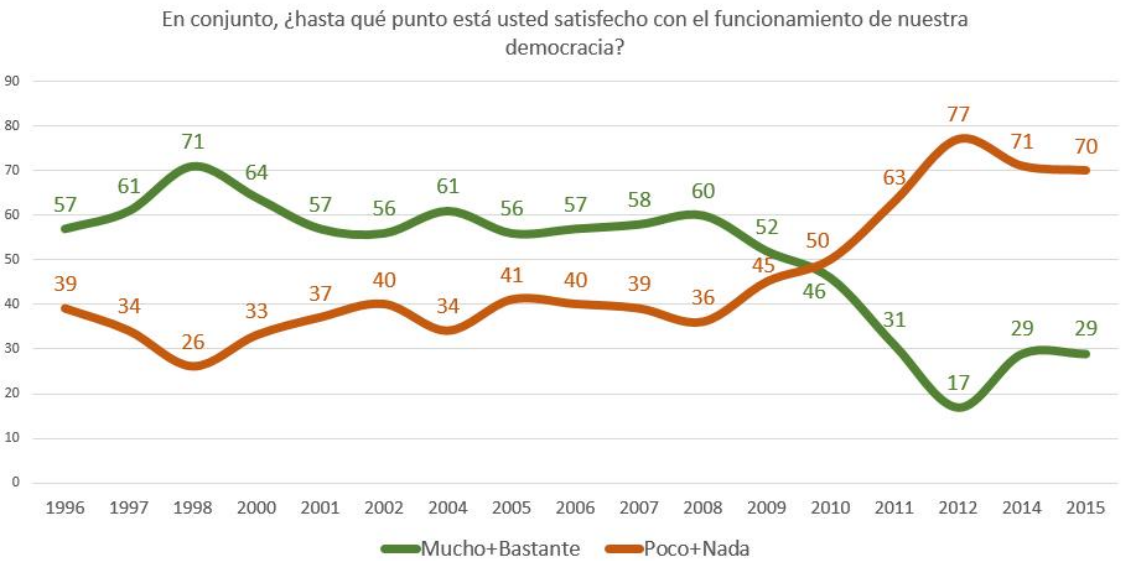


GRÁFICO 32

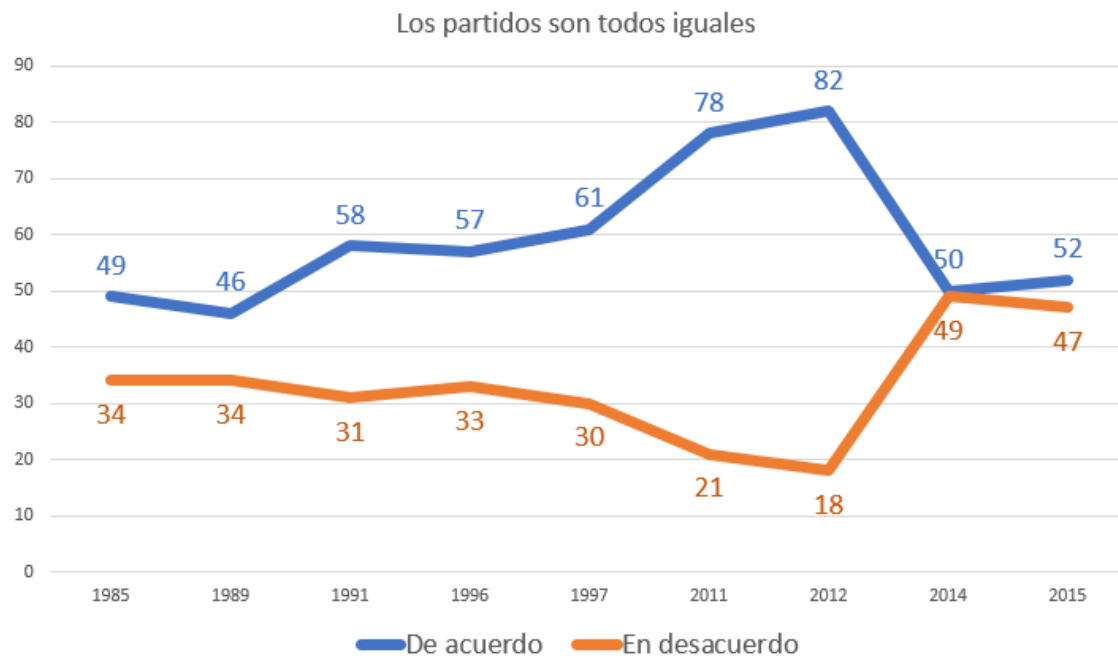


GRÁFICO 33

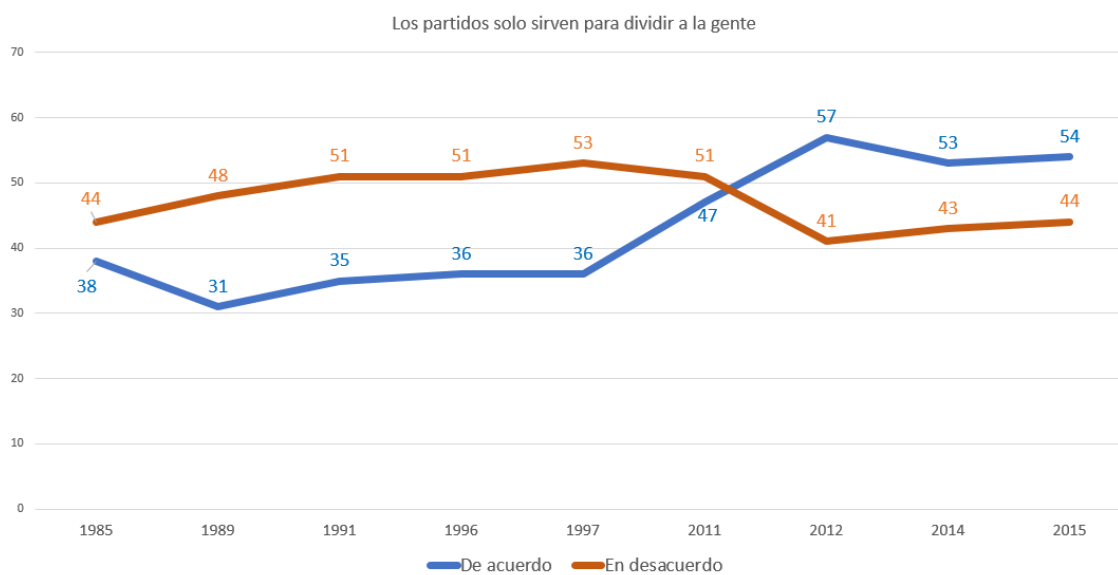


GRÁFICO 34

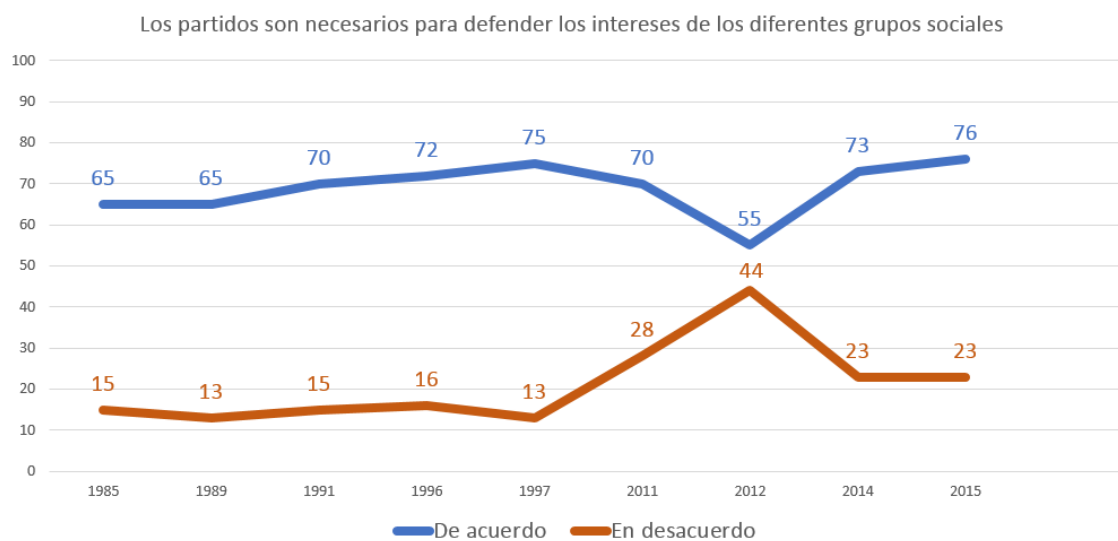


GRÁFICO 35

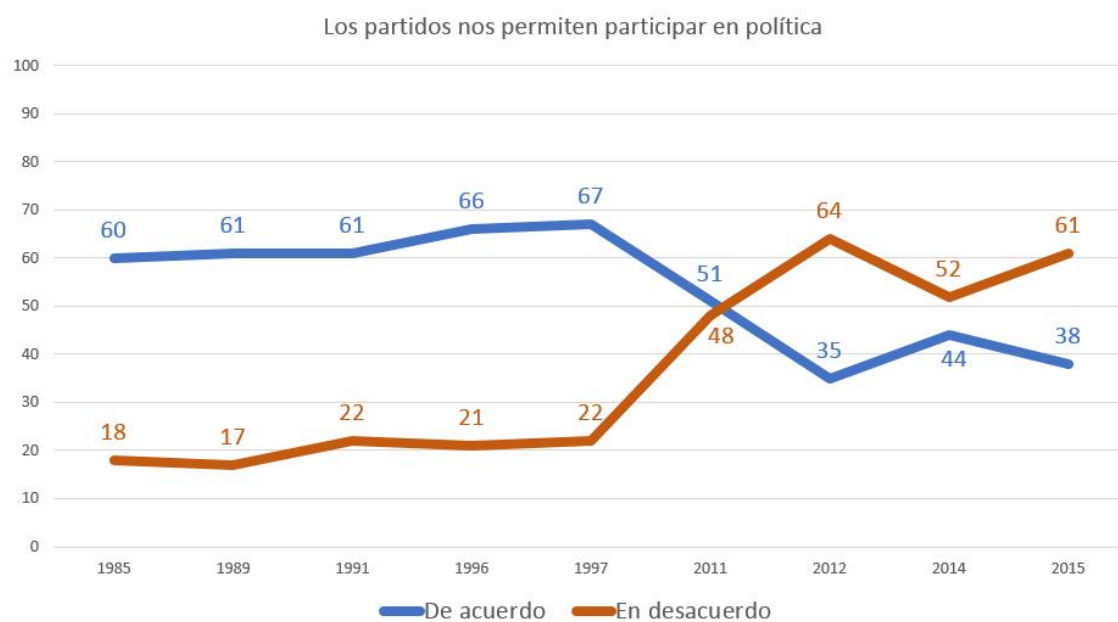
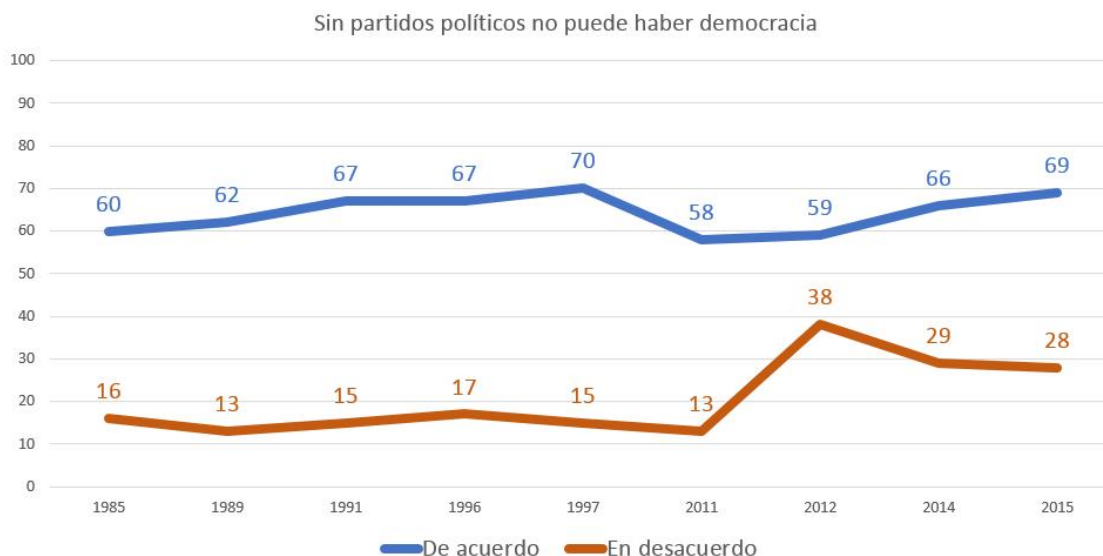


GRÁFICO 36



Con todo, hay dos datos que pueden dar a entender que la crisis política era mucho más profunda de lo que pudiera pensarse inicialmente y que la aparición de nuevos partidos no logró mejorar. Por un lado, la evaluación ciudadana de la situación política siguió siendo masivamente negativa: un mes antes de las elecciones del 20D más del 80 % de los ciudadanos seguía considerándola mala o muy mala, un porcentaje que se alcanzó en mayo de 2010, después de las medidas anticrisis aprobadas por el gobierno socialista presidido por Zapatero y que, desde entonces, se mantuvo prácticamente en el mismo nivel (véase Gráfico 37). De hecho, en noviembre de 2015 las evaluaciones negativas de la situación política superaron significativamente a las evaluaciones negativas de la situación económica (véase Gráfico 40). Por otro lado, la abrumadora mayoría de los españoles seguía pensando, al igual que antes del surgimiento de las nuevas formaciones políticas, que los partidos políticos no tenían en cuenta ante todo lo que la gente piensa (véase Gráfico 41)<sup>256</sup>.

<sup>256</sup> En este sentido, cabe traer a colación las declaraciones que realizó en febrero de 2010 Ivan Krastov, politólogo y fundador del Consejo Europeo de Relaciones Exteriores: “Somos testigos de un colapso de la confianza en las elites políticas y empresariales (...). Las elecciones están perdiendo su significado de opción entre alternativas y se transforman en procesos a las elites. Así, la democracia ya no es cuestión de confianza, sino más bien de gestión de la desconfianza”.



GRÁFICO 37

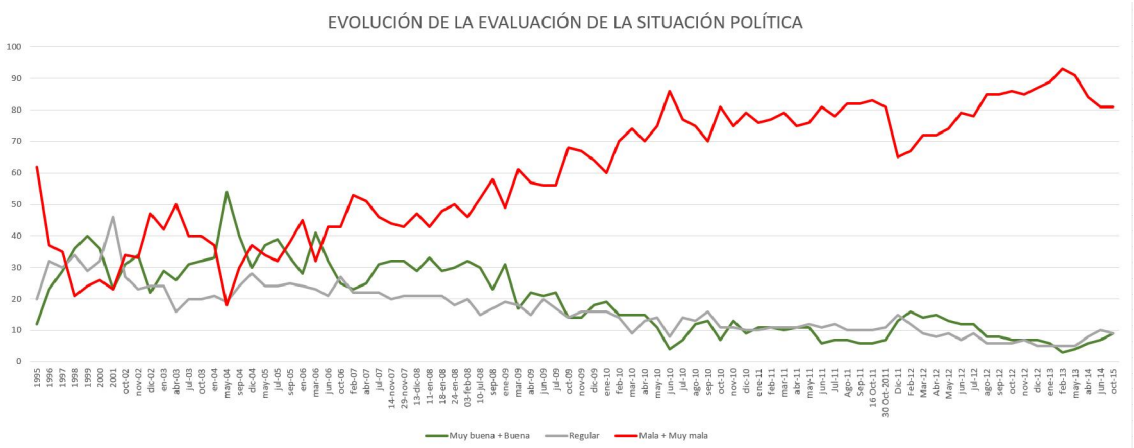


GRÁFICO 38

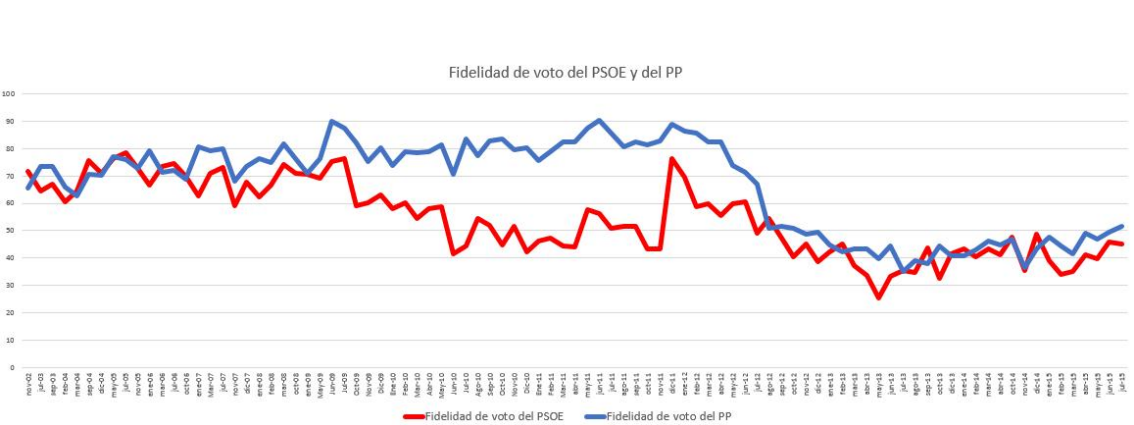


GRÁFICO 39

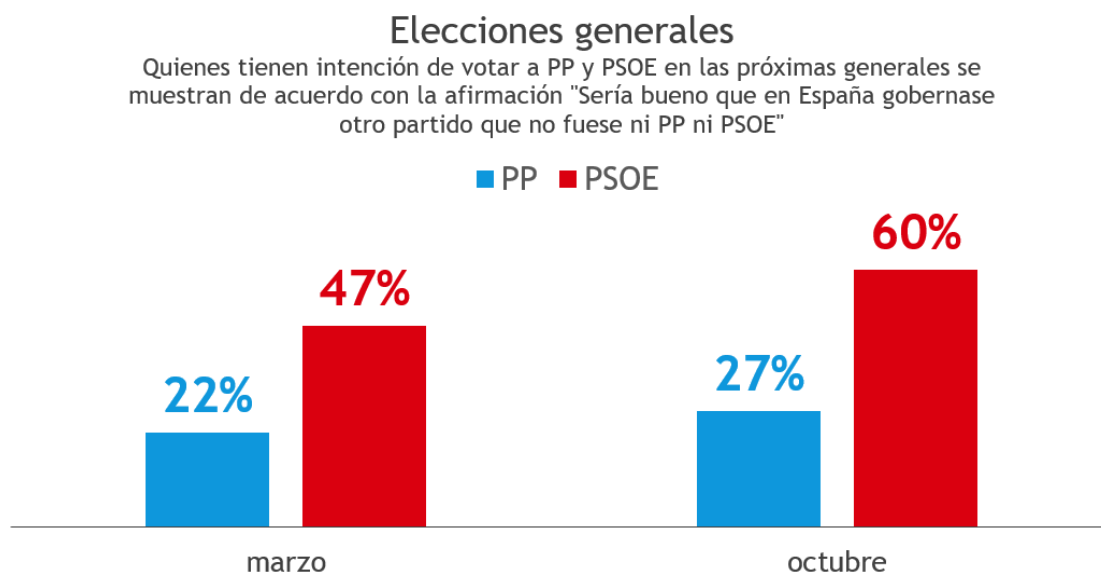


GRÁFICO 40

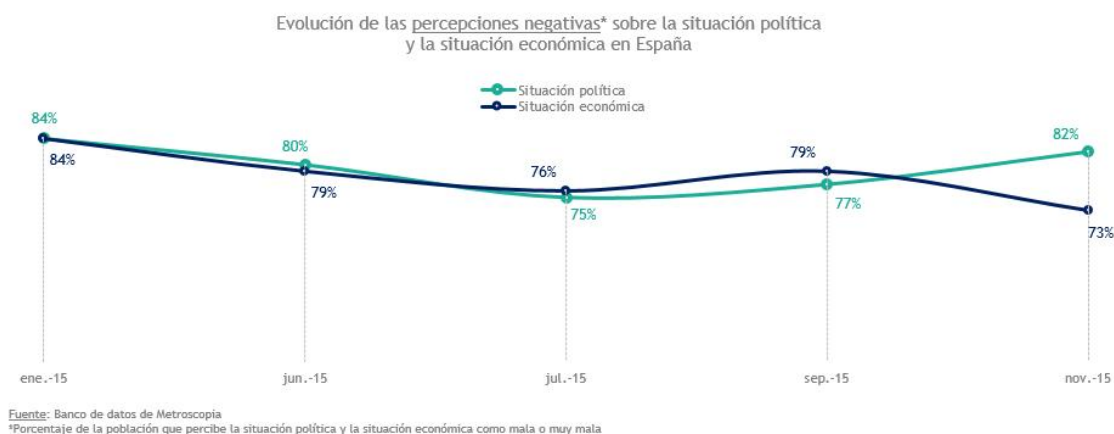
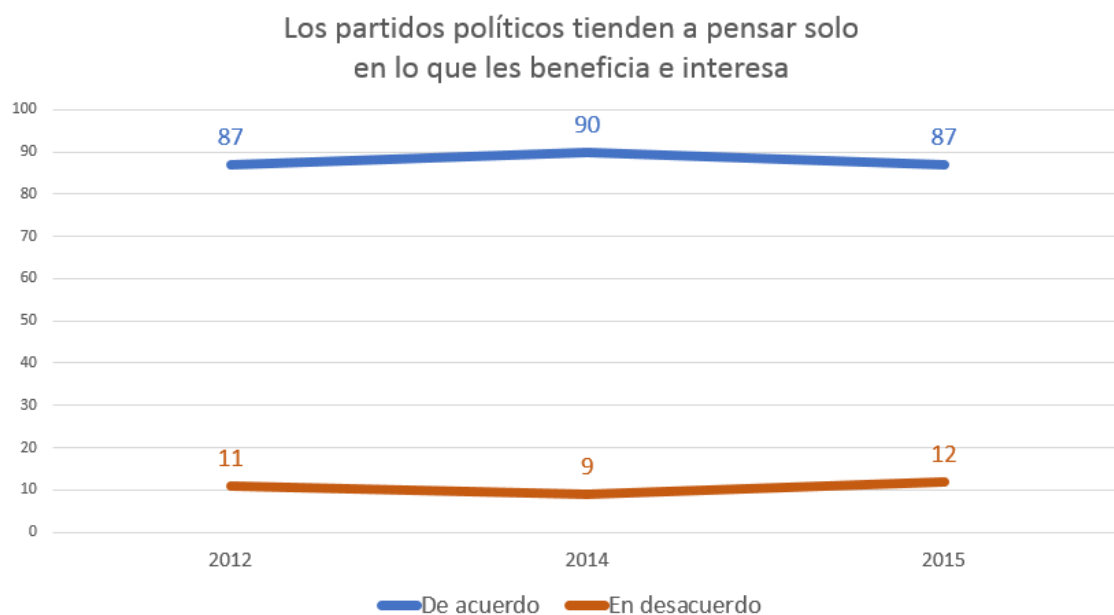


GRÁFICO 41



### 3. ELECCIONES AL PARLAMENTO ANDALUZ DE MARZO DE 2015. PODEMOS Y CIUDADANOS DE PROMESA A REALIDAD

El 22 de marzo se celebraron elecciones en Andalucía para elegir un nuevo Parlamento. En las anteriores elecciones de 2012 el PP había sido el ganador aritmético (fue el partido que consiguió mayor número de votos y escaños) pero no político (no logró una mayoría absoluta para poder gobernar en solitario): una coalición entre el PSOE e IU permitió a los socialistas seguir presidiendo la Comunidad (la vicepresidencia pasó a manos de la coalición rojiverde). Las elecciones deberían haberse celebrado en 2016 pero después de diferentes desavenencias entre ambas formaciones a lo largo de la legislatura, el 25 de enero de 2015 la presidenta de la Comunidad, la socialista Susana Díaz, comunicó el adelanto electoral para el 22 de marzo de 2015 aduciendo para ello las discrepancias con sus socios de Izquierda Unida y la desconfianza entre las dos fuerzas políticas. Era la primera vez que las dos formaciones emergentes —Podemos y Ciudadanos— iban a poder confirmar si su fortaleza electoral era solo demoscópica o, por el contrario, acababa también materializándose en votos.

La encuesta preelectoral de Metroscopia para EL PAÍS<sup>257</sup> señalaba al PSOE como claro ganador de las elecciones, aunque lejos de la mayoría absoluta —de hecho, anticipaba el peor resultado de los socialistas desde 1982—. Los datos del sondeo arrojaban un fuerte castigo electoral al PP, la fulgurante irrupción de los dos partidos emergentes y que IU seguiría presente en el Parlamento (aunque con menos apoyos). El nuevo Parlamento iba a estar mucho más fragmentado que el precedente. En este contexto, los partidos tradicionales apelaban al voto útil y confiaban en el denominado *voto del vértigo*: esperaban que los antiguos votantes de los partidos tradicionales que en las encuestas manifestaban su intención de votar a Podemos o a Ciudadanos se arrepintieran en el último momento por la incertidumbre que podían llegar a suscitar estos partidos denominados emergentes.

El sondeo arrojaba otros datos sobre el estado de ánimo de los andaluces, muy similar, por otro lado, al que venía manifestando en las encuestas el conjunto de la ciudadanía española. En primer lugar, la abrumadora mayoría de los andaluces (83 %) decía no estar satisfecho con la situación de su Comunidad. En segundo lugar, la mayoría desaprobaba la labor desarrollada por los tres partidos con representación en el Parlamento andaluz durante la legislatura que terminaba: un 68 % desaprobaba al PSOE, un 69 % a IU y un 78 % al PP.

Por otro lado, cabía pensar que en el caso de Podemos y Ciudadanos la “marca” del partido predominaba ampliamente sobre la concreta figura de los respectivos cabeza de lista (lo que podría así explicar que el bajo grado de conocimiento y la baja evaluación que obtenía entre los andaluces Juan Marín, candidato de Ciudadanos, en nada pareciera afectar al tirón electoral de su formación); en cambio, en el caso de PSOE y, sobre todo, de PP la “marca” parecía tener para los respectivos candidatos más un efecto de hándicap que de atractivo electoral.

Finalmente, en las elecciones se confirmaron las tendencias estimadas en el sondeo. El PSOE fue la primera fuerza política en votos y escaños: 35.4 % (4.1 puntos menos que su resultado de 2012) y 47 escaños (el mismo número que tres años antes). El PP sufrió un fuerte descenso en sus apoyos: perdió 13.9 puntos con respecto a las elecciones de 2012 (de 40.7 % pasó a 26.8 %) y 17 escaños (de 50 a 33). Izquierda Unida logró mantener

---

<sup>257</sup> La publicación en EL PAÍS puede consultarse en: [http://politica.elpais.com/politica/2016/06/01/actualidad/1464792609\\_359157.html](http://politica.elpais.com/politica/2016/06/01/actualidad/1464792609_359157.html) Para más información que por cuestiones de espacio no pudieron publicarse en la edición en papel puede consultarse la entrada correspondiente en el Blog de Metroscopia en la Web del diario: <http://blogs.elpais.com/metroscopia/2015/03/sondeo-preelectoral-elecciones-andaluzas-2015.html>

representación en el Parlamento andaluz pero con menos apoyos y menos diputados que tres años antes pasando de ser el tercer partido al quinto en el conjunto de la Comunidad: 6.9 % y 5 escaños (4.4 puntos y siete diputados menos que en 2012). Y los dos partidos emergentes consiguieron un resultado histórico: Podemos logró el 14.8 % de los votos y 15 diputados y Ciudadanos el 9.3 % y 9 escaños.

En un estudio postelectoral<sup>258</sup> llevado a cabo por Metroscopia con el fin de conocer el comportamiento electoral de los andaluces en esas novedosas elecciones se llegaba a las siguientes conclusiones.

En primer lugar, que el PSOE logró resistir porque fue capaz de mantener una alta fidelidad de voto. Casi ocho de cada diez andaluces —78 %— que habían votado a los socialistas en las elecciones de 2012 repitieron su voto en 2015. Su resultado con respecto a los comicios de tres años atrás era peor porque perdía más votantes de los que era capaz de atraer procedentes de otras opciones políticas. Así, de los 319.000 votantes que había perdido (y descontando a sus votantes fallecidos entre 2012 y 2015), la mayoría había optado por votar a Podemos (144.000) o abstenerse (58.000). Por el contrario, logró atraer a alrededor de 88.000 votantes anteriores del PP y a 81.000 electores que tres años atrás habían optado por la abstención.

En segundo lugar, que el PP había perdido medio millón de votantes con respecto a 2012, la mayoría de los cuales había preferido optar, en los nuevos comicios, por Ciudadanos (223.000), por la abstención (130.000) o por el PSOE (88.000). El PP había conseguido retener a seis de cada diez (61 %) votantes de 2012, pero era un partido poco atractivo

---

<sup>258</sup> “De dónde vienen y a dónde van los votos. Elecciones Andaluzas 2015” J.P. Ferrándiz, F. Camas García y J.J. Toharia Zapata. Publicado en el Blog de Metroscopia en la Web de El País. (<http://blogs.elpais.com/metroscopia/2015/04/de-donde-vienen-y-a-donde-van-los-votos.html>). Creo importante resaltar la nota metodológica de cautela que se incluye en el informe: “Para concluir, una nota de cautela. Es prácticamente imposible saber con total certeza cuáles son, en cada elección, los trasvases reales de voto, esto es, a quién han votado ahora quienes antes votaron a determinados partidos. La única certidumbre es que, por estables y fidelizados que sean los electorados, siempre se dan (en medida sin duda variable según los casos o la ocasión) intercambios de votos entre ellos y que estos intercambios no son perceptibles con total nitidez a simple vista. La estimación que aquí se ofrece trata de ir más allá de especulaciones basadas en meras apariencias a partir de la encuesta preelectoral de Metroscopia para EL PAÍS sobre una amplia muestra total de población (3.200 entrevistas) publicada el pasado 15 de marzo. Esta es, ciertamente, una estimación de trazo grueso, pero no muy distinta de los cálculos que suelen elaborarse a partir de encuestas poselectorales.

Por último, ambos tipos de prospecciones (preelectorales y poselectorales) se basan en datos de solidez (o endeblez) muy similar: lo que las personas entrevistadas dicen que van a hacer, en un caso, o lo que dicen que han hecho, en el otro. Y está por ver cuál de estos dos tipos de declaraciones contiene menos sesgos y puede por tanto ser considerados como relativamente más fiable para tratar de deducir los comportamientos reales”.

para otros electorados ajenos: su máxima ganancia provenía de los solo 46.000 votantes que había conseguido rescatar de la abstención.

En tercer lugar, que el resultado de Ciudadanos se debió, fundamentalmente, a su capacidad de atraer a anteriores votantes del PP. El desapego de parte del electorado popular, según la estimación, se tradujo en que 223.000 votantes populares cambiaron su voto para apoyar a la formación naranja, es decir, aproximadamente un 60 % de los votos conseguidos por Ciudadanos provenían de antiguos votantes del PP.

En cuarto lugar, que Podemos captó de forma mayoritaria un flujo de votantes procedentes de tres electorados: abstencionistas (185.000), PSOE (144.000) e IU (143.000). La formación liderada por Teresa Rodríguez consiguió principalmente dos cosas: introducir en la competición electoral a un buen número de electores que se abstuvieron en los comicios de 2012 y sumar la mitad de los votantes fugados del PSOE y de IU. En conjunto, la suma de estos tres puntos de “extracción” de votantes le supuso a la formación morada el 80 % del total de votos que consiguió: 472.000 de 590.000.

Y en quinto lugar, que IU obtuvo el peor resultado de su historia en Andalucía con un 6.9 % de los votos, un balance negativo provocado fundamentalmente por el gran número de votos perdidos en dirección a Podemos (143.000). La cifra estimada de votos con los que partía IU en 2012 se ha visto reducida en un 61 % (258.000), por lo que solo habría conseguido mantener a un 39 % de fieles (166.000). Así pues, dado que solo fue capaz de ganar 108.000 votos, el recuento global registraba una caída de 37 puntos porcentuales desde 2012 (164.000 votos).

<b>CUADRO 38</b> Estimación de las pérdidas y ganancias de votos de PSOE, PP, IU, Podemos y Ciudadanos en las Elecciones al Parlamento de Andalucía del 22 de marzo de 2015 (En número de votos)					
	<b>PSOE</b>	<b>PP</b>	<b>IU</b>	<b>PODE- MOS</b>	<b>C's</b>
<b>Votos en 2012</b>	<b>1.528.000</b>	<b>1.571.000</b>	<b>438.000</b>	—	—
Estimación de votantes fallecidos (2012-2015)	49.000	50.000	14.000	—	—
<b>Supervivientes</b>	<b>1.479.000</b>	<b>1.521.000</b>	<b>424.000</b>	—	—
<b>Votos perdidos a favor de...</b>				—	—
PSOE	—	88.000	29.000	—	—
PP	27.000	—	7.000	—	—
IU	44.000	14.000	—	—	—
Podemos	144.000	47.000	143.000	—	—
Ciudadanos	29.000	223.000	16.000	—	—
Otros y en blanco	17.000	86.000	26.000	—	—
Abstención	58.000	130.000	37.000	—	—
<b>Total de pérdidas</b>	<b>319.000</b>	<b>588.000</b>	<b>258.000</b>	—	—
<b>Fidelidad de voto</b>	<b>1.160.000</b>	<b>933.000</b>	<b>166.000</b>	—	—
<b>Votos ganados de...</b>					
PSOE	—	27.000	44.000	144.000	29.000
PP	88.000	—	14.000	47.000	223.000
IU	29.000	7.000	—	143.000	16.000
UPYD	6.000	2.000	1.000	5.000	27.000
Nuevos votantes en 2015*	18.000	17.000	12.000	19.000	12.000
OTROS Y EN BLANCO	27.000	32.000	6.000	47.000	20.000
ABSTENCIÓN	81.000	46.000	31.000	185.000	42.000
<b>Total de ganancias</b>	<b>249.000</b>	<b>131.000</b>	<b>108.000</b>	<b>590.000</b>	<b>369.000</b>
<b>Resultado Real 2015**</b>	<b>1.409.000</b>	<b>1.064.000</b>	<b>274.000</b>	<b>590.000</b>	<b>369.000</b>

\*Votantes que, por edad, se incorporan al Censo Electoral en 2015.

\*\*El resultado electoral en las Elecciones al Parlamento de Andalucía en 2015 ha sido objeto de redondeo para facilitar su lectura.

Fuente: Elaboración de Metroscopia a partir de los datos del Sondeo Preelectoral realizado para El País (N=3.200), publicado el 15 de marzo de 2015

El nuevo mapa político andaluz presentaba así tres claras novedades:

- Claro desplazamiento hacia la izquierda del conjunto del electorado: PSOE, Podemos e IU pasaban a sumar el 57.1 % de todos los votos, 6.3 puntos más que la suma de los de PSOE e IU en 2012;
- Al mismo tiempo, se produciría una reducción paralela del espacio centro derecha: la aparición de Ciudadanos, con ser sustancial, no compensaba la fuerte caída del PP. Si en 2012 UPyD y PP sumaban el 44.1 % de los votos, tras las elecciones de 2015, la suma de PP, Ciudadanos y UPyD se quedaba en el 38 %. Susana Díaz pasaba a ser así la Presidenta de una región con una izquierda políticamente poderosa (pero difícilmente coaligable para acciones más o menos unitarias) y con un centro derecha más debilitado, a una parte del cual (la que representa Ciudadanos) podría quizá recurrir —como finalmente tuvo que hacer— para establecer mayorías de gobierno.
- Pese a un resultado que aritméticamente era el peor de su historia, el PSOE, en ese nuevo escenario, ganaba en realidad en hegemonismo político. No solo recuperaba la condición de primera fuerza de la región que había perdido tres años antes, sino que marcaba también una distancia amplia de 14 diputados con el PP. En 2012, fue el PP el que sacó una ventaja de tres diputados al PSOE.
- El PSOE no solo pasaba a ser el partido preferido, sino asimismo el partido de referencia. Nada era posible contra él, y en cambio a él se le abrían múltiples opciones: desde gobernar en solitario a hacerlo con Ciudadanos o quizá incluso con Ciudadanos e IU, o con Podemos (o con Podemos e IU).

En efecto, con el resultado global conseguido, el PSOE era el único partido en condiciones de articular un gobierno: bien en solitario, pactando con unos u otros según los momentos o asuntos, bien articulando algún tipo de acuerdo estable con alguna fuerza política que le permitiera superar holgadamente los 55 que constituyen la mayoría absoluta. De todas las posibles combinaciones electorales, la primera era preferida por un porcentaje superior de andaluces antes de las elecciones: 76 %. La posibilidad de algún tipo de pacto o acuerdo entre PSOE y otro partido concitaba menos apoyos antes de las elecciones: la reedición del pacto de 2012 entre PSOE y IU era el preferido por un 42 % de andaluces algo, en todo caso, imposible porque el resultado electoral les alejó de la



mayoría absoluta. De los otros dos pactos posibles<sup>259</sup>, el orden de preferencias era: PSOE+PP (apoyado por un 30 %) y PSOE+Podemos (29 %). En todo caso, la mayoría de los electores se mostraba dispuesto a conceder un amplio margen de maniobra al partido por el que iban a votar: un 65 % decía que estaría de acuerdo con la coalición que decidiera el partido al que finalmente acabaran votando.

Finalmente, y tras más de dos meses de negociaciones —y después de celebradas las elecciones municipales de mayo de ese año—, PSOE y Ciudadanos firmaron un pacto (no una coalición) de Gobierno con 70 puntos sobre medidas anticorrupción e iniciativas de carácter económico y social.

Las elecciones andaluzas constataron el realineamiento político del electorado español en su búsqueda del cambio tantas veces reclamado. El apoyo demoscópico a los partidos emergentes se había transformado —tal y como habían anticipado los sondeos— en apoyo real en las urnas. Si esto había sido así en Andalucía, ¿por qué no iba a serlo también en el resto de España? El Clima Social de abril —el primero tras los comicios andaluces— arrojaba un escenario político nacional extremadamente competitivo entre las cuatro principales fuerzas políticas. Si en las elecciones de 2011 la distancia —sobre voto válido— entre el partido más votado (el PP) y el que quedó en cuarto lugar (IU) fue de 40 puntos, la diferencia entre quien en la oleada de abril ocupaba el primer lugar y el que aparecía situado en cuarta posición era de menos de tres puntos. Y si en 2011 PP y PSOE llegaron a sumar el 73.3 % de todos los votos, esa suma era, en ese momento, el 42.7 %, al tiempo que, en conjunto, PP, PSOE, Podemos y Ciudadanos se repartían, y prácticamente por igual, el 84.3 % de los votos.

Podemos seguía encabezando la estimación de voto pero sin frenar su tendencia descendente: su resultado estimado era de un 22.1 % solo dos décimas por encima del PSOE (21.9 %) que encadenaba dos oleadas consecutivas creciendo. El PP quedaba en tercer lugar (con un 20.9 %) y Ciudadanos seguía siendo cuarto, pero ya con un 19.4 % y cada vez más cerca del terceto de cabeza. Este nuevo escenario político se correspondía plenamente con el resultado que un 77 % de los españoles decía desear para las elecciones que se debían celebrar en ese año (las generales, pero también para las municipales y autonómicas de mayo): que PP y PSOE dejaran de ser los partidos predominantes, y que

---

<sup>259</sup> En el sondeo preelectoral de Metroscopia no se preguntó por la posibilidad de un acuerdo o pacto entre PSOE y Ciudadanos. Sí se preguntó por la preferencia de un acuerdo entre PP y Ciudadanos (apoyado por un 39 % de andaluces) pero tras las elecciones, este pacto no fue posible porque entre los dos solo sumaban 42 escaños, 13 menos de los 55 que suponen la mayoría absoluta.

compartieran el protagonismo político con otros partidos de ámbito nacional con los que tendrían que contar para poder gobernar (solo un 20 % decía preferir que en las elecciones ganase con claridad uno de los dos grandes partidos, opción que eso sí, era preferida por dos de cada tres potenciales votantes del PP, los únicos que parecían defender con ahínco el bipartidismo).

Este anhelo ciudadano de una nueva cultura política que hiciera que el diálogo, la negociación y el pacto fueran el motor —permanente y en todas las posibles direcciones y variantes— de la vida política quedaba reflejado en dos datos adicionales que ya arrojaba la encuesta preelectoral de Metroscopia para los comicios andaluces: por un lado, el 74 % de los españoles estaba a favor de que fuera el partido relativamente más votado el que gobernara con apoyos puntuales (y no necesariamente permanentes) de otros partidos; por otro, el 68 % dejaba, de entrada, plena libertad al partido por el que pensaba votar para que, tras las elecciones, optara por los acuerdos o coaliciones que considerara más adecuados. Eso venía a cuestionar, frontalmente, la extendida idea de que los ciudadanos necesitaban saber, con claridad y por anticipado, la posible política de alianzas de los partidos antes de decidir su voto. Más bien parecen dar a entender que solo tras las elecciones resulta procedente el recuento de las bazas con que cada cual puede, razonablemente, jugar.

El PP, por su parte, permanecía estancado: ni repuntaba significativamente ni, tampoco, perdía apoyos con respecto a oleadas anteriores. El 81 % de los españoles (y, significativamente, la mitad de los potenciales votantes del PP) creía que las mejoras en el desempleo que apuntaban los últimos datos oficiales hechos públicos pocos días antes en nada variaban la gravedad de fondo del problema; el 63 % afirmaba que la mejoría de la economía española no guardaba relación con la acción del Gobierno; y el 74 % (y un relativamente mayoritario 44 % entre los potenciales votantes del PP) percibía que con las medidas adoptadas para luchar contra la crisis la desigualdad había aumentado en la sociedad española. Con este estado anímico general no parecía esperable una recuperación fulgurante del partido del Gobierno, sobre todo si este seguía basando su estrategia electoral en una futura recuperación de la economía española.

Entre los principales líderes políticos nacionales, Rivera seguía siendo el único que lograba más evaluaciones positivas que negativas (con un saldo de +18 puntos). Todos los demás seguían siendo reprobados, y algunos de forma clara: era el caso de Iglesias (-30), Rajoy (-48) y Díez (-49). Entre los respectivos potenciales votantes, destacaba también el apoyo que obtenía Rivera entre los suyos (+90 puntos), seguido del

+75 que lograba Rajoy y el +71 de Iglesias. Los datos de Rajoy e Iglesias reflejaban su capacidad de ganarse el favor de sus potenciales votantes y el rechazo de todos los demás. De hecho, PP y Podemos, seguían siendo los dos partidos que más rechazo generaban entre el electorado español: un 56 % decía que en ningún caso votaría a los populares y un 33 % manifestaba ese rechazo hacia la formación morada.

Algunos datos de esta oleada de abril ya permitían vislumbrar algo que es fundamental para entender, por un lado, el cambio que se produjo en la política nacional y que se confirmó en las diferentes elecciones celebradas a lo largo de 2015 y, por otro lado, para explicar por qué el cambio no ha sido de mayor magnitud y por qué los dos partidos tradicionales aguantaron el embate de los partidos emergentes. Por qué, en definitiva, el colapso del sistema de partidos que se materializó en las elecciones generales de 2015 puede identificarse con uno de los fenómenos morbosos que se producen en el interregno que va desde que lo viejo muere y lo nuevo no puede nacer (Gramsci, 1977). Se trataba de la composición sociodemográfica de los potenciales votantes de cada partido. Los partidos emergentes lograban la mayoría de sus apoyos entre los más jóvenes —entendiendo por tal, los menores de 55 años— y entre quienes residían en hábitat urbanos —entendiendo por tales, los municipios de más de 50.000 habitantes—. Los partidos tradicionales, por el contrario, encontraban su base electoral entre los mayores de 55 años y entre quienes residían en hábitats rurales, espacios, ambos, en los que los potenciales votantes de partidos emergentes —sobre todo de Podemos— eran minoritarios. Estas brechas sociodemográficas se iban agudizando como se observa en un estudio interno llevado a cabo por Metroscopia en el mes de mayo (véanse Cuadros 38 y 39). En todo caso, el dato más relevante en el clima político nacional que arrojaba ese sondeo (a menos de dos semanas de las elecciones municipales y autonómicas) era la continuada pérdida de apoyos que sufría Podemos en el caso de unas elecciones generales que tuviesen lugar de forma inmediata. Podemos pasaba a ser la cuarta fuerza política, siendo así que en abril era la primera. En solo un mes, la formación liderada por Iglesias había perdido 5.1 puntos porcentuales (pasando del 22.1 % al 17.0 %) acentuando su tendencia descendente iniciada en febrero. En comparación con su voto estimado a principios de 2015 la pérdida era de 11.2 puntos (del 28.2 % de enero al 17.0% de mayo). En esta estimación, el PP se situaba como la fuerza política más votada, con un 23.9 % de los votos. Esto suponía para el PP una suave pero sostenida tendencia al alza, que se reflejaba en la ganancia de cinco puntos porcentuales respecto al resultado estimado en marzo de 2015 (si bien seguía estando muy lejos del 44.6 % que obtuvo en noviembre de 2011). El PSOE era la segunda

fuerza política a una distancia de 2.5 puntos del PP y con un porcentaje de voto prácticamente idéntico (21.4 %) al que registraba en la oleada de abril (21.9 %), y siete puntos por debajo del 28.7 % que consiguió en las elecciones de 2011. Ciudadanos, por su parte, alcanzaba la tercera posición con el 20.0 % de los votos, su mejor dato de toda la serie hasta ese momento. De hecho, desde comienzos de 2015 el partido de Rivera había ido incrementando su apoyo popular en medida paralela al descenso de Podemos y, por primera vez, superaba al partido de Iglesias por una diferencia de tres puntos (20.0 % frente a 17.0 %), quedando además a menos de dos puntos del PSOE (véase Gráfico 42). Esos datos sugerían un ligero repunte del bipartidismo PP-PSOE: la suma del voto estimado, en total, para esos dos partidos había pasado del 42.7 % en abril al 45.3 % en mayo (2.6 puntos de diferencia).

<b>CUADRO 39</b> Intención Directa de Voto a PP, PSOE, CIUDADANOS Y PODEMOS según el tamaño del hábitat de residencia (En porcentajes)								
	<b>Hábitat de residencia</b>							
	Menos de 10 mil habitantes		Entre 10 mil y 50 mil habitantes		Entre 50 mil y 500 mil habitantes		Más de 500 mil habitantes	
PP	18.2	37.3	11.5	24.9	16.9	27.4	13.6	21.6
PSOE	19.1		13.4		10.5		8.0	
Ciudadanos	9.6	15.8	12.6	24.9	14.4	25.5	16.7	32.1
Podemos	6.2		12.3		11.1		15.4	

Los porcentajes se leen de forma vertical. Las cifras restantes hasta 100 corresponden a la estimación de voto del resto de partidos y a quienes votarían en blanco o nulo.

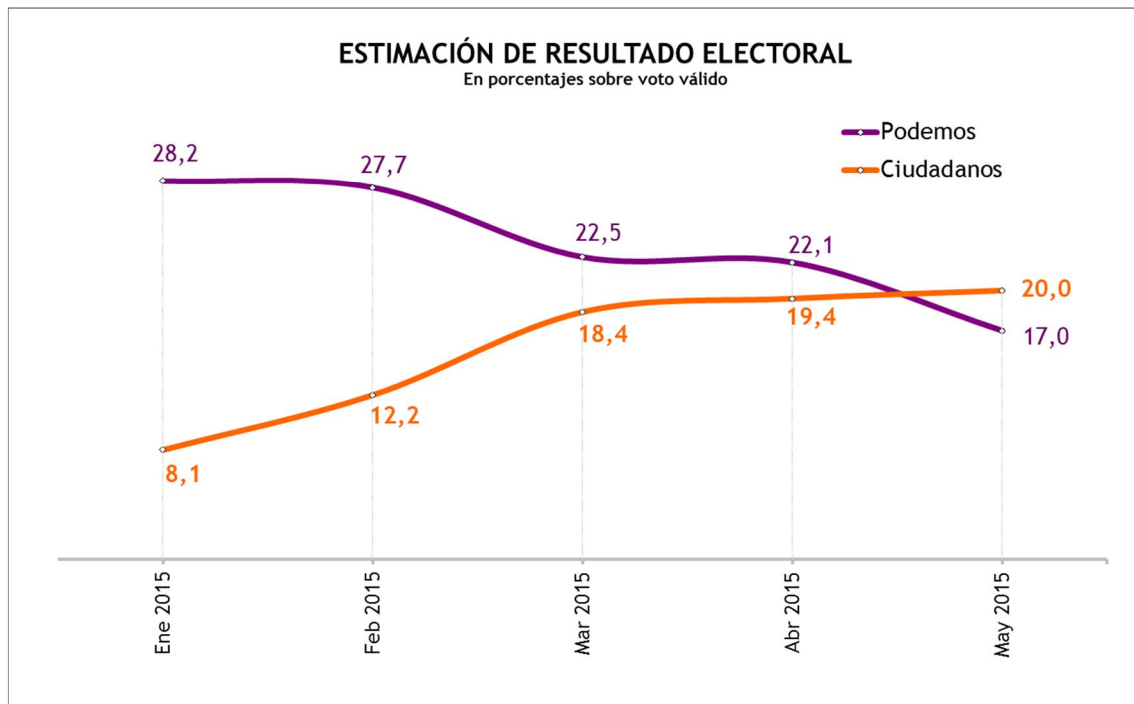
Fuente: Banco de Datos de Metroscopia

<b>CUADRO 40</b> Intención Directa de Voto a PP, PSOE, CIUDADANOS Y PODEMOS según la edad (En porcentajes)			
	<b>Grupos de edad</b>		
	De 18 a 34 años	De 35 a 54 años	Más de 55 años
PP	12.2	11.1	21.5
PSOE	10.6	13.1	13.6
Ciudadanos	15.5	15.5	9.5
Podemos	14.7	13.7	6.0

Los porcentajes se leen de forma vertical. Las cifras restantes hasta 100 corresponden a la estimación de voto del resto de partidos y a quienes votarían en blanco o nulo.

Fuente: Banco de Datos de Metroscopia

GRÁFICO 42

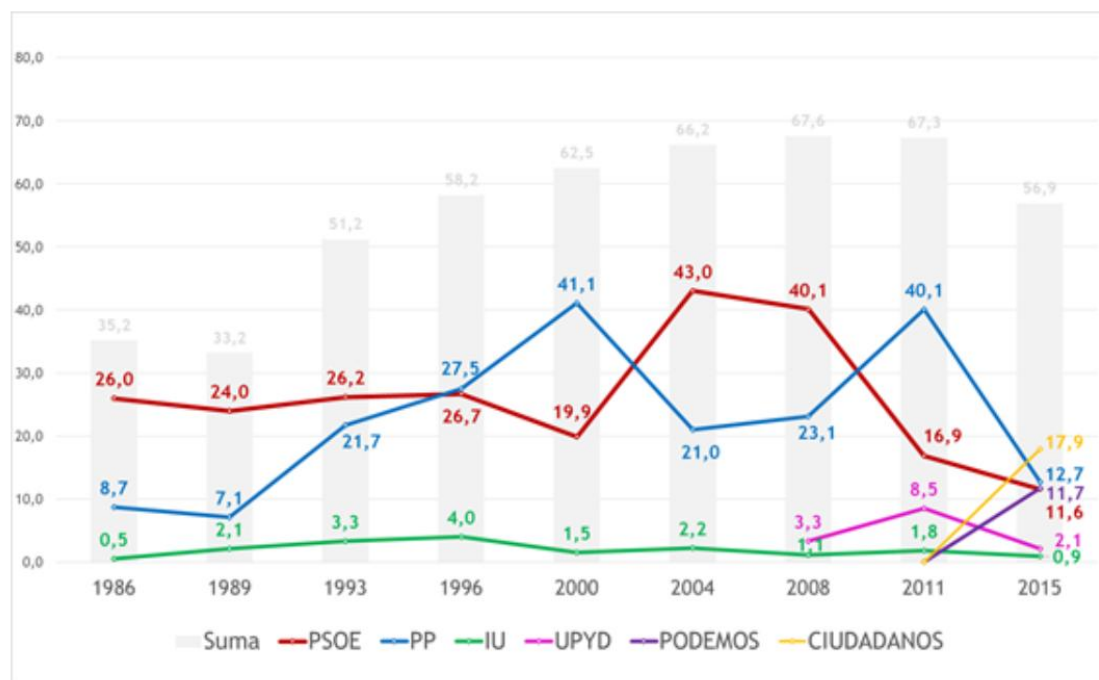


Fuente: Metroscopia

Por otro lado, el Clima Social de abril mostraba —y, en esta ocasión, con mayor profusión que en oleadas anteriores— la pluriocupación del espacio correspondiente al centro ideológico que anticipaba el cambio que había de producirse en el sistema de partidos español. En un análisis comparativo desde 1986, Francisco Camas García explicaba en un artículo<sup>260</sup> cómo desde ese año el centro ideológico había estado dominado por PSOE y PP: quien ganaba el centro ganaba las elecciones. En 2015, sin embargo, la presencia en el centro parecía “convertirse en una condición necesaria pero no suficiente para ganar las elecciones”.

<sup>260</sup> “El centro ya no es lo que era” Francisco Camas García, publicado en el Blog de Metroscopia en EL PAÍS el 14 de marzo de 2015. (<http://blogs.elpais.com/metroscopia/2015/03/el-centro-ya-no-es-lo-que-era.html>)

GRÁFICO 43



Autor del gráfico: Francisco Camas García

**GRÁFICO.** Evolución de los votantes a partidos políticos que se sitúan en el centro ideológico en el caso de Elecciones Generales (1986-2015). Se expresan en porcentajes el peso de cada partido en el punto 5 de la escala de autoubicación ideológica.

NOTA DEL GRÁFICO. Los datos correspondientes al intervalo de años 1986-2011 proceden del Centro de Investigaciones Sociológicas. La estimación de voto para las elecciones de 2015 es elaborada por Metroscopia. Debe tenerse en cuenta que la escala de autoubicación del CIS abarca del 1 —extrema izquierda— hasta el 10 —extrema derecha—, mientras que la de Metroscopia es de 0 a 10. El porcentaje restante corresponde a otros partidos y a los que no saben o no contestan.

Por su parte, los datos de intención y estimación de voto del Barómetro de abril<sup>261</sup> del CIS mostraban —por primera vez en la serie de esta institución— el cambio en el sistema de partidos español hacia un cuatripartidismo competitivo con cuatro formaciones políticas separadas en IDV por menos de seis puntos y que obtendrían, en el caso de unas inmediatas elecciones generales, porcentajes de voto válido por encima del 10 % pero que ninguna de las cuales llegaría a alcanzar el 30 %.

<sup>261</sup> El Barómetro de abril del CIS puede consultarse en [http://www.cis.es/cis/export/sites/default/-Archivos/Marginales/3080\\_3099/3080/es3080mar.pdf](http://www.cis.es/cis/export/sites/default/-Archivos/Marginales/3080_3099/3080/es3080mar.pdf)

#### 4. ELECCIONES MUNICIPALES Y AUTONÓMICAS DE MAYO DE 2015. EL CAMBIO EMPIEZA POR LO LOCAL: LA PRIMERA EVIDENCIA EMPÍRICA DEL DESMORONAMIENTO PARTIDISTA

El 24 de mayo de 2015 se celebraron en España las elecciones municipales y elecciones autonómicas en aquellas comunidades en que estuvieran previstas elecciones antes del 24 de septiembre de 2015, es decir, en Asturias, Aragón, Cantabria, Navarra, Castilla y León, La Rioja, Comunidad Valenciana, Comunidad de Madrid, Castilla La Mancha, Extremadura Región de Murcia, Canarias, Islas Baleares, Asturias, Cantabria, Navarra, Castilla y León, La Rioja, Comunidad Valenciana, Comunidad de Madrid, Castilla-La Mancha, Región de Murcia, Canarias, Islas Baleares y en las ciudades autónomas de Ceuta y de Melilla<sup>262</sup>.

En las elecciones municipales, en el conjunto de España, el PP fue el partido que obtuvo mayor número de votos y de concejales: 6.070.176 (el 27.1 % de los votos válidos emitidos) y 22.744 concejales. El segundo fue el PSOE con 5.613.733 votos (el 25.0 %) y 20.858 concejales. Estos datos podrían llevar a pensar que el bipartidismo resistía sin problemas el surgimiento de los nuevos partidos y que el sistema no estaba en vías de transformación, pero un análisis más detallado de los resultados arroja datos que muestran el desgaste de los partidos tradicionales y el importante realineamiento político del electorado español que se estaba produciendo. En primer lugar, con respecto a las elecciones municipales de 2011, el PP perdía casi dos millones y medio de votos y el PSOE casi setecientos mil. En realidad, los socialistas ya habían sufrido una importante sangría de votos en las elecciones de 2011 con respecto a las celebradas cuatro años antes. Su saldo entre 2008 y 2015 es una pérdida similar a la sufrida por el PP entre 2011 y 2015: en torno a dos millones doscientos mil votos. Y las otras dos formaciones tradicionales de ámbito nacional —IU y UPyD— no obtenía mejores resultados: la coalición rojiverde perdía el 68 % de los votos logrados en 2011 (casi un millón) y UPyD la mitad de sus apoyos (más de doscientos mil votos). Entre las cuatro formaciones políticas tradicionales, y en tan solo cuatro años —los comprendidos entre ambas elecciones municipales—, habían perdido más de cuatro millones de votantes. Votos que en su mayor parte fueron a parar a los dos partidos políticos emergentes. Ciudadanos

---

<sup>262</sup> También hubo elecciones a las Juntas Generales del País Vasco; a los Cabildos Insulares canarios; a los Consejos Insulares de Baleares; al Consejo General de Arán; a los concejos de Navarra; y a las entidades de ámbito territorial inferior al municipio.

logró cerca de un millón y medio de votos y Podemos<sup>263</sup> en torno a tres millones cuatrocientos mil. Era la primera vez que en unas elecciones de ámbito nacional, como lo son las municipales, se evidenciaba el desmoronamiento partidista, una de las dos circunstancias que deben concurrir —según la tesis de Morgan— para que se produzca el colapso del sistema de partidos.

<b>CUADRO 41</b>						
Resultado de las elecciones municipales de 2011 y 2015 en el conjunto de España						
RESULTADOS ELECCIONES MUNICIPALES	Sobre voto válido (En porcentajes)		Sobre Censo (En porcentajes)		Número de Concejales	
	2015	2011	2015	2011	2015	2011
PP	27.1	36.9	17.3	24.4	22.750	26.499
PSOE	25.0	27.3	16.0	18.1	20.823	21.767
PODEMOS*	15.4	--	9.8	--	6.179	--
C'S	6.6	--	4.2	--	1.527	--
IU	4.7	6.2	3.0	4.1	2.217	2.230
UPyD	1.0	2.0	0.7	1.3	129	154
OTROS	17.0	23.4	12.5	15.5	13.848	17.571
BLANCO	1.7	2.5	1.1	1.7	--	--
NULO	1.5	1.7	1.0	1.1	--	--
Abstención	35.1	33.8	35.1	33.8	--	--

\*Estimación de agrupaciones, coaliciones, plataformas en las que se incluye Podemos.

Fuente: Ministerio del Interior

Algo similar ocurría en las 13 Comunidades Autónomas en las que se celebraron elecciones. El PP perdió, en el conjunto de esas regiones, más de 15 puntos porcentuales sobre voto válido y 129 diputados con respecto a las anteriores elecciones autonómicas de 2011. En número de votos supuso una pérdida de más de dos millones de electores entre 2011 y 2015<sup>264</sup>. El desgaste del PSOE fue algo inferior, perdió 4.1 puntos y 30 diputados (algo más de medio millón de votos perdidos) pero hay que tener nuevamente en cuenta, que ya había acumulado una gran pérdida de apoyos en las elecciones de 2011, es decir, venía ya de una situación de debilidad electoral que se vio agudizada en los comicios de 2015. Izquierda Unida caía 2.5 puntos y perdía 25 de sus 34 diputados

<sup>263</sup> En realidad Podemos renunció a presentar candidaturas municipales con sus siglas y optó por apoyar candidaturas autodenominadas de unidad popular con otras formaciones y movimientos políticos, sociales y ciudadanos agrupados en un principio bajo la marca Ganemos. Por eso el resultado aquí mencionado es una estimación de las agrupaciones, coaliciones, plataformas en las que se incluye Podemos.

<sup>264</sup> En el caso de Asturias las anteriores elecciones autonómicas se celebraron en 2012 después de que se tuvieran que repetir las elecciones de 2011 por la incapacidad de los partidos políticos para ponerse de acuerdo en la conformación de un gobierno.



logrados en 2011, lo que en número de votos supuso una pérdida cercana a los 275.000 votantes. Una cifra similar, en torno a los 250.000 votos, fue los que perdió UPyD. En definitiva, más de tres millones de votantes perdidos por las cuatro principales formaciones políticas de ámbito nacional antes de la aparición de los partidos emergentes. En estas Comunidades en las que se celebraron elecciones los dos nuevos partidos consiguieron unos resultados óptimos para ser la primera vez que se presentaban a este tipo de comicios: en el conjunto de las 13 regiones, Podemos logró el 14.2 % de los votos válidos (en torno a 1.800.000 votantes) y 118 diputados y Ciudadanos el 9.9 % (en torno a 1.250.000 votos) y 56 escaños (véase Cuadro 42).

<b>CUADRO 42</b>						
Resultado de las elecciones autonómicas de 2011 y 2015 en el conjunto de España						
RESULTADOS ELECCIONES AUTONÓMICAS	Sobre voto válido (En porcentajes)		Sobre Censo (En porcentajes)		Número de Diputados	
	2015	2011	2015	2011	2015	2011
PP	30.6	46.0	20.6	31.6	281	410
PSOE	24.5	28.6	16.5	19.6	226	256
PODEMOS	14.2	--	9.6	--	118	--
C'S	9.9	--	6.7	--	56	--
IU	3.6	6.1	2.4	4.2	9	34
OTROS	15.5	19.6	10.4	11.5	114	124
BLANCO	1.6	2.5	1.1	1.7	--	--
NULO	--	--	1.0	1.2	--	--
Abstención	31.7	30.2	31.7	30.2	--	--

Fuente: [www.elpais.com](http://www.elpais.com)

Los resultados de las elecciones municipales y autonómicas no produjeron prácticamente ningún cambio en la opinión mayoritaria de los ciudadanos sobre cuestiones políticas de fondo. En dos estudios llevados a cabo por Metroscopia —uno preelectoral y otro postelectoral— se observaba una clara estabilidad de las opiniones que tenía que ver, probablemente, con el hecho de que los resultados finales de las diferentes elecciones coincidieron no solo con lo esperado sino también con lo deseado por la amplia mayoría de los ciudadanos antes de que estas se celebraran.

Por un lado, en lo referente a la práctica ausencia de mayorías absolutas. En ninguna de las 13 Comunidades en las que se celebraron elecciones y en prácticamente ninguna capital de provincia algún partido llegó a obtener una mayoría absoluta. Antes de

celebrarse los comicios, un amplio porcentaje de ciudadanos (69 %) consideraba que esta ausencia de mayorías absolutas era positiva para la vida política española. Una vez confirmados los resultados, el porcentaje de españoles que lo seguía pensando no solo se mantuvo estable sino que incluso aumentó ligeramente (72 %). En todo caso no todos se manifestaban igual de satisfechos con los resultados electorales. En el caso de las elecciones autonómicas, la mayoría de los votantes de Podemos (63 %) y del PSOE (51 %) decían estar satisfechos con los resultados globales. Pero, por el contrario, los votantes del PP en esas elecciones se manifestaban mayoritariamente insatisfechos (76 %). Entre los votantes de Ciudadanos la opinión estaba claramente dividida: un 51 % decía sentirse satisfecho frente a un 49 % que no lo estaba. Y algo similar ocurría en el caso de las elecciones locales: mientras que la mayoría de los votantes del PP (66 %) y de Ciudadanos (56 %) se mostraba insatisfecho con los resultados que hubo, en general, en el conjunto de España, —y no concretamente los de su partido—, la mayoría tanto de los votantes de aquellas listas municipales de las que estaba integrado Podemos (64 %) como de los votantes socialistas (58 %) decía sentirse satisfecho.

Por otro lado, la mayoría de los españoles consideraba que un sistema político con cuatro o más partidos de similar tamaño como el que había resultado tras las elecciones municipales y autonómicas hacía más difícil la estabilidad de los gobiernos (58 %). A pesar de lo cual, la mayoría de los ciudadanos decía sentirse preparada ante este nuevo panorama político que obligaba a la negociación puntual para investir a los siguientes Presidentes autonómicos y Alcaldes y a la negociación permanente para sacar adelante la siguiente legislatura: lo estaba antes de las elecciones (57 %) y lo seguía estando tras ellas (60 %). Ahora bien, la mayoría de los españoles consideraba que los partidos políticos no estaban igual de receptivos que ellos para afrontar el nuevo escenario político. Con anterioridad a la celebración de las elecciones un 54 % pensaba que los partidos prefieren situaciones en las que predominen dos grandes partidos capaces de conseguir mayorías absolutas. Después de celebradas, se percibió, sin embargo, un cambio en la opinión de los españoles: se producía un práctico empate entre quienes creían que los partidos sí están preparados para una vida política más diversificada y quienes opinaban lo contrario (43 % frente a 45 %).

Además, los españoles se mostraban a favor de pactos en diferentes direcciones, tal y como acabó ocurriendo en muchos casos. La amplia mayoría opinaba antes de las elecciones (68 %) y seguía pensando después de celebradas (72 %) que los partidos debían tener libertad para llegar a acuerdos en unos sitios con unos partidos y en otros

sitios con otros si así lo consideraban conveniente. Y no solo eso, además, un 61 % pensaba que sería una demostración de madurez y de sentido de responsabilidad por parte de los partidos si estos eran capaces de ceder en algunas de sus propuestas a la hora de llegar a esos acuerdos o pactos.

Con respecto al futuro que les esperaba a los dos nuevos partidos que habían hecho acto de presencia en el escenario político nacional, los españoles daban mayor capacidad de supervivencia a Ciudadanos que a Podemos. Por un lado, predominaban quienes creían que el partido de Rivera iba a consolidarse y a ser clave en la vida política española: lo decía un 48 % (frente a un 36 % que pensaba que sería solo un fenómeno transitorio que no duraría mucho tiempo). En el caso de Podemos, la opinión ciudadana se presentaba dividida: un 42 % consideraba probable su perdurabilidad, un 44 % se inclinaba por atribuirle una vida efímera. En todo caso, los españoles no pensaban que los dos partidos emergentes fueran a sustituir —o al menos en el corto plazo— al PP y al PSOE. La mayoría (55 %) consideraba que los cuatro partidos iban a coexistir, pero no en plano de igualdad: PP y PSOE con claro mayor protagonismo en la escena política que Podemos y Ciudadanos.

En el primer Cima Social realizado por Metroscopia pasadas las elecciones municipales y autonómicas, y cuando todavía no se habían constituido las corporaciones municipales ni los 14 gobiernos autonómicos (los 13 de las Comunidades con elecciones el 24M, más Andalucía que las celebró en marzo y a esas alturas los partidos no habían llegado a ningún acuerdo de Gobierno) el clima electoral nacional tendía a recobrar el pulso de oleadas anteriores. Las elecciones municipales y autonómicas no parecían haber supuesto un significativo punto y aparte en la configuración de los alineamientos electorales de los españoles, sino más bien un punto y seguido, con algunas significativas matizaciones. La estimación del resultado más probable en unas elecciones generales que tuviesen lugar en ese momento —finales de mayo/comienzos de junio de 2015, a seis meses de los comicios legislativos— seguía apuntando a un práctico empate, en cabeza, de tres partidos si bien con alguna interesante rotación en el orden relativo en que quedarían. El PP pasaba a ser el partido más votado (con un 24.5 % del voto total estimado), seguido del PSOE (con un 23 %) quedando Podemos en tercera posición (con un 21.5 %). Ciudadanos experimentaba una apreciable pérdida de impulso y perdía más de seis puntos con respecto a la oleada de abril quedándose en un 13 % de los votos. Claramente, era el partido que más perjudicado salía de las elecciones municipales y autonómicas.

El sondeo ponía de manifiesto el mantenimiento de una cierta tendencia al alza del PP. Los populares recuperaban la condición de primera fuerza política nacional —algo que no sucedía desde diez meses atrás— y se situaban, incluso, un punto y medio por delante de la segunda fuerza —el PSOE—. La tendencia del PP resultaba claramente ascendente: desde el mes de marzo, cuando su voto estimado fue del 18.6 %, había subido casi seis puntos, a pesar de la cascada constante de escándalos en que se veían envueltos cargos y militantes de esta formación. Esta pauta resultaba explicable por dos factores principales. Por un lado, a la por inquebrantable fidelidad de lo que cabía considerar el núcleo duro de su electorado, en el que tenían un peso, claro y creciente, las personas de más edad. Entre los mayores de 65 años, el 36 % se declaraba votante del PP. Por otro, era capaz de atraer en este momento a una buena parte del electorado que perdía Ciudadanos, sobre todo en las grandes ciudades —el gran caladero electoral de la formación naranja—, donde el PP experimentaba una subida de seis puntos con respecto a la oleada del mes de abril.

En todo caso, la evaluación que hacían los votantes populares del resultado de las elecciones municipales y autonómicas era ambivalente: en el caso de las elecciones autonómicas, una amplia mayoría (76 %) se declaraba insatisfecha con el resultado global; en el caso de las elecciones locales, en cambio, una clara mayoría (66 %) decía sentirse satisfecha con cómo habían ido las cosas.

Si bien Rajoy era —con María Dolores de Cospedal, presidenta del PP— la figura política peor evaluada por el conjunto de la ciudadanía (obtenían un saldo evaluativo de -52 y -54 puntos, respectivamente), entre los votantes populares lograban un saldo ampliamente positivo (+69 puntos) solamente superado por el que conseguía la vicepresidenta del Gobierno (+73). De hecho, esta última era la que una amplia mayoría (67 %) de votantes populares preferiría como cabeza de lista del PP en las elecciones generales que debían celebrarse a finales de año, en el supuesto de que a las mismas no concurriese Rajoy (cuestión, esta última, sobre la que se dividían las opiniones de los propios potenciales votantes de esa formación: el 45 % creía que el candidato debía volver a ser Rajoy, y el 50 % que debía serlo otra persona).

Por su parte, el PSOE mantenía una lenta pero evidente recuperación. Los socialistas lograban, en la estimación de resultado electoral para el caso de unas elecciones generales, el 23 % de los votos. La estabilidad interna que el partido parecía estar logrando en esos momentos en torno al liderazgo de Sánchez, parecía estar contribuyendo de forma

decisiva a esta gradual recuperación. Ideológicamente, el PSOE ocupaba, de forma cada vez más clara (por el autopoicionamiento ideológico que declaraban sus votantes) la centralidad del espacio ideológico. Con todo, sus apoyos electorales seguían, en buena medida, siendo volátiles y parecía requerir una mayor consolidación. Su fidelidad de voto era de tan solo un 46 % una cifra inferior a la que registraba el PP. Además, un 17 % de sus antiguos votantes manifestaban su intención de votar a Podemos. El PSOE lograba compensar esas posibles fugas de votantes con su capacidad de atraer a nuevos apoyos entre quienes en 2011 habían optado por la abstención, entre los nuevos electores (los que, por edad, podían votar por primera vez en su vida) y entre un pequeño sector de exvotantes del PP, que dudaban entre Ciudadanos y la abstención y que se inclinaba en esos momentos por dar su apoyo a los socialistas. Además, los apoyos electorales más relevantes del PSOE procedían de los mayores de 55 años, de quienes se situaban en el centro exacto del espectro ideológico (donde el PSOE pasó a situarse como primera fuerza política) y en el centro-izquierda, así como en los núcleos de población más rurales (especialmente en los de menos de 2000 habitantes). Un panorama relativamente heterogéneo, que parecía requerir un especial esfuerzo de armonización y en el que destacaba la ausencia relativa de voto joven y urbano. Un claro factor positivo era que su líder resultaba ser en ese momento el segundo político mejor evaluado por la ciudadanía y con un saldo evaluativo sustancialmente positivo (+72) entre los potenciales votantes socialistas.

En esa oleada de finales de mayo y comienzos de junio de 2015, de los cuatro partidos que desde comienzos de año venían protagonizando la vida política española, solo los dos emergentes —Podemos y Ciudadanos— registraban, en este momento postelectoral —tras las elecciones municipales y autonómicas—, una caída en su voto estimado para unas hipotéticas elecciones generales que se celebrasen de forma inminente. Pero sus casos eran claramente distintos. En el caso de Podemos, se mantenía la suave tendencia descendente iniciada en el mes de marzo. En esos momentos, quedaba por debajo del PP y PSOE, algo que no ocurría desde octubre de 2014 (si bien entonces Podemos quedaba a 17.1 puntos de distancia del primer partido, y en ese momento a tan solo tres tres). Pese a este suave pero sostenido desgasta del atractivo electoral (para unas elecciones generales) de la formación morada, la evaluación ciudadana de su líder parecía reforzarse tras los comicios autonómicos y municipales: el saldo evaluativo de Iglesias seguía siendo negativo pero había mejorado en 27 puntos con respecto a la oleada del mes de abril

(pasando de -30 a -3). Realmente —y sin duda como consecuencia de la movilización electoral producida por los comicios locales y regionales— todos los líderes políticos, con la sola excepción de Rajoy, mejoraban su saldo evaluativo global: Rivera pasaba de +18 a +24, Sánchez de -12 a +1 y Garzón de -12 a +1). En todo caso, la opinión de los españoles se dividía con respecto al futuro de Podemos: un 42 % pensaba que iba a consolidarse y ser clave en la vida política española frente a un 44 % que creía que iba a ser solo un fenómeno transitorio que no iba a durar mucho tiempo.

Ciudadanos, por su parte, sufría su primer descalabro demoscópico. Desde su aparición en el sondeo de Metroscopia de diciembre de 2014 (con un voto estimado del 3%), Ciudadanos había registrado, mes tras mes, un crecimiento vertiginoso. A primeros de abril, su voto estimado era el 19.4 %, lo que le colocaba en cuarto lugar pero a tan solo 2.7 puntos de Podemos, que en aquel momento era el partido que ocupaba el primer puesto. A finales de mayo/comienzos de junio, con un voto estimado del 13.0 %, seguía ocupando el cuarto lugar pero quedando descolgado de los tres primeros: la distancia que en estos momentos le separa del partido que quedaba en cabeza (el PP) se había cuadruplicado, pasando a ser de 11.5 puntos. El caso es que su líder, seguía siendo el político mejor evaluado por el conjunto de los españoles (Rivera contaba con un saldo evaluativo de +24 puntos, seis puntos más que en la oleada de abril). Y, además, su imagen de partido instaurado en el nuevo sistema político era superior a la que tenía Podemos: eran mayoría (48 % frente a 36 %) los españoles que pensaban que Ciudadanos era un partido que iba a consolidarse con el paso del tiempo y que iba a ser clave en la vida política española. El principal factor que ayudaba a explicar que, pese a estos positivos datos de base, la intención estimada de voto a favor de Ciudadanos tendiera a contraerse era básicamente su indefinición. Con respecto a la actuación del partido en la campaña electoral de las elecciones municipales y autonómicas eran claramente más (47 % frente a 37 %) los españoles que decían que Ciudadanos no había sabido explicar con claridad durante la misma cuál era su posición sobre los posibles pactos postelectorales. Esa opinión era expresada por porcentajes significativos de votantes del PP y del PSOE —49 % y 51 %, respectivamente—, es decir, de las dos fuerzas políticas más cercanas electoralmente a Ciudadanos y a las que la formación naranja amenazaba con restarles apoyos en beneficio propio. Por otro lado, en esa ampliamente percibida indefinición de Ciudadanos había sido potenciada durante la campaña electoral con el fuego cruzado desde PP y PSOE presentando a Ciudadanos, respectivamente, como una formación de clara inclinación a la izquierda o irremediabilmente destinada a ser el apoyo del PP en

aquellos gobiernos municipales y autonómicas donde su presencia resultara imprescindible para permitir gobernar al PP. A ninguna de estas “acusaciones” dio respuesta Ciudadanos, o si las dio, no fueron capaces de convencer a la mayoría de los electores.

El 13 de junio de 2015 tuvo lugar la elección de alcaldes en España<sup>265</sup>. En un sondeo llevado a cabo por Metroscopia con posterioridad (entre el 15 y el 17 de junio), cerca del 60 % de la población se mostraba insatisfecha, en general, con los alcaldes que habían sido elegidos en el conjunto de España, aunque esta insatisfacción se reducía al 43 % si se refería al alcalde del propio municipio de residencia del entrevistado. Esta insatisfacción tenía un marcado carácter político: los votantes del PP en esas elecciones municipales y, en menor medida, los de Ciudadanos eran los menos satisfechos con el resultado del proceso de elección de alcalde tanto en su municipio (50 % y 55 %, respectivamente) como, sobre todo, en el conjunto de España (82 % y 64 %). En cambio, la satisfacción predominaba entre los votantes del PSOE y de Podemos: en esos comicios locales, en ambos casos, el 61 % se declaraba conforme con la elección del alcalde de su localidad; y el 52 % del PSOE y el 67 % de Podemos con los alcaldes elegidos en el conjunto de España.

Por otro lado, el 64 % de la ciudadanía española consideraba que el principal objetivo de los pactos en los Ayuntamientos había sido impedir que el PP siguiera gobernando. Así lo creía el 78 % de los votantes de Ciudadanos, el 77 % de los de Podemos, el 73 % de los del PP y el 64 % de los del PSOE. Es decir, todos los electorados coincidían —aunque obviamente desde una consideración evaluativa muy diferente de los hechos— en que el objetivo latente, en muchos casos, había sido sobre todo desalojar al PP del poder allí donde había sido posible hacerlo.

Así, el modo en que los españoles percibían y evaluaban los distintos pactos y acuerdos a los que se habían llegado en los municipios españoles variaba significativamente en función del partido cuya actuación era sometida a escrutinio.

---

<sup>265</sup> En España, en el caso de las elecciones municipales, no son los electores quienes eligen directamente a su alcalde. Son los concejales elegidos por los ciudadanos quienes en la primera reunión del nuevo pleno municipal, que tiene lugar 20 días después de las elecciones votan para elegir al regidor. Para elegir a un alcalde, es necesario que sea votado por la mayoría absoluta de los concejales. En caso de que ningún candidato consiga la mayoría absoluta, el nuevo alcalde será el concejal que estuviera en el primer lugar de la lista de la candidatura más votada por el electorado.

- Aquellos pactos o acuerdos realizados (o que se entendía que habían sido realizados) por el PP: los votantes populares tendían, en proporción de dos a uno (54 % frente a 26 %) a darles el visto bueno. Aunque en menor medida, también entre los votantes de Ciudadanos eran más quienes veían bien los acuerdos alcanzados por el PP (46 %) que aquellos que los desaprobaban (37 %).
- En aquellos acuerdos y pactos realizados por el PSOE, el grado de satisfacción del electorado del PSOE era claramente más elevado (72 %). Esta actuación del PSOE era también evaluada de forma positiva por un porcentaje similar (68 %) de votantes de Podemos (68 %), pero, en cambio, encontraba un claro rechazo entre los votantes del PP (77 %) y también, aunque más matizado, entre los de Ciudadanos (57 %).
- En los acuerdos y pactos realizados por Ciudadanos, dos de cada tres de sus votantes los aprobaban. También los aprobaba la mitad de los votantes de PSOE y de Podemos, e incluso entre los votantes del PP (47 % frente a 38 %).
- En los acuerdos y pactos realizados por Podemos, sus votantes eran los que, en mayor proporción, se declaraban satisfechos (85 %), y un sustancial 56 % de votantes del PSOE aprobaba también la forma en que había procedido Podemos. Los más críticos con la actuación postelectoral de esta formación eran, claramente, los votantes del PP, entre los que solo un 7 % la aprobaba y un 84 % la desaprobaba.

El líder de Ciudadanos, como era ya habitual, continuaba en primera posición en cuanto a evaluación ciudadana de líderes políticos, con un saldo evaluativo de +12 puntos, seguido de cerca por Sánchez (+7, y pasando de un saldo de +72 a otro de +88 entre sus propios potenciales votantes en menos de un mes). El líder del PP registraba un saldo evaluativo claramente negativo entre el conjunto de la población, pero ampliamente positivo entre su propio electorado: -44 puntos y +78, respectivamente.

Tras la celebración de los comicios locales y regionales, una mayoría de la población española (53 %) se mostraba a favor de que las elecciones generales se celebrasen en noviembre, aunque un sustancial 38 % decía preferir un adelanto electoral. Entre los votantes del PP, solo el 9 % era partidario de que se adelantasen, mientras que entre los de Podemos este porcentaje ascendía hasta el 62 %.

Que se estaba produciendo un realineamiento electoral de los ciudadanos y que el sistema de partidos español estaba en proceso de cambio era evidente: ya no era una cuestión



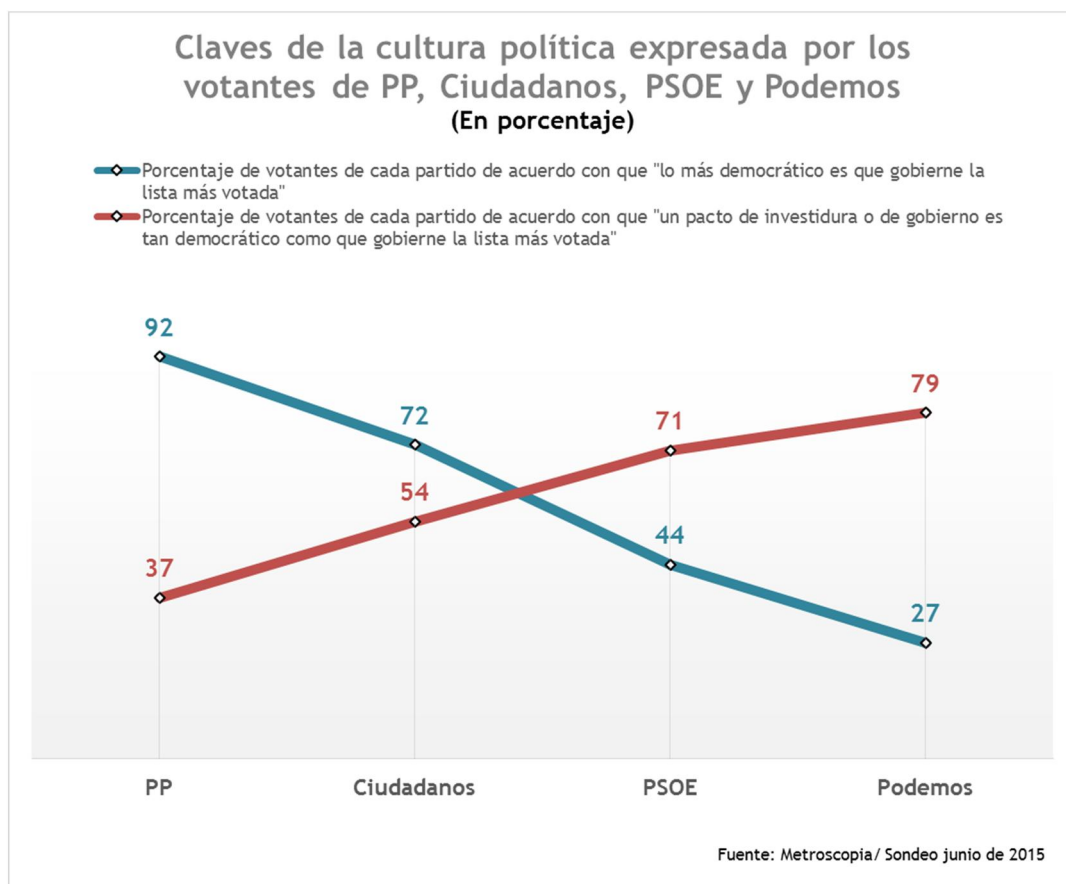
únicamente demoscópica, también las elecciones municipales y autonómicas celebradas hasta ese momento a lo largo de 2015 lo habían certificado. Pero ese cambio en el sistema político español debía ir acompañado de un cambio en la cultura política de los españoles y, sobre todo, de los dirigentes políticos. Un cambio para que los pactos y los acuerdos entre los diferentes partidos pasaran a ser la práctica habitual, tal y como, por otro lado, habían venido reclamando los españoles sondeo tras sondeo prácticamente desde el comienzo de la crisis económica. Una demanda de una nueva cultura del pacto<sup>266</sup> que partía, también, de otras instituciones de la sociedad civil como, por ejemplo, el Círculo Cívico de Opinión. Los datos de Metroscopia mostraban la existencia de dos culturas políticas diferentes existentes entre el electorado español: los ciudadanos ideológicamente más cercanos al centro derecha y derecha seguían manteniendo mayoritariamente una visión bipartidista del sistema español según la cual, el partido más votado en unas elecciones debía ser el que gobernara. Los ideológicamente más cercanos al centro izquierda y a la izquierda, por el contrario, pensaban que un pacto de investidura o de gobierno era tan democrático como que gobernara la lista más votada (véase Gráfico 44). En este sentido, un artículo de Francisco Camas García y Marcos Sanz Agüero<sup>267</sup> publicado en EL PAÍS el 6 de julio en el que se hacía eco del nuevo cambio en el sistema de partidos español finalizaba de la siguiente clarificadora forma: “En este nuevo camino que ha emprendido el sistema de partidos en España, las formaciones políticas tendrán que definirse cada vez más por sus capacidades de negociación y coalición. Los partidos y los electorados han de ir interiorizando, y entendiendo, las nuevas reglas de juego en la distribución del poder político. Si no lo hacen y si continúan enfocando con la lógica del bipartidismo una realidad que ha pasado a ser pluripartidista, corren el riesgo de encontrar un muro, más que una ventana, para sus aspiraciones en las próximas elecciones generales”.

---

<sup>266</sup> “Por una cultura del pacto” artículo firmado por Fernando Vallespín y José Luis García Delgado en representación del Círculo Cívico de Opinión y publicado en EL PAÍS el 12 de mayo de 2015.

<sup>267</sup> “Hacia una cultura pluripartidista” Francisco Camas García y Marcos Sanz Agüero. EL PAÍS 6 de julio de 2015. [http://politica.elpais.com/politica/2015/06/20/actualidad/1434834196\\_533300.html](http://politica.elpais.com/politica/2015/06/20/actualidad/1434834196_533300.html)

GRÁFICO 44



En julio de 2015 —cuando todavía no se sabía la fecha de la celebración de las elecciones generales<sup>268</sup>— la estimación de resultado electoral del Clima Social de Metroscopia volvía a situar al PP como ganador aritmético de las elecciones con un 23 % de los votos válidos, seguido muy de cerca por el PSOE con un 22.5 % y, en tercer lugar, por Podemos con un 21.5 %. Un empate a tres que, con mínimas alteraciones, ya venía registrando el Clima Social desde la oleada publicada el mes de marzo (desde aquella oleada se había pasado de un esquema claramente cuatripartidista con las cuatro fuerzas prácticamente empatadas en cabeza a otro de 3+1 con tres fuerzas separadas por muy poca distancia y una algo más descolgada). La única variación apreciable con respecto a sondeos anteriores afectaba al cuarto actor político protagonista: Ciudadanos. El partido de Rivera parecía volver a coger fuerza después de la caída de apoyos electorales detectada en la oleada de junio tras las elecciones municipales y autonómicas. Todo parecía indicar,

<sup>268</sup> No fue hasta el 2 de octubre cuando el Presidente anunció el día en el que se iban a celebrar las elecciones en el transcurso de una entrevista en un canal de televisión.

como ya se ha señalado, que ese fue un bache concreto y puntual achacable, sobre todo, a la campaña electoral que Ciudadanos desarrolló de cara a esos comicios de mayo y a los discretos resultados que obtuvo en ellas. Una vez que se conformaron los gobiernos locales y la mayoría de los autonómicos y que el foco de atención pasó a situarse, de nuevo, en la política nacional, Ciudadanos volvía a crecer y a acercarse a sus tres directos competidores. La participación electoral estimada —72 %— era, por otro lado, prácticamente idéntica a la que se había producido en los comicios de 2011 (votó el 71.7 % teniendo en cuenta únicamente los españoles residentes<sup>269</sup>).

Por otro lado, en tiempo electoral (inmediatamente antes o después de unas elecciones) los votantes de cada partido propenden a cerrar filas en torno a sus respectivos líderes. Pasado ese momento álgido, los apoyos tienden a relajarse algo. Así quedaba recogido en esta oleada de julio: transcurrido más de un mes después de las elecciones locales y regionales, todos los líderes de los principales partidos pasaban a registrar saldos evaluativos más bajos que antes de las elecciones. No solo entre el conjunto de los ciudadanos sino, también, entre sus propios potenciales votantes. Entre el conjunto de la población, Rivera volvía a ser, de nuevo, el único que lograba un saldo evaluativo positivo (más aprobaciones que desaprobaciones) pero sustancialmente inferior al de un mes antes: de +24 puntos pasaba a +7. El secretario general del PSOE y el líder de IU pasaban de tener ambos un saldo evaluativo positivo de +1 punto en junio a uno negativo en julio: -21 y -19 puntos, respectivamente. El mayor descenso lo sufría el líder de Podemos: Iglesias pasaba de -3 a -32. El presidente Rajoy era el único que reducía algo su abultado saldo negativo pasando de -52 puntos a -48.

En todo caso, según este sondeo, de los cuatro principales candidatos a la presidencia del Gobierno —Rajoy, Sánchez, Iglesias y Rivera— el socialista era el líder que para un porcentaje superior de españoles:

- Sabría pilotar mejor la reforma de la Constitución, de modo que resultara aceptable para el mayor número de españoles: así lo pensaba un 25 % frente a un 18 % que señalaba a Iglesias, un 18 % a Rivera y un 16 % a Rajoy.

---

<sup>269</sup> Dado que en los sondeos no se puede entrevistar a los residentes ausentes la comparación de la estimación de participación debe establecerse con la participación real teniendo en cuenta, únicamente, a los españoles residentes.

- Tendría más capacidad de dialogar y pactar con aquellos que no tienen sus mismas ideas: 27 % (empatado con Rivera y por delante de Iglesias —19%— y Rajoy —10 %—).
- Sería, en conjunto, un mejor presidente del Gobierno de España: 25 %, por delante de Iglesias, Rivera y Rajoy (los tres mencionados por un 17 %).

En la única de las cuatro cualidades por las que se preguntó en el sondeo en la que Sánchez no quedaba por delante del resto de líderes era en la capacidad de reducir las desigualdades de nuestro país. Ese puesto le correspondía a Iglesias: era mencionado por un 31 % de los ciudadanos frente al 21 % que mencionaba a Sánchez, el 14 % a Rivera y el 11 % a Rajoy.

Desde la aparición, primero, de Podemos y, posteriormente, de Ciudadanos (cuando el partido de centro derecha equilibró la balanza ideológica que estaba descompensada hacia la izquierda antes de su salto a la política nacional) el cuatripartidismo era el sistema de partidos predominante en las encuestas pero adoptando diferentes estructuras. En enero y febrero el cuatripartidismo había adoptado la forma de 3+1: tres partidos agrupados en cabeza y otro (Ciudadanos) algo descolgado de los primeros puestos. La fuerte tendencia ascendente que Ciudadanos mostró en los primeros meses del 2015 dio lugar a que durante las oleadas de marzo y abril las cuatro fuerzas política protagonistas —PP, PSOE, Podemos y Ciudadanos— quedaran agrupadas en un intervalo de apenas cuatro puntos entre el primero y el cuarto partido en estimación de voto. Después de la caída (demoscópica) que sufrió Ciudadanos tras la celebración de las elecciones municipales y autonómicas, el esquema cuatripartidista retornó al 3+1 durante las oleadas de junio y julio. En la oleada de agosto, que registró una notable caída en la estimación del voto a Podemos (con un 18.1 % obtenía su peor dato del Clima Social desde la oleada de noviembre de 2014) el cuatripartidismo adoptaba una estructura nueva: 2+2. Un cuatripartidismo en dos peldaños tal y como lo definió José Juan Toharia en un artículo publicado en EL PAÍS<sup>270</sup>. Los partidos tradicionales, representantes del bipartidismo, aguantaban en cabeza (23.5 % el PSOE y 23.1 % el PP) seguidos a cierta distancia por Podemos (18.1 %) y Ciudadanos (16.0 %). Los datos que arrojaba esta oleada dejaban otras dos cuestiones patentes. Por un lado, la resistencia de IU: la coalición rojiverde

---

<sup>270</sup> “Un doble empate, por ahora”, publicado el 25 de julio en EL PAÍS. ([http://politica.elpais.com/politica/2015/07/25/actualidad/1437847039\\_003080.html](http://politica.elpais.com/politica/2015/07/25/actualidad/1437847039_003080.html)).

lograba resistir el embate de Podemos y aunque su resultado estimado era inferior al logrado en 2011, se mantenía por encima del 5 %. Por otro lado, la tendencia a la irrelevancia política de UPyD cuyos anteriores votantes se habían pasado en masa a las filas de Ciudadanos: después de haber incluso superado el 10 % en la estimación de resultado electoral en las oleadas de mediados de 2012 y comienzos del 2013, en la oleada de julio de 2015 la formación magenta solo obtenía un 0.3 %.

Ese cuatripartidismo a dos niveles se mantuvo después del verano. En la oleada de septiembre del Clima Social el PSOE seguía ocupando la primera posición con un 24.6 % de los votos válidos, situándose 1.2 puntos por encima del PP (23.4 %). Lo ajustado del resultado permite hablar, en realidad, de un empate técnico si bien era la segunda oleada consecutiva del Clima Social en la que los socialistas superaban a los populares. La fidelidad de voto de socialistas y populares era muy similar en esos momentos: 48 % y 53 % respectivamente. La mayor fuga de votos del PSOE (20 %) se dirigía en dirección a Podemos mientras que quienes abandonaban las filas del PP lo hacían, sobre todo, en dirección a Ciudadanos (21 %). No obstante, y a pesar de que la suma de los porcentajes de PSOE y PP seguía por debajo del 50 % (48 %), el resultado estimado en la oleada de septiembre de 2015 era el mejor dato para el bipartidismo desde la de noviembre de 2014. Por su parte, la suma de los dos partidos emergentes era de un 34.7 %. Podemos seguía superando a Ciudadanos (18.6 % frente a 16.1 %) y se mantenía como tercera fuerza política en el conjunto de España. A pesar de que la formación morada lograba atraer a una parte sustancial de anteriores votantes de IU, la coalición rojiverde seguía resistiendo y su resultado estimado se situaba en un 5.0 % de los votos (1.9 puntos menos que el porcentaje logrado en las elecciones de 2011). Todo lo contrario que UPyD, formación que, en estos momentos, seguía por debajo del 1 % de los votos en el conjunto de España. El resultado estimado iba en línea con las preferencias de los españoles: dos de cada tres (67 %) querían que ningún partido obtuviera mayoría absoluta y, por tanto, que tuvieran que pactar dos o más partidos para decidir el Gobierno. Solo entre los potenciales votantes del PP eran mayoría (65 %) quienes se decantaban por un Gobierno con mayoría absoluta (véase Gráfico 45). Una proporción que se mantenía prácticamente inalterada desde el mes marzo de 2015 —oleada en la que se introdujo la pregunta por primera vez— (Cuadro 43).

Si finalmente, tras las elecciones, ningún partido lograra la mayoría absoluta, la coalición de Gobierno preferida por un porcentajes superior de españoles seguía siendo (como ya

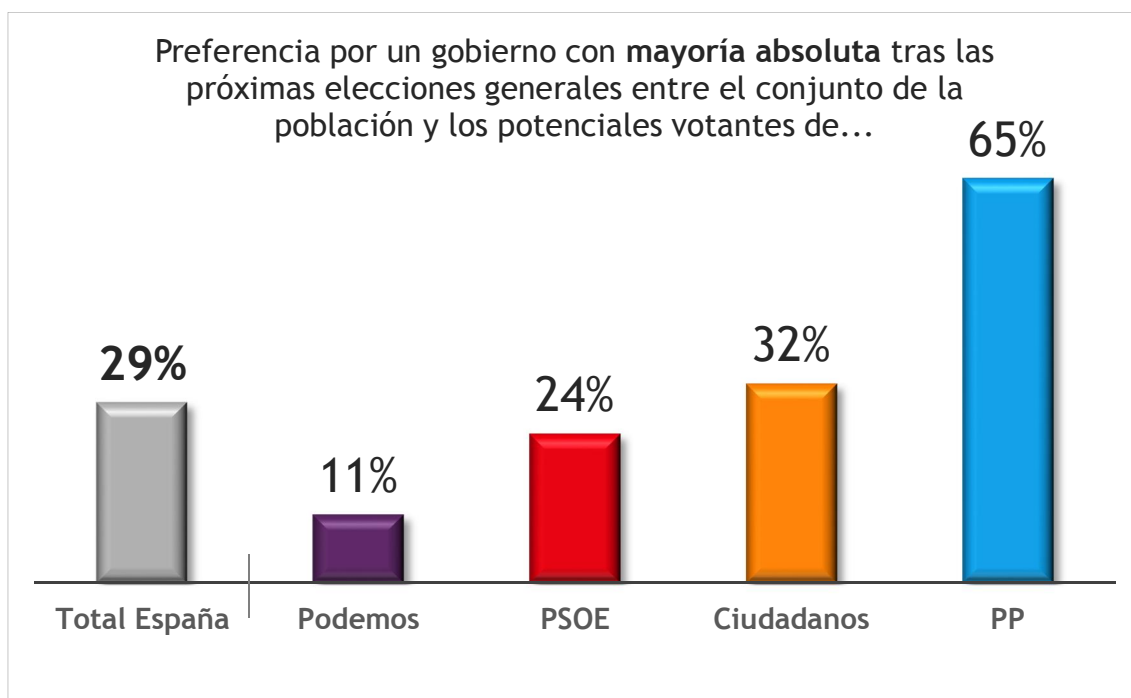
lo era en enero de 2015) la conformada por el PSOE y Ciudadanos. No obstante, esa opción había ido perdiendo apoyos al tiempo que los ganaban otras alternativas como la de un Gobierno conjunto PSOE-Podemos (de un 34 % de apoyos en enero pasaba a un 43 % en septiembre) y PP-Ciudadanos (de un 32 % a un 42 %). La denominada “gran coalición” formada por los dos principales tradicionales partidos, PP y PSOE, mantenía el mismo nivel de apoyos entre el conjunto de los españoles: 31 %.

En el caso de que no se produjera una victoria por mayoría absoluta, la mayoría de los potenciales votantes populares preferiría un gobierno de coalición del PP junto a Ciudadanos (84 %). Una opción que se había ido consolidando a lo largo del 2015 (14 puntos más desde principios de año hasta septiembre). Prácticamente en la misma medida, perdía fuerza la preferencia de los votantes populares hacia la gran coalición PP—PSOE (que registraba un descenso 12 puntos en el mismo periodo). Entre los potenciales votantes del PP, la cultura política de la mayoría absoluta predominaba en las variables sociodemográficas referidas al sexo y la edad sin diferencias significativas, al contrario de lo que ocurría entre los potenciales votantes del PSOE, de Podemos y de Ciudadanos (véase Gráfico 47). Las dos coaliciones preferidas por los potenciales votantes socialistas eran las conformadas por los socialistas con Podemos y la de los socialistas con Ciudadanos. Ambas contaban en estas fechas (septiembre de 2015) con el mismo grado de apoyos: 59 %. No obstante, mientras que el pacto con Ciudadanos mostraba un grado de apoyo estable en el tiempo, el posible pacto con Podemos había crecido 14 puntos porcentuales desde principios de año. Podemos, por su parte, era el partido con la vocación de pacto más clara desde sus inicios y que se ha ido consolidando sondeo tras sondeo.

El pacto preferido por los potenciales votantes de la formación morada era claramente el conformado junto a los socialistas, opción que entre este electorado había experimentado un ascenso de 20 puntos desde la oleada de enero (del 62 % al 82 %).

Entre los potenciales votantes de Ciudadanos, los posibles pactos de gobierno que concitaban más apoyos eran: PP-Ciudadanos (77%) y PSOE-Ciudadanos (72%). Eso sí, desde enero, la coalición PP-Ciudadanos era la que más había incrementado su apoyo entre el potencial electorado naranja (12 puntos).

GRÁFICO 45



Fuente: Clima Social de septiembre 2015 de Metroscopia

GRÁFICO 46

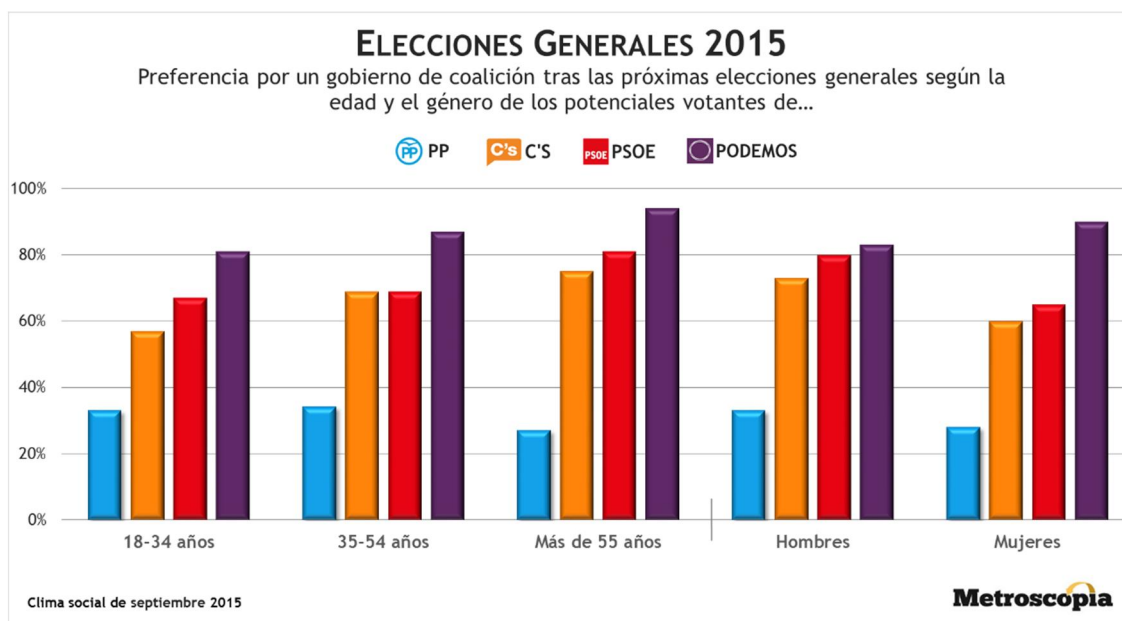


<b>CUADRO 43</b> <i>¿Cuál de los siguientes resultados le parecería a usted preferible en estas próximas elecciones generales?</i> (En porcentajes)				
	<b>Sept. 2015</b>	<b>Mayo 2015</b>	<b>Abril 2015</b>	<b>Marzo 2015</b>
Que un partido gane por mayoría absoluta y pueda gobernar en solitario	29	32	35	32
Que ningún partido obtenga mayoría absoluta y, por tanto, que tengan que pactar dos o más partidos para decidir el Gobierno	67	64	62	64

Las opciones aparecen ordenadas de mayor a menor porcentaje favorable total a cada una. En las entrevistas fueron mencionadas de manera aleatoria.

Fuente: Banco de Datos de Metroscopia

## GRÁFICO 47



La participación estimada para el caso de unas hipotéticas inmediatas elecciones generales se situaba ya en un 73 %, algo superior a la de 2011 (votó el 71.7 % del Censo de Españoles Residentes) y un claro indicativo de que los nuevos partidos habían logrado rescatar de la abstención a un sustancial porcentaje de electores que con el desarrollo de la crisis económica, con la incapacidad de los partidos políticos de adecuarse a las demandas ciudadanas y con la corrupción política se habían alejado del sistema político. Por su parte, Rivera seguía siendo el único entre los principales líderes políticos que lograba un saldo evaluativo positivo (+20 puntos). Y era, además, el mejor evaluado entre



sus potenciales votantes (+87) y obtenía un saldo entre los potenciales votantes del PP de +60 puntos. Era la primera vez que un líder político lograba una evaluación tan positiva entre un electorado ajeno. La buena imagen de Rivera se había ido extendiendo entre el potencial electorado popular con el paso de los meses: en enero de 2015 el saldo del líder de Ciudadanos era de +17 puntos. Sánchez y Garzón compartían un mismo —y mínimo— saldo negativo de -1 punto. Entre sus respectivos electorados logran una sustancial evaluación positiva; +69 y +82 puntos respectivamente. Iglesias y Rajoy, seguían siendo los peor evaluados por los ciudadanos. El líder de Podemos obtenía un saldo negativo de -28 puntos y el presidente del Gobierno uno de -41. Ambos lideraban, precisamente, a los dos partidos que seguían generando mayor rechazo entre los españoles: un 54 % de los ciudadanos afirmaba que en ningún caso votarían al PP —desde enero de 2013 este porcentaje no había bajado del 50 %— y un 42 % que nunca lo haría por Podemos —porcentaje que había ido aumentando desde Junio de 2014 cuando solo un 8 % rechazaba explícitamente votar a esta formación—.

##### 5. ELECCIONES AL PARLAMENTO DE CATALUÑA DE SEPTIEMBRE DE 2015: PP Y PSC-PSOE DEJAN DE SER LA REFERENCIA NO NACIONALISTA

El 27 de septiembre se celebraron elecciones anticipadas al Parlamento de Cataluña —se adelantaron más de un año pues deberían haberse llevado a cabo en 2016—. Eran las terceras elecciones catalanas en tan solo cinco años (las de 2012 también se anticiparon dos años) pero las de 2015 fueron unos comicios diferentes a los anteriores por una cuestión básica: los partidos nacionalistas e independentistas catalanes plantearon estas como unas elecciones plebiscitarias en las que se iba a dirimir la independencia de Cataluña del resto de España. De hecho, era la primera vez que en el programa político de los partidos nacionalistas se incluía, como punto aspiracional, lograr la independencia. De cara a estas elecciones, se conformó una coalición denominada Junts pel Sí (Juntos por el Sí) integrada por Convergència Democràtica de Catalunya (CDC), Esquerra Republicana de Catalunya (ERC) Demòcrates de Catalunya y Moviment d'Esquerreres<sup>271</sup>. Esta coalición junto con la denominada Candidatura d'Unitat Popular-Crida Constituent (CUP-CC, en castellano: Candidatura de Unidad Popular-Llamada Constituyente) fueron

---

<sup>271</sup> El histórico socio electoral de Convergència, Unió Democràtica de Catalunya (UDC), no participó en esta coalición por no estar de acuerdo con el objetivo final de Junts pel Sí. Se presentó en solitario con sus siglas.

las que se declaraban explícitamente partidarias de la independencia. Para estas elecciones se conformó otra coalición en la que estuvo integrada Podemos junto con Iniciativa per Catalunya Verds (ICV), Esquerra Unida y Alternativa (EUiA) y Equo. Se denominó Catalunya Sí que es Pot (Cataluña Sí se Puede: CSQP) y su objetivo no era la independencia sino el denominado “derecho a decidir”, una propuesta que ellos definían como: “una hoja de ruta constituyente que tiene que implicar la realización de un referéndum para decidir qué relación queremos tener con el Estado español, un proceso de definición de un nuevo marco jurídico e institucional de Catalunya y la elaboración de una Constitución y su ratificación”<sup>272</sup>. La participación electoral fue la más elevada acaecida en unos comicios autonómicos en Cataluña (77.4 %), lo cual es un claro indicador de que, también para los ciudadanos, en estas elecciones estaba en juego algo más que la elección de la nueva composición del Parlamento catalán.

Estas interesantes elecciones —puede hablarse de unas elecciones excepcionales— no son, en todo caso, objeto de estudio en este trabajo. Pero sus resultados sí ayudan a explicar el proceso del colapso de partidos en el conjunto de España porque constataron el decaimiento partidista de los dos principales partidos de ámbito nacional en una Comunidad tan relevante desde el punto de vista político, económico y social como la catalana. Por un lado, el Partido Socialista de Catalunya (PSC) obtuvo su peor resultado histórico desde las primeras elecciones autonómicas de 1980: un 12.7 % de los votos y 16 diputados (constatando la tendencia descendente de sus apoyos electorales desde las elecciones de 2006). Por otro lado, el PP obtuvo su peor resultado desde las elecciones de 1995: un 8.5 % de los votos válidos y 11 diputados. Y no solo eso, el peor dato para el PP y, en todo caso, el más significativo, es que dejó de ser la referencia del voto conservador “español” en Cataluña. En efecto, si hubo un ganador político en esas elecciones no fue la coalición Junts pel Sí a pesar de haber sido el ganador aritmético (obtuvo más votos y escaños que cualquier otra formación política: 39.5 % y 62, respectivamente). En realidad puede hablarse de dos ganadores, sobre todo si se tienen en cuenta sus respectivas mejorías electorales con respecto a las anteriores elecciones de 2012: Ciudadanos y la CUP (Véase Gráfico 48). Ciudadanos pasó a ser el segundo partido en número de porcentaje de votos y escaños (17.9 % y 25 %, respectivamente) pasando a ser el partido refugio del voto no soberanista (y del voto contrario al independentismo) y

---

<sup>272</sup> Puede leerse en su documento denominado “Declaración para el cambio social y político en Catalunya”: <http://catalunyasiquestpot.cat/wp-content/uploads/2015/07/Manifest-Cast.pdf>

ser el sustituto del PP como referencia del centro-derecha catalán<sup>273</sup> (véase Gráfico 49). El proceso de crecimiento de Ciudadanos desde su aparición en 2006 tiene, en realidad, dos fases que ayudan en gran medida a explicar el decaimiento del PSC y del PP. Durante la primera parte de su vida (de 2006 a 2012) su principal “proveedor” de votos es el PSC. Desde entonces y hasta 2015, es el PP el que empieza a “suministrarle” votantes (en el Gráfico 53 puede observarse, por barrios, el trasvase de votos desde el PP hacia Ciudadanos entre las elecciones de 2012 y 2015).

El otro ganador de las elecciones fue, sin duda, la CUP que duplicó sus votos y triplicó sus escaños con respecto a 2012. Tras las elecciones, sus diputados pasaban a convertirse en determinantes para cualquier estrategia futura del bloque independentista. La CUP aportó casi 1 de cada 5 votos al soberanismo mientras que las candidaturas que conforman Junts pel Sí casi no variaron su resultado electoral respecto a 2012, por lo que la deriva soberanista parecía cojear más por la derecha que por la izquierda: los pilares del independentismo se habían desplazado a la izquierda. Junts pel Sí no podía tomar ninguna medida sin contar con la CUP.

El PP fue el claro perdedor de estos comicios pero la coalición Cataluña Sí que es Pot se quedó lejos de su objetivo por lo que también, en cierto sentido, cabría hablar, en su caso, de fracaso electoral. La gestión de las expectativas es lo que, en ocasiones, ayuda a entender quiénes son los ganadores y perdedores de unos comicios. Y en estos comicios, el objetivo de CSQP era adelantar al PSC. En el bloque ideológico de la derecha, Ciudadanos sí había conseguido dar el *sorppaso* al PP. En el de la izquierda, sin embargo, no se produjo por dos motivos: porque el PSC logró resistir con respecto a los comicios de 2012 y porque CSQP solo mejoró en unos siete mil votos el resultado de ICV de dos años atrás, por lo que volvió a dejar en manos de los socialistas el ser la referencia de la izquierda no soberanista en Cataluña.

En todo caso, lo que cabe volver a insistir es que la presencia de CSQP y el auge de Ciudadanos llevaron a los dos partidos tradicionales de ámbito nacional a obtener sus peores resultados en décadas. Pero los resultados, y la gestión de expectativas, tuvieron implicaciones, también, en la política nacional. La estimación de resultado electoral del Clima Social de Octubre, llevado a cabo cuando quedaban apenas dos meses y medio para la celebración de las elecciones generales, arrojaba un práctico empate entre PSOE

---

<sup>273</sup> Puede verse el artículo “Ciutadans: el refugio del “no” y el sustituto del PP” de Marcos Sanz Agüero y Francisco Camas García. (<http://metroscofia.org/ciutadans-el-refugio-del-no-y-el-sustituto-del-pp/>).

y PP en cabeza: un 23.5 % de los votos los socialistas frente a un 23.4 % de los populares. Lo inédito era que el tercer partido que se situaba por detrás —a escasa distancia— era Ciudadanos: con un 21.5 % de los votos, quedaba a tan solo dos puntos de socialistas y populares. El partido liderado por Rivera había intercambiado posiciones con Podemos, cuya tendencia descendente continuaba y se acentuaba llegando a perder puntos con respecto a la oleada precedente: de un 18.6 % en septiembre a un 14.1 % en octubre. ¿Cómo se explicaban esos resultados? El PP lograba mantener su estimación de voto con respecto a septiembre con lo que su mal resultado en las elecciones de Cataluña parecía no haberle pasado factura. A los populares les costaba obtener un mejor resultado y crecer en los sondeos porque ya tenía prácticamente movilizados a todos sus potenciales votantes y no lograba atraer a electores de otros caladeros. Pero por otro lado, el resultado estimado para el PP tampoco caía por la alta fidelidad de sus votantes, que hacía difícil prever más fugas. En realidad, el último gran bache del PP se había producido en noviembre del 2014, cuando perdió, según el Barómetro de Clima Social, a más de la mitad de sus votantes de 2011, que se fueron a la abstención o se mostraban indecisos sobre qué opción escoger. La mayoría de ellos no habían retornado a las filas populares: se habían ido a Ciudadanos cuando este partido irrumpió en la escena nacional. Los que se marcharon en aquel momento no habían vuelto pero los que se quedaron no se habían ido.

El PSOE, por su parte, perdía un punto con respecto a la oleada de septiembre porque el crecimiento de Ciudadanos en esta oleada se producía, fundamentalmente, gracias a su capacidad para atraer a votantes socialistas. Según los datos del sondeo, en torno a un 10 % de votantes del PSOE en 2011 manifestaba en esos momentos su intención de votar a la formación naranja (un porcentaje que era superior al registrado en sondeos anteriores). No obstante, el PSOE veía compensada esta pérdida de votos en dirección al centro-derecha con el aumento de su capacidad de retención de anteriores votantes socialistas que propendían a inclinarse por Podemos: en tan solo un mes, la transferencia de votos desde el PSOE a la formación morada se había reducido a la mitad: del 20 % al 11 % (para las transferencias de voto desde diciembre de 2011 véanse los Cuadros del 43 al 48).

CUADROS 44-49

Votaron al PP en las elecciones generales de 2011 y ahora votarían a...																					
	dic-11	ene-12	feb-12	mar-12	abr-12	may-12	jun-12	jul-12	ago-12	sep-12	oct-12	nov-12	dic-12	ene-13	feb-13	mar-13	abr-13	may-13	jun-13	jul-13	ago-13
PP	88,8	86,4	85,5	82,4	82,5	73,8	71,5	67	50,8	51,5	50,7	48,8	49,3	44,7	42,2	43,3	43,4	39,8	44,6	35	39,2
CIUDADANOS																					
PSOE	1,1	1,3	0,6	0,6	2,7	1,5	1,9	1,4	1	3,4	3,2	1,4	2	1,8	1,5	1,8	1,5	2,9	1,9	2	2,4
IU	0,7	0,3	0,9	0,6	0,3	0,3		2,8	1,9	0,4	1,1	0,7	1,6	1,1	1,1	1,1	3,3	1,2	0,4	0,8	3,2
UPYD	1,1	0,6	2,1	1	2,7	2,5	1,9	2,8	4,8	6,4	4,6	5,3	5,3	7,4	9,3	8,2	6,6	6,1	8,6	7,9	6,4
PODEMOS																					
OTROS	0,4	1,3	0,9	0,6	1,3	0,3	2,3	1,1	3,5	3,4	2,8	2,8	3	2,8	3,7	3,5	3,7	2,9	2,3	2,4	3,2
BLANCO (+NULO)	0,4	0,6	0,9	1,6	0,3	1,5	2,7	3,2	6	4,5	4,6	7	4,9	2,5	6	6,4	5,1	6,1	4,8	7,1	6,4
NO VOTARÍA (NO VOTÓ)	3,3	2,5	4,5	6,1	4,5	9,6	9,5	14	22,9	21,4	22	22,8	20,1	23,6	24,3	20,9	21	24,2	27,9	28,7	26,4
NO LO HA DECIDIDO	3,3	5,7	4,2	6,7	5,2	10,2	9,9	7,7	8,9	8,3	11	10,5	13,2	15,8	10,8	14,5	15,4	16	9,7	15	12,4
No contesta	1,1	1,3	0,3	0,3	0,3	0,3	0,4		0,3	0,8		0,7	0,7	0,4	1,1			0,8	1,2	0,4	

Votaron al PP en las elecciones generales de 2011 y ahora votarían a...																						
	sep-13	oct-13	dic-13	ene-14	feb-14	mar-14	abr-14	jun-14	oct-14	nov-14	dic-14	ene-15	feb-15	mar-15	abr-15	may-15	jun-15	jul-15	ago-15	sep-15	oct-15	nov-15
PP	37,9	44,6	43,4	41	43	46,3	44,9	44,4	47	36,7	43,3	47,5	44,4	41,5	49	46,8	41,1	51,6	53,7	53	48,4	51,3
CIUDADANOS																						
PSOE	2,6	1,4	3,9	2	0,6	4	3,5	1,2	5,6	6,1	7,8	3,3	2,9	1,2	3,9	19,5	18,7	18,8	18,3	21	22,3	21,2
IU	3,7	1,8	2,3	2,3	1,3	2,2	2,9	0,8	0,9	1,2	0,8	0,4			0,4	0,4	0,3	0	0,4	0,2	0	0,6
UPYD	7,4	8,3	8,5	5,1	8	7,5	3,2	3,6	3,3	4,9	4,5	4,5	2,1	2,4	0,8	1,1	0,3	0	0	0,2	0,3	0
PODEMOS							0	5,2	3,7	8,2	7,8	5,3	3,3	5,9	1,9	2,1	2,1	3,3	2,6	1,1	1,3	1,9
OTROS	5,3	6,5	4,8	6	7,3	5,3	5,7	3,2	4,7	5,3	7,7	1,6	2	1,6	2,4	2,3	2	1,2	1,2	2,2	0	1,2
BLANCO (+NULO)	4,7	5,1	2,5	4,8	4,8	4,3	5,1	1,6	4,2	3,3	5,3	2,5	3,7	2,8	0,8	1,8	2,7	1,6	2,2	1,8	0,9	1,4
NO VOTARÍA (NO VOTÓ)	13,7	11,2	22	20,1	15	13,4	13,8	14,1	10,2	20,4	11,8	4,9	4,1	1,6	2,7	3,9	3,4	3,7	4,8	3,2	2,2	1,4
NO LO HA DECIDIDO	21,6	18,5	12,7	17,8	19,7	16,8	20,2	24,6	19,5	13,9	11,4	18	21,8	20,9	17,5	18,7	22,3	16,7	13,4	11,4	20,4	16,7
No contesta	2,6	2,5		1,1	0,3	0,3	0,6	0,4	0,9		0,4	1,2	2,9	2	1,2	0,7	3,4	0,8	0,4	3,9	2,5	2,8

Votaron al PSOE en las elecciones generales de 2011 y ahora votarían a...																						
	dic-11	ene-12	feb-12	mar-12	abr-12	may-12	jun-12	jul-12	ago-12	sep-12	oct-12	nov-12	dic-12	ene-13	feb-13	mar-13	abr-13	may-13	jun-13	jul-13	ago-13	
PSOE	76,5	69,4	58,8	59,8	55,4	59,8	60,4	49	54,5	47,4	40,6	45,1	38,7	42,1	45,3	37,3	33,7	25,3	32,2	35,4	34,7	
PP	2,6	2,6	3,5	1,7	1,2	1,7	3,4	1,2		1,3	0,8	1,2	1,8		0,8			0,4	0,4			
CIUDADANOS																						
IU	1,3	3,8	7	7,1	11,2	7,4	10,2	10,5	8,1	9,8	10,8	12,2	11,1	10,9	8,5	13,6	15,1	10,2	15,6	15,2	14	
UPYD	1,3	0,4	2	1,3	1,2	1,7	0,9	4,5	1,9	3	1,2	2,8	1,8	2,3	3,4	2,7	4,9	4,4	6,6	5,4	6,6	
PODEMOS																						
OTROS	1,3	1,3	2	3,8	4	4,3	3	5,3	5,2	6	3,6	4,1	6	6,3	4,7	8,6	2,5	4,8	5,4	4	4,5	
BLANCO (+NULO)	1,7	1,3	3,5	1,3	4	3,1	2,6	5,3	1,9	2,6	6,4	2,8	4,6	3,6	3	4,5	8,3	10,2	7	8,5	5,8	
NO VOTARÍA (NO VOTÓ)	2,2	6	7,5	9,6	13,3	8,3	10,2	11,7	13,7	13,7	14,9	14,6	10,6	18,1	16,9	17,7	19,5	22,2	15,6	15,2	19	
NO LO HA DECIDIDO	12,2	14,5	13,6	14,6	9,6	13,5	9,4	12,1	14,2	15,4	21,3	17,1	24,4	16,3	15,7	15,5	16,1	22,2	16,8	15,7	14	
No contesta	0,9	0,9	2	0,8				0,4	0,5	0,9	0,4		0,9	0,5	1,7				0,4	0,4	1,2	

Votaron al PSOE en las elecciones generales de 2011 y ahora votarían a...																						
	sep-13	oct-13	dic-13	ene-14	feb-14	mar-14	abr-14	jun-14	oct-14	nov-14	dic-14	ene-15	feb-15	mar-15	abr-15	may-15	jun-15	jul-15	ago-15	sep-15	oct-15	nov-15
PSOE	43,8	32,7	48,6	43,5	40,4	43,4	41,3	33,8	47,6	35,3	48,9	38,9	34	35,1	41,1	39,7	44,7	45,3	46,6	48,3	42,7	35,9
PP		0,5	0,3	0,3	0,7	0,7	1,7	0,5	1,4	0,8		0,9	0,4	1,2	1,4	0,4	0,4	2,4	1,2	1,3	1,1	2
CIUDADANOS											0	1,9	3,2	7,6	8,2	7,3	4,6	6,1	5,1	7,4	8,9	11
IU	16	11,8	9,4	13,7	15,1	13,1	13,6	5,5	3,8	2	3	2,4	3,2	2,8	2,1	3,4	1,1	1,4	1,2	2,6	1,8	3,4
UPYD	4,1	6,2	3,5	0,7	3,5	5,8	3,1	0,5	1	1,2	1,3	2,8	2	1,6	0,7	0,9		0	0	0,4	0	0
PODEMOS							0	20,1	19,2	31	22,6	26,5	30	24,7	21,8	20,3	25,2	23,6	16,6	19,9	11,4	15,8
OTROS	6,6	8,7	4,8	2,9	6,1	5,8	4,1	3,2	2,5	2,8	2,7	2,4	1,2	1,2	0,5	3,3	1	1,2	1,6	0,8	0,9	
BLANCO (+NULO)	2,4	7,1	3,5	5,9	2,1	3,6	3,1	2,7	2,4	2,4	4,3	2,8	3,2	2,8	0,4	2,6		1,9	2	0,6	1,4	1,7
NO VOTARÍA (NO VOTÓ)	7,7	5,7	11,8	9,5	10,5	6,9	6,3	7,3	7,7	9,5	3,8	1,4	3,2	2	0,7	1,7	2,1	0,9	2,8	1,3	1,4	1,1
NO LO HA DECIDIDO	18,3	25,6	17,7	22,5	21,8	20,8	25,9	24,2	13	14,3	13,6	18,5	17,8	20,3	22,5	19,8	17,7	15,6	22,1	12,3	27,8	27,1
No contesta	1,2	1,9	0,3	1			0,7	1,8	1,4	0,8		1,4	1,6	0,8		3,4	1,1	1,9	1,2	4,5	2,8	1,1

Votaron a IU en las elecciones generales de 2011 y ahora votarían a...																						
	dic-11	ene-12	feb-12	mar-12	abr-12	may-12	jun-12	jul-12	ago-12	sep-12	oct-12	nov-12	dic-12	ene-13	feb-13	mar-13	abr-13	may-13	jun-13	jul-13	ago-13	
IU	77	83,9	71,2	59,3	73,3	72,1	63	67,6	53,7	61,5	62,3	63	58,8	61,4	50	59,1	54,8	65,3	50	64,7	71,4	
PSOE	5,4		3,4	1,9	1,2	11,5	1,4	1,5	3	3,8	4,3	3,7		2,9	2,9	1,4	1,5				4,8	
PP		1,6	1,7			3,3	1,4	1,5		1,9								2,8			1,6	
CIUDADANOS																						
UPYD	1,4				2,3	1,6	4,1		6	1,9	1,4		2,9	1,4	1,4	3	3,6	2,8	2,6	1,5	1,6	
PODEMOS																						
OTROS	4,1	3,2	3,4	3,7	5,8		5,5	8,8	7,5	3	11,5	8,7	7,4	11,8	5,7	12,2	9,1	3,6	8,4	7,8	2,9	1,6
BLANCO (+NULO)	1,4	1,6	5,1	1,9	3,5	1,6	2,7		3	5,8	4,3	1,9	5,9	1,4	1,4	1,5	8,3	1,4	2,6	4,4	3,2	
NO VOTARÍA (NO VOTÓ)	4,1	3,2	6,8	13	4,7	4,9	12,3	11,8	14,9	1,9	8,7	14,8	2,9	12,9	13,5	13,6	20,2	8,3	17,1	13,2	11,1	
NO LO HA DECIDIDO	5,4	6,5	8,5	20,4	5,8	3,3	9,6	8,8	11,9	11,5	10,1	9,3	14,7	12,9	20,3	12,1	9,5	11,1	15,8	13,2	4,8	
No contesta	1,4				3,5	1,6								1,4					1,3			

Votaron a IU en las elecciones generales de 2011 y ahora votarían a...																						
	sep-13	oct-13	dic-13	ene-14	feb-14	mar-14	abr-14	jun-14	oct-14	nov-14	dic-14	ene-15	feb-15	mar-15	abr-15	may-15	in-15 (baj	jul-15	jul-15	sep-15	oct-15	nov-15
IU	55,1	61,2	71,1	52,4	70,4	64,4	55,3	31	31,1	26,5	35,5	38,5	31,3	32,1	25,3	42,4	27,1	20,6	37	25	32,9	31
PSOE		3	2,6	1,2	5,1	1,1	1,3	1,7	4,1	1,2	3,9	3,8	1,5	1,2	4	1,5	3,5	4,4	5,6	4,7	2,6	5,3
PP						1,1		1,7		1,2					1,3	0		0	0	0	0	0,9
CIUDADANOS											0	2,6	1,5	6,2	2,7	3	1,2	1,5	0	3,1	2,6	4,4
UPYD	6,1	1,5		3,7	3,1	3,4	5,3	1,7	2,7			1,3			1,3	0		0	0	0	0	0
PODEMOS							0	43,1	35,1	51,8	39,5	44,9	43,3	40,7	4,4	27,3	49,4	50	33,3	37,5	30,3	23,9
OTROS	2	7,5	11,8	14,6	5,1	9,2	11,8	1,7	2,7	3,6	1,3	3	2,4	5,2	1,6	3,5	4,5	3,8	6,3	2,6	4,5	4,5
BLANCO (+NULO)	10,2	1,5		6,1	2	2,3	5,3	2,7	1,2	1,3	3	2,5	1,5	1,2	0	0	0	0	0	1,3	0,9	
NO VOTARÍA (NO VOTO)	10,2	1,5	3,9	9,8	3,1	6,9	3,9	1,7	1,4	6	6,6	1,3	3	14,8		3		1,5	1,9	0,8	0	0,9
NO LO HA DECIDIDO	16,3	23,9	9,2	12,2	11,2	11,5	14,5	12,1	18,9	8,4	11,8	6,4	13,4		13,3	16,7	14,1	14,7	14,8	20,3	25	26,5
No contesta			1,3			2,6	5,2	1,4							2,7	3		2,9	3,7	2,3	2,6	1,8

### **A) Ciudadanos sustituye a Podemos como referente de la “nueva política”**

Tras las elecciones catalanas, Podemos había perdido atractivo. Y no solo entre los votantes socialistas, también entre una parte de votantes de IU (que parecían haber retornado a la coalición rojiverde) y entre quienes por primera vez iban a poder votar en unas elecciones generales. También su candidato sufría un fuerte desgaste. El saldo evaluativo de Iglesias pasaba a ser fuertemente negativo: -44 puntos (en septiembre era de -28). Solo el presidente del Gobierno seguía obteniendo un saldo más negativo entre el conjunto de los españoles (-48). El papel protagonista que desempeñaba Podemos entre los partidos emergentes parecía que pasaba a ser ocupado por Ciudadanos. El 14.1 % de los votos que estimaba el Clima Social de octubre de 2015 para el caso de Podemos era similar al estimado en octubre de 2014 (13.8 %): en aquella ocasión el resultado era el inicio de su fulgurante ascenso y en octubre 2015, en proceso de contracción, suponía su peor momento.

El *sorpasso* demoscópico de Ciudadanos a Podemos no se entendía sin las elecciones catalanas del 27 de septiembre. En ese momento, todo parecía estar a favor de la formación naranja. Por un lado, su candidato seguía siendo el único que lograba un saldo evaluativo positivo entre el conjunto de la ciudadanía al tiempo que registraba saldos positivos entre los potenciales votantes del PSOE y del PP (que ayudaban a explicar su capacidad para atraer a votantes situados tanto a la izquierda como a la derecha del espectro ideológico: el principal motivo de su ascenso). Por otro lado, la amplia mayoría de los españoles (69 %) seguía pensando que sería bueno para nuestro país que tras las elecciones del 20 de diciembre gobernase otro partido que no fuera ni el PP ni el PSOE (así lo creía, también, un 60 % de los potenciales votantes socialistas y hasta un 27 % de los populares). Y en tercer lugar, puestos en la tesitura de que finalmente acabara gobernando otro partido que no fuera ni el PP ni el PSOE los españoles decían preferir antes un Gobierno de Ciudadanos con Rivera de Presidente (59 %) que uno de Podemos con Iglesias dirigiéndolo (opción que solo decía preferir un 23 %).

Pero hay un dato clave que ayudar a entender la fuerte crecida de Ciudadanos en esta oleada y la importante caída de Podemos: el partido naranja pasaba a situarse como primera fuerza política entre los electores que se autoposicionaban en el centro de la escala ideológica al tiempo que los apoyos electorales que perdía la formación morada pertenecían, sobre todo, a potenciales votantes que se ubicaban en el centro. Si un año

antes —en octubre de 2014— Podemos se situaba como segundo partido en intención de voto (y muy cerca del primero, el PSOE: 13.5 % frente al 14.1 % de los socialistas) entre los españoles posicionados en el punto central de la escala, un año después pasaba a ocupar la cuarta posición y muy por detrás de los otros tres partidos (véase Gráfico 50)<sup>274</sup>. También en el Gráfico 51 puede apreciarse como en tan solo seis meses Podemos había perdido atractivo electoral entre los españoles autoposicionados en el centro ideológico: la transversalidad que había demostrado este partido prácticamente desde su nacimiento se iba reduciendo según se acercaban las elecciones y, sobre todo, tras la aparición de Ciudadanos que vino para competir en el mismo espacio ideológico de centro que los otros tres partidos intentaban apropiarse y que, se hacía cada vez más transversal. En los meses transcurridos entre abril y octubre Ciudadanos se había transformando en un partido más transversal, centrista y masculino (véanse Gráficos de 54 a 56). Podemos, por el contrario, perdía transversalidad y perdía apoyos entre los votantes que estaban en paro, un electorado que había sido la seña de identidad de este partido desde su surgimiento. En conjunto, el potencial electorado de Podemos era, en octubre de 2015, más joven, más urbano y ligeramente masculinizado<sup>275</sup> (véanse Gráficos de 58 a 60).

Por otro lado, en comparación con la distribución de la población en el conjunto de España, el PP era, en esos momentos, el partido que más se acercaba a la media nacional, mientras que Podemos era el que más se alejaba. Podemos era un partido cuyo potenciales votantes se concentraba fundamentalmente en grandes ciudades (más de 100 mil habitantes, como Madrid, Barcelona y Valencia) y estaba infrarrepresentado en las medias y pequeñas (menos de 50 mil). Ciudadanos destacaba en ciudades medias (entre 50 mil y 100 mil) y, al igual que Podemos, era fuerte en grandes ciudades. Su gran debilidad eran los municipios de menos de 10 mil habitantes. Por su parte, el potencial electorado socialista se acercaba a la media nacional, a excepción de los municipios de tamaño entre 100 mil y 500 mil habitantes como, por ejemplo, Jerez de la frontera o Badajoz (véase Gráfico 61).

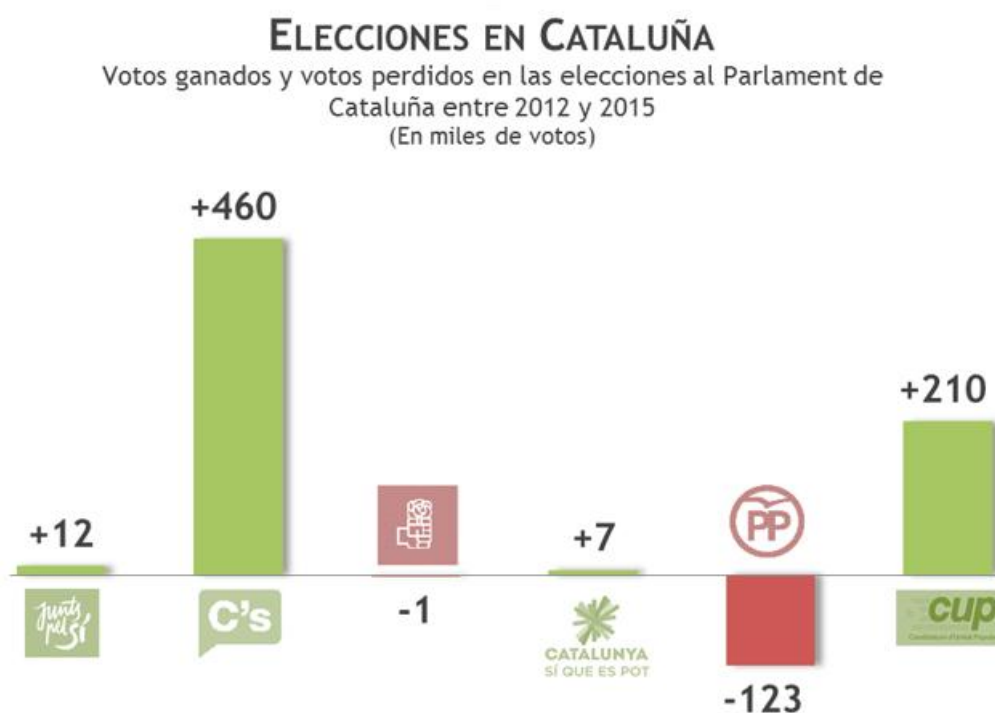
---

<sup>274</sup> Sobre este tema, puede consultarse el análisis “Nuevo reparto del voto en el centro mismo de la escala ideológica” de Marcos Sanz Agüero, publicado en la página Web de Metroscopia: <http://metroscopia.org/3541-2/>

<sup>275</sup> Puede consultarse el análisis “¿Intercambio de papeles entre Podemos y Ciudadanos?” de Francisco Camas García en la Web de Metroscopia. (<http://metroscopia.org/intercambio-papeles-podemos-ciudadanos/>).

La oleada de octubre del Clima Social mostraba, además, otras tres cuestiones importantes: la mantenida capacidad de aguante de IU (contaba con una estimación de voto del 5.6 %), la elevada volatilidad electoral y la mayor movilización del electorado español (la estimación de participación en esa oleada era de entre un 76 % y un 77 %). Y, en todo caso, los resultados del sondeo seguían mostrando algo que se venía anunciando desde comienzos de 2015: la inminencia del multipartidismo.

GRÁFICO 48



Fuente: Elaboración propia a partir de los datos del Parlament de Catalunya



GRÁFICO 49

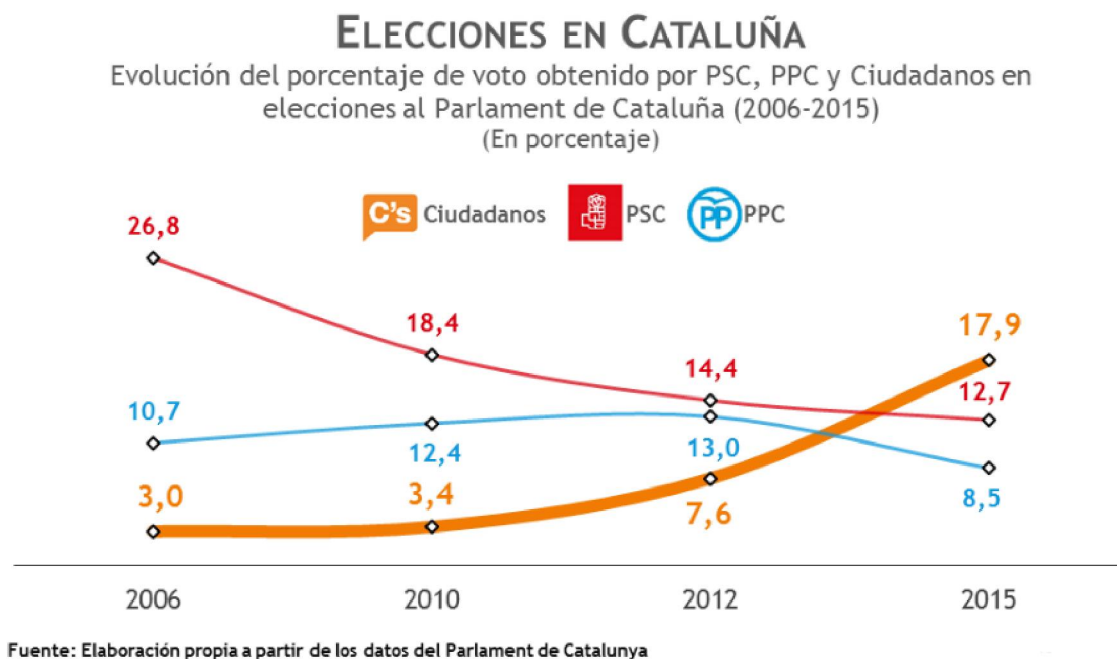
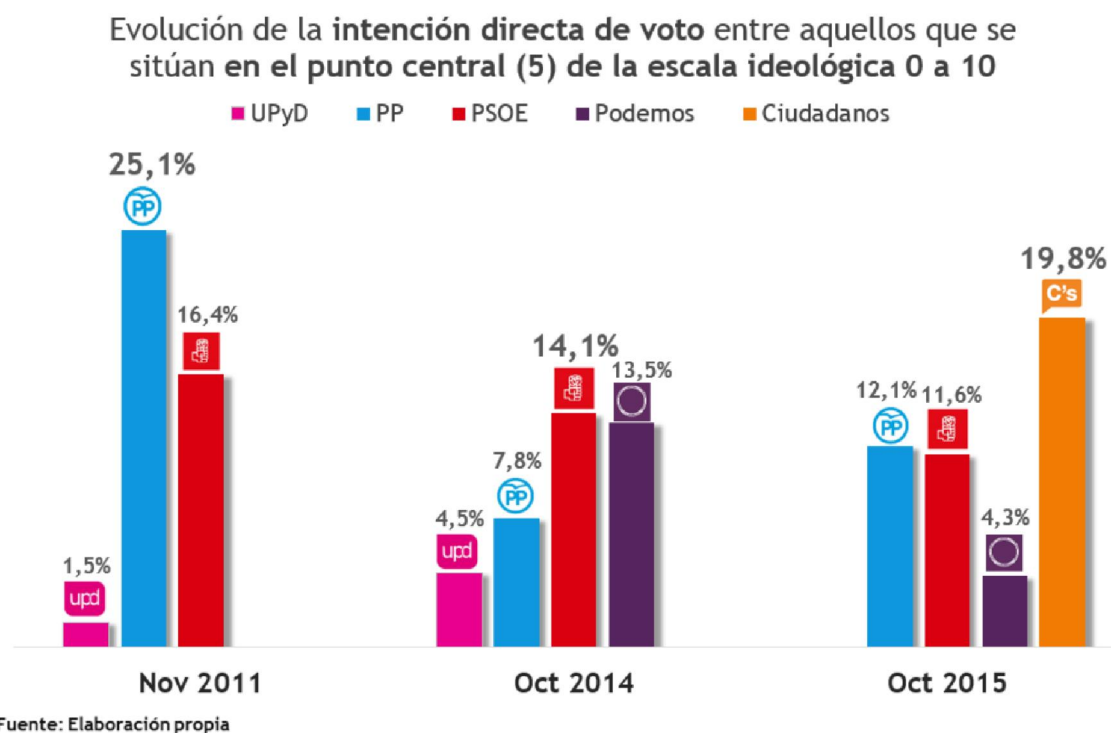


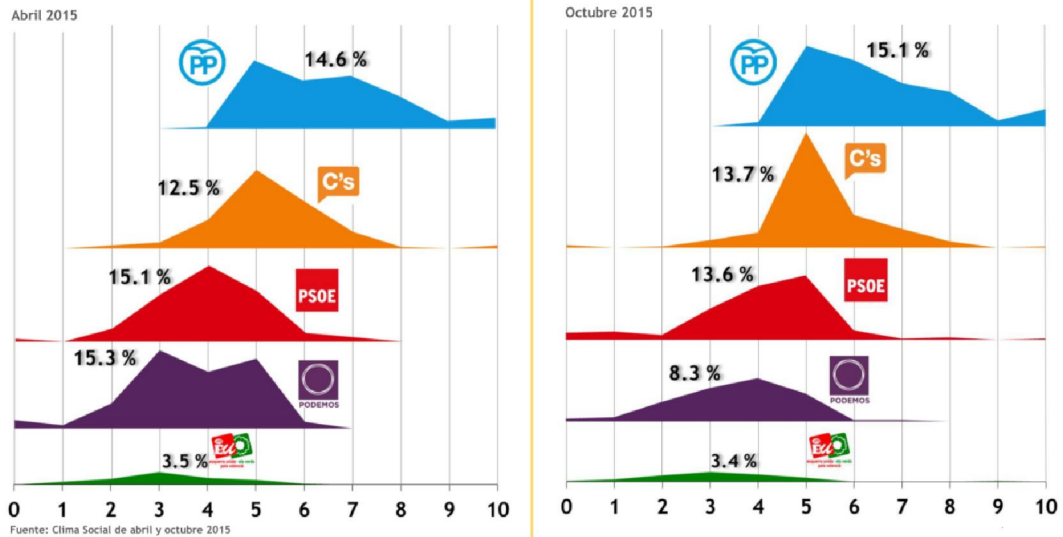
GRÁFICO 50



**Nota Metodológica:** Los porcentajes en cada una de las formaciones políticas corresponden a la intención directa de voto expresada única y exclusivamente por aquellos que se sitúan en el punto medio de la escala ideológica (5). El resto hasta sumar 100, u optaba por otras alternativas minoritarias o no expresaba opción alguna.

## GRÁFICO 51

**Cambio de la ubicación ideológica de los potenciales votantes de cada partido entre abril y octubre de 2015**



**Nota metodológica:** En los gráficos aparecen dónde se ubican en la escala ideológica 0-10 (0, extrema izquierda; 10, extrema derecha) quienes tienen intención de votar a PP, C's, PSOE, Podemos e IU en unas elecciones generales que se celebraran hoy (Clima social de octubre y Clima social de abril de 2015). En porcentaje aparece la intención directa de voto total declarada en el sondeo para cada uno de los partidos políticos.

## GRÁFICO 52

### ELECCIONES EN CATALUÑA

Evolución del número total de votos obtenidos por PSC, PPC y Ciudadanos en elecciones al Parlament de Catalunya (2006-2015)  
(En miles de votos)

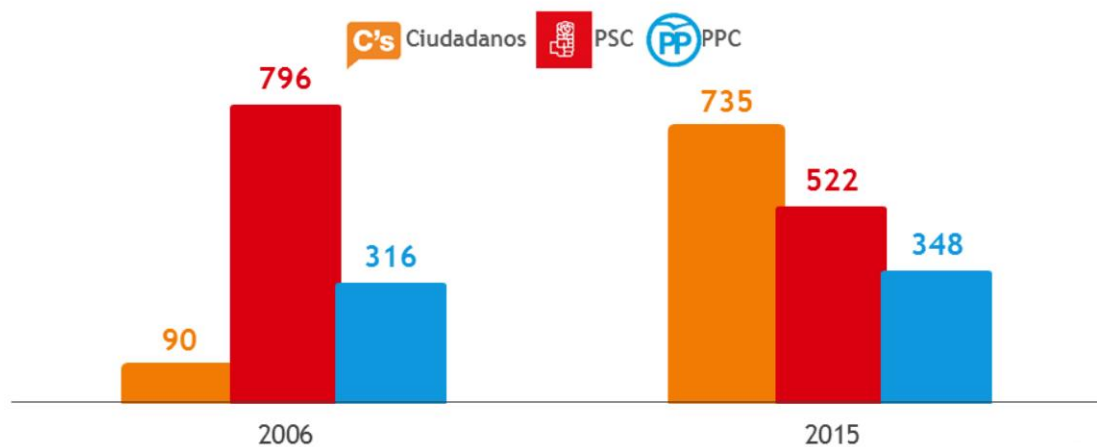


GRÁFICO 53

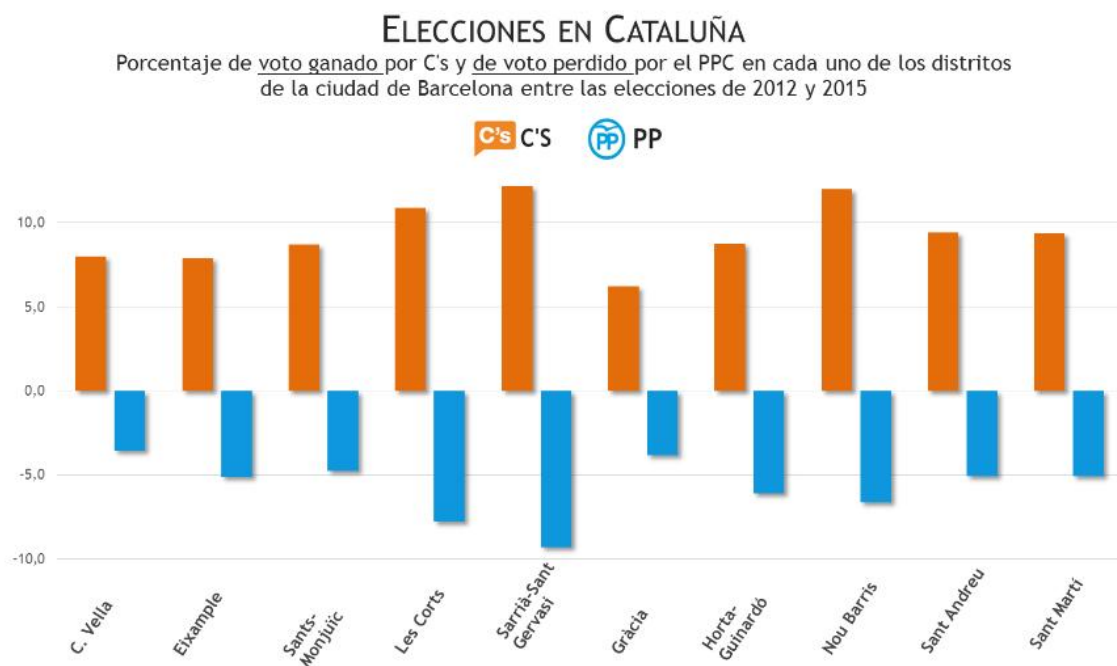
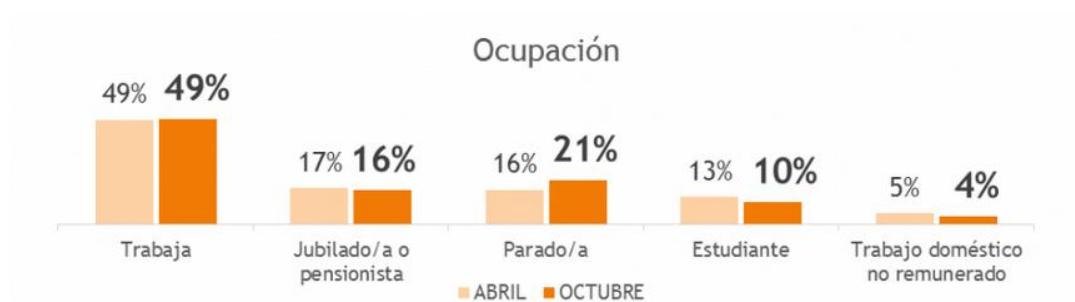


GRÁFICO 54



Fuente: Clima social de octubre y abril 2015



Fuente: Clima social de octubre y abril 2015

GRÁFICO 55

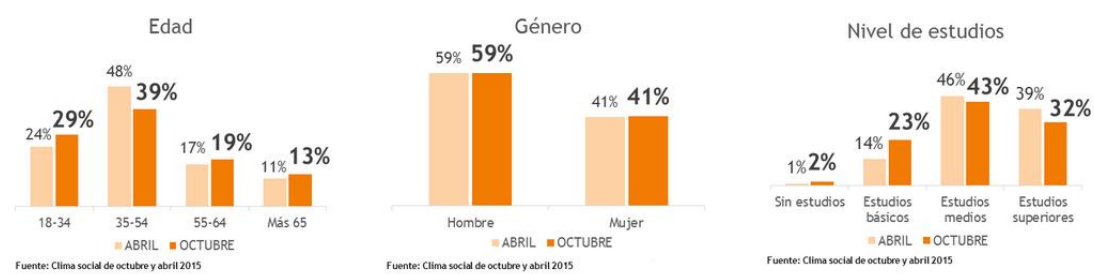


GRÁFICO 56

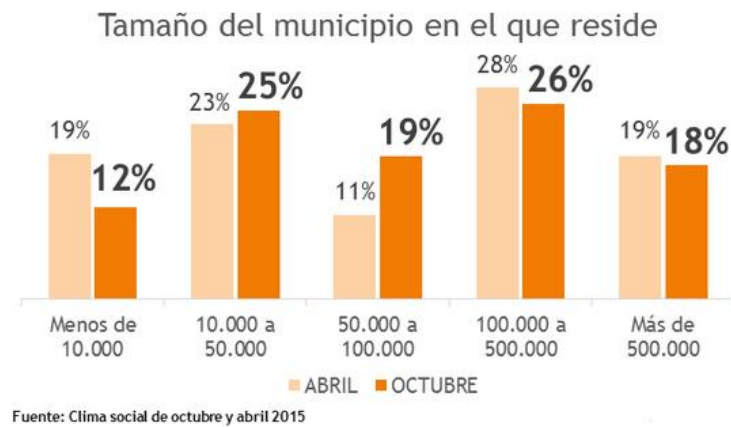


GRÁFICO 57

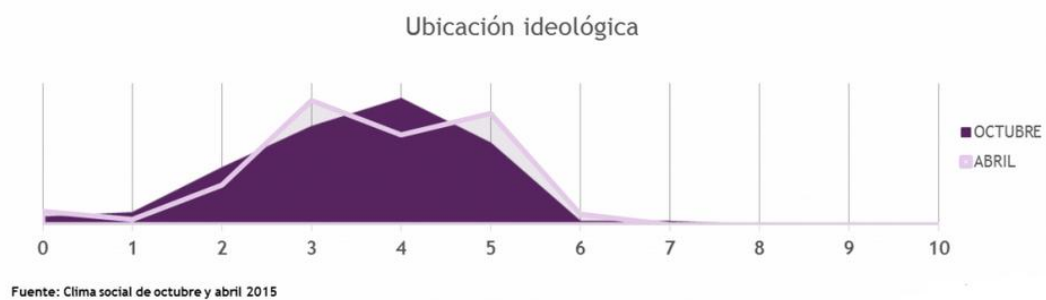


GRÁFICO 58

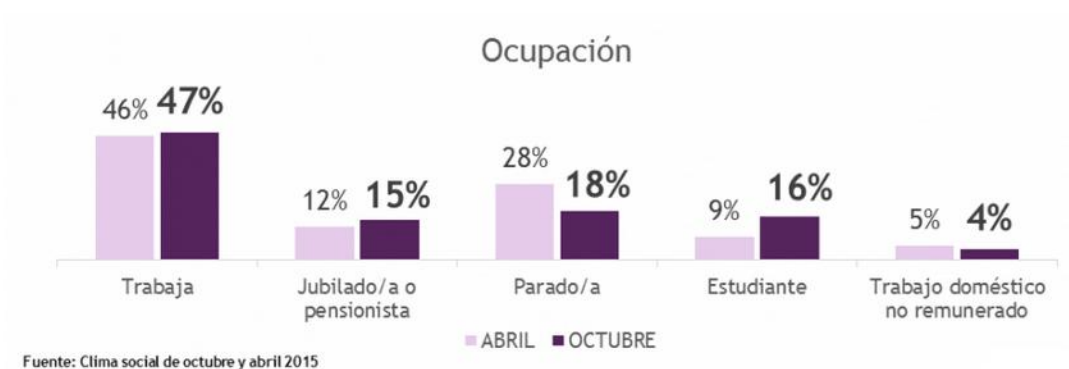


GRÁFICO 59

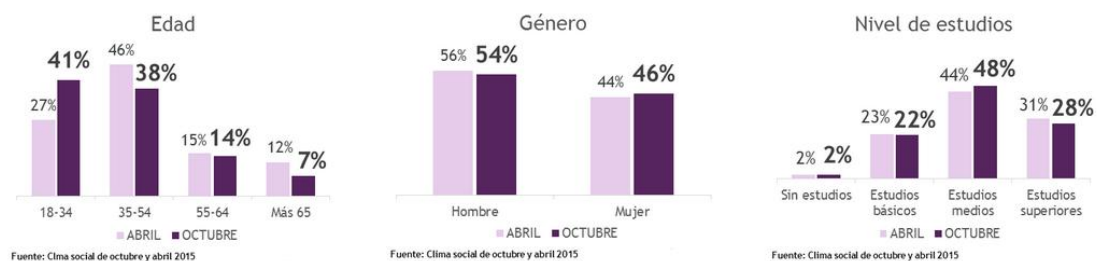
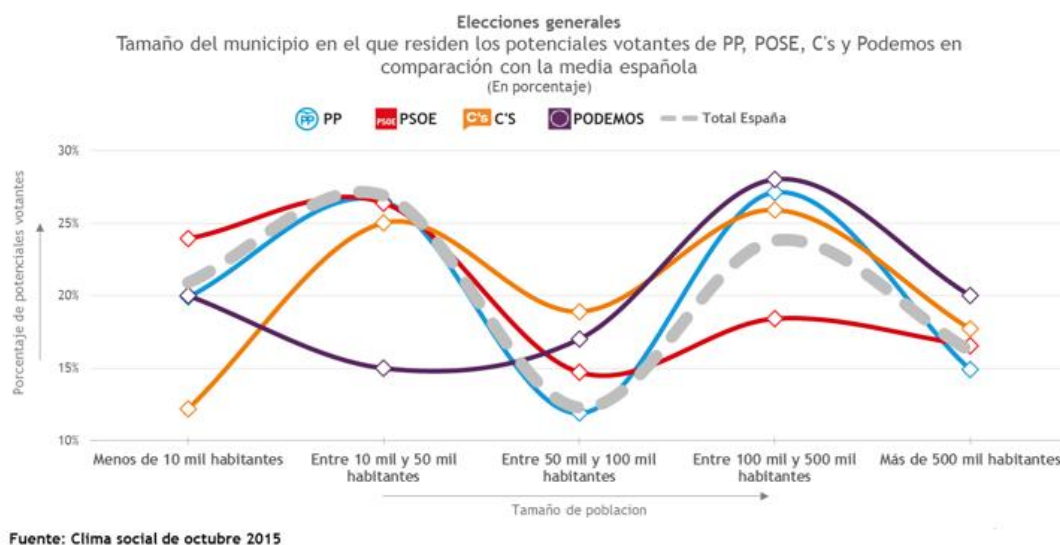


GRÁFICO 60



## GRÁFICO 61



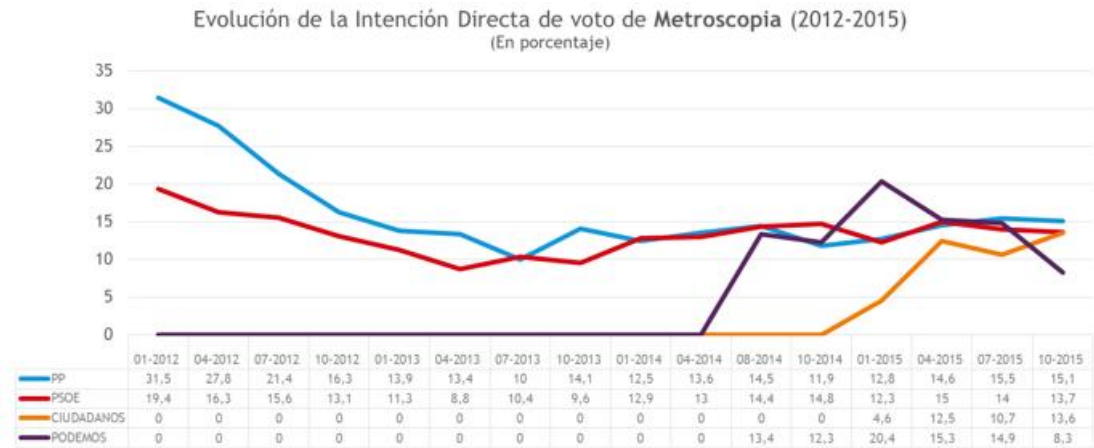
Por su parte, el CIS publicó el 5 de noviembre su Barómetro electoral. El trabajo de campo se realizó durante los primeros días de octubre (del 1 al 12) por eso merece la pena comparar sus datos brutos con los del Clima Social de Metroscopia del mes de octubre (cuyo trabajo de campo se realizó entre el 7 y 8 de ese mes) para observar que los datos de intención directa de voto no eran muy diferentes. La única diferencia —y que se encontraba, en todo caso, dentro del margen de error de cada encuesta:  $\pm 2.0$  puntos porcentuales en el caso del CIS y  $\pm 2.9$  puntos porcentuales en el caso de Metroscopia— se registraba en la intención directa de voto al PSOE y a Ciudadanos (véase Cuadro 50). El Clima Social de noviembre de Metroscopia confirmaba así la tendencia ascendente de Ciudadanos que ya advertida en octubre tanto por Metroscopia (en mayor medida) como por el CIS (en menor medida).

Como puede observarse en los Gráficos 62 y 63, las tendencias en la intención de voto recogidas por Metroscopia y el CIS prácticamente coincidían desde el inicio de la legislatura (desde enero de 2012 cuando se publicó el primer Barómetro electoral del CIS y el primer Clima Social de Metroscopia tras las elecciones generales del 20 de noviembre de 2011).

<b>CUADRO 50</b> Comparación de la intención directa de voto declarada en el sondeo de Metroscopia y en el del CIS (En porcentaje)		
	<b>Metroscopia</b> (Trabajo de campo realizado entre el 7 y el 8 de octubre)	<b>CIS</b> (Trabajo de campo realizado entre el 1 y el 12 de octubre)
PP	15.1	15.0
PSOE	13.7	16.6
Ciudadanos	13.6	11.0
Podemos	8.3	8.8
IU	3.4	3.1
Otros + blanco	8.0	10.9
No sabe / No lo tiene decidido	26.2	22.2
No votaría / No contesta	11.7	12.4

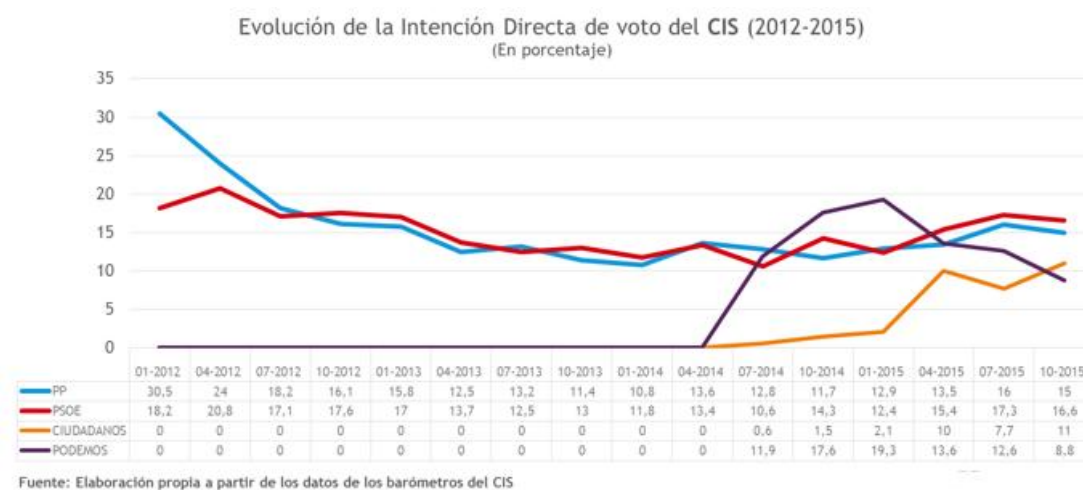
Los datos corresponden al Clima Social publicado por EL PAÍS el 11 de octubre de 2015 y al Barómetro del CIS publicado el 5 de noviembre de 2015. Los trabajos de campo de ambos se realizan en las mismas fechas: los primeros días de octubre.

GRÁFICO 62



Fuente: Elaboración propia a partir de los datos de los Climas Sociales de Metroscopia publicados por EL PAÍS.

GRÁFICO 63



La fotografía electoral del Barómetro de Clima Social de noviembre —cuando quedaban menos de dos meses para las elecciones generales— seguía mostrando, como en oleadas anteriores, el práctico empate entre los dos partidos que se situaban en las primeras posiciones. Con una novedad: entre ellos no se encontraba el PSOE. El PP se situaba en primera posición con un 23.5 % de los votos válidos estimado, 21.1 puntos menos que los logrados en los comicios de 2011. A solo un punto de distancia se situaba —y ahí residía la novedad— Ciudadanos, que con el 22.5 % de los votos se posicionaba medio punto por delante de los socialistas (que obtenían un 21.0 %, 7.7 puntos menos que cuatro años antes). Podemos volvía a ocupar la cuarta posición si bien lograba poner fin a su tendencia descendente que venía arrastrando desde la oleada de abril de 2015 y repuntaba acercándose a los puestos de cabeza: con un 17.0 % recuperaba casi tres puntos con respecto a la oleada precedente del mes de octubre (cuando se le estimó su peor resultado de todo el año y medio anterior).

El porcentaje estimado para el PP apenas variaba con respecto a los dos meses anteriores. Los populares seguían contando con un electorado muy firme y parecían haber alcanzado su suelo electoral. Si no conseguían incrementar sus votos con respecto a las oleadas precedentes era porque Ciudadanos seguía logrando atraer a una parte importante de quienes votaron al PP en 2011 (en torno al 20 %). El trasvase de votos hacia el partido de Rivera parecía haberse estabilizado: la capacidad de Ciudadanos de atraer a más votantes del PP de los ya logrados parecía, así, haber llegado a su límite (véase Gráfico 64). Detrás del crecimiento de Ciudadanos en ese último mes estaba su capacidad para atraer a electores de otras opciones políticas entre los que se encontraba un 11 % de anteriores



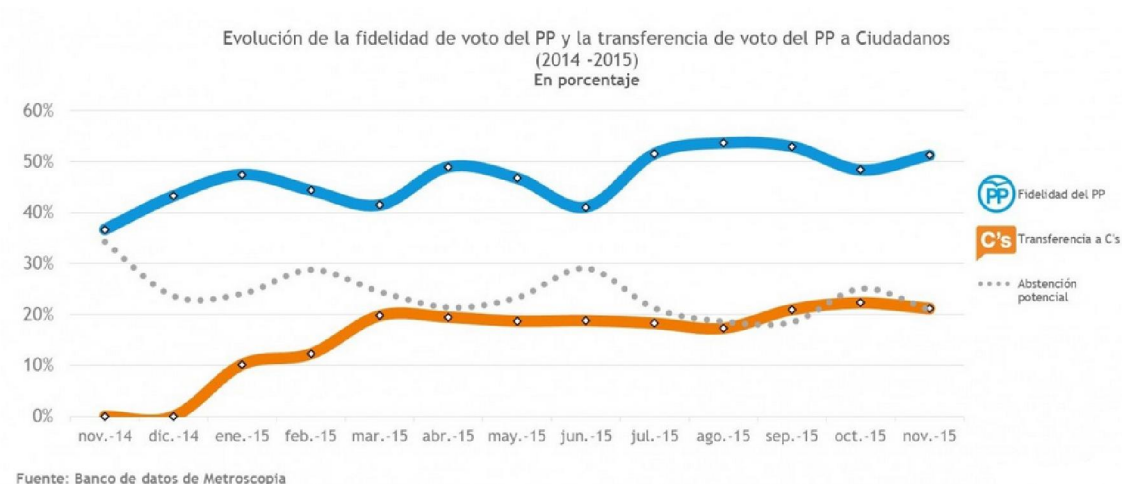
votantes del PSOE. La fuga de votos socialistas en dirección a la formación naranja crecía lenta pero paulatinamente: de un 5 % en la oleada de agosto de 2015 pasaba al 7 % en septiembre, al 9 % en octubre y al 11 % en noviembre. El PSOE se encontraba, así, asediado por dos frentes que le estaban haciendo retroceder en su estimación de voto. Por un lado, el ya descrito de Ciudadanos y, por otro, el de Podemos (Véase Gráfico 65). El partido de Iglesias parecía haber superado, en gran medida, la deriva en la que había entrado, sobre todo tras las elecciones catalanas, y volvía a incrementar el flujo de votantes provenientes del PSOE: de un 11 % en octubre a un 16 % en noviembre. Si Podemos no crecía más era porque IU seguía resistiendo: con un porcentaje del 6.3 % lograba su mejor resultado estimado de los siete meses anteriores (véase Gráfico 66). La participación electoral estimada se mantenía en el entorno del 77%.

El resultado estimado en esa oleada de noviembre seguía en consonancia con las preferencias de los electores: PP, Ciudadanos y PSOE quedaban empatados cuando se les preguntaba a los españoles qué partido les gustaría más que ganaran las elecciones (18 % cada uno). Ahora bien, eran más los españoles que preferirían que el siguiente presidente del Gobierno fuera Rivera (22 %) antes que Rajoy (17 %), Sánchez (16 %) o Iglesias (14 %). Una preferencia que encajaba a la perfección con la imagen que seguían teniendo del líder de Ciudadanos. Rivera volvía a ser, una oleada más, el único de los cuatro principales candidatos que obtenía un saldo evaluativo positivo: +17 puntos.

Volvía a ser, además, el candidato que obtenía un mejor saldo evaluativo entre sus potenciales votantes (+90 puntos, frente al +79 que conseguía Rajoy entre los potenciales votantes populares, el +74 de Iglesias entre los de Podemos y el +66 de Sánchez entre los socialistas). Además, seguía logrando saldos positivos entre los potenciales votantes del PP (+40) y del PSOE (+17), algo que no ocurría ni en el caso de Rajoy ni en el de Sánchez entre los potenciales votantes de Ciudadanos (entre quienes obtenían saldos negativos: -41 y -30 puntos, respectivamente). Rivera era el único líder que lograba un saldo evaluativo positivo entre los electores que se ubicaban en el centro ideológico (quienes se posicionaban en el 5 dentro de la escala 0-10 en la que el 0 equivale a una posición de extrema izquierda y el 10 a una de extrema derecha): +31 puntos. Y su saldo superaba al que obtenía Rajoy entre quienes se situaban en el centro derecha (+48 frente a +16) y al que obtenía Sánchez entre quienes se ubicaban en el centro izquierda (+11 frente a -18). Y en el hipotético caso de que finalmente ni PP ni PSOE llegaran a gobernar en España tras las elecciones del 20 de diciembre —algo que, por otro lado, un 69 % de españoles creía que podía ser bueno para España— la preferencia de la clara mayoría seguía siendo,

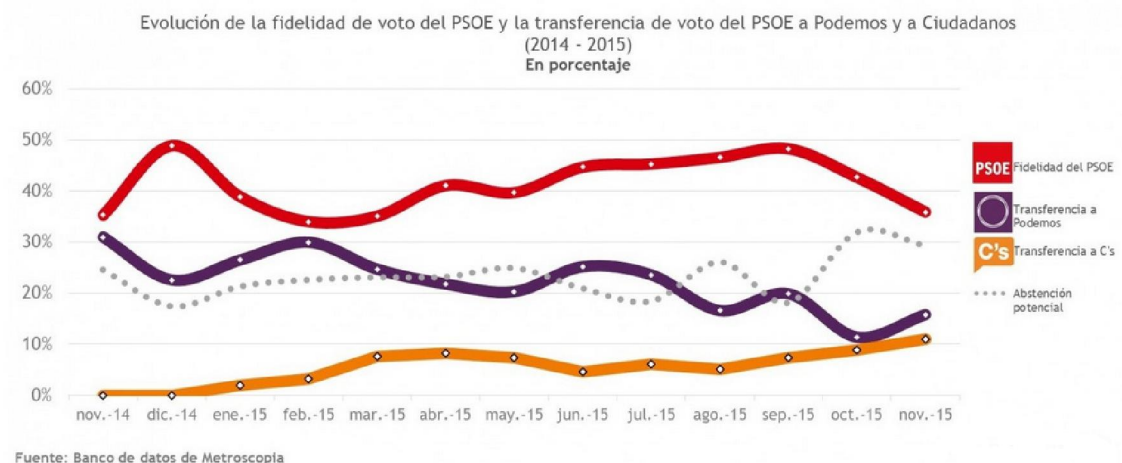
como en el mes anterior, que Ciudadanos, con Rivera de Presidente, estuviera al frente del país. Un 26 % decía preferir, sin embargo, un Gobierno de Podemos presidido por Iglesias.

GRÁFICO 64



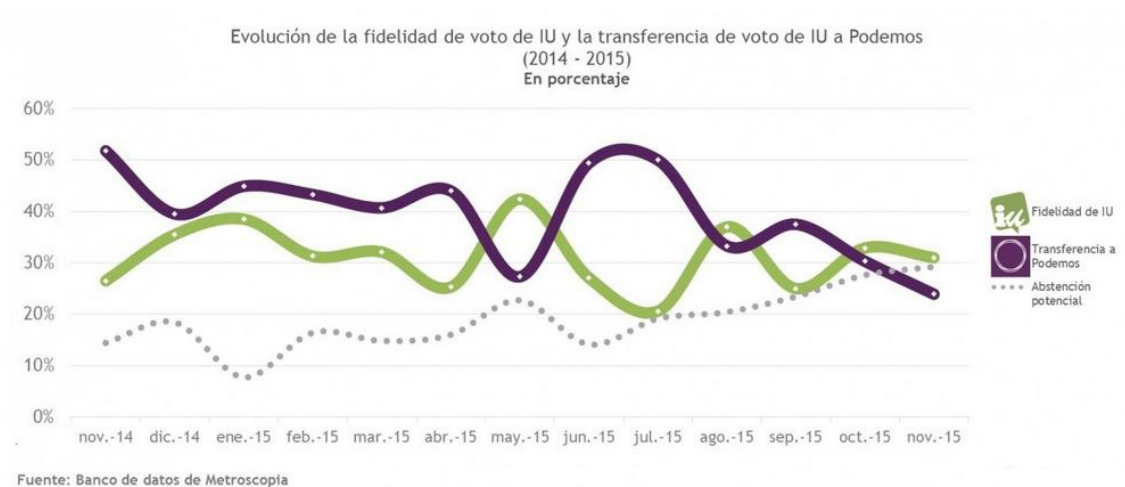
El gráfico representa, en porcentajes, tres indicadores: 1) la evolución del número de electores que dicen haber votado al PP en las elecciones generales de 2011 y que tienen intención de volver a votarlo en unas generales que se celebraran hoy; 2) la evolución del número de electores que, habiendo votado a PP en 2011, tienen intención de votar a Ciudadanos en unas generales que se celebraran hoy; 3) la evolución del número de electores que, habiendo votado al PP, no tienen intención de votarlo, no lo tienen decidido o no contestan (abstención potencial).

GRÁFICO 65



El gráfico representa, en porcentajes, tres indicadores: 1) la evolución del número de electores que dicen haber votado al PSOE en las elecciones generales de 2011 y que tienen intención de volver a votarlo en unas generales que se celebraran hoy; 2) la evolución del número de electores que, habiendo votado a PSOE en 2011, tienen intención de votar a Podemos o Ciudadanos en unas generales que se celebraran hoy; 3) la evolución del número de electores que, habiendo votado al PSOE, no tienen intención de votarlo, no lo tienen decidido o no contestan (abstención potencial).

## GRÁFICO 66



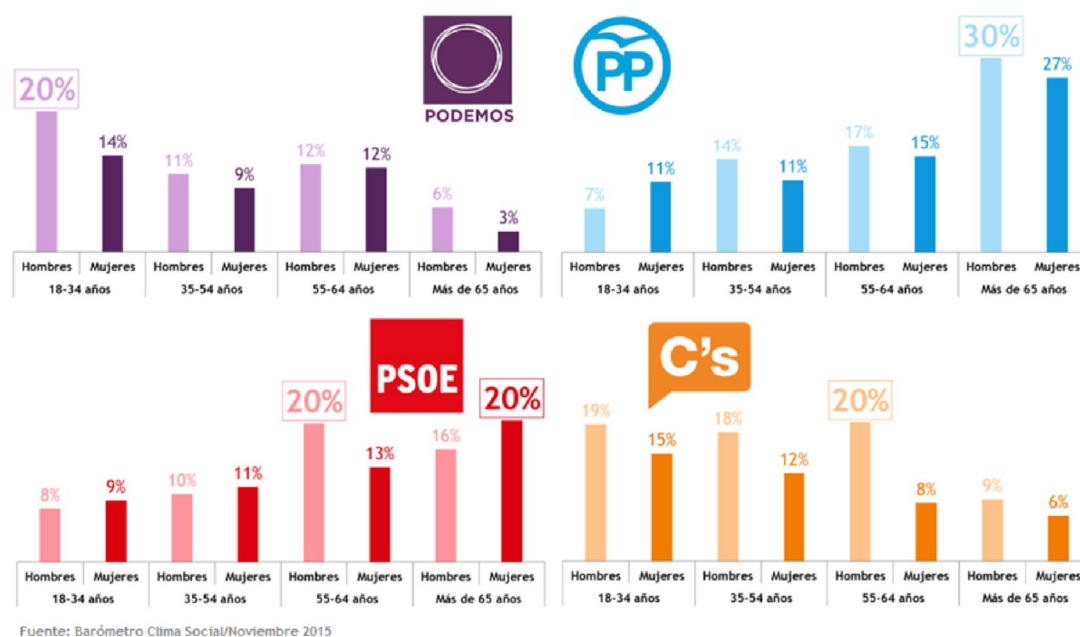
El gráfico representa, en porcentajes, tres indicadores: 1) la evolución del número de electores que dicen haber votado a IU en las elecciones generales de 2011 y que tienen intención de volver a votarlo en unas generales que se celebraran hoy; 2) la evolución del número de electores que, habiendo votado a IU en 2011, tienen intención de votar a Podemos en unas generales que se celebraran hoy; 3) la evolución del número de electores que, habiendo votado a IU, no tienen intención de votarlo, no lo tienen decidido o no contestan (abstención potencial).

## 6. EL PERFIL DE LOS POTENCIALES VOTANTES DE PODEMOS Y CIUDADANOS A DOS MESES DEL 20D

¿Qué estaba pasando para que se produjera ese intercambio de papeles entre Podemos y Ciudadanos? La explicación puede leerse en un artículo de Marcos Sanz Agüero publicado en EL PAÍS el 1 de noviembre. De la indignación se había pasado a la oxigenación. La primera, la indignación, encontró un referente político en Podemos: era el partido que representaba la antítesis del bipartidismo (ese al que la mayoría de los ciudadanos vinculaba con la crisis económica y la corrupción). La segunda, la oxigenación, tenía como referente político a Ciudadanos. Oxigenar, tal y como describe el Diccionario de la Real Academia Española en su segunda acepción es “vigorizar una situación deteriorada mediante la introducción de algún aparo innovador”. Como se destaca en el artículo “la oxigenación quiere abrir un tiempo nuevo fundamentado, desde la fatiga bipartidista, en el multipartidismo”. En todo caso, tanto la indignación (Podemos) como la oxigenación (Ciudadanos) sus potenciales electorados coincidían: menores de 55 años, activos en términos laborales, y residentes en las grandes ciudades. En efecto, cuando apenas faltaban 40 días para la celebración de los comicios el Clima Social de noviembre arrojaba los siguientes perfiles de los potenciales votantes de los cuatro partidos protagonistas del nuevo multipartidismo: el PP era un partido masculinizado y envejecido; el PSOE era el partido más feminizado; Ciudadanos era un

partido masculinizado y, cada vez más, con mayor presencia en los grupos de edad avanzada y Podemos encuentra su fortaleza en las personas jóvenes, fundamentalmente los hombres (véase Gráfico 67).

GRÁFICO 67



Los jóvenes eran, así, el principal caladero de votos de las dos formaciones políticas emergentes y, en este sentido, la demografía española jugaba en su contra<sup>276</sup> (véase Gráfico 68). Los datos indicaban que cuantos más jóvenes acudieran a votar el resultado de las elecciones generales sería mejor para Podemos y Ciudadanos y cuantos más mayores fueran, mejor resultado para PP y PSOE. El grado de movilización de cada uno de los grupos de edad era, por tanto, determinante. Pero también lo era el censo electoral. La población española con derecho a voto entre 2011 y 2015 había aumentado en 340 mil personas. Los datos actualizados del censo electoral de noviembre de 2015 permitían afirmar que la población española seguía envejeciéndose: en tan solo cuatro años se había incrementado en 950 mil personas los españoles con más de 55 años, casi la misma cifra (940 mil) que la que se reducía la población de 18 a 34 años. Estos datos suponían una

<sup>276</sup> “La demografía española juega en contra de Podemos y Ciudadanos” artículo de Francisco Camas García publicado en la Web de Metroscopia. Puede consultarse en: <http://metroscopia.org/demografia-contra-podemos-ciudadanos/>

caída de jóvenes con derecho a voto de 3 puntos porcentuales, de los cuales el 0.7% serían no nacidos (INE, 2014) y el 2.3 % en su mayoría jóvenes que emigraron en los últimos años y que se encontraban censados en el exterior (700 mil aproximadamente). Por tanto, el peso demográfico de la gente mayor que podría votar el 20D (39.9 %) era casi el doble que el de la gente joven (21.8 %). Este, sin duda, constituyó un hándicap para las aspiraciones electorales de Ciudadanos y, sobre todo, de Podemos. Pero a esta ventaja que el Censo otorgaba al bipartidismo había que añadir otra: la mayor predisposición a acudir a votar del electorado de mayor edad. En efecto, según los datos del Clima Social de noviembre la participación electoral estimada por Metroscopia entre los electores de 55 y más años era del 79 % frente al 63 % de los menores de 35 años. Muchos menos jóvenes censados y claramente menos motivados a participar.

Si el bipartidismo resistía, como finalmente resistió, era en gran parte como consecuencia de los apoyos que lograba entre los más mayores. De hecho, los votantes jóvenes del PSOE y del PP habían ido cayendo en picado desde las elecciones de 2008 (véase Gráfico 71). El censo registraba que 13,8 millones de personas —el 40 % del total— tenían 55 o más años. La comparación entre los votos que obtendría el tándem PP—PSOE y el tándem Ciudadanos—Podemos en el grupo poblacional más numeroso y más movilizado, sería de más de 20 puntos porcentuales de diferencia a favor del bipartidismo (véanse Gráficos de 68 a 70).

GRÁFICO 68

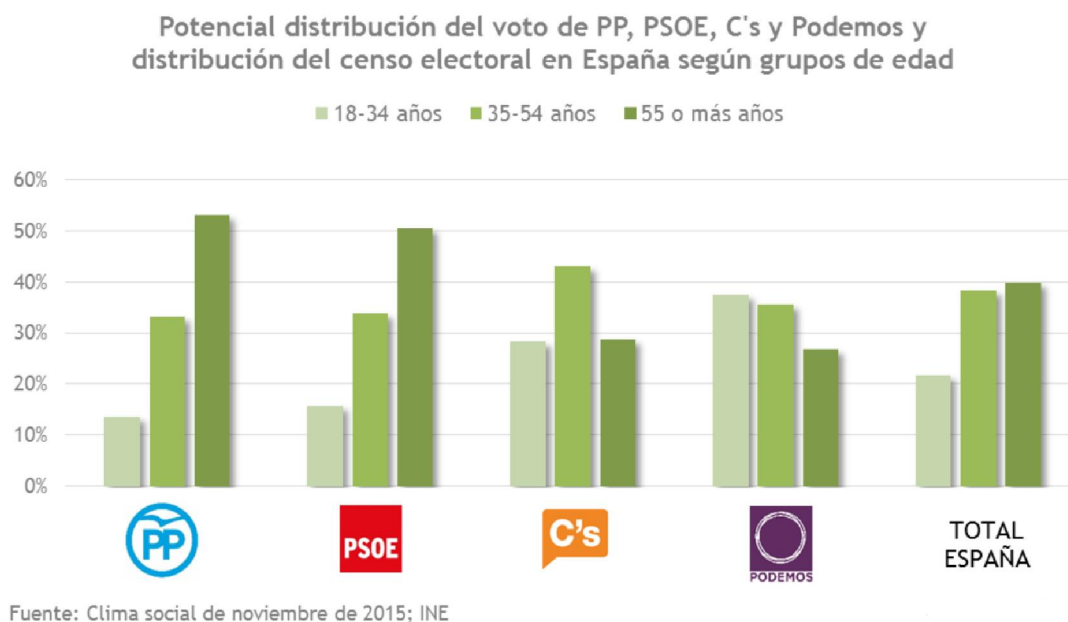


GRÁFICO 69

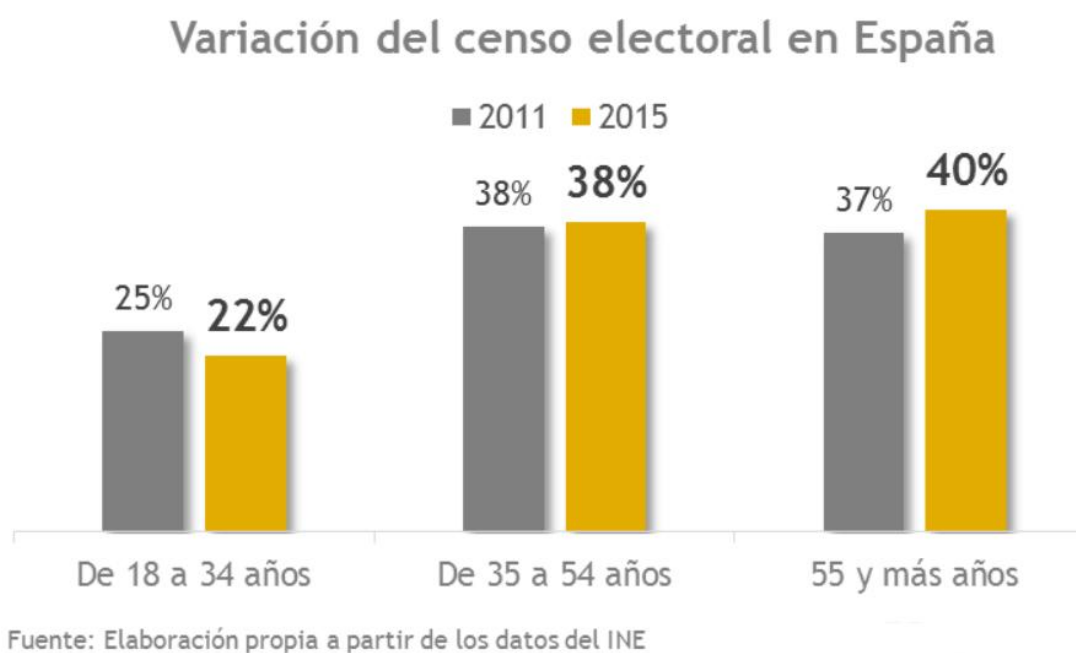
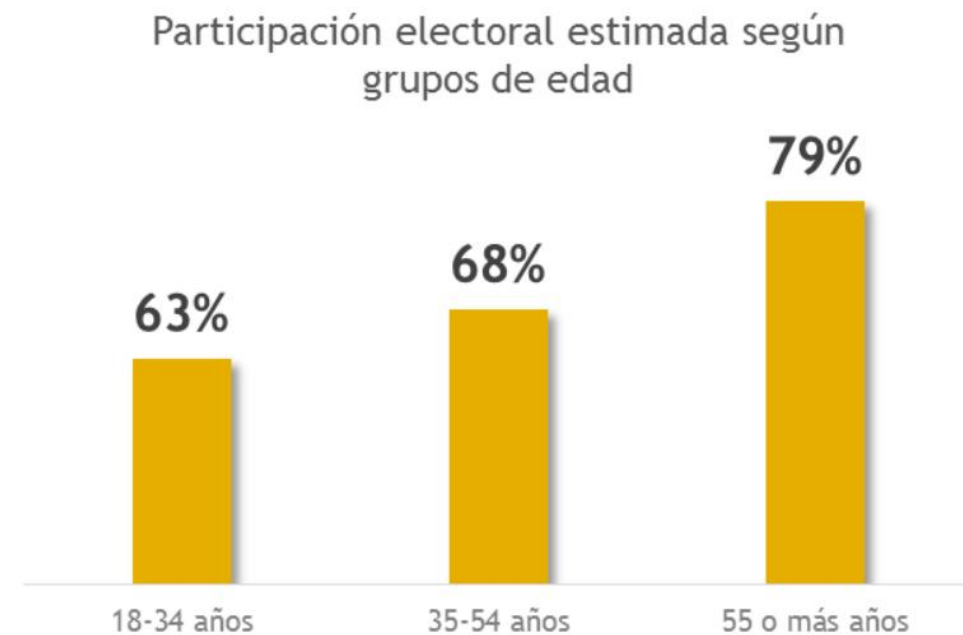
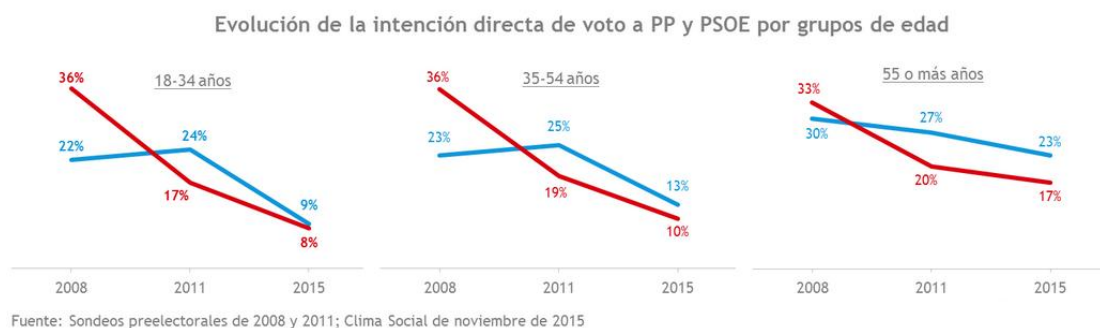


GRÁFICO 70



Fuente: Clima social de noviembre de 2015

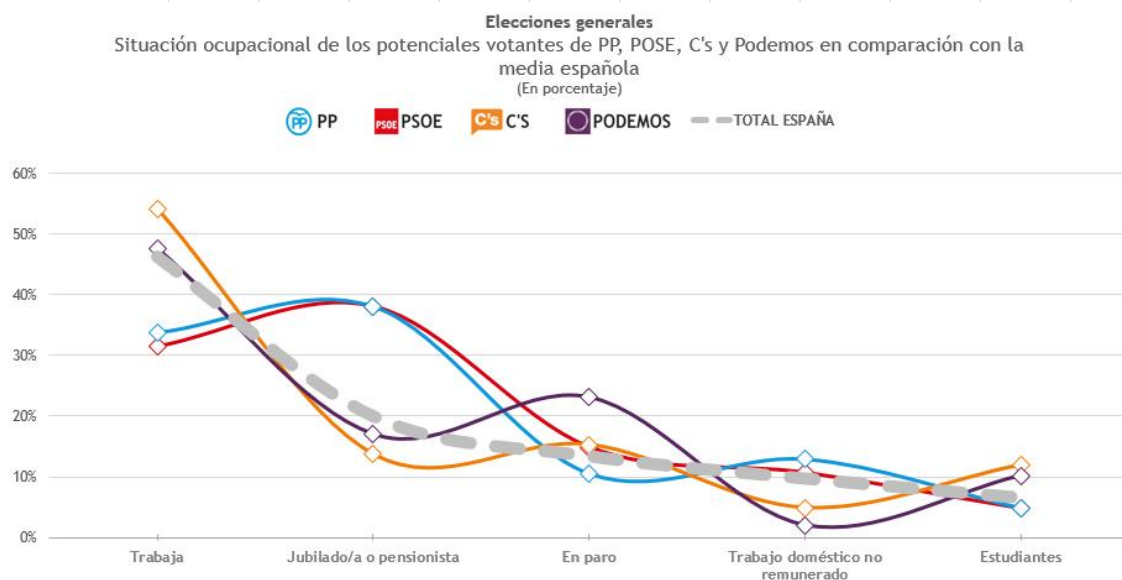
GRÁFICO 71



Un análisis de la composición de los diferentes potenciales electorados en función de su situación ocupacional evidenciaba que las brechas entre los partidos tradicionales (PP y PSOE y los emergentes (Podemos y Ciudadanos) no eran únicamente la generacional y la geográfica. También existía una brecha social. Entre el potencial electorado tanto del PP como del PSOE estaban sobrerrepresentados, en comparación con la media nacional, los jubilados o pensionistas e infrarrepresentados los trabajadores en activo. Por el contrario, entre los potenciales votantes tanto de Podemos como de Ciudadanos estaban infrarrepresentados los españoles dedicados al trabajo doméstico no remunerado y algo sobrerrepresentados los estudiantes. En el caso concreto de Podemos, además, había una

clara sobrerrepresentación de parados. Y en el caso específico de Ciudadanos, estaban sobrerrepresentados los trabajadores en activo (véase Gráfico 72).

GRÁFICO 72



Fuente: Clima social de noviembre 2015

El Clima Social de noviembre arrojaba otros datos relevantes que ayudan a explicar algunos apoyos electorales en las elecciones del 20D. En primer lugar, es destacable que las evaluaciones negativas sobre la situación política superaban en nueve puntos a las evaluaciones negativas sobre la situación económica (véase Gráfico 73). En este sentido, solo un tercio de los potenciales votantes populares (32 %) evaluaba negativamente la situación económica española. Confrontaba este dato con el 71 % de los potenciales votantes de Ciudadanos que consideraban mala o muy mala la situación económica nacional, el 85 % de los potenciales votantes del PSOE y el 96 % de los de Podemos. Y otro dato más: entre los potenciales votantes de los partidos del centro derecha y derecha (Ciudadanos y PP) la situación política parecía preocupar más que la económica. Los potenciales votantes de PSOE y Podemos evaluaban en términos negativos las dos situaciones en la misma —y muy superior— proporción (véase Gráfico 74). Sin duda, solo los potenciales votantes del PP parecían percibir signos claros de mejora económica. Si ni los casos de corrupción vinculados al PP ni la mala situación económica del país —al que la mayoría de este electorado parecía ajeno— eran capaces de alterar el apoyo de este electorado al partido liderado por Rajoy, parecía difícil pensar que en el mes que



quedaba para las elecciones, este electorado —el más motivado para acudir a las urnas— dejara de votar a los populares. El PP parecía— según los diferentes datos de los sondeos— capaz de retener a unos siete millones de votantes. La cuestión estribaba en saber cuál sería la participación electoral final. Hay que tener en cuenta que entre 1996 y 2011, la proporción de españoles que ha votado al PP solo ha variado entre el 28.2 % (en 2004) y el 30.4 % ( en 2000 y 2011), un intervalo mínimo de sólo 2.2 puntos que refleja un partido caracterizado por su estabilidad electoral con rendimiento —es decir, con una traducción en escaños— variable en función de la abstención total. La rentabilidad (en términos de escaños) de ese similar apoyo electoral ha sido fuertemente dependiente del nivel global de participación registrado en cada ocasión: cuando se ha superado ampliamente el nivel medio de participación (es decir, el 74.2 % del censo CER entre las primeras elecciones de 1977 y las celebradas en el año 2011) el PP no ha logrado ser la fuerza más votada (con la excepción de 1996, en que quedó prácticamente empatado con el PSOE); cuando la participación quedó claramente por debajo del 74.2 % pudo hacerse con mayorías absolutas en el Congreso (casos de 2000 y 2011). En este sentido, la capacidad de movilización en el mes que quedaba hasta las elecciones de, sobre todo, los dos nuevos partidos era, sin duda, decisiva para el resultado final (véase Gráfico 75).

GRÁFICO 73

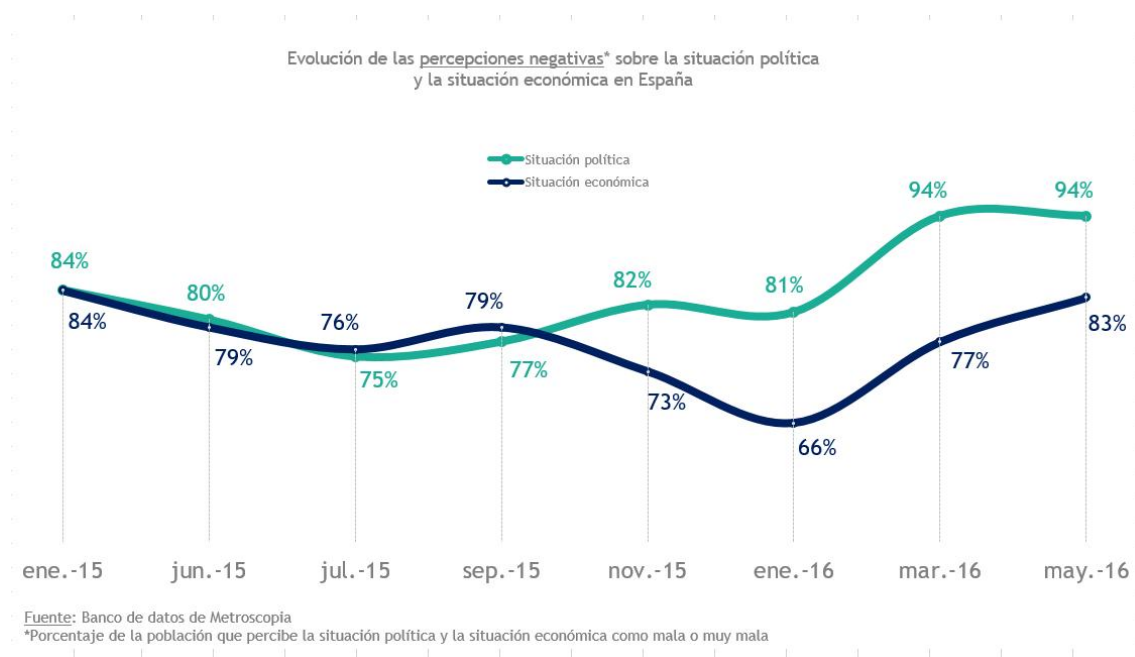


GRÁFICO 74

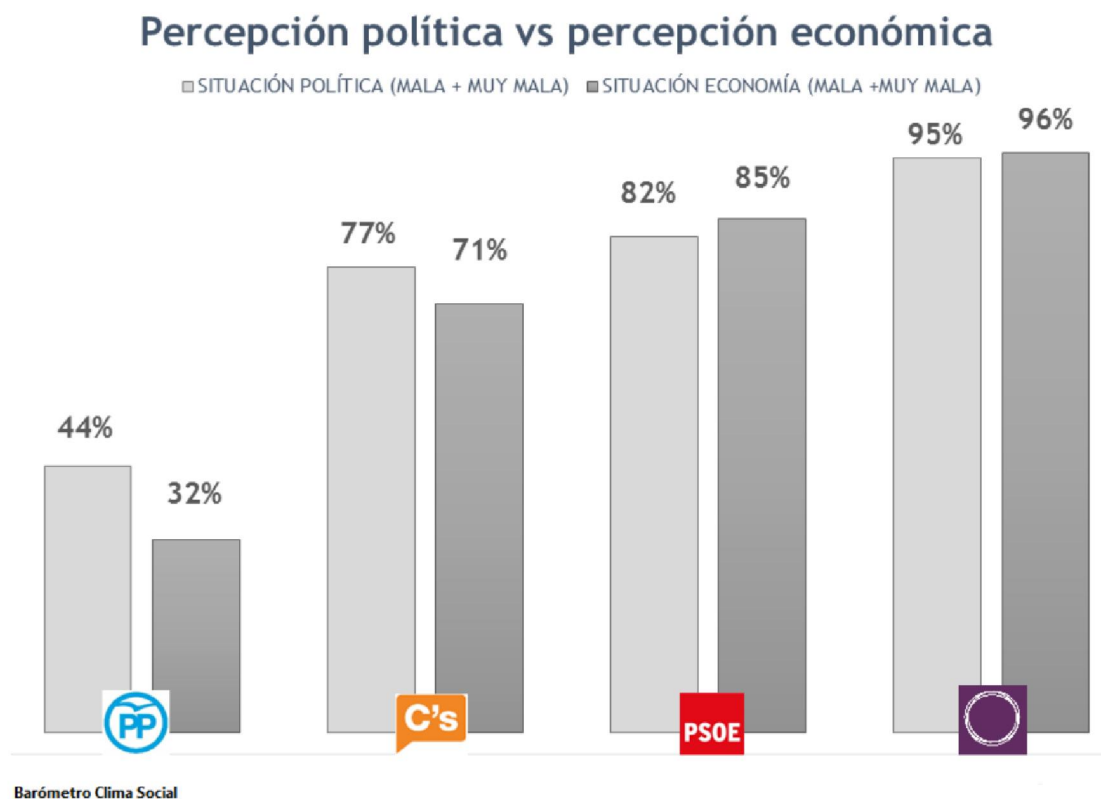
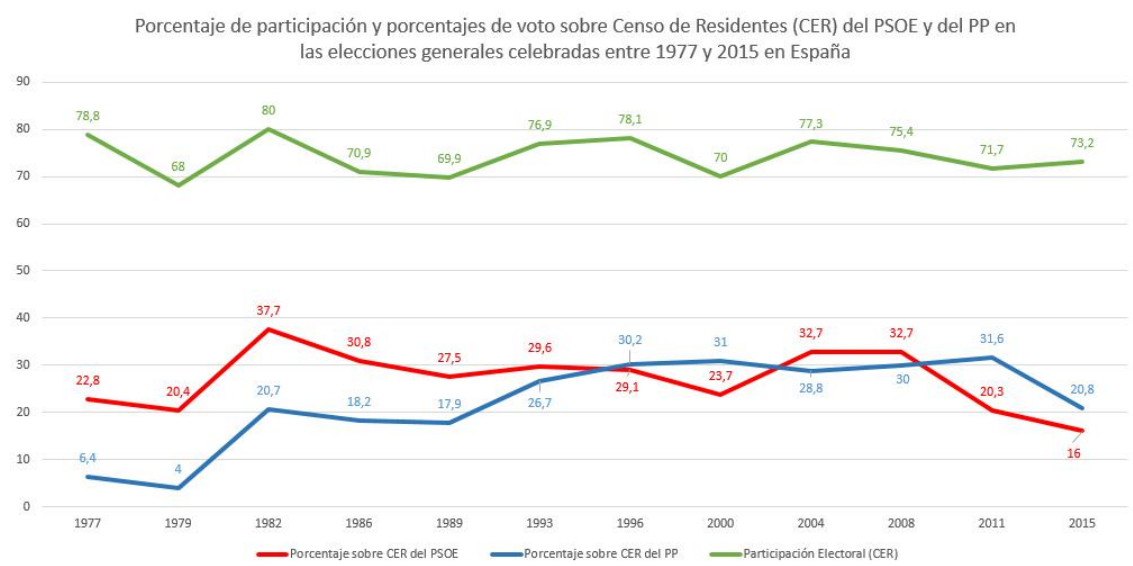
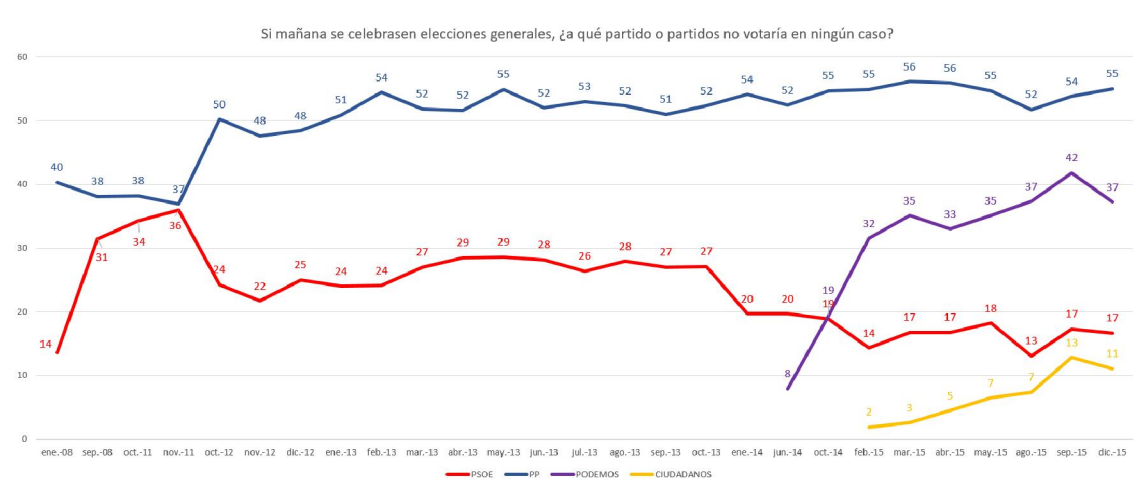


GRÁFICO 75



A falta de solo un mes para las generales, la oleada de diciembre del Clima Social confirmaba el multipartidismo con una estructura de 3+1: tres partidos separados por apenas dos décimas —PP con 22.7 %, Ciudadanos con 22.6 % y PSOE con 22.5 %— y un tercero, Podemos, a cierta distancia (17.1 %). Primero y cuarto, PP y Podemos, seguían siendo los dos partidos que más polarizaban a la ciudadanía española de cara al 20D. El porcentaje de personas que rechazaba votarles era muy superior al de PSOE o Ciudadanos: más de la mitad de los españoles (55 %) decía que en ningún caso votaría al PP y uno de cada tres (37 %) decía lo mismo respecto de Podemos (véase Gráfico 76).

GRÁFICO 76



Este rechazo a la posibilidad de votar al PP era masiva en el espacio político del centro izquierda: lo expresa el 98 % del potencial electorado de Podemos y el 82 % del electorado del PSOE. Entre los de Ciudadanos, esta negativa de principio se quedaba en el 39 %. Entre ellos, el mayor porcentaje de rechazo se dirigía hacia el partido de Iglesias (65 %), —porcentaje de rechazo que solo era más elevado entre los potenciales votantes del PP (79 %)—. Por su parte, Ciudadanos y PSOE eran los partidos que menos antipatías suscitaban entre la población, al tiempo que eran los que invitaban de forma más amplia a la esperanza en caso de resultar vencedores de las elecciones. En particular, Ciudadanos era la única formación política cuya eventual victoria hacía sentir claramente más esperanza (47 %) que preocupación (37 %) al conjunto de los españoles. Y cabe destacar que entre los potenciales votantes del PP un llamativo 53 % indicaba que sentiría esperanza —y no preocupación— si finalmente fuese Ciudadanos quien ganase las elecciones. Este dato confirmaba el grado de aceptación de la figura de Rivera entre en el

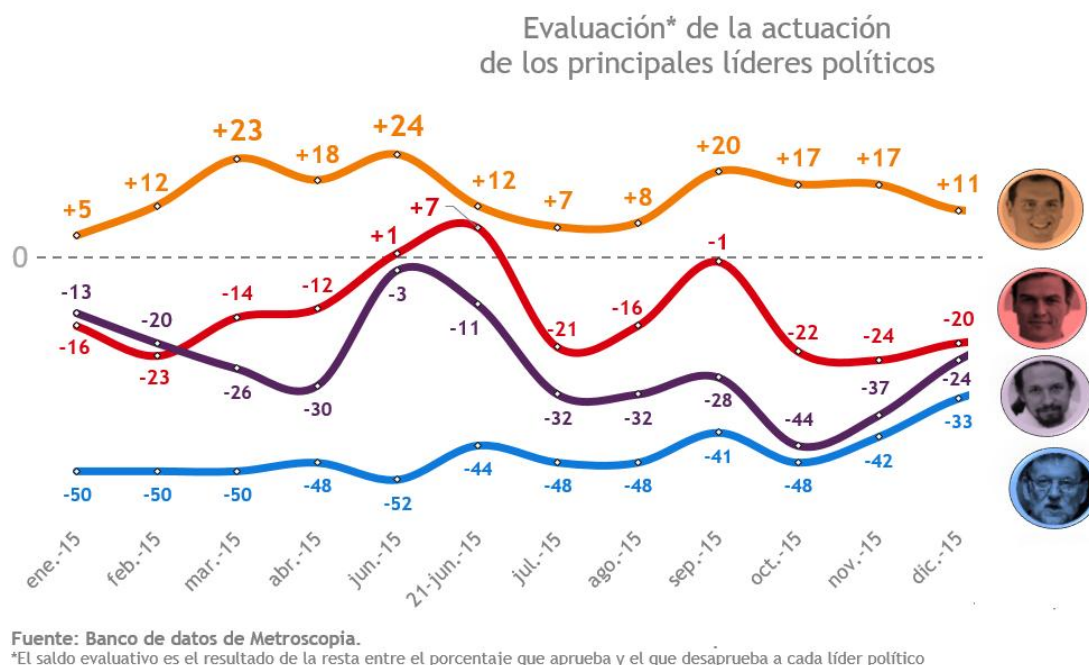
potencial electorado popular: entre este, su figura no solo estaba bien evaluada (el 68 % aprobaba su gestión política), sino que solo un 2 % rechazaba de plano la posibilidad de votarle en estas elecciones. Un apreciable 39 % de la ciudadanía decía que sentiría esperanza si finalmente era el PSOE el partido que ganaba las elecciones y un porcentaje solo ligeramente superior (43 %) decía en cambio que sentiría preocupación. Por el contrario, la potencial victoria del PP o de Podemos suscitaba preocupación a una idéntica y amplia mayoría de españoles: 61 %.

Estos datos iban en línea con cómo los españoles evaluaban a los principales candidatos a tan solo un mes de las elecciones. Rivera continuaba siendo el único de los líderes políticos con saldo evaluativo favorable (+11 puntos) entre los que aprobaban (51 %) o desaprobaban (40 %) su actuación política; con todo, descendía 6 puntos desde la oleada de noviembre, descenso explicable por la mayor fijación entre marcas y liderazgos a medida que se acercaba el día de los comicios. Pese a ello, y significativamente, Rivera mantenía, e incluso incrementaba levemente, pasando del +40 al +43, su saldo evaluativo entre los potenciales votantes del PP (su principal rival electoral): entre ellos, un 68 % le aprobaba, frente al 25 % que le desaprobaba. Entre los potenciales votantes socialistas, Rivera seguía manteniendo un ligero, pero también destacable, saldo positivo (+4; le aprobaba el 47 % y le desaprobaba el 43 %), a pesar de perder entre ellos, en relación con el mes anterior, 17 puntos, algo que cabía explicar por su creciente percepción entre los mismos como un potencial competidor. El líder de Ciudadanos era también al que un mayor número de españoles (40 %) mencionaba como el presidente de gobierno que España necesitaba tras las elecciones del 20D.

Sánchez mejoraba, entre la ciudadanía, en cuatro puntos el saldo evaluativo de su actuación política, pasando del -24 de noviembre al -20 en diciembre. En todo caso, el saldo entre sus potenciales votantes se mantenía en el mismo +67 del mes anterior. En cuanto a las preferencias de los españoles para presidente de gobierno tras las elecciones del 20D, el líder socialista quedaba, con el 31 %, en segundo lugar, entre Rivera (40 %) y Rajoy (25 %). El presidente del Gobierno en funciones, por su parte, fijaba aún más su liderazgo entre los potenciales votantes del PP, e incrementaba su saldo evaluativo que pasaba del +77 de noviembre al +84 de diciembre. Entre el conjunto del electorado, su saldo evaluativo mejoraba pero seguía siendo negativo (de -42 a -33) y era el peor evaluado de los cuatro candidatos. Iglesias perdía nueve puntos en el saldo evaluativo de sus potenciales electores (del +74 del Clima Social de noviembre pasaba al +65 en

diciembre) pero mejoraba entre el conjunto de los ciudadanos y pasaba de un -37 en noviembre a un -24 en diciembre (véase Gráfico 77).

GRÁFICO 77



## 7. LOS DEBATES ELECTORALES DE LAS ELECCIONES DEL 20D: PODEMOS RECUPERA EL PULSO; CIUDADANOS DESAPROVECHA SU VENTAJA

El momento político que se estaba viviendo en España era, sin duda, excepcional y esto quedó reflejado también en el tipo de precampaña y de campaña electoral que llevaron a cabo los diferentes candidatos. Nunca antes como en esta ocasión los principales candidatos se habían sometido a tantas entrevistas en televisión y en programas tan diversos: desde los estrictamente políticos a los puramente de entretenimiento. La cuestión era llegar al mayor tipo de público diferente. Conseguir la transversalidad que en un esquema multipartidista competitivo es la que garantiza el éxito electoral. Los dos candidatos que se presentaban por primera vez a unas elecciones generales, Iglesias y Rivera, fueron, con diferencia, quienes se mostraron más predispuestos a debatir en cualquier foro al que fueran invitados. Los candidatos de los dos principales partidos tradicionales, Sánchez y Rajoy, median sus apariciones y no acudían a todos los debates en los que se requería su presencia. Sobre todo el Presidente en funciones: Rajoy solo accedió a acudir a un debate televisado y con la condición de que el oponente solo fuera

el líder del PSOE. Estas condiciones dieron lugar a un hecho insólito —en España y en cualquier democracia de nuestro entorno— como fue que el candidato que se presentaba a revalidar su Gobierno no acudiera a ninguno de los dos únicos debates a cuatro programados por cadenas privadas<sup>277</sup>.

Los debates electorales en estas elecciones se preveían más decisivos que en ocasiones anteriores. La influencia de los debates electorales sobre el comportamiento final de los electores tiene que ver, al menos, con tres factores: la volatilidad electoral, el porcentaje de ciudadanos que no tienen decidido el sentido de su voto y la competitividad. Cuanto más elevados sean estos, mayor será, también, la influencia de aquellos. Y cuando apenas quedaba un mes para las elecciones estos tres elementos se presentaban en un grado muy un elevado. La volatilidad tiene que ver los realineamientos de los electores: cuántos permanecen fieles a un partido entre una elección y otra y cuántos, por el contrario, prefieren elegir otras opciones políticas diferentes. Una elevada volatilidad significa que muchos electores han decidido cambiar su voto. Si Ciudadanos y Podemos, partidos que por primera vez se presentaban a unas elecciones generales, confirmaban el 20D la gran capacidad para atraer votantes de otras formaciones políticas que habían demostrado en las elecciones celebradas entre 2014 y 2015 (Europeas, Municipales y Autonómicas) la volatilidad electoral en los comicios iba a ser, sin duda, (como así fue) la más elevada de nuestra reciente historia democrática. Por otro lado, según la oleada de noviembre del Clima Social, en torno a un 75 % de los electores decía que con toda seguridad iba a acudir a votar, pero de ellos, un 25 % todavía no tenía decidido a qué partido lo haría (son los que aquí defino como “decididos indecisos”). Un porcentaje de decididos indecisos<sup>278</sup> que era algo superior al de las dos últimas elecciones —en 2008, este particular grupo suponía el 19 % y en las de 2011 el 21 %— pero cuya última decisión iba a tener, sin duda, más relevancia en el resultado final que en esos otros comicios anteriores. Por una

---

<sup>277</sup> Durante la precampaña y la campaña se celebraron otros debates entre dirigentes políticos de los diferentes partidos pero ninguno más con los principales candidatos a la presidencia del Gobierno. Solo a uno previo, organizado por la Asociación Demos de la Universidad Carlos III el 27 de noviembre, fueron invitados los cuatro principales candidatos. Solo aceptaron acudir Pablo Iglesias (Podemos) y Albert Rivera (Ciudadanos). Pedro Sánchez (PSOE) y Mariano Rajoy (PP) rechazaron asistir. Fue retransmitido en *streaming*, y la moderación corrió a cargo del periodista Carlos Alsina.

<sup>278</sup> Los decididos indecisos diferían del elector medio en aspectos importantes. Uno era el sexo: predominaban claramente las mujeres sobre los hombres: 60% / 40% (cuando la distribución en el conjunto del censo electoral era 52% frente a 48%). Otro era el comportamiento electoral previo: entre los decididos indecisos estaban infrarrepresentados los votantes del PP; había una clara y significativa menor proporción de votantes del PP en las generales de 2011 y en las municipales de mayo pasado de los que realmente hubo. En tercer lugar, variaba la simpatía manifestada hacia alguno de los partidos que se presentaban: estaban sobrerrepresentados quienes manifestaban su simpatía por Ciudadanos y el PSOE.

razón: el mayor grado de competitividad que existía en las elecciones del 20D. La competitividad indica el grado de rivalidad electoral. La incertidumbre sobre el resultado electoral era muy elevada en esos momentos y otorgaba un plus de importancia al comportamiento electoral final de los indecisos. Un comportamiento que en estas elecciones era más difícilmente predecible porque la oferta partidista era mayor que en ocasiones anteriores. En ese ambiente político de mayor volatilidad, mayor indecisión y mayor competitividad los debates electorales iban a ser, por tanto, si no determinantes, sí mucho más influyentes en el comportamiento electoral de los españoles que en otras ocasiones.

El primer cara a cara televisado enfrentó a los candidatos de los dos partidos emergentes —Iglesias y Rivera— y tuvo lugar en el programa de televisión *Salvados*, presentado por Jordi Évole. No fue un debate en directo sino un programa grabado y posteriormente editado y emitido días después. El cara a cara “reflejó el buen momento del líder naranja y, al mismo tiempo, se puso sobre la mesa quiénes serían los denominados agentes del cambio: *lo nuevo frente a lo viejo*. Al margen de la actuación de los dos líderes en el debate, el número de potenciales votantes de ambos partidos de ahí en adelante aumentó. Los dos se beneficiaron de la llamada de Jordi Évole” (Ferrándiz y Camas García, 2016). En efecto, tras este cara a cara, la intención directa de voto de los dos partidos aumentó según quedó reflejado en los datos del Clima Social de noviembre (véase Gráfico 78).

Posteriormente, el 30 de noviembre, apenas unos días antes del comienzo de la campaña electoral, tuvo lugar en EL PAÍS el primer debate a tres entre Iglesias, Rivera y el candidato socialista, Sánchez, que en esta ocasión sí decidió aceptar la invitación (Rajoy, por el contrario, no la aceptó pero propuso que fuera en su lugar la vicepresidenta en funciones, Soraya Sáez de Santamaría, algo a lo que se opuso EL PAÍS que optó por dejar vacío el atril del candidato popular). Era el primer debate en la historia de nuestro país que se emitía únicamente por Internet (si bien, EL PAÍS permitía que cualquier canal de televisión que quisiera pudiera reproducir la señal)<sup>279</sup>. Ciudadanos era ya la primera fuerza en intención de voto y Podemos había recuperado tres puntos porcentuales desde los comicios autonómicos de Cataluña. En un sondeo de urgencia llevado a cabo por Metroscopia para EL PAÍS el día después del debate arrojaba las siguientes conclusiones: 1.- El debate tuvo un gran impacto público: una experiencia tan pionera y singular había logrado un llamativo nivel de seguimiento directo: uno de cada cuatro españoles (26 %)

---

<sup>279</sup> El debate puede verse íntegramente en: [http://www.elpais.com/elpais/2015/11/30/media/1448893833\\_064378.html](http://www.elpais.com/elpais/2015/11/30/media/1448893833_064378.html)

decía haberlo seguido en todo o en parte. Las opiniones de estos habían servido claramente de guía al resto de la ciudadanía. Los españoles, claramente, deseaban debates.

2.- Rivera y Sánchez, prácticamente empatados (5.9 y 5.8<sup>280</sup>, respectivamente), pero Iglesias logra también una calificación media sustancial (5.0):

- Rivera era el único cuya actuación en el debate era evaluada positivamente por todos los potenciales electorados: 7.9 entre los suyos, 6.4 entre los del PSOE, 6.1 entre los del PP e incluso 5.3 entre los de Podemos.
- Sánchez era evaluado positivamente, además de por los suyos, por los potenciales votantes de Ciudadanos (5.2); con todo, obtenía también puntuaciones medias apreciables (ligeramente inferiores a 5) entre los de Podemos (4.7) y los del PP (4.6).
- Iglesias era quien suscitaba evaluaciones más dispares: 7.7 entre su potencial electorado, pero 2.0 entre el del PP y 4.1 entre el de Ciudadanos. Ahora bien, significativamente (lo que sin duda era una señal de alerta para Sánchez), alcanzaba un 6.2 entre el potencial electorado socialista.

3.- La ausencia de Rajoy fue una decisión desacertada: el 69 % de los españoles creía que Rajoy no había acertado al no participar en el debate, y solo un 22 % (que subía hasta el 65 % entre sus potenciales votantes) pensaba, por el contrario, que había hecho bien.

El lunes 7 de diciembre tuvo lugar el segundo debate a cuatro, esta vez, organizado por el grupo de comunicación privado Atresmedia. En esa ocasión, acudieron los candidatos del PSOE, de Podemos y de Ciudadanos y, en representación del PP, acudió (esta vez sí, con el consentimiento de los organizadores del debate) la vicepresidenta del Gobierno en funciones. Este último debate a cuatro—apenas tres días después del inicio de la campaña electoral— supuso el primer y gran aviso para Ciudadanos. Una semana después, el sondeo preelectoral de Metroscopia del 14 de diciembre —en pleno ecuador de la campaña— recogió con toda claridad el efecto de los últimos enfrentamientos televisados: Iglesias sobrepasaba a Rivera en intención directa de voto.

Por los resultados finales de las elecciones del 20D parece claro que el gran perdedor de estos debates y, en general, el que peor campaña electoral había desarrollado había sido Rivera. Si en el Clima Social de diciembre Ciudadanos aparecía situado en posiciones de

---

<sup>280</sup> La escala evaluativa utilizada era de 11 puntos: 0-10, en la que el corresponde a una puntuación muy mala y el 10 a una muy buena.



cabeza y con posibilidades de ganar las elecciones, en el último preelectoral de Metroscopia para EL PAÍS, publicado el día 13 de noviembre, la formación naranja caía hasta la cuarta posición. En efecto, el PP parecía haber cobrado en los días previos alguna ventaja, y se situaba, en la estimación de resultado electoral, con un 25.3 % de los votos. El PSOE se situaba en segunda posición pero a cierta mayor distancia que un mes antes: 21.0 %. De los dos partidos emergentes, Podemos<sup>281</sup> mostraba una clara tendencia al alza, que se traducía en un resultado estimado de 19.1 % de los votos que le situaban en tercera posición. Por contra, en el ecuador de la campaña, Ciudadanos registraba una clara interrupción de lo que venía siendo una continuada progresión en apoyo ciudadano y se quedaba con un 18.2 % de los votos (4.4 puntos menos que su resultado estimado tan solo quince días antes). La formación de Rivera redirigía hacia el PP, e incluso hacia Podemos, a algunos de los potenciales votantes que había ido atrayendo en los meses previos. Solo como consecuencia de lo ocurrido en la campaña, Ciudadanos perdía seis puntos porcentuales (del 16.2 % al 10.1 % real logrado el 20D) mientras que Podemos ganaba casi cuatro (del 11.3 % al 15.0 %).

Si alguna incidencia tuvo el debate a dos —entre los candidatos Rajoy y Sánchez— que se celebró el lunes 14 de diciembre, seis días antes de las elecciones, parece que fue más favorable para el PP que para el PSOE. Entre las oleadas 6 y 10 (antes y después del debate) de un tracking<sup>282</sup> llevado a cabo por Metroscopia se observó cómo, tras el cara a cara, la imagen de Rajoy mejoraba levemente mientras que la de Sánchez caía. Ante la pregunta “De los líderes que encabezan las listas de los cuatro partidos que tienen más probabilidades de conseguir más votos (Mariano Rajoy por el PP, Pedro Sánchez por el PSOE, Pablo Iglesias por Podemos y Albert Rivera por Ciudadanos), ¿cuál de los cuatro sería el presidente del Gobierno que necesita España en este momento?” el porcentaje de Rajoy apenas varió entre una y otra oleada (mejoró tres décimas pasando de 22.4 % a 22.7 %) mientras que el de Sánchez descendía 3.1 puntos (de 19.1 % a un 16 %). Entre los potenciales votantes de cada partido las diferencias fueron algo mayores: Rajoy pasó

---

<sup>281</sup> Cuando en el texto se hace referencia a los resultados o a los potenciales votantes de Podemos siempre están incluidos los de las confluencias En Común Podem, Podemos-Compromís y Na Marea.

<sup>282</sup> El estudio tracking se inició el 4 de diciembre y finalizó el 19 de diciembre (el día correspondiente a la jornada de reflexión). Se realizaron 300 entrevistas autoponderadas diarias. Los datos aquí analizados corresponden a la oleada 6 que comprende las entrevistas realizadas los días 11, 12, 13 y 14 de diciembre (y por tanto, arroja datos de antes del debate entre Rajoy y Sánchez) y a la oleada 10 que acumula las entrevistas realizadas entre los días 15 y 18 de diciembre (y por tanto arroja datos de los días posteriores al debate).

de un 87 % antes del debate a un 90 % después (ganó tres puntos) y, sin embargo, Sánchez cayó del 85 % al 78 %.

En todo caso, en otro tracking llevado a cabo entre el 11 de noviembre y el 19 de diciembre<sup>283</sup> se pudo observar cómo fue la evolución de la IDV de cada partido a lo largo del último mes previo a las elecciones. Dos partidos mostraron una clara tendencia al alza: PP y Podemos. Los populares iniciaron el tracking con una intención de voto del 14.4 % y acabaron con un 17.3 % (su máximo de toda la serie fue un 18.8 %). Podemos, por su parte, inició la serie en cuarta posición con un 11.2 % y acabó segundo con un 16.5 %, lo que indicaba una fuerte tendencia al alza coincidente con el lema de la campaña electoral que habían desarrollado basado en la remontada. La tendencia del PSOE, por su parte, fue prácticamente lineal (empezó con una intención de voto del 13.3 % y acabó con una del 13.4 %) y la Ciudadanos fue claramente descendente. El partido de Rivera empezó siendo tercero con un 11.9 % y acabó cuarto y descolgado de los otros tres con un 10.1 % (véanse Gráficos 78 y 79).

Por otro lado, la percepción ciudadana sobre la situación económica no ayudaba al PP. Durante mucho tiempo la esperanza de los populares había sido llegar a los comicios en un momento en el que los datos económicos, no tanto los reales como los percibidos, fueran claramente mejores que los que se encontraron los populares cuando accedieron al gobierno en 2011. Sin embargo, a tan solo dos meses de celebrarse las elecciones los datos de encuesta arrojaban otra realidad: la percepción ciudadana sobre la situación económica seguía siendo mayoritariamente negativa (véanse Cuadros del 79 al 85).

El Índice de Percepción de Vulnerabilidad (IPV) de la economía —índice desarrollado por Metroscopia<sup>284</sup>— se situaba en 2015 en 74 puntos (Vulnerabilidad alta) el grado

---

<sup>283</sup> En este tracking se realizaban 400 entrevistas diarias hasta acumular 2.000 entrevistas.

<sup>284</sup> El IPV consta de tres componentes principales:

1. Vulnerabilidad Económica. Analiza el grado de fragilidad a partir de las percepciones negativas sobre la situación económica nacional, recogidas en las siguientes preguntas:

- Evaluación de la situación económica actual de España.
- La salida de nuestra economía de la crisis.
- Percepción de subida del coste de la vida.

2. Vulnerabilidad Política. Trata de captar la medida en que la opinión ciudadana considera que la situación política puede estar influyendo en cada momento concreto sobre la economía. Se calcula mediante los promedios de las opiniones negativas referidas a las siguientes variables:

- Evaluación de la situación política actual.
- Evaluación de la gestión económica del gobierno.
- Cuánto puede influir el retraso en formar gobierno en el posible crecimiento económico.

3. Vulnerabilidad Social. Refleja la percepción ciudadana sobre la evolución de la desigualdad económica y la pobreza. Se calcula a partir de las distribuciones de respuestas negativas a las siguientes preguntas:

- Evolución del paro.
- Incremento de la desigualdad y la pobreza.

percibido de fragilidad económica (véase Gráfico 88) . Este indicador reflejaba también la percepción ciudadana de que el retraso en formar gobierno había conducido a un menor crecimiento económico. ¿Qué es lo que hacía tan vulnerable a la economía española? El IPV de la economía trata de expresar de forma sintética (y en términos de una escala de 0 a 100) el estado de ánimo ciudadano en relación con la situación económica y social de España. Para el ciudadano medio, la mejora efectiva de la economía estaba aún por llegar: el 77 % seguía evaluando de manera negativa la situación económica en ese momento y el 85 % consideraba que la crisis aún no había sido superada y que todavía faltaba tiempo para que el estado de cosas mejorara de forma definitiva. Desde una perspectiva más social, aparte del desempleo, el incremento de la desigualdad económica era el otro gran escollo que impedía visibilizar la recuperación —los españoles estaban masivamente convencidos de que la situación económica de un gran número de personas había empeorado radicalmente durante los últimos ocho años y que la pobreza se había incrementado (76 %).

Pero, el clima político era, en este momento, el elemento que parecía estar suscitando mayor recelo en nuestra sociedad. La práctica totalidad de la ciudadanía (94 %) expresaba su descontento con la coyuntura política. La demora en formar gobierno alimentaba aún más esa insatisfacción, el 69 % consideraba que la situación de bloqueo organizativo podría poner en riesgo la posible mejora de la economía. Esa opinión era mucho más predominante en los segmentos más conservadores: entre quienes habían por PP y por Ciudadanos en las elecciones generales de junio de 2016, esos porcentajes ascendían al 87 % y 89 %, respectivamente.

Todos estos datos parecían confirmar el vínculo entre incertidumbre política y evolución de los principales indicadores económicos. Aunque los analistas financieros coincidían en que los precios del petróleo y la política monetaria expansiva del Banco Central Europeo, que habían actuado como amortiguadores, podían ayudar a compensar las turbulencias políticas, existían grandes temores. En nuestra sociedad parecía haber calado

---

El IPV es la media aritmética de estos tres indicadores parciales, que a su vez son el resultado de calcular la media aritmética de las opiniones negativas (en porcentaje) de las distintas variables que lo componen. Para analizar el resultado del IPV se han establecido, por convención, cuatro categorías o niveles de vulnerabilidad:

1. Vulnerabilidad baja: de 0 a 25 puntos.
2. Vulnerabilidad media baja: de 26 a 50 puntos.
3. Vulnerabilidad media alta: de 51 a 75 puntos.
4. Vulnerabilidad alta: de 76 a 100 puntos.

la idea de que la “sensación de vacío de administrativo” podía avivar la temida desconfianza y pérdida de nuestro rédito económico —y también el político—, sobre todo —y lo que es mucho peor— de puertas para fuera. España parecía vivir con una sensación de vacío de poder, con un Gobierno en funciones con el que nadie quería negociar por no ser interlocutor válido.

GRÁFICO 78

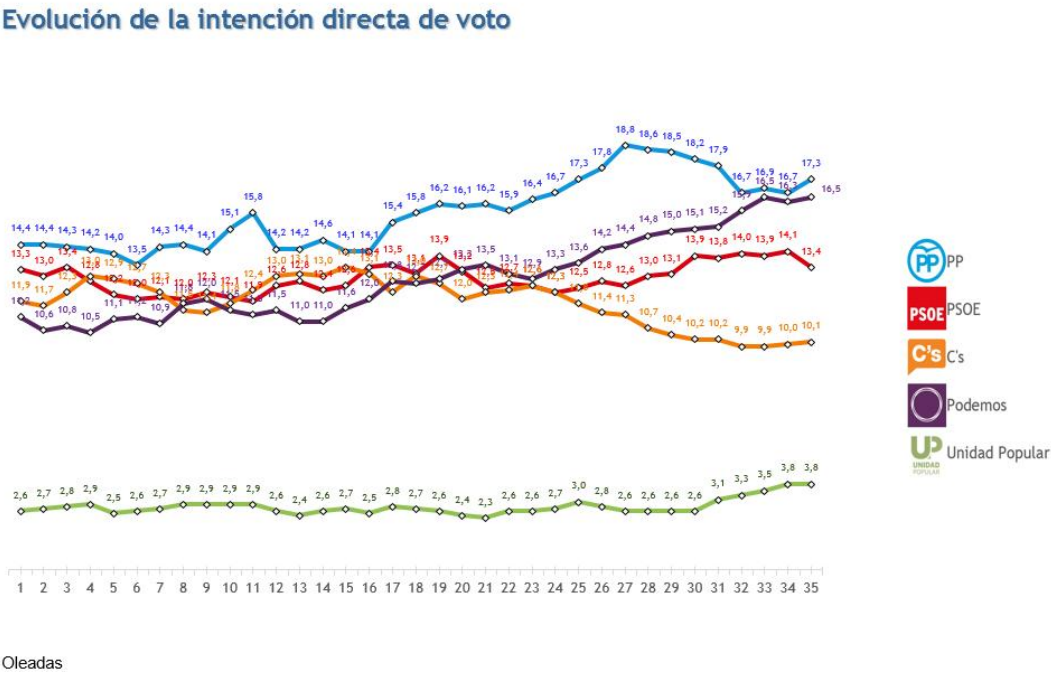


GRÁFICO 79

LÍNEA DE TENDENCIA DE LA INTENCIÓN DIRECTA DE VOTO

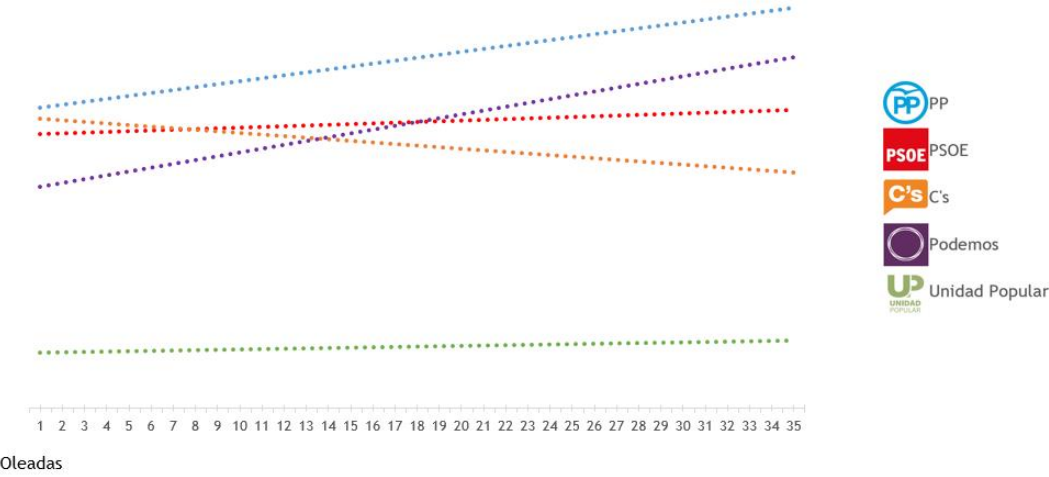


GRÁFICO 80

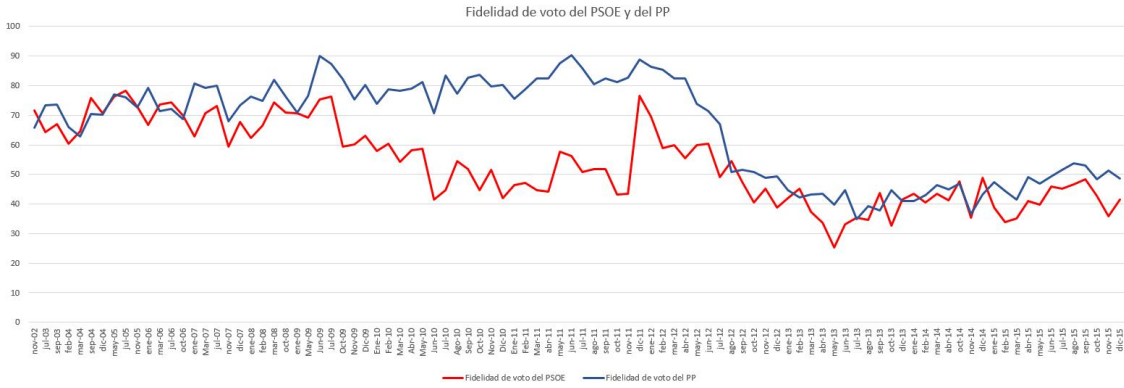


GRÁFICO 81

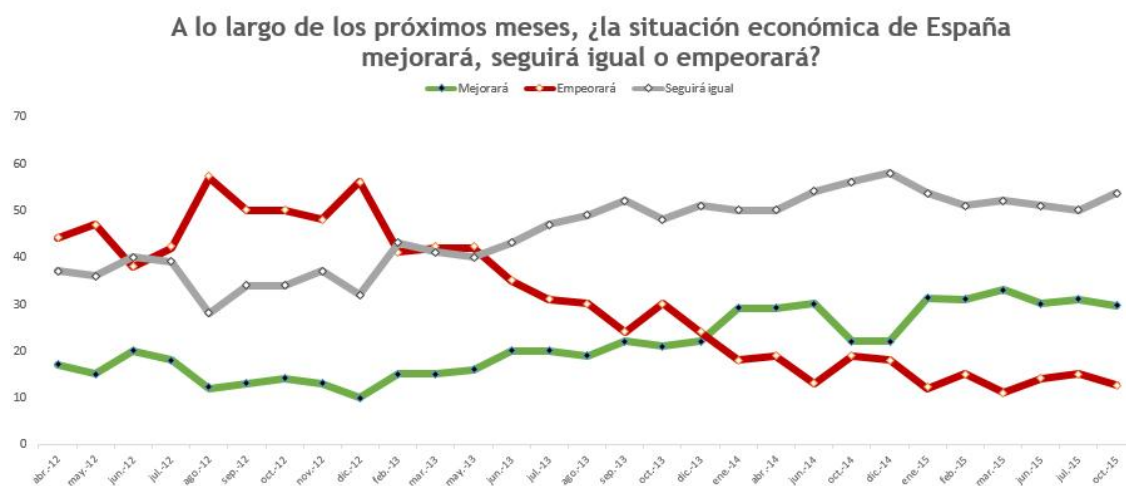


GRÁFICO 82

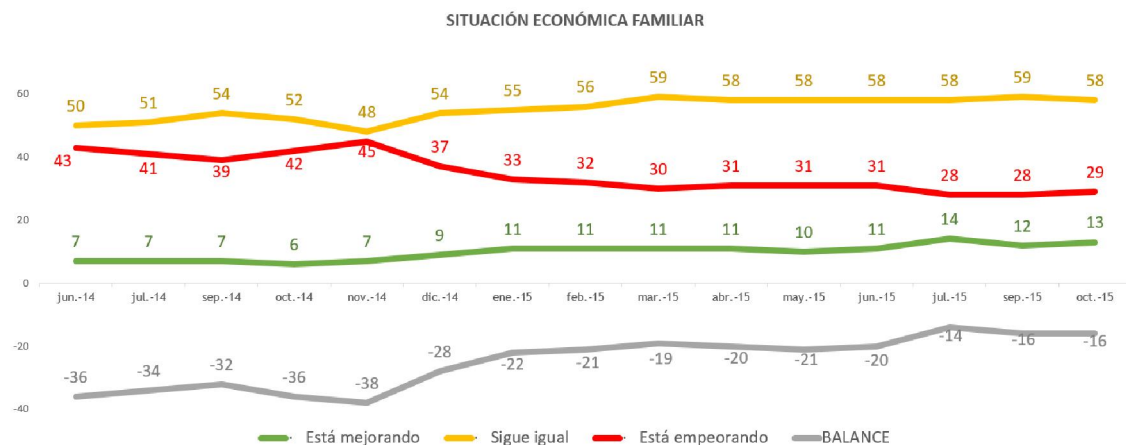


GRÁFICO 83

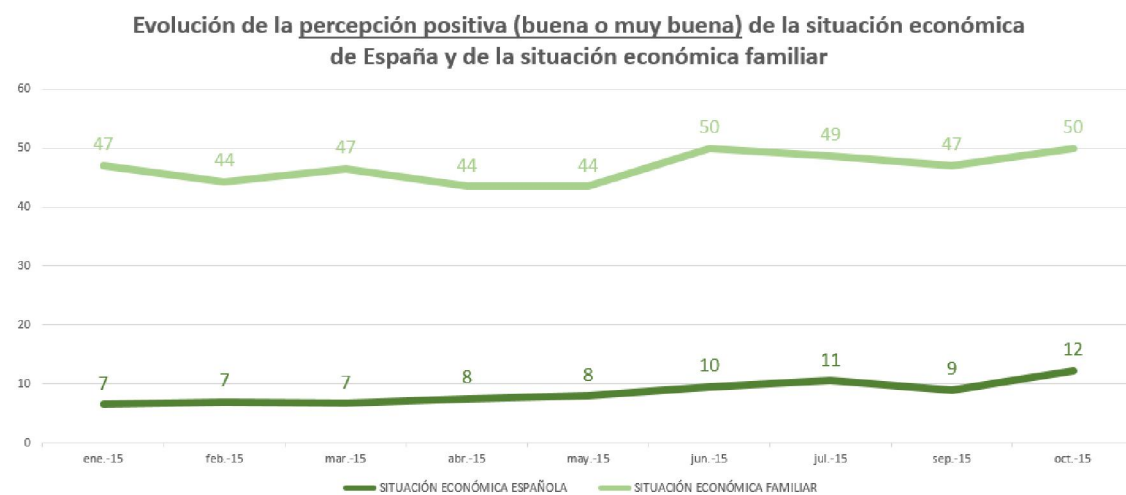


GRÁFICO 84

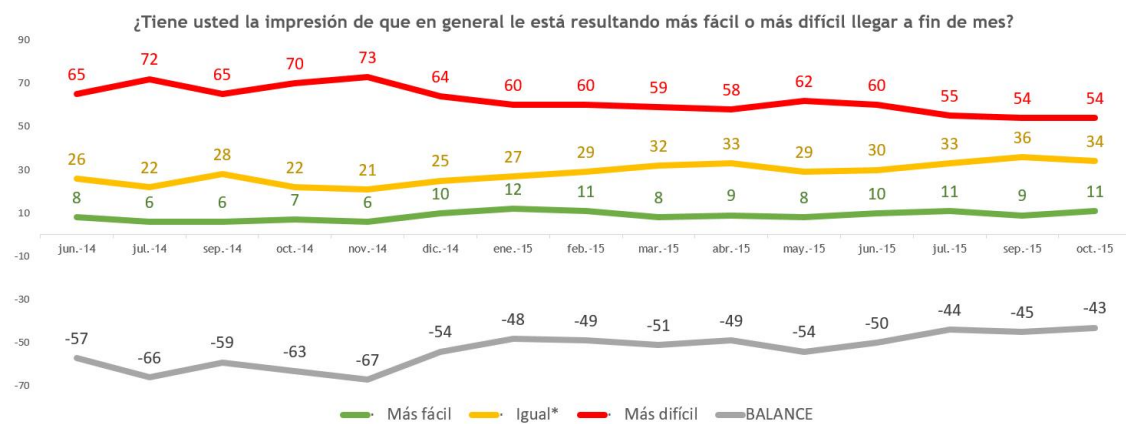


GRÁFICO 85

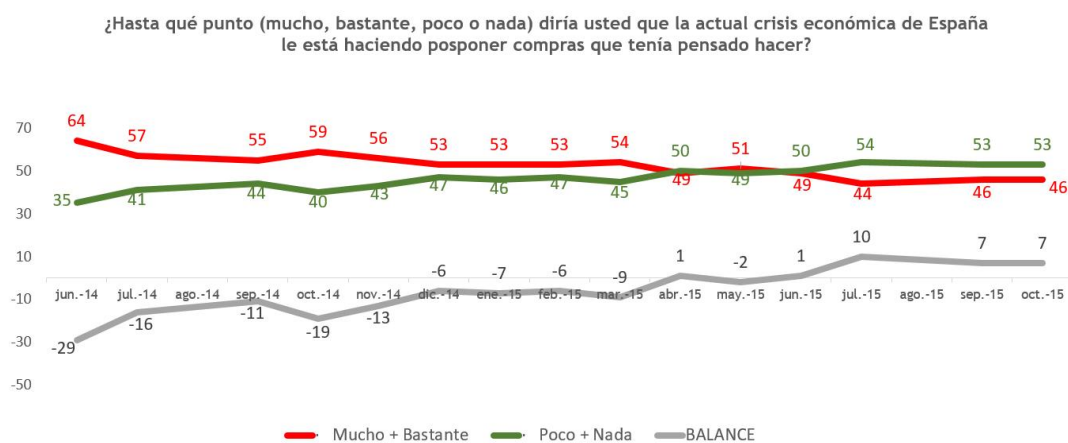


GRÁFICO 86



GRÁFICO 87

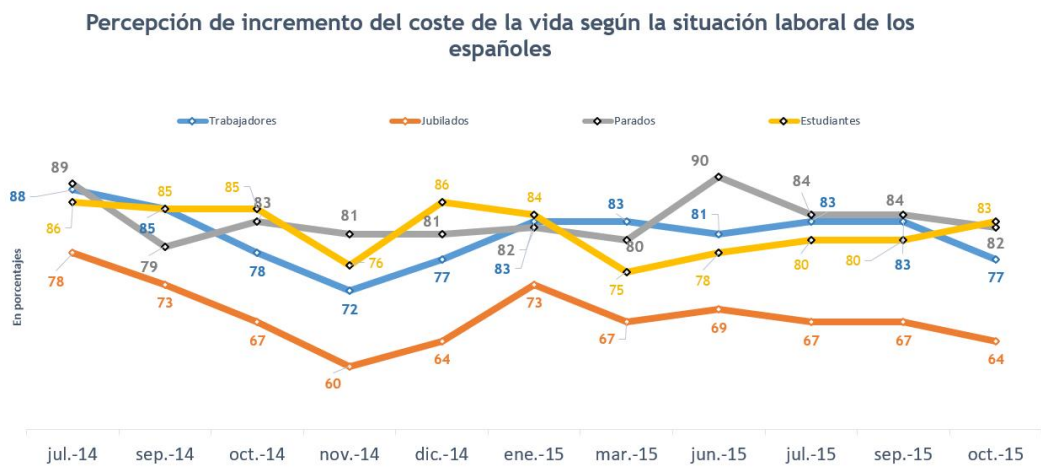


GRÁFICO 88





## 8. LAS ELECCIONES GENERALES DE 2015: LA MATERIALIZACIÓN DEL CAMBIO

Finalmente, las tendencias electorales de los sondeos se confirmaron<sup>285</sup>. En las elecciones del 20 de diciembre de 2015, las duodécimas desde la restauración de la democracia en España, se materializó el cambio. La mayor diferencia entre las estimaciones electorales de los sondeos previos y los resultados finales tuvo como protagonista a la participación que acabó siendo más baja de lo previsto. En las elecciones del 20D el bipartidismo resistió más de lo estimado en la mayoría de los sondeos preelectorales —sobre todo el PP— y los dos partidos emergentes —sobre todo Ciudadanos— tuvieron un resultado más modesto que el que arrojaban las encuestas previas. La explicación reside, sobre todo, en la participación electoral. Como ya se ha señalado anteriormente en este estudio, la participación electoral es decisiva en los resultados electorales por una sencilla razón: la abstención es selectiva, esto es, no se reparte, obviamente, de manera proporcional entre todos los electorados. Hay unos partidos que cuentan con un electorado más fiel (al partido y a las urnas) y otros, por el contrario, tienen votantes más volátiles y electoralmente más hipotensos. Por eso, el dato de la participación ya ofrece algunas pistas por sí solo de a qué partidos les puede ir mejor y a cuáles peor en unas elecciones<sup>286</sup>. En los comicios generales de 2015, una mayor participación iba asociada a un mejor resultado de las dos nuevas formaciones políticas y a uno peor de los dos principales partidos tradicionales. La mayoría de los sondeos preelectorales estimaban —para el 20D— una participación elevada y superior a la media de los procesos electorales celebrados hasta ese momento: del entorno del 75 % - 77 %. Sin embargo, finalmente acabó votando —sobre el total del censo de residentes en España— el 73.0 %: una diferencia sobre lo estimado de entre 623.000 y 1.315.000 votos menos (porcentaje que descendió hasta un 69.6 % una vez contabilizados los votos de los españoles residentes en el extranjero). La participación fue, así, inferior a la media de los 12 procesos electorales celebrados hasta ese momento en España desde la restauración de la democracia (que es de 74.2 %). Y se situó por debajo de la participación electoral que se había producido en otras elecciones de cambio

---

<sup>285</sup> Es importante volver a resaltar que el principal objetivo de los sondeos preelectorales—que para algunos no siempre resulta suficiente— es estimar las tendencias electorales de los ciudadanos de cara a una elección. Estimar tendencias. No anticipar ni adivinar resultados.

<sup>286</sup> Y en este sentido, es importante a la hora de dar una estimación de resultado electoral en un sondeo decir sobre qué porcentaje de participación está realizada la estimación de resultado electoral. Algo que, sin embargo, no todos las empresas e institutos de opinión pública ni todos los medios de comunicación que dan a conocer sondeos preelectorales suelen hacer.

como también fueron las de 2015. En un contexto político de gran competencia electoral —según ponían de manifiesto los diferentes sondeos— y con una elevada volatilidad —consecuencia, principalmente, de la entrada de nuevos actores políticos con capacidad de atraer votantes de las formaciones políticas tradicionales— la campaña electoral de las elecciones generales de 2015 fue decisiva. Una parte importante del electorado cambió de opinión en el último momento —desde las elecciones europeas de 2014 y en todos los procesos electorales que se celebraron posteriormente hasta las elecciones generales de 2015 ya se había observado que una parte importante de los electores acercaban cada vez más su decisión de voto al día de la votación—: el PP recuperó votos de electores que en los sondeos se inclinaban más por Ciudadanos, el PSOE recibió un importante apoyo electoral final por parte de las mujeres, Podemos fue el partido más joven y masculinizado y Ciudadanos sufrió una importante caída de apoyos entre los sectores que más inclinación mostraban en los sondeos a apoyar al partido de Rivera: gente joven y de edades medias. Los datos del sondeo preelectoral de Metroscopia de diciembre de 2015 y los sondeos de este mismo Instituto llevados a cabo durante los primeros meses de 2016 permiten llegar a estas conclusiones tras comparar los perfiles de los votantes de cada partido antes y después de las elecciones, es decir, teniendo en cuenta el perfil de los potenciales votantes de cada partido antes de las elecciones y el perfil de quienes, tras los comicios, decían haberlo votado. Como bien explica Camas García en su análisis postelectoral<sup>287</sup>, esta comparación entre lo que dicen que van a hacer los electores (las respuestas que dan en el sondeo preelectoral) y lo que dicen que han hecho (las respuestas del postelectoral) puede verse afectada por al menos a tres sesgos porque el recuerdo de voto como variable de análisis está condicionado al menos por tres circunstancias: 1) el factor olvido: la persona entrevistada puede haberse olvidado del partido por el que votó; 2) la persona entrevistada puede reescribir la historia de su comportamiento a partir de lo que sucedió o lo que está pasando actualmente; o 3) existe un sesgo de deseabilidad social según el cual reconocer la abstención electoral es algo mal visto. En todo caso, y en este sentido, esta comparación es la herramienta que, probablemente, mejor ayudan a explicar lo acontecido en unas elecciones. Así, los datos que arrojan ambos sondeos, pre y postelectoral, y que permiten establecer tanto el perfil de los votantes finales de cada uno de los cuatro principales partidos protagonistas del cuatripartidismo surgido tras las

---

<sup>287</sup> Publicado en la Web de Metroscopia. (<http://www.metroscopia.org/voto-al-partido-que-dijo-que-iba-a-votar/>)

elecciones del 20D como los realineamientos electorales finales que se produjeron, son los siguientes.

El PP logró en los días previos a las elecciones recuperar a una parte de sus votantes huérfanos que, según manifestaban sondeo tras sondeo, habían decidido apoyar a Ciudadanos. La mayor parte fueron hombres de entre 35 y 54 años, residente en núcleos urbanos y con trabajo remunerado: precisamente el sector del electorado que, por lo menos en apariencia y según los sondeos, constituía una de las principales fortalezas de Ciudadanos. En el total de votos obtenidos por el PP en las elecciones generales, un 22 % provenía de electores con un perfil como el descrito, 9 puntos porcentuales más de los que, en principio y según el sondeo preelectoral, decía que iba a votar a los populares. Es precisamente en este tramo de edad intermedio en el que Ciudadanos perdió mayores apoyos durante la campaña electoral. Por el contrario, el voto al PP de hombres con más de 65 años (14 %) fue bastante menor que el esperado (21 %), siete puntos porcentuales menos. Dentro de este grupo de edad, las mujeres se mantuvieron más fieles. Por último, un dato que pone de manifiesto la brecha generacional existente entre los partidos tradicionales y los emergentes y que afecta sobre todo al PP: de los 7.2 millones de votos que obtuvieron los populares, solo un 11% fueron de jóvenes (menos de 800 mil), siendo más de la mitad mujeres.

El PSOE, por su parte, logró atraer en los últimos días de campaña a más mujeres de las que inicialmente manifestaban su intención de apoyar a los socialistas. En especial, a mujeres jóvenes (el postelectoral indica que votaron al PSOE cuatro porcentuales más de las que en el preelectoral decían que iban a hacerlo) y las comprendidas en la franja de edad de entre 55 y 64 años (cinco puntos porcentuales más). De hecho, los datos postelectorales registran que el peso del voto al PSOE de las mujeres sobre el total fue el más alto de todos los partidos: de los 5.5 millones de votos que lograron, el 56 % (casi 3.1 millones de votos) fue voto femenino. En cambio, un 4 % de las mujeres con más de 65 años, que en un principio se decantaban por esta formación, no solo no acabaron votando a este partido sino que aparentemente ninguna de las otras principales formaciones pudo reunir el atractivo necesario para ellas. Esta destacada variación en el electorado femenino socialista coincide con los datos de los estudios preelectorales que mostraban que entre los decididos indecisos —aquellos electores que manifestaban su total seguridad de acudir a votar pero que cuando faltaba menos de un mes para las elecciones no habían decidido por que opción política lo iban a hacer— había un porcentaje superior de mujeres que de hombres: 60 % y 40 %, respectivamente (cuando

la distribución en el conjunto del Censo electoral es 52 % frente a 48 %). Por último, cabe destacar que también en el caso del PSOE, como le ocurre al PP, se observa la brecha generacional que diferencia a los partidos tradicionales de los emergentes: los socialistas tienen una baja penetración entre la gente joven, con unos valores ligeramente mejores a los esperados, pero muy similares a los del PP (por debajo del 10 % tanto en hombres como en mujeres).

Por su parte, Podemos —incluyendo bajo esta denominación en este estudio a En Comú Podem, Compromís-Podemos y En Marea— también se ve afectado por la brecha generacional: el 73 % de sus votantes el 20D tenía menos de 55 años, un porcentaje que se dividía en dos mitades iguales entre personas jóvenes (18-34 años) y de edades medias (35-54 años). Solo el 27 % de sus votantes tenía 55 o más años, 13 puntos porcentuales menos que el peso real de esta población en el censo electoral (40 %). Al mismo tiempo, Podemos fue el partido con un electorado más masculinizado: el peso del voto femenino fue el más bajo de todos los principales partidos, exactamente el opuesto al del PSOE: el 44 % del electorado de Podemos correspondió a mujeres (algo menos de 2.3 millones de votos de un total de casi 5.2 millones). No obstante, su resultado acabó siendo mucho más equilibrado en comparación con los datos que auguraba el sondeo preelectoral (37 % mujeres y 63 % hombres).

En el caso de Ciudadanos, su peor resultado obtenido en comparación con lo estimado por la mayoría de los sondeos preelectorales tuvo que ver, en gran medida, con el cambio de opinión que en el último momento afectó a muchos hombres jóvenes y de edades intermedias. Mientras que el resultado del voto femenino fue mejor al esperado en casi todos los tramos de edad, el de los hombres estuvo muy por debajo del previsto. La formación naranja “perdió” 6 puntos porcentuales tanto entre la gente joven como la de mediana edad. Detrás de esta pérdida de apoyos está, sin duda, la campaña electoral desarrollada por Rivera que, según el propio partido reconoció, tuvo varios errores estratégicos<sup>288</sup> y los debates electorales televisados donde la actuación del líder de Ciudadanos no fue bien evaluada por los electores tal y como quedó reflejado en los sondeos de Metroscopia<sup>289</sup>. En todo caso, los datos disponibles parecen indicar que la gente joven se quedó finalmente en casa y que muchas personas entre 35 y 54 años

---

<sup>288</sup> Puede consultarse el artículo de Juan José Mateo en EL PAÍS. ([http://politica.elpais.com/politica/2016/01/07/actualidad/1452196860\\_809336.html](http://politica.elpais.com/politica/2016/01/07/actualidad/1452196860_809336.html))

<sup>289</sup> [http://politica.elpais.com/politica/2016/01/06/actualidad/1452099423\\_464426.html](http://politica.elpais.com/politica/2016/01/06/actualidad/1452099423_464426.html)

regresaron o decidieron votar en última instancia al PP lo que acabó afectando sobre manera a Ciudadanos.

En todo caso, el cambio se produjo. El PP fue el ganador aritmético de las elecciones al obtener más votos y escaños que el resto de partidos. Pero no fue el ganador político. La diferencia que se establece aquí entre ganador aritmético y ganador político deviene del sistema parlamentario que rige en España. Siempre antes, en las 12 elecciones generales precedentes desde la restauración de la democracia, el partido que había obtenido más votos y más escaños era el que finalmente, por su mayor disposición, acababa formando Gobierno al margen de que hubiera o no logrado mayorías absolutas. Así ocurrió en 1977 y 1979 con UCD, desde 1982 hasta 1993 con el PSOE, en 1996 y 2000 con el PP, en 2004 y 2008 con el PSOE y en 2011 con el PP. Y siempre había sido así porque no existían coaliciones viables (Sartori, 1980 op. cit.) alternativas ni se daba el caso de que otro partido que no fuera el ganador aritmético pudiera formar gobierno con el apoyo de otros partidos (en España nunca se ha producido una coalición de Gobierno nacional). Solo en una ocasión, en las elecciones de 1996, se dio la posibilidad de que se produjera una coalición de Gobierno alternativo al ganador aritmético. En aquella ocasión el PP obtuvo, por primera vez en su historia, mayor número de votos y escaños que ningún otro partido. Pero la distancia sobre el segundo, el PSOE, fue de menos de 300.000 votos y 15 escaños. Una coalición o un acuerdo de Gobierno entre los socialistas e Izquierda Unida o entre los socialistas y CiU hubiera podido arrebatarse la presidencia del Gobierno a José María Aznar. No obstante, aquellas elecciones se celebraron rodeadas de una serie de circunstancias especiales. Por un lado, el PSOE llevaba gobernando casi catorce años de manera consecutiva (los últimos, además, en un clima de descrédito como consecuencia de una serie de casos de corrupción política vinculados directamente con dirigentes socialistas). Por otro lado, los comicios tuvieron lugar en mitad de una crisis económica (la más importante desde que los socialistas llegaron al Gobierno). Y en tercer lugar, los socialistas llegaban a la cita con las urnas con un liderazgo, el de Felipe González, en claro declive. Estas circunstancias hacían difícil pensar en un gobierno alternativo al que pretendía —y acabó formando— el PP.

Las circunstancias tras las elecciones generales del 20D eran diferentes. Primero, porque en 2015 el ganador aritmético de las elecciones fue el partido que ya estaba gobernando (el PP) y, además, obtenía un resultado sustancialmente peor que el logrado en las elecciones precedentes. En efecto, el PP perdió en aquellas elecciones 3.629.601 votantes

con respecto a las elecciones generales de 2011 —contando los votantes residentes en España y lo residentes en el extranjero— y 63 diputados. Segundo, porque el candidato del PP era el único de los cuatro principales partidos que repetía candidatura. Los otros tres candidatos, Sánchez en el caso del PSOE, Iglesias en el de Podemos y Rivera en el de Ciudadanos, era la primera vez que se postulaban a la presidencia del Gobierno. Este hecho, que Sánchez fuera la primera vez que se postulara como Presidente, puede ayudar a explicar por qué a pesar de que el PSOE obtuviera en esas elecciones su peor resultado histórico —5.545.315 votos y 90 diputados, 1.458.196 votos y 20 diputados menos que en las elecciones de 2011 de las que partían ya de su suelo electoral— los socialistas fueran percibidos como una posible alternativa a un nuevo Gobierno del PP. Al fin y al cabo, el PSOE, seguía manteniendo la condición de segunda fuerza más votada en el conjunto de España. Podemos —sumando a las denominadas confluencias: En Comú Podem, Compromís-Podemos-És el Moment y En Marea— se quedó cerca de los socialistas al lograr, en su primera presencia en unas elecciones generales, 5.212.711 votos y 69 escaños, pero no logró superar al PSOE. Y Ciudadanos, también en su primera presencia en unas elecciones de este nivel, lograba 3.514.528 votos y 40 escaños. Esto quiere decir, que Sánchez, con el apoyo de los diputados de los dos partidos emergentes, o con el apoyo de los diputados de uno de los dos partidos y la abstención de los diputados del otro, podría haber llegado a ser el nuevo presidente del Gobierno de España a pesar de que el PSOE no hubiera sido el ganador aritmético de las elecciones. De hecho es lo que podría haber ocurrido puesto que Rajoy renunció a intentar ser investido presidente del Gobierno y dio pie a Sánchez para que fuera él quien se postulase. Finalmente, Sánchez acudió a la sesión de investidura sumando el apoyo de los diputados de Ciudadanos ( $90 + 40 = 130$ ) pero no logró la mayoría absoluta en primera convocatoria ni más votos a favor que en contra en la segunda, por lo que no pudo lograr la presidencia del Gobierno. En este sentido, siguiendo el análisis de Marcos Sanz<sup>290</sup>, en un sistema multipartidista como el emanado de las urnas el 20 de diciembre de 2015 los partidos cuentan con un diverso y variable poder de coalición. El primero de ellos es el denominado poder de liderar con el que cuentan uno o más partidos para promover y construir coaliciones de gobierno viables (es decir, políticamente razonables y numéricamente posibles). En segundo lugar, el poder de reforzar (básico en los sistemas de pluralismo moderado según Sanz) que es la capacidad que los resultados electorales

---

<sup>290</sup> Publicado en EL PAÍS el 14 de julio de 2016 ([http://elpais.com/elpais/2016/07/05/opinion/1467744964\\_713529.html](http://elpais.com/elpais/2016/07/05/opinion/1467744964_713529.html))

asignan a uno o más partidos para completar y hacer más extensiva la fuerza central de la coalición: “más que proporcionar apoyo, reforzar significa marcar el rumbo y contribuir decisivamente en la orientación política”. En tercer lugar, el poder de legitimar que supone un grado de implicación claramente menor que el poder de reforzar por cuanto se trata de acuerdo de investidura destinados a dejar gobernar al partido (o partidos) que ejerce el liderazgo bien de forma activa (votando a favor de la investidura) o de forma pasiva (absteniéndose en la investidura). Por último, el poder de rechazo que nunca antes en la historia democrática reciente de nuestro país se había ejercido: es cuando en el proceso de investidura de un candidato suman más los votos negativos que los afirmativos (en ambas votaciones).

Lo que ocurrió tras las elecciones del 20D fue que el PP no ejerció su poder de liderazgo y Rajoy no quiso someterse a una sesión de investidura con el poder de rechazo superior. Tras su negativa fue Sánchez el que ejerció ese poder de liderar contando con el apoyo (con el poder de reforzar) de Ciudadanos, pero, también en ese caso, el poder de rechazo fue mayor porque ni PP ni Podemos quisieron ejercer su poder de legitimación. Esta situación derivó en algo inédito en nuestro país: la repetición de unas elecciones generales.

En todo caso, lo que interesa resaltar en este trabajo es el cambio real que se produjo en las elecciones del 20D cuando el sistema de partidos español colapsó y el bipartidismo imperfecto dio paso a un multipartidismo competitivo novedoso en nuestro país: no hubo continuidad ni se produjo un recambio. Ocurrió el cambio. Un cambio que no fue de mayor envergadura porque, tal y como ya habían detectado las encuestas, los partidos tradicionales que se habían alternado hasta ese momento en el poder —PP y PSOE— lograron resistir el embate de los partidos emergentes en gran parte por su capacidad de retener a sus votantes de mayor edad y residentes en hábitats rurales o semiurbanos (produciéndose un multipartidismo a dos velocidades tal y como ya habían detectado los sondeos<sup>291</sup>). De hecho, tanto los propios resultados electorales del 20D como los estudios postelectorales llevados a cabo por el CIS y por Metroscopia pusieron de manifiesto dos importantes brechas —que, de nuevo, los sondeos ya habían reflejado— que, en gran medida, ayudan a explicar el colapso del sistema de partidos y, al mismo tiempo, la resistencia de los dos grandes partidos: la brecha generacional o demográfica y la brecha geográfica o territorial.

---

<sup>291</sup> Puede consultarse el artículo de Toharia y Ferrándiz “Hacia el multipartidismo, pero a dos velocidades” (<http://metroscopia.org/hacia-el-multipartidismo-pero-a-dos-velocidades/>).

La primera, la brecha generacional: mientras que los partidos emergentes tienen dificultades para atraer a los electores de mayor edad los partidos tradicionales han perdido en este proceso de colapso a sus votantes más jóvenes. Según el estudio postelectoral del CIS, en torno a un tercio de los electores de entre 18 y 34 años que acudieron a votar el 20D dieron su apoyo a Podemos y en torno a un 17 % a Ciudadanos. Entre los electores de esa franja de edad, en torno a un 14 % optó por votar al PSOE y solo un 11 % al PP (véase Cuadro 51). Por el contrario, entre los electores de 65 años en adelante un 37.6 % votó al PP y un 22.3 % al PSOE y solo 8.1 % decidió apoyar a Podemos y un 4.9 % a Ciudadanos. Los datos prácticamente coinciden con los del postelectoral de Metroscopia (véase Tabla 1).

Con respecto a esta brecha generacional hay un dato fundamental que ayuda a explicar, casi mejor que cualquier otro, la resistencia de los partidos tradicionales frente a los emergentes: el censo electoral. Como ya se ha comentado en un apartado anterior, la población española con derecho a voto entre 2011 y 2015 había aumentado en 340 mil personas. Los datos del censo electoral de noviembre de 2015 mostraba como en tan solo cuatro años se había incrementado en 950 mil personas los españoles con más de 55 años, casi la misma cifra (940 mil) que la que se reducía la población de 18 a 34 años. Estos datos suponían una caída de jóvenes con derecho a voto de 3 puntos porcentuales, de los cuales el 0.7% serían no nacidos (INE, 2014) y el 2.3 % en su mayoría jóvenes que emigraron en los últimos años y que se encontraban censados en el exterior (700 mil aproximadamente). Por tanto, el peso demográfico de la gente mayor que pudo votar el 20D (39.9 %) era casi el doble que el de la gente joven (21.8 %). Y además, y tal como reflejaban los datos de los sondeos previos a las elecciones, los mayores acudieron a votar en mayor medida que los jóvenes según constataron los sondeos postelectorales<sup>292</sup>. El sustento de los partidos tradicionales: mayor porcentaje de electores de más edad y electoralmente más movilizados.

Con respecto a la brecha demográfica, la comparativa de los porcentajes de voto logrados por los principales partidos en las elecciones de 2011 y en las del 20D de 2015 permite deja algunas conclusiones relevantes. En primer lugar, cabe destacar que, con respecto a 2008, tanto el PP como el PSOE (también IU y UPyD) vieron descender sus apoyos

---

<sup>292</sup> En todo caso, uno de los sesgos que suelen tener los estudios postelectorales es la mayor participación electoral declarada por los entrevistados. En el sondeo postelectoral del CIS afirmaba haber ido a votar el 88,1 % cuando la participación (sobre el censo de residentes) fue del 73.0



electorales en los comicios de 2015 en todas las Comunidades Autónomas<sup>293</sup>. También, en general, lograron menos diputados en 2015 que en 2008 en todas las regiones<sup>294</sup>. Por otro lado, el PP, a pesar de su importante pérdida de votos y escaños, siguió siendo la fuerza más votada en 13 Comunidades Autónomas (y en las dos Ciudades Autónomas). Por el contrario, el PSOE solo logró ser el partido con mayor número de votos y escaños en dos Comunidades: Andalucía y Extremadura. Y Podemos ocupó la primera posición en otras dos: Cataluña y País Vasco. Precisamente, y este es un dato relevante, Podemos consiguió superar al PSOE en aquellas Comunidades Autónomas más ricas<sup>295</sup> (País Vasco, Navarra, Cataluña y Madrid) y que cuentan con fuertes identidades nacionales (además de País Vasco y Cataluña, también en Galicia y en la Comunidad Valenciana además de en las Islas Baleares y Canarias). Por el contrario, el PSOE superó a Podemos en las Comunidades más pobres como Extremadura, Andalucía, Castilla La Mancha o Murcia (Véanse Cuadros del 55.1 a 55.10).

## CUADRO 51

RECUERDO DE VOTO EN ELECCIONES GENERALES DE 2015.

	Edad de la persona entrevistada						
	TOTAL	De 18 a 24 años	De 25 a 34 años	De 35 a 44 años	De 45 a 54 años	De 55 a 64 años	65 y más años
PP	21,9	11,6	11,1	17,6	18,6	20,9	37,6
PSOE	19,5	14,5	13,5	15,4	21,4	25,5	22,3
Podemos	12,2	20,6	21,6	14,0	12,7	9,8	4,4
Ciudadanos	12,3	17,6	16,0	18,2	13,5	9,5	4,9
IU (Unidad Popular)	3,7	3,7	3,7	3,8	4,9	4,9	1,8
En Comú Podem	3,6	5,7	7,3	4,3	2,7	2,4	2,0
Compromís-Podemos-Ès el Moment	2,9	3,8	3,8	3,1	3,8	2,8	1,2
ERC	3,2	4,8	2,8	3,2	3,1	4,1	2,3
Convergència (Democràcia i Llibertat)	1,9	1,3	0,2	1,7	1,4	1,3	4,0
En Marea	1,4	1,1	2,9	1,5	1,4	1,3	0,5
EAJ-PNV	0,9	0,2	1,1	0,6	0,6	1,1	1,5
EH Bildu	1,2	2,8	1,2	1,3	1,4	1,2	0,5
CC-PNC	0,1	0,3	0,1	0,1	0,1	0,1	-
UPyD	0,3	-	0,3	0,2	0,6	0,2	0,1
BNG (Nós-Candidatura Galega)	0,1	0,2	-	0,1	0,3	0,1	-
Geroa Bai	0,0	-	-	-	0,2	0,1	-
Unió	0,2	-	0,6	0,3	-	-	0,3
PACMA	0,9	2,7	2,1	1,2	0,3	0,7	0,2
Otro	0,7	1,6	0,7	1,0	0,8	0,3	0,3
Voto nulo	0,5	0,6	1,1	0,8	0,6	0,1	0,1
Votar en blanco	1,5	1,6	2,0	1,9	1,5	1,2	1,0
N.C.	10,9	5,3	8,1	9,6	10,0	12,5	14,9
(N)	(5.497)	(382)	(729)	(1.114)	(1.070)	(873)	(1.330)

Fuente: Centro de Investigaciones Sociológicas

<sup>293</sup> Como excepción, que cabría definir como meramente anecdótica, la constituye el PSOE que consiguió algunos votos más en 2015 que en 2011 en las Ciudades Autónomas de Ceuta y Melilla

<sup>294</sup> De nuevo hay algunas excepciones menores: en Asturias, Navarra, Ceuta y Melilla el PP logró conservar el mismo número de escaños a pesar de perder votos. El PSOE, por su parte, logró un escaño más en Extremadura (con menor número de votos que cuatro años antes) y mantuvo el mismo número de escaños en Aragón, Canarias, Cantabria, Castilla La Mancha, Galicia, La Rioja, Murcia y Navarra (pero, en todas, con menor número de votos que en 2008).

<sup>295</sup> La fuente de esta clasificación es Eurostat (<http://ec.europa.eu/eurostat/documents/2995521/6839731/1-21052015-AP-EN.pdf/c3f5f43b-397c-40fd-a0a4-7e68e3bea8cd>)

## CUADRO 52

RECUERDO DE VOTO EN ELECCIONES GENERALES DE 2015.

	TOTAL	Tamaño de hábitat						
	Menos o igual a 2.000 habitantes	2.001 a 10.000 habitantes	10.001 a 50.000 habitantes	50.001 a 100.000 habitantes	100.001 a 400.000 habitantes	400.001 a 1.000.000 habitantes	Más de 1.000.000 habitantes	
PP	21,9	32,5	23,0	18,8	23,8	20,6	23,2	20,3
PSOE	19,5	22,9	24,8	21,3	18,0	16,6	18,6	12,6
Podemos	12,2	7,3	9,5	10,3	11,2	16,5	15,5	15,3
Ciudadanos	12,3	8,6	8,3	12,8	13,7	13,5	16,8	13,2
IU (Unidad Popular)	3,7	1,6	3,5	3,6	3,5	3,8	5,7	4,4
En Comú Podem	3,6	1,7	2,6	3,0	5,6	3,8	-	7,9
Compromís-Podemos-És el Moment	2,9	1,1	2,8	3,5	4,0	1,9	8,5	-
ERC	3,2	4,2	3,1	3,4	3,0	1,5	-	7,6
Convergència (Democràcia i Llibertat)	1,9	2,4	3,1	1,6	1,1	1,0	0,4	4,4
En Marea	1,4	0,4	0,9	1,8	1,5	2,4	-	-
EAJ-PNV	0,9	1,0	1,3	1,0	0,9	1,4	-	-
EH Bildu	1,2	1,4	1,6	1,7	-	1,8	-	-
CC-PNC	0,1	-	0,1	0,2	-	0,1	-	-
UPyD	0,3	-	0,1	0,2	-	0,5	0,7	0,6
BNG (Nós-Candidatura Galega)	0,1	0,2	0,1	0,1	0,3	0,1	-	-
Geroa Bai	0,0	0,2	0,1	0,1	-	-	-	-
Unió	0,2	-	-	0,5	-	0,1	-	0,3
PACMA	0,9	0,7	0,5	0,8	1,0	1,5	1,0	0,9
Otro	0,7	0,4	0,4	0,5	1,4	0,8	0,5	0,9
Voto nulo	0,5	0,6	0,6	0,5	0,7	0,3	0,7	0,3
Votar en blanco	1,5	1,1	1,8	1,7	1,1	1,7	0,8	1,2
N.C.	10,9	11,6	11,9	12,6	9,2	10,2	7,7	10,3
(N)	(5.497)	(402)	(878)	(1.469)	(625)	(1.175)	(365)	(582)

Fuente: Centro de Investigaciones Sociológicas

## CUADRO 53

Hay muchas personas que no pueden votar por cualquier razón o que prefieren no hacerlo. En el caso de las elecciones generales del pasado 20 de diciembre, ¿cuál de estas afirmaciones se ajusta más a su caso?

	Edad de la persona entrevistada						
	TOTAL	De 18 a 24 años	De 25 a 34 años	De 35 a 44 años	De 45 a 54 años	De 55 a 64 años	65 y más años
No pudo votar	2,2	4,8	3,7	1,9	1,1	1,6	2,1
No quiso ir a votar	6,8	13,0	8,8	6,8	6,9	5,2	4,7
Normalmente vota, pero esta vez no quiso hacerlo	1,1	0,5	1,6	1,4	1,6	0,7	0,8
Normalmente vota, pero esta vez no pudo hacerlo	1,5	2,0	1,6	1,4	1,1	0,9	2,2
Si que votó	88,1	79,5	83,9	88,5	89,4	91,3	89,7
N.C.	0,2	0,1	0,2	-	-	0,4	0,4
(N)	(6.242)	(480)	(869)	(1.258)	(1.197)	(956)	(1.482)

Fuente: Centro de Investigaciones Sociológicas

TABLA 1



16002 - Clima Social Enero 2016

	Total	Edad				
Frecuencias		18-34	35-54	55-64	65 y más	De 55 en adelante
% Verticales Valor Jhi <sup>2</sup>						
<b>Total</b>	<b>1202</b>	<b>253</b>	<b>460</b>	<b>237</b>	<b>252</b>	<b>489</b>
		-	-	-	-	-
<b>REC_GEN - Recuerdo de voto en las elecciones GENERALES del 20 de diciembre de 2015</b>						
PP (UPN/PAR/FAC)	262	<30	104	47	>81	>128
	21,8%	11,9%	22,6%	19,8%	32,1%	26,2%
PSOE (PSC/PSE)	230	40	85	>61	44	105
	19,1%	15,8%	18,5%	25,7%	17,5%	21,5%
Ciudadanos / Ciutadans	121	28	56	20	17	37
	10,1%	11,1%	12,2%	8,4%	6,7%	7,6%
Podemos	218	>84	72	43	<19	<62
	18,1%	33,2%	15,7%	18,1%	7,5%	12,7%
Unidad Popular / Izquierda Unida	51	16	16	12	7	19
	4,2%	6,3%	3,5%	5,1%	2,8%	3,9%
Democràcia i Llibertat / Convergència	19	2	4	5	>8	13
	1,6%	0,8%	0,9%	2,1%	3,2%	2,7%
ERC	20	3	11	2	4	6
	1,7%	1,2%	2,4%	0,8%	1,6%	1,2%
En Comú Podem (Barcelona en Comú) / ICV	4	-	3	1	-	1
	0,3%	-	0,7%	0,4%	-	0,2%
PNV	12	-	6	1	5	6
	1,0%	-	1,3%	0,4%	2,0%	1,2%
Bildu	9	-	4	2	3	5
	0,7%	-	0,9%	0,8%	1,2%	1,0%
Coalición Canaria (CC)	3	-	2	1	-	1
	0,2%	-	0,4%	0,4%	-	0,2%
Na Marea (Podemos+IU+Anova)	4	1	2	1	-	1
	0,3%	0,4%	0,4%	0,4%	-	0,2%
Nos-Candidatura Galega / BNG	2	1	1	-	-	-
	0,2%	0,4%	0,2%	-	-	-
Compromís - Podemos	2	-	1	1	-	1
	0,2%	-	0,2%	0,4%	-	0,2%
EQUO	1	-	1	-	-	-
	0,1%	-	0,2%	-	-	-
PACMA (Partido animalista)	6	>5	1	-	-	-
	0,5%	2,0%	0,2%	-	-	-
VOX	3	1	-	1	1	2
	0,2%	0,4%	-	0,4%	0,4%	0,4%
Otro	17	2	5	6	4	10
	1,4%	0,8%	1,1%	2,5%	1,6%	2,0%
En blanco	12	5	6	-	1	1
	1,0%	2,0%	1,3%	-	0,4%	0,2%
No votó/Ninguno	73	18	34	9	12	21
	6,1%	7,1%	7,4%	3,8%	4,8%	4,3%

### CUADRO 54

Porcentajes de voto (sobre voto válido emitido incluyendo el voto de los residentes ausentes) y total de escaños obtenidos por las dos principales fuerzas políticas en las elecciones generales en España celebradas entre 1977 y 2011

Año de las elecciones generales	PP		PSOE		Diferencia entre PP y PSOE		Suma de PP y PSOE		Participación electoral	
	Votos (%)	Escaños	Votos (%)	Escaños	En % de voto	En escaños	En % de voto	En escaños ***	CER	CER+ CERA
<b>2015</b>	28.7	123	22.0	90	6.7	33	50.7	213 (60.9)	73.0	69.7
<b>2011</b>	44.6	186	28.8	110	15.8	76	73.4	296 (84.6)	71.7	68.9
<b>2008</b>	39.9	154	43.9	169	4.0	15	83.8	323 (92.3)	75.4	73.9
<b>2004</b>	37.7	148	42.6	164	5.1	16	80.3	312 (89.1)	77.3	75.7
<b>2000</b>	44.5	183	34.2	125	10.3	58	78.7	308 (88.0)	70.0	68.7
<b>1996</b>	38.8	156	37.6	141	1.2	15	76.4	297 (84.9)	78.1	77.4
<b>1993</b>	34.8	141	38.8	159	4.0	18	73.6	300 (85.7)	76.9	76.4
<b>1989</b>	25.8	107	39.6	175	13.8	68	65.4	282 (80.6)	69.9	69.7
<b>1986**</b>	26.0	105	44.1	185	18.1	79	70.1	289 (82.6)	70.9	70.5
<b>1982</b>	26.4	107	48.1	202	21.7	95	74.5	309 (88.3)	80.0	
<b>1979</b>	34.8*	168	30.4	121	4.4	47	65.2	289 (82.6)	68.0	
<b>1977</b>	34.4*	166	29.3	118	5.1	48	63.7	284 (81.1)	78.8	

\* En las elecciones de 1977 y 1979 los datos corresponden a UCD

\*\* Las de 1986 son las primeras elecciones generales en las que se tiene en cuenta el voto de los residentes ausentes (voto CERA).

\*\*\* Entre paréntesis, el porcentaje que supone la suma de escaños de PP y PSOE sobre el total de los 350 del Congreso de los Diputados.

Fuente: Elaboración propia a partir de los datos del Ministerio del Interior

<b>CUADRO 55</b>						
Resultado de cada partido en las elecciones generales de 2011 y 2015 En número absoluto de votos, porcentaje de voto y número de escaños						
	Número de votos		Porcentaje de voto (sobre voto válido)		Número de escaños	
	2011	2015	2011	2015	2011	2015
PP (PAR/UPN)	10.866.566	7.236.965	45.0	28.7	186	123
PSOE	7.003.511	5.545.315	28.8	22.0	110	90
Podemos	--	3.198.584	--	12.7	--	42
Podemos- Compromís-És el momento	125.306	673.549	0.5	2.7	1	9
En Comú Podem	--	929.880	--	3.7	--	12
En Marea	--	410.698	--	1.6	--	6
EQUO	216.748	--	0.9	--	--	--
Izquierda Unida/Unidad Popular	1.686.040	926.783	6.9	3.7	11	2
Ciudadanos	--	3.514.528	--	13.9	--	40
UPyD	1.143.225	155.153	4.7	0.6	5	--
CiU/DiLL	1.015.691	567.253	4.2	2.3	16	8
Amaiur/EH Bildu	334.498	219.125	1.4	0.9	7	2
PNV	324.317	302.316	1.3	1.2	5	6
ERC	256.985	601.782	1.1	2.4	3	9
BNG/Nós	184.037	70.863	0.8	0.3	2	--
CC	143.881	81.917	0.6	0.3	2	1
PACMA	102.144	220.369	0.4	0.9	--	--
Geroa Bai	42.415	--	--	--	1	--
FAC	99.473	--	--	--	1	--
Otros/ En Blanco/Nulos	1.121.604	783.452	3.5	2.2	--	--
<b>TOTAL</b>	<b>24.666.441</b>	<b>25.438.532</b>	<b>100</b>	<b>100</b>	<b>350</b>	<b>350</b>

Fuente: Ministerio del Interior

GRÁFICO 89

Resultados de las elecciones generales de 2015



CUADRO 56.1	Número de votos	Porcentajes sobre voto válido	Número de escaños	Número de votos	Porcentajes sobre voto válido	Número de escaños	Número de votos	Porcentajes sobre voto válido	Número de escaños	ORDEN DE LOS PARTIDOS EN Nº DE VOTOS
	2011			2015			DIFERENCIA 2015-2011			
ANDALUCÍA										
PP	1.985.612	45,6	33	1.292.652	29,1	21	-692.960	-16,5	-12	PSOE
PSOE	1594893	36,6	25	1.400.399	31,5	22	-194.494	-5,1	-3	PP
PODEMOS				749.081	16,9	10	749.081	16,9	10	PODEMOS
CIUDADANOS				611.772	13,8	8	611.772	13,8	8	C'S
IU/UNIDAD POPULAR	360212	8,3	2	256.080	5,8	0	-104.132	-2,5	-2	
UPYD	207923	4,8	0	23.134	0,5	0	-184.789	-4,3	0	
Participación	68,9			71,3			2,4			
ARAGÓN										
PP	339.502	47,8	8	229.196	31,3	6	-110.306	-16,5	-2	PP
PSOE	224.314	31,5	4	168.635	23,1	4	-55.679	-8,4	0	PSOE
PODEMOS				135.763	18,6	2	135.763	18,6	2	PODEMOS
CIUDADANOS				125.903	17,2	1	125.903	17,2	1	C'S
IU/UNIDAD POPULAR	74.944	10,5	1	45.046	6,2	0	-29.898	-4,3	-1	
UPYD	41.032	5,8	0	5.791	0,8	0	-35.241	-5,0	0	
Participación	71,0			74,7			3,7			

CUADRO 56.2	Número de votos	Porcentajes sobre voto válido	Número de escaños	Número de votos	Porcentajes sobre voto válido	Número de escaños	Número de votos	Porcentajes sobre voto válido	Número de escaños	ORDEN DE LOS PARTIDOS EN N ° DE VOTOS
	2011			2015			DIFERENCIA 2015-2011			
ASTURIAS										
PP	223.906	35,4	3	186.586	30,2	3	-37.320	-5,2	0	PP
PSOE	185.526	29,3	3	144.017	23,3	2	-41.509	-6,0	-1	PSOE
PODEMOS				132.007	21,3	2	132.007	21,3	2	PODEMOS
CIUDADANOS				83.885	13,6	1	83.885	13,6	1	C'S
IU/UNIDAD POPULAR	83.755	13,2	1	52.316	8,5	0	-31.439	-4,7	-1	
UPYD	24.721	3,9	0	3.792	0,6	0	-20.929	-3,3	0	
FAC	92.828	14,7	1				-92.828	-14,7	-1	
Participación	64,6			71,2			6,6			
BALEARES										
PP	217.327	49,6	5	140.542	29,1	3	-76.785	-20,5	-2	PP
PSOE	126.512	28,9	3	88.542	18,3	2	-37.970	-10,6	-1	PODEMOS
PODEMOS				111.416	23,1	2	111.416	23,1	2	PSOE
CIUDADANOS				71.446	14,8	1	71.446	14,8	1	C'S
IU/UNIDAD POPULAR	21.668	4,9	0	11.434	2,4	0	-10.234	-2,5	0	
UPYD	18.525	42	0	2.277	0,5	0	-16.248	-41,5	0	
PSM-IV-EXM-EQUO/MES	31.417	7,2	0	33.931	7	0	2.514	-0,2	0	
Participación	61,0			65,2			4,2			



CUADRO 56.3	Número de votos	Porcentajes sobre voto válido	Número de escaños	Número de votos	Porcentajes sobre voto válido	Número de escaños	Número de votos	Porcentajes sobre voto válido	Número de escaños	ORDEN DE LOS PARTIDOS EN N ° DE VOTOS
	2011			2015			DIFERENCIA 2015-2011			
CANARIAS										
PP	446.118	48	9	283.312	28,5	5	-162.806	-19,5	-4	PP
PSOE	231.086	24,9	4	218.241	22	4	-12.845	-2,9	0	PODEMOS
PODEMOS				231.063	23,3	3	231.063	23,3	3	PSOE
CIUDADANOS				113.398	11,4	2	113.398	11,4	2	C'S
IU/UNIDAD POPULAR	40.123	4,3	0	30.933	3,1	0	-9.190	-1,2	0	
UPYD	24.524	2,6	0	4.666	0,5	0	-19.858	-2,1	0	
CC	143.881	15,5	2	81.750	8,2	1	-62.131	-7,3	-1	
Participación	59,6			65,7			6,1			
CANTABRIA										
PP	183.244	52,2	4	128.852	36,9	2	-54.392	-15,3	-2	PP
PSOE	88.624	25,2	1	78.217	22,4	1	-10.407	-2,8	0	PSOE
PODEMOS				62.219	17,8	1	62.219	17,8	1	PODEMOS
CIUDADANOS				53.182	15,3	1	53.182	15,3	1	C'S
IU/UNIDAD POPULAR	12.608	3,6	0	15.428	4,4	0	2.820	0,8	0	
UPYD	12.614	3,6	0	2.860	0,8	0	-9.754	-2,8	0	
PRC	44.010	12,5	0				-44.010	-12,5	0	
Participación	71,6			76,0			4,4			

CUADRO 56.4	Número de votos	Porcentajes sobre voto válido	Número de escaños	Número de votos	Porcentajes sobre voto válido	Número de escaños	Número de votos	Porcentajes sobre voto válido	Número de escaños	ORDEN DE LOS PARTIDOS EN N ° DE VOTOS
	2011			2015			DIFERENCIA 2015-2011			
CASTILLA LA MANCHA										
PP	654.546	55,8	14	445.776	38,2	10	-208.770	-17,6	-4	PP
PSOE	355.806	30,3	7	331.388	28,4	7	-24.418	-1,9	0	PSOE
PODEMOS				159.079	13,6	1	159.079	13,6	1	C'S
CIUDADANOS				160.717	13,8	3	160.717	13,8	3	PODEMOS
IU/UNIDAD POPULAR	67.817	5,8	0	41.852	3,6	0	-25.965	-2,2	0	
UPYD	58.224	5	0	6.136	0,5	0	-52.088	-4,5	0	
Participación	75,8			76,5			0,7			
CASTILLA Y LEÓN										
PP	843.110	55,4	21	588.194	39,2	17	-254.916	-16,2	-4	PP
PSOE	444.451	29,2	11	337.704	22,5	9	-106.747	-6,7	-2	PSOE
PODEMOS				225.824	15	3	225.824	15,0	3	C'S
CIUDADANOS				230.791	15,4	3	230.791	15,4	3	PODEMOS
IU/UNIDAD POPULAR	85.814	5,6	0	68.464	4,6	0	-17.350	-1,0	0	
UPYD	93.197	6,1	0	12.910	0,9	0	-80.287	-5,2	0	
Participación	71,3			75,9			4,6			

CUADRO 56.5	Número de votos	Porcentajes sobre voto válido	Número de escaños	Número de votos	Porcentajes sobre voto válido	Número de escaños	Número de votos	Porcentajes sobre voto válido	Número de escaños	ORDEN DE LOS PARTIDOS EN N ° DE VOTOS
	2011			2015			DIFERENCIA 2015-2011			
CATALUÑA										
PP	716.371	20,7	11	417.286	11,1	5	-299.085	-9,6	-6	PODEMOS EN COMÚ
PSOE	922.547	26,7	14	589.021	15,7	8	-333.526	-11,0	-6	ERC
EN COMÚ PODEM				927.940	24,7	12	927.940	24,7	12	PSOE
CIUDADANOS				489.503	13,1	5	489.503	13,1	5	CIU/DIL
IU/UNIDAD POPULAR	280.152	8,1	3				-280.152	-8,1	-3	C'S
UPYD	39.650	1,2	0	7.897	0,2	0	-31.753	-1,0	0	PP
CIU/DiL	1.015.691	29,4	16	565.501	15,1	8	-450.190	-14,3	-8	
ERC	244.854	7,1	3	599.289	16	9	354.435	8,9	6	
Participación	65,2			71,0			5,8			
COMUNIDAD VALENCIANA										
PP	1.390.233	53,3	20	837.055	31,3	11	-553.178	-22,0	-9	PP
PSOE	697.474	26,8	10	530.497	19,8	7	-166.977	-7,0	-3	PODEMOS
PODEMOS-COMPROMÍS				671.071	25,1	9	671.071	25,1	9	PSOE
CIUDADANOS				423.556	15,8	5	423.556	15,8	5	C'S
IU/UNIDAD POPULAR	169.786	6,5	1	111.617	4,2	0	-58.169	-2,3	-1	
UPYD	146.064	5,6	1	17.250	0,6	0	-128.814	-5,0	-1	
COMPROMÍS	125.306	4,8	1				-125.306	-4,8	-1	
Participación	74,2			76,6			2,4			

CUADRO 56.6	Número de votos	Porcentajes sobre voto válido	Número de escaños	Número de votos	Porcentajes sobre voto válido	Número de escaños	Número de votos	Porcentajes sobre voto válido	Número de escaños	ORDEN DE LOS PARTIDOS EN N ° DE VOTOS
	2011			2015			DIFERENCIA 2015-2011			
EXTREMADURA										
PP	339.237	51,2	6	225.230	34,8	4	-114.007	-16,4	-2	PSOE
PSOE	246.514	37,2	4	232.879	36	5	-13.635	-1,2	1	PP
PODEMOS				81.755	12,6	1	81.755	12,6	1	PODEMOS
CIUDADANOS				73.545	11,4	0	73.545	11,4	0	C'S
IU/UNIDAD POPULAR	37.766	5,7	0	19.497	3	0	-18.269	-2,7	0	
UPYD	22.913	3,5	0	2.610	0,4	0	-20.303	-3,1	0	
Participación	73,9			74,1			0,2			
GALICIA										
PP	864.567	52,5	15	605.178	37,1	10	-259.389	-15,4	-5	PP
PSOE	457.633	27,8	6	347.942	21,3	6	-109.691	-6,5	0	PODEMOS EN MAREA
PODEMOS EN MAREA				408.370	25	6	408.370	25,0	6	PSOE
CIUDADANOS				147.910	9,1	1	147.910	9,1	1	C'S
IU/UNIDAD POPULAR	67.751	4,1	0				-67.751	-4,1	0	
UPYD	19.969	1,2	0	8.380	0,5	0	-11.589	-0,7	0	
BNG/NÓS	184.037	11,2	2	70.464	4,3	0	-113.573	-6,9	-2	
Participación	62,2			73,0			10,8			

CUADRO 56.7	Número de votos	Porcentajes sobre voto válido	Número de escaños	Número de votos	Porcentajes sobre voto válido	Número de escaños	Número de votos	Porcentajes sobre voto válido	Número de escaños	ORDEN DE LOS PARTIDOS EN N ° DE VOTOS
	2011			2015			DIFERENCIA 2015-2011			
LA RIOJA										
PP	95.124	54,7	3	67.736	38,4	2	-27.388	-16,3	-1	PP
PSOE	54.066	31,1	1	41.875	23,7	1	-12.191	-7,4	0	PSOE
PODEMOS				27.941	15,8	1	27.941	15,8	1	PODEMOS
CIUDADANOS				26.719	15,1	0	26.719	15,1	0	C'S
IU/UNIDAD POPULAR	7.995	4,6	0	7.397	4,2	0	-598	-0,4	0	
UPYD	10.367	6	0	1.349	0,8	0	-9.018	-5,2	0	
Participación	72,8			76,7			3,9			
MADRID										
PP	1.719.709	51	19	1.203.837	33,5	13	-515.872	-18	-6	PP
PSOE	878.724	26,1	10	643.158	17,9	6	-235.566	-8	-4	PODEMOS
PODEMOS				750.477	20,9	8	750.477	21	8	C'S
CIUDADANOS				676.389	18,8	7	676.389	19	7	PSOE
IU/UNIDAD POPULAR	271.209	8	3	189.237	5,3	2	-81.972	-3	-1	
UPYD	347.354	10,3	4	43.103	1,2	0	-304.251	-9	-4	
Participación	73,3			77,8			4,5			

CUADRO 56.8	Número de votos	Porcentajes sobre voto válido	Número de escaños	Número de votos	Porcentajes sobre voto válido	Número de escaños	Número de votos	Porcentajes sobre voto válido	Número de escaños	ORDEN DE LOS PARTIDOS EN N ° DE VOTOS
	2011			2015			DIFERENCIA 2015-2011			
MURCIA										
PP	471.851	64,2	8	293.546	40,4	5	-178.305	-24	-3	PP
PSOE	154.225	21	2	147.524	20,3	2	-6.701	-1	0	PSOE
PODEMOS				110.089	15,2	1	110.089	15	1	C'S
CIUDADANOS				128.294	17,7	2	128.294	18	2	PODEMOS
IU/UNIDAD POPULAR	41.896	5	0	22.710	3,1	0	-19.186	-2	0	
UPYD	45.984	6,3	0	5.418	0,8	0	-40.566	-6	0	
Participación	74,1			73,0			-1,1			
NAVARRA										
PP	126.516	38,2	2	101.901	28,9	2	-24.615	-9	0	PP
PSOE	72.892	22	1	54.700	15,5	1	-18.192	-7	0	PODEMOS
PODEMOS				80.961	23,2	2	80.961	23	2	PSOE
CIUDADANOS				24.815	7,1	0	24.815	7	0	C'S
IU/UNIDAD POPULAR	18.251	5,5	0	14.489	4,1	0	-3.762	-1	0	
UPYD	6.829	2,1	0	1.444	0,4	0	-5.385	-2	0	
AMAIUR/EH BILDU	49.208	14,9	1	34.856	9,9	0	-14.352	-5	-1	
GBAI	42.415	12,8	1	30.554	8,7	0	-11.861	-4	-1	
Participación	68,9			74,3			5,4			

CUADRO 56.9	Número de votos	Porcentajes sobre voto válido	Número de escaños	Número de votos	Porcentajes sobre voto válido	Número de escaños	Número de votos	Porcentajes sobre voto válido	Número de escaños	ORDEN DE LOS PARTIDOS EN N ° DE VOTOS
	2011			2015			DIFERENCIA 2015-2011			
PAÍS VASCO										
PP	210.797	17,8	3	141.556	11,6	2	-69.241	-6	-1	PODEMOS
PSOE	255.013	21,6	4	161.466	13,3	3	-93.547	-8	-1	PNV
PODEMOS				316.441	26	5	316.441	26	5	BILDU
CIUDADANOS				49.887	4	0	49.887	4	0	PSOE
IU/UNIDAD POPULAR	43.717	3,7	0	35.815	2,9	0	-7.902	-1	0	PP
UPYD	21.282	1,8	0	4.048	0,3	0	-17.234	-2	0	C'S
AMAIUR/EH BILDU	285.290	24,1	6	183.611	15,1	2	-101.679	-9	-4	
PNV	324.317	27,4	5	301.585	24,8	6	-22.732	-3	1	
Participación	67,3			71,5			4,2			
CIUDAD AUTÓNOMA DE CEUTA										
PP	20.968	65,9	1	14.786	44,9	1	-6.182	-21	0	PP
PSOE	6.445	20,3	0	7.599	23,1		1.154	3	0	
PODEMOS				4.630	14,1	0	4.630	14	0	
CIUDADANOS				4.378	13,3	0	4.378	13	0	
IU/UNIDAD POPULAR	576	1,8	0	428	1,3	0	-148	-1	0	
UPYD	1.061	3,3	0	194	0,6	0	-867	-3	0	
Caballas	1.712	5,4	0				-1.712	-5	0	
Participación	53,2			56,5			3,3			

CUADRO 56.10	Número de votos	Porcentajes sobre voto válido	Número de escaños	Número de votos	Porcentajes sobre voto válido	Número de escaños	Número de votos	Porcentajes sobre voto válido	Número de escaños	ORDEN DE LOS PARTIDOS EN N ° DE VOTOS
	2011			2015			DIFERENCIA 2015-2011			
CIUDAD AUTÓNOMA DE MELILLA										
PP	17.828	66,7	1	12.309	43,9	1	-5.519	-23	0	PP
PSOE	6.766	25,3	0	6.889	24,6	0	123	-1	0	
PODEMOS				3.206	11,4	0	3.206	11	0	
CIUDADANOS				4.356	15,6	0	4.356	16	0	
IU/UNIDAD POPULAR				362	1,3	0	362	1	0	
UPYD	992	3,7	0	239	0,9	0	-753	-3	0	
Participación	49,4			53			3,9			



## 9. LA REAFIRMACIÓN CIUDADANA EN EL CAMBIO

Tres semanas después del 20D, los datos que arrojaba el Clima Social de enero de 2016 permitían afirmar, sin lugar a dudas, que los ciudadanos que habían propiciado el cambio del sistema de partidos en las elecciones de diciembre de 2015 se reafirmaban en su decisión. Un 61 % de los españoles se declaraba satisfecho con el resultado de las elecciones: pedían el fin del bipartidismo y eso es lo que se había producido. En esos días transcurridos desde los comicios, el español medio distaba mucho de experimentar la sensación de que el mayor pluralismo parlamentario que se había producido equivaliera necesariamente a ingobernabilidad. Prueba de ello era que cuando se les planteaba la posibilidad de una repetición de las elecciones el resultado que los datos permitían estimar como más probable reforzaba, en vez de debilitar, al cuatripartidismo emergido de las urnas. Por otro lado, la ciudadanía mostraba un muy elevado grado de confianza en las fuerzas a las que había apoyado: un 70 % (porcentaje que se registraba de forma homogénea en todos los electorados) decía estar dispuesto a aceptar el acuerdo, coalición o pacto postelectoral que decidiera el partido por el que había votado. De hecho, el 86 % de la ciudadanía española seguía mostrándose a favor de una reforma del sistema electoral. La amplia mayoría de la población estaba de acuerdo con que esa reforma aplicara la proporcionalidad más exacta posible entre el número total de votos y el número de escaños que se derivan de ellos. La relevancia de un cambio del sistema electoral adquiriría más fuerza después de constatar, tras las elecciones del 20D, que continuaba existiendo una prima de escaños para PP y PSOE a pesar de que ninguno logró superar el 30 % de los votos y de que la suma de fuerzas de los dos partidos emergentes (Podemos-Ciudadanos) supuso el 34 %.

Pero si la reafirmación y el compromiso de los ciudadanos con el nuevo sistema parecían evidentes no lo era tanto en el caso de los partidos políticos y de sus líderes. La XI Legislatura que se inició el 13 de enero de 2016 llegaba a su fin tan solo 111 días después, el 3 de mayo, convirtiéndose en la de menor duración desde la restauración de la democracia en nuestro país. Los líderes de las principales fuerzas políticas fueron incapaces de ponerse de acuerdo para investir un Presidente y conformar un Gobierno en el plazo establecido por la Constitución. Tras consultar a todos los líderes políticos con representación parlamentaria y la negativa de Rajoy a presentarse a una investidura por no contar con los apoyos suficientes, el 2 de febrero el Rey Felipe IV propuso como

candidato al líder del PSOE, Pedro Sánchez. El 24 de febrero los socialistas firmaron un acuerdo con Ciudadanos para la investidura de Sánchez como Presidente, pero entre los dos partidos no lograban sumar la mayoría suficiente para lograrlo: el PSOE con 90 diputados y Ciudadanos con 40 (130) necesitaban, así, el apoyo o la abstención de otras formaciones políticas (básicamente Podemos). Pero en la primera votación, en la que el candidato necesita mayoría absoluta de votos a favor, Sánchez solo logró el voto afirmativo de sus diputados y los de Ciudadanos (130), recibió 219 votos en contra y una abstención (correspondiente a la diputada de Coalición Canaria). En la segunda votación —que tuvo lugar dos días después: el 4 de marzo— el candidato no logró la mayoría simple de votos a favor que, en segunda votación, es necesaria para ser investido. Sánchez obtuvo 131 síes (los 90 de los diputados del PSOE, los 40 de los de Ciudadanos y el de la diputada de CC). El resto de fuerzas políticas parlamentarias votaron en contra (219). Fue la primera vez en la historia democrática de España que un candidato a la presidencia del Gobierno no lograba la confianza del Congreso de los Diputados en ninguna de las dos votaciones para ser investido Presidente. Como en los dos meses posteriores ni Sánchez ni ningún otro candidato consiguieron reunir los apoyos necesarios para ser propuestos por Felipe IV para una nueva sesión de investidura, se convocaron automáticamente nuevas elecciones generales tal y como establece la Constitución española.

El “no” final del Parlamento a la candidatura de Sánchez supuso una mala noticia para el 48 % de los españoles y una noticia buena para el 36 %, según un sondeo realizado por Metroscopia para EL PAÍS<sup>296</sup>. Quienes en mayor medida lamentaron el resultado fueron, lógicamente, los votantes de PSOE y Ciudadanos (90 % y 54 %, respectivamente). Pero incluso la sexta parte de los votantes del PP y la mitad de los de Podemos se sintieron en cierta medida decepcionados (en parte porque una parte importante de ellos pensaban que sus respectivos partidos deberían haberse abstenido para permitir a Sánchez ser investido Presidente). En este sentido, los españoles parecían tener claro que Podemos y PP eran los responsables prácticamente exclusivos de esta mala noticia. Las dos formaciones eran percibidas como las que en mayor medida habían dificultado —en vez de facilitar— las negociaciones para la configuración de un nuevo gobierno. En cambio, la ciudadanía creía que PSOE y, sobre todo, Ciudadanos, eran los que más se han esforzado por buscar puntos de encuentro y propiciar un acuerdo más amplio. Y cabe destacar que en esta distribución

---

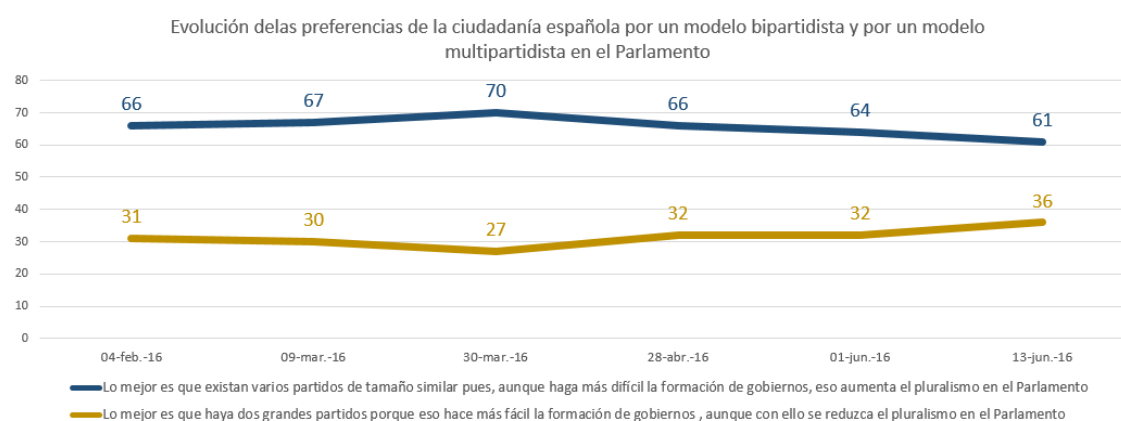
<sup>296</sup> Publicado el 6 de marzo de 2016.

([http://politica.elpais.com/politica/2016/03/05/actualidad/1457200239\\_512147.html](http://politica.elpais.com/politica/2016/03/05/actualidad/1457200239_512147.html)).

de culpas que efectúa el conjunto de la ciudadanía coinciden los propios votantes de PP y Podemos, entre los cuales el 80% y el 82%, respectivamente, atribuye (en desigual medida, eso sí) a estas dos formaciones ese resultado final que la mayoría consideraba una mala noticia.

Finalmente, el 26 de junio se repitieron las elecciones generales a las que concurrieron como candidatos de las cuatro principales fuerzas políticas, las protagonistas del cuatripartidismo, los mismos líderes que en 2015: Rajoy por el PP, Sánchez por el PSOE, Iglesias por Podemos y Rivera por Ciudadanos. La gran novedad de esas elecciones fue la unión de Podemos, IU y Equo en una coalición que se presentó bajo la denominación de Unidos Podemos. A pesar de la falta de acuerdo y de haber estado seis meses sin Gobierno la amplia mayoría de los ciudadanos seguía pensando, (en la pregunta que se realizaba de manera mensual el porcentaje nunca bajó del 60 %), que lo mejor es que en el Parlamento español existan varios partidos de tamaño no muy diferente pues eso aumenta el pluripartidismo aunque implique una mayor dificultad para formar gobiernos. Menos de un tercio de los españoles creía que lo mejor es que haya dos grandes partidos porque aunque con ello se reduzca el pluralismo en el Parlamento, hace más fácil la formación de gobiernos (véase Gráfico 90). De esta cultura bipartidista es partidaria la mayoría solo de los votantes del PP. Los votantes de Podemos, del PSOE y de Ciudadanos son mayoritariamente partidarios de la opción multipartidista<sup>297</sup>.

GRÁFICO 90



Fuente: Banco de Datos de los Climas Sociales de Metroscopia

<sup>297</sup> A este respecto puede leerse el análisis de Francisco Camas García “Tres culturas políticas en España” (<http://metroscopia.org/tres-culturas-politicas-en-espana/>).

Ese apoyo al multipartidismo no solo fue demoscópico: aunque con algunos matices, los resultados de las elecciones del 26J mantuvieron el sistema cuatripartidista<sup>298</sup>. De nuevo los mismos cuatro partidos que en 2015 obtuvieron porcentajes sobre voto válido por encima del 10 % pero, esta vez, uno de ellos superó el 30 %. El PP volvió a ser el partido más votado (el ganador aritmético) y con el 33 .0 % de los votos (4.3 puntos más que el 20D) fue el único de los cuatro que mejoró sus resultados con respecto a los obtenidos seis meses antes. A pesar de que la participación electoral descendió 3.4 puntos, los populares consiguieron casi setecientos mil votos más que le permitieron añadir 14 diputados a los 123 logrados en 2015 (en total, 137). El PSOE volvía a ser la segunda fuerza política pero perdía más de cien mil votos y cinco diputados con respecto a los anteriores comicios lo que suponía, otra vez, su peor resultado histórico en unas elecciones generales. En todo caso, como ya se ha comentado anteriormente, la política tiene mucho de gestión de expectativas, y como los socialistas no fueron superados ni en número de votos ni en escaños por Unidos Podemos, en contra de lo que todas las encuestas preelectorales estimaban como más probable, su mal resultado quedó momentáneamente enmascarado. En efecto, la coalición de Podemos con IU y Equo, no solo no sumó los votos que cada partido había conseguido por separado en las elecciones de 2015 (de ser así, el *sorpasso* al PSOE se hubiera producido) sino que restó. En número de votos pasaron de superar los seis millones el 20D a quedarse en prácticamente cinco. Eso sí, consiguieron mantener el mismo número de diputados que habían obtenido por separado: 71. Ciudadanos, por su parte, perdió en torno a cuatrocientos mil votos y ocho diputados.

Las urnas arrojaban un resultado en el que, de nuevo, eran necesarios los pactos y acuerdos para poder investir al siguiente Presidente y para la conformación de un Gobierno. Esta vez sí, Rajoy aceptó el encargo del rey para intentar formar Gobierno y el 31 de agosto se postuló como candidato en el Congreso para intentar conseguir los apoyos necesarios para ser investido. Algo que, como ya le había ocurrido a Sánchez durante la anterior legislatura, no logró en ninguna de las dos votaciones. En ambos intentos —la primera se llevó a cabo el 31 de agosto y la segunda dos días después— logró 170 votos a favor (los 137 de los diputados populares, los 32 de Ciudadanos y uno de Coalición Canaria) y 180 en contra (los de los diputados del resto de formaciones políticas).

---

<sup>298</sup> Respecto a las transferencias de voto que se produjeron en las elecciones del 26J puede leerse el análisis “Fidelidades y Fugas para explicar el 26J” (<http://metroscopia.org/fidelidades-y-fugas-para-explicar-los-resultados-del-26j/>).

En el momento de finalizar este trabajo —y cuando han transcurrido más de tres meses desde las elecciones del 26J y más de nueve desde las anteriores de 2015— España sigue sin tener un Presidente y un Gobierno (el de Rajoy de 2011 sigue en funciones). De nuevo los partidos políticos y sus líderes han sido incapaces de ponerse de acuerdo como insistentemente, y sondeo tras sondeo, les sigue reclamando la ciudadanía. En estos momentos, transcurrido un mes y medio desde la primera votación fallida para la investidura de Rajoy, quedan apenas dos semanas para que se cumpla el plazo estipulado en la Constitución para que automáticamente se convoquen elecciones por la falta de acuerdo para investir a un Presidente. Serían las terceras elecciones generales en un año. Un hecho inaudito en nuestro país y en los países democráticos desarrollados. Unas elecciones no deseadas por la amplia mayoría de los ciudadanos. Según el Clima Social de septiembre de 2016 de Metroscopia, en proporción casi de tres a uno (71 % frente a 27 %) los españoles se mostraban contrarios a unas terceras elecciones como forma de resolver la situación política. Entre las alternativas para evitarlas, solo una recibía un claro apoyo ciudadano (58 % a favor, 38 % en contra): la abstención del PSOE para hacer posible un gobierno en minoría del PP. La opinión pública nacional se dividía en dos (48 % a favor, 48 % en contra) respecto de un hipotético acuerdo de gobierno entre PSOE y Podemos con el apoyo o la abstención de Ciudadanos. Y la posibilidad de un pacto de gobierno entre PSOE, Unidos Podemos con el apoyo o abstención de los partidos nacionalistas suscitaba el apoyo del 41 % y el rechazo del 56 %. En estos momentos, a 15 días de que se cumpla el plazo para la convocatoria de unas nuevas elecciones, la abstención del PSOE para permitir un Gobierno del PP presidido por Rajoy parece la opción más probable. Tras la derrota electoral del 26J y la negativa de su secretario general a permitir un Gobierno de Rajoy, se abrió una crisis en el seno del PSOE que desembocó en la dimisión de 17 miembros de la ejecutiva federal del partido con el fin de forzar la salida de Sánchez de la secretaría general. Algo que consiguieron tras un convulso Comité Federal llevado a cabo el 1 de octubre de 2016<sup>299</sup>: en su lugar se nombró una Comisión Gestora presidida por Javier Fernández, a la par, presidente de Asturias. Una encuesta de Metroscopia llevada a cabo tras estos acontecimientos arrojaba unos datos que desaconsejaban al PSOE acudir a unas terceras elecciones. Por un lado, en opinión del conjunto de la ciudadanía, tras el Comité Federal del primero de octubre el PSOE había quedado debilitado (lo decía el 63 %) y con peores perspectivas electorales

---

<sup>299</sup> Puede consultarse esta noticia en [http://politica.elpais.com/politica/2016/10/01/actualidad/1475346998\\_362316.html](http://politica.elpais.com/politica/2016/10/01/actualidad/1475346998_362316.html)

(lo creía el 73%). Entre el electorado socialista (tanto entre sus votantes de 2016 como entre sus potenciales votantes) un similar porcentaje coincidía con este segundo diagnóstico, pero eran claramente más los que percibían que el partido se había debilitado (véase Cuadro 59). Por otro lado, la intensidad de la fractura interna del electorado socialista quedaba reflejada en el hecho de que solo el 52 % de quienes votaron al PSOE el 26J decían que volverían a votarle si se convocaran unas terceras elecciones. Un 3 % decía que optaría por Ciudadanos, un 4 % que lo haría por el PP y un 7 % que se inclinaría por Unidos Podemos. El resto se manifestaba indeciso o partidario de abstenerse. Esta baja fidelidad del voto socialista (52 %) contrastaba con la del electorado popular (85 %), con la del de Unidos Podemos (80 %) o con la del de Ciudadanos (60 %).

<b>CUADRO 57</b> <i>¿Sería partidario de que se celebraran unas nuevas elecciones generales?</i> (En porcentajes)					
	TOTAL	Votantes de...			
		PP	PSOE	Unidos Podemos	Ciudadanos
Sí	27	19	25	42	12
No	71	80	73	56	87

La diferencia hasta 100 en la suma vertical de porcentajes a No sabe y No contesta

Fuente: Banco de Datos de Metroscopia

<b>CUADRO 58</b> <i>Imagine que la única forma de evitar unas nuevas elecciones generales fuese que el PSOE se abstuviera de modo que fuera posible un gobierno del PP en minoría presidido por Mariano Rajoy. ¿Cree que, en ese caso, el PSOE debería abstenerse?</i> (En porcentajes)					
	TOTAL	Votantes de...			
		PP	PSOE	Unidos Podemos	Ciudadanos
Sí	58	94	43	25	82
No	38	5	50	71	17

La diferencia hasta 100 en la suma vertical de porcentajes a No sabe y No contesta

Fuente: Banco de Datos de Metroscopia

<b>CUADRO 59</b> <i>¿Diría usted que tras el Comité Federal del pasado día 2 el PSOE ha salido...?</i> (En porcentajes)			
	TOTAL de la población	Probables votantes* del PSOE	Votantes** del PSOE
Reforzado	32	18	15
Debilitado	63	78	81
Con mejores perspectivas electorales	17	26	21
Con peores perspectivas electorales	73	66	70

La diferencia hasta 100 en la suma vertical de porcentajes corresponde a No sabe / No contesta.

**\*Probables votantes:** esta etiqueta designa a las personas entrevistadas que indican su intención de votar al PSOE si se convocaran nuevas elecciones generales.

**\*\*Votantes de:** esta etiqueta designa a las personas entrevistadas que indican que votaron al PSOE en las elecciones generales del 26J de 2016.

Fuente: Banco de Datos de Metroscopia

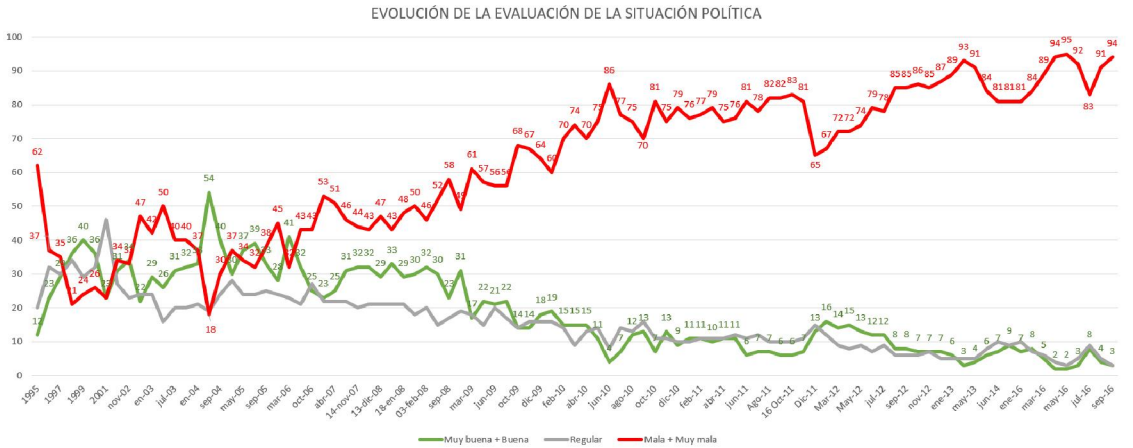
Ante esta situación de falta de acuerdo y de entendimiento, y ante la posibilidad real de que se tengan que celebrar, por tercera vez en un año, unas elecciones generales los españoles se manifiestan decepcionados. Ante una pregunta<sup>300</sup> al respecto que se les realizó en el Clima Social de septiembre a aquellos españoles que calificaban negativamente la situación política nacional (un 94 % en esos momentos, véase Gráfico 91) un 82 % de los españoles definió su estado de ánimo ante la situación política con los adjetivos “decepción”, “engaño”, “malestar”, “indignación”, cansancio” o “vergüenza” (véase Cuadro 60). Y las quejas iban dirigidas más contra los líderes políticos por su responsabilidad en la mala situación política, por el modo en que estaban actuando y desempeñando sus funciones, que contra nuestro sistema democrático y la forma en que está organizado (Véase Cuadro 61).

<sup>300</sup> La pregunta estaba formulada del siguiente modo: “Si tuviera que elegir una sola palabra para expresar como se siente usted respecto de la actual situación política española, ¿qué palabra sería?”.

<b>CUADRO 60</b> <i>Cuando piensa en la situación política de España, ¿Cuál es la primera palabra que le viene a la cabeza?</i> (En porcentajes)					
	TOTAL	Votantes de...			
		PP	PSOE	Unidos Podemos	Ciudadanos
Decepción / Engaño	44	43	45	46	53
Malestar / Molestia	14	17	17	7	9
Indignación	11	10	10	14	12
Cansancio /Hartazgo	7	8	5	9	7
Vergüenza	6	7	6	6	8
Otros (264 menciones)	15	13	13	15	11
No sabe / No contesta	3	2	4	3	--

\* Respuestas espontáneas, estas alternativas no se ofrecían en la entrevista (han sido codificadas en un proceso posterior).  
 Fuente: Banco de Datos de Metroscopia

GRÁFICO 91





<b>CUADRO 61</b> <i>¿A qué se debe que la situación política actual de España sea mala?</i> Pregunta formulada exclusivamente a quienes consideran que la situación política es mala o muy mala = 94 % (En porcentajes)					
	TOTAL	Votantes de...			
		PP	PSOE	Unidos Podemos	Ciudadanos
A como está organizado el sistema político español	20	15	19	30	15
A cómo están actuando los actuales líderes políticos	58	70	62	43	59
A las dos cosas*	22	14	18	26	24
A ninguna de las dos/Otra	1	1	--	1	--

\* Respuesta espontánea, esta alternativa no se ofrecía en la entrevista

La diferencia hasta 100 en la suma vertical de porcentajes a No sabe y No contesta

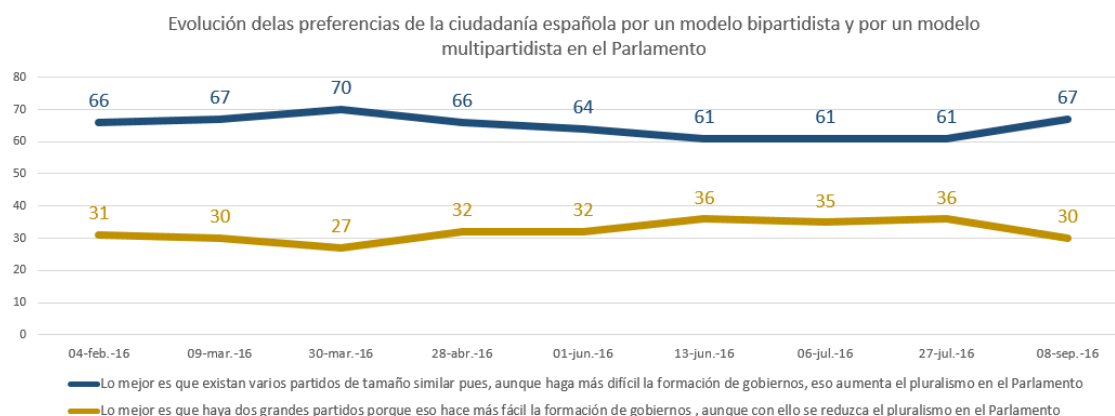
Fuente: Banco de Datos de Metroscopia

En todo caso, y a pesar de esta ausencia de Gobierno por la falta de acuerdo partidista, los españoles han seguido manteniendo mayoritariamente sus preferencias por un sistema multipartidista (véase Gráfico 92). El prolongado bloqueo institucional resultante del tránsito de un modelo a otro no melló en nada esta preferencia (que sigue siendo minoritaria solo entre los votantes del PP; véase Cuadro 62). Esta reafirmación ciudadana en el esquema multipartidista concuerda plenamente con la atribución ya reseñada de mayor responsabilidad por la mala situación política a los actores políticos, y no tanto al modo en que aparece configurado el marco en que estos han de actuar. Los últimos sondeos sobre estimación de resultado electoral en el caso de que hubiera que repetir unas terceras elecciones indican que, con mayores o menores variaciones, el cuatripartidismo volvería a estar presente y que volverían a ser necesarios los acuerdos postelectorales para la conformación de un Gobierno.

El colapso del sistema de partidos español y su transformación de un esquema bipartidista a otro multipartidista competitivo ocurrió en las elecciones generales del 20 de diciembre de 2015. Ahí se produjo el cambio que venían reclamando los españoles sondeo tras sondeo —y que iban plasmando con su comportamiento electoral en las diferentes elecciones celebradas en el período que abarca este estudio—. Pero en el momento de finalizar este trabajo, cuando han transcurrido más de nueve meses desde aquellas elecciones de 2015, el cambio todavía no ha echado a andar. Nos encontramos en una crisis del diálogo, de la virtud cívica de la concordia, de la búsqueda de consensos para

superar disensos (Alzaga, 2011). No ha habido aún actividad parlamentaria que permita a los ciudadanos evaluar el nuevo sistema de partidos. Cuando se inicie, ¿hacia dónde se encaminará? Esta es la pregunta que deja abierta nuevas posibilidades de análisis en el futuro. Hoy por hoy, según un sondeo de Metroscopia, una mayoría de españoles prefiere antes un parlamento que tenga más peso a la hora de tomar decisiones políticas y aprobar leyes que lo contrario (65 % frente a 27 %). Aún no se puede aventurar cómo será la evolución de la legislatura una vez que se ponga en marcha, pero lo que no cabe duda es que, en función de cómo se desarrolle esta, el comportamiento de la opinión pública y de los electores se verá afectado. Puede que se reafirmen en el multipartidismo y que este se haga más o menos competitivo. Pero puede, también, que los ciudadanos opten por regresar a un sistema de partidos de formato bipartidista<sup>301</sup> en el que, tradicionalmente en España, ha sido menos dificultoso la conformación de Gobiernos. Ahora bien, esa hipotética nueva fase bipartidista, ¿estaría protagonizada, de nuevo, por los dos partidos tradicionales que la han representado en los últimos decenios: PSOE y PP, o serían sustituidos, los dos o uno de ellos, por alguno de los dos partidos denominados emergentes: Podemos y Ciudadanos?

GRÁFICO 92



Fuente: Banco de Datos de los Climas Sociales de Metroscopia

<sup>301</sup> Sartori (1980, op.cit.) dice que existe un formato bipartidista siempre que la existencia de terceros partidos no impide que los principales gobiernen solos, esto es, cuando las coaliciones resultan innecesarias.

<b>CUADRO 62</b> <i>¿Con cuál de estas dos opiniones está usted más de acuerdo?</i> (En porcentajes)						
	8 de septiembre	27 de julio	8 de septiembre			
			Votantes de...			
			PP	PSOE	Unidos Podemos	Ciudadanos
Lo mejor es que existan varios partidos de tamaño similar pues, aunque haga más difícil la formación de gobiernos, eso aumenta el pluralismo en el Parlamento	67	61	37	70	91	70
Lo mejor es que haya dos grandes partidos porque eso hace más fácil la formación de gobiernos, aunque con ello se reduzca el pluralismo en el Parlamento	30	36	59	30	9	27

La diferencia hasta 100 en la suma vertical de porcentajes a No sabe y No contesta

Fuente: Banco de Datos de Metroscopia

## GRÁFICO 93



GRÁFICO 94

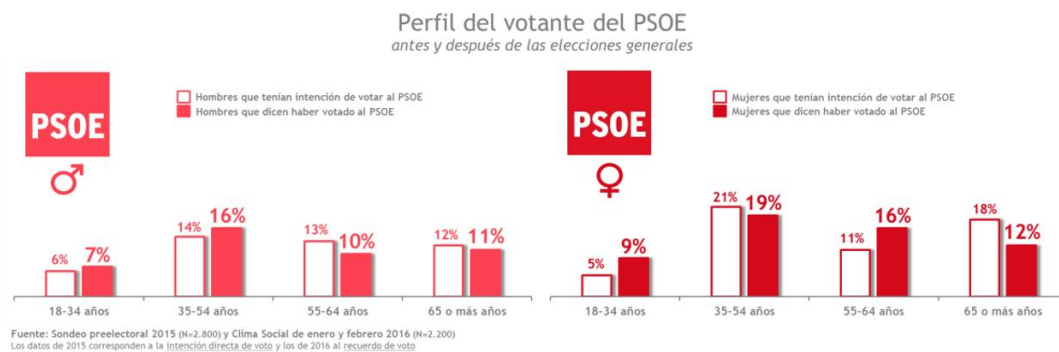


GRÁFICO 95

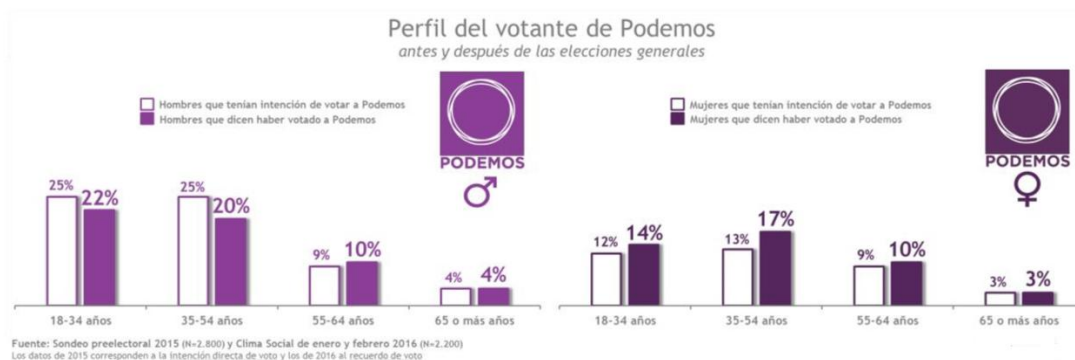
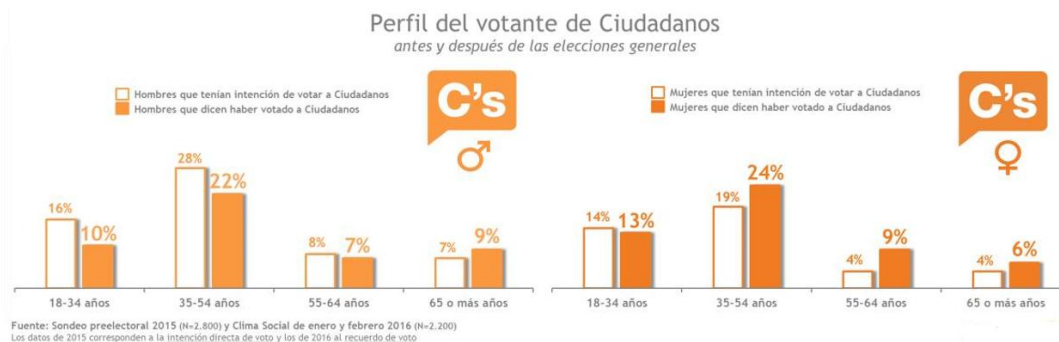
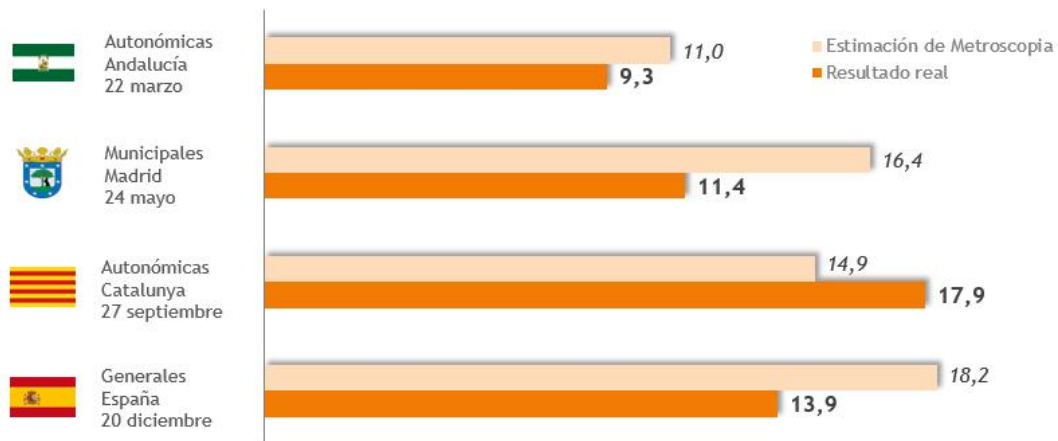


GRÁFICO 96



## GRÁFICO 97

Comparativa entre el porcentaje sobre censo del voto estimado por Metroscopia y el resultado real de Ciudadanos en elecciones clave del 2015

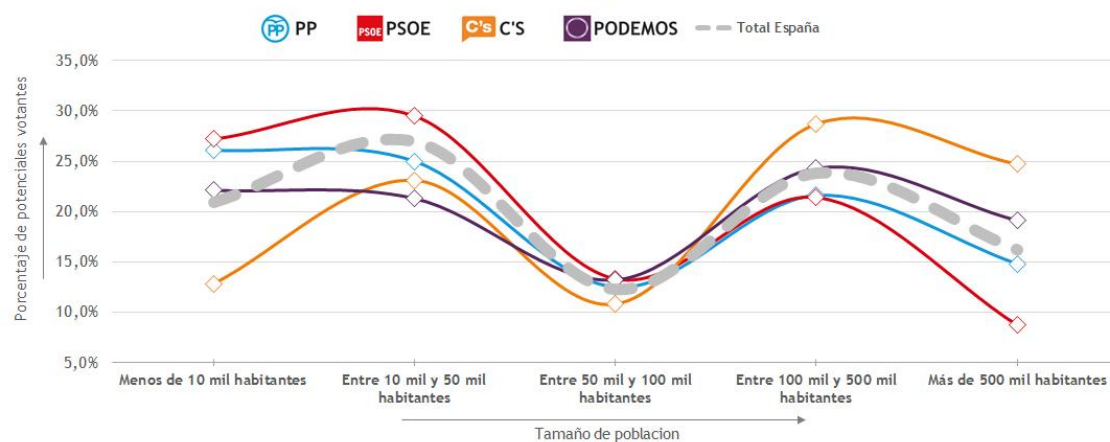


Fuente: Elaboración a partir del banco de datos Metroscopia, el Parlamento de Andalucía, el Parlament de Catalunya y el Ministerio del Interior

## GRÁFICO 98

### ANTES DE LAS ELECCIONES

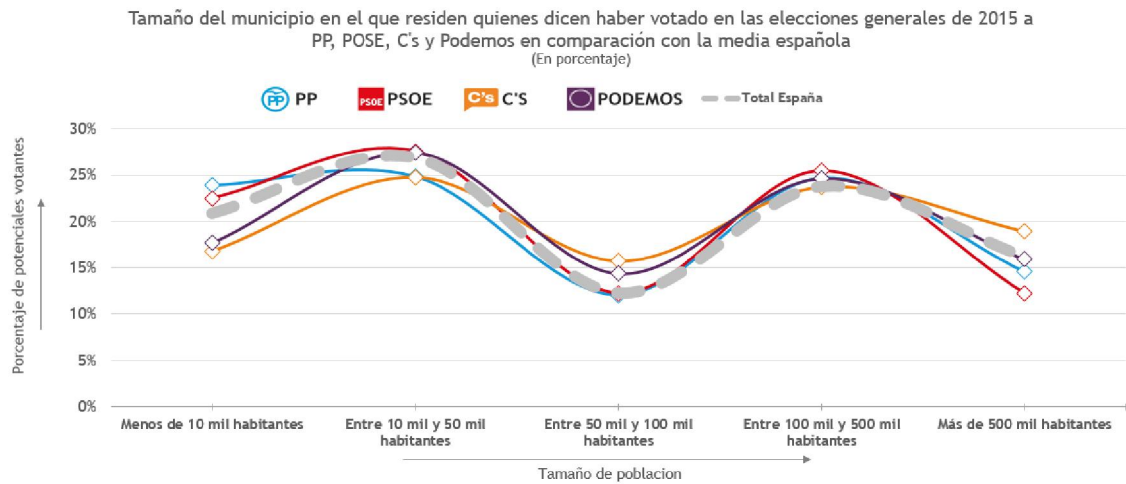
Elecciones generales  
Tamaño del municipio en el que residen los potenciales votantes de PP, PSOE, C's y Podemos en comparación con la media española  
(En porcentaje)



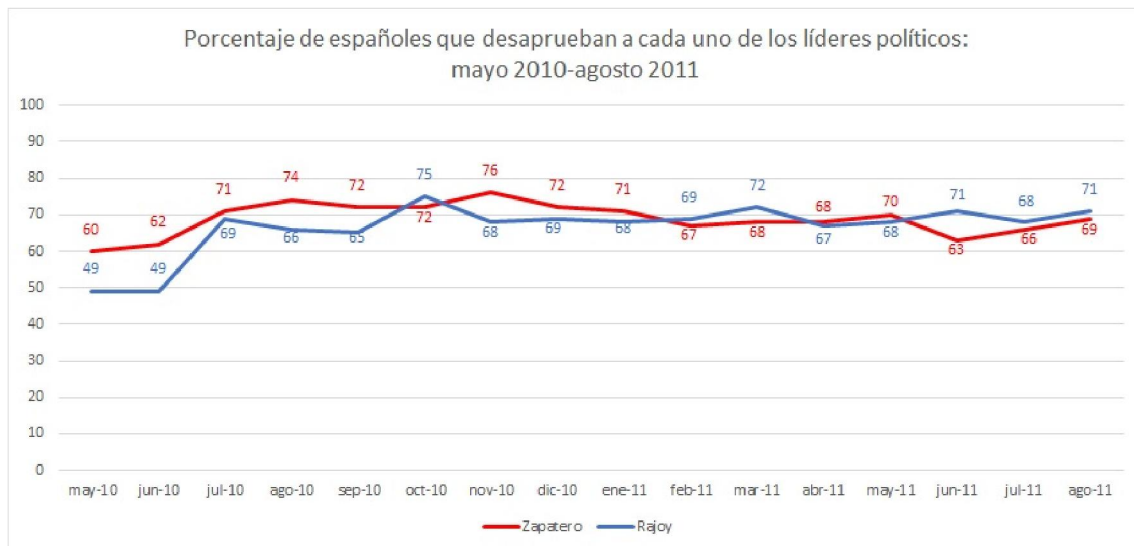
Fuente: Clima social de diciembre 2015

## GRÁFICO 99

### DESPUÉS DE LAS ELECCIONES

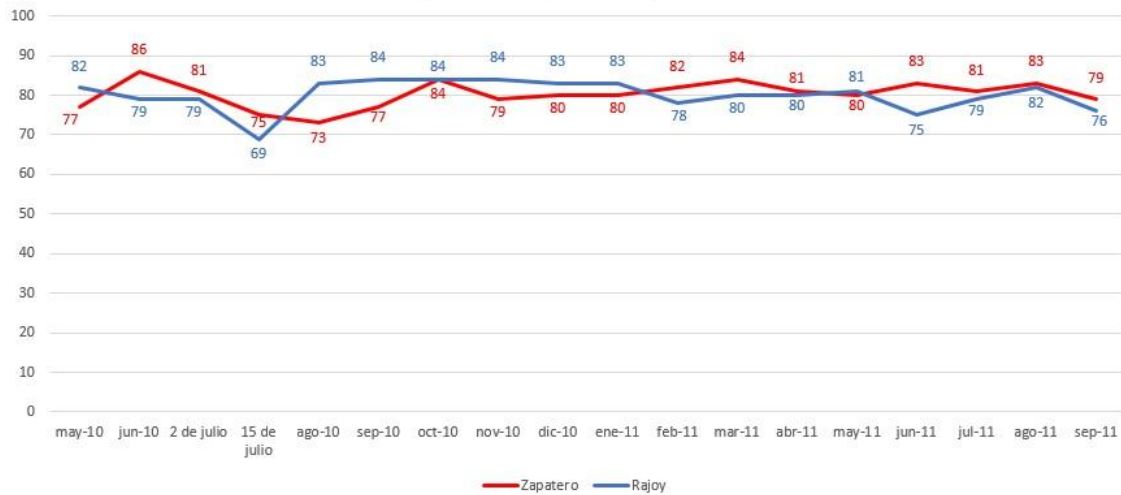


## GRÁFICO 100



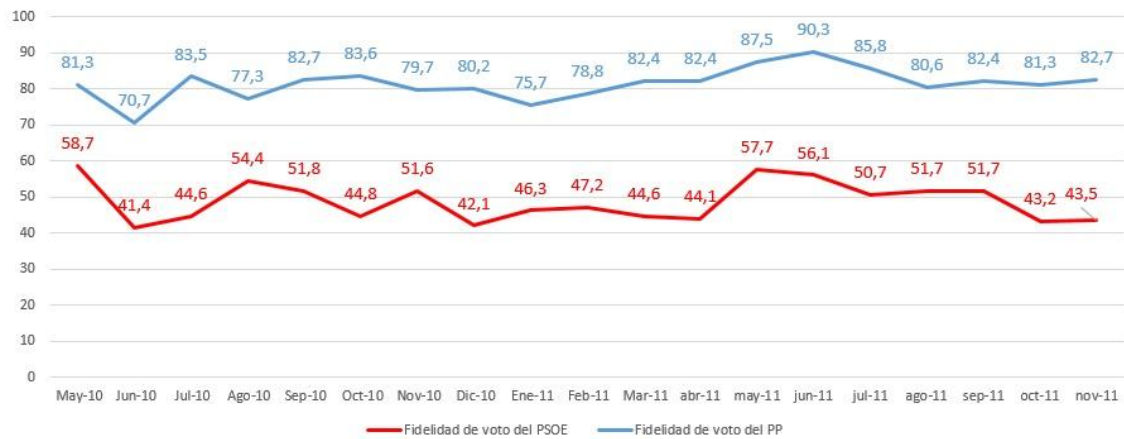
## GRÁFICO 101

Porcentaje de españoles que dicen tener poca o ninguna confianza en cada uno de los líderes políticos: mayo 2010-septiembre 2011



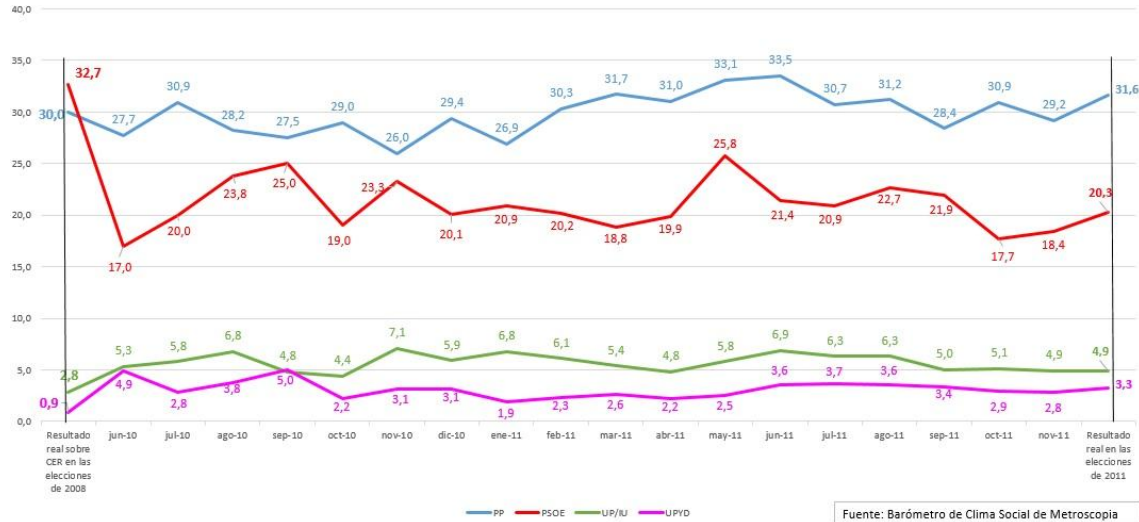
## GRÁFICO 102

Fidelidad de voto de PSOE y PP durante la segunda fase de la IX Legislatura



## GRÁFICO 103

Intención Directa de Voto durante la segunda fase de la IX Legislatura: junio 2010-diciembre 2011  
(en porcentajes)



## CUADRO 104

**“Hasta qué punto tendrá usted en cuenta cada uno de los siguientes factores a la hora de decidir su voto en estas próximas elecciones generales?”**

Entre el conjunto del electorado

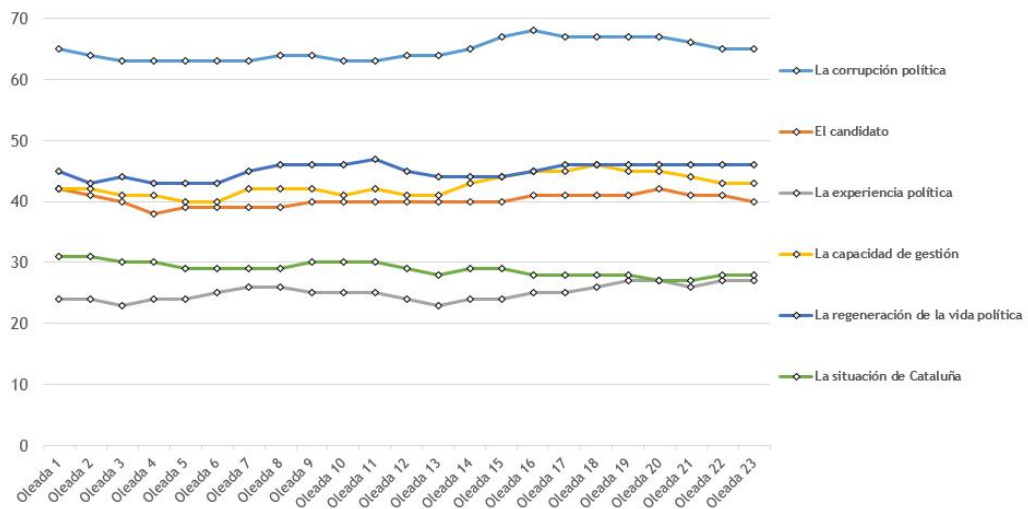
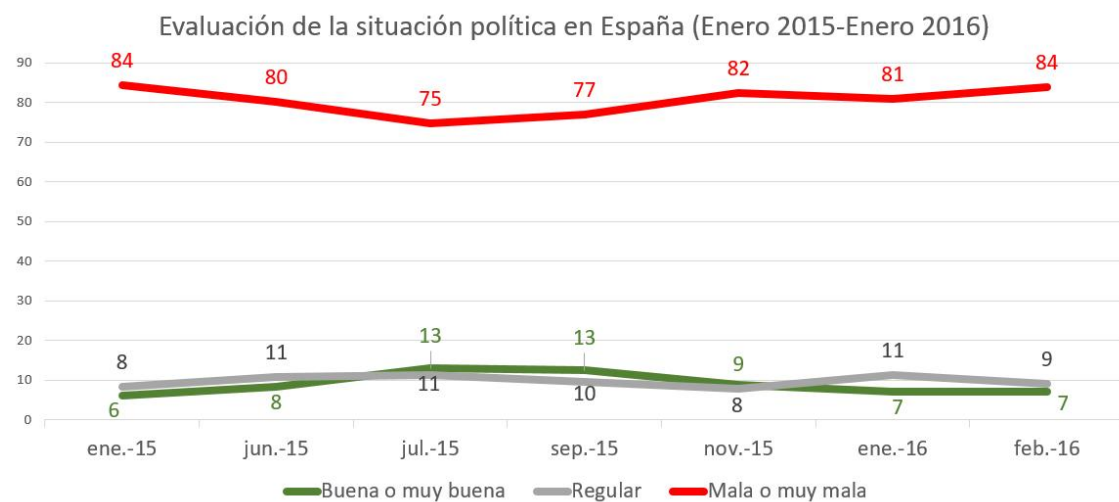




GRÁFICO 105



## VIII. CONCLUSIONES

En agosto de 2007 es cuando algunos analistas sitúan el comienzo de la crisis económica mundial que, en el momento de escribir este trabajo (octubre de 2016), todavía azota a una gran parte de los países occidentales. Entre ellos está España, que además de sufrir la repercusión de esta crisis global tuvo que hacer frente a otra de carácter particular. Nuestro país tenía que afrontar una serie de desequilibrios propios entre los que se encontraban —citando al Banco de España—: un exceso de concentración de recursos reales y financieros en el sector inmobiliario; una tendencia al endeudamiento excesivo de empresas y familias; y el desarrollo y expansión de ciertos problemas de competitividad. La crisis provocó una importante caída del PIB a precios de mercado español y del PIB por habitante, además de, entre otras cosas, un descenso del número de empresas y un incremento del coste por hora trabajada. Pero, sin duda, el reflejo más claro de la crisis económica fue el aumento del desempleo, que se situó, y se mantuvo a lo largo de todo el período que comprende este trabajo, por encima de los cuatro millones de personas. En el caso de los más jóvenes (los menores de 25 años), la tasa de desempleo se mantuvo próxima o por encima del 50 % en este mismo período de tiempo.

La crisis económica provocó, así, una importante crisis social que llegó a transformar el sistema. El nivel de vida de los hogares españoles se fue deteriorando de forma importante desde 2007. Se produjo una reducción de la renta al tiempo que su distribución se hizo menos equitativa, de forma que los niveles de desigualdad en España se situaron en 2013 en máximos históricos desde que había registros de encuestas de hogares. El reparto de la crisis económica fue muy desigual, afectando en mayor medida a los estratos inferiores que vieron cómo sus niveles de vida disminuían de forma drástica generando situaciones de pobreza y exclusión social desconocidos en nuestro país desde décadas atrás. Los datos de encuestas ponían de manifiesto, entre otras cuestiones, la evolución descendente desde 2009 y hasta 2013 de los ingresos medios por hogar, el aumento del porcentaje de españoles en riesgo de pobreza, el aumento del porcentaje de hogares que no tenían capacidad para afrontar gastos imprevistos, el aumento de hogares que no se podían permitir ir de vacaciones fuera de casa al menos una semana al año y el de hogares que tenían retrasos en los pagos de gastos relacionados con la vivienda principal.

Y frente a la mayor crisis económica y a la más grave y profunda crisis social a las que España ha tenido que hacer frente en décadas, los ciudadanos se encontraron con unas instituciones que se mostraron incapaces de atender a sus urgentes demandas de ayuda.

En especial, las instituciones políticas y, más concretamente, los partidos y los líderes políticos. A los múltiples efectos directos que la crisis económica estaba teniendo sobre la sociedad había que añadir uno colateral que resultaba especialmente alarmante: la constatación ciudadana de carecer, cuando más necesarios resultaban, de liderazgos políticos confiables y eficientes. Este hecho provocó el alejamiento de los principales partidos políticos de una parte sustancial de los electores que se quedaron huérfanos políticos, esto es, sin un referente partidista al que apoyar, y que en las encuestas manifestaba preferir la abstención (que dejó de representar una opción vergonzante o políticamente incorrecta para pasar a ser considerada como una forma de activismo y de crítica política, por lo menos en los sondeos) antes que apoyar a cualquiera de los partidos existentes hasta ese momento (nos referimos a los años previos a la aparición de Podemos y al salto a la política nacional de Ciudadanos).

En este sentido, concurrían simultáneamente, y en un corto período temporal, las dos circunstancias que según la teoría de la politóloga Jana Morgan, son las que acaban provocando el colapso de un sistema de partidos: la transformación del sistema propiciada por las crisis económica y social y el desmoronamiento partidista consecuencia de la incapacidad de los partidos políticos de solventar los problemas urgentes de los ciudadanos provocados por ambas crisis. Morgan plantea la hipótesis según la cual, en un contexto como el descrito, un sistema de partidos acaba colapsando cuando el sistema en su conjunto falla a la hora de conectar con la mayoría de los ciudadanos. Las desvinculaciones entre el sistema y los ciudadanos que, acaban provocando el colapso de un sistema de partidos son tres: la representación programática, la incorporación de intereses y el deterioro del clientelismo.

En el caso de España, estas tres desvinculaciones se produjeron en el periodo de tiempo que abarcan la IX y la X Legislatura en España (desde las elecciones generales de marzo de 2008 hasta las de diciembre de 2015). El presente trabajo analiza los resultados de las elecciones y los datos de opinión de los sondeos demoscópicos llevados a cabo por el Metroscopia (instituto privado de opinión pública) y el Centro de Investigaciones Sociológicas (de carácter público) durante este período de tiempo, y que reflejan con claridad cómo se han ido produciendo las tres desvinculaciones entre los ciudadanos y el sistema que señala Morgan en su teoría. Unas desvinculaciones que provocaron un realineamiento electoral de los ciudadanos que concluyó en el colapso del sistema de partidos español en las elecciones del 20 de diciembre de 2015. Se pasó de un

bipartidismo imperfecto vigente en las últimas décadas y caracterizado por la alternancia en el Gobierno de uno de los dos principales partidos (PP y PSOE), a un cuatripartidismo competitivo con cuatro fuerzas políticas orientadas hacia el gobierno, es decir, con disponibilidad para coaliciones gubernamentales (PP, PSOE, Podemos y Ciudadanos).

En el proceso, se quebraron los tres vínculos entre el sistema y los ciudadanos. En primer lugar, el de la representación programática. Desde las elecciones generales de 2008 —las últimas ganadas por el PSOE con Zapatero al frente— y hasta las de 2011 —cuando se produjo un recambio en el Gobierno nacional y el PP sustituyó al PSOE tras dos legislaturas consecutivas de gobierno socialista— la insatisfacción ciudadana tanto con el Gobierno como con la oposición alcanzó porcentajes nunca antes conocidos. Por un lado, y por primera vez en nuestra historia democrática, la desconfianza hacia los dos principales candidatos a presidir el Gobierno de la nación era un sentimiento compartido por la amplia mayoría de la población. A lo largo de todo el mes anterior a la celebración de las elecciones generales de 2011, los porcentajes de ciudadanos que manifestaban su desconfianza hacia los dos principales candidatos a presidir el Gobierno —el socialista Alfredo Pérez Rubalcaba y el popular Mariano Rajoy— eran ampliamente mayoritarios. Y así se mantuvieron hasta el día previo a los comicios: en la jornada de reflexión, el 75 % de los españoles llamados a las urnas decía que Rubalcaba le inspiraba poca o ninguna confianza y lo mismo decía de Rajoy el 66 %. Por otro lado, se llegaba a la cita electoral con una percepción ciudadana de la política, de los políticos y de los partidos políticos abrumadoramente negativa. De hecho, para la mayoría de la ciudadanía estos últimos pasaron a ser una parte del problema y no de la solución. En el Barómetro de octubre de 2011 de CIS (un mes antes de las elecciones), “los políticos en general, los partidos políticos y la política” pasaron a ocupar para los ciudadanos el tercer puesto del ranking de problemas que sufría España en esos momentos, solo por detrás del paro y los problemas de índole económica. En este mismo sentido apuntaban los datos del Barómetro de Confianza Institucional de Metroscopia iniciado en 2011. La profunda y prolongada crisis económica causó en el caso concreto, pero no único, de nuestro país, una paralela, clara y profunda crisis de confianza ciudadana en las instituciones más estrechamente relacionadas con el ámbito político. En los años previos a las elecciones de 2011, los españoles venían reprochando de forma masiva (sin diferencias en función de la edad o de la ideología) a los partidos políticos y a sus líderes su incapacidad para alcanzar los grandes acuerdos que los ciudadanos entendían que demandaba la crisis. Año

tras año, los ciudadanos constataban la carencia de liderazgos políticos confiables y eficientes cuando más necesarios resultaban y, en cada oleada de este Barómetro de Confianza Institucional, situaban en los últimos puestos del ranking a los políticos, a los partidos políticos, al Gobierno, al Parlamento, a los Ayuntamientos y a las Comunidades Autónomas. Al mismo tiempo, la sensación mayoritaria de que quienes marcaban la agenda económica española no eran los partidos políticos nacionales sino organismos internacionales (los mercados, la troika, Europa...) fue socavando la confianza ciudadana en el sistema: los principales partidos políticos no tenían margen de maniobra —o así se percibía— para aplicar políticas diferentes a las marcadas por esos agentes externos. A este argumento contribuyó que a falta de tan solo tres meses para la celebración de las elecciones de 2011, el 23 de agosto, el entonces presidente del Gobierno, el socialista José Luis Rodríguez Zapatero, propusiera la reforma del artículo 135 de la Constitución para incluir en el texto el concepto de “estabilidad presupuestaria” por el que se daba prioridad al pago de la deuda pública. La reforma fue apoyada por los dos partidos mayoritarios, PSOE y PP (a los que se unió Unión del Pueblo Navarro), sin contar con las opiniones de los diputados del resto de los partidos políticos con representación parlamentaria. Una reforma (la primera de calado desde que se aprobó la Constitución en el año 78) que fue interpretada como una imposición al Gobierno español por parte de poderes y organismos supraestatales. Una interpretación correcta como se pudo comprobar posteriormente.

A esas elecciones de 2011 el PSOE ya llegaba con claros síntomas de desgaste. A lo largo de la IX Legislatura —la segunda de Zapatero al frente del Gobierno— una parte sustancial del electorado español que se sentía identificado con el PSOE se fue alejando del proyecto político socialista por diferentes motivos (unos más pragmáticos y otros más ideológicos) pero que, en todo caso, tenían como trasfondo la gestión política de la crisis económica llevada a cabo por el Gobierno. Los socialistas no lograron recuperar a estos votantes —los denominados en este estudio “huérfanos” políticos del PSOE— ni captar a otros nuevos procedentes de otras opciones políticas. Este hecho impidió la continuidad de los socialistas al frente del Gobierno. En las elecciones de 2011 el PSOE obtiene, hasta ese momento, su peor resultado histórico en unas elecciones generales desde la restauración de la democracia en nuestro país. La pérdida de electores fue más estructural que coyuntural: una gran parte de los votantes que se alejaron electoralmente del PSOE a lo largo de esa legislatura no retornaron en procesos electorales posteriores. Los socialistas perdieron su condición de recambio, de volver a ser la alternativa

gubernamental al PP y, por tanto, de mantener el sistema. Durante el periodo en el que el bipartidismo fue el sistema de partidos representativo de España, los dos principales partidos se alternaban en el Gobierno de la nación. La única duda parecía estribar en cuanto tiempo iba a tardar cada partido en ocupar el puesto del otro. Sin embargo, a lo largo de esta IX Legislatura el PSOE simplemente dejó de ser percibido por la mayoría de los ciudadanos como una opción futura de recambio gubernamental al PP.

En las elecciones generales de 2011 el PP sí cumple su función de recambio y pasa a gobernar España con su mejor resultado histórico y con una abultada mayoría absoluta. Vuelve a producirse la alternancia entre los dos grandes partidos, si bien, parece ser la última oportunidad que los españoles dieron al bipartidismo. Tras los comicios, las políticas adoptadas por el Gobierno del PP para intentar combatir a la crisis económica —que lejos de remitir, aumentaba en profundidad y extensión— no se diferenciaron sustancialmente —o así lo percibía la mayoría de ciudadanos— de las aplicadas por el último Gobierno socialista. El PP implementó una serie de medidas económicas que diferían muy poco de las llevadas a cabo por el anterior Gobierno del PSOE y con un resultado similar (o, al menos, así se apreciaba): la crisis seguía sin remitir. Las medidas adoptadas por el Gobierno del PP volvían a ser percibidas—como ya lo habían sido las medidas anticrisis de Zapatero por la mayoría de los ciudadanos— ineficaces e impuestas desde fuera. La percepción predominante entre gran parte de la ciudadanía volvía a ser que la acción política estaba secuestrada por entes como la troika, los representantes del sistema financiero internacional o determinadas élites político económicas. El PP, que en las elecciones de 2011 había asumido el papel asignado por los electores de ser el partido de recambio en el Gobierno, perdió a lo largo de la X Legislatura su condición de fuerza política de continuidad: la mayoría de los ciudadanos no percibieron que la solución a los problemas que atravesaba España en esos momentos fuera un nuevo gobierno del PP. Pero tampoco lo era un Gobierno de recambio del PSOE. Sin continuidad y sin recambio los españoles consideraron que lo necesario era un cambio. Un cambio que, como señala Morgan, los ciudadanos tuvieron que buscar fuera del sistema vigente porque dentro de él no encontraron ninguna opción política o ideológica que les resultara creíble. Los otros dos partidos de ámbito nacional —IU y UPyD— no cumplieron con su potencial función ni de recambio ni de cambio: mejoraron sus expectativas electorales porque lograron atraer a una parte de los huérfanos políticos que fueron dejando por el camino tanto PSOE como, posteriormente, el PP, pero no se constituyeron como fuerzas políticas de Gobierno alternativas a las representadas por los dos principales partidos. La vinculación basada en

la representación programática quedaba, así, deteriorada.

En segundo lugar, a lo largo de este período que aquí se analiza, se rompió el vínculo ligado a la estrategia de incorporación de intereses. La crisis económica mundial provocó una importante crisis social caracterizada, principalmente, por un aumento de las tasas de paro y un incremento de las desigualdades sociales hasta niveles prácticamente desconocidos en, al menos, los anteriores cuarenta años. Estas transformaciones sociales provocaron la expulsión del sistema de importantes grupos sociales (especialmente los jóvenes) que dejaron de sentirse representados por el sistema y por los partidos políticos existentes. Lejos de autoexcluirse, lo que estos grupos reclamaban era participar activamente en las soluciones políticas. Eran críticos pero no desinteresados políticamente. Pero enfrente se encontraron unos partidos cartelizados, esto es, rígidos en su funcionamiento, endogámicos y alejados de las necesidades y de las demandas de sus conciudadanos. Probablemente la materialización más evidente de esta percibida exclusión de la vida política de una parte sustancial de la ciudadanía fuera el movimiento 15M . Su presentación en público tuvo lugar una semana antes de las elecciones municipales y autonómicas de mayo de 2011 y su lema más conocido y coreado explica, por sí solo, el deterioro de la estrategia de incorporación de intereses: “No nos representan”, en alusión a los principales partidos políticos. Un dato relevante que también ayuda a explicar la incorporación limitada de grupos sociales y que no puede pasar inadvertido es que en el mes de julio de 2011 se hizo público que por primera vez en la historia reciente de España se perdía población: las emigraciones superaban a las inmigraciones. Muchos españoles y, sobre todo, muchos jóvenes tuvieron que emigrar fuera de España en busca de trabajo.

Y, en tercer lugar, a lo largo de estos años se produce el deterioro del clientelismo. El clientelismo deja de ser una opción electoralmente elegible como consecuencia de la conjunción de dos hechos: la fuerte crisis económica y los casos de corrupción política que han salpicado la política nacional desde el inicio de la misma. La corrupción (el clientelismo) presente en el periodo temporal que abarca este estudio, no supuso, por supuesto, una novedad en nuestra historia democrática, pero con el avance y profundización de la crisis económica y la consecuente crisis social, la corrupción emergió como un problema que afectaba a los ciudadanos directamente y de manera personal. La crisis económica redujo, sin duda, las redes de corrupción política debido a

la disminución de los recursos disponibles. Pero también, y quizá sea lo más relevante en el caso español, redujo los incentivos que los electores podían tener para votar a los partidos salpicados por casos de corrupción. La combinación de crisis económica y corrupción llevó a muchos electores, que se sentían traicionados, a dejar de identificarse con aquellos partidos vinculados a esas prácticas socialmente reprobables y, por tanto, a no votarlos. El sistema político clientelar y la corrupción hicieron que los españoles percibieran que ni el Estado ni el mercado (la economía) estaban al servicio de los ciudadanos. Decaía, así, el vínculo asociado al clientelismo. Si hasta ese momento los electores no habían castigado electoralmente la corrupción fue, probablemente, porque no encontraban alternativas partidistas en el “mercado electoral” que le ofrecieran las suficientes garantías para regenerar la vida política nacional. Pero esto cambió desde el momento que surgen las dos nuevas opciones políticas —Podemos y Ciudadanos— que, según la mayoría de encuestas preelectorales, tenían la posibilidad de romper las costuras bipartidistas que parecía imponer el sistema (y a la que los ciudadanos acusaban directamente de ser responsables de la corrupción política) y provocar —con un discurso, además, de regeneración política— que la corrupción empezara a tener coste electoral.

La materialización del colapso del sistema de partidos se produjo en las elecciones generales celebradas el 20 de diciembre de 2015. A pesar de que entre 2011 y 2015 el censo electoral aumentó en más de setecientos mil votantes, y aunque la participación total se incrementó en ocho décimas entre una elección y otra, los cuatro principales partidos políticos de ámbito nacional perdieron conjuntamente en esos cuatro años casi siete millones de votos (6.835.126) y 97 escaños (de 312 diputados pasaron a sumar 215). Por un lado, el PP perdió entre ambas elecciones más de tres millones y medio de votos, pasando de lograr su mejor resultado histórico en 2011 con 10.866.566 votantes a 7.236.965. El PSOE, por su parte, se dejó en ese tiempo casi un millón y medio de electores (de 7.003.511 votos pasó a 5.545.315, su peor resultado histórico hasta ese momento). Una sustancial pérdida si se tiene en cuenta que el retroceso electoral del PSOE se había producido ya de manera abrupta en las elecciones de 2011 cuando perdió con respecto a los comicios precedentes de 2008 más de cuatro millones. En solo dos legislaturas (la IX y la X) el PSOE perdió, por tanto, casi seis millones de votos: de los 11.289.335 conseguidos en 2008 a los 5.545.315 en 2015. Por su parte, IU pasó de tener 1.686.040 votos en 2011 a 926.783 en 2015 cuando se presentó en la coalición Unidad Popular: una pérdida de casi ochocientos mil votos que le supuso, a su vez, una pérdida



de nueve escaños (pasó de 11 a 2). Y UPyD pasó a la irrelevancia política en 2015 al perder casi un millón de votos (de 1.143.225 a tan solo 155.153) y quedarse sin representación en el Parlamento. Un desgaste de los partidos tradicionales que vino acompañado del éxito electoral de dos formaciones políticas que por primera vez se presentaban a unas elecciones generales en el conjunto de España: Podemos y Ciudadanos. Entre las dos sumaron casi nueve millones de votos (5.189.333 votos los primeros y 3.500.446 los segundos) y casi un tercio de los diputados del Congreso (109: 69 y 40, respectivamente).

En las elecciones generales del 2015, y por primera vez en la reciente historia democrática de España, cuatro partidos políticos lograban, así, superar el 10 % de los votos sin que ninguno de ellos alcanzara el 30 %. El PP obtuvo el 28.7 %, el PSOE el 22 %, Podemos el 20.7 % y Ciudadanos el 13.9 %. Además, la diferencia entre el primer y el cuarto partido, tanto en número de votos como en número de escaños, fue la más reducida que nunca antes, hasta ese momento, se había producido: 15.8 puntos porcentuales y 83 diputados. Asimismo, el número de escaños logrado por el ganador aritmético de los comicios —la formación política que consiguió más votos que, en este caso, volvió a ser el PP— fue el más bajo de todos los procesos electorales anteriores (123). Y fue, también, la primera vez que el segundo partido se quedaba por debajo de los 100 diputados (el PSOE logró 90, su peor resultado histórico hasta ese momento). Por otro lado, nunca antes la suma de porcentajes de votos y la suma de escaños de los dos partidos principales —los representantes del bipartidismo— habían sido tan reducidas: 50.7 % y 213 diputados (un 60.9 % del total de los 350 escaños que componen el Congreso de los Diputados).

Desde antes de 2011 los españoles venían demandando, a través de las encuestas, cambios en la ley electoral para hacerla más proporcional y que, así, otros partidos que no fueran PSOE y PP pudieran ser más competitivos y necesarios para la formación de gobiernos. Y desde el surgimiento del 15M la mayoría abogaba por la creación de nuevos partidos en la escena política española. El cambio tan reclamado y deseado por la mayoría de los ciudadanos por fin se materializaba en las elecciones de 2015 en forma de un cuatripartidismo competitivo. Un cambio que no fue más profundo porque los dos partidos tradicionales resistieron, en gran medida, por la existencia de dos brechas sociodemográficas. La primera, la brecha generacional: en este proceso de colapso los partidos tradicionales han perdido a sus votantes más jóvenes pero han mantenido a los

electores de mayor edad —donde los partidos emergentes han encontrado muchas dificultades para lograr acceder—, que además de ser más numerosos son los que manifiestan una mayor predisposición a acudir a votar que el resto de segmentos de edad. La segunda es la brecha geográfica: los partidos tradicionales se han hecho fuertes en los hábitats rurales y semiurbanos donde a los partidos emergentes —preponderantes en hábitats urbanos— no acceden con facilidad.

En las elecciones del 2015, el formato bipartidista característico del sistema de partidos español en las últimas décadas, colapsa. Aparecen terceros partidos que, ya sí, impiden que los principales gobiernen solos. La del 20 de diciembre de 2015 es la primera noche electoral en la que los españoles se fueron a la cama sin saber quién iba a ser su próximo presidente del Gobierno. Era el turno de los partidos políticos y de sus líderes para llevar a buen puerto aquello que los ciudadanos habían decidido con su voto. El PP había vuelto a ser el ganador aritmético pero no —o no de momento— el ganador político. Iban a ser necesarios pactos y/o acuerdos entre diferentes partidos para investir a un Presidente y para conformar un nuevo Gobierno. Y podía ocurrir algo que también hubiera sido novedoso en el caso español: que un partido que no fuera el más votado ni el que mayor número de escaños había logrado, acabara gobernando —bien en solitario bien en coalición—. Pedro Sánchez, el líder del PSOE, con el apoyo de los diputados de los dos partidos emergentes, o con el apoyo de los diputados de uno de los dos partidos y la abstención de los del otro, podría haber llegado a ser el nuevo presidente del Gobierno de España. Y esto a pesar de que los socialistas no solo no habían sido los ganadores aritméticos de las elecciones sino que, además, habían logrado su peor resultado histórico hasta ese momento. De hecho, la opción de Sánchez como Presidente llegó a ser la más probable que podría haber ocurrido después de que Mariano Rajoy rechazara ante el rey Felipe IV presentarse a una investidura lo que dio pie a que el candidato socialista se postulara. Finalmente —otra novedad en la historia reciente de España— Sánchez no logró el apoyo de la mayoría del Congreso para ser investido Presidente y —a falta de nuevos candidatos— hubo que repetir las elecciones. La XI Legislatura finalizó el 3 de mayo de 2016 pasando a ser —más novedades— la más corta de la democracia española: solo duró 111 días. Con todo, a pesar de la incapacidad de los partidos para ponerse de acuerdo, el español medio, tal y como quedaba reflejado en los sondeos de opinión, distaba mucho de experimentar la sensación de que el mayor pluralismo parlamentario que se había producido equivaliera necesariamente a ingobernabilidad. Algo que quedó demostrado en esos segundos comicios consecutivos. El 26 de junio se repitieron las

elecciones generales a las que concurren como candidatos de las cuatro principales fuerzas políticas, las protagonistas del cuatripartidismo, los mismos líderes que en 2015: Rajoy por el PP, Sánchez por el PSOE, Pablo Iglesias por Podemos y Albert Rivera por Ciudadanos. La gran novedad de esas elecciones fue la unión de Podemos, IU y Equo en una coalición que se presentó bajo la denominación de Unidos Podemos. Los resultados de estos comicios mantuvieron el sistema cuatripartidista. De nuevo los mismos cuatro partidos que en 2015 obtuvieron porcentajes sobre voto válido por encima del 10 % pero, esta vez, uno de ellos superó el 30 %. El PP volvió a ser el partido más votado (el ganador aritmético) y con el 33.0 % de los votos (4.3 puntos más que el 20D) fue el único de los cuatro que mejoró sus resultados con respecto a los obtenidos seis meses antes. A pesar de que la participación electoral descendió 3.4 puntos, los populares consiguieron casi setecientos mil votos más que le permitieron añadir 14 diputados a los 123 logrados en 2015 (en total, 137). El PSOE volvía a ser la segunda fuerza política pero perdía más de cien mil votos y cinco diputados con respecto a los anteriores comicios lo que suponía, otra vez, su peor resultado histórico en unas elecciones generales. La coalición Unidos Podemos (conformada para estas elecciones por Podemos, IU y Equo) no solo no sumó los votos que cada partido había conseguido por separado en las elecciones de 2015 sino que restó. En número de votos pasaron de superar los seis millones el 20D a quedarse en prácticamente cinco. Eso sí, consiguieron mantener el mismo número de diputados que habían obtenido por separado: 71. Ciudadanos, por su parte, perdió en torno a cuatrocientos mil votos y ocho diputados. Las urnas arrojaban, así, un resultado en el que, de nuevo, eran necesarios los pactos y acuerdos para poder investir al siguiente Presidente y para la conformación de un Gobierno. Esta vez sí, Rajoy aceptó el encargo del rey para intentar formar Gobierno y el 31 de agosto se postuló como candidato en el Congreso para intentar conseguir los apoyos necesarios para ser investido. Algo que, como ya le había ocurrido a Sánchez durante la anterior legislatura, no logró en ninguna de las dos votaciones.

El colapso del sistema de partidos español y su transformación de un esquema bipartidista a otro multipartidista competitivo ocurrió en las elecciones generales del 20 de diciembre de 2015. Ahí se produjo el cambio que venían reclamando los españoles sondeo tras sondeo —y que iban plasmando con su comportamiento electoral en las diferentes elecciones celebradas en el período que abarca este estudio—. Pero en el momento de finalizar este trabajo, cuando han transcurrido más de nueve meses desde aquellas elecciones de 2015, el cambio todavía no ha echado a andar. No ha habido aún actividad

parlamentaria que permita a los ciudadanos evaluar el nuevo sistema de partidos. Cuando se inicie, ¿hacia dónde se encaminará? Esta es la pregunta que deja abierta nuevas posibilidades de análisis en el futuro. Hoy por hoy, según un sondeo de Metroscopia, una mayoría de españoles prefiere antes un parlamento que tenga más peso a la hora de tomar decisiones políticas y aprobar leyes que lo contrario (65 % frente a 27 %). Aún no se puede aventurar cómo será la evolución de la legislatura una vez que se ponga en marcha, pero lo que no cabe duda es que, en función de cómo se desarrolle esta, el comportamiento de la opinión pública y de los electores se verá afectado. Puede que se reafirmen en el multipartidismo y que este se haga más o menos competitivo. Pero puede, también, que los ciudadanos opten por regresar a un sistema de partidos de formato bipartidista en el que, tradicionalmente en España, ha sido menos dificultoso la conformación de Gobiernos. Ahora bien, esa hipotética nueva fase bipartidista, ¿estaría protagonizada de nuevo por los dos partidos tradicionales que la han representado en los últimos decenios: PSOE y PP? ¿Serían sustituidos, los dos o uno de ellos, por alguno de los dos partidos denominados emergentes: Podemos y Ciudadanos? De momento tenemos las preguntas. Hay que esperar un tiempo para obtener las respuestas.



## IX. BIBLIOGRAFÍA

- AA.VV.: La urna rota. La crisis política e institucional el modelo español, Debate, Barcelona, 2014, pág. 73-74
- AGUILERA DE PRAT, C.R.: “Balance y transformaciones del sistema de partidos en España (1977-1987)” en Revista Española de Investigación Social núm. 42, 198, págs. 137-153.
- AINWARING, S. y TORCAL, M.: “La institucionalización de los sistemas de partidos y la teoría del sistema partidista después de la tercera ola democratizadora” en América Latina Hoy núm. 41, 2009.
- ALCÁNTARA, M., DEL CAMPO, E. y RAMOS, M.L.: “La naturaleza de los sistemas de partidos políticos y su configuración en el marco de los sistemas democráticos en América Latina” en Partidos políticos y gobernabilidad en América Latina, 1997, págs. 1-42
- ALCÁNTARA SÁEZ, M.: “Un esquema de análisis para el estudio de los partidos políticos en procesos de transición: fundación frente a tradición” en Papers (revista de sociología) núm. 49, 1996, págs. 33-46.
- ALCÁNTARA SÁEZ, M.: “Análisis comparado del papel de los partidos en los procesos de transición política”, en El fin de siglo y los partidos políticos, DUTRÉNIT, S. y VALDÉS, L. (coords.), Instituto Mora y Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa, México, 1994, págs. 19-34.
- ALMOND, G. y VERBA, S. (1963): The Civic Culture: Political Attitudes and Democracy in Five Nations, Princeton University Press, Princeton.
- ALVIRA MARTÍN, F. (2004): La encuesta: una perspectiva general metodológica. Cuadernos Metodológicos núm. 35, Centro de Investigaciones Sociológicas, Madrid.
- ALZAGA, O. (2011): Del consenso constituyente al conflicto permanente, Editorial Trotta
- AMORIM NETO, O. y COX, G.: “Electoral institutions, cleavage structures, and the number of parties” en American Journal of Political Science núm. 41, 1997, págs. 149-174
- AMORIN NETO, O. y COX, G.W.: “Electoral Institutions, Cleavages Structures, and the number of parties” en American Journal of political science núm. 41, 1997, págs. 149-174
- ANDUIZA, E. y Bosch, A. (2004): Comportamiento político y electoral. Ariel Barcelona.

- ARIAS SALGADO, R. (1988): “Sistema de partidos” en *Cuenta y razón* núm. 35, 1998, págs. 73-86
- ARTIAGA-GONZÁLEZ, A. (1999): “Enfoques para el estudio de los sistemas de partidos” en *Realidad Revista de Ciencias Sociales y Humanidades* núm. 71, 1999, págs. 545-559
- AUBRY, M. y DOCKENDORFF, A.: “Cuarenta años no son nada: ¿la reposición del clivaje autoritarismo-democracia en el sistema de partidos chileno?” en *Revista de Sociología* núm. 29, 2014 págs. 9-36
- BALAGUER, J. y SANZ, A. “La segunda ola de la crispación: competición y polarización en la VIII legislatura” en *Elecciones Generales 2008*, MONTERO, J.R. y LAGO, I. (eds.), Centro de Investigaciones Sociológicas, Madrid, 2010, págs. 61-91
- BARREIRO, B. “14-m: elecciones a la sombra del terrorismo” en *Claves* núm. 141, 2004, págs. 14-22.
- BARREIRO, B. y SÁNCHEZ-CUENCA, I.: “Análisis del cambio de voto hacia el PSOE en las elecciones de 1993” en *Revista Española de Investigaciones Sociológicas* núm. 82, 1998, págs. 191-211.
- BERELSON, B., y JANOWITZ, M. (1953): *Reader in Public Opinion and Communication*, Ed. Free Press of Glencoe, Illinois.
- BERINSKY, A. J.: “Political Context and the Survey Response: The Dynamics of Racial Policy Opinion», en *The Journal of Politics*”, núm. 64, 2002, págs. 567-584.
- BERINSKY, A. J. (2006): *Silent Voices: Public Opinion and Political Participation in America*, Princeton University Press, Princeton.
- BEYME, K. V. (1993): *La clase política en el Estado de partidos*, Alianza Editorial, Madrid.
- BLONDEL, J. (1968): “Party Systems and Patterns of Government in Western Democracies” en *Canadian Journal of Political Science* 1 núm. 2, 1968, págs. 184-187.
- BOBBIO, N., PONTARA, G. y VECA, S. (1985): *Crisis de la democracia*, Ariel, Barcelona.
- BOURDIEU, P. (2000): *Cosas dichas*, Gedisa Editorial, Barcelona, págs. 185-191.
- BOURDIEU, P.: “L’opinion publique n’existe-pas”, en *Questions de sociologie*, Les Éditions de Minuit, Paris, 1984, pág. 224.
- BROUGHTON, D., y M. DONOVAN, (eds.) (1999): *Changing Party Systems in Western Europe*, Pinter, Londres.

- BUSTAMANTE, F. (1991): “Sistema de partidos políticos y “clivajes” electorales en la transición chilena” en *América Latina Hoy* núm. 2, 1991, págs.. 27-37
- CACIAGLI, M. (1986): *Elecciones y partidos en la transición española*, CIS/Siglo XXI, Madrid.
- CACIAGLI, M.: “España 1982: las elecciones del cambio” en *Revista Española de Investigación Social* núm. 84, 1984, págs. 85-118
- CAÍNZOS, M.: “La evolución del voto clasista en España, 1986-2000” en *Zona Abierta* núm. 96/97, 2001, págs. 91-171
- CAMPELL, A., GURIN, G. y MILLER, W.E. (1954): *The Voter Decides*. Evanston, Ill.: Row, Peterson.
- CAVAROZZI, M. y ABAL MEDINA, J. (comp.) (2002): *El asedio a la política. Los partidos latinoamericanos en la era neoliberal*, Ediciones Homo Sapiens, Buenos Aires.
- CAZORLA PÉREZ, J. y MONTABES PEREIRA, J.: “El sistema de partidos en España” en *Curso de Partidos Políticos*, MELLA MÁRQUEZ (ed.), Akal Universitaria, Madrid, 1997. Págs. 263-314.
- CHARRON, N., LAPUENTE, V., ROTHSTEIN, B. (eds.): “Measuring the Quality of Government in the UE and Sub-national Variation”, Report for the European Commission Directorate-General Regional Policy and Directorate Policy Development. EU 2010. Brussels.
- COLOMER, J.M. (1995): *La política en Europa*, Ariel, Barcelona.
- COTARELO, R. Y BOBILLO, F.J.: "El Sistema de Partidos", en *España a debate I. La política*, VIDAL-BENEYTO, J. (ed.), Tecnos, Madrid, 1991, págs. 15-26.
- CROZIER, M.J., HUNTINGTON, S.P. y WATANUKI, J. (1975): *The Crisis of Democracy*, New York University Press, New York.
- CROWNE, D.P. y MARLOWE, D. (1960): “A new scale of social desirability independent of psychopathology” en *Journal of Consulting Psychology* núm. 24(4), 1960, págs. 349-354.
- DAADLER, H. (1990): “The reach of the party system” en *The West European Party System*, MAIR, P. (ed.), Oxford University Press, Oxford, 1990, págs. 78-90
- DAALDER, H., y P. MAIR, (eds.) (1983): *Western European Party Systems: Continuity and Change*, Sage, Londres.
- DAHL, R. (1966): *Political Oppositions in Western Democracies*, Yale U. Press, New Haven.



- DAHL, R. (1999): La democracia. Una guía para los ciudadanos, Ed. Taurus, Madrid, pág. 162
- DEL CASTILLO, P. y DELGADO, I: “Las elecciones legislativas de 1993: movilidad de las preferencias partidistas” en Comportamiento político y electoral, DEL CASTILLO, P. (edit.), Centro de Investigaciones Sociológicas, Madrid, 1994, págs. 125-148
- DEMAIO, T.: “Social Desirability and Survey Measurement: A Review” en Surveying Subjective Phenomena, TURNER, C.T. y MARTIN, E. (eds.), Russel Sage Foundation, Nueva York, 1984.
- DIAMOND, L. (1999): Developing democracy. Toward consolidation, The Johns Hopkins University Press, Baltimore
- DOWNS, A.: "Teoría económica de la acción política en una democracia" en Diez textos básicos de ciencia política, BATLLE, A. (ed.), Ariel, Barcelona, 1992.
- DUVERGER, M. (1981): Los partidos políticos, Ed. Fondo de Cultura Económica, Madrid,.
- DUVERGER, M. (2002): Los partidos Políticos, Ed. S.L. Fondo de Cultura Económica de España, Madrid.
- ECKSTEIN, H.: “Partidos políticos: el partido en cuanto parte del sistema”, en Enciclopedia Internacional de Ciencias Sociales, Aguilar, Madrid, 1978, pág. 644.
- Equality in America” en American Journal of Political Science, núm. 46, 2002, págs. 276-287.
- FERRÁNDIZ, J.P.: “Cuatro meses de Gobierno de Rajoy (enero-abril 2012)” en Pulso de España 2 (enero 2011-mayo 2012), TOHARIA, J.J., Biblioteca Nueva. Fundación José Ortega y Gasset, Madrid, 2012, págs. 71-75.
- FERRÁNDIZ, J.P. y CAMAS GARCÍA, F.: “Perfil del votante, efecto campaña y transformación del sistema de partidos” en XII Congreso Español de Sociología GT 41 Opinión Pública y demoscopia, 2016
- FINER, S.E. (ed.) (1975): Adversary Politics and Electoral Reform, Anthony Wigram, London,
- FISHKIN, J.S. (1995): The voice of the people. Public opinión and democracy, Yale University Press, New Haven and London
- FONT, J. y MATEOS, A.: “La participación electoral”, en Elecciones Generales 2004, MONTERO, J.R., LAGO, I., TORCAL, M. (edit.), CIS, Madrid, 2007, págs.
- FRAILE, M. (2005): Cuando la economía entra en las urnas. El voto económico en España (1979-1996), CIS, Madrid.

- GALLI, G. (1966): *Il bipartidismo imperfetto: comunista e democristiani*, Il Mulino, Bolonia.
- GOERLICH GISBERT, F.J. (2016): *Distribución de la renta, crisis económica y políticas redistributivas*, Fundación BBVA, Bilbao.
- GOODIN, R. y KLINGEMANN, H.D. (eds.) (2001): *Nuevo manual de Ciencia Política*. Tomo I, Istmo, Madrid, págs. 102-121
- GRAMSCI, A. (1977): *Pasado y Presente*. Gedisa. Barcelona.
- GUNTER, R.; SANI, G.; SHABAD, G. (1986): *El sistema de partidos políticos en España: génesis y evolución*, CIS, Madrid.
- GUNTHER, R.: “Leyes electorales, sistemas de partidos y élites: el caso español” en *Revista Española de Investigación Social* núm. 47, 1989, págs. 73-106
- HIRSCHMAN, A.O. (1977): *Salida, voz y lealtad. Respuesta al deterioro de empresas, organizaciones y Estados*, Fondo de Cultura Económica, México.
- HOFSTADTER, R. (1967): *The American political tradition and men who made it*, A.A. Knopf, New York.
- HUNTINGTON, S.F. (1994): *La tercera ola: la democratización a finales del Siglo XX*, Paidós Ibérica, Barcelona
- INKELES, A. (1964): *What is Sociology?*, Ed. Prentice-Hall, New York, pág. 8
- JANDA, K.: “Comparative political parties: research and theory” en *The State of the Discipline II*, FINIFTER, A.W., Am. Polit. Sci. Assoc. Gibbard, Washington, 1993, págs. 163-92.
- JONES, M.W.H. (1954): *In defence of apathy. Some Doubts on the Duty to vote* *Political Studies* (vol. 2, nº1, pp. 25-37)
- JUSTEL, M. (1995): *La abstención electoral en España. 1977-1993*, Centro de Investigaciones Sociológicas, Madrid
- KARKOVEN, L. y KUHNLE, S. (eds.) (2001): *Party Systems and Voter Alignments Revisited*, Routledge, Londres.
- KARVONEN, L., y S. KUHNLE, (eds.) (2001): *Party Systems and Voter Alignments Revisited*, Routledge, Londres.
- KATZ, R.S. y MAIR, P.: “El partido cartel. La transformación de los modelos de partidos y de democracia de partidos”, en *Zona Abierta* núm.108-109, 2004, págs. 9-42.
- KEY, Jr. y VALDIMER, O.: “A Theory of Critical Elections” en *Journal of Politics* núm. 17, 1955, págs. 3-18

- KIM, JAE-ON y MAHN-GEUM OHN: "A theory of minor party persistence: election rules, social cleavages and the number of political parties" en *Social Forces* núm. 70, 1992, págs. 575-599.
- KIRCHHEIMER, O.: "The Transformation of West European Party System", en *Political Parties and Political Development*, LAPALOMBARA, J. y WEINER, M. (eds.), Princeton University Press, Princeton, 1996.
- KUECHLER, M. y DALTON, R.J.: "New social movements and the political order: inducing change for long-term stability?" en *Challenging the Political Order*, DALTON, R.J. y KUECHLER, M. (eds.), New York University Press, New York, 1990.
- KURER, O: "Why do voters support corrupt politicians?" en *The political economy of corruption*, JAIN, A.K. (ed.), Routledge, London, 2001
- LA PALOMBARA, J. y WEINER, M. (eds.) (1966): *Political Parties and political development*, Princeton University Press, Princeton.
- LAGO, I. y MONTERO, J.R.: "Los mecanismos del cambio electoral. Del 11-M al 14-M" en *Claves de la Razón Práctica* núm. 149, 2005, págs. 36-44
- LAPUENTE, V. (2011): "Por qué la corrupción no se castiga" en *Documento de trabajo 2011/Nº 02*, Fundación Alternativas Política Comparada, 2011, Madrid.
- LAVAU, G.E. (1953): *Partis politiques et réalités sociales*, Ed. A. Colin, Paris.
- LEGUINA, J.: "La evolución del voto: 1982-1986. España y Madrid" en *Sistema* núm. 75, 1986, págs. 113 y ss.
- LIJPHART, A. (1990): "Dimensions of ideology in European party systems" en *The West European Party System*, MAIR, P. (ed.), Oxford University Press, Oxford, 1990, págs. 253-265.
- LIJPHART, A. (1995): *Sistemas electorales y sistemas de partidos*, Centro de Estudios Constitucionales, Madrid.
- LIJPHART, A. (1997): "Unequal participation: Democracy's unresolved dilemma" en *American Political Science Review* núm. 91, 1997, págs. 1-14
- LIJPHART, A.: "The political consequences of electoral laws, 1975-85" en *American political Science Review* núm. 84, 1990, págs. 481-496.
- LIJPHART, A. (1984): *Democracies: Patterns of Majoritarian & Consensus Government in Twenty-one Countries*, Yale University Press, New Haven.
- LINZ, J.J. y MONTERO, J.R.: "The party systems of Spain: old cleavages and new challenges" en *Cuadernos de trabajo*, núm. 138, 1999.

LINZ, J.J. y MONTERO, J.R.: (2013). "Los sistemas de partidos en España en el último cuarto del Siglo XX" en Obras escogidas 6. Partidos y élites políticas en España, MONTERO, J.R. y JEFFREY MILEY, T., Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, Madrid, págs. 627-733

LIPSET, S.M. y ROKKAN, S. (1967): "Cleavages structures, party systems and voter alignments: An introduction" en Party systems and voter alignments: Cross-national perspectives, LIPSET, S.M. y ROKKAN, S. (eds.), Free Press, New York.

LIPSET, S.M. y ROKKAN, S. (1992): "Estructuras de división, sistemas de partidos y alineamientos electorales" en Diez textos básicos de ciencia política, AA.VV, Ariel, págs. 231-273.

LLEDÓ CALLEJÓN, P.: "La influencia de los debates electorales sobre la decisión de voto: el caso de mayo de 1993 en España" en Revista Española de Ciencia Política núm. 5, 2001, págs. 143-170.

LLEDÓ CALLEJÓN, P.: "La influencia de los debates electorales sobre la decisión de voto: el caso de mayo de 1993 en España" en Revista Española de Ciencia Política núm. 5, 2001, págs. 143-170.

LLERA RAMO, F. J. (coord.) (2016): Desafección política y regeneración democrática en la España actual: diagnósticos y propuestas, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, Madrid

LLERA RAMO, F.J.: "Introducción" en España 2015. Situación social, TORRES ALBERO, C. (edit.), Centro de Investigaciones Sociológicas, Madrid, 2015, pág. 932.

LLERA RAMO, F.J.: "9-M, elecciones de continuidad. En 9-M, la investigación en unas elecciones decisivas" en Investigación y Marketing núm. 99, 2008, págs. 20-23.

LLERA RAMO, F.J.: "La política en España: elecciones y partidos políticos", en España: una sociedad en cambio, DEL CAMPO URBANO, S. y TEZANOS TORTAJADA, J.F. (coord.), 2010, págs. 239-316

LLERA RAMO, F.J.: "Partitocracia y democratización de los partidos" en Leviatán: Revista de hechos e ideas núm. 82, 2000, págs. 37-56

LOBERA, J.: "De movimientos a partidos. La cristalización electoral de la protesta" en Revista Española de Sociología núm. 24, 2015, págs. 97-105

LOBERA, J. y FERRÁNDIZ, J.P. "El peso de la desconfianza política en la dinámica electoral en España" en Partidos, medios y electores en proceso de cambio: las elecciones generales españolas de 2011, CRESPO MARTÍNEZ, I. (dir.) Tirant lo Blanch, Valencia, 2013, págs. 33-57

- LÓPEZ PINTOR, R. (1982): La opinión pública española: del franquismo a la democracia, Centro de Investigaciones Sociológicas, Madrid.
- MAIR, P. (2015): Gobernando el vacío. La banalización de la democracia occidental, Alianza Editorial, Madrid
- MAIR, P. (1998): Party System Change. Approaches and interpretations, Ed. Clarendon Press, Oxford
- MALAMUD, A.: “Partidos Políticos” en Introducción a la Ciencia Política, PINTO, J. (comp.), Eudeba, Buenos Aires, 2003, cap. 7
- MARAVALL, J.M. (2008): La confrontación política, Taurus, Madrid.
- MARAVALL, J.M.: “Los apoyos partidistas en España: polarización, fragmentación y estabilidad” en Revista de Estudios Políticos núm. 23, 1981, págs. 9-31
- MARAVALL, J.M.: “Transición a la democracia: alineamientos políticos y elecciones en España” en Sistema Revista de Ciencias Sociales núm. 36, 1980, págs. 65-106
- MARTÍNEZ i COMA, F. (2008): ¿Por qué importan las campañas electorales?, Centro de Investigaciones Sociológicas, Madrid.
- MARTÍNEZ SOSPEDRA, M.: “El sistema de partidos español: un caso de partido dominante” en Cuadernos de la Cátedra Fadrique Furió Ceriol núm. 1, 1992, págs. 77-92
- MELLA MÁRQUEZ, M.: “Los sistemas de partidos” en Curso de partidos políticos, MELLA MÁRQUEZ, M., Akal Universitaria, Madrid, 1997, págs. 197-228
- MERKL, P. H., (ed.) (1980): Western European Party Systems. Trends and prospects, The Free Press, Nueva York.
- MIQUEL, J.: (2015). La perestroika de Felipe VI, RBA, Barcelona.
- MONTERO, J.R. y GUNTHER, R.: “Los estudios sobre los partidos políticos: una revisión crítica” en Red de Cuadernos de Trabajo, 2003, págs. 9-38
- MORGAN, J. (2011): Bankrupt Representation and Party System Collapse, The Pennsylvania State University Press, Pennsylvania.
- MORRIS, D., (1997): Behind the Oval Office, Ed. Random House, New York, pág. 233.
- NOELLE-NEUMANN, E. (1995): La espiral del silencio. Opinión pública: nuestra piel social, Ed. Paidós, Barcelona.
- NOHLEN, D. (1998): Sistemas electorales y partidos políticos, Fondo de Cultura Económica, México D.F.
- NOHLEN, D. (1999): Sistema de gobierno, sistema electoral y sistema de partidos políticos. Opiniones institucionales a la luz del enfoque histórico-empírico, Tribunal

Electoral del Poder Judicial de la Federación. Instituto Federal Electoral. Fundación Friedrich Naumann, México.

NORRIS, P.: "The growth of critical citizens" en *Critical citizens. Global support for democratic governance*, NORRIS, P.(ed.), Oxford: Oxford University Press, Oxford, 1999.

OECD (2016): *Society at a Glance 2016: OECD Social Indicators*, OECD Publishing, Paris.

OÑATE, P.: "Partidos, financiación, representación y corrupción" en *España 2015. Situación social*, TORRES ALBERO, C. (edit.), Centro de Investigaciones Sociológicas, Madrid, 2015, págs. 982-983.

OÑATE RUBALCABA, P. y OCAÑA LARA, F.A.: "Elecciones de 2000 y sistemas de partidos en España: ¿Cuánto cambio electoral?" en *Revista de Estudios Políticos (Nueva Época)* núm. 110, 2000, págs. 297-336

OÑATE, P. y OCAÑA, F.A.: (2005). "Las elecciones generales de marzo de 2004 y los sistemas de partidos en España: ¿tanto cambio electoral?" en *Revista Española de Investigación Social* núm. 13, 2005,

OÑATE, P.: "Elecciones, partidos y sistemas de partidos en la España democrática" en *Transformaciones políticas y sociales en la España democrática*, MURILLO, F., GARCÍA, J.L., GARCÍA DE LA SERRANA y OTROS, Tirant lo Blanch, Valencia, 2006, págs. 399-431

ORDERSOOK, P. y SHVESTSOVA, O.: "Ethnic heterogeneity, district magnitude, and the number of parties" en *American Journal of political Science*, núm. 38, 1994, págs. 100-123

PALLARÉS, F. y MUÑOZ, J. (2009): *Las elecciones generales de 2008 en España*, Ed.Marcial Pons, 2009, págs. 792-810.

PAVÍA, J.M., BODOQUE, A., y MARTÍN, J.: "The Birth of a New Party: Podemos, a Hurricane in the Spanish Crisis of Trust" en *Open Journal of Social Sciences*, núm. 4, 2016, págs. 67-86.

PENADÉS, A. y PAVÍA, J.M. (2016): *La reforma electoral perfecta*, Catarata, Madrid.

PENNINGS, P. y LANE, J-E. (eds.) (1998): *Comparing Party System Change*, Routledge, London and New York.

PHARR, S. y PUTNAM, R. (2000): *Disaffected democracies. What's troubling the trilateral countries?*, Princeton University Press, Princeton.

- POWELL, G.B. (1982): *Contemporary democracies: participation, stability and violence*. Harvard University Press, Cambridge MA.
- PREGO, V. (2000): *Presidentes. Veinticinco años de historia narrada por los cuatro jefes de Gobierno de la democracia*, Plaza & Janés, Barcelona.
- PUTNAM, R.D. (2000): *Bowling Alone*, Simon and Schuster, Nueva York.
- RADCLIFF, B.: "The welfare state, turn out and the economy" en *American Political Science Review* núm. 86, 1992, págs. 444-456.
- RAE, D.W. (1971): *The political consequences of electoral laws*, Yale University Press, New Haven.
- RAMÍREZ JIMÉNEZ, M.: (1988). "El sistema de partidos en España 1977-87" en *REP* núm. 59, 1988, págs. 7-26
- RAMÍREZ, M.: "El Sistema de partidos en España tras las elecciones de 1989" en *Revista de Estudios Políticos (Nueva Época)* núm. 67, 1990, págs. 29-40
- RAMOS ROLLÓN, M. L.: "La dimensión política de los movimientos sociales: algunos problemas conceptuales" en *Revista Española de Investigación Social* núm. 79, 1997, págs. 247-263
- REIF, K. y SCHMITT, H.: "Nine second-order national elections. A conceptual framework for the análisis of European elections results" en *European Journal of Political Research* núm. 8, 1980, págs. 3-44.
- RODRÍGUEZ ZAPATERO, J.L. (2013): *El dilema: 600 días de vértigo*, Editorial Planeta, Barcelona.
- ROKKAN, S. (1970): *Citizens, Elections, Parties: Approches to Comparative Study of the Processes of Development*, Universitetsforlaget, Oslo.
- ROMÁN MARUGÁN, P.: "Los sistemas de partidos. Un caleidoscopio de intereses" en *Política y Sociedad* núm. 20, 1995, págs. 71-84
- ROMÁN, P. (coord.) (1995): *Sistema Político Español*, McGraw-Hill, Madrid
- SÁNCHEZ-CUENCA, I. (2012): *Años de cambios, años de crisis. Ocho años de gobiernos socialistas, 2004-2011*, Catarata, Madrid.
- SANI, G. y SARTORI, G.: "Polarization, fragmentation and competititon in Western democracies", en *Western European party systems*, DAALDER, H. y MAIR P. (eds.), SAGE, Londres, 1983, págs. 307-340
- SANTAMARÍA, J. y CRIADO, H.: "9-M elecciones de ratificación" en *Claves de Razón Práctica* núm.183, 2008, págs. 42-51.

- SANTAMARÍA, J. y CRIADO, H.: “9-M: elecciones de ratificación” en Claves de la Razón Práctica núm. 183, 2008, págs. 42-51
- SANTAMARÍA, J. y CRIADO, H.: “9-M: elecciones de ratificación” en Claves de la Razón Práctica núm. 183, 2008, págs. 42-51
- SANTAMARÍA, J.: (2008) “La transición política española revisitada” en La política, vol. 2 de España siglo XXI, JIMÉNEZ DE PARGA, M. y VALLESPÍN, F. (eds.), Biblioteca Nueva, Madrid.
- SANTAMARÍA, J.: “El azar y el contexto. Las elecciones generales de 2004” en Claves de la Razón Práctica núm. 146, 2004, págs. 28-40
- SANTAMARÍA, J.: “Elecciones generales de 1982 y consolidación de la democracia: a modo de introducción” en Revista Española de Investigación Social núm. 28, 1984, págs. 7-17
- SARTORI, G. (1980): Partidos y sistema de partidos 1, Alianza Editorial, Madrid, pág. 69.
- SCHATTSCHEIDER, E. (1948): The Struggle for Party Government, University of Maryland, Maryland.
- SCHEDLER, A.: “Under and overinstitutionalization: some ideal typical propositions concerning new and old party systems”, en The Helen Kellogg Institute for International Studies-University of Notre Dame Working Paper núm. 213, 1995.
- SCHMITT, H.: “Las elecciones al Parlamento Europeo de Junio de 2004: ¿sigue siendo de segundo orden?” en Elecciones y comportamiento electoral en la España multinivel, MOLINS, J. y OÑATE, P. (edit.), CIS, Madrid, 2006, págs.
- SEAWRIGHT, J. (2012): Party-System Collapse: The Roots of Crisis in Peru y Venezuela, Stanford University Press, California
- SOROS, G. (2008): El nuevo paradigma de los mercados financieros, Taurus, Madrid.
- SPREAFICO, A.: “Partidos, elecciones y sistemas de partidos en Italia y España” en Revista Española de Investigación Social núm. 76, 1991, págs. 281-330
- STOETZEL, J., y GIRARD, A. (1973): Las encuestas de opinión pública, Instituto de la Opinión Pública, Madrid.
- TOHARIA, J.J.: “La España actual: una sociedad enfadada, sólidamente democrática y que reclama cambios” en La realidad social de España, IGLESIAS DE USSEL, J. (comp.), Instituto Nacional de Administración Pública, Madrid, 2016, págs. 119-130.
- TOHARIA, J.J. (coord.) (2011): Pulso de España 2010. Un informe sociológico, Biblioteca Nueva. Fundación José Ortega y Gasset, Madrid.



- TORCAL, M y FONT J. (eds.) (2012); Elecciones Europeas 2009, Centro de Investigaciones Sociológicas, Madrid
- TORREBLANCA, J.I. (2015): Asaltar los cielos. Podemos y la nueva política, Debate, Barcelona.
- TUSELL, J. (1999): Historia de España en el siglo XX. IV. La transición democrática y el gobierno socialista, Taurus, Madrid, pág. 57
- TUSELL, J. (1999): Historia de España en el siglo XX. IV. La transición democrática y el gobierno socialista, Taurus, Madrid, pág. 57.
- TUSELL, J., LAMO DE ESPINOSA, E. y PARDO, R. (eds.) (1996): Entre dos siglos. Reflexiones sobre la democracia española, Alianza, Madrid.
- URQUIZU, I. (2016): La crisis de representación en España. Editorial Catarata. Madrid
- URQUIZU, I: “La segunda legislatura de Rodríguez Zapatero” en Elecciones generales 2011, ANDUIZA, E., BOSCH, A., ORRIOLS, LL. y RICO, G., Centro de Investigaciones Sociológicas, Madrid, 2014, págs. 29-46
- VAN DER EIJK, C, y FRANKLIN, M.N. (2009): Elections and voters, Ed. Palgrave Macmillan, Londres.
- VALLÉS, J.M.: “¿Regeneración democrática sin contexto? Condiciones socioeconómicas y culturales para un cambio difícil” en Desafección política y regeneración democrática en la España actual: diagnósticos y propuestas, LLERA RAMO, F. J. (coord.), Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, Madrid, 2016, págs. 49-78.
- VALLESPÍN, F.: “Crisis económica y crisis política: los dilemas del momento actual y las reformas posibles” en España 2015. Situación social, TORRES ALBERO, C. (edit.), Centro de Investigaciones Sociológicas, Madrid, 2015, pág. 991
- VALLESPÍN, F. (2000): El futuro de la política, Taurus, Madrid.
- VILLORIA MENDIETA, M. (2016): La corrupción en España, S.A. Atelier Libros, Madrid.
- VILLORIA, M. y JIMÉNEZ, F.: “La corrupción en España (2004-2010): datos, percepción y efectos” en Revista Española de Investigación Social, núm.138, 2012, págs. 109-134
- VON BEYME, K. (1986): Los partidos políticos en las democracias occidentales”. Centro de Investigaciones Sociológicas-Siglo XXI de España, Madrid
- WARE, A. (2004): Partidos Políticos y sistemas de partidos, Ediciones Itsmo, Madrid.

WERT ORTEGA, J.I.: "The transition from below: public opinion among the Spanish population from 1977 to 1979" en Spain at the polls, 1977, 1979 and 1982, PENNIMAN, H.R., y MUJAL-LEÓN, E.M. (eds.), Duke University Press, Durham, 1985.

WOLINETZ, S. B. (1988): Parties and Party Systems in Liberal Democracies, Routledge, Londres.

WOLINETZ, S. B.: "The Consociational Party System" en Parties Elites in divided societies LUTHER, K.R. y DESCHOWEN, K. (eds.), ECPR-Routledge, Londres, 1999, págs. 224-243.

ZALLER, J. y FELDMAN, S.: "A Simple Theory of the Survey Response: Answering Questions versus Revealing Preference" en American Journal of Political Science núm. 36, 1992, págs. 579-616.

